BX1756
.A2
C3
V.4
c.1

BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO DUODÉCIMO.

PARTE CUARTA,

TOMO IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1080042292

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

IMPRENTA DE J. CLAVE Y C.ª, CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.

BIBLIOTECA
DE
PREDICADORES
Ó
SERMONARIO ESCOGIDO
DE LAS OBRAS PREDICABLES
DE COCHIN, CHEVASSU, EGUILETA, FLECHIER, GARCÍA, GONZÁLEZ, MASSILLON, SÁNCHEZ SOBRINO, SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO Y OTROS,

POR

DON VICENTE CANOS,
PRESBÍTERO.

SERMONES PANEGÍRICOS.

TOMO CUARTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

PARIS,
LIBRERÍA DE DON VICENTE SALVÁ,
CALLE DE LILLE, Nº 4.

1850.

55100
38083

BX1756
.A2
E3
V.4

E*V 6*30

SERMON

DE SAN ILDEFONSO,

ARZOBISPO DE TOLEDO.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

ARMADO SAN ILDEFONSO CON EL ESCUDO DE LA DIVINA LEY, SE HIZO SUPERIOR Á TODOS LOS PELIGROS Y DIFICULTADES.

Lex Dei ejus in corde ipsius; et non supplantabuntur gressus ejus.

Estudió y amó la ley de Dios con todo su corazon, y por eso caminó en derechura por las sendas de la santidad.

Salmo 36. *v.* 33.

No me es fácil explicar el embarazo de mi débil y escaso entendimiento al haber de reducir á los límites de un corto discurso el elogio de un niño deseado y alcanzado de Dios por las continuas y fervorosas oraciones, limosnas y obras de caridad de sus padres, como Samuel; de un jóven de un entendimiento vivo y penetrante y ejemplar al mismo tiempo de inocencia, pureza, modestia y docilidad; de un monje entregado á la contemplacion divina, á las austeridades y penitencias, y al cultivo de las ciencias sagradas; de un abad celoso del aumento espiritual y temporal de su monasterio; de un prelado de la iglesia infatigable en su celo, puro en su doctrina, incansable en la predicacion de la divina palabra y modelo de su rebaño por su ejemplo; de un varon lleno de misericordia con los pobres; de un doctor de la iglesia y restaurador del culto divino; del defensor de la virginidad perpetua de María santísima; del sacerdote favorecido visiblemente del cielo; del ilustre arzobispo de Toledo san Ildefonso.

Cada una de las variadas posiciones y diversos respectos de la vida de este héroe de nuestra religion y nuestra patria, exige

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un elogio muy particular y muy extenso, porque en cada una se descubren particulares perfecciones, virtudes eminentes y obras heróicas. ¿Cómo pudo triunfar de los peligros que ofrece á cada paso la juventud y las pasiones, el mundo con sus comodidades y regalos, la ciencia con su hinchazon y vanidad y las mismas dignidades con las cargas que imponen y las dificultades que ofrece su justo desempeño? Ved, amados mios, el punto en que pienso reunir y á que voy á concretar la idea de mi discurso, valiéndome de lo que nos dice del justo el real Profeta: *Lex Dei ejus in corde ipsius; et non supplantabuntur gressus ejus.* Estudió y amó la ley de Dios con todo su corazon; la ley de Dios fué su continua meditacion y el alimento de su alma; y por eso caminó en derechura por las sendas de la santidad sin caer en los lazos del pecado, ni en los enredos y estorbos que opone á la virtud la ignorancia, la concupiscencia, el demonio y los hombres. Triunfó de sí mismo y llegó á ser modelo de virtud, de las tentaciones del mundo, de los ejemplos de perversidad, y del peso de las dignidades y honores, porque armado y revestido del escudo de la contemplacion y cumplimiento de la ley de Dios, se hizo superior á todos los peligros y dificultades. *Lex Dei ejus in corde ipsius; et non supplantabuntur gressus ejus.* Ocasion ventajosa se nos ofrece, amados mios, de resolvernos á contemplar y cumplir exactamente la ley del Señor, animados y fortalecidos con el ejemplo de ese glorioso santo, objeto de nuestros obsequios y veneracion. Quiera el Dios de misericordias que yo acierte á daros á conocer su mérito bajo el punto de vista en que me he propuesto presentaros el cúmulo de sus virtudes, y que encendidos en deseos de imitarle os animeis á seguir por las sendas que le condujeron á la mansion donde ahora descansa.

Vuestra gracia, Señor, es el don sin el que no podemos empezar, ni continuar, ni concluir cosa alguna buena; pero interesándose vuestra divina Madre como agradecida al celo y constancia con que defendió su perpetua virginidad san Ildefonso, nos prometemos alcanzarla por la intercesion de esta Señora, á quien saludamos con el ángel: *Ave María.*

Lex Dei ejus...

Parece que el Señor ha querido en todos tiempos que las almas que destina para grandes empresas las deba el mundo á las oraciones fervorosas, á las obras de piedad y á las súplicas de sus padres. La oracion convirtió en alegría la tristeza de Ana, y por ella logró un Samuel que tanto ilustró la casa del Señor. La mas pura de las criaturas, María santísima, no fué concedida á Joaquin y Ana sus padres sino despues de muchos años de votos y oraciones. El mayor de los hombres que han nacido de mujer, el Bautista y Precursor del Mesías, no vino al mundo sino á instancias de los suspiros y plegarias del santo Zacarías y santa Isabel.

Dilata el Señor el conceder los deseos de los padres, pero los frutos debidos á la oracion y las promesas suelen ser almas escogidas y privilegiadas, almas destinadas por Dios para cosas grandes y para manifestar por ellas sus maravillas y poder. Colocados Estéban y Lucía en un estado noble y distinguido, provistos de riquezas en la capital de Toledo, rodeados de la fortuna y prosperidad y de cuanto ofrece el mundo con sus distinciones de aprecio, de nobleza y favor, solo faltaba para hacer feliz el matrimonio en cuyo pacífico seno vivian muchos años hacia, el tener sucesion y hallar el consuelo de dejar un heredero de su fortuna y de sus distinciones y nobleza. El Señor queria bendecirlos y esclarecerlos mas que el mundo con todos sus dones, y dilataba por lo mismo sus deseos. Oraban y pedian sin cesar á su Dios, se valieron de la intercesion de la Vírgen santísima, prometieron consagrar á su servicio el fruto que se dignase concederles, y el Señor los oyó y accedió á sus deseos. Nació Ildefonso para ser la alegría de sus padres, el adorno de la iglesia, el ejemplar de los hombres y uno de los mas insignes obispos puesto por el Espíritu santo para regir y gobernar la iglesia de Toledo, y alumbrar con la luz de su virtud y sabiduría á todo el mundo cristiano. Su madre, atendiendo mas á las voces de la naturaleza y de la gracia, que á las equivocadas y perjudiciales costumbres del mundo, se encargó, á pesar de su clase y fortuna distinguida, de criar por sí misma y formar la primera educacion del fruto que sus oraciones habian alcanzado de la divina misericordia. Siempre halló dócil á Ildefonso, siempre dispuesto á la virtud, al paso que amable por su hermosura, agradable tambien por su mansedumbre y humildad. Era un don de Dios y se reunian en él cuantas buenas disposiciones contribuyen para allanar el camino de la perfeccion.

San Eugenio su tio, que despues fué arzobispo de Toledo, tomó á su cargo la primera instruccion de su sobrino, y cuando conoció que por su madurez de juicio, por su ingenio despejado y penetrante, por su profunda capacidad para las ciencias necesitaba un campo mas dilatado y una instruccion mas general y completa, le envió con su recomendacion á Sevilla á instruirse en las letras humanas y divinas bajo la direccion de san Isidoro, oráculo de sabiduría y virtud en su tiempo, y en cuyo seminario debido al celo y la ilustracion de este sabio y recomendable maestro, se daban por el mismo las lecciones de la mas esmerada y sana educacion.

¿Qué vendrá á ser Ildefonso tan propenso é inclinado á la virtud y las ciencias, sobre quien parece que vela y que le rige muy particularmente la mano de Dios, criado por una madre piadosa y llena del santo temor del Señor, instruído en su niñez, en su infancia y en su juventud por almas virtuosas y escogidas?

Por desgracia es demasiado comun el perder en los estudios la piedad y educacion cristiana que han recibido los niños en la casa y bajo la inmediata vigilancia de sus padres; al paso que las ciencias aprenden tambien á sacudir el yugo, á perder el respeto á los hombres, el temor á Dios y á corromper las costumbres. Los peligros de la juventud, el ardor de las pasiones que se despiertan con la edad, los ejemplos repetidos de las malas compañías, las conversaciones y lecturas pestilenciales que proporciona el mundo y el infierno, interesados en sofocar y talar en su orígen las plantas del Señor; la fortuna, los talentos, todo conspira en esta edad á aniquilar y destruir las semillas de virtud sembradas en los niños por sus padres y maestros celosos. Se corrompen los jóvenes en sus estudios, y no se halla por lo comun uno solo entre todos ellos que obre el bien, y ¿cuántas veces en vez de prepararse para ser el honor, alivio y consuelo de sus familias, vienen á ser su afrenta y á hacerlas derramar sus lágrimas, cuando esperaban enjugarlas y gloriarse con el fruto de sus esfuerzos y tal vez de sus privaciones y costosos sacrificios? Ildefonso sale del lado de sus padres en la juventud y edad de los peligros. La madre de este nuevo Samuel, que desde que le tenia en su vientre consagró al Señor el fruto de sus entrañas, se desprende generosamente de él y se priva del consuelo de tenerle á su lado. Verdad es que no

tiene la temeridad é imprudencia de exponerle á una educacion descuidada y bajo la direccion de unos maestros cualesquiera, acaso inmorales, licenciosos y marcados de impiedad, de que se hace muy poco escrúpulo en nuestro siglo. Verdad es que sus padres se aseguran poniéndole bajo la direccion y en la escuela del hombre mas eminente en ciencia y santidad de su tiempo. Pero en medio de los peligros de un mundo corrompido, en lo florido de su edad, con las proporciones que le ofrece su fortuna, ¿no podrá suceder que se envuelva Ildefonso en la corrupcion general, que se pierda su inocencia, que desaparezca su cristiana educacion y que éntre en su alma el vicio á ocupar el lugar de la virtud? Ildefonso estudió la ley del Señor, amó sus preceptos con todo su corazon, y esto mismo le dió el triunfo de todos los peligros. En su modestia y compostura se leía el candor de su alma y la pureza de sus costumbres. Su presencia sola era bastante para contener á los demas, que no osaban decir delante de él expresion alguna ménos decente y decorosa. Desde jóven se hizo respetable por su virtud, y tuvo que trabajar muy poco el santo maestro para dirigir á un discípulo que caminaba á pasos de gigante por los caminos del Señor.

Doce años en el estudio y en la compañía de san Isidoro produjeron en Ildefonso adelantos admirables en las ciencias y en la virtud. Su sabiduría, su prudencia y circunspeccion, su pureza é integridad se anuncia y publica por todas partes. Se separa con sentimiento de san Isidoro, porque Toledo desea volver á verle dentro de sus muros, y sus padres suspiran por gozar de su amable compañía. Vuelto al seno de su pueblo y su familia, dueño de la nobleza y la fortuna de su casa, entra de repente en un mundo que no ofrece sino lazos y peligros y no presenta sino ocasiones frecuentes de perder la virtud. La ciencia misma, por sana y recta que sea, no suele servir despues de adquirida sino para hinchar el corazon, llenar el alma de arrogancia y vanidad, y mirar á los hombres con desprecio, teniéndolos en ménos y juzgándose de otra especie superior. El respeto á los maestros, el método y disciplina regular que se observa en las casas religiosas de enseñanza, la lectura continua y contemplacion cristiana, los buenos ejemplos y amonestaciones que se tienen sin cesar á la vista, todo contribuye á la moralidad y á nutrir la piedad y virtud de los jóvenes educandos: pero todo

desaparece en el dia que se les franquea la entrada en el mundo, y les vemos correr precipitadamente á los placeres y desahogos á la manera de un torrente que ha roto la muralla que le tenia represado. Como Ildefonso estudió con todo su entendimiento y corazon y tuvo siempre á la vista la ley de su Dios, triunfó de los peligros de la juventud, y con el amor de esta misma ley, con el exacto y profundo conocimiento que ha adquirido de la voluntad de Dios, con el propósito que se ha formado de no separarse jamas de ella, triunfa tambien del mundo y todas sus peligrosas asechanzas.

Convencido con el estudio y contemplacion de las cosas divinas de la vanidad y miseria de las cosas humanas, desengañado del mundo ántes de conocerle, penetrado de la instabilidad y lo perecedero de sus promesas, de la vanidad de sus esperanzas, de la amargura de sus placeres, y los peligros de sus bienes; cuando no ve á su alrededor sino prosperidad, amor entrañable de sus padres, estimacion y aplausos de todos, honores, aprecio y reconocimiento de sus méritos, cuando no puede descubrir sino una suerte agradable y lisonjera, se resuelve á dejarlo todo, á despreciarlo todo, á morir al mundo y triunfar de sus encantos y peligros. Huye ocultamente de la casa de sus padres, y atento á lograr su salvacion, se acoge como á puerto seguro al monasterio de san Cosme y san Damian, inmediato á Toledo, á ponerse bajo la direccion y obediencia de su abad y á vivir con el hábito y bajo la regla de san Benito. Ha estudiado la ley del Señor, la tiene grabada en su corazon, y sabe que una cosa sola es necesaria, y elige para sí la mejor parte.

Nuestro siglo mirará esta resolucion como impertinente, temeraria, como efecto deplorable de una educacion infatuada y como costumbre de un siglo bárbaro que no alcanzó la luz de la ilustracion; la impiedad se reirá de un sacrificio infructuoso, y compadecerá tal vez á una víctima de la ilusion y fanatismo, digna en su sentir de mejor suerte; la filosofía incrédula y la política irreligiosa amontonará sus mofas, sus sofismas, sus razones de estado y todos sus esfuerzos y recursos para persuadir lo inútil, lo perjudicial á los pueblos y á la sociedad entera, lo incivil y repugnante de una resolucion que contradice en su opinion á las inclinaciones y naturaleza del hombre. Pero ni toda la ilustracion de nuestro siglo, ni la impiedad, ni la filosofía, ni la política irreligiosa podrán decir por esta vez que los claustros han sido y son el asilo y el abrigo de los miserables, de los desfavorecidos de la fortuna, de los que han sido desairados del mundo, ó que nada podian prometerse en él, porque Ildefonso les convencerá de su impostura. Diga nuestro siglo cuanto le sugiera el frenesí de las pasiones que le dominan. Ildefonso tiene otra regla mas cierta, otro norte mas seguro, otros pensamientos mas santos, mas heróicos y sublimes. Tiene la ley de Dios en su corazon, y no contento con haberla estudiado como los necios que la dicen y no la cumplen, quiere practicarla y acomodar á ella sus sentimientos y sus obras; quiere dedicarse exclusivamente al servicio del Señor y aspirar á la perfeccion, y sabe mejor que el mundo, con la ayuda de la gracia, que el claustro, la pobreza voluntaria, la abnegacion de sí mismo, el retiro y la obediencia sumisa es el camino mas seguro para conseguirlo.

Su padre resentido se aflige y lamenta la pérdida de sus esperanzas y el desbaratamiento de sus lisonjeras ilusiones. Estéban en el primer arrebato de su desconsuelo busca á su hijo con fuerza armada para volverle á su casa; pero Ildefonso se oculta, y superior á los sentimientos de la carne y de la sangre, sigue adelante en su resolucion. La piadosa madre recuerda las repetidas promesas que habia hecho al Señor de consagrar el fruto que la concediese á su servicio y al de la santísima Vírgen, y deseosa de satisfacer esta deuda, habla á Ildefonso en el monasterio, le hace presentes sus votos, le alienta á seguir en su propósito, le exhorta á que arregle su vida al servicio de Dios, y le encarga muy particularmente que acredite con sus obras la consagracion que hizo de él al servicio de María santísima.

Aquí deberia yo detenerme á manifestar el fervor, la rigurosa observancia, los progresos de Ildefonso en todas las virtudes religiosas y en los conocimientos de las ciencias sagradas, los aumentos de esta nueva planta del santuario, su mortificacion, sus escritos admirables, frutos de la oracion y contemplacion; su celo del bien de las almas, de la gloria de María santísima y su virginidad perpetua que tan admirablemente defendió contra los herejes, sus continuos trabajos en servicio de Dios y de los hombres siempre, y mucho mas despues de elevado á la dignidad del sacerdocio; pero he de quedar con el sentimiento de

no poder hacer en mi corto discurso sino esta lijera indicacion de este periodo tan luminoso de la vida de nuestro santo, porque no quiero concluir sin presentárosle tambien triunfante de otro género de peligros no ménos temibles.

Sus méritos y virtudes, su eminente sabiduría y escritos llenos de uncion y de verdad le merecieron el particular aprecio de san Eladio arzobispo de Toledo, y de sus sucesores Justo, y su tio san Eugenio. A la muerte del abad Deodato, los monjes pusieron su atencion en él para sucesor de aquel padre de tanto mérito. Algunos años despues la iglesia de Toledo enjugó las lágrimas que la hizo derramar la muerte de su arzobispo san Eugenio, recibiendo con júbilo universal por sucesor á Ildefonso. Ildefonso ha querido renunciarlo y despreciarlo todo por Dios; vive tranquilo en su retiro anegado en las dulzuras de la contemplacion divina y ocupado en las tareas literarias mas útiles. En vano se excusa con su corta edad y con su falta de ciencia y de méritos; en vano hace todos los esfuerzos para rehusar unas dignidades que estaba muy distante de apetecer, Dios quiso elevarle en el mundo á las dignidades mas altas. Ved aquí otro género de peligros en que naufraga comunmente la virtud y se pierde la union y amor al Señor. Llenan de vanidad y altanería, imponen multitud de cargas que con dificultad se cumplen, exponen á faltar á la justicia, transforman por lo comun al hombre en otro ser, que si es mas temible y aceptable á los ojos del mundo, no siempre lo es tambien á los ojos de Dios, sin que haya de manifestar esta triste verdad con la historia, porque la tocamos con la experiencia cada dia.

Como Ildefonso no tuvo la ley de Dios solamente en sus labios, sino tambien en su corazon y en sus obras, triunfó tambien de este género de peligros, y las nuevas dificultades no le apartaron de la senda que se trazó en su juventud. Diré mas bien que cambió su marcha con las dignidades á que el señor le elevó, pero no para salir del camino recto, sino para seguir por él á pasos mas acelerados. Sus destinos sirvieron para aumentar su celo y su fervor, para dar peso y autoridad á su ciencia, para empeñarle á ser modelo y ejemplar de sus monjes, un buen pastor de su rebaño, padre de los pobres, consuelo de afligidos, recurso de los necesitados y un prelado distinguido de la iglesia por su erudicion, por su celo en reprender la relajacion de costumbres, por su fervorosa predicacion, asistencia á

los oficios divinos y su esmero en la pureza de la doctrina y el culto.

Eminente en sabiduría y en virtud, empleó su ciencia en obras santas cuyos preciosos residuos conserva la iglesia, y que últimamente ha publicado un digno prelado de Toledo en la coleccion de las obras de los Padres de esta distinguida metrópoli. Pero principalmente en defender la perpetua virginidad de María santísima contra los herejes de su tiempo. Trabajo acepto al Señor y á su madre. Sabido es el testimonio público de santa Leocadia, que levantándose del sepulcro despues de trescientos años de su gloriosa muerte, le dijo dirigiéndose á él y tocándole con la mano : *Ildefonso, por ti vive la gloria de mi señora*, y á la memoria de Ildefonso va unido el recuerdo del descenso de la Vírgen y reina del cielo á honrar á su defensor y capellan y premiarle por su mano con una vestidura gloriosa. Se ocupó tambien en las admirables composiciones que hizo del oficio eclesiástico y en otras que seria largo enumerar, y muy difícil el manifestar su debido aprecio. Las tareas literarias no le distrajeron de la práctica de las virtudes, de la asistencia á los oficios divinos, de la frecuencia de su predicacion, de atender á emplear dignamente su cuantioso patrimonio, de dar el debido destino á las rentas de su dignidad. Fué humilde en la elevacion, pacífico en sufrir las injurias, generoso en perdonar á sus enemigos, atento para alentar con su ejemplo á todos. Fué un dispensador fiel en la casa del Señor, y en todos los estados de su vida triunfó de los peligros de la juventud, del mundo y de las dignidades, porque tuvo grabada en su corazon la ley del Señor y acomodó sus acciones á la ley santa. *Lex Dei ejus in corde ipsius, et non supplantabuntur gressus ejus.*

Setenta y dos años y veinte dias de un camino seguido por la ley de su Dios le condujeron al término feliz en el año de 669. Pasó á recibir el premio y rogar por nosotros, despues de habernos enseñado con su ejemplo el camino que debemos emprender y continuar en cuantas posiciones nos coloque en este mundo la divina Providencia.

Hermanos mios. Si nosotros no seguimos por este camino que conduce al cielo, es porque casi todos en lugar de hacernos dóciles á los avisos de la educacion de nuestros padres cristianos, de la sana razon y de la religion que levanta sin cesar su voz de celo y de verdad, no consultamos sino á las pasiones y

concupiscencias que nos inclinan á hacer el mal y á aborrecer lo que deberíamos amar con el mayor fervor. Es porque en lugar de someter nuestra voluntad á la voluntad de Dios y resolvernos desde la juventud á llevar el yugo de su ley, queremos que Dios acomode su voluntad á nuestros antojos. Es porque léjos de querer agradar á Dios, apetecemos y buscamos agradar al mundo y á nuestros depravados deseos. No lograrémos así vencer los peligros y dificultades que se nos presenten en el camino de la salvacion. Salgamos de nuestro error, retrocedamos de nuestros extravíos, y si en las vicisitudes y diversos estados de nuestra vida queremos caminar con rectitud y á paso firme sin temor á los enemigos de nuestra salvacion, pongamos todo nuestro cuidado en estudiar la ley de Dios y cumplirla siempre, en no omitir medio alguno que contribuya á ayudarnos en esta empresa; imploremos los auxilios y proteccion de san Ildefonso, gobernémonos por su ejemplo proponiéndonos á este glorioso santo por nuestro ejemplar y por nuestro intercesor.

¡Glorioso santo, honor y lustre de nuestra patria, luz brillante de nuestra iglesia, consuelo en nuestras tribulaciones! El celo y solicitud pastoral y el ansia de que todos cumpliesen la ley del Señor que os animó en este mundo, no se os ha concluído ni entibiado en el cielo. Interceded por nosotros para que llenándonos del espíritu de la ley del Señor, la amemos con todo corazon, no separemos de ella nuestros pasos, y lleguemos al fin á gozar con vos el descanso de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN INDALECIO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Adauge nobis fidem.
Auméntanos la fe.
S. Lucas, c. 17. *v.* 5.

Mas de seis mil años hace que los hombres andan buscando su felicidad entre las riquezas, honras, alegrías y diversiones de este mundo: pero ¿cómo la han de encontrar en esas cosas, si todas ellas reunidas no pueden llenar el corazon humano? Baste el ejemplo de Salomon para nuestro desengaño. Este rey poderoso no negó gusto alguno á sus sentidos; sin embargo, cuando colmado de bienes, de honras, de aplausos y deleites estaba como anegado en un golfo de delicias, se vió precisado á confesar que todo cuanto habia hallado en la tierra no era mas que vanidad y afliccion de espíritu. El mismo Apóstol nos dice, para que no nos dejemos deslumbrar de la falsa brillantez con que nos ilusiona el mundo: *¿Qué fruto tuvisteis entónces en aquellas cosas de que ahora os avergonzais? Todo lo que se coge del pecado, que es la muerte eterna. Mas ahora que estais libres de la culpa y habeis sido hechos siervos de Dios, teneis por recompensa de esta dichosa esclavitud la santificacion, y por fin lo vida eterna* (1). Es pues un error el seguir afanados tras las cosas terrenas y carnales, como si en ellas pudiéramos encontrar la dicha que anhela nuestro corazon. No, no es en la tierra: es en el cielo en donde se halla la felicidad que puede satisfacernos. El que la quiera conseguir mire á lo alto, dice san

(1) *Ad roman. c.* 8. *v.* 21 *et* 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

concupiscencias que nos inclinan á hacer el mal y á aborrecer lo que deberíamos amar con el mayor fervor. Es porque en lugar de someter nuestra voluntad á la voluntad de Dios y resolvernos desde la juventud á llevar el yugo de su ley, queremos que Dios acomode su voluntad á nuestros antojos. Es porque léjos de querer agradar á Dios, apetecemos y buscamos agradar al mundo y á nuestros depravados deseos. No lograrémos así vencer los peligros y dificultades que se nos presenten en el camino de la salvacion. Salgamos de nuestro error, retrocedamos de nuestros extravíos, y si en las vicisitudes y diversos estados de nuestra vida queremos caminar con rectitud y á paso firme sin temor á los enemigos de nuestra salvacion, pongamos todo nuestro cuidado en estudiar la ley de Dios y cumplirla siempre, en no omitir medio alguno que contribuya á ayudarnos en esta empresa; imploremos los auxilios y proteccion de san Ildefonso, gobernémonos por su ejemplo proponiéndonos á este glorioso santo por nuestro ejemplar y por nuestro intercesor.

¡Glorioso santo, honor y lustre de nuestra patria, luz brillante de nuestra iglesia, consuelo en nuestras tribulaciones! El celo y solicitud pastoral y el ansia de que todos cumpliesen la ley del Señor que os animó en este mundo, no se os ha concluído ni entibiado en el cielo. Interceded por nosotros para que llenándonos del espíritu de la ley del Señor, la amemos con todo corazon, no separemos de ella nuestros pasos, y lleguemos al fin á gozar con vos el descanso de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN INDALECIO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Adauge nobis fidem.
Auméntanos la fe.
S. Lucas, c. 17. *v.* 5.

Mas de seis mil años hace que los hombres andan buscando su felicidad entre las riquezas, honras, alegrías y diversiones de este mundo: pero ¿cómo la han de encontrar en esas cosas, si todas ellas reunidas no pueden llenar el corazon humano? Baste el ejemplo de Salomon para nuestro desengaño. Este rey poderoso no negó gusto alguno á sus sentidos; sin embargo, cuando colmado de bienes, de honras, de aplausos y deleites estaba como anegado en un golfo de delicias, se vió precisado á confesar que todo cuanto habia hallado en la tierra no era mas que vanidad y afliccion de espíritu. El mismo Apóstol nos dice, para que no nos dejemos deslumbrar de la falsa brillantez con que nos ilusiona el mundo: *¿Qué fruto tuvisteis entónces en aquellas cosas de que ahora os avergonzais? Todo lo que se coge del pecado, que es la muerte eterna. Mas ahora que estais libres de la culpa y habeis sido hechos siervos de Dios, teneis por recompensa de esta dichosa esclavitud la santificacion, y por fin lo vida eterna* (1). Es pues un error el seguir afanados tras las cosas terrenas y carnales, como si en ellas pudiéramos encontrar la dicha que anhela nuestro corazon. No, no es en la tierra: es en el cielo en donde se halla la felicidad que puede satisfacernos. El que la quiera conseguir mire á lo alto, dice san

(1) *Ad roman. c.* 8. *v.* 21 *et* 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pablo; de otro modo, siempre será cierto que el que siembra en corrupcion, en corrupcion cogerá. Sembremos en la inmortalidad, para que la inmortalidad dichosa y feliz sea nuestra cosecha, y demos por felizmente concluído el negocio de nuestra felicidad. En esto consiste la ciencia de la salvacion que enseñó á los españoles el glorioso san Indalecio, escogido en los decretos eternos para hacer feliz á la nacion católica con las doctrinas de la cruz que predicó á nuestros progenitores.

Sí, señores : san Indalecio fué uno de los varones apostólicos que vino á España con poderes del cielo para hacernos racionales, virtuosos y santos en esta vida, y conducirnos á la gloria. Este santo nos trajo aquella fe viva que nos une con Jesucristo; aquella fe sin la que nuestras almas son como los sarmientos separados de la vid, que solo sirven para el fuego; aquella fe que venció al mundo disipando sus errores, desterrando sus vicios y corrigiendo sus costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes y tan eficaz en milagros : aquella fe que dió á la iglesia cerca de veinte millones de mártires, que pobló los desiertos de penitentes solitarios, que produce infinita multitud de vírgenes y llena de bienes á los mortales que la reciben en las aguas saludables del bautismo. San Indalecio fué del número de aquellos enviados del Señor que entraron en nuestra nacion venturosa, diciendo á nuestros padres : Vuestra felicidad consiste en vivir como buenos cristianos, segun las máximas y doctrinas del Evangelio que os predicamos : en amar y servir á Dios en esta vida para poseerle y gozarle eternamente en la gloria. ¡ Qué acontecimiento este tan prodigioso y tan fecundo en dichosas consecuencias! Á él debemos la dignidad incomprensible de ser hijos de Dios, herederos de su reino y hermanos de Jesucristo. Por san Indalecio somos cristianos, es decir, *nobles, dichosos y felices*, como los que decian á Jesus : Señor, auméntanos la fe. *Adauge nobis fidem*. Así os lo haré ver en este breve rato.

Reina y señora de todo lo criado : á que la semilla sembrada en nuestro campo por san Indalecio rinda copiosos frutos al gran Padre de familias, se dirige todo lo que voy á predicar á mis oyentes. Vos fuisteis la maestra y doctora del santo que arrebata nuestra devocion en este dia, y debe seros grata su alabanza. Con ella está enlazada la de nuestra santa y adorable religion á que jamas negais vuestra proteccion omnipotente. Nos-

otros os la pedimos diciéndoos alegres y festivos, que sois la dichosa criatura á quien dijo el ángel del Señor: *Ave María*.

Adauge nobis fidem.

Que haga el mundo pomposa ostentacion de sus leyes, de sus máximas, de sus prácticas, usos y costumbres: que las preconicen con artificiosa elocuencia sus parciales : que viertan himnos de placer y salten de gozo los que se creen felices entre las inmundicias de un cinismo degradante : que griten en fin y nos atruenen con sus voces tumultuosas los que se escandalizan de la cruz y huyen de las mortificaciones y penitencias que inspira : que por eso la verdad no deja de ser verdad, ni la mentira deja de ser mentira. Por mas que los mundanos apelen á sus engañosas exterioridades, á sus afectadas simulaciones, á sus risueños encuentros y á sus aparentes alegrías : porque ridiculicen y hagan chacota de los que con espíritu de devocion y retiro se ocupan en pedir gracias al cielo macerando su carne y reduciendo su cuerpo á servidumbre : porque los hijos del siglo se alegren, se diviertan y se rian; y los fieles lloren y se entristezcan, ¿no será eternamente cierto, que en el mundo todo es postizo, falso y aparente : que sus mismos panegiristas lo condenan en su corazon, y que no hay quien no conozca que en la hora de la muerte todo huye, todo se apaga, todo desaparece y todo se evapora, dejando no obstante escrita la sentencia de condenacion en las almas de los insensatos que tuvieron por cierto y verdadero lo que no lo era? Cierto, ciertísimo, aun mas que el que estamos nosotros en esta iglesia, lo es, el que la muerte viene avanzando hácia nosotros con la órden de hacernos entender, que solo son felices los que creen, esperan y aman á Dios, segun las máximas y doctrinas del Evangelio. Entónces los mundanos confesarán que se engañaron en su eleccion, rabiarán y se desesperarán; pero los cristianos verdaderos oirán llenos de un gozo celestial los ecos de estas verdades eternas : bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos : bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados : bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa. ¡ Qué infierno

para los unos, y qué gloria para los otros! ¡Qué desdicha, y qué felicidad!

Á librarnos de la primera y á facilitarnos la segunda se dirigió el celo apostólico con que san Indalecio predicó en nuestro reino la santa y adorable religion que profesamos los españoles. Él haciéndonos cristianos nos elevó á una dignidad ante la que nada valen los títulos de nobleza, los nombres augustos, los dictados honoríficos y todas las glorias de la tierra. Porque, señores, al que no siendo cristiano se muere y se condena, ¿de qué le sirven el nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honrosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lustrosos, y las demas cosas que aprecian los mundanos? ¿Qué ha sido de los famosos Cambises, Alejandros, Césares y Pompeyos? Revolved sus cenizas: buscad entre ellas alguna distincion... Pero no la encontraréis, porque no la hay mas que entre los que murieron en el Señor; en los justos cuya memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos; en aquellos cuyas buenas obras les siguen hasta mas allá de la tumba, como lo dice el ángel de Patmos. Los que no tienen la dicha de morir como buenos cristianos, segun las instrucciones del glorioso san Indalecio, desaparecerán con ignominia de la vista de los hombres; será execrable su memoria; se borrarán sus nombres del libro de la vida, y no se escribirán con los de los justos, aunque hayan sido los príncipes mas poderosos del mundo, los hombres mas afortunados de la tierra. Solo el nombre de cristiano es el que da honor y gloria en esta y en la otra vida. Así lo asegura nuestro divino Redentor cuando dice: — *Esta es la vida eterna: que te conozcan á ti solo, Dios verdadero, Padre mio, y á Jesucristo á quien enviaste* (1). Ved aquí la fe de los cristianos, su religion, su dicha y felicidad. Conocer, amar y servir al Dios verdadero y á su Hijo Jesucristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, segun el Apóstol: esta es la dicha de los hombres formados en la escuela del Evangelio que anunció san Indalecio á los españoles: ella es la que puede abrirnos la puerta de la felicidad que desea nuestro corazon y ofrece Jesucristo á los que le aman cumpliendo con los preceptos de su ley santa. Si los ángeles os predicasen otra cosa, no deberiais creerlos,

(1) *Joan. c.* 17. *v.* 3.

dice san Pablo. Nosotros por el bautismo gozamos de la preciosa libertad de hijos de Dios; adquirimos derecho á la herencia eterna; somos el pueblo de Dios, hermanos de Jesucristo con quien formamos el cuerpo místico de la iglesia, de quien él es la cabeza y nosotros los miembros. Comprended despues de esto, si os es posible, la dicha de un cristiano, el valor y mérito del varon apostólico que Dios envió á nuestra venturosa España para hacernos cristianos, y enseñarnos la senda recta que conduce al cielo. Dejaos conducir por un sano juicio, por una razon ilustrada con las luces de la fe, por los instintos de un sentido religioso, y vereis las ventajas que trae al hombre el augusto título de cristiano.

Representaos los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de nuestro señor Jesucristo; el inmenso precio y valor de los santos sacramentos; el poder y eficacia de la gracia; la inestimable utilidad de la comunion de los santos; la excelencia de nuestra santa y adorable religion, y la felicidad eterna á que nos conducen; y advertid que por el solo hecho de ser cristianos adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, somos arrastrados suave y dulcemente por el camino de las virtudes hácia la mansion de la felicidad eterna, en que son tan inmensos, tan supereminentes y magníficos los bienes que Dios tiene preparados para sus escogidos, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazon del hombre puede caber la comprension de su excelencia, como lo dice el Apóstol. Ah! El buen cristiano vive de la fe, y esta le hace ver á Jesucristo prometiendo magníficas recompensas á los que le sirven. Ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada y eterna en la otra. Aun no basta esto para concebir la dicha que los cristianos tendrán en la gloria. No hay cosas en el mundo que puedan hacernos comprender los bienes de que gozan los santos en el cielo; pero abundan las que nos hacen conocer los males de que están exentos. Dolores, tristezas, enfermedades, miedo, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está desterrado de aquella feliz mansion del gozo eterno. Reina en la celestial Jerusalen una alegría pura, completa é inalterable: allí el corazon está lleno, el alma satisfecha. En el cielo están los cristianos inundados en un océano de delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la misma fuente de todos ellos, es la posesion del

mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad que aun mirada á lo léjos sorprende, asombra, admira y hace felices á los justos que la contemplan. Las almas de los cristianos bienaventurados entran, se engolfan, se sumergen, se anegan y se pierden, por decirlo así, en la alegría del Señor, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios. ¡Oh Dios de san Indalecio! Si un consuelo interior, ó un favor vuestro causa dulzuras tan inefables aun en esta region de lágrimas: si la sola sombra de vuestra gloria quita la amargura á los mayores trabajos, hace lijeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires sientan verdadero gusto y placer en medio de los mas crueles tormentos, ¿qué será en el cielo, en donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer felices á los cristianos que le amaron y sirvieron en esta vida? Aquella vista clara, distinta é íntima de un Dios padre, de un Dios amigo, de un Dios hermano y compañero... Aquella seguridad de ser eternamente felices... Gran Dios: ¡qué cosa tan dulce es poseeros sin temor de perderos jamas! ¡Qué recuerdo este tan suave! ¡Qué pensamiento tan delicioso! Tengo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha: estoy lleno de gozo puro y perfecto, y este gozo jamas ha de tener fin: yo me he salvado, soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto, señores, esto es lo que ahora piensa san Indalecio con aquel infinito número de santos que dió al cielo la santa y adorable religion que predicó á los españoles. ¿Y será posible que pudiendo decir nosotros todo esto, que pudiendo gustarlo y poseerlo no hagamos en el mundo todo lo que nos enseñó este maestro de la doctrina cristiana, para acompañarle en los torrentes de gloria en que se ve ahora deliciosamente engolfado? Dios mio, vuestra gracia imploramos: vuestra gracia, divino Jesus, porque con ella, desde este momento vamos á principiar á quitar estorbos, á crucificar nuestras pasiones, á emprender una vida cristiana, á no pensar, querer, ni amar mas que á Jesucristo crucificado.

Sí, amados mios: demos crédito al Evangelio de Jesus predicado en nuestra España por san Indalecio, y caminemos sin detenernos hácia el cielo. Allí está nuestra felicidad, allí nuestra dicha, allí la posesion de nuestro Dios. ¿Qué es lo que se nos pide para conseguir bienes tan inmensos? Nada mas que dos momentos de mortificacion y penitencia; una vida lijera

como un abrir y cerrar de ojos, pasada en la virtud, entretenida en amar á Dios y al prójimo, y ocupada en pensar en aquella dichosa eternidad que hace dulce aquí en la tierra hasta la misma amargura, que disipa los enfados, calma las inquietudes y tranquiliza el corazon mas agitado. Se nos pide que seamos felices con la virtud en la tierra, para que lo seamos eternamente en el cielo con la gloria. Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos: hacer bien á todo el mundo, y mal á nadie: vivir pia, justa y sobriamente, como lo encarga el Apóstol, y poner la vista en la felicidad eterna que nos ha prometido nuestro benigno Salvador, ¿no son las cosas mas conformes á la razon y buen sentido de los hombres cuerdos, sensatos y juiciosos? Pues en ellas consiste toda la religion que trajo Jesucristo del cielo para hacernos dichosos con su gracia en esta vida, y eternamente felices con la posesion del bien sumo en la mansion de los gozos eternos. Así nos lo ha predicado san Indalecio, á quien se deben en nuestra nacion las primeras nociones del cristianismo que abrazaron nuestros padres, con resuelto propósito de trasmitirlo á sus hijos, por saber que con él nos venian juntamente todos los bienes; por haber vivido y muerto convencidos de que siendo cristianos, somos tan nobles, dichosos y felices como los que, para no dejar de serlo, suplicaban y decian á Jesus: Señor, auméntanos la fe. *Adauge nobis fidem.*

Preguntad á los cristianos de Almería, de Lorca, de Cartagena y pueblos de la antigua Bética ó Andalucía, depositarios de la tradicion mas autorizada, y ellos os enterarán de los frutos que aquellos terrenos rindieron al Labrador divino, despues que san Indalecio sembró en ellos la semilla del Evangelio. Ellos os dirán lo que este celoso operario del gran Padre de familias hizo para desengañar á los infieles de los errores de la idolatría, para convencerlos de la sabiduría de la cruz, aficionarles á Jesus crucificado y demostrarles, que en él y por él podian asegurar la felicidad que todos deseaban y nadie habia podido encontrar. Allí es en donde principalmente manifestó el infatigable y siempre activo san Indalecio la caridad acendrada en que ardia su corazon, la excelencia y grandeza de un primer obispo, adornado de todas las gracias y dones que derramó el Espíritu santo en las almas de aquellos varones apostólicos á quienes se encargó la conquista de todo el mundo con

las armas de la cruz, con la sublime sencillez del Evangelio, con las virtudes propias de un buen cristiano destinado para ser eternamente ciudadano de la corte celestial. Allí suministrando á los convertidos los auxilios necesarios para perseverar en la gracia recibida, y conservar el sagrado depósito de la fe que habia predicado: enseñando el modo de celebrar los oficios y divinos sacrificios, para tributar á Dios un culto digno y agradable á la Divinidad, y dedicándose total y exclusivamente á elevar á los españoles á la altísima é incomprensible dignidad de verdaderos cristianos, fué en donde san Indalecio demostró su orígen y procedencia del colegio apostólico, su virtud y mérito de un enviado del Señor, el grande espíritu de los que revestidos con la virtud del Altísimo admiraron al mundo con sus perfecciones evangélicas, y el poder de obrar milagros estupendos. En fin habiendo dicho Jesus que el modo mas demostrativo de manifestar lo que se ama á los amigos, es el de dar la vida por ellos, y decretado que la sangre de los mártires fuese un semillero fecundísimo de cristianos, permitió que el cruel Neron se manifestase tan hostil á los hijos de la Iglesia, que puso en ejercicio todo el poder del imperio romano y del infierno para eliminar de la tierra el nombre de cristiano, y acabar con los adoradores de Jesus en toda la tierra. Los paganos pues, ofendidos de las muchas conquistas que hacia san Indalecio para Jesucristro, se apoderaron de su persona, le atormentaron cruelísimamente, derramaron á torrentes su preciosa sangre, y ella está todavía produciendo virtudes cristianas, haciendo dichosos y felices á los españoles, dando al cielo almas dichosísimas ocupadas en alabar, bendecir y glorificar al que las potestades angélicas saludan con el nombre misterioso de tres veces santo. Murió san Indalecio con la muerte de los apóstoles; pero dejando asegurados á los cristianos entre las influencias prodigiosas de su sangre, y las que desde el cielo descienden sobre los fieles que peregrinan en la tierra. Miéntras vivió no perdonó trabajo, fatiga ni incomodidad, por penosa que ella fuese, para anunciarnos el reino de los cielos y revestirnos con la dignidad de hijos de Dios haciéndonos cristianos: dió generosamente su vida por Jesucristo por corresponder á la gracia de Dios y enseñarnos con el ejemplo el camino que conduce á la felicidad eterna, desde donde nos llama deseoso de que seamos tan dichosos y felices como él lo es, en el inmenso océano de

delicias en que le tiene la bondad del Dios á quien sirvió. Hizo en favor nuestro todo lo que pudo hacer un varon apostólico dedicado á cumplir con la santísima voluntad de Dios, y ó somos los mas ingratos del mundo y los mas enemigos de nuestras almas, ó debemos mostrarnos agradecidos á este glorioso santo siendo accesibles á las doctrinas que nos predicó miéntras vivió, que sigue predicando con su sangre derramada en nuestro suelo fecundizado con su virtud, y con las inspiraciones con que desde el cielo llama, grita y vocea á nuestras almas para que jamas dejemos de ser cristianos, para que en nuestros conflictos, apuros y necesidades recurramos siempre á Jesus y le digamos como los apóstoles: Señor, auméntanos la fe. *Adauge nobis fidem.*

No tenemos ya que afanarnos para buscar la felicidad en donde no se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra: nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella: ha puesto en nuestras manos todo el poder del cielo haciéndonos cristianos, y con este glorioso título ya somos en la tierra la *gente santa*, el *real sacerdocio*, y *el pueblo de adquisicion* de que habla el príncipe de los apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fe viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos, y muy especialmente con las de los diez y nueve últimos en que triunfa, reina, é impera la cruz de nuestro Redentor y glorificador. Para hacerlo así tengamos presente: que no tenemos en este mundo mansion que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y afliccion de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sabio, á ser en una palabra buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Echemos, como él, una ojeada hácia el cielo, y si tenemos fe, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso y de aquella gloria brillantísima, nos animará, nos fortificará, nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo

cederá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la via, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalen de la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA INES VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Dios ha escogido á los mas débiles del mundo para confundir á los mas fuertes.

I. Corint. c. 1. v. 27.

¡Cuán diferentes son las obras de Dios de las obras de los hombres! Limitados estos en sus ideas, menguados en su prevision, impotentes para llevar á cabo designios grandes y duraderos, solo producen efectos que si bien al pronto deslumbran los ojos de los ciegos mortales, pasando despues cual meteoros ó fuegos fatuos, ni dejan rastro de su existencia. La accion irresistible del tiempo todo lo consume: nada hay en lo humano que sobreviva largo tiempo á la mano que lo formara. Dios por el contrario, infinito en su sabiduría, inmutable en sus designios, inmenso en su poder, hace obras de eterna duracion que sobreviven á todos los acontecimientos del tiempo, que resisten á la accion de la muerte y existen mas aun que los siglos, tanto como su propia inmensidad. La iglesia es acaso el monumento mas auténtico de la grandeza y poder de este Dios; y los medios de que se sirviera para dilatar sus términos y extender su influencia son el rasgo mas portentoso de su sabiduría. No bien su autor inefable zanjara los fundamentos de este edificio imperecedero sobre la roca destinada á sostenerle, cuando mil proyectos se formaron para su exterminio. Los sabios apurando todo el caudal de su ciencia carnal y terrestre, intentaron des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cederá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la via, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalen de la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA INES VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Dios ha escogido á los mas débiles del mundo para confundir á los mas fuertes.

I. Corint. c. 1. v. 27.

¡Cuán diferentes son las obras de Dios de las obras de los hombres! Limitados estos en sus ideas, menguados en su prevision, impotentes para llevar á cabo designios grandes y duraderos, solo producen efectos que si bien al pronto deslumbran los ojos de los ciegos mortales, pasando despues cual meteoros ó fuegos fatuos, ni dejan rastro de su existencia. La accion irresistible del tiempo todo lo consume: nada hay en lo humano que sobreviva largo tiempo á la mano que lo formara. Dios por el contrario, infinito en su sabiduría, inmutable en sus designios, inmenso en su poder, hace obras de eterna duracion que sobreviven á todos los acontecimientos del tiempo, que resisten á la accion de la muerte y existen mas aun que los siglos, tanto como su propia inmensidad. La iglesia es acaso el monumento mas auténtico de la grandeza y poder de este Dios; y los medios de que se sirviera para dilatar sus términos y extender su influencia son el rasgo mas portentoso de su sabiduría. No bien su autor inefable zanjara los fundamentos de este edificio imperecedero sobre la roca destinada á sostenerle, cuando mil proyectos se formaron para su exterminio. Los sabios apurando todo el caudal de su ciencia carnal y terrestre, intentaron des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acreditarla; los grandes sirviéndose de su opulencia se propusieron envilecerla; los poderosos en fin armándose del acero y manejando hábilmente todos los medios de terror, se empeñaron en destruirla hasta sus fundamentos. Vanos designios! intentos locos! El Señor que ostenta su mayor sabiduría en lo que á la vista de los humanos parece una fatuidad, y hace brillar su poder en lo que aparece como una debilidad, escogió para realizar sus planes divinos los instrumentos al parecer mas insignificantes, y confundió la sabiduría carnal con la ignorancia, la opulencia con la pobreza, y el poder con la flaqueza.

Para poner de manifiesto esta verdad tan gloriosa para el cristianismo, bástanos recordar el triunfo que esta religion santa consiguiera á principios del siglo IV por medio de la débil vírgen santa Ines, gloria y ornamento de la iglesia católica, honor de Roma y espejo de las vírgenes cristianas. Jamas el mundo presenció un espectáculo tan sorprendente y enternecedor; jamas una lucha tan decidida entre la fe y el error, entre la virginidad y las pasiones vergonzosas de la deshonestidad. Oh religion! oh fe! Cuando yo te contemplo vencedora de todo el poder de los césares, de la insaciable rabia de los tiranos y del encono de sacerdotes venales y sacrílegos en la persona de los apóstoles avezados á los trabajos, connaturalizados con las privaciones, y acostumbrados á las penosas fatigas de una vida llena de peligros, no me pareces tan hermosa, tan llena de fuerza y de atractivos como cuando te miro recogiendo palmas y ciñendo laureles por el ministerio de una inocente niña de trece años, criada en el regalo, acostumbrada á las caricias paternas, y extranjera á los ardides de un mundo á quien apénas conoce. ¿Quién en efecto, católicos, no se llenará de asombro al considerar los prodigios de la fe que se manifiestan en el martirio de esta doncella ilustre? Admire norabuena el universo á un Abrahan, á quien esta virtud hizo suficientemente animoso para sacrificar á su propio hijo ante las aras del Señor, si este hubiera aceptado la consumacion de la víctima. Ensalce á Moises por haber despreciado en obsequio de esta misma virtud el favor de un monarca de Egipto y los deslumbrantes tesoros que le ofreciera. No cese de aplaudir á tantos ilustres santos como en el antiguo y nuevo Testamento supieron triunfar con la fe de los imperios y de los reinos, se hicieron superiores á las llamas abrasadoras, despreciaron los

dientes de las fieras y los alfanjes acerados de los verdugos. Yo por mi parte no dudaré decir que la fe de Ines me parece superior á todo esto: pues por medio de ella triunfó de sí misma y se hizo impenetrable á los halagos de la seduccion, en una edad en que el placer convida con sus encantos y en que las pasiones se revisten del mas poderoso atractivo; y con ella venció los tormentos y confundió á los tiranos en una edad en que el deseo de la vida ejerce mayor influencia en el espíritu, y el horror de la destruccion contribuye á huir las ocasiones que pueden producirla. Ved aquí, amados oyentes, lo mas prodigioso del triunfo de Ines. Ved aquí la doble victoria que la religion alcanzara por medio de la debilidad de esta tierna doncella. Ines pues nos ofrece la apología mas brillante de la fe de Jesucristo, pues que en ella se realiza del modo mas portentoso aquella gran verdad que escogí por tema del presente discurso. *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.* El Señor ha elegido á los mas débiles para confundir á los mas fuertes.

Desenvolvamos esta grandiosa idea, implorando ántes los auxilios divinos por la poderosa mediacion de la vírgen de vírgenes y reina de los mártires, y al efecto dirijámosla la salutacion angélica: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

No hay cosa mas poderosa para vencer un corazon jóven que los encantos del amor. Él hace frecuentemente enmudecer las voces del deber, arroja un velo espeso sobre los ojos para no ver los precipicios á que tal vez conduce, y revistiéndose de las formas mas poéticas y halagüeñas, enardece la imaginacion, exalta las ideas, aviva los espíritus vitales y enciende una llama que llega á veces á ser inextinguible. Hé aquí, católicos, el enemigo capital contra quien tuvo que luchar la fe de la ilustre santa Ines: enemigo terrible que, armado de todos los medios de seduccion y de fuerza, la hizo una guerra tanto mas encarnizada y temible, cuanto el objeto á que se dirigia era mas débil para sostenerla. Nacida la virtuosa vírgen en el seno de la mayor corrupcion, en aquella ciudad que á la sazon quemaba inciensos al ídolo de la prostitucion, habia afortunadamente recibido de sus cristianos padres una educacion en todo con-

forme á los principios de moralidad y de virtud evangélicas; y su corazon adornado de las disposiciones mas bellas para el bien, se habia consagrado á Jesucristo desde su mas tierna infancia. Aun no contaba mas que trece años de edad y ya era un perfecto modelo de modestia, de pudor, de religion y amor á Dios, á quien desde que pudo conocerle y aun ántes que le conociese, como se expresa el padre san Ambrosio, habia hecho una donacion perfecta de sus potencias, de sus sentidos y de todo su ser.

Dedicada al mayor retiro se hallába Ines, cual cumple á las vírgenes cristianas, cuando el horrible Asmodeo insinuándose en el corazon del hijo del prefecto de Roma, y encendiendo en él un fuego consumidor, le hace el instrumento de sus designios para intentar vencer la fe de aquella virtuosa vírgen. Procopio fija sus ojos en la rara hermosura de Ines, y queda preso en los lazos de una pasion que llega al furor. Magníficos presentes, promesas halagüenas, artificios, ruegos, cuantos medios puede inventar la seduccion, todo lo emplea para conseguir la mano de la ilustre doncella. ¿Y con qué exito? Ah! venid vírgenes cristianas, venid á admirar el espectáculo grandioso y sin par sublime que ofrece á vuestros ojos una niña en quien la ternura de la edad, el temor que es consiguiente á la debilidad de su sexo, y sobre todo el deslumbrante porvenir con que se le brindaba, parece hubieran debido rendirla sin el menor trabajo. Venid todos, cristianos, á contemplar la lucha de la fe contra el poder de las pasiones, el triunfo de la debilidad contra la fuerza de la seduccion.

Mal satisfecho el hijo del prefecto de Roma de su primera tentativa, no viendo un resultado cual fuera de desear de las primeras insinuaciones de su pasion hácia Ines, que despreciando sus presentes y mirando con desdeñosa indiferencia sus promesas, ni aun escuchar se dignara las proposiciones ventajosas que se le hicieran al efecto, decídese á presentarse en persona á la casta doncella, y á manifestarla sus pensamientos. Pero Ines, bien así como si hubiese visto ante sus ojos al mismo espíritu del mal, lanza sobre el atrevido jóven una mirada de indignacion, y con voz fuerte y energía sin igual le dice: apártate de mí, incentivo de muerte. Sábete que yo soy cristiana, y tengo empeñada mi palabra á otro amante inmortal, á quien correspondo con un cariño que no podrá entibiar todo

el poder del mundo y del infierno: *Discede á me pabulum mortis, quia jam ab alio amatore prœventa sum.*

Cual si de repentino rayo hubiera sido herido el jóven amante, quedó estupefacto y atónito con la respuesta de Ines. Mírase sumergido en la mas profunda melancolía: y al considerarse despreciado, el despecho y la rabia ocupan el lugar que en su corazon ocupara el amor. Su imaginacion exaltada apela á la venganza, y ya no piensa sino en emplear contra el objeto de su malogrado cariño la fuerza y el poder. Declara á su padre su pasion, manifiéstale que ha sido burlado en sus esperanzas por una doncella á quien las supersticiones cristianas han hecho despreciar su ventajoso enlace, y le empeña á que tome la defensa de su causa, obligándola á aceptar su mano, ó condenándola á los mas atroces tormentos. ¡Cuánto puede en el corazon del hombre una loca pasion! ¡Á qué extravíos no conduce el monstruo de la deshonestidad!

En efecto Ines es llamada al tribunal del prefecto. Este se vale de todos los artificios posibles para conquistar el corazon de la casta doncella; realza el mérito de su hijo, la nobleza de su sangre, la opulencia de su casa y el brillante porvenir que de su union debe resultarla. Pero Ines, insensible á las promesas, sorda á los halagos, y ciega á todo el pomposo aparato que se ofrecia á su vista, contesta llena de una heróica resolucion: « Inútil es, señor, que os molesteis en ofrecerme la mano de « vuestro hijo. Yo tengo ya un esposo que me espera en su « tálamo, que es Jesucristo; y este excede en grandeza, en po« der y en riquezas á todos los esposos de este mundo. Si os « elevais á su orígen, su madre es una vírgen, su padre no co« noció jamas mujer, porque fué engendrado desde el princi« pio de la aurora entre los resplandores de la eternidad. Si « atendeis á su belleza, es el mas hermoso entre los hijos de « los hombres: en sus labios está derramada la gracia, y en « todo él brillan los resplandores de la divinidad. Si contem« plais su riqueza, él es dueño del universo, rey de los reyes, « señor de los que dominan, y árbitro de los tesoros del cielo. « Si considerais su fidelidad, es tal, que amándole soy casta, « uniéndome á él quedo limpia, y recibiéndole en mis brazos « permanezco vírgen. Sellada estoy con el signo de su fe, ceñi« da con el cíngulo de su esperanza y adornada con el anillo de « su caridad, para no poder admitir otro amante fuera de él.»

¡Qué palabras tan elocuentes, católicos! ¡Qué confesion tan sublime! ¡qué valor tan heróico! No nos maravillemos ya de que el padre san Ambrosio diga que hasta los mismos paganos espectadores de esta escena quedaron atónitos no ménos que enternecidos al ver á una vírgen tan débil dar un testimonio tan solemne de la Divinidad: *Stupere universi, quod jam divinitatis testis existeret, quæ adhuc arbitra sui per ætatem esse non posset* (1). De este modo, oh Dios omnipotente y santo, realizabas la promesa que hiciste á tu santa iglesia cuando dijiste: Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes (2).

¿Y cuán grande no fué la confusion del prefecto al escuchar un lenguaje tan sublime de los labios de una tierna doncella? ¿Cómo hubiera podido persuadirse que tanta intrepidez, resolucion tan singular pudiese abrigarse en un corazon tan jóven, en un sexo tan débil? Pero no es la criatura, oh gran Dios, la que aquí combate: sois vos mismo, ó mas bien vuestra fe la que lucha contra todo el poder de la seduccion; la fe es el escudo impenetrable que defiende el pecho de esa niña inocente á quien vos habeis querido hacer el instrumento de vuestra gloria; la fe es la coraza que la hace impenetrable á los tiros que contra su pudor virginal dispara el genio del mal personificado en el jóven lascivo que á todo precio intenta posesionarse de su corazon; la fe es en fin la que revistiéndola de aquella fortaleza que nunca teme, que jamas rotrocede ante los peligros ni se debilita con los continuos choques del enemigo, la hará completar en medio de la mayor corrupcion y en el seno de la inmoralidad, el triunfo que sobre sí misma ha reportado ya en los tribunales y en medio de las seductoras caricias del amor.

Grande es á la verdad la prueba, terrible y horroroso sobre todo encarecimiento el combate que se prepara á la honestísima doncella. El furor ha inspirado al prefecto de Roma el medio mas impío é inmoral que abrigar puede el corazon humano, para hacerla desistir de su santo propósito. No es ya el oro alucinador, ni las galas recamadas de perlas brillantes, ni las magníficas carrozas, ni los ricos aderezos lo que se pone á la vista de Ines para fascinar su espíritu y herir de vértigo su imagina-

(1) *S. Ambros. De Virginibus. lib. 1. post initium.*
(2) *I Cor. c. 1. v. 19.*

cion. Todo esto lo habia despreciado con heroísmo sin igual aquella vírgen pura é inocente. Tampoco se le presentan cadenas, grillos, esposas, ni el estremecedor espectáculo de las catastas, de las ruedas punzadoras, de los ecúleos y de las uñas aceradas para amedrentarla y acobardarla. Ines libre entre los hierros, podia elevar su espíritu al Dios de fuerza y de virtud, y en este concepto nada tenia que temer de los hombres, quienes si bien pueden ejercer su dominio en los cuerpos, ningun derecho tienen sobre las almas. Nada de esto es lo que se intenta ya contra la ilustre vírgen. ¿Qué es pues lo que te resta, oh monstruo de crueldad, tirano implacable, qué te queda por hacer contra esa débil y tierna niña? Ah!... ¡Horrorizaos, oyentes mios. ¡Vírgenes del Señor, cerrad vuestros oídos para no escuchar la sentencia que va á fallarse por ese juez impío! Ines, aquella doncella tan noble, tan virtuosa, tan recatada y honesta que jamas fijara sus castos ojos en ningun hombre, á quien la mas leve sombra de impureza hubiera llenado de estremecimiento, aquella en fin que por conservar ilesa su virginidad habia sabido sostener una lucha la mas porfiada y peligrosa contra toda la influencia de la seduccion, contra todo el poder de la tiranía, es mandada despojar de sus vestidos, y ser conducida al seno de la prostitucion, al lupanar!... lugar destinado á las mujeres de vida corrompida, cloaca inmunda en donde hervia la deshonestidad, en donde el escándalo moraba de asiento, y en donde el desenfreno y la licencia satisfacian hasta la saciedad sus apetitos desordenados.

¡Oh vírgen inocente! ¿á dónde vas? ¿á dónde te encaminas? ¿Conoces por ventura lo peligroso de este nuevo combate? ¿No ves que te expones cual inocente corderilla á la lúbrica rapacidad de lobos que te rodearán por todas partes y se disputarán la presa? Y tú sola, sin mas defensa que tu virginidad, sin otro apoyo que tu inocencia, ¿qué podrás hacer? ¿qué resistencia opondrás á tan fieros enemigos? ¿Mas qué dije, católicos? ¿No es la fe por la que Ines combate? ¿No es la fe la que la anima? ¿No es la fe la que la sostiene? ¿Y la fe no es mas poderosa que todos los ardides humanos? ¿Qué pues tiene que temer la vírgen cristiana? Nada, porque la fe obra prodigios, y si es necesario trastorna todas las leyes de la naturaleza. La fe habla á los montes y les dice: desapareced; y á su voz dejan de existir cual si nunca hubieran existido. La fe dice á un tullido: leván-

tate y anda; y á su voz salta, corre cual si jamas hubiera padecido la menor dolencia. La fe.... Mas no hay porque referir los prodigios de la fe teniendo á la vista los que obrara en nuestra insigne heroína. Colocada en aquel sitio horroroso, eleva sus ojos y su espíritu al Señor, le pide su gracia, implora sus auxilios, y su corazon robustecido por la fe en su palabra divina, se apresta á combatir. El primer signo visible de la proteccion celestial, es una ráfaga brillante de luz que rodea su cuerpo virginal; á este prodigio síguese otro no ménos portentoso: los cabellos de Ines crecen súbitamente y cubren sus honestísimos miembros, y una especie de vestidura blanca al par de la misma nieve no permite que quede expuesta á las miradas profanas de los lividinosos que concurren á aquel lugar inmundo. ¿Quién pues osará acercarse á la que tan visiblemente protege el espíritu del Señor? Uno solo lo intenta, católicos, pero, ¡oh infeliz, que no sabe que en su mismo atrevimiento va á hallar el castigo mas palpable de su maldad!

En efecto, el hijo mismo del prefeto, despechado por las repulsas que ántes experimentara, forma el conato sacrílego de abusar por la fuerza de aquella tierna criatura. Ciego en su loca pasion, y desestimando los consejos de sus amigos que no osaran acercarse á ella, da un paso adelante, resuelto á profanar aquel santuario del espíritu divino; mas no bien hubo movido el pié, cuando cae en tierra y queda en el momento yerto cadáver. ¡Victoria á la fe de Jesucristo! ¡Victoria á Ines su sierva, que con ella ha sabido triunfar de sí misma, de los halagos de la seduccion y de los ardides de la maldad! ¡Victoria á la virginidad que en el seno de la corrupcion ha podido conservarse intacta con los auxilios de la religion! ¡Oh religion santa! ¡Cuán poderosa te muestras en Ines! ¡qué bella, qué encantadora te ostentas en el corazon puro de esa casta doncella! ¡qué prodigiosa me pareces cuando te contemplo triunfando de todo el poderío de las pasiones en un sexo tan delicado, tan tímido y á quien tan natural es la debilidad! ¡Blasfemen en buen hora, católicos, los sabios del mundo y los prudentes del siglo; declamen cuanto quieran contra los milagros de nuestra santa religion; censuren de demasiado crédulos á los que firmes en la fe creen que por ella y en ella se ha obrado cuanto de grandioso y sorprendente ha visto el mundo en los siglos pasados y presentes. Nosotros no haremos sino preguntarles: ¿cómo pue-

de explicarse que una vírgen en una edad tierna, criada en el regalo, rodeada de la opulencia, no acostumbrada á los trabajos ni avezada á los combates, no solamente rehuse un enlace brillante que se le propone, sino que por permanecer vírgen desprecie los honores y las conveniencias, resista á los halagos y caricias, sufra el odio y la animadversion, entregue sus manos al hierro y su cuello á las cadenas, tolere las prisiones, se haga insensible á las amenazas, y se decida á ser conducida entre los seres mas despreciables á un sitio que no puede nombrarse sin rubor? ¿Cabe esto en las combinaciones humanas? ¿La naturaleza es por sí sola suficientemente fuerte para sostener una lucha de este género? ¿Será el fanatismo el que conduzca á obrar tan heróicamente á una niña de trece años? ¿No es de necesidad reconocer un principio de un órden sobrehumano á quien atribuir estos hechos? ¿Y cuál será este sino la fe? Así lo reconocemos nosotros, amados oyentes, y en su consecuencia decimos que santa Ines fué una apología viva de la fe, en cuanto por medio de esta virtud triunfó de sí misma y se hizo impenetrable á los halagos de la seduccion, en una edad en que el placer convida con sus encantos y en que las pasiones se revisten del mas poderoso atractivo: primera prueba del poder de la debilidad cristiana sobre la fortaleza del mundo: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.* Réstanos exponer la segunda, manifestando que con esta misma fe triunfó tambien de los tormentos y confundió á los tiranos en una edad en que el deseo de la vida ejerce mayor influencia en el espíritu, y el horror de la destruccion contribuye á huir los peligros que puedan producirla. » Vedme ya en la

SEGUNDA REFLEXION.

Todos los seres vivientes apetecen naturalmente la existencia: no hay uno solo á quien no cause horror el pensamiento de la destruccion, y que por evitarla deje de adoptar todos los medios que á su respectiva condicion convienen. Pero entre todos el hombre, criado para dominar á toda la naturaleza y disfrutar de sus bellezas, es el que mas experimenta en sí mismo el instinto de la conservacion. Dotado de una razon capaz de conocer todo el horror del sepulcro, siente con mas vehemencia que todos los demas seres el abandonar una existencia cuyos

goces le encantan, y que para él está llena de los mas poderosos atractivos. Pero este amor á vivir que tan innato es en la criatura, debe indudablemente admitir alguna variacion proporcionalmente al menor ó mayor atractivo que sobre ella puedan tener los objetos destinados á formar su existencia. El que jamas conoció las delicias del regalo y se miró desde la cuna condenado á experimentar los efectos de la privacion y de la necesidad, ¿cómo habia de sentir tanto el abandonar la vida como el que nacido en la opulencia, nunca conoció el torvo y ceñudo aspecto de la indigencia, sino que vió multiplicarse á cada instante ante sus ojos el oro, los placeres y cuantos objetos pueden contribuir á vivir con gozo y alegría? El anciano que oprimido con el peso de los años arrastra con pena unos miembros inertes y sin fuerza, que no siente propension á objeto alguno placentero, á quien fastidian los goces materiales, para quien la naturaleza no tiene encantos, y ante quien dejaron de existir las halagüeñas esperanzas que un dia animaban sus espíritus y rejuvenecian su ser, ¿mirará la tumba con tanto horror como una jóven en la primavera de sus dias, llena de esperanza y de vida, á quien todo en la naturaleza sonríe y lisonjea, para quien todo es goce, placer, delicia, y cuyo corazon late á la vista de la variada escena de un mundo sembrado para ella de objetos seductores? Oh! ¡qué heroísmo es menester para renunciar á la existencia en esta edad florida, sobre todo cuando para conservarla basta solo una palabra, un consentimiento, una condescendencia!

Tal era, señores, el estado en que Ines se hallaba. Con solo haber consentido en dar la mano de esposa al hijo del prefecto romano, hubiérase visto colocada en el primer rango entre las damas de aquella ciudad, foco del placer y trono de la grandeza de todo el universo. Pero la fe prometida á un esposo celestial la hizo despreciar todos los honores mundanos, y en cambio de estos se vió rodeada de verdugos, de tormentos, de objetos de horror y de estremecimiento. Pero ¡oh gran Dios! Vos que robustecísteis el corazon de esa tierna vírgen para triunfar de sí misma y de los seductores halagos del amor, la armaréis de todo el brio necesario para vencer los tormentos y confundir á los tiranos á pesar de la debilidad de su sexo y de lo tierno de su edad. Ya la invicta heroína habia visto postrado á sus piés á aquel hombre que poco ántes ejerciera contra su pudor virginal

el mas bárbaro é inmoral suplicio. Ya aquel monstruo feroz amansado á vista de la súbita resurreccion de su hijo, obrada por la santa vírgen, habia arrojado sus impotentes armas, y confesándose vencido por el Dios que en ella combatia, mostrábasele favorable y deseoso de su libertad. Pero el Señor que la habia escogido para testigo irrecusable del poder de su fe, no quiso que quedase incompleto su triunfo. Ármase contra la santa vírgen todo el encono de los sacerdotes de los ídolos; amotínase el pueblo, y por donde quiera se oyen gritos sediciosos que piden con furor su muerte por maga, hechicera y sacrílega. Tales eran, señores, en aquella época de vértigo y de impiedad los dictados infamantes que se lanzaban contra los cristianos que rehusaban adherirse al culto de los ídolos! En vano Sinfronio, movido de un sentimiento de gratitud, hace dimision de su cargo por no condenar á la muerte á quien era deudor de la vida de su hijo. Al antiguo magistrado sucede otro nuevo llamado Aspasio, quien sin otra forma de proceso, manda que al punto sea quemada viva.

¿Podré ya pintaros, amados oyentes, el placer que Ines experimentó al escuchar esta sentencia? ¿Me será dable ofreceros una idea de los trasportes de júbilo que inundaron su corazon al ver se acercaba el momento de ser consumida en holocausto digno de su divino esposo? Bien así como si se hubiesen ofrecido á su vista los mas poéticos y embelesadores objetos, tenia clavados sus bellos ojos en aquella hoguera que ya comenzaba á encenderse. Abrasado su pecho de una llama mas eficaz y activa que el fuego preparado para atormentarla, parécela tardo el tiempo, y suspira por el instante de verse convertida en cenizas. Llegó este ..... la vírgen es arrojada entre las llamas; mas los prodigios se renuevan, y la inocente niña, no ménos que aquellos tres ilustres jóvenes de Babilonia, marcha sobre las brasas sin experimentar la menor lesion, al tiempo que las llamas extendiéndose hácia los sacrílegos expectadores de la escena, se ceban en los verdugos y esparcen á su alrededor la desolacion y la muerte. Entre tanto óyese en medio de aquel lúgubre espectáculo un acento melodioso, la voz de la ilustre mártir que dirigiéndose á su divino esposo, le dice: « ¡Oh Dios « digno de amor, de veneracion y de temor! yo os bendigo y « ensalzo vuestras misericordias y los prodigios de vuestro po- « der. Fortalecida con vuestra fe he despreciado las amenazas

« de tiranos sacrílegos, he marchado intacta por entre el cena-
« goso lodazal de la impureza, y ahora me hallo ilesa en me-
« dio de un fuego consumidor. Confieso, Señor, que vuestro
« santo nombre es digno de todo honor y de eterna alabanza,
« os amo con todo mi corazon, y con todas mis entrañas deseo
« unirme á vos para siempre. Tiempo es pues ya de mostrarme
« los efectos de vuestra bondad, llamándome á recibir la co-
« rona inmortal, objeto de todas mis ansias (1) ! »

Serás escuchada ¡oh vírgen impertérrita! y tus deseos no tardarán en verse cumplidos. Ya los coros angélicos girando en torno de tu cabeza se preparan á ceñir tus sienes con la doble diadema de la virginidad y del martirio. ¿No oyes cuál te convidan á elevarte de este suelo, guarida de leones y morada de leopardos, para ser coronada por esposa del rey inmortal de los cielos? Ah! corre presurosa al lugar del combate que ha de decidir para siempre el triunfo de la fe. Pronunciada está ya la sentencia, armado el ejecutor del acero homicida, y esperando un pueblo inmenso que ha de ser testigo de tu valor.

Dejemos aquí hablar al padre san Ambrosio, cuya elocuentísima pluma describe esta escena con unos rasgos tan admirables y brillantes, que no es posible imitar. « Vedla, dice, cómo
« marcha impávida al lugar del suplicio con paso acelerado y
« semblante risueño, bien así como una esposa cuando es con-
« ducida al tálamo nupcial. Todos lloran de ternura al verla
« tan pródiga de una vida que apénas comienza á disfrutar:
« pero ella tranquila en medio del imponente aparato de la
« muerte, mantiene la mas imperturbable serenidad. Llénanse
« todos de asombro al verla dar un testimonio tan solemne de
« la fe en una edad en que aun no es dueña de sí misma. ¿Qué
« no hizo entónces el tirano para inspirarla el terror? ¿De qué
« expresiones tan halagüeñas no usó para disuadirla de lo que
« él llamaba un error? ¿Qué promesas no la hizo para obligarla
« á aceptar la mano del que la convidaba con las delicias del
« amor? Pero ella mas fuerte y animosa en proporcion del pe-
« ligro, contesta: Sabed que haceis una grave injuria á mi es-
« poso con solo pensar que yo pueda agradar á otro fuera de
« él. Y volviéndose al verdugo... ¿Por qué te detienes? le dice
« con voz resuelta, ¿á qué aguardas? ¡Perezca en buen hora

(1) *Eccles. in off. Sanctæ Agnetis. Die* 21 *januarii.*

« un cuerpo que pudo tener atractivos á los ojos de un hombre
« mortal, á quien jamas quise agradar! y diciendo... púsose
« en oracion y dobló su cerviz para recibir el golpe de la espa-
« da. Vierais entónces al verdugo estremecerse cual si él fuese
« el reo preparado á sufrir el suplicio; vierais temblar convulsi-
« vamente aquella diestra armada del acero, y palidecer de te-
« mor sus labios miéntras que la tierna doncella permanecia
« inmoble sin vislumbrarse en ella el menor signo de debilidad.
« Vierais... pero al fin llegó el momento; el hierro atravesó el
« seno virginal de Ines: consumóse el sacrificio, y en una mis-
« ma hostia ofreció á su esposo celestial dos oblaciones á cual
« mas preciosas, la del pudor y la de la religion (1). » De este modo la fe que en la casta doncella habia triunfado victoriosamente de los halagos de la seduccion, venció tambien los tormentos y confundió á los tiranos, y dió el testimonio mas auténtico de la divinidad de aquel Jesus que habia dicho por medio de uno de sus mas ilustres discípulos: el Señor elige á los mas débiles para confundir á los mas fuertes: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

He ahí, vírgenes cristianas, el modelo mas perfecto que debeis imitar: hé ahí una regla viviente de conducta que debeis seguir. Vosotras que tan fácilmente os dejais alucinar del brillo deslumbrador de los placeres, de las riquezas, y de todo ese aparato de efímera grandeza con que el mundo ministro de Satanas os brinda á veces, para haceros consentir en lo que acaso está en contradiccion con vuestra fe ó pugna con los intereses de vuestra conciencia, aprended de esa ilustre niña á despreciar con heróica resolucion los halagos de seductoras pasiones, y á resistir con invencible constancia á las promesas de amantes profanos que á precio de vuestra eterna salvacion intentan haceros víctimas de su desmedida lubricidad. La fe que fortaleció la debilidad de una niña que apénas habia salido de la infancia, haciéndola poderosa para resistir á los tormentos, á las amenazas, y á la misma muerte, os servirá tambien á vosotras de egida impenetrable para triunfar de todo cuanto pueda oponerse á los principios cristianos que habeis profesado. El esposo inmortal de los cielos que se dignó aceptar el sacrificio de Ines,

(1) *S. Ambros. De Virg. l.* 1. *post init.*

y compensó su heroísmo con una corona de inmarcesible gloria, aceptará tambien la oblacion de vuestra virginidad, y como á ella os ceñirá laureles eternos.

Y vosotros, incrédulos, que con desdeñoso desprecio os atreveis á insultar la religion de Jesucristo, venid y admirad la doble victoria de la fe, la apología mas ilustre de la divinidad, que hoy ofrece al universo la vírgen Ines: *Venite contemptores et admiramini.* ¿Qué teneis que oponer contra una religion que engendra tanto valor, que da tanta superioridad de ánimo, que reviste de una fuerza tan irresistible á los que fuertemente adheridos á sus máximas, combaten contra el error? ¿Apelaréis todavía á las gastadas voces de preocupacion y fanatismo que tan frecuentemente se hallan en vuestros labios? ¿Cabe ese fanatismo en una niña que no puede conocer ni aun el sentido de esa voz? ¿Es posible la preocupacion en un corazon tan tierno, en una alma extranjera de todo punto á los humanos ardides? Veis á la debilidad mas extrema combatir contra un desmesurado poder; á una edad tierna triunfar de los rigores de la mas implacable crueldad; á un sexo frágil resistir á las emponzoñadas promesas de la opulencia; á la virginidad luchar con el repugnante monstruo de la lubricidad; veis á Ines que entre las cadenas insulta á la tiranía; en medio del fuego se burla de las llamas; en el seno de la corrupcion hace brillar la castidad; á presencia del hierro anima á los verdugos, y muere entre trasportes de inexplicable júbilo, cuando todos se miran llenos de temor, ¿y aun dudais del triunfo de la fe? Dudad en buen hora cuanto quisiereis: la fe no quedará ménos victoriosa por vuestra obstinacion. El cristianismo todo ensalzando hoy las glorias de Ines, y celebrando su doble triunfo, celebra el triunfo y ensalza las glorias de aquella religion cuyos mártires son una de las pruebas mas positivas de la Divinidad.

Sí, Dios excelso y grande, en cuya mano reside el poder y la fuerza, vos que en los inescrutables designios de vuestra sabiduría elegis á los mas débiles del mundo para confundir á los mas fuertes, escogisteis á santa Ines para glorificar vuestro santo nombre y extender los términos de la fe, haciendo que por su medio consiguiese el triunfo portentoso que hoy admiramos. ¡Gloria pues á vos, Señor, en lo mas excelso de los cielos, gloria á vuestra religion, gloria á vuestra fe sacrosanta! ¡Honra

y prez á vuestra insigne sierva y esposa castísima, que tan bellos ejemplos ha legado al mundo! Escuchad por su intercesion los ruegos que os dirigimos en este dia, y concedednos como á ella valor, fuerza y constancia en la fe que os prometimos profesar, para que triunfando con sus auxilios, á imitacion de vuestra ilustre vírgen, de nosotros mismos, de la seduccion, y de todos los peligros, merezcamos un dia ceñir nuestras sienes con la corona de la inmortalidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS INOCENTES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi.

Levántate y toma el niño y á su madre, y huye á Egipto, y estáte allá hasta que yo te lo diga.

S. Mateo, c. 2. v. 13.

Los disgustos y los placeres, la alegría y la tristeza, y los bienes y males de esta vida forman una cadena tan difícil de romper, que muchas veces aquel que piensa disfrutar de un placer ó asegurar su dicha para siempre, promoviendo un acontecimiento que lisonjee sus pasiones, suele ser causa el mismo acontecimiento de que le vengan innumerables males, que llenando su vida de dolores le suman en una completa desesperacion.

Al contrario muchas ocasiones hay en que viniendo sobre uno infinitos males por inspiracion ó provocacion de los que le quieren mal, estos mismos males son el orígen y el fundamento de una felicidad completa.

En ninguna situacion se demuestra con mas exactitud esta verdad que en la doctrina del Evangelio, y en el órden de justicia que nos enseña nuestro dogma religioso, cuando nos muestra un tribunal infalible y lleno de justicia en la otra vida, para deshacer las injusticias y agravios que se nos hacen en esta. Este dogma consolador es el sosten del desgraciado en las mayores tribulaciones; es el que rechazan con imprudencia

aquellos que quieren cimentar su dicha en la ruina y desolacion de los demas.

¿Y qué consiguen con esto? Que ni en esta vida ni en la otra llegan á obtener la paz y los placeres que buscaban; porque es tal la condicion del corazon humano, que los deseos se multiplican en él en proporcion de la costumbre de satisfacerlos. Si el hombre nace pobre, desea ser rico; si es rico, ambiciona mandos y honores; si obtiene los mandos y honores, ambiciona el principado; si es el primero de todos en la nacion, ambiciona someter á los extranjeros; y si la impotencia le reduce á vivir solo en su reinado, el mas mínimo rumor de que exista otra persona que pretenda su puesto, le arroja en el camino de los crímenes y de los excesos mas inauditos.

Cualquiera diria al ver renacer los deseos en el corazon del hombre, que son como las semillas, que dan ciento por uno; pues apénas se siembra uno en la vida dándole satisfaccion, otros y otros nacen de él, sin que jamas tengan término ni se agoten.

¿No habeis visto recientemente y en nuestros dias vivir un hombre, que naciendo de una condicion modesta llegó á mandar ejércitos, que despues mandó la nacion dueña de estos ejércitos, que echó su mano á la corona ensangrentada del último rey de ella, que pretendió hacer de la Europa un solo imperio, y que tras esto hubiera aspirado, cual otro Alejandro, á la monarquía del Universo? Si todos teneis noticia ó habeis conocido á Napoleon, y el término de su vida en un solitario peñasco, en medio de la inmensidad de los mares, es una prueba de que la cadena de nuestros dias está formada de eslabones compuestos de bienes y males.

En el suceso que la Iglesia celebra se demuestra muy eficazmente, que los bienes y males no están á la disposicion del hombre, y que los deseos del tirano y del ambicioso no se satisfacen solo con rendir á sus piés á los hombres ya formados, sino que se ceba y busca hasta la sangre de los inocentes recien nacidos.

Sí, católicos: hoy celebra nuestra santa iglesia el aniversario del suceso terrible, que sumiendo en el dolor y la consternacion al pueblo de Belen, hizo desaparecer en aquel punto la generacion contemporánea de nuestro señor Jesucristo.

¿Seria la causa de este suceso el desear Dios llevar hácia sí

los niños que nacieron á la inmediacion de nuestro Redentor, con el objeto de que conociesen la gloria ántes que las miserias de la vida humana, ó seria para que viésemos en la tiranía y crueldad de Heródes la odiosa imágen del hombre ambicioso y soberbio, que por el celo de su principado se arrojó á un crímen, que podia considerarse deicidio, porque contra Dios dirigia las afiladas espadas de sus desapiadados soldados?

Las dos cosas nos quiere enseñar la iglesia hoy, encerrando dos puntos morales que yo trataré de explanar en mi discurso, cumpliendo la mision de que me hallo revestido.

Cuánto estimara conseguir con él la reforma de vuestro corazon, enseñándoos á apreciar todo lo que vale la inocencia, y el odio que merece la insaciable ambicion que no respeta ni aun á los inocentes recien nacidos, Tendria esperanza de alcanzar el objeto que me propongo, si Dios se dignase iluminar mi entendimiento, ofreciendo á mi lenguaje las palabras que mas impresion os causaran. Ayudadme, fieles, á impetrar del Todopoderoso los auxilios de su divina gracia, que tanto necesito: y para que lo podamos conseguir, postrémonos de rodillas é interpongamos por nuestra mediadora á la reina de los cielos su santísima Madre, y saludémosla con el ángel, diciendo: *Ave María.*

Habia pasado algun tiempo desde el nacimiento de Jesus: le habian ido á adorar los reyes Magos, excitando en Heródes la idea de descubrir al niño recien nacido para matarle; se habia verificado la entrada en Jerusalen de nuestro Redentor, cuando María fué á presentarle en el templo, y el Señor por medio de su ángel habia dicho á san José que tomase su familia y fuesen para Egipto hasta la muerte de Heródes, con el fin de evitar la muerte que este procuraba dar á Jesus.

Efectivamente, Heródes agitado por sus malos pensamientos desde que entraron los Magos en Jerusalen, y viendo que estos no volvian á darle razon del sitio donde estaba el rey de los judíos que habian venido á adorar, y que se aumentaban rumores de lo ocurrido en el templo con el anciano Simeon y la santa viuda, que reconocieron en Jesus al nuevo Salvador, sentia nacer en su corazon nueva ira y nuevo rencor contra él; y decidido á buscarle para matarle, concibió la horrorosa idea de

degollar á todos los niños de dos años que hubiera en el distrito de Belen, que era la ciudad de David.

Fijó sus iras sobre esta ciudad, porque en virtud de los informes del concilio de los sacerdotes y doctores, la ciudad de David, que era Belen, era el punto donde habia de nacer el Mesías, segun lo habian anunciado los profetas.

Calculado el tiempo que habia pasado desde la venida de los reyes Magos, y el que estos le habian manifestado que pasó desde la aparicion de la estrella, llegó á comprender, que entre los nacidos dos años ántes del decreto de muerte que iba á firmar, precisamente se habia de hallar el rey de los judíos, que él consideraba destinado á quitarle la corona real que poseía. Esta fué la causa de haber limitado la carnicería á los ninos de esta edad; pues si él hubiera comprendido que podia hallarse entre los de una edad mas avanzada, se hubiera extendido mucho mas el inhumano y tiránico decreto de destruccion y muerte que habia firmado.

¡Pero cuán fallidos son los juicios de los hombres, sobre todo cuando tienen por objeto contrariar las miras de la divina Providencia! El niño que él buscaba ya no se hallaba dentro del término de sus dominios, porque cuando el ángel dijo á José: *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum.* Levántate y toma el niño y á su madre, y huye á Egipto, como hombre prudente, y que aprecia los avisos que Dios se dignó hacerle por medio de sus enviados, sin temor á las tinieblas ni á las incomodidades de un viaje penoso, como tenia que ser el que hiciera con un niño de tierna edad y con una mujer, se puso al instante en camino y huyó del país natal, donde con tanto encarnizamiento se perseguia al niño Jesus á quien él adoraba.

La idea de que esto sucediera podia haber ocurrido á Heródes, y de este modo evitar la ejecucion del bárbaro decreto, que habia de sumir en luto y lloro á la ciudad de Belen; pero cuando la tiranía y la crueldad se apoderan del corazon de los hombres, les cierran el entendimiento á toda idea que pueda mitigar el ímpetu de sus iras. Así es que Heródes no escuchó mas consejo que el odio que encerraba su corazon contra Jesus, y determinó la ejecucion del bárbaro decreto.

Armado de él marchan sus soldados á Belen y principian á ejecutarlo. Se esparcen por la ciudad armados de sangrientas

cuchillas, y mostrando en su rostro amenazador la ira del tirano, cuyas órdenes iban á cumplir.

¡Ah infelices madres, que semejantes á Raquel, esparcis el llanto por vuestros hijos y no os podeis consolar, segun dijo el profeta Jeremías (1). Reprimid vuestros llantos y vuestras lamentaciones, porque no servirá para utilidad del tirano la muerte de vuestros hijos, sino para ensalzamiento y gloria de los inocentes martirizados por causa de Jesucristo. Vuestros lamentos no libran, no, á vuestros infelices hijos de la muerte que decretan los tiranos como Heródes; porque estos cierran sus oídos al infeliz, y solo escuchan las palabras lisonjeras de los aduladores que les rodean, azuzándoles é instándoles á marchar por la carrera del crímen.

Bien demuestran esta verdad los acontecimientos que ocurrieron en Belen cuando se llevó á efecto la degollacion de los inocentes. El feroz soldado entraba en la casa de las infelices madres, persiguiéndolas para arrancarlas el fruto de sus entrañas hasta los últimos recintos, donde ya las era imposible evadirse de su persecucion. Entónces se trababa una lucha cruel: las madres defendiendo la vida de sus hijos, cual la leona defiende los cachorros que la quiere robar el cazador de los bosques africanos, se arrojaban á los soldados presentando su pecho y su cuello para hartarles de sangre, y evitar de este modo que llegasen á derramar la de sus propios hijos.

Para comprender toda la barbaridad y crueldad del mandato de Heródes, es preciso fijarse á considerar lo que es el amor de una madre, y el heroísmo y esfuerzo de que se reviste cuando trata de defender el hijo que abrigaron sus entrañas. Vosotras que me escuchais y habeis sentido ese amor puro y respetable con que contemplais el objeto inocente y gracioso del amor puro, calcularéis hasta dónde llegaria el esfuerzo de las habitadoras de la ciudad de David, cuando los fieros satélites de Heródes iban á destruir la existencia de sus queridos hijos.

La humanidad se estremece al pensar cómo una infeliz encorvada sobre el suelo guarece su hijo de los golpes que le amenazan, y vuelta la cabeza á su perseguidor con los ojos llenos de un aire asombrado y amenazador, le conjura que ántes destruirá su existencia que no llegar á herir al hijo que guarece con su cuerpo. Pero el soldado brutal desprecia su llanto y sus gemidos, y aprovechando la fuerza de sus músculos y de sus nervios, agarra á la infeliz y la arroja por el duro suelo con una mano, y con la otra que empuña y enarbola una cuchilla ensangrentada, descarga un golpe sobre el infeliz infante, que apénas ha nacido pasa á ser presa de la muerte. Márchase el feroz ejecutor del decreto de Heródes, y al volver la madre en sí del brusco golpe que ha recibido, se arroja sobre su hijo, y no encuentra mas que su cuerpo mutilado.

(1) *Jerem. c. 31.*

Otra al ver venir hacia sí al soldado cruel, se aterra, cae de rodillas á sus piés, levanta sus manos suplicantes pidiendo la vida de su hijo: este inocente tambien, por una impulsion natural, levanta sus tiernas manos é implora gracia ante el soldado, que ahogando todo sentimiento de humanidad, coge con una mano las suplicantes de la tierna criatura, y con la otra descarga la cuchilla, que echa la cabeza sobre el cuerpo de la madre desmayada.

Otra lleno de rabia el corazon, desesperada ante la injusticia y la barbaridad mandada ejecutar por Heródes, se abalanza á los soldados, se echa sobre las armas ensangrentadas cortando sus propias manos, y defendiendo hasta el último trance la vida de su hijo, y solo cuando exánime ó muerta cae á sus piés, pueden los auxiliares del tirano llegar á consumar el horroroso crímen que se les habia encomendado.

¿Pero á dónde iria á parar si fuese á describir todas las escenas de horror y de desolacion que produjo la crueldad del feroz Heródes en el distrito de Belen, cuando fueron degollados los inocentes contemporáneos de la infancia de nuestro señor Jesucristo? Con solo pensar el objeto y la injusticia de la degollacion mandada hacer por Heródes en los santos Inocentes, se comprende fácilmente que todos los horrores que afligen á la humanidad serian sus consecuencias. Pero reprimid vuestra voz de llanto, madres infelices, recordando que si habeis perdido vuestros hijos en la tierra, se hallan colocados en el cielo gozando de felicidad eterna.

El tirano no consiguió sus fines; y el mal que intentó causar á los inocentes, que degolló con su inhumano decreto, para él ha venido á resultar; porque vuestros hijos disfrutan de una felicidad incomparable, y él sufre los castigos del bárbaro

atentado que hizo contra Dios, porque al Dios encarnado, al Verbo fué á quien buscaban los satélites de sus iras.

Conocido el hecho material que la iglesia celebra en el dia de hoy, pasaremos á explicar los dos puntos morales que principalmente arroja de sí : uno es que no siempre son males las desgracias que nos suceden, y otro que no se asegura nuestra dicha buscando nuestra felicidad en la satisfaccion de los deseos ambiciosos. El primero lo vemos bien patente en la condicion inocente de los niños degollados, que sin crímen de ninguna especie sufrieron una muerte cruel; y el segundo en la vida agitada que tuvo Heródes despues de este hecho, llegando por el exceso de su celo de reinar á matar á su propio hijo Antípatro, pocos dias ántes de morir.

La inocencia, amados oyentes mios, es tan agradable y acepta á Dios, que los niños y los que mueren en este estado, sin haber involuntariamente recibido el Bautismo, van al limbo y no sufren una condenacion, ni un cargo como espera á los malos cristianos, que habiendo destruído el pecado original con el Bautismo, han cometido nuevos pecados y desobediencias contra su Criador y Salvador.

Cuando extinguido el pecado original mueren en el estado de la inocencia los hombres, una vida feliz y bienaventuranza eterna les espera, porque Dios se complace en tener á su lado inocentes, como lo significó Jesucristo cuando llamando á un niño, le puso en medio de los apóstoles y dijo : de cierto os digo que si no os volvieseis y fueseis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos : así que cualquiera que se abajare á ser como este niño, ese será muy grande en el reino de los cielos. De este modo nos enseña Jesus lo agradable que es á Dios la inocencia, segun lo cuenta san Mateo en su Evangelio.

Tambien los hombres cuando quieren pintar lo que ellos llaman la edad de oro, ó el tiempo de su mayor felicidad, dicen que esta consistia en la inocencia que tenian todos los hombres, estando desterrados los malos efectos que despues fueron causa de que viniese la edad de hierro ó tiempos de destruccion, en que los hombres principiaron á perseguirse por medio de las guerras.

Siendo pues tan buena la inocencia en sí, y tan agradable á los ojos de Dios el que la posee ¿cuánto mérito no tendrá á

sus ojos el que en este estado padece por él la muerte que sufrieron los santos Inocentes?

Seguramente las víctimas sacrificadas por la ira de Heródes contrajeron muchos méritos á los ojos de Dios, y recibieron un bautismo de sangre que las hizo pasar á formar parte del coro de los ángeles y arcángeles; sirven de mucho en la comunidad de los fieles de la iglesia militante y triunfante, y ellas en la gloria habrán hallado, no solo la recompensa de la injusticia de que fueron víctimas, sino la que tienen los espíritus justos cuando pueden hacer bien ofreciendo sus méritos por los demas hombres.

Humanamente considerado el suplicio que sufrieron los santos Inocentes, es horroroso, cruel, y el corazon se resiste á la persuasion de que hayan existido hombres capaces de llevarlo á cabo; pero examinado en todo su resultado, el furor del tirano su perseguidor fué un instrumento de que Dios se sirvió para llevar hácia sí los inocentes contemporáneos del nacimiento de Jesucristo.

¿De cuántas miserias y de cuántos dolores no fueron libertados de sufrir en esta vida, ademas de los goces inefables que alcanzaron en la otra? La mayor parte de los hombres se ven en la precision de exclamar, ya un dia, ya otro, ya por este, ya por aquel motivo, que fuera mejor no haber salido de la edad de la inocencia : en esta edad podrian separarse del mundo sin temor al juicio severo de las acciones que causan su desesperacion y les hacen invocar la muerte en el tiempo de su inocencia.

¿Cuánta mayor ventaja no tuvieron los niños inocentes, cuando ademas de morir en un estado tan agradable á Dios, consiguieron hacerlo por causa de Jesucristo, siendo envueltos en la persecucion que contra él se dirigia?

Los males que pensó causar Heródes, no llegaron á tener el resultado que él se propuso; pues que no consiguió la ruina de los mártires inocentes ni la muerte de Jesus, que José avisado por el ángel habia conducido á Egipto en compañía de su divina Madre : solo consiguió que las víctimas de su furor y de su tiranía subiesen al cielo, siendo recibidos con cánticos y salutaciones.

Si el tirano consiguió sembrar de llanto el distrito de Belen, afligiendo á las miserables madres, que cual la Raquel citada por Jeremías, lloraban á sus hijos sin poderse consolar; *Vox*

in excelso audita est lamentationis, luctus et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis, quia non sunt; tambien las madres deben consolarse, porque á ellas se extienden las palabras que á la misma Raquel dirigia el Señor diciéndola : « reprime tu voz de llanto, y tus ojos de las lágrimas; porque salario hay para tu obra y las lágrimas volverán á la tierra del enemigo : esperanza tambien hay para tu fin, y tus hijos volverán á su término (1).

Sí, madres desgraciadas, cesen vuestros gemidos y vuestros dolores, porque Dios los hará recaer sobre Heródes; y vuestros hijos, que él quiso destruir, tendrán al lado de Dios el término de sus penalidades y el premio de su martirio.

Cesad de llorar, porque el tirano que al firmar su decreto no solo atacó la existencia de vuestros inocentes hijos, sino que preparó una profunda herida á vuestro amante corazon, será herido y mortificado hasta por sus propios hijos.

Y vosotros, oyentes, si quereis participar de la gloria de los inocentes, volveos á su edad, como aconsejaba Jesucristo á los apóstoles, mudando vuestra vida y olvidando hasta la idea de vuestras antiguas faltas. En este estado conocereis que los males no son todos los que nos causa el furor de nuestros enemigos; porque estos nunca pueden llegar al alma del inocente y del justo, que dispuesto á sufrir el martirio espera una vida eterna y llena de felicidad.

Al contrario, si conseguis colocaros en ese estado de gracia en que el hombre no teme mas que el pecado y la ofensa que puede hacer á Dios que le ha criado, vereis que ninguna clase de males existen para vosotros sin que sean orígen de los beneficios que disfrutan en el cielo los santos Inocentes. Las mortificaciones que pueden atraer á vuestro cuerpo los mas encarnizados enemigos, serán el principio de una eterna felicidad.

Ahora os voy á demostrar el otro hecho moral que me he propuesto, enseñándoos que no está la felicidad en la satisfaccion de nuestras pasiones, como lo demostró el tirano Heródes, que habiendo sido feliz en la mayor parte de su vida, llegando á ser rey, no por herencia, sino por su fortuna y con consentimiento de los romanos; desde que se puso á combatir

(1) *Jerem. c.* 31. *v.* 15, 16 *et* 17.

la usurpacion que temia del rey de los judíos que habia nacido, y que fueron á adorar los reyes Magos, las desgracias vinieron á su casa sin darle tregua ni descanso, como nos lo enseña la historia de Josefo, autor que tenia predileccion por este rey, y que pertenecia á los judíos que no creyeron la venida del Mesías.

Este nos cuenta muy menudamente la hisioria de su elevacion al reinado de Judea, pintándole como un capitan valiente, un político hábil y un hombre afortunado en cuantas empresas acometia. Él habia deshecho las intrigas de sus enemigos; les habia vencido en el campo de batalla, y habia conseguido con la amistad de los romanos elevarse al trono de Judea, cautivando el aprecio de sus gobernados con algunas acciones buenas, aunque siempre se descubriese en su carácter una tendencia á la dureza y crueldad.

Pero segun este historiador judío, y por lo tanto incrédulo de todas las cosas que dicen relacion á la ley nueva y á los dogmas de la iglesia, por los tiempos en que ocurrió la degollacion de los inocentes (cuyo suceso oculta); Heródes, de un hombre afortunado en sus empresas, de un rey que lleno de gloria adornaba con monumentos la ciudad de Jerusalen, capital de su imperio, se convirtió en un tirano, y vió en su familia introducirse los crímenes mayores que pudieran imaginarse. Sus hijos Alejandro y Aristóbulo se rebelaron contra él : su hijo Antípatro formó una conjuracion para destronarle; se le prepararon venenos, y tuvo el desconsuelo de tener que vengar con la muerte de sus hijos las rebeliones que hicieron contra él.

No pararon aquí solo sus miserias : introducidas las pasiones en las personas de su familia, entraron otra clase de crímenes, cuales son todos los que provienen de las conspiraciones y de los amores incestuosos, producidos por la crápula y por los desórdenes. Él mismo estaba atormentado con muchos dolores, con una calentura muy grande y con una comezon intolerable é importuna esparcida en todo su cuerpo. El mismo historiador dice, que tenia dolores en el cuello, los piés hinchados entre cuero y carne, hinchado el vientre; se le pudrian sus partes viriles con muchos gusanos; tenia gran pena en la respiracion, y se hallaba fatigado por tantos suspiros y encogimiento de sus miembros, que los que le veían creían que era venganza de Dios.

En este estado tan miserable nunca salia de su pecho la pasion de mando y de dominacion, que le habia arrastrado á cometer el horrendo crímen de degollar á los santos Inocentes por perseguir al Hijo de Dios; porque los Magos le habian llamado rey de los judíos y venian á adorarle.

El odio de los pueblos contra él se pronunció de tal manera, que excitando su furor, dispuso encerrar los hombres principales de su reino en un hipódromo, con el objeto, segun decia, de que fuesen degollados cuando él muriese, y así llorasen por fuerza su muerte los habitantes de Judea.

Entre los tormentos causados por la muerte violenta de sus hijos, por los remordimientos de su conciencia, alterada por sus crímenes, y por los dolores de la extraña y rara enfermedad que Dios le habia mandado, pasó sus últimos dias, llegando una vez su desesperacion al punto de quererse suicidar, si uno de sus servidores no lo hubiera impedido; pero impidióselo y murió atormentado por las plagas que vinieron sobre él.

Bien merecido tuviste, Heródes, el castigo que vino sobre ti, y mayor será el que estarás sufriendo en los eternos tormentos, por haber llevado tu tiranía y tu crueldad hasta el extremo de decretar la degollacion de los niños inocentes, que tus soldados arrancaron con inaudita fiereza de los brazos de las madres de la ciudad de David, dejándolas inundadas de sangre y de desolacion.

La felicidad que tú quisiste buscar destruyendo al verdadero rey de los judíos, no vino sobre ti, como esperabas, y la rienda que diste á tus pasiones desenfrenadas fué el orígen de tu desdichada vida y de tus tormentos en el mismo trono cuya integridad buscabas con tan feroces extremos.

La corona y la opulencia de tu palacio no sirvió de escudo contra las miserias que vinieron sobre ti; porque cuando el dedo de Dios señala el castigo que impone á los hombres en esta vida ó en la otra, no hay cetros ni coronas, ni ejércitos, ni pueblos que lo resistan.

En esto que sucedió á Heródes y en lo que le habrá sucedido, segun nuestras creencias evangélicas, habreis conocido, hermanos oyentes, que la felicidad no nace de la satisfaccion de las pasiones y deseos inmoderados: al contrario, cuando un deseo ó una pasion está satisfecha, nacen de ella otras y otras, que nos llevan al término fatal, á donde fué conducido el rey

Heródes, por dejarse arrebatár de la crueldad y de la ira hasta degollar á unos desvalidos inocentes.

Queda pues demostrado por este medio el segundo hecho moral que me propuse al principio de mi discurso, y solo me resta, apoyado en uno y otro, aprovecharme de la conviccion que hayan creado dentro de vosotros para exhortaros á huir de las pasiones, que nos llevan á los remordimientos, á las enfermedades y á los castigos eternos, y buscar la inocencia que conduce á la gloria de que están gozando los santos Inocentes, volviendo á su edad en la forma que aconsejaba Jesus á los apóstoles.

Para conseguirlo no tenemos mas que seguir los preceptos del Evangelio, mudar nuestras malas costumbres y adquirir la vida de inocencia que tan grata es á los ojos de Dios.

Si alguna vez flaquean nuestras fuerzas en el áspero camino de la virtud, dirijámonos á los mártires inocentes para que intercedan con Dios en nuestro favor y nos presten la fortaleza que necesitamos, aplicando por nosotros parte de los méritos que contrajeron siendo víctimas de la persecucion que se dirigia contra el Salvador del mundo. De este modo alcanzarémos tranquilidad de conciencia y verdadera felicidad en esta vida y la gloria en la otra. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

PARA EL DIA

DE LOS SANTOS INOCENTES.

(DE ALMEIDA.)

Herodes iratus est valdè, et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, et in omnibus finibus ejus.

Heródes se llenó de ira, y mandó quitar la vida á todos los niños que habia en Belen y en todos sus contornos.

S. Mateo, c. 2. v. 16.

¡Qué triste y lamentable espectáculo se presenta hoy en el mundo á la consideracion! Pero ¡qué alegre y gustoso es el que se ofrece en el cielo! Acá en la tierra todo cuanto vemos tiene la figura del horror, de la crueldad y tiranía, porque está la ciudad de Belen teñida inhumanamente con inocente sangre, y cubierta de miembros delicados y tiernos hechos pedazos. Mas en el cielo vemos esos mismos Inocentes llenos de gloria y majestad: los vemos coronados con coronas de infinito precio, llevando en sus manos palmas de vencedores, y cantando los triunfos que consiguieron del mundo, de la muerte, y de Heródes. Y así no detengais vuestros ojos acá en la tierra, mirad tambien al cielo: no considereis solo la muerte cruel de los Inocentes, considerad tambien la grande felicidad que por medio de ella consiguieron: veréis que fué suerte felicísima, y verdadera fortuna lo que hasta aquí reputabais por desgracia, y conoceréis qué cosa tan gloriosa sea el padecer inocentes por Cristo.

Mas porque el conocer claramente esta verdad conduce mucho para gloria de los Inocentes, y puede servir para vuestra doctrina, será mi asunto manifestar cuánta fué la felicidad de

los santos Inocentes, y cuán venturosa suerte será la de todos los que como ellos padecieron por Cristo.

Vos, Señora, la mas inocente de todas las criaturas, que padecisteis tanto por amor de Jesucristo, alcanzadnos la gracia de Dios que necesitamos para dar valor á la inocencia, aun cuando por ella se padezca. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Viendo Heródes que los Magos no volvian con la noticia de haber hallado á Dios niño, es increíble la turbacion que ocupó su pensamiento, y el temor y la ira que se apoderaron de su corazon. Sabia que habia nacido el rey de los judíos y temia perder por esto su reino. Mas para librarse de estos sustos prorumpió en el mas cruel y bárbaro arbitrio que jamas habia inventado la ambicion: ayudado del poder y tiranía, mandó pasar á cuchillo todos los niños de Belen y los de sus contornos, de dos años abajo; pretendiendo de este modo con la muerte de tantos millares sosegar los recelos que un solo niño le causaba, y mitigar la sed en que le encendia su ira con la sangre de tantos inocentes.

Horror causó al oirse esta resolucion de Heródes. ¡Ved cuánto horror causaria al ejecutarla! Envíanse verdugos capaces de ser maestros de la tiranía y dar lecciones de crueldad á las mismas fieras. Discurren por la ciudad, entran por las casas, y buscan los tiernos niños en las cunas: acuden las afligidas madres á librar á sus hijos de las manos de la muerte: veis aquí que cuando llegan, ¡que dolor! ya los ven degollados en la cuna, y trocadas las mantillas en mortajas. Pasan adelante los verdugos, y con los cuchillos goteando sangre entran en los aposentos mas interiores á ejecutar la misma crueldad, y solo encuentran lágrimas enternecidas, ó que les ofrecen dádivas cuantiosas; pero ni las lágrimas ablandan aquellos corazones de acero, ni las dádivas mitigan la sed de sangre humana. ¡Qué espectáculo tan digno de compasion el ver aquí muchos hijos violentados, arrancados de los brazos maternos para entregarlos á la muerte, y ver allí perecer á otros, despedazados en las manos de sus propias madres, que hacian esfuerzos por librarlos de los verdugos: concurriendo de este modo contra sus intenciones á su muerte, y experimentando los tiernos hijos igual

tormento en la defensa del amor materno, que en el bárbaro furor y crueldad.

Unas, ocultando el hijo, se ofrecen al cuchillo voluntarias, queriendo con la propia muerte dar una segunda vida al que habian dado la primera: otras locamente fuera de sí, juntando los despedazados miembros, se los llegan amorosamente al pecho como si pudieran con su aliento darles nuevo espíritu de vida, y compensar con sus lágrimas la sangre derramada. Entre tanto van los verdugos, como lobos famélicos, continuando su estrago en los corderos inocentes, sin atencion á la nobleza, al regalo, al desamparo, á la tierna edad ni á la inocencia; ántes la misma inocencia y la tierna edad eran su mayor delito. No se oyen en toda la ciudad sino lamentos y sentidísimos ayes. Por último completaron estos verdugos su crueldad, mataron todos los inocentes, llenaron todas las ciudades de sangre y miembros despedazados, y todo el mundo de pasmo y horror.

Hasta vuestros corazones les considero llenos de pena y sentimiento con sola la memoria de este suceso, y la tosca pintura de esta historia; pero no os dejeis apoderar de la tristeza; vaya fuera el sentimiento: llénense los corazones de júbilo y de alegría, porque es muy grande la felicidad de los que llorais difuntos: esa tirana muerte que padecieron, si se considera acá en la tierra, fué muerte cruel; pero si se mira allá en el cielo, fué un dichoso nacimiento, principio de otra vida eterna: su muerte parecia estrago; pero era un sacrificio muy agradable á los divinos ojos: un sacrificio de víctimas sin manchas propias, que se ofrecia en obsequio del Cordero inmaculado: parecia una infeliz consecuencia de verse vencidos; pero en la realidad era un glorioso triunfo, en que quedaron postradas la ambicion, la crueldad y la misma muerte. Padecieron los inocentes muerte cruel; mas ¿qué importa si vencieron? Gloriosamente murieron; pero con los cuchillos, las lanzas y alfanjes enemigos libertaron la vida de su capitan, que era Jesucristo: de sus cuerpecitos delicados y tiernos hicieron el escudo sobre que descargasen los golpes de las espadas, para que no llegasen á herir al niño Dios. El mismo cuchillo que les separaba las cabezas, se las ceñia con la corona de mártires. Con el mismo golpe que heria sus tiernos miembros, se cortaban los laureles para coronarse y las palmas para celebrar la victoria. Su muerte les mereció la honra de ser (permitid que

así lo diga) redentores de Cristo, dando ellos su vida para que el niño Dios no la perdiese: con su muerte correspondieron con anticipacion al beneficio que habia de hacer de allí á treinta y tres años, redimiéndolos y dando por ellos su vida.

Hasta la circunstancia que mas movia la compasion, que era el padecer inocentes, fué la que los hizo verdaderamente mas dichosos y bienaventurados. Permitidme que me detenga un poco en la ponderacion de esta circunstancia, que es la que la iglesia mas nos pone á la vista, y la que mas conduce para nuestra doctrina.

PARTE SEGUNDA.

No hay cosa mas gloriosa ni mas digna de estimacion que padecer inocente por Cristo, ó padecer sin la menor culpa. Padecer por Cristo es accion gloriosa de cualquier modo y en todas circunstancias; mas padecer con inocencia, tanto mas tiene de gloria, cuanto la inocencia es mayor. El padecer con culpa es sacrificio de un corazon manchado: el padecer con inocencia es sacrificio de un corazon puro. Padecer con culpa es satisfacer á lo que se debe de justicia: padecer con inocencia es acto voluntario y gratuito. Padecer con culpa es padecer por necesidad: padecer con inocencia es acto enteramente de virtud. Padecer con culpa es padecer como Caín, criminal, fugitivo y muerto: padecer con inocencia es padecer como Abel, muerto sí, pero inocente. ¿Qué tiene que ver el que padezca Nabucodonosor cargado de delitos, con el padecer de un Job, que era santo é inocente? Y para decirlo de una vez, ¿qué comparacion puede haber entre la cruz y muerte de Dímas culpado, con la cruz y muerte de Jesus inocente? Tan grande y notoria es la diferencia, que la advirtió el mismo Dímas, aunque tan rodeado de sombras. *Nosotros padecemos con razon*, decia, *y recibimos el castigo digno de nuestros hechos: mas este no ha hecho delito alguno* (1).

Ved ahora cuán gloriosa fué por este principio la muerte de los inocentes. Ved cómo en lugar de sentirse debe ser estimada y envidiada su suerte: una suerte que trocó una vida miserable

(1) *Nos quidem justè, nam digna factis recipimus: hic vero nihil mali gessit. Luc. c. 23. v. 41.*

por una vida felicísima : una suerte que les consiguió la gloria de mártires y de reyes coronados en la bienaventuranza : una suerte que en un instante los sacó de los peligros de perderse, que eran muchos, y les aseguró perpetuamente la eterna felicidad. ¡O qué dichosos seríamos nosotros si hubiéramos nacido en aquellos tiempos, y corrido la misma fortuna que los Inocentes !

Pero no os desconsoleis, porque tambien ahora podeis tener una suerte semejante, si padecieseis inocentes por Cristo. Si falta la espada y persecucion de Heródes, no faltan muchas espadas y muchos Heródes que persigan la inocencia. La inocencia es perseguida de la envidia y la murmuracion : es perseguida de la pobreza y la desgracia : es perseguida del odio, y tambien del amor : es perseguida del mundo, es perseguida de la carne, es perseguida de los demonios ; y hasta de los mismos hombres es tan perseguida, que no hay persecucion mayor. Ved cuán terrible persecucion es la que padece la inocencia ; pero tambien, ¡qué glorioso será el triunfo de aquel que padezca inocente, y conserve la inocencia en medio de las persecuciones ! Tanto mayor es el triunfo cuanto es mas cruel la persecucion y mas fuertes los enemigos.

Mas solo se triunfa cuando la inocencia permanece y persevera : padezca en hora buena el inocente ; mas no padezca detrimento la inocencia : sacrifíquese la salud, el apetito, la hacienda, la vida y la honra, con tal que la inocencia no padezca. La pobreza, la enfermedad, el desamparo, el falso testimonio, la infamia y la misma muerte padecidas con inocencia valen mas que la riqueza, la salud y la abundancia ; mas que el crédito y la misma vida poseídas en pecado. Volved los ojos á José el de Egipto : llegó este á los términos mas peligrosos y estrechos que pueden considerarse : le era preciso ó consentir en el pecado á que su señora le convidaba, ó si queria conservar la inocencia padecer cárceles, infamias, falsos testimonios, aflicciones, pobreza, y aun el peligro de la propia vida : no podia huir de estos dos extremos, ó padecer con inocencia, ó perder la inocencia para no padecer. ¡ Fuerte persecucion padeció aquí ! ¿Y qué hizo José? Eligió ántes padecer inocente todas esas miserias, que perder la inocencia y pecar. Bien advertia que el pecado le aseguraba la vida, la libertad, la estimacion, el amor de su señora, y el gobierno de toda la casa ; mas nada de eso

escogió ; ántes quiso padecer inocente, que gozar todas las felicidades culpado.

Oh! que una resolucion como esa, me decis, una resolucion como esa pide un ánimo muy varonil, y una santidad muy grande que no se halla fácilmente : bueno es conservar la inocencia y no cometer pecado : en eso no tenemos duda; pero tiene contra sí gravísimas dificultades : hay lances en que para conservar la inocencia es preciso padecer una afliccion continua : es preciso padecer una extrema penuria : es preciso sufrir testimonios falsos en materia de crédito y de honra ; y lance llega tan apretado, que ó se ha de perder la inocencia ó la vida : ¿qué ha de hacer un hombre flaco en casos tan urgentes?

Qué ha de hacer? Conservar la inocencia y dejarse morir : morir, que no puede haber mas feliz suerte que morir por semejante causa : una muerte semejante es un verdadero y riguroso martirio. ¡Y qué mayor felicidad que ser mártir de Cristo! ¡Qué gloria hay mayor que saber domar las pasiones y apetitos, vencer las amenazas de los hombres, y triunfar de las inconstancias de la fortuna, de las adversidades del mundo y de las tentaciones del demonio! Padecer una muerte semejante es mas que ir á buscar los tiranos á tierra de infieles : es mas que derramar la sangre por la fe de Jesucristo : es mas que ofrecer el cuello al bárbaro cuchillo ; porque es una muerte tanto mas cruel cuanto mas lenta : es un martirio tanto mas glorioso cuanto mas dilatado.

Pero si todavía el fuego de la caridad no ha excitado en vuestro corazon espíritus tan nobles, muévaos vuestra misma conveniencia. Decidme, ¿ qué es lo que os hace cometer el pecado en esos urgentes lances, perdiendo la inocencia? ¿ Es acaso por no perder vuestra diversion y la ocasion del gusto? ¿ Y no será mucho peor perder la gloria? ¡ Aquella gloria que Dios hizo de propósito y con empeño para el regalo, gusto y diversion de aquellos amigos suyos que por agradarle renuncien y se priven de las diversiones ilícitas del mundo ! Pues en perdiendo la inocencia tambien perdereis la gloria.

¿Qué mas es lo que os obliga á perder la inocencia y pecar? ¿Es el no padecer la pobreza y miseria, ó el no perder el lucro y conveniencia que el pecado ofrece? ¿Y no será peor perder la gracia de Dios? ¿ Aquella gracia que este Señor da solamente á sus amigos, al mismo tiempo que está dando muchas veces á

sus enemigos, y á los que mucho aborrece, las riquezas y las prosperidades del mundo? ¿No será peor perder á Dios que perder una cosa ridícula, pues los mayores bienes de la tierra son bien ridículos á vista de Dios? Pues si perdieseis la inocencia perderéis de una vez la gracia, los bienes espirituales y al mismo Dios.

Todavía pregunto otra vez: ¿Qué es lo que os hace perder la inocencia? ¿Es el no perder la vida del cuerpo? ¿No es peor perder la vida del alma? ¿Qué hombre habrá tan bárbaro, que dude dejar la capa en las puntas de un toro que le acomete, por libertar la propia vida? ¿Pues qué es este cuerpo sino un saco que sirve de vestido al alma? ¿No será mejor que ántes padezca el cuerpo que el alma? No dije bien: ¿no será mejor que ahora padeza el cuerpo por breve tiempo, que despues eternamente el cuerpo y el alma? Por último, ¿qué es lo que os hace perder la inocencia y pecar? ¿Es el temor del testimonio falso, el miedo de la afrenta ó de la pública infamia con que os amenazan? ¿Y no será peor y mucho peor perder la reputacion para con Dios y toda su corte celestial, que perderla para con el mundo? ¿No valdrá mas sin comparacion ser estimado de Dios, de la vírgen María, de todos los ángeles y santos, que ser estimados de cuatro hombres, que son los que acá en la tierra os conocen? ¿De unos hombres cuyo juicio es ciego, cuya opinion es dudosa, cuyos elogios siguen la pasion y no el mérito; siguen la apariencia y no la verdad? Pues si perdeis la inocencia y pecais, sabed que en ese mismo punto perdeis el crédito y la honra para con Dios y sus santos. Añadid á esto que os arriesgais á perderle tambien con los hombres: no os fieis en el mayor secreto, pues es palabra del Evangelio que no puede faltar, que ninguna cosa hay tan oculta que no se haya de saber, ni tan encubierta que no se descubra (1). ¿Cuántas miserias se han publicado y habeis llegado á saber? Cuando se cometian esos delitos, ni por la imaginacion pasaba que se pudiesen descubrir; y no obstante se descubrieron. Cuando no se sepan en esta vida, no me podeis negar que vuestro delito se ha de manifestar el dia del juicio á todo el mundo. ¿No será mejor que entónces se manifieste vuestra inocencia con suma gloria á los

(1) *Nihil est opertum, quod non revelabitur: et occultum, quod non scietur. Matth. c.* 10. *v.* 26.

ojos de todos, y que públicamente se sepa que fuisteis tan honrados, que ántes quisisteis padecer la ignominia injusta que perder la inocencia?

Ademas de que conservando la inocencia tengo por cierto que ni para con los hombres perdereis la fama. Si atendieseis á la honra de Dios, vivid seguros de que Dios tambien atenderá á la vuestra; y esto aun en los lances mas urgentes. Padeced en hora buena inocentes, que tarde ó temprano Dios manifestará la verdad. Pero si razones tan poderosas no os animan ni persuaden, consultad la experiencia: no quiero que miréis á las historias profanas: leed las sagradas, y cobraréis valor: con un ejemplo solo os persuadireis á esta verdad.

¿Qué caso puede haber mas urgente que el de la casta Susana? ¿Qué persecucion se le ofreció á la inocencia que fuese tan peligrosa? Haced memoria del suceso. Persiguieron dos ancianos á Susana para que perdiese su pureza y su inocencia, y la persiguieron de muerte: al fin la dijeron con resolucion, que si no consentia en la culpa, ellos mismos habian de publicar por la ciudad que la habian cogido en adulterio; que estuviese cierta de esto, no ménos que del secreto inviolable, si consintiese en el delito á que la solicitaban. ¡Válgame Dios, dijo Susana, qué lance tan apretado! Yo si consiento, pierdo la vida del alma: si no consiento, pierdo la vida del cuerpo y todo cuanto poseo: mas esto es nada, porque tambien pierdo el crédito y la honra, quedo infamada yo y todos mis parientes, y hasta mi nombre quedará manchado por todos los siglos. ¡O qué angustia (1)!

Pero ántes, ántes perder la vida, el crédito y la reputacion, conservándome inocente, que pecar: ántes quiero caer en manos de mis enemigos que en la culpa (2). No puede haber accion mas heróica, triunfo mas glorioso, ni mas meritorio sacrificio. Mas no la dejemos ahora en manos de sus enemigos: vamos á acompañarla los que conocemos su inocencia. Es llamada á juicio. Levántanse aquellos dos monstruos de maldad, que son juntamente los actores, los jueces y los testigos: levántanse, digo, y deponen con juramento. O Dios eterno! deponen

(1) *Angustiæ sunt mihi undique: si hoc egero, mors mihi est: si non egero, non effugiam manus vestras. Dan. c.* 13. *v.* 22.

(2) *Sed melius mihi est absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini. Ibid. v.* 23.

con juramento delante de los parientes de Susana y de todo el pueblo, y hallándose ella presente, que habian visto con sus mismos ojos á Susana cometer el adulterio. Pásmase el auditorio con caso tan horrible: á los parientes y conocidos se les ve saltar las lágrimas: hasta los criados de la casa están cubiertos de sonrojo y confusion: la atrocidad del delito no admite demoras en el castigo: la condenan á muerte, y ya la llevan por las calles públicas al lugar del suplicio: concurre toda la ciudad á ser testigo de su infamia, y á enterarse de su culpa: no obstante Susana es inocente; ántes bien por conservar la inocencia se halla sin crédito, sin honra, y casi sin vida. Mas pon en Dios tu confianza, honradísima matrona, y pues miras por la honra de Dios, no dejará Dios de defender la tuya. Ya va llegando al lugar del suplicio: no importa, porque Dios la ama. Así sucedió: reveló Dios la verdad al profeta Daniel; y este exclamando en medio de aquel pueblo, publica y prueba con evidencia la falsedad de los testigos y la refinada malicia de los jueces: los convence por su misma boca; y separándolos primero, les coge en contradiccion: quedó Susana en posesion de su pureza, de su inocencia y de su vida, y con mucha mas honra y estimacion que ántes tenia. Y todo esto ¿por qué? porque se resolvió á padecer inocente, porque quiso perder ántes la vida y la honra que la inocencia.

Acabad pues de conocer que ni el temor de la muerte, ni el de la infamia, ni el del falso testimonio, y con mayor razon ni la pobreza, ni la afliccion ni otra cualquier adversidad son suficiente causa para perder la inocencia. Reconoced ahora cuánto mejor es padecer con inocencia los mayores trabajos, que gozar con culpa todas las felicidades del mundo: miradlo, digo, y resolved intrépidamente padecer inocentes por Cristo cualquier persecucion que el mundo ó el demonio armen contra vuestra inocencia. Padeced inocentes, y no tendreis que envidiar la gloria de los santos que hoy celebra la Iglesia; porque si fueseis como ellos en la batalla, tambien lo seréis en el triunfo: si vuestro mérito fuese semejante al suyo, tambien lo será el premio: en una palabra, si padecieseis acá en la tierra inocentes por Cristo, viviréis perpetuamente con Cristo y con los santos Inocentes en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ISIDORO,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

SU MÉRITO CONSISTIÓ EN VELAR, TRABAJAR CON TODOS, OBRAR COMO EVANGELISTA, CUMPLIR CON SU MINISTERIO Y VIVIR CON SOBRIEDAD, SEGUN LO ENCARGÓ EL APÓSTOL Á SU DISCÍPULO TIMOTEO.

Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.

Obra como evangelista, cumple tu ministerio, pórtate con sobriedad.

S. Pablo á Timot. ep. II. c. 4. v. 5.

Inclita nacion española: yo te felicito. El Altísimo ha echado sobre ti una mirada de consuelo: te ha llenado de bendiciones: estás siempre iluminada con las luces de la fe, como la escogida tierra de Gesen, y eres bendita entre todas las naciones. Te vuelvo á felicitar: porque en ti se complace el cielo: porque te prefiere la Madre de Jesus: porque el Jardinero celestial cultiva en tu suelo el terreno que produce santos; y porque los ángeles te protegen, te guardan y defienden. No es así? amables oyentes. No es así? Esto al ménos es lo que significan los solemnes cultos con que celebramos la memoria del grande, del esclarecido y admirable san Isidoro, esplendor y lustre de nuestro pueblo, por quien dijo san Gregorio Magno: *Tenemos otro Daniel: tenemos otro Salomon entre los españoles.* Este héroe de nuestra devocion es capaz por sí solo de eternizar las glorias de nuestra patria; de llamar hácia ella la admiracion de las gentes todas; de suspender con su maravillosa grandeza á

con juramento delante de los parientes de Susana y de todo el pueblo, y hallándose ella presente, que habian visto con sus mismos ojos á Susana cometer el adulterio. Pásmase el auditorio con caso tan horrible: á los parientes y conocidos se les ve saltar las lágrimas: hasta los criados de la casa están cubiertos de sonrojo y confusion: la atrocidad del delito no admite demoras en el castigo: la condenan á muerte, y ya la llevan por las calles públicas al lugar del suplicio: concurre toda la ciudad á ser testigo de su infamia, y á enterarse de su culpa: no obstante Susana es inocente; ántes bien por conservar la inocencia se halla sin crédito, sin honra, y casi sin vida. Mas pon en Dios tu confianza, honradísima matrona, y pues miras por la honra de Dios, no dejará Dios de defender la tuya. Ya va llegando al lugar del suplicio: no importa, porque Dios la ama. Así sucedió: reveló Dios la verdad al profeta Daniel; y este exclamando en medio de aquel pueblo, publica y prueba con evidencia la falsedad de los testigos y la refinada malicia de los jueces: los convence por su misma boca; y separándolos primero, les coge en contradiccion: quedó Susana en posesion de su pureza, de su inocencia y de su vida, y con mucha mas honra y estimacion que ántes tenia. Y todo esto ¿por qué? porque se resolvió á padecer inocente, porque quiso perder ántes la vida y la honra que la inocencia.

Acabad pues de conocer que ni el temor de la muerte, ni el de la infamia, ni el del falso testimonio, y con mayor razon ni la pobreza, ni la afliccion ni otra cualquier adversidad son suficiente causa para perder la inocencia. Reconoced ahora cuánto mejor es padecer con inocencia los mayores trabajos, que gozar con culpa todas las felicidades del mundo: miradlo, digo, y resolved intrépidamente padecer inocentes por Cristo cualquier persecucion que el mundo ó el demonio armen contra vuestra inocencia. Padeced inocentes, y no tendreis que envidiar la gloria de los santos que hoy celebra la Iglesia; porque si fueseis como ellos en la batalla, tambien lo seréis en el triunfo: si vuestro mérito fuese semejante al suyo, tambien lo será el premio: en una palabra, si padecieseis acá en la tierra inocentes por Cristo, viviréis perpetuamente con Cristo y con los santos Inocentes en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ISIDORO,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

SU MÉRITO CONSISTIÓ EN VELAR, TRABAJAR CON TODOS, OBRAR COMO EVANGELISTA, CUMPLIR CON SU MINISTERIO Y VIVIR CON SOBRIEDAD, SEGUN LO ENCARGÓ EL APÓSTOL Á SU DISCÍPULO TIMOTEO.

Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.

Obra como evangelista, cumple tu ministerio, pórtate con sobriedad.

S. Pablo á Timot. ep. II. c. 4. v. 5.

Inclita nacion española: yo te felicito. El Altísimo ha echado sobre ti una mirada de consuelo: te ha llenado de bendiciones: estás siempre iluminada con las luces de la fe, como la escogida tierra de Gesen, y eres bendita entre todas las naciones. Te vuelvo á felicitar: porque en ti se complace el cielo: porque te prefiere la Madre de Jesus: porque el Jardinero celestial cultiva en tu suelo el terreno que produce santos; y porque los ángeles te protegen, te guardan y defienden. No es así? amables oyentes. No es así? Esto al ménos es lo que significan los solemnes cultos con que celebramos la memoria del grande, del esclarecido y admirable san Isidoro, esplendor y lustre de nuestro pueblo, por quien dijo san Gregorio Magno: *Tenemos otro Daniel: tenemos otro Salomon entre los españoles.* Este héroe de nuestra devocion es capaz por sí solo de eternizar las glorias de nuestra patria; de llamar hácia ella la admiracion de las gentes todas; de suspender con su maravillosa grandeza á

los mas precoces talentos que se han dejado ver en la tierra. El ingenio de Platon, el estudio de Aristóteles, la elocuencia de Tulio, la elegancia de los Horacios y Virgilios, la doctrina de Séneca y Plutarco, la copia de escritos de Didimo Alejandrino, la erudicion de Orígenes... Todas estas prendas del mérito que reconocen los sabios en aquellos hombres grandes, quedan oscurecidas á la presencia del de este astro luminoso puesto por Dios en Sevilla, para ilustrar con su ciencia prodigiosa á todo el universo. La gravedad de un Gerónimo, la suavidad de un Ambrosio, la doctrina de Agustino, la facundia del Crisóstomo, la profundidad de un san Gregorio, y las virtudes de todos, concurrieron á formar el incomprensible mérito de este oráculo de su siglo, de este prodigio de virtud y ciencia, de esta maravilla española, que tanto nos anima, nos alegra y consuela. Exceptuando Adan y Salomon, dice san Braulio, no hubo en el mundo quien excediese á san Isidoro. Qué asombro! ¿Y soy yo el llamado á formar su elogio? ¡Ay, señores! El Océano no cabe en la estrechez de una cisterna. Hablaré del grande Isidoro; pero convencido de que por mucho que diga en loor suyo, jamas podré decir lo que se merece. Os diré que se manifestó fuerte y poderoso en la fe, en la doctrina, en la buena vida y en el ejemplo, por cumplir con lo que encargó el Apóstol á su discípulo Timoteo cuando le dijo: Vigila, trabaja con todos, obra como evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. *Opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.* En esto y por esto fué el padre san Isidoro uno de los astros mas luminosos que ha puesto Dios en su iglesia santa para gloria suya y honor de la dichosa nacion que le tiene por hijo, como voy á demostraros.

Divino Señor sacramentado, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia: ostentad vuestro poder en mi inutilidad, y haced que vuestra palabra de virtud y de magnificencia salga de mis labios con honor, y lleve al corazon de mis oyentes la gracia que hace santos de pecadores. Os lo pido por los méritos de vuestra santísima esposa y madre nuestra, María santísima, á quien todos á una voz decimos con el ángel: *Ave María.*

Vida deliciosa, honras, dignidades y distinciones: sabiduría,

ciencias y artes; grandeza humana con todo el brillo y esplendor de tu hermosura, si no me llevais hácia la fuente perenne de los conocimientos y virtudes que hacen sabios, virtuosos é ilustrados á los hombres, y no me colocais frente al Dios que con su mirada hace felices á los que se le acercan; si no contribuís á mi salvacion, yo diré con la energía del mas profundo convencimiento, que no sois mas que vanidad, fruslerías, sueños floridos, puerilidades y orígen funesto de atroces remordimientos, de desesperados ayes en la hora de la muerte. Así lo publica la experiencia, así lo confiesa el Sabio, así lo predica el gran padre san Isidoro al exhortarnos á que dirijamos á Dios todo pensamiento, todo deseo, toda accion, y aun hasta las omisiones virtuosas. Sabia muy bien este esclarecido maestro de la verdad, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría: que en servir á Dios guardando sus santos mandamientos consiste toda la grandeza del hombre en esta vida; que subordinando todos los conocimientos humanos á los de la fe, y dirigiendo todo lo visible é invisible que perciben nuestros sentidos y encuentra nuestra razon en los cielos, en la tierra y en los infiernos hácia la ciencia de los santos, es el único medio por donde podemos llegar á ser sabios en la tierra y grandes en el reino de los cielos. Esto es lo primero que aprendió el grande Isidoro en la casa de sus nobles, ricos y piadosos padres al lado de sus santos hermanos Leandro, Fulgencio y Florentina, ejemplares de virtud y sabiduría, como lo publica la fama, y lo celebra la iglesia santa diciéndonos, que su memoria pasa en bendicion por todas las generaciones. Nuestro santo fué el último fruto que concedió el cielo al matrimonio del gran Severiano y de la virtuosa Teodora: fué el Benjamin de la familia mas piadosa que se ha conocido en Cartagena; el José destinado por Dios para consolar á su pueblo en la miseria y engrandecerle á la vista de los reyes, de los príncipes, de los grandes y poderosos de la tierra, que calló á su presencia, como á la de Alejandro. En Isidoro se reconcentraron las virtudes, la sabiduría y piedad que infundieron en su bendita alma sus virtuosos padres y sus esclarecidos hermanos: negoció con la gracia de Dios los talentos que le confió el Padre celestial; logró multiplicar el caudal que se le habia concedido, y llegó á ser mas rico y opulento entre los grandes que forma el Evangelio, que Job entre todos los orientales. Vamos viéndolo.

Advirtió un dia Severiano un enjambre de abejas que con extraordinario susurro bajaban y subian hácia el cielo : pasó á inspeccionar la causa de semejante incidente, y halló, lleno de asombro y admiracion, que entrando y saliendo aquellos animales por la boca del niño Isidoro, habian formado un primoroso panal sobre su rostro. Al momento conoció aquel piadoso padre, que su hijo estaba destinado por el cielo para ser como el gran padre san Ambrosio, un suavísimo doctor que habia de iluminar á la iglesia con la dulzura de su doctrina, lanzar de ella á los enemigos de la fe, y ser glorioso defensor del dogma y de la disciplina. Le puso al estudio confiándole á la direccion de su hermano mayor el glorioso san Leandro, y fué tal su aplicacion, que aun era muy jóven cuando se le vió perfectamente instruído en la gramática, en la lógica, aritmética, geometría, astrología y música; erudito en las leyes divinas y humanas; esclarecido en las doctrinas de los filósofos; sabio cual ningun otro en las letras griegas, hebreas y latinas, y perfeccionado en las ciencias de un modo tan inaudito, que al leer san Gregorio Magno una carta que escribió nuestro jóven Isidoro sobre la bienaventuranza, se asombró al verla tan hermoseada con las sentencias de los filósofos, con las flores de las santas Escrituras, con tan nutrida elocuencia y con tan vehemente estilo, que profetizó lo que dije en un principio, que tenian en él los españoles un nuevo Daniel en la virtud, un nuevo Salomon en la ciencia. Á tan grande sabiduría daban un lustre y valor inmenso la inocencia de su vida, la pureza de sus costumbres, el retiro del mundo, la ocupacion continua en las santas Escrituras, en los ejercicios de penitencia, en el exacto cumplimiento y observancia de los preceptos del Señor. Era en la primavera de su vida un Samuel al lado del gran sacerdote Elí, y conocido era que prevenido con tanta virtud y ciencia, le tenia destinado Dios para cosas grandes.

Destierra el rey Leovigildo al gran Leandro y al esclarecido san Fulgencio por enemigos de la herejía arriana y defensores de la pureza de la fe católica : pero queda Isidoro, y este prodigioso jóven armado con el celo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, encendido en el fervor de padecer el martirio, pronto á morir por nuestra santa y adorable religion, y guarnecido con los recursos de la virtud y de la ciencia, se declaró fortísimo atleta contra los violentos ímpetus

del rey inicuo y los poderosos secuaces del error, y fué lo que otro Elías en los dias de Acab y Jezabel. Disputó con los herejes y los convenció de impiedad; se avistó con los disidentes, y los unió; se dejó escuchar de los sabios y quedaron asombrados de su sabiduría y sometidos á su dictámen : se dirigió al pueblo para sostenerle en su fe y arreglar sus costumbres, y el pueblo prorumpió en vivas y aplausos al Salomon virtuoso que le habia dado el cielo para que Dios fuese loado y glorificado en su siervo, y en los que él instruía, doctrinaba y edificaba. Se podria decir que habia resucitado con san Isidoro un san Pablo, un Cipriano ó un Agustino al verle tan solícito en manejar las armas de la sabiduría humana en defensa de la religion, de sus virtudes y de sus derechos sacrosantos. Murió al fin el gran Leandro, aquel celebérrimo prelado que tanto honor y lustre dió á la cátedra episcopal de Sevilla, cuyos triunfos y merecimientos son públicos y notorios en el orbe literario, y floreciendo tanto el grande Isidoro en virtud, celo y sabiduría, ¿de qué otro habian de echar mano para suceder á su santo hermano en el pontificado de Sevilla? Fué electo obispo de aquella dilatada diócesis por aclamacion; lo confirmó con inexplicable gozo el inmortal sumo pontífice san Gregorio Magno, enviándole el palio con la jurisdiccion eclesiástica en clase de vicario de la santa Sede en toda la iglesia de España; y entónces, entónces fué cuando para no dejarle jamas, se pusieron delante de su alma estas notables palabras del Apóstol : Vela, trabaja con todos, obra como evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. *Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple, sobrius esto.*

Ya tenemos á san Isidoro en la elevacion á que le destinó el Señor. Está en su propio elemento; en la silla del santuario á que fué llamado como Aaron. ¿Cómo haria yo para haceros comprender la admirable conducta y los hechos prodigiosos con que este doctor esclarecido interesó su vigilante celo en la reforma de las costumbres de su pueblo, en hacer que floreciese la pureza de la fe y de la disciplina, conformar las clases de la sociedad con las reglas de la santidad, y aparecer en todo como un modelo de los prelados perfectos, segun lo exige el vaso de eleccion san Pablo, inspirado por el Dios de la sabiduría, de la virtud y de la ciencia? Si os digo que fué prudente en dispo-

ner, elegir y discernir; constante en sufrir y padecer; modesto en apetecer, decir y obrar; justo en determinar; útil en orar, suplicar y predicar, y experto en plantar y edificar, ¿habré dicho lo bastante para haceros formar una idea clara y distinta de la perfeccion del grande Isidoro en el desempeño de su cargo pastoral? Bien sabia yo al encargarme de esta predicacion, que me habia de ver embarazado y aburrido en la formacion del elogio del santo Jeremías español, enviado por Dios á su pueblo con plenos poderes para arrancar, destruir, edificar y plantar, segun el grande espíritu que le poseía. Con razon alegaba mi insuficiencia para llevar á cabo la empresa de ofreceros una apoteósis digna del grande Isidoro; y no, no eran excusas de un humilde las confesiones del pobre que dice no serle posible dar lo que no tiene. Confiado sin embargo en Dios, y en la proteccion de su santo siervo nuestro gran patrono, subí á este púlpito; y ya estoy animado; ya revive mi espíritu, ya he recobrado fuerzas para deciros, que san Braulio, discípulo y confidente de nuestro padre san Isidoro, dice de su maestro por tantos títulos venerable: «Fué esclarecido en el don de profecía, liberal en las limosnas, propicio en la hospitalidad, recto de corazon, vivo en las sentencias, justo en los juicios, continuo en la predicacion, infatigable en las exhortaciones, estudiosísimo en ganar almas á Dios, cauto en la exposicion de las santas Escrituras, próvido en los consejos, humilde en el vestido, sobrio en la comida, devotísimo en la oracion, brillante en la honestidad. Fué doctor y padre del clero y del pueblo, protector de los monjes, tutor de las viudas y huérfanos, libertador de los presos, consuelo de los afligidos, defensor de los ciudadanos, quebrantador de los soberbios y martillo de los herejes, de los audaces é impíos que se vanagloriaban de vivir como los que ignoran á Dios.» Hasta aquí san Braulio, testigo presencial de las virtudes de su maestro, padre, hermano y amigo. ¿Y no es esto velar, trabajar con todos, obrar como evangelista, cumplir con el ministerio episcopal y vivir con sobriedad, como lo encarga el Apóstol? ¿No es hacer servir á las ciencias humanas para los fines de la importantísima ciencia de nuestra salvacion? ¡O celo ardientísimo de los que puestos como antorchas en los candeleros de la iglesia, se ocupan en esparcir los rayos de la verdadera ilustracion, segun los designios adorables de la divina Providencia! Sin tu

poderoso influjo y fuerza sobrehumana ¿cómo pudiéramos comprender la actividad y solicitud con que el grande Isidoro atendia, no solo al rebaño que se le habia confiado, sino al universal del único Pastor de nuestras almas? Él erigiendo en Sevilla un seminario para que la juventud se instruyese en las letras y buenas costumbres; saliendo por los pueblos y ciudades á predicar la divina palabra; siendo el ángel de la paz que dirimia todas las discordias, apaciguaba los ánimos turbulentos, unia á los divididos y llenaba de caridad á las familias: acudiendo á Roma, por ruegos é instancias de san Gregorio Magno, en donde dejó asombrados al sumo pontífice y á los cardenales con su eminente virtud, con su vasta y profunda sabiduría, con sus talentos y santidad: admitiendo el reto con que le desafió á una pública disputa Gregorio Antesignano, obispo, de nacion siro, que agudo, fácil en paralogismos, y acostumbrado á arrebatar á no pocos hácia el abismo del error de los herejes acéfalos, era tan temible en la iglesia santa como el gigante Goliat al frente del ejército de Israel; y confundiendo al hereje, primero con el torrente de una erudicion copiosísima á que no era posible resistir, y logrando en seguida el consuelo de ver al obispo heterodoxo reconocido y convertido á la fe católica: convocando concilios en su diócesis y siendo el alma de los que se celebraron en otras partes: obrando los mas estupendos milagros, dando salud á los enfermos, consuelo á los afligidos y alivio á los necesitados; y escuchando á los doctos, nobles y plebeyos que de todas partes del mundo acudian á oir á este nuevo Salomon: escribiendo una completa librería en que nada tienen que desear los gramáticos, los filósofos, los teólogos, los canonistas y legistas, los cenobitas y ascéticos, pudiéndose asegurar que Dios eligió á san Isidoro para restaurar las ciencias de los antiguos, perdidas por la incuria de los tiempos: multiplicado en todas partes para enseñar, siendo ejemplo á todos en la fe, en la buena doctrina, en la conversacion, en las costumbres y en la castidad, como lo encarga el Apóstol á sus discípulos Timoteo y Tito:.... Pero qué pretendo? ¿Seguir acaso los vuelos de esta águila remontada hasta la region inaccesible de la divinidad? Esto es imposible. Yo ya he perdido de vista á nuestro héroe, á nuestro protector y patrono; no puedo comprender ni explicar su elevacion y grandeza, su sabiduría y su virtud, su celo, su actividad y laboriosidad, su esmero y

solicitud en cumplir con el encargo apostólico de velar, trabajar con todos, obrar como evangelista, cumplir con su ministerio, y vivir con sobriedad. El grandre Isidoro al fin, acometido de una fiebre maligna, conoció que era llegado el tiempo de pagar el tributo de los mortales. Se preparó para la muerte, como temeroso de Dios: envuelto en un cilicio, rodeado de ceniza, y ocupado sin intermision en actos fervorosos de fe, esperanza y caridad, levantaba sus manos hácia el cielo y decia como David: Decid, Señor, decid á mi alma: yo soy tu salud. *Dic animæ meæ: salus tua ego sum.* Una vision celestial recreó entónces su espíritu: hizo una tierna exhortacion á los asistentes, propia de su celo, y espiró, volando su bendita alma en alas de su celestial sabiduría y de su grande santidad á la patria de las recompensas, á la ciudad eterna en que los santos son inundados con los torrentes del gozo del Señor. Su cuerpo, hecho cadáver, despedia el suave olor de los mas fragantes aromas: parece que gritaba y decia á sus amados hijos: Si he sido vuestro en la tierra, de mucho mas puedo serviros en el cielo. Así lo experimentaron los reyes de España en la proteccion que dispensó á Alfonso VI en la conquista de Toledo, á Alfonso VII en la de Búrgos, á Alfonso IX en la de Mérida, y á san Fernando en la importantísima de Sevilla. Así lo publican los obispos que le reconocen por maestro, los pobres, menesterosos y afligidos que en sus conflictos recurren á su piedad y se encuentran amparados y socorridos: los fieles todos tienen puesta su confianza en este santo, y nosotros que al lado de san Isidoro respiramos el aire puro de la sabiduría, de la virtud y santidad que hace grandes á los hombres en esta vida y felices por eternidad de eternidades en la gloria.

Despues de esto, ¿no confesarán los propios y extraños, los sabios y los que no lo son, los grandes y poderosos, y las gentes del universo, que he tenido razon para felicitar á nuestra España por los inmensos favores y beneficios que ha recibido del cielo al darle al grande, al esclarecido y admirable san Isidoro, prodigio de sabiduría y santidad, y maestro de los maestros que se honran de ser sus discípulos, como los Braulios é Ildefonsos? ¿Habrá quien no conozca, que en haber cumplido y seguido las instrucciones de san Pablo consiste todo el mérito con que es venerado este gran santo en la tierra, y premiado omnipotentemente en el cielo? Que vacilen los que no tienen

fe, que duden los indiferentistas, y se burlen los impíos de nuestras creencias religiosas, nada tiene de particular, atendida la malicia humana; pero que los fieles que con tanta piedad y devocion asisten á este santo templo á bendecir, alabar y glorificar á Dios en sus santos, se hallen sabios sin virtud, doctos sin disciplina, ilustrados sin buenas costumbres, y cristianos sin el santo temor de Dios, es lo que no puede imaginarse, lo que repugna al sentido religioso, lo que á pesar de la relajacion en que vivimos, no puedo suponer. Todos amamos á san Isidoro, nos gloriamos en tenerle por padre, estamos bajo su proteccion y amparo, y debemos decirle con las veras de nuestro corazon:

Hijo predilecto de la sabiduría, de la ciencia y de la virtud que comunica el dador de todo don á los que con vos saben pedir y suplicar con espíritu devoto y humilde: sed nuestro padre, nuestro doctor y maestro desde el cielo, como lo fuísteis de nuestros gloriosos ascendientes en la tierra. Ilustradnos para no ser víctimas de la vana sabiduría de los sabios, ni de la falsa prudencia de los prudentes del mundo anatematizados por el Eterno, y no consintais que los doctrinados en vuestra escuela nos extraviemos de la senda recta que conduce á la triunfante Jerusalen de la gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE SAN ISIDRO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Qui manet in me... hic fert fructum multum.
El que permanece unido á mí.... llevará mucho fruto.
S. Juan, c. 15.

Esta magnífica promesa que Jesucristo se dignó hacer, y no tardó en cumplir á sus apóstoles, ha tenido y tendrá tambien su entero cumplimiento en los justos de todos los estados, de todas las edades, de todos los siglos, y naciones. ¿Qué prueba mayor de esta verdad se le ha podido poner al mundo delante de sus ojos que el testimonio tan palpable que le han dado mas de diez y ocho millones de mártires, y esa prodigiosa multitud de confesores, de viudas y de vírgenes, ó como lo dice san Juan, ese número sin número de siervos queridos del Señor que ya están coronados de gloria al rededor del trono augusto del Cordero? Sí, gran Dios, si el mundo entero se ve á pesar suyo forzado á confesar que vos sois aquella misteriosa vid, que ademas de extender sus racionales y místicos sarmientos por todas las naciones, les haria no solamente florecer, sino tambien llevar frutos sazonados y escogidos, frutos de honor como dice el Sabio, y frutos tambien de honestidad; pero con tanta abundancia y tan multiplicados unos y otros, que serian inmensos, innumerables é indecibles; tales vais á ver que han sido los de nuestro glorioso Labrador; bien que para no abusar de vuestras atenciones se ceñirá mi oracion á aquel solo género de frutos de honor que tanto ensalzan á Isidro, y cuya multitud y preciosidad son superiores á todos nuestros elogios y

discursos. Y ciertamente la vida eterna ó aquella corona de justicia que ciñe las sienes de Isidro allá en la gloria, como premio debido al mérito de sus virtudes y de su santa sencillez de corazon, ¿no es un fruto de honor y de grandeza superior á los objetos de todos los sentidos, á las ideas de todas las potencias, y aún á la vastísima capacidad de nuestros deseos insaciables? Pues qué diremos de aquellos sucesos portentosos, que publicados por las cien bocas de la fama han hecho resonar por todos los ángulos del mundo la gloria póstuma de Isidro, y que estampados con caractéres indelebles en el lienzo de la piedad y de la historia, forman un cuerpo no pequeño de milagros y prodigios? Muertos restituídos á la vida; enfermos curados milagrosamente; la aridez y esterilidad de esos campos tantas veces y contra toda esperanza remediados con lluvias copiosas, y oportunas apariciones milagrosas de Isidro; y con especialidad la de las Navas de Tolosa; aparicion tan importante á toda la nacion como lo deben testificar esos pueblos de España, que entónces tan gloriosamente sacudieron el yugo de la mas dura esclavitud, saliendo victoriosos del poder de Mahoma, y dejando destruído un formidable ejército de bárbaros y furiosos sarracenos; todas estas y otras innumerables maravillas que se han obrado por la mediacion de Isidro, ántes y despues de su preciosa muerte, ¿qué otra cosa son sino frutos gloriosos, con que Dios le ha querido honrar sobre la tierra en testimonio del valimiento que tiene allá en el cielo, y de la confianza con que deben invocarle sus devotos?

Nada nos importa que la crítica mordaz de ciertos literatos presumidos ponga esta casta de sucesos en la clase de las piadosas ilusiones; ni nos asuste el que la sacrílega osadía de los espíritus fuertes de estos tiempos se burle de las personas de piedad, poniéndolas en el catálogo del vulgo devoto á quien faltan las luces de la crítica. Esto solo prueba que á ellos les faltan casi del todo las luces de la fe, y que necesitan un poco mas de humildad y reflexion para no prorumpir en discursos tan temerarios é injuriosos. Pues qué? ¿No hay mas que una ilusion piadosa en unos sucesos cuya mayor parte, ademas de la autenticidad de las historias y de la publicidad de la fama, se halla sostenida sobre el firme apoyo de los cultos? Pero advertid qué cultos, oyentes mios, y hallaréis en ellos un argumento nuevo é invencible contra estos vanos filósofos, y unos nuevos

frutos de honor que colman de gloria á nuestro Isidro. Porque ellos son unos cultos aprobados por la iglesia nuestra madre: unos cultos nacidos de una devocion no interrumpida en el espacio prodigioso de mas de seiscientos años, unos cultos tributados por los reyes y príncipes mas grandes: los Alfonsos, los Fernandos, los Felipes y los Cárlos: por las princesas y emperatrices mas augustas: las Leonoras, las Isabeles, las Marías y las Bárbaras. Por los prelados mas venerables de la Iglesia: por los personajes mas ilustres del estado: por los cuerpos mas distinguidos de toda la nacion: por la coronada villa de Madrid, y por todo el mundo cristiano en donde se le honra, se le alaba y se le admira por sus portentos singulares con la mas religiosa y tierna devocion á nuestro Isidro. Nuevo José que recibe adoraciones, no solamente soñadas, sino muy reales y efectivas: no solamente del vulgo de sus hermanos, sino tambien de los príncipes y padres de su patria: no solamente en los vastos dominios de un monarca muy católico, sino en todos los imperios en que reina la verdadera religion. Á los que no hace fuerza esta casta de argumentos, no esperéis que se la haga la mas justificada relacion de los mas palpables milagros y prodigios.

Suspendamos por eso la que pudiéramos hacer de nuestro santo, y vamos al instante á ver los frutos de su santa sencillez de corazon, que son los mismos que el Sabio llama frutos de honestidad: sí, católicos, sí, los mismos. Porque habeis de saber que no solamente en nuestro Isidro sino en cualquiera cristiano, son y pueden llamarse frutos de honestidad y sencillez evangélica todas sus obras, todos sus deseos, sus pensamientos y palabras, desde que realmente nacen y proceden de una fe ingenua y no fingida, de una intencion pura, sincera y eficaz, de un ánimo recto y sencillo enteramente, ó como en una palabra lo dice el ángel de las escuelas santo Tomas de Aquino, desde que nacen de una perfecta rectitud de entendimiento y voluntad: desde entónces todo cuanto el cristiano habla, piensa, desea, ó ejecuta con esa sencillez de corazon, todo es puro, honesto, santo é inocente; todo es meritorio á los ojos del Señor, todo es digno de recompensa, de honor y de alabanza, y eso es lo que se llama propiamente frutos de honestidad y sencillez evangélica, ó fruto del Espíritu santo, que es el lenguaje del Apóstol. Es verdad que san Pablo, y despues el

catecismo, nos cuentan doce frutos solamente. Pero esto, dice mi angélico Doctor, esto no es porque no merezcan este mismo nombre todas y cada una de las obras interiores ó exteriores de virtud, sino porque para mayor claridad era conveniente reducirlas á un número determinado; y tambien porque en esos doce frutos que el catecismo nos expresa, no solamente se comprenden todas las obras y ejercicios particulares de todas las virtudes, sino tambien el efecto que todas juntas causan en el alma del justo y sus potencias; quiero decir, que por medio de estos doce frutos, queda el hombre tan perfectamente nivelado (si me dejais hablar así) en un órden y equilibrio tan cabal y tan exacto de santidad y de virtud, que nada le falta, ni de lo que debe á Dios, al prójimo y á sí mismo, ni de cuantas acciones meritorias puedan hallarse en la vida de los justos.

Y ved ahora ya que el golpe de esta luz se nos presenta en la vida de nuestro humilde y sencillo Labrador, una tan prodigiosa multitud de frutos de honestidad y de sencillez cristiana, que nos hace repetir que Isidro fué verdaderamente un sarmiento precioso y escogido: escogido por el Labrador celestial, para que llevase frutos de sencillez muy exquisitos y copiosos; pero escogido tambien para convencernos con el ejemplo de su vida, la necesidad y los medios que dentro de nuestro mismo estado tenemos todos de abundar en obras de honestidad y de virtud, por medio de la santa sencillez de corazon. Así espero que lo veais en este discurso, en el cual aplicaré sencilla y brevemente los frutos del Espíritu santo á la conducta de nuestro inocente Labrador. De suerte que hoy para este pequeño y humilde elogio suyo, nos ha de dar su santa vida las pruebas, san Pablo la forma, santo Tomas el órden; el Evangelio la luz; nuestro buen Dios la gracia: y por cuanto yo soy indigno de ella, vosotras, almas virtuosas, ayudadme á pedírsela al Señor por la mediacion poderosísima de la Vírgen. *Ave María.*

¿Y qué disposicion, cristianos, qué disposicion es la que pensais que nos ha de proporcionar el logro de tantos frutos? ¿Es acaso la superioridad de los talentos, la nobleza de la sangre, el colmo de lo que soleis llamar fortuna, la poderosa autoridad de los grandes empleos y riquezas, la soberanía ó la

brillantez del trono y de las coronas? Ó si no ¿es acaso la soledad de los desiertos, el retiro penitente de los claustros, aquellas austeridades sangrientas y asombrosas de los santos confesores, ó algunas otras acciones ruidosas de virtud? Ah! católicos; el mundo vano y soberbio piensa ciertamente de ese modo. Pero nuestro sencillo Labrador confunde, trastorna y desbarata esas fantásticas ideas del orgullo. Isidro, aquel antiguo hijo de Madrid; Isidro, aquel hombre que por la calidad de su cuna y de su orígen fué una persona de oscuro nacimento; que por su educacion fué un hombre iliterato, por su oficio un rústico, por su condicion un plebeyo humilde, por su estado un padre de familias, por su situacion un pobre mozo de servicio, y por su mas continua ocupacion un sencillo labrador toda su vida: Isidro, á pesar de todas estas que el mundo llama desgracias, ó poco favor de la fortuna, es hoy por su premio un bienaventurado de la gloria; por sus milagros, un justo de grande valimiento con su Dios; por sus virtudes, un héroe canonizado por la iglesia; por su vida inocente, un santo reverenciado en todo el mundo como un perfecto ejemplar de la santa sencillez de corazon; por sus favores en fin, y por su tierno amor hácia nosotros, un protector de España y un tutelar insigne de la corte, á quien por la integridad preciosa de su cuerpo incorrupto se le tributan en este santo templo los cultos mas solemnes, siendo los primeros que le honran los príncipes y grandes de la tierra. Pero ántes de todo esto y para proporcionarse á todo esto, Isidro, oyentes mios, no fué mas que un cristiano verdadero, un hombre piadoso, que con una intencion recta y un corazon sencillo é inocente permaneció toda su vida unido enteramente á la mística vid de su adorable Salvador y Redentor.

Lo habeis entendido ya? ¿Habeis entendido que la sencillez cristiana, y no las grandes ventajas del siglo y de la fortuna, es la única disposicion para poder adquirir esa multitud de frutos que Jesucristo nos ofrece? Pues así es, y esa humilde sencillez fué la que llevó á Isidro á la cumbre de la mas gloriosa exaltacion. Me parece que le oigo decirnos desde el cielo aquello de san Pablo: si quereis gozar la gloria de este fruto eterno, haced todas las cosas como hijos sencillos del Señor. Esto es, dice mi angélico maestro: vuestra intencion en todas vuestras obras, palabras y deseos; vuestra intencion camine siempre recta hácia aquel gran Dios, de quien sois hijos por la gracia; y de quien seréis hijos sencillos por la pureza de intencion en toda vuestra conducta. Nuestro Dios es uno y sencillo por esencia; nosotros lo debemos ser por participacion y por virtud. Sabeis cómo? Haciendo lo que el Señor nos dice en su Evangelio: permaneciendo en ese uno solamente, dirigiendo á él solo como á un punto esencial de reunion nuestras acciones y deseos. De esa suerte obrarémos como hijos sencillos suyos, y no solo en adelante sino desde ese mismo instante, ya tenemos un grande fruto en nuestra misma santificacion, dice el Apóstol; y lo que mas es, que el mayor aumento de esos frutos depende ciertamente de querer multiplicar las obras de virtud dentro de vuestro propio estado. ¡Oh gran Dios, podemos exclamar en vista de esto, ¡oh gran Dios, y Señor poderoso de Israel! ¡Qué bueno sois, y qué liberal para los que de corazon son rectos y sencillos!

Siempre lo fué nuestro bienaventurado Labrador. Puede aun decirse, que la sencillez fué su carácter principal, que todo su cuidado fué conservarla pura é inviolable, desde que rayó en su alma la luz de la razon, y que por lo mismo desde su niñez llevaba muchos frutos. Habiendo nacido nuestro santo á fines del siglo undécimo, siglo en el cual Madrid y otras muchas poblaciones de Castilla apénas se acababan de libertar del bárbaro dominio de los moros, la calamidad de aquellos tiempos nos ha sepultado en el olvido la noticia individual de muchas circunstancias de la niñez y de la vida de nuestro glorioso santo. No obstante, como no se ignora que á favor de su ánimo sencillo conservó siempre la inocencia de la gracia, no es extraño decir, que á pesar de los escándalos que restaban de aquella nacion brutal y fiera, ya entre las ternuras de la niñez brotaban en su alma muchos frutos. La gracia del Espíritu santo, dice el padre san Ambrosio, no gasta en sus porducciones aquella generosa lentitud que en las suyas gasta la naturaleza. Es tan activa la fecunda virtud de esta semilla celestial, que en cualquiera momento de la vida que el divino Labrador la infunde en nuestros corazones, luego produce frutos abundantes. ¿Cómo pues no produciria en el alma de Isidro, aunque niño, aquellos tres primeros frutos de la santa sencillez?

Estos son el fruto de caridad, el de gozo y el de paz, por los cuales el alma amando á su Dios únicamente, sin hallar en otra

cosa su felicidad ni su descanso, se pone en aquel grado de rectitud en que siempre debe estar respecto de su Dios, para poder conservar el candor de la primera inocencia. La que conservó siempre nuestro Isidro nos convence de que aquel amor casto, que es como el primer brote de la gracia, y el primer impulso del corazon racional hácia su Dios, fué tambien el primer fruto con que el corazon de Isidro se estrenó, y que su alma bendita fecundándose al mismo tiempo con el fruto de gozo y el de paz, comenzó á complacerse y á saber tranquilizarse en la dulce presencia de su Dios, no habiendo tenido desde entónces otro fin ni otro motivo en todas sus obras y deseos. Sin estas bellas disposiciones del espíritu, sin estas primeras semillas de todas las virtudes ¿cómo se hubieran descubierto desde la niñez en nuestro Isidro, aquel candor de ánimo, aquella inocencia de costumbres, aquella tierna devocion al santísimo Sacramento del altar, aquellas sus frecuentes visitas á los templos, y particularmente al de la Almudena, ó de santa María la mayor? ¿No fué en esta iglesia á donde los canónigos reglares que entónces la servian observaron las primeras producciones de la gracia que en aquel tierno pimpollo así comenzaba á florecer? ¿No fué esta la causa de que prendados ellos del fervor, devocion y candidez de nuestro devoto niño, se encargasen gustosos de su direccion espiritual? Se prometieron sin duda grandes frutos de santidad, á vista de aquellas tan floridas primicias de virtud: y ciertamente no les salió frustrada su esperanza. Inspiráronle desde luego con el horror al vicio y el amor á la virtud, la fuga de las compañías peligrosas. Este fatal pero frecuente escollo de la incauta juventud, era entónces mas de temer por la barbarie de los moros, que á manera de inundacion habian derramado por España los vicios y errores mas groseros. Pero escrito está, Dios mio, escrito está, que para los sencillos amantes de tu ley no hay escándalo en que tropiece su inocencia, ni que perjudique á los frutos de su espíritu. Y así fué, que el de caridad, el de gozo y el de paz crecian en Isidro con los años. Su corazon dócil y su alma sencilla eran un terreno bien dispuesto, en donde nada se perdia de cuanto sembraba su director espiritual. Con la posible frecuencia iba á recibir sus instrucciones, y en esta santa escuela aquel discípulo de la gracia aprendió la ciencia de los santos, el desprecio del mundo y de sus pompas, el uso de aquella su elevadísima

oracion, el modo de recibir con utilidad los sacramentos, la fuga de la ociosidad, madre execrable de los vicios, y el amor al trabajo, compañero fiel de todas las virtudes.

Cuéntase que siendo ya jóven y habiendo asistido en un dia festivo, segun su costumbre, al sermon y á aquellos otros ejercicios de piedad de que tanto huyen los jóvenes de estos tiempos, oyó aquella sentencia fulminada por Dios contra Adan y contra nosotros, sus hijos miserables, de no comer el pan sin regarle primero con el sudor de nuestro rostro; y que abandonando Isidro al instante su primer oficio de abrir pozos y cuevas, se aplicó al cultivo de los campos, en el cual á imitacion de los antiguos patriarcas y de aquellos hombres grandes y sencillos de la primera edad del mundo, pasó el resto de su vida, que fué muy dilatada. Ociosos cortesanos, ¡qué ejemplo este para que aprendais á cortar los vicios de raíz y á santificar los dias de fiesta! Pero ¡qué ejemplo tambien, hombres de negocios, qué ejemplo el que os va á dar Isidro para enseñaros á unir la devocion y los frutos del Espíritu santo con los trabajos corporales!

Aunque para continuar la agricultura sirvió sucesivamente en las casas de los Vargas y los Veras, vecinos de Madrid, no se dispensó del régimen de vida ni de los ejercicios de piedad que ántes practicaba con aprobacion del confesor. Por no faltar ni un instante al tiempo debido á las labores, quitaba al sueño y al descanso las horas que habia de dar á la oracion. Bien instruído de que el hombre favorecido de Dios, mas que las otras criaturas, conviene que las anticipe para ofrecer al Señor un sacrificio de alabanza, salia Isidro ántes de la aurora á visitar nueve santuarios, en los cuales tenia distribuidas las meditaciones de la vida de Jesucristo desde su Encarnacion hasta el sepulcro: por cuya causa el rey Don Alonso VIII hizo esculpir estos dos misterios en el arca donde colocó el cuerpo de san Isidro y sus reliquias, á fin de que la posteridad con este expresivo monumento hiciese trasmitir de siglo en siglo la noticia de la sencilla y fervorosa devocion con que nuestro jóven santificaba desde el principio del dia sus afectos, para mantenerse unido á Dios en medio del trabajoso cultivo de los campos.

Oh Isidro! Y despues de esto ¿habrá todavía quien tenga por piadosas ilusiones los prodigios con que Dios te ha querido

honrar en la vida y en la muerte? ¿El que tus trabajos enriqueciesen á Vera, como los de Jacob enriquecian á Laban; el que los espíritus del cielo no se desdeñasen de hacerte compañía en las fatigas del arado, como ni el arcángel san Rafael se desdeñó de hacérsela en sus viajes á Tobías, otro jóven sencillo como tú: el que al modo de Moises al contacto de la vara, hicieras salir perennes raudales de una peña: el que para satisfacer Dios tus sencillos deseos de asistir al sacrificio de la misa, si hallaste cerradas las puertas del templo de san Andres, te dejase ver como á otro Estéban abiertas las puertas de los cielos, y en ellas al sumo sacerdote Jesucristo? ¿Estas y otras muchas maravillas, serán tambien piadosas ilusiones? ¡Qué poco sabe el que así piensa del espíritu de Dios! ¡Qué poco entiende de la condescendencia y de la afabilidad con que el Señor se comunica á los humildes y sencillos de corazon!

Pero no era esto el objeto principal de mi dircurso, sino el continuar la serie de los frutos de la semilla cristiana. Los de paciencia, de longanimidad y mansedumbre fueron tambien muy copiosos en Isidro. Como cada dia fijaba tan santamente toda su alma y sus potencias en su Dios, se hallaba su corazon sencillo en una disposicion perfecta respecto de todas las criaturas, siempre pronto á cumplir con sus prójimos todos los deberes que abrazan la caridad y la justicia, como tambien pronto á practicar todas las acciones de decencia que la virtud de la templanza le dictaba respecto de sí mismo, y nada hubo reprensible en su conducta, ni se desmintió su sencillez en lo próspero y adverso. No es justo molestarse con la menuda relacion de los casos particulares en que Isidro tuvo que tolerar las injusticias de la ingratitud, las calumnias de la envidia, las altiveces del orgullo y las burlas insolentes con que los libertinos y mundanos despreciaban su santa sencillez. Qué de veces por un desahogo de su afliccion exclamaria lleno de conformidad con el Profeta: Oh Dios mio! yo soy un pobre jóven desgraciado; pero gracias á tu misericordia no me dejo olvidar de tus justificadas providencias. Basta deciros que Isidro á los ojos de la fe era un justo, y que á los de este mundo era un pobre lleno de sencillez y candor. Con esto se dice de una vez cuánto tendria que sufrir. Y ya podemos seguirle en medio de aquellas revoluciones tempestuosas que siguieron á la muerte del rey Alfonso VI, cuando sitiada Madrid por Alí, rey de los moros almo-

ravides, salió Isidro fugitivo de su patria buscando en la ajena algun asilo. Ya se deja discurrir lo que padeceria en tales tiempos un jóven expatriado, pobre, y obligado á caminar de pueblo en pueblo, sujetándose en todos á servir para ganar el sustento necesario. Mas no por eso se altera la sencillez de su virtud. Isidro en ninguna parte degenera; semejante á un sarmiento precioso y escogido, que trasplantado á terrenos diferentes, en todos florece de nuevo y fructifica.

¿Le quereis si no, ver en el estado del santo matrimonio? pues contad con que vais á ver los seis frutos del Espíritu santo que nos restan. Torrelaguna era el lugar á donde la divina Providencia le tenia preparada una esposa imitadora fiel de sus virtudes en una jóven de Uceda, llamada María. Era como Isidro de humilde condicion y de igual inocencia y sencillez; y así la igualdad, no de bienes y frutos terrenos, sino de los frutos de modestia, de continencia y castidad, fué lo que sirvió de impulso á estos castos consortes para celebrar su honesto desposorio. Celebráronle pues con aquella pureza que pide nuestra religion, y sin aquellos excesos escandalosos que aun serian reprensibles en los gentiles y paganos, y que no obstante se cometen hoy por los católicos con tanta impunidad como libertinaje; con tanto descrédito del cristianismo como perjuicio del estado: con tan funestas consecuencias para los hijos como para los mismos contrayentes. Porque á la verdad, jóvenes obscenos, ¿qué frutos, pregunta el padre san Juan Crisóstomo, qué frutos sino de ignominia y maldicion debeis esperar de un matrimonio que al primer dia, ó acaso muchos ántes, profanais vosotros con la vanidad y el lujo de las modas, con la desenvoltura de los bailes y con los excesos vergonzosos de la gula, de la embriaguez y la lascivia? ¿Qué fidelidad quereis que os guarde una esposa á quien dais lecciones de incontinencia, para que aprenda á prostituirse sin pudor á las infamias de la sensualidad y el adulterio? Lo esperais mal, miéntras no sigais mejor conducta.

Isidro sí que se podia prometer con gran fundamento esta fidelidad por fruto del santo matrimonio. Desde el primer dia le daban ya claros anuncios de eso la castidad, la continencia y la modestia suya y de su esposa. De aquí nació que aunque la malicia, no digo yo de los hombres, sino del mismo Satanas se conjuró contra santa María de la Cabeza; aunque se forjaron

contra ella mas de una vez las mas feas calumnias, aunque el comun enemigo jugó todas sus astucias para persuadir á Isidro que su esposa habia manchado la pureza del tálamo nupcial con una torpe infidelidad al matrimonio, jamas se le pudo excitar la pasion violenta de los celos, nunca se le pudo arrancar de su corazon aquella confianza bien fundada de la honestidad intacta de su esposa. Las bellas inclinaciones de María, su devocion tan fervorosa con la madre de Dios, su amor al trabajo, su buena correspondencia con Isidro, puntos que esta casta labradora guardó inviolablemente; en Torrelaguna, en la granja de Caraquiz, en Talamanca, y lo mismo despues cuando su esposo volvió á esta corte á servir en casa de Juan Várgas, los prodigios con que Dios manifestó la fidelidad y la prudencia de María, haciéndola caminar sobre las aguas á presencia de Isidro y de los mismos acusadores varias veces; todo esto le daba á nuestro santo motivos poderosos para afirmarse en el buen concepto de su esposa. Mas no por eso dejaba de influir en estos lances su santa sencillez. Aquella bondad que es fruto del Espíritu santo, y nos inclina á hacer bien á todo prójimo, era el resorte secreto que hacia obrar á Isidro en tales ocasiones. Esta bondad era la que no le dejaba pensar mal nunca de su esposa. Esta misma bondad era la que le hacia juzgar bien de todo el mundo; y en fin esta bondad era la que con un suave impulso le llevaba á perfeccionarse en todos los frutos del Espíritu santo, haciéndole sumamente benigno y afable en el trato con sus prójimos; pero prodigiosamente benéfico y liberal para socorrerles en sus necesidades.

Porque á la verdad, oyentes mios, el que este pobre labrador ademas de atender á la necesidad de su propia familia, hubiese podido con un triste jornal atender tambien á las ajenas: el que no contento con tener un corazon caritativo con los pobres, distribuyese entre ellos todo lo que le restaba de su salario cada dia, sin reservarse para el siguiente cosa alguna: el que despues de haber inspirado á su santa esposa esta noble generosidad de corazon, este insigne desprendimiento de los bienes del mundo, esta fe y esta sencilla confianza en la divina Providencia, tuviese tal deseo de socorrer á cuantos llegaban á su casa, que hiciese un gran sentimiento de que alguno quedase sin alivio; el que este pobre labrador, vuelvo á decir, así se portase con los pobres ¿no es ciertamente un prodigio de beneficencia y de caridad? ¿No es prodigio que este pobre labrador en medio de su indigencia haya sido mas liberal y dadivoso que los mismos ricos con toda su opulencia y abundancia? ¿No es este el prodigio que alaba Jesucristo en la otra pobre viuda del Evangelio?

Pues esta beneficencia de Isidro aun aparece mas prodigiosa, habiendo querido el mismo Dios autorizarla con repetidos prodigios y milagros. Con el milagro de convertir repentinamente en trigo unas pajas inútiles y secas, en premio de la confianza y de la fe con que Isidro las velaba: con el milagro de que un poco de pan que Isidro mandó á su esposa distribuir entre los pobres, se aumentase como se aumentaron aquellos otros panes que el profeta Eliseo mandaba repartir, y de los cuales sobraron bastantes todavía despues de haber mantenido á cien personas. Con el prodigio de venir en persona el mismo Jesucristo entre los pobres á verificar en casa de nuestro pobre labrador, lo que dirá á los santos en el último dia de los siglos: conmigo hicisteis lo que ejecutasteis con cada uno de estos pobres; con el prodigio de haber inspirado este Señor á Isidro y á María aquel voto de perpetua continencia para que llevasen hasta la última perfeccion los frutos de la sencillez cristiana: con el prodigio en fin de una muerte preciosa á los ojos del Señor: muerte preciosa por los frutos tan copiosos de honestidad y sencillez que Isidro adquirió en la vida; y muerte preciosísima tambien por los frutos tan abundantes de honor que logra en el cielo y en la tierra en compañía de su esposa, y en cumplimiento de la promesa que á todos nos hace Jesucristo si permaneciésemos en él con un corazon sencillo.

¡Oh muerte preciosísima de Isidro y de María! ¡Ó María, ó Isidro! ¡Oh santos y gloriosos labradores! ¿Qué interes vendria á ser el nuestro, si despues de ver y celebrar la grandeza de vuestros frutos gloriosos, les perdiésemos para siempre por no haberos imitado en vuestra virtud y sencillez? ¿Isidro santo, tendrás corazon para vernos incurrir en tal desgracia? Preservadnos de ella con vuestro influjo poderoso: veámos luego el efecto de vuestra mediacion, en la reforma de las públicas costumbres y en la inocencia de nuestra vida; para que llevando así frutos multiplicados de santa sencillez, participemos contigo los frutos eternos de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ISIDRO LABRADOR.

(DE SANTANDER.)

Ecce homo agricola iste fuit, quoniam Adam exemplum ejus ab adolescentia sua ad serviendum Deo viventi.

Hé aquí este hombre de oficio labrador, de quien fué ejemplar Adan desde su juventud para servir á Dios vivo.

La iglesia en el oficio de este dia.

Admirable es Dios, decia san Agustin, en la hermosa fábrica del universo : admirable en la inmensa grandeza de los cielos, en la asombrosa muchedumbre y variedad de las estrellas, en el rápido movimiento del sol y la luna, y en sus benignas influencias : en la fecundidad y firmeza de la tierra, en su hermosura, en su estabilidad y en la multitud de sus producciones, en la variedad de sus plantas, en lo sazonado de sus frutos, en la preciosidad de sus minerales, en el instinto de tantos vivientes que por todas partes la pueblan y habitan : admirable es Dios en el asombroso conjunto de las aguas de que formó los mares, en la estupenda elevacion de sus olas, en sus perennes flujos y reflujos, en sus senos, sus playas y sus golfos, y en la infinita muchedumbre de sus peces : admirable en la fuerza incontrastable de los vientos, y en sus incomprensibles y extraordinarios movimientos, ya rectos, ya oblicuos, ya suaves, ya impetuosos : admirable en la actividad exterminadora del fuego que consume y aniquila cuanto se le acerca. En suma, Dios es admirable en la creacion de los cielos y la tierra y de todos los elementos. Pero aunque esta sea una verdad patente á todos cuantos tienen ojos para ver las obras maravillosas del Ser supremo : aunque sea una verdad que nos manda publicar el real Profeta cuando dice : *Narrate omnia mirabilia ejus*, aparece

sin duda incomparablemente mas admirable el Señor en la eleccion eterna de algunas criaturas, á quienes entresaca y segrega de la masa comun de los vivientes para que sean agradables á sus divinos ojos, y consigan llenas de méritos y virtudes un trono muy señalado en la bienaventuranza.

¡Qué cosa á la verdad mas admirable que ver á los Fernandos, Luises y Casimiros sobre el trono (lugar tan á propósito para llenarse de orgullo, vanidad y soberbia) tan humildes, tan dóciles, tan piadosos y caritativos! ¡Qué cosa mas admirable que ver á los Danieles, Josefes y Samueles en las cortes de los mayores príncipes, y rodeados de una inmensidad de negocios, con un espíritu de tranquilidad y retiro interior que podrian envidiar los Arsenios, Pablos y Pacomios! ¡Qué cosa mas admirable que ver á un hombre sin literatura practicar la ciencia de los santos, y llenar de una saludable confusion á los sabios del siglo! Un hombre que no contaba entre sus ascendientes famosos conquistadores, grandes capitanes ni otros personajes ilustres por las armas y las letras; pero que supo vencer los poderosos enemigos de su alma y conquistar el reino de los cielos. ¡Qué cosa en fin mas admirable que ver á un pobre labrador declarado patrono de la mas brillante corte de los monarcas españoles, adorado de los pueblos, colocado sobre los altares, y hecho digno objeto de la presente solemnidad! Verdaderamente, amados mios, que aunque Dios sea admirable en sus santos, lo es mucho mas en san Isidro, llamado por Dios á los penosos ejercicios de labrar los campos, y hecho una viva copia de Adan, sometida y obediente á los preceptos del Altísimo. « He aquí este hombre de oficio labrador, de quien fué ejem-« plar Adan desde los años de su juventud, para conformarse « con él en el servicio de Dios vivo. » Palabras que la santa iglesia le aplica en el divino oficio de este dia, y que yo elijo para formar su elogio.

Celebrad vuestra felicidad, ilustre congregacion y devoto pueblo, en tener á vuestra vista un santo cuya vida podeis imitar : una vida en que no hallaréis las espantosas penitencias de los anacoretas, los horribles tormentos de los mártires, ni los sudores y afanes literarios de los santos padres y doctores. No tendreis ya excusa para no ser santos ni en la falta de vuestros talentos, ni en la debilidad de vuestra salud, ni en que no os hallais con fuerzas para entregar vuestro cuerpo á manos de los

verdugos. Isidro os enseña que podeis ser santos como él, siendo casados, siendo labradores, siendo pobres, cuidando de vuestras casas, cultivando vuestras haciendas; pero siendo devotos, afables, benignos, modestos, misericordiosos y mortificados. En una palabra, siendo hombres de bien como lo fué Isidro, sereis santos. Ved aquí el verdadero carácter de san Isidro, *un hombre de bien:* este será el asunto de mi sermon, y el objeto de vuestra atencion é imitacion en este dia y en todos los de vuestra vida. No penseis que es elogio poco correspondiente á las grandes virtudes de nuestro santo. Creed firmemente que nada hay mas comun que llamarse los hombres *hombres de bien;* pero nada mas raro que serlo efectivamente. Vosotros vereis en estas dos palabras un conjunto de acciones tan heróicas, que con dificultad hallarémos voces para explicarlas, si la divina gracia no nos acompaña. Pidámosla al Señor por la intercesion de su beatísima madre, á quien devotos alabarémos diciendo: *Ave María.*

Aunque sean innumerables los objetos que se le presentan al hombre cuando aparece en este mundo, tres son los mas principales, y que mas deben llevarle la atencion; conviene á saber: Dios nuestro Señor que le crió sacándole de la nada, y dándole vida, inteligencia y movimiento: el prójimo que es su semejante; y el mismo hombre compuesto de alma y cuerpo con diferentes pasiones y apetitos. De que se sigue que el hombre para obrar debidamente es forzoso que tenga y cumpla ciertas obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Piensan no pocos espíritus en nuestros dias, que para cumplirlas bastan las débiles fuerzas de la naturaleza y las escasas luces de la razon; pero lastimosamente engañados experimentan que el hombre desprovisto de los auxilios sobrenaturales de la gracia, ni conoce á Dios ni le da el debido culto: ni es útil á su prójimo, ni le ama con verdadera crridad: ni sujeta sus pasiones á la razon y á la ley, ni se gobierna por principios de probidad, de castidad, de humildad, ni de mansedumbre. Nosotros pues, que por una particular misericordia del Altísimo nos hallàmos ilustrados con las luces de la fe, creemos firmemente que para ser un hombre lo que debe ser para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo; esto es, para

ser un *hombre de bien,* ha de tener un espíritu de religion para con Dios, un espíritu de caridad para con su prójimo, y un espíritu de mortificacion para consigo mismo. Esto es ser hombre de bien: esto es lo que fué san Isidro; y esto lo que debeis ser vosotros. Estadme atentos.

I. El santo debió al cielo la gracia singularísima de haberle tocado en suerte, como dice Salomon, una alma buena (1). Tenia una condicion dulce, suave y benigna: un genio blando y tratable: una presencia bien proporcionada, modesta y amable, y una inclinacion natural á toda obra de virtud. Aborrecia todas las travesuras indecentes de los otros niños, todos aquellos juegos poco conformes al virginal pudor, y todas aquellas diversiones nada honestas que tanto suelen perjudicar á las almas en los primeros años. No ignoraban sus cristianos padres esta bella índole y buenas inclinaciones de su niño Isidro, y aunque por su pobreza no pudieron destinarle á la carrera brillante de las letras en las universidades, cuidaron de ser ellos mismos sus maestros, instruyéndole sólidamente en los principios de la religion y en las buenas costumbres. Sus frecuentes amonestaciones y su ejemplo se imprimian como en blanda cera en el corazon dócil de Isidro, y producian los efectos mas prodigiosos. Nada deleitaba mas al niño que la asistencia á las misas, la visita de las iglesias, la frecuencia en el rezo, y el repetir con sus buenos padres la doctrina y las oraciones que devota y cuidadosamente le enseñaban. No sucedia con Isidro y sus padres lo que tan frecuentemente lloramos en nuestros dias, al ver unos padres tan lastimosamente olvidados de aquellas grandes obligaciones que la ley santa de Dios les impone, y la misma naturaleza les inspira; y al mirar unos hijos tan inobedientes, tan tercos y tan rebeldes á las instrucciones y ejemplos de sus padres. Permiten unos que sus hijos se abandonen á una vergonzosa ociosidad, y que en ella se llenen de vicios, como necesariamente ha de suceder á quien omitiendo la grande obligacion que todos tenemos al trabajo, no se dedica á una ocupacion honesta. Instan otros para que sus hijos trabajen aun desde sus mas tiernos años; pero omiten lastimosamente la competente instruccion de sus hijos, para que estos ofrezcan á Dios aquellos trabajos con un espíritu de verdadera religion.

(1) *Sap.* c. 8. *v.* 19.

De esto se origina que unos por no dedicarse al trabajo, y otros por trabajar sin espíritu y sin dirigirse á Dios, inutilizan los dias de su vida y se pierden miserablemente.

No así Isidro ni sus padres. Estos teniendo presente el decreto de Dios que mandó á Adan, y en él á todos sus descendientes, comer el pan con el sudor de su rostro, dedicaron á su hijo á la agricultura desde su adolescencia, como lo dice nuestra madre la iglesia en el oficio divino de este dia: *Ecce homo agricola iste fuit, quoniam Adam exemplum ejus ab adolescentia sua.* Pero al mismo tiempo que le apartaron de la ociosidad con un trabajo honesto, le inspiraron máximas de religion para que sirviese á su mismo Criador: *Ad serviendum Deo viventi.* Viéraisle por tanto ofrecer á Dios sus obras por la mañana, visitar las iglesias de Madrid en que se veneran las milagrosas imágenes de nuestra señora de Atocha y de la Almudena: asistir con devocion y raro recogimiento á la celebracion de la santa misa, y mantener siempre el espíritu en la presencia de Dios en medio de sus trabajos.

Es verdad, amados mios, que en aquellos tiempos, como en estos, no faltaron lenguas mordaces y malignas que criticaban su devocion, y le acusaban de que por sus beaterías abandonaba el cumplimiento de sus obligaciones. No faltaron personas que haciendo de celosas le acusaron á su amo de que iba tarde al trabajo, por andarse visitando las iglesias; pero volvió Dios por la inocencia de su siervo, disponiendo que su mismo amo viese á dos ángeles que con dos yuntas de bueyes ayudaban á Isidro en el trabajo. Pasmado de esta maravilla, y de haber visto en otra ocasion trabajar solo el ganado, conoció la santidad de su criado y la malignidad de sus acusadores. No fué solamente este prodigio el que manifestó el espíritu de religion que animaba á nuestro Isidro. Dios nuestro señor quiso tambien evidenciarle con el siguiente milagro.

Volvia el santo desconsolado de su trabajo cierto dia por no haber podido oir misa: llegó á las puertas de la parroquia de san Andres de Madrid, y con todo el afecto de su corazon se puso á orar: descendió sobre él el espíritu del Señor, y le elevó en un éxtasis maravilloso en que vió patente el cielo, y celebrarse en él una solemnísima misa, á que asistian y ministraban los ángeles y los santos; y concluída esta volvió á sus sentidos con indecible consuelo de su espíritu. ¿Mas qué mucho que

Dios favoreciese á su siervo con estos prodigios, si Isidro dirigia todas sus obras, todas sus palabras y todos sus pensamientos á la mayor gloria de su Criador? El santo cuando empezaba su trabajo continuaba su oracion, levantando los ojos y el corazon al cielo para ofrecer á Dios aquellas fatigas en satisfaccion de los pecados del mundo. Cuando dejaba el trabajo no dejaba la oracion, la proseguia dando gracias al cielo por aquel alivio. En suma, cuando volvia del campo, y cuando estaba en casa, cuando comia, cuando bebia, cuando viajaba, cuando descansaba, en todas partes y siempre era uno mismo Isidro; esto es, en todo manifestaba su espíritu de religion para con Dios, en la frecuencia de sacramentos, en la continuacion de su oracion, en la recta direccion de sus trabajos, en la asistencia á las misas y en la visita á las iglesias.

¡Qué vida, señores, tan inocente, tan justa, tan religiosa, tan digna de vuestra imitacion! No se os pide que sacrifiqueis vuestros hijos sobre el monte, como Abrahan: que hagais detener el sol, como Josué: que dividais los mares, como Moises; y que ateis las bocas de los hambrientos leones, como Daniel: solo se pretende que conozcais aquel gran Dios que con su soberana providencia mantiene y gobierna este mundo: que agradezcais los beneficios que tan frecuentemente recibís de sus liberales manos: que le ofrezcais vuestros trabajos en satisfaccion de vuestras culpas, y que os ejerciteis en repetidos actos de virtud, creyendo sus palabras, esperando sus promesas, amando su bondad, y viviendo siempre como Isidro en la presencia de Dios. No se os manda habitar en los desiertos, como los Pablos y Antonios: vestir unas toscas pieles de animales, como los Elías y Bautistas: comer unas insípidas yerbas, como los Estilitas, no señores. Solamente se trata de que á imitacion de Isidro frecuenteis los sacramentos, acudais á las iglesias, asistais á las misas, y conozcais en todas partes que estais delante de Dios, quien os ha de dar el premio ó castigo conforme fueren vuestras obras. Pero nada alcanza para despertar á innumerables cristianos de aquel funesto adormecimiento en que viven sumergidos: de aquella espantosa estupidez é insensibilidad en órden á su destino eterno, y de aquella horrible indiferencia con que miran el cielo y el infierno. Doctrinas, pláticas, sermones, amonestaciones, consejos, libros buenos, ejemplos, reprensiones, todo se inutiliza para muchas

almas, y se ve nuestra piadosa madre la santa iglesia en la dura necesidad de compelerlos y llevarlos como por fuerza á la mesa del Señor? Es posible que en una ciudad tan cristiana como esta haya personas que no cumplan con la iglesia? Sí, señores. No solo es posible, sino que efectivamente las hay. ¡Válgame Dios! ¡Qué distantes se hallan estas almas del espíritu de religion que animaba á Isidro! No seais vosotros, oyentes mios, de esta clase: ofreced vuestras acciones al Señor, como Isidro. Pero acordaos al mismo tiempo de tener para con vuestro prójimo un espíritu de caridad.

II. Esta es aquel vínculo de perfeccion, como la llama el Apóstol, que nos une y enlaza: la caridad es la mas principal é importante de todas las virtudes. El don de lenguas, el de milagros, la inteligencia de las santas Escrituras, el conocimiento de los ocultos senos del corazon humano, el mudar los montes con sola una palabra, sanar á los enfermos, dar habla á los mudos, vista á los ciegos, arrojar los demonios, resucitar los muertos, y tolerar con invicta fortaleza los tormentos mas atroces; todo esto, decia el apóstol san Pablo, es nada, y se reputa por nada en una alma sin caridad (1). Esta preciosa virtud es la reina y corona de las demas, y la que persevera en la gloria, desapareciéndose á la entrada de aquellas puertas eternas la fe y la esperanza. Esta forma en el mundo un corazon y una alma de todos los hombres, á pesar de la diferencia de naciones, edades, sexos, condiciones y estados; porque es benigna, paciente, bienhechora, no se irrita, no busca sus propios intereses, no piensa mal de nadie, todo lo cree, todo lo sufre, todo lo espera. Desterrad esta caridad del mundo, y aunque el hombre es criado para la sociedad, y para mantener con sus semejantes una amigable concordia, veréis trastornado el universo, y todo lleno de una espantosa confusion.

Veréis los hijos sin obediencia, los padres sin amor, los vasallos sin subordinacion, los soberanos sin piedad, los pobres sin paciencia, los ricos sin misericordia; en una palabra, veréis todos los pueblos ardiendo en el fuego de la enemistad, de la inquietud y de la discordia. Esta es la virtud que forma el carácter de un cristiano, de un hombre de bien, de un san Isidro. El santo, teniendo presente aquel admirable consejo que dió

(1) *Epist. I ad Cor. c.* 13. *v.* 3.

el venerable viejo Tobías á su hijo: *si tienes riquezas con abundancia da, hijo, abundantemente: si tienes cortos bienes da tambien de esos pocos con alegría y buena voluntad*, cercenaba de su corto salario cuanto podia para hacer participantes á sus hermanos los pobres, ciñéndose él á los límites de la mayor frugalidad. ¡Qué espectáculo, señores, tan digno de la admiracion de los ángeles, se descubre en la caridad de nuestro Isidro! El santo se aprovechaba de cuantas ocasiones se le presentaban de ejercitarla. Convidáronle un dia á comer en una funcion de cierta cofradía, de la que era individuo Isidro: tarda el santo en concurrir al medio dia, porque anduvo muy ocupado recogiendo una grande tropa de pobres: llévalos consigo á casa del mayordomo, pero no cabian en ella por ser tantos: dícenle que han comido ya los demas hermanos, y que solo se le ha guardado su parte. Venga enhorabuena esa parte, dice el santo; y tomándola en sus manos entra con ella en medio de sus amados pobres. Acordaos, oyentes mios, de aquel estupendo milagro del Salvador cuando con cinco panes y dos peces alimentó en el desierto á tantos millares de hombres: acordaos, digo, de aquel prodigio; y miradle repetido por la caridad de este santo. Parte aquel poco de pan con sus benditas manos, y en ellas se multiplica de suerte que sobra pan para todos los convidados. Ejecuta lo mismo con la demas vianda; come él, y comen abundantemente sus pobres: quedan todos satisfechos, y sobra comida. ¡Ó qué prodigiosas son las obras de la caridad! ¡Qué benéficas las entrañas de la misericordia!

Mas no penseis que la caridad de Isidro se ceñia á estos límites. Él amaba á todos los hombres, y á todos les procuraba algun socorro. Aun duran en Madrid los pozos de san Isidro, que labró para la comun utilidad. Perenne está la fuente en las cercanías de la corte, que hizo brotar el santo con el golpe de su ahijada, para refrigerar la sed de su amo en los ardores de un abrasado agosto, y para que todos los que bebiésemos glorifiquemos á Dios que tan admirable se manifiesta en la caridad de su santo. Los hospitales le tuvieron por su asistente, los enfermos por su consuelo, los tristes por su alegría, los débiles por su fortaleza, los ignorantes por su maestro, los viciosos por su reprensor, y los justos por su modelo. Los prodigios que justificaron esta verdad fueron innumerables. Escuchad este

solo. Muriósele á su amo Iban de Várgas una hija muy amada llamada María, y al volver el santo de su trabajo halló llena de dolor toda la casa, y á las gentes tratando de dar sepultura á la difunta. Conmoviéronse las entrañas piadosas de nuestro Isidro al mirar tantas lágrimas, al oir tantos clamores, y poniéndose en oracion con grande fervor y espíritu, alcanzó de Dios el remedio de aquella desgracia. Pasó adonde estaba la difunta: tocóla con su rostro, é inmediatamente la restituyó la vida con admiracion y pasmo de todos los circunstantes. ¿Pero qué mucho, señores, que fuese caritativo con los hombres quien alargaba sus limosnas á los irracionales? Miradle ir al molino en un dia de grandes nieves, y viendo sobre unos árboles muchas aves que no hallaban alimento por la demasiada nieve, se condolió de su necesidad, y sacando algunas porciones de trigo, lo echó en el suelo, apartando con sus manos la nieve para que comiesen. Miradle empezar la sementera; pero destinando parte de ella para que las hormigas y otros animalitos tuviesen su provision. Vaya esto, decia el santo, para Dios; esto para nosotros, y esto para las avecillas y animalitos del Señor; porque cuando Dios da, para todos da; y cuando Dios amanece para todos amanece.

Confieso que al pronunciar estas palabras el corazon se me conmueve. Yo creo y veo la caridad de Isidro, y en ella una imitacion de la infinita caridad de nuestro Dios, que reparte su luz sobre los buenos y los malos, y que hace descender su lluvia (segun la expresion de la Escritura) sobre los justos y pecadores, y que cuida con admirable providencia de los hombres y de los brutos. Yo veo en Isidro un espíritu de caridad para con sus prójimos; pero un espíritu amable, un espíritu que le hacia, como al Apóstol, un todo para todos. ¡Grande confusion para nosotros, amados mios! Isidro repartiendo con una caridad heróica de sus propios bienes, aunque cortos, con sus hermanos los pobres, y nosotros apeteciendo con una insaciable avaricia los bienes de los ricos. Isidro procurando con una caridad benigna la tranquilidad de todas las gentes, y nosotros con un genio indómito y altivo inquietando nuestras casas, y poniendo en movimiento las familias ajenas. Isidro cuidando con una caridad universal hasta de las avecillas del cielo y de las hormigas de la tierra, y nosotros maldiciendo las aves, los animales y los hombres. Válgame Dios! ¿Cuándo tendremos un espíritu de religion para con Dios como Isidro? ¿Un espíritu de caridad con nuestro prójimo como Isidro? Cuando tengamos un espíritu de mortificacion con nosotros mismos como Isidro.

III. Sí, señores: la mortificacion es aquel freno que sujeta las pasiones para que no se precipiten en los despeñaderos de los vicios. La mortificacion es aquella espuela que nos hace correr por el camino de las virtudes. El hombre sin mortificacion es como una fiera indómita por la corrupcion humana, que causó en la naturaleza la culpa de Adan. Lleno su entendimiento de ignorancias, y su voluntad de rebeldías á la razon y á la divina ley, apetece siempre lo deleitable á los sentidos; pero la mortificacion hace que el alma tome su dominio, y sujete al cuerpo con todas sus concupiscencias. Bien conoceis, amados mios, que por nombre de mortificacion no solamente se entienden los cilicios, las disciplinas, los ayunos y las vigilias, sino muy particularmente el buen uso de aquella potestad, de aquel poder con que dotó Dios al alma, para que sujetando los apetitos desordenados de su cuerpo, sirvan el cuerpo y el alma á su mismo Criador. Hablo de la tolerancia en los trabajos, la conformidad con la divina voluntad en la pobreza, en las enfermedades, en las calumnias, en las persecuciones. Hablo del sufrimiento en la contrariedad de genios, en las penalidades del estado y del oficio, en la intemperie de los elementos y otras miserias con que nos vemos atribulados los mortales. Esta es la mas apreciable, la mas ventajosa y la mas meritoria mortificacion. Esta la que tuvo san Isidro. No penseis que porque era de unas costumbres irreprensibles le faltaron mortificaciones de todas clases. Las tuvo con sus amos, con su mujer, con su familia y con otras varias personas.

Mortificaciones con su amo; pues extrañando este en cierta ocasion lo mucho que habia cogido Isidro de su pequeña senara, le dió á entender que lo habria hurtado de la suya. ¡Fuerte lance, señores, llamar ladron á rostro firme á un hombre de bien! Pero qué? ¿pensais que se conmovió Isidro? ¿Pensais que montase en cólera y que se ensoberbeciese? Nada ménos. Con una boca llena de risa, como vulgarmente se dice, con un semblante sereno y un corazon tranquilo, respondió á su amo: « No soy ladron, ni Dios permita en mí tan malos pensamien-« tos: su divina Majestad reparte los bienes conforme á su ado-

« rable voluntad : él es quien me ha dado esta grande cosecha: « su nombre sea bendito eternamente. Pero si Vm. quiere de- « poner toda sospecha, llévese enhorabuena todo el trigo, que « yo con la paja tengo bastante.» Efectivamente tomóle su amo todo el trigo, y el santo lleno de fe y confianza en el Señor, empezó de nuevo á aventar la paja. Reíanse los otros compañeros de su simplicidad; pero en breve mudaron la risa en admiracion y asombro, viendo que lo que subia paja, bajaba trigo, hasta completar otra tanta cosecha como la antecedente. Así manifestó Isidro la mortificacion de sus pasiones, y Dios la proteccion con que defendia á Isidro.

Mortificaciones con su mujer : no por la contrariedad de genios, no por la diversidad de pareceres, no por la falta de paz y amor. Nada de esto, pues ambos eran santos, y ambos amigos de Dios; sino porque el demonio, permitiéndolo el Señor, le tentó terriblemente sobre la fidelidad de su esposa. Vivian los dos santos casados en continencia y castidad : su mujer santa María de la Cabeza en un pueblo pequeño llamado Caraquiz, y san Isidro en Madrid. Aparecióseles el demonio en figura de un labrador conocido y amigo suyo, y díjole con grande secreto y misterio que su mujer vivia malamente divertida con los pastores de las riberas de Jarama, á quienes iba á visitar todos los dias. No lo creyó el santo inmediatamente, porque estaba bien persuadido de la bondad de su mujer; pero fué tan fuerte la batería que le dió el demonio, que determinó acecharla. Salió san Isidro de Madrid, y ocultóse en el campo por donde le habian dicho que andaba su mujer : vióla efectivamente, y que llevaba en su mano aceite y lumbre : vióla llegar á la orilla del rio, y que haciendo la señal de la cruz, y tendiendo sobre las aguas su mantilla, pasó sobre ella á la otra parte para encender una lámpara de María santísima que se veneraba en una ermita : ejecutado esto, volvió á pasar el rio sin mojarse, como si caminara por la tierra firme. El santo, viendo este prodigio, quedó consolado, y dió gracias á Dios porque le habia librado de aquella terrible mortificacion, dejándole ver por sus mismos ojos la santidad de su mujer.

Mortificaciones con su familia; pues habiéndosele caído en un pozo y ahogándosele un hijo muy amado que tenia el santo, adorando con resignacion los juicios del Señor, se puso en oracion fervorosa, y acudiendo despues con su mujer al brocal del

pozo, vieron entumecerse maravillosamente las aguas, y que sobre ellas subia el niño, á quien alargando los brazos sus buenos padres sacaron del pozo sano y bueno, alabando al Señor por sus misericordias.

Mortificaciones en fin con los otros hombres : pues unos se burlaban de su devocion, otros se reían de su simplicidad, otros insultaban á su paciencia, y otros llegaron á injuriar públicamente su honradez y su cristiandad, llamándole robador de la hacienda ajena. Fué el exceso de esta suerte : Caminaba el santo al molino con unos costales de trigo, y saliéndole al paso muchos pobres, les repartió gran parte del grano que llevaba: dividió tambien con las aves una decente porcion, de suerte que cuando llegó al molino era muy poco el trigo que llevaba. Mandóle el santo hacer harina, y salió tanta, que los que habian concurrido á moler creyeron les habia robado el trigo de sus costales. Así se lo dijeron al santo; pero él sonriéndose, y con una mansedumbre inalterable, les dijo : no he robado vuestro trigo, ni quitado á nadie lo que es suyo : dadme, si no quereis creerme, otro tanto trigo como yo traje, y llevaos la harina. Lleváronsela con efecto, y de aquel poco trigo que le dieron volvió á salir mas harina que al principio. Recogióla el santo, y sin alterarse, como hombre que tenia enteramente sujetas sus pasiones, se volvió en paz á su casa.

Qué os parece? ¿No es verdad que tenia Isidro un espíritu de mortificacion consigo mismo, cuando no se alteraba ni irritaba con los malos tratamientos de sus amos, con las sospechas de su mujer, con las desgracias de su familia, y con las atroces calumnias de los otros hombres? ¿No es verdad que tenia un espíritu de caridad con sus prójimos, á quienes socorria en sus necesidades espirituales y corporales, presentes y venideras, como habeis visto, extendiendo tambien su liberalidad á las aves del cielo y á los animales de la tierra? ¿No es cierto que tenia un espíritu de religion para con Dios, frecuentando sacramentos, visitando las iglesias, oyendo misas, dedicándose á la oracion, y ofreciendo todas sus obras, palabras y pensamientos á la mayor gloria del nombre del Señor, como lo habeis oído? Luego es evidentemente verdadera mi proposicion, en la que afirmé que habia sido Isidro un hombre de bien. Esto es, un hombre adornado de un espíritu de religion para con Dios;

de un espíritu de caridad para con su prójimo; y de un espíritu de mortificacion para consigo mismo.

Ahora bien, amados mios, ¿podremos asegurar sin adularnos que todos nosotros somos hombres de bien? ¿Hombres que ofrecen á Dios sus trabajos, que reconocen y agradecen los divinos beneficios, que frecuentan los sacramentos, que visitan las iglesias, que oyen devotamente las misas, que se dedican á la oracion y caminan siempre en la presencia de Dios? ¿Hombres que aman á sus prójimos con una caridad verdadera, que socorren á los pobres, que consuelan á los tristes, que instruyen á los ignorantes, que visitan á los enfermos, y son útiles al público con sus obras y sus palabras? ¿Hombres que mortifican sus pasiones, que las reducen á la obediencia de la razon y la ley, sin alterarse ni ensoberbecerse con la pobreza, con las enfermedades, con los malos tratamientos, ni con las demas penalidades de la vida? ¡Ah, señores! Confesémoslo de buena fe, y no queramos mentir al Espíritu santo. Todos queremos ser tenidos por hombres de bien; pero pocos, poquísimos vivimos de suerte que lo seamos en realidad y delante de Dios. Las pasiones nos dominan, las pasiones nos arrastran, las pasiones nos pierden: la caridad cristiana se disminuye, y el espíritu de religion se desconoce. Pues, amados mios, abramos los ojos, y veamos cuán distantes nos hallamos de san Isidro: acerquémonos con la imitacion, y le experimentarémos nuestro protector. Sedlo, glorioso santo, muy particularmente de esta ilustre cofradía que os invoca, y se emplea en promover vuestros cultos sobre la tierra: bendecid sus campos, amparad sus casas, defended sus familias, y alcanzad del Señor mucha salud y mucha gracia, para que todos os vean eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ISIDRO LABRADOR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN SAN ISIDRO SE NOS MANIFIESTA EL PREMIO CON QUE DIOS RECOMPENSA LA HUMILDAD.

Qui se humiliaverit, exaltabitur.

Matt. c. 23. v. 12.

El que se humillare, será ensalzado. Si esta verdad infalible pronunciada por el mismo Jesucristo y repetida con frecuencia en el Evangelio necesitase comprobarse: si no nos basta el testimonio del mismo que nos la enseñó, y no queremos dar crédito á sus palabras, hoy nos la pone de manifiesto en el objeto glorioso de nuestros cultos; en san Isidro Labrador, cuyo nombre oímos con tanto júbilo y alegría: la pone patente á nuestra vista en la festividad de un hombre pobre, olvidado, desconocido, que no hizo ruido en el mundo y tuvo toda su gloria en ser ignorado y abatido; y á quien el mundo admira ya gozando las eternas recompensas y dulzuras de la gloria, y venera como á santo.

El mundo tendria su vida por una desgracia, y como no piensa sino en honores, riquezas y bienes de la tierra, llamaria y contaria á san Isidro entre el número de los insensatos é infelices, y cuyo fin seria sin honra; pero los grandes y poderosos de la tierra pasaron como la sombra, ó como un mensajero que va corriendo; no han dejado memoria alguna de su nombre, y san Isidro despues de tantos siglos es la gloria y honor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de un espíritu de caridad para con su prójimo; y de un espíritu de mortificacion para consigo mismo.

Ahora bien, amados mios, ¿podremos asegurar sin adularnos que todos nosotros somos hombres de bien? ¿Hombres que ofrecen á Dios sus trabajos, que reconocen y agradecen los divinos beneficios, que frecuentan los sacramentos, que visitan las iglesias, que oyen devotamente las misas, que se dedican á la oracion y caminan siempre en la presencia de Dios? ¿Hombres que aman á sus prójimos con una caridad verdadera, que socorren á los pobres, que consuelan á los tristes, que instruyen á los ignorantes, que visitan á los enfermos, y son útiles al público con sus obras y sus palabras? ¿Hombres que mortifican sus pasiones, que las reducen á la obediencia de la razon y la ley, sin alterarse ni ensoberbecerse con la pobreza, con las enfermedades, con los malos tratamientos, ni con las demas penalidades de la vida? ¡Ah, señores! Confesémoslo de buena fe, y no queramos mentir al Espíritu santo. Todos queremos ser tenidos por hombres de bien; pero pocos, poquísimos vivimos de suerte que lo seamos en realidad y delante de Dios. Las pasiones nos dominan, las pasiones nos arrastran, las pasiones nos pierden: la caridad cristiana se disminuye, y el espíritu de religion se desconoce. Pues, amados mios, abramos los ojos, y veamos cuán distantes nos hallamos de san Isidro: acerquémonos con la imitacion, y le experimentarémos nuestro protector. Sedlo, glorioso santo, muy particularmente de esta ilustre cofradía que os invoca, y se emplea en promover vuestros cultos sobre la tierra: bendecid sus campos, amparad sus casas, defended sus familias, y alcanzad del Señor mucha salud y mucha gracia, para que todos os vean eternamente en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ISIDRO LABRADOR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN SAN ISIDRO SE NOS MANIFIESTA EL PREMIO CON QUE DIOS RECOMPENSA LA HUMILDAD.

Qui se humiliaverit, exaltabitur.

Matt. c. 23. v. 12.

El que se humillare, será ensalzado. Si esta verdad infalible pronunciada por el mismo Jesucristo y repetida con frecuencia en el Evangelio necesitase comprobarse: si no nos basta el testimonio del mismo que nos la enseñó, y no queremos dar crédito á sus palabras, hoy nos la pone de manifiesto en el objeto glorioso de nuestros cultos; en san Isidro Labrador, cuyo nombre oímos con tanto júbilo y alegría: la pone patente á nuestra vista en la festividad de un hombre pobre, olvidado, desconocido, que no hizo ruido en el mundo y tuvo toda su gloria en ser ignorado y abatido; y á quien el mundo admira ya gozando las eternas recompensas y dulzuras de la gloria, y venera como á santo.

El mundo tendria su vida por una desgracia, y como no piensa sino en honores, riquezas y bienes de la tierra, llamaria y contaria á san Isidro entre el número de los insensatos é infelices, y cuyo fin seria sin honra; pero los grandes y poderosos de la tierra pasaron como la sombra, ó como un mensajero que va corriendo; no han dejado memoria alguna de su nombre, y san Isidro despues de tantos siglos es la gloria y honor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de nuesrra nacion, se repite su nombre con mas gloria que el de los emperadores y los césares, le llenan de bendiciones los pueblos; y estos cultos con que constantemente le honramos dan á conocer lo grata que nos es su memoria, y lo que se complace el Señor en que sea venerado su siervo.

Tantos ilustres personajes que han honrado á la corte de nuestra España, tantos sabios que en ella han ilustrado al mundo entero con sus luces y sus admirables escritos, tantos guerreros que han logrado las mas extensas conquistas, tantos justos y santos tambien que han ganado el cielo y edificado con sus ejemplos y virtudes á nuestra patria; y sin embargo el Señor ha dispuesto que sea el patrono y protector especial de Madrid, y se honre con tanta celebridad su memoria, el pobre, el humilde criado de servicio, el glorioso san Isidro, que no aspiró ni á la grandeza, ni á la elevacion, ni á otra cosa que á servir á su Dios en la condicion tan despreciable en que le colocó su providencia. El Señor ha querido que veamos y conozcamos todos en este ejemplar, que no llaman su atencion los títulos pomposos del mundo, y que solo merece su aprecio la virtud; ha querido manifestar que aun en el mismo mundo será ensalzada la humildad cristiana: que es una verdad la que nos asegura en su Evangelio diciéndonos: que el que se humillare será ensalzado, y que si queremos ser honrados y ensalzados es preciso que comencemos por ser humildes.

Habiendo de formar hoy el elogio de san Isidro Labrador, y corresponder á la piedad con que le ofreceis estos cultos en testimonio de su virtud y de vuestro agradecimiento, y para merecer su poderosa intercesion, no esperéis oir una relacion de grandes empresas, de conquistas dilatadas, de edificios suntuosos debidos á sus expensas; no esperéis oir nada de cuanto alaba y engrandece el mundo, y que sin ser dirigido al fin santo y honesto que es Dios; nada es, y de nada sirve. Oiréis lo que forma á los santos y aquella ciencia que encamina al cielo y hace esclarecidos á los justos. En san Isidro descubriréis un hombre que se vence y domina á sí mismo, fiel con sus amos, caritativo con los pobres; que lleva santamente el yugo del matrimonio, que educa en la santa religion y buenas costumbres á su familia, que hace limosnas aun á costa de milagros. Haré todo su elogio en lo que fué todo su mérito. En san Isidro os manifestaré la humildad exaltada por el Señor, y vosotros

aprenderéis en este ejemplar vuestro verdadero interes: á ser humildes para ser ensalzados y llenos de gloria y honor.

Vuestra gracia, Dios mio, suplirá los defectos de un miserable pecador, que se atreve á hablar en vuestra presencia: dignaos concedérmela, y derramadla tambien sobre mis oyentes para que logren el fin que me he propuesto. Hacedlo así, Señor, por la intercesion de vuestra Madre á quien saludamos devotamente: *Ave María.*

La divina Providencia destina á cada uno á cierto estado y condicion, y el alterar y querer salir de este órden es por lo comun buscar la perdicion y la ruina. No hay cosa mas ordinaria y general que el estar cada uno descontento con su suerte, creyéndose todos acreedores á mayor fortuna, á mas elevacion y á mayores recompensas. De aquí esa continua ansia é inquietud, esa agitacion con que nada se deja por mover para subir de destino en destino, para abandonar los trabajos de manos, á que el Señor destinó al hombre desde su orígen y condenó despues por su culpa, para vivir á costa de los demas descansando en los placeres y regalos: y como este no es el camino verdadero, ni lo que Dios quiere de nosotros ¿qué ha de suceder sino lo que diariamente vemos y lloramos? Hombres que en su condicion y estado, en su pobreza y lo que llama el mundo abatimiento, que dentro de los límites á que el Señor quiso reducirlos hubieran sido útiles para sí mismos, para su Dios y para la sociedad, dejan de ser lo que serian y lo que fueron luego que se ven en la elevacion; si algun mérito tenian, lo pierden; llenos de un orgullo y altanería insufrible, atropellan al pobre, á la justicia, la verdad, y se abren el precipicio para caer en él. Hombres que en su estado y en sus tareas propias hubieran sido estimados de Dios y del mundo, y que fuera de él vienen á ser el vilipendio, la polilla, la hez, la levadura de corrupcion que llena de contagio á las ciudades y los pueblos.

San Isidro, bien léjos de dar abrigo en su corazon á estas ideas de orgullo y vanidad del mundo, empieza su virtud y la carrera de su santidad siendo humilde, y contentándose con la suerte que el Señor le preparó en el mundo. En fines del siglo XI nació en la villa de Madrid, de unos padres, pobres sí,

pero que eran al mismo tiempo depositarios de los verdaderos tesoros, de los dones del cielo, de unos padres virtuosos, quienes con la simplicidad y sana intencion propia de su estado y su virtud educaron á nuestro santo en la verdadera piedad y doctrina. Su vida oculta, retirada y desconocida, su misma humildad no nos ha permitido saber las particularidades de su niñez y juventud, y solo podemos decir que ayudado de la divina gracia, mas bien que de los conocimientos que proporcionan las ciencias del mundo, caminó á pasos de gigante por el estrecho y difícil camino de los santos. No conocia ni habia dado entrada en su corazon á la llama del amor impuro y deshonesto, y ya ardia en él el amor santo, la tierna y afectuosa devocion á María santísima. Así lo manifiesta su continua asistencia, sus visitas diarias á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, ante cuya sagrada imágen ofrecia, no ya los inciensos de la vanidad, que no pueden esperar recompensa alguna del cielo; no los dones de oro y plata que envidian los avaros; sino los sentimientos de un corazon contrito y humilde, los afectos de un corazon que sabe adorar en espíritu y en verdad.

Cumpliendo exactamente las obligaciones de casa de sus padres, y despues de sus amos, no descuidaba las atenciones para con su Dios y los ejercicios de su devocion; y como estaba lleno de la caridad que es tan ingeniosa, hallaba tiempo para asistir diariamente al santo sacrificio de la misa y para los trabajos de su oficio, sin que el trabajo le sirviese de estorbo para continuar en la contemplacion de los misterios santos que se recuerdan y representan en el mas augusto de nuestros sacramentos y misterios.

Podria creerlo el mundo? ¿Se hubiera tenido por posible que un pobre jornalero sin amparo, sin letras, sin padres, destinado á abrir pozos y bodegas en Madrid en las casas que le necesitaban, habia de ser venerado con tanto aprecio, visitado su sepulcro de tantas gentes y honradas sus imágenes en nuestros altares? Pero el Señor le miraba desde el cielo y se complacia en su humildad: favorecia sus trabajos y le ensalzaba ya en su mismo abatimiento, obrando milagros para que llevase adelante sus empresas y consiguiese concluir felizmente sus obras. Su sencillez, su candor y su virtud le hacian amable á cuantos le trataban; y el caballero Vera se tuvo por dichoso en tomarle para criado de su labranza. Conoció bien que un buen cristiano

es un criado fiel, cuidadoso, diligente y que mira la hacienda de sus amos con el esmero y con el interes que enseña la religion, y que en preferir á un jóven de esta clase logra un bien incalculable el amo; pero no conoció todo el precio y valor de Isidro. Advirtieron todos que la hacienda de Vera, sus yuntas y ganados desde que estaban al cuidado de Isidro, estaban en mejor estado que las tierras y ganados de los demas, y esto mismo sirvió de pretexto á la envidia para que acusasen á Isidro de negligente y descuidado, y tratasen de indisponerle con sus amos. ¿Qué tiene que temer el justo que adora con humildad á su Dios, si Dios mismo es su defensa y le lleva sobre sus manos? Fué el amo á observar las operaciones de su criado, y le halló postrado de rodillas orando, sin que dejasen los bueyes de hacer la labor como si fuesen dirigidos por la mano mas diestra. Desde entónces vivió con tranquilidad y hasta venerado de su amo, que conoció y admiró su virtud. Pero no son pacíficos los dias del hombre sobre la tierra, y la serenidad suele ser el anuncio de la tormenta que se aproxima. No es este el lugar del descanso, pero lo es de ejercitar en todas partes y en todo tiempo la virtud. La entrada del feroz Alí, rey de los almoravides, despues de la muerte del valiente Alfonso, en el reino de Toledo, y su llegada á Madrid, vino á turbar el reposo cristiano de Isidro en casa de sus amos, y sintiendo los daños que se irrogaban á la religion por aquellos bárbaros, se retiró á Torrelaguna, donde tenia algunos parientes. Allí se puso á servir, y no fueron pocos los disgustos que le hicieron sufrir, pero todo lo llevó con paciencia y humildad. No mudó de costumbres, sino que seguia en sus prácticas de devocion. Los santuarios de Torrelaguna y muy especialmente la ermita de nuestra Señora que hoy se llama *de la Cabeza*, recibieron sus suspiros, sus lágrimas, sus fervorosas oraciones, y fueron testigos de su devocion, de sus ardientes afectos, de la frecuencia con que recibia los santos sacramentos, de sus ejercicios de piedad que se recuerdan hasta nuestros dias.

Tomó en Torrelaguna el estado del matrimonio, como el mas conveniente á su oficio y á su clase. Vos, Señor, vos sabeis bien, y yo debo publicarlo para ejemplo de mis oyentes, cuán léjos estuvo de esta determinacion el fuego de una concupiscencia desenfrenada, el amor á los deleites sensuales y el ansia de una dote pingüe. Vos sabeis bien, que ni la hermosura, ni

las riquezas, ni las miras ni consideraciones terrenas tuvieron parte en su resolucion. Acudió á Dios, le pidió el acierto, tomó el consejo del director de su conciencia y se unió santamente á una doncella pobre, honesta y virtuosa con los vínculos del matrimonio y los del amor puro y santo.

El casado divide sus atenciones entre Dios y su consorte, y ¿cuántas veces el estado santo del matrimonio suele ser el principio de una vida relajada, corrompida y licenciosa? ¿Cuántas veces en el dia del matrimonio se abren el hombre y la mujer una puerta para pecar con mas licencia y ménos temor? ¿Cuántas veces, rompiendo en el mismo dia del matrimonio los diques de la obediencia á los padres, corren el hombre y la mujer, á la manera de un torrente, á la disolucion y el libertinaje, llevando en su frente erguida y su aire descompuesto la señal pública de su desenvoltura y liviandad? San Isidro, léjos de separarse de Dios por el matrimonio, se le une mas y mas, y si recibe del Señor una esposa, es para devolvérsela santa, como la venera la iglesia; para confirmarla en las máximas y el amor, no de los placeres, del lujo, de las diversiones, sino de la humildad, de la pobreza, de la justicia, de la misericordia, de la castidad, de todas las virtudes: para hacer en su compañía y con su ayuda mas frecuentes y fervorosas sus oraciones.

No puedo detenerme á manifestar aquella vida de ángeles sobre la tierra que tuvieron en su matrimonio estos dos esposos, de quienes podemos decir que ambos eran justos, y que caminaban por la ley del Señor sin impaciencia ni queja: aquel esmero en criar á su hijo único y dirigirle por las sendas de la religion desde sus principios; aquel voto mutuo de guardar castidad. Pero no apartemos nuestra atencion del fin que me he propuesto, de su humildad, que era el móvil de sus obras y lo que tanto ha engrandecido sus merecimientos.

Cuidadoso de atender al sustento de su familia por medios lícitos y honrosos, tomó una casita proporcionada en Caraquiz, arrendando algunas tierras, que con la heredad que llevó en dote su esposa María, les daban lo suficiente para vivir de su cuenta y con su trabajo. Concluído el arriendo, hizo otro con el caballero Iban de Várgas, residente en Madrid, y pasaron á vivir á Talamanca, villa situada en la ribera del Jarama. No abandonaban los dos esposos sus prácticas devotas, ni María dejaba de atender al aseo de la ermita y cuidado de encender

la lámpara en honor de la Reina de los ángeles. Iban de Várgas los trajo despues á su casa en Madrid junto á la iglesia de san Andres, y posteriormente quiso que se trasladasen á una casa de campo que poseía en las inmediaciones de esta misma villa. En medio de tantas alternativas para ganar el pan con el sudor de su rostro, ¿creereis que se queja de su poca fortuna y su desgracia en el mundo? ¡O heróica humildad propia verdaderamente de un santo! El cuidado solo de sus devociones y el de madrugar para oir la misa ántes de ir al trabajo, es lo que ocupa su pensamiento. Sabidas son las quejas que se dieron á Iban de Várgas del descuido y falta de trabajo de Isidro á título de una indiscreta devocion; y lo es tambien la paciencia y humildad de Isidro á las molestas reprensiones de su amo, así como la vision celestial con que manifestó á Várgas el Señor la inocencia de su criado, y con que se desengañó y confesó que el Señor protegia y velaba visiblemente á su siervo y á su hacienda. Sabido es el modo milagroso con que refrigeró su sed, haciendo que al golpe de su ahijada brotase de una piedra una fuente de agua saludable y cristalina, que dura hasta hoy y ha sido la medicina de muchos enfermos que la han bebido con confianza en la intercesion de san Isidro.

Contento en su pobreza, en su oscuridad, en un estado que el mundo llamaria desgraciado, gobernaba su casa con una admirable economía, sin pasar jamas los límites de la frugalidad y la templanza. Su oracion era continua aun en el mismo trabajo, como ya he dicho; sus recreos, el cántico del Ave María, en vez de esas canciones indecentes que por desgracia han penetrado ya hasta las mas remotas montañas; sus ansias, el que Dios fuese honrado, y á este fin, comunicando sus deseos y su pensamiento á algunos vecinos y amigos, fundó la cofradía del Santísimo Sacramento en su parroquia de san Andres; y sus limosnas ¿se podrian esperar de un pobre criado de labor? Sus limosnas tan abundantes, que no dejan lugar de duda para creer que fueron milagrosas. Llegó á pedir un pobre en ocasion que su mujer no hallaba que dar: no tienes confianza, la dijo el santo, anda, vuelve á buscar con mas fe y encontrarás que dar. Así fué, porque de repente se llenó la casa de una prodigiosa abundancia.

Caminando de virtud en virtud llegó á una edad avanzada, viviendo en Madrid en la habitacion que le dejó en su casa su

reconocido amo Iban de Várgas, y consintió para dedicarse mas libremente al servicio de Dios, en que su esposa María se trasladase á la casa de Caraquiz á tener una vida solitaria y consagrada á honrar á María santísima.

Desprendido ya de todos los cuidados de la tierra, puso toda su atencion en el cielo y en enriquecer su alma con cuantos ejercicios de piedad estaban á su alcance. Quiso el Señor probarle y acrecentar su virtud y sus merecimientos, enviándole una grave y penosa enfermedad, y vió sin susto acercársele la muerte que miró como el principio de las divinas recompensas. Recibió con fervor y con un ejemplo que edificó los santos sacramentos, y con un semblante sereno y apacible murió santa y pacíficamente con la muerte preciosa de los justos. Su hijo y su esposa, que vino á asistirle durante su enfermedad, no quedaron dueños de copiosos caudales ni ricas pertenencias; pero les dejó una herencia infinitamente superior : los ejemplos de su humildad y de sus virtudes ; aquellos tesoros que ni corrompe el tiempo ni roe la polilla.

Numerosa concurrencia , grande exterioridad y aparato, ved ahí lo que forma los funerales de los grandes y ricos del mundo ; pero las exequias de este humilde labrador de Madrid ofrecen un espectáculo mas digno, mas noble, mas grandioso, mas edificante y mas capaz de enternecer. Millares de pobres socorridos por su mano, testigos de todas partes y de todas edades que han presenciado y admirado sus virtudes, corren á la parroquia de san Andres á llorar la pérdida de su comun bienhechor, á publicar las limosnas y virtudes que su humildad habia ingeniosamente ocultado, á encomendarse á él y llamarle públicamente El Santo.

Los milagros que el Señor obraba con los que honraban su sepulcro, divulgaron por toda España su santidad. Se dispuso colocar sus reliquias en un sitio mas honroso y distinguido, y el santo cuerpo apareció íntegro é incorrupto, exhalando una fragancía celestial despues de haber estado enterrado por espacio de cuarenta años, y lo mismo se conserva hoy despues de mas de siete siglos. El rey Felipe III recibió milagrosamente la salud por su intercesion. El cuerpo del santo fué llevado con la mayor pompa al mismo cuarto del rey, enfermo en Casarrúbios del Monte, y á su presencia se puso enteramente sano. Mas de seis mil personas á caballo y con hachas encendidas acompañaban á la caja del cuerpo del santo á su vuelta á Madrid, y jamas se ha hecho un recibimiento mas suntuoso á monarca alguno, que el que se hizo á este pobre labrador. El papa Paulo V publicó la bula de su beatificacion, y despues el papa Gregorio XV á instancias del rey Felipe IV, le canonizó solemnemente, declarando á este pobre criado de servicio por ciudadano del cielo, patrono de Madrid y protector especial de todo el reino de España. Los reyes se han esmerado en levantar en su honor magníficos templos, y los pueblos y los hombres de todas clases y condiciones le veneran con la mayor piedad y devocion, y buscan su amparo en sus necesidades. Lo dijiste, Señor, y así es : que el que se humilla será ensalzado.

Hermanos mios, en todo mi discurso no he procurado sino haceros amable la humildad, y daros una leccion práctica de esta virtud en la vida de san Isidro, á quien nada podreis ofrecer mas agradable que la práctica de la misma humildad. La humildad es el cimiento de toda justificacion, y cuanto edifiqueis sobre otro, lo construís sobre arena y sobre polvo. La humildad es la virtud que mas frecuentemente nos recomendó Jesucristo : aprended de mí, nos dice, no á edificar los cielos y la tierra, no á sanar enfermos y á obrar todo género de milagros, sino á ser humildes y mansos de corazon. ¿Qué seria del muudo si los hombres todos se resolviesen á vivir como san Isidro, contentos con su estado y con aquellos bienes que el Señor les da? ¿Se verian las discordias, los pleitos y las guerras que nos devoran? Busquemos el orígen de todas nuestras desgracias, y hallarémos que no es otro que esa soberbia sin término, ese deseo de querer ser todos iguales, que se establece como principio y se quiere reducir á la práctica sin perdonar medio lícito ni ilícito.

Entended vuestro propio bien, hermanos mios; no os dejeis alucinar de esa falsa brillantez del mundo, de sus honores, sus distinciones y sus grandezas. ¿Quereis ser ensalzados y gozar de la verdadera grandeza? Pues sed humildes : contentaos con el estado en que Dios os ha puesto, y en él hallaréis los medios para conseguir la salvacion de vuestras almas, que es lo que únicamente os interesa.

Artesanos, labradores y jornaleros, alegraos y consolaos de la degradacion en que apareceis á los ojos del mundo. Entre vosotros es donde por lo comun habita la pureza, la sencillez y

la virtud, que huye de los suntuosos palacios y se complace en residir en vuestras pobres casas : no envidieis á los que vivan en la opulencia y la riqueza : acaso su misma riqueza les quita el sosiego y el descanso; acaso su corazon y su conciencia están sin reposo ni tranquilidad en medio de la abundancia : acaso al fin de su carrera, que siempre será corta, su dinero será su perdicion. Sed humildes, resignados, obedientes sin murmuracion ; y si el mundo os tiene por necios é insensatos, los mundanos conocerán algun dia que os hallais entre los hijos de Dios, y contados en el número de los santos, y que ellos erraron miserablemente, sin que les sirva de nada ni la soberbia, ni las riquezas, ni los placeres que gozaron. Sed humildes y sereis al fin ensalzados y llenos de gloria como san Isidro.

¡Glorioso santo, honor de nuestra patria! Mirad desde lo alto de los cielos á la villa y corte de Madrid, que santificasteis con vuestra presencia y vuestros ejemplos, y á este reino de que sois protector. No se oigan ni publiquen mas los escritos y dogmas de la impiedad y la irreligion en el centro del catolicismo, no se destruyan ni despojen los templos del Señor, no sean perseguidos sus ministros. Á vos como protector toca mover al Señor, para que haga desaparecer de nuestro suelo, tan fértil de santos, todo lo que sea irreligion, irreverencia, inmoralidad y escándalo. A vos toca interceder con el Señor para que florezcan las virtudes; reine la paz y con ella el buen órden y el sosiego, para servir á Dios mas libremente cada uno en su estado. Interceded muy especialmente por este pueblo y por todos los devotos que os ofrecen estos obsequios religiosos. Alcanzadles la salud de sus personas y familias, la conservacion de sus bienes, la fertilidad de sus campos, el acierto en sus negocios. Pedid en fin y alcanzad para todos, y mas que todas las cosas, la gracia de ser humildes, para merecer tambien ser ensalzados. Amen.

SERMON

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE NUESTRA SEÑORA.

(DE SANTANDER.)

Benedictus tu... et benedictus fructus ventris tui.

Deuteron. c. 28. *v.* 3 *et* 4.

Bendito seas tú, y bendita sea tu familia. Estas son las palabras que nuestro gran Dios eterno y adorable mandó decir á Moises sobre todos los que observasen sus santos y divinos mandamientos. Despues que llenó de terror y espanto á su pueblo hebreo con las formidables maldiciones que fulminó contra los transgresores de sus leyes : despues que les dijo que serian malditos en sus cuerpos y en sus familias : malditos en sus casas, en sus campos, en sus haciendas y ganados; y malditos con toda suerte de maldiciones, de hambres, pestilencias, calumnias, esterilidades, cautiverios y afrentas, por no haber obedecido á su voz y practicado sus preceptos, pasa á intimar las bendiciones que descenderán sobre aquellos hombres ilustres que venciendo al mundo, al demonio y sus pasiones, se hicieren agradables á sus ojos con la observancia de su divina ley. Sereis benditos en la ciudad, y benditos en el campo, benditos en vuestras trojes y en vuestros ganados : abrirá Dios sus tesoros sobre los frutos de vuestras tierras y vuestras casas : vendrán unos temporales oportunos y felicísimos para vuestras cosechas, y se multiplicará prodigiosamente vuestra descendencia : en suma, sereis benditos en vuestras personas y benditos

la virtud, que huye de los suntuosos palacios y se complace en residir en vuestras pobres casas : no envidieis á los que vivan en la opulencia y la riqueza : acaso su misma riqueza les quita el sosiego y el descanso; acaso su corazon y su conciencia están sin reposo ni tranquilidad en medio de la abundancia : acaso al fin de su carrera, que siempre será corta, su dinero será su perdicion. Sed humildes, resignados, obedientes sin murmuracion ; y si el mundo os tiene por necios é insensatos, los mundanos conocerán algun dia que os hallais entre los hijos de Dios, y contados en el número de los santos, y que ellos erraron miserablemente, sin que les sirva de nada ni la soberbia, ni las riquezas, ni los placeres que gozaron. Sed humildes y sereis al fin ensalzados y llenos de gloria como san Isidro.

¡Glorioso santo, honor de nuestra patria! Mirad desde lo alto de los cielos á la villa y corte de Madrid, que santificasteis con vuestra presencia y vuestros ejemplos, y á este reino de que sois protector. No se oigan ni publiquen mas los escritos y dogmas de la impiedad y la irreligion en el centro del catolicismo, no se destruyan ni despojen los templos del Señor, no sean perseguidos sus ministros. Á vos como protector toca mover al Señor, para que haga desaparecer de nuestro suelo, tan fértil de santos, todo lo que sea irreligion, irreverencia, inmoralidad y escándalo. A vos toca interceder con el Señor para que florezcan las virtudes; reine la paz y con ella el buen órden y el sosiego, para servir á Dios mas libremente cada uno en su estado. Interceded muy especialmente por este pueblo y por todos los devotos que os ofrecen estos obsequios religiosos. Alcanzadles la salud de sus personas y familias, la conservacion de sus bienes, la fertilidad de sus campos, el acierto en sus negocios. Pedid en fin y alcanzad para todos, y mas que todas las cosas, la gracia de ser humildes, para merecer tambien ser ensalzados. Amen.

SERMON

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE NUESTRA SEÑORA.

(DE SANTANDER.)

Benedictus tu... et benedictus fructus ventris tui.

Deuteron. c. 28. *v.* 3 *et* 4.

Bendito seas tú, y bendita sea tu familia. Estas son las palabras que nuestro gran Dios eterno y adorable mandó decir á Moises sobre todos los que observasen sus santos y divinos mandamientos. Despues que llenó de terror y espanto á su pueblo hebreo con las formidables maldiciones que fulminó contra los transgresores de sus leyes : despues que les dijo que serian malditos en sus cuerpos y en sus familias : malditos en sus casas, en sus campos, en sus haciendas y ganados; y malditos con toda suerte de maldiciones, de hambres, pestilencias, calumnias, esterilidades, cautiverios y afrentas, por no haber obedecido á su voz y practicado sus preceptos, pasa á intimar las bendiciones que descenderán sobre aquellos hombres ilustres que venciendo al mundo, al demonio y sus pasiones, se hicieren agradables á sus ojos con la observancia de su divina ley. Sereis benditos en la ciudad, y benditos en el campo, benditos en vuestras trojes y en vuestros ganados : abrirá Dios sus tesoros sobre los frutos de vuestras tierras y vuestras casas : vendrán unos temporales oportunos y felicísimos para vuestras cosechas, y se multiplicará prodigiosamente vuestra descendencia : en suma, sereis benditos en vuestras personas y benditos

en vuestra familia : *Benedictus tu... et benedictus fructus ventris tui, et fructus terræ tuæ.* Por poco que se hayan registrado las divinas Escrituras se habrá advertido que Abrahan, Isaac, Jacob, José, Tobías y otros hombres heróicos del antiguo Testamento, fueron ejemplares ilustres de esta verdad. Todos los admiramos benditos por la omnipotente mano de Dios en sus personas y en sus familias, en sus casas y en sus haciendas, en la tierra y en el cielo.

Miradlo bien, señores; y acaso no hallaréis otro patriarca en quien mas á la letra se haya verificado esta apetecible bendicion del Señor que en el incomparable san Joaquin, en cuyos cultos nos ocupamos : obediente á la voz de su Dios y Señor, fiel observador de sus preceptos, conforme en todo con sus adorables disposiciones, y entregado religiosamente á la direccion de la voluntad divina, experimentó sobre sí mismo un cúmulo de misericordias del Altísimo, que le hicieron agradable á los divinos ojos, y halló en su familia una fuente perenne de felicidades, que colmaron su memoria de bendicion por toda la dilatada serie de los siglos : *Benedictus tu.... et benedictus fructus ventris tui.*

Aquí teneis ya declarado todo mi pensamiento, y abiertos los cimientos para levantar el edificio del elogio del glorioso patriarca san Joaquin, digno esposo de santa Ana, verdadero padre de María santísima, y abuelo de Jesucristo Dios y Hombre verdadero. ¿No es verdad que al pronunciar estas palabras ya se concibe en el espíritu un grande aprecio y una estimacion singular de este hombre admirable, que mejor que Obededon tuvo en su casa la verdadera Arca del Testamento, que encerró en su seno aquel maná celestial que contiene todos los sabores, que produce todas las gracias y promueve todas las virtudes? ¿No es cierto que al nombrar á san Joaquin se nos representa vivamente en el alma aquel rico y afortunado mercader, en cuya casa como en puerto seguro ancló aquella dichosa nave, cargada de un pan y vino misteriosos : pan de los ángeles, que bajó del cielo y da vida al mundo, y vino que engendra vírgenes? Pero dejemos símbolos y sombras. ¿No es cierto que al nombrar á san Joaquin formamos luego la idea de un niño inocente, de un jóven puro, de un casado fiel, de un padre dichoso, de un abuelo incomparable, de un santo, digámoslo de una vez, bendito en su persona y bendito en su

familia? Sin duda alguna, señores : esta idea luego se forma; pero su demostracion pide tiempo, pide estudio, pide atencion, y pide gracia. Pidámosla á Jesucristo por la intercesion de su madre María santísima, á quien saludamos diciendo : *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Si las bendiciones de que fué colmada la persona de san Joaquin fueran de la clase de aquellas que Dios con larga mano reparte sobre los justos é injustos, sobre los pecadores y los santos : si fueran de la naturaleza de aquellos dones con que el Altísimo, por unos juicios incomprensibles, favorece tal vez á sus mismos enemigos, y á los que siempre le ofenden, no sería tan apreciable como vais á oir la bendicion dada á san Joaquin en su persona. No vengo pues á hablar de la nobleza, de las riquezas, de la salud, de la ciencia, de la hermosura ni de los demas bienes temporales que forman la engañosa felicidad de los miserables hijos de Adan. Verdad es que los bienes justamente adquiridos, debidamente administrados, y santamente expendidos, podrian hacer dichosos á sus poseedores; pero como esta sea una obra tan ardua y tan difícil, sirven comunmente para la eterna perdicion por la depravacion de nuestros corazones. La santa Escritura mira como una especie de milagro poseerlos sin pecado : *Si fueris dives, non eris immunis à delicto.* No, señores, no vengo á representaros la nobleza de san Joaquin, por mas que contase entre sus progenitores los capitanes mas famosos, los reyes mas grandes, los patriarcas mas irreprensibles. Bien podia este santo presentar una genealogía tan ilustre, que ningun mortal le excediese, pero sabia que su santo padre David, inspirado de Dios habia dicho : ¿qué utilidad me trae mi nobleza, cuando la busco entre la corrupcion y el polvo (1)? Tampoco os hablaré de sus caudales, de la reputacion que habia adquirido en su pueblo, ni de los empleos distinguidos que en él habia obtenido. Todo esto lo pudiera tener aun cuando hubiera sido un enemigo de su Dios, un hombre perverso, un azote de sus compatriotas, un réprobo y condenado. No es justo llamar bendiciones á unos bienes de

(1) *Psalm*, 29. *v.* 10.

tan corta duracion y de una naturaleza tan inconstante y deleznable. Los bienes de que yo hablo, las bendiciones con que el Altísimo dotó la persona de san Joaquin, son de un órden superior, de un carácter muy sobresaliente y de una naturaleza soberana : son unos bienes espirituales, divinos, eternos. Mirad, amados mios, á san Joaquin, y vereis un hombre humilde en medio de la opulencia de su casa, que mira sin orgullo las sumisiones de sus criados, el respeto que le tributan sus vecinos, y que circulando en sus venas la noble sangre de tantos reyes, no se ensoberbece, sino que se considera como un hermano de sus vecinos, como un hombre semejante á sus criados, y que en su nacimiento y en su muerte será en todo igual á ellos. Miradle bien, y le vereis como un hombre en todo obediente á su Dios, conforme con sus adorables disposiciones, resignado en su divina voluntad, y que lleva con paciencia el oprobio con que en aquellos tiempos era mirada la infecundidad. Mirad bien á san Joaquin, y veréis un hombre religioso para con su Dios, á quien ofrecia parte de sus caudales para la reparacion de su templo, para el sustento de sus ministros, para las víctimas y sacrificios : un hombre caritativo con sus prójimos, con quienes reparte de aquellos mismos bienes con que le habia enriquecido la divina Providencia : un hombre mortificado en sus pasiones, sin que permitiese á alguna los desahogos injustos, que son la causa de tantos desórdenes y miserias en el mundo. Miradle, vuelvo á decir, señores, y le veréis como un marido fiel que ama tiernamente á su mujer santa Ana, que la guarda la fidelidad prometida, que la procura todo su bien; que mantiene con ella la mas imperturbable union y buena armonía, sin haber entre los dos mas que una voluntad, un mismo corazon, una sola alma. Miradle como á un amo prudente que estima á sus criados, que no les trata con imperio ni con despotismo, que les provee en sus necesidades, que les paga puntualmente sus salarios, y les edifica con su ejemplo y sus costumbres. Miradle como un buen vecino, como un hombre de bien, amable á Dios y á los hombres por su candor, su veracidad, su aplicacion y su caritativa liberalidad. Digámoslo en pocas palabras, aplicándole con la mayor propiedad las que el Espíritu santo dijo de Zacarías y de santa Isabel, sus sobrinos (1) : Eran ambos, esto es, san Joaquin y

(1) *Erant autem justi ambo ante Deum, incedentes in omnibus mandatis, et justificationibus Domini sine querela. Luc. c. 1. v. 6.*

santa Ana, justos y santos delante de Dios, observando los preceptos de la divina ley que el Señor habia dado á su pueblo. Ambos se dedicaban á la oracion con frecuencia, ambos ayunaban con frecuencia, ambos lloraban los desórdenes del mundo con frecuencia, y ambos pedian á Dios con un corazon recto y sencillo la venida del Mesías, y la redencion de todo el linaje humano : *Erant justi ambo ante Deum*. De suerte que como Dios hubiese visto, dijo un ángel á santa Brígida, todos y cuantos matrimonios consumados, santos y honestos ha habido desde la creacion del mundo hasta el último que se hiciese, ninguno vió semejante al de san Joaquin y santa Ana, ó de tanta caridad divina y honestidad; y por eso determinó que se formase el cuerpo de su castísima Madre de este santo matrimonio.

Reflexionad, cristianos mios, un poco sobre estas admirables palabras del ángel á santa Brígida, y veréis qué cúmulo de virtudes tan heróicas y sublimes se descubren en el alma de san Joaquin. ¡Qué matrimonio tan santo el de Adan y Eva, hecho inmediatamente por el mismo Dios! Qué matrimonio tan fiel el de Noé y su mujer Noema! Qué puro el de Abrahan y Sara! Qué justo el de Isaac y Rebeca! Qué amable el de Jacob y Raquel! Qué irreprensible el de José y Asenet! Qué perfecto el de Moises y Séfora! Qué venerable el de Zacarías é Isabel! Pero todos estos y cuantos otros matrimonios nos refiere la santa Escritura, no tienen comparacion, por mas santos y justos que se nos representen, con la santidad y perfeccion del matrimonio de san Joaquin y santa Ana. ¡Válgame Dios, amados mios, y qué oportunas reprensiones nos ofrece este matrimonio tan feliz, contra tantos infelices matrimonios de nuestro tiempo! Aquí vemos un matrimonio pacífico, que condena las inquietudes y las desavenencias domésticas de tantos matrimonios de nuestros dias. Vemos un matrimonio casto, que censura las acciones inmodestas, las libertades ilícitas que se toman no pocos casados ignorantes de la honestidad de su estado. Vemos un matrimonio fiel, que detesta las criminales entregas de los consortes en ajenos brazos. Vemos en fin un matrimonio ejemplar y edificante, que abomina los malos ejemplos y detestables escándalos que se advierten en no pocos matrimonios del presente siglo. Diréis acaso que esto no era extraño en ellos, porque ambos eran justos, y se hallaban abundantemente provistos de

bienes temporales, y sin aquellas incomodidades y trabajos que en vosotros son tan frecuentes, y os causan tantos enojos y disgustos. Verdad decis, amados mios, en lo primero; pero vivis equivocados en lo segundo. Es cierto, y lo vuelvo á confesar, que ambos eran buenos, ambos eran justos en la presencia de Dios: *Erant justi ambo ante Deum.* San Joaquin y santa Ana cumplian con los preceptos de la ley y las obligaciones de su estado; pero ambos padecieron una de las mas grandes tribulaciones que en aquel tiempo podian experimentar. Escuchadme. Como Jesucristo es la gloria de la naturaleza humana, no hay persona que no desee pertenecerle, los cristianos somos sus hermanos segun el espíritu: los judíos eran sus padres, segun la carne. Y aunque este último parentesco sea inútil si falta el primero, no dejaba sin embargo de ser sumamente considerable. Por eso fué tan poco estimada la virginidad en el pueblo hebreo, porque siendo estéril venia á excluirse necesariamente de la alianza ó parentesco del Mesías que esperaban. Todos los patriarcas se tuvieron por felices en ser ascendientes ó progenitores de Jesucristo; y los que entre ellos fueron mayores santos, como Abrahan y David, recibieron del cielo las mas aseguradas promesas de que su Majestad habia de nacer de su linaje. *In semine tuo benedicentur omnes gentes*, dijo Dios al patriarca Abrahan. Toda la tierra será llena de bendiciones por tu descendencia; en lo que entiende el Apóstol á Jesucristo nuestro salvador y maestro. *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*, dijo tambien David, asegurándole que entre sus hijos se contaria el Mesías que algun dia habia de reinar en Jerusalen. Por esta causa se miraban como afrentados en aquel pueblo los casados que no tenian sucesion, por mirarse excluidos de estar en la genealogía del Mesías, y tal vez eran públicamente insultados de los atrevidos al presentarse en el templo con sus ofrendas, como la sucedió á Ana, madre del profeta Samuel, con su émula Fenena; y á este modo les acontecia á san Joaquin y santa Ana, que iban como corridos y avergonzados al templo por falta de sucesion: *Et non erat illis filius, eo quod ambo processissent in diebus suis.* ¿Os parece, señores, pequeña tribulacion esta? Miradlo por sus efectos.

Sepáranse por unos dias de mutuo consentimiento aquellos dos santos casados para vacar á la oracion. Retírase san Joaquin á un monte cercano á su pueblo, y santa Ana á un huerto de

su casa; y humillados hasta el polvo en la presencia de Dios, le suplican les consuele dándoles sucesor á su casa, heredero de su hacienda, y báculo de su vejez. Vos Señor y Dios altísimo, dirian, nos habeis colmado de bienes temporales: vos nos habeis hecho nacer en medio de vuestro pueblo israelítico: nuestra familia es la mas noble de toda esta nacion ilustre que espera vuestra venida, como tambien nosotros la esperamos. Pero ay! ¿qué es lo que nos sucede? Nosotros no tendremos la dicha de entrar en el número de los progenitores del Mesías: ya somos ancianos, y en breve moriremos llenos de oprobio al considerar que nuestra herencia pasará á manos ajenas, y que nuestra casa la poseerán los extraños. ¡Dichosa aquella mujer, diria santa Ana, que ha de tener en su vientre y en sus brazos á la madre de aquel Señor que ha de salvar á Israel! ¡O si yo mereciera ser una de sus esclavas! Pero ay! ¡que siendo yo en mi juventud á quien glorificaban los jóvenes de la tribu de Judá, estimando mi mano como un don precioso del cielo, ya me veo despreciada! Todos me miran cubierta de ignominia por mi esterilidad, y nome queda otro consuelo que el llanto. Oculta en este huerto acabaré mi vida entre mis lágrimas, si vos no me socorreis (1). Pondré mis labios sobre la tierra, diria san Joaquin, y esperaré al deseado de las gentes con silencio: me sentaré solitario, y callaré, elevando mi alma sobre lo terreno. ¡Felices los padres y abuelos del Salvador. ¡Dichosos los ojos que le verán! Yo no lo merezco: bástame pedir en silencio al cielo su venida. ¡Ay de mí, exclamaria santa Ana, en cuánta dicha me ví, y en cuánta ignominia me veo! Miradme, Señor, con misericordia, despachad favorablemente mi peticion, y no desampareis á quien desde la vileza de su nada os invoca, y en vos espera: *Vide, Domine, et considera, quoniam facta sum vilis.*

¿No veis, amados mios, la grande tribulacion en que se vieron aquellos dos casados? ¿No los veis humillados delante de Dios, y atribulados delante de los hombres, regando con lágrimas sus venerables rostros, y pidiendo el auxilio oportuno para lo grande de su dolor? Pero como Dios nuestro Señor se complace en escuchar las oraciones de los humildes, les concedió aun mas de lo que pedian, haciéndolos no solo benditos en sus personas por el aumento de gracias con que adornó sus almas, y

(1) *Thren c. 1. v. 8.*

las heróicas virtudes que practicaron, como lo hemos visto hasta aquí en toda esta primera parte; sino benditos en su familia, constituyéndolos padres de María santísima y abuelos de Jesucristo, como vamos á oir inmediatamente en esta

PARTE SEGUNDA.

Con efecto, señores, aparece un ángel á san Joaquin, le manda volver á la compañía de su santa esposa Ana, y le certifica de parte del mismo Dios que era elegido para la mayor dignidad á que jamas habia llegado mortal alguno, y para ser el mas cercano progenitor de Jesucristo, en quien serian benditas todas las gentes. Esta es la verdad eterna que muchos siglos ántes habia pronunciado el profeta Isaías, y que se verificó con la mayor evidencia en el incomparable san Joaquin. Yo, dice el Señor, que humillo y ensalzo á mis criaturas: que las reduzco al estrecho y al mayor apuro para que resplandezcan en ellas las bendiciones y gracias con que adorno sus personas: yo que las levanto de sus miserias cuando me agrada, para mayor gloria y honra suya y de todos sus descendientes: yo despues de haber humillado á mi siervo Joaquin para purificar sus virtudes, derramaré mi espíritu sobre su familia; concebirá Ana, su mujer, y le parirá una hija la mas santa entre todas las criaturas, la mas pura entre todas las vírgenes, la mas bendita entre todas las mujeres, la que será digna madre de su mismo Criador: *Effundam spiritum meum super semen tuum, et benedictionem meam super stirpem tuam* (1). Aquí teneis ya la bendicion de Dios que obra lo que dice, á diferencia de las bendiciones de los hombres que no producen los efectos que desean. Los hombres cuando bendicen á otros hombres, solamente les confieren unas bendiciones de deseos ó de palabras; pero Dios con su bendicion colma de bienes verdaderos á sus criaturas.

Siendo esta una verdad indisputable, ¿quién podrá ponderar dignamente el gozo de san Joaquin cuando viese en sus brazos á su hija María santísima? ¡Qué lagrimas tan dulces derramaria aquel venerable anciano! ¡Qué expresiones tan tiernas la diria! ¡Con qué respeto y veneracion la miraria viéndola predestinada para hija del eterno Padre, para madre del eterno Hijo, y

(1) *Isai. c. 44. v. 3.*

para esposa del eterno Espíritu santo! Ó! y cómo el santo exclamaria: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi!* Dichosos mis trabajos! Dichosa tribulacion, que ha sido recompensada con premio tan superabundante! Si por una sola vez que visitó la Vírgen á santa Isabel, su parienta, exclamó llena de admiracion: ¿De dónde á mí un favor tan singular, que la madre de mi Dios y mi señor me venga á visitar! ¡qué efectos de admiracion tan admirables se verificarian en el alma de este santo patriarca, que dió el ser natural á la Vírgen, que dió la vida á la Vírgen, que tenia en sus brazos á la Vírgen, que alimentaba á la Vírgen, y estaba á todas horas con la Vírgen? ¿Quién hallará palabras bastantemente expresivas para significar el gozo de este santo cuando instruía á su niña en el temor y santo amor de su Dios, en la caridad con el prójimo, en la humildad, en la mansedumbre, en la castidad y en todos los demas preceptos de la ley? ¡Qué alegría la de ver á su niña tan adelantada en el conocimiento de Dios, tan obediente á sus mayores, tan pura en sus costumbres, tan dulce en su trato, tan llena de candor y santidad! Agradable espectáculo á Dios, á los ángeles y los hombres se manifestaba esta preciosa niña cuando sus padres, cumpliendo el voto que habian hecho, la ofrecieron al templo santo, venciendo las ternuras de la naturaleza con el mas admirable aunque doloroso sacrificio. Recíbela en nombre de Dios el sumo sacerdote, y la entrega á la profetisa Ana, para que la eduque en compañía de las otras honestas doncellas, que se criaban bajo su acertada direccion.

Suponed que las otras niñas conducidas de la curiosidad, ó atraídas del amable trato, de la agradable presencia y dulcísima modestia de esta nueva compañera, le preguntan á su maestra: *Quæ est ista?* Quién es esta? Y que su maestra ilustrada con el espíritu de profecía las responde: esta es una criatura á quien desearon ver los patriarcas, por quien suspiraron los profetas, y á quien esperaron todos los siglos: es una criatura la mayor de todas en el órden de los decretos eternos, destinada para producir en tiempo al que el Padre engendra en la eternidad, al deseado de las gentes, al verdadero Mesías, al Salvador de todo el linaje humano. *Quæ est ista?* Es una criatura concebida en gracia, exenta de toda culpa, y que desde aquel feliz momento en que fué preservada aparece con una plenitud de gra-

cias, de dones sobrenaturales, de hábitos infusos, y de virtudes heróicas, mayor que la de todos los ángeles del cielo y justos de la tierra. *Quæ est ista?* Es el compendio de las maravillas de Dios, la obra mas perfecta de la Omnipotencia, la gloria de Jerusalen, la medianera de la salvacion: es, en una palabra, la hija de san Joaquin y la madre que será de Jesus, nuestro Salvador. Entendeis esto? Pues si quereis comprender quién es esta niña destinada para madre, procurad saber primero quién es el hijo. Ó Dios inmortal! Qué lengua de hombres ó de ángeles podrá explicarlo! Es aquel Dios eterno y adorable, infinito é inmenso, santo, justo, purísimo y perfectísimo: aquel Dios poderosísimo, que con la fuerza de su palabra sacó de la nada esta admirable máquina del universo dando el ser á los cielos y á la tierra, y á cuantas criaturas abrazan en su seno: aquel Dios que provocado á ira por los pecados del mundo, inundó toda la tierra con un diluvio universal en los dias de Noé, hizo llover fuego del cielo para abrasar las ciudades nefandas en tiempo de Lot, y dividió las aguas del mar Rojo, para dar paso franco y seguro por medio de ellas á los israelitas, y sumergir á los egipcios con su rey Faraon, sus carros, sus caballos y sus tiendas: aquel Dios que premia al justo Abel, al obediente Abrahan, al inocente Isaac, al laborioso Jacob, al casto José, al paciente Job y al piadoso Tobías; y castiga visiblemente al fratricida Caín, incestuoso Amnon, al avaro Acab, al injusto Nabucodonosor, al impío Baltasar, al cruel Heródes, al rico sensual, y otros innumerables que nos manifiestan las divinas Escrituras: aquel Dios que llevado de su infinita caridad, viendo el mundo perdido por la propagacion lastimosa del primer pecado, descendió de los cielos á la tierra, para tomar nuestra humana naturaleza, y padecer y morir por el hombre. Pues este Dios y hombre verdadero es el Hijo de María santísima, el nieto de san Joaquin y santa Ana, á quien siguieron los apóstoles, imitaron los mártires, predicaron los confesores, confesaron las vírgenes, y en cuya conformidad se han de salvar todos los predestinados en la sucesion y serie de los siglos. Este es en fin aquel pastor amable que unió en un redil los dos rebaños judáico y gentil, y en quien serán benditas todas las generaciones: *Benedictus tu.... et benedictus fructus ventris tui.*

¿No es pues verdad, señores, que vemos bendito á san Joaquin en su persona con las heróicas virtudes de la humildad mas profunda, entre las elevaciones de su nobleza, de las riquezas de su casa, de la multitud de sus criados y del respeto que le tributan sus vecinos? ¿Bendito en su obediencia á los decretos eternos de aquel gran Dios, que no se engaña en sus disposiciones, y que todo lo obra fuerte y suavemente segun conviene y es justo? ¿Bendito en su caridad para con los pobres, á quienes largamente socorrió con sus bienes? ¿Bendito en su moderacion con los criados, en su amable trato con su esposa, en la fidelidad al santo matrimonio, en su paciencia en los trabajos, en su fe y religiosidad para con Dios y su templo? *Benedictus tu....*

Sí, señores. Todos vemos á san Joaquin bendito en aquel cúmulo de virtudes con que le dotó la mano liberalísima de nuestro Dios y Señor: en su oracion frecuente y fervorosa, en su mansedumbre inalterable, en su veracidad en las palabras, en su justicia en los tratos, en su modestia en las acciones y en sus costumbres piadosas y edificantes. *Benedictus tu....* Bendito en el cuerpo y bendito en el alma, lo fué tambien particularmente en su familia: *Et benedictus fructus ventris tui.* Bendito en el fruto dichoso de su santo matrimonio: fruto en quien no se descubre ni corteza amarga de actual malicia, ni medula maligna de original desórden: fruto bendito ántes de nacido, bendito despues que apareció en el mundo, y mucho mas bendito ahora en el cielo. Ó Vírgen santa! Ó Vírgen inmaculada! ¡Ó benditísima Madre de Dios, amparo de los hombres, reina de los ángeles, refugio de los pecadores, consuelo de los tristes, alivio de los atribulados, maestra de los justos, norma de perfeccion, modelo de toda virtud y dechado de santidad! Vos sois, Señora, el fruto bendito de vuestro santo padre Joaquin: vos que sois madre del deseado de las gentes, del Redentor del mundo prometido en la ley y en los profetas, del Hijo del eterno Padre, consustancial al mismo que le engendró en la eternidad, en unidad de la divina Esencia con el Espíritu santo, Dios por los siglos de los siglos: Vos, ó dulcísima vírgen María, con vuestro Hijo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, sois el fruto bendito de san Joaquin: en vos serán benditas las gentes, y de vuestras bendiciones participarán todas las criaturas en el cielo y en la tierra: *Et benedictus fructus ventris tui.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elevad, Señora, estos religiosos cultos que damos á vuestro padre san Joaquin, hasta el trono de la beatísima Trinidad, para que consigamos todos lo que afectuosa y humildemente pedimos, el perdon los pecadores, la perfeccion los justos, los pobres el socorro de sus necesidades, fecundidad los campos y los ganados, paz las familias, salud los cuerpos, y muchos aumentos de virtudes las almas; para que alabando las misericordias de Dios en la tierra con un corazon recto y agradecido, pasemos despues de nuestros dias á cantarlas eternamente en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Magna arbor et fortis... Folia ejus pulcherrima, et fructus ejus nimius.

Hé aquí un árbol grande y robusto; sus hojas son hermosísimas, y su fruto el mas delicado.

Daniel, c. 4. *v.* 8 *y* 9.

Donde quiera que abramos las páginas de la sagrada Escritura, hallamos pintada la santidad de los justos bajo las mas brillantes figuras. No hay comparacion por atrevida que parezca, no hay alegoría por sublime que sea, que no cuadre perfectamente á aquellos hombres que nacidos para Dios, vivieron en él por medio de una adhesion constante á sus divinos preceptos, y jamas se separaron de su divino beneplácito. « Bienaventurado, exclama David, el varon que no dejándose llevar de los consejos de los malos ni deteniéndose en el camino de los pecadores, ni asentándose en la cátedra pestilencial de los libertinos, tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y está meditando en ella dia y noche. Semejante al árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, dará su fruto en el debido tiempo; nunca se marchitarán sus hojas; todo cuanto hiciese tendrá próspero efecto (1). « El Justo, dice en otro lugar, será como una gallarda palma, y descollará cual cedro del Líbano.

(1) *Psalm.* 1. *v.* 1, 2 *et* 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Elevad, Señora, estos religiosos cultos que damos á vuestro padre san Joaquin, hasta el trono de la beatísima Trinidad, para que consigamos todos lo que afectuosa y humildemente pedimos, el perdon los pecadores, la perfeccion los justos, los pobres el socorro de sus necesidades, fecundidad los campos y los ganados, paz las familias, salud los cuerpos, y muchos aumentos de virtudes las almas; para que alabando las misericordias de Dios en la tierra con un corazon recto y agradecido, pasemos despues de nuestros dias á cantarlas eternamente en la gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JOAQUIN,

PADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Magna arbor et fortis... Folia ejus pulcherrima, et fructus ejus nimius.

Hé aquí un árbol grande y robusto; sus hojas son hermosísimas, y su fruto el mas delicado.

Daniel, c. 4. *v.* 8 *y* 9.

Donde quiera que abramos las páginas de la sagrada Escritura, hallamos pintada la santidad de los justos bajo las mas brillantes figuras. No hay comparacion por atrevida que parezca, no hay alegoría por sublime que sea, que no cuadre perfectamente á aquellos hombres que nacidos para Dios, vivieron en él por medio de una adhesion constante á sus divinos preceptos, y jamas se separaron de su divino beneplácito. « Bienaventurado, exclama David, el varon que no dejándose llevar de los consejos de los malos ni deteniéndose en el camino de los pecadores, ni asentándose en la cátedra pestilencial de los libertinos, tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y está meditando en ella dia y noche. Semejante al árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, dará su fruto en el debido tiempo; nunca se marchitarán sus hojas; todo cuanto hiciese tendrá próspero efecto (1). « El Justo, dice en otro lugar, será como una gallarda palma, y descollará cual cedro del Líbano.

(1) *Psalm.* 1. *v.* 1, 2 *et* 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Plantado en la casa del Señor, florecerá en los atrios de nuestro Dios. Aun cuando llegare á la vejez, no se marchitará su lozanía; lleno de vigor y robustez, se multiplicará prodigiosamente, y hará ver al mundo que el Señor Dios nuestro es justo y no hay en él sombra alguna de iniquidad (1).

Tal vez, católicos oyentes, no se hallará entre los santos otro á quien mas cumplidamente convengan estos misteriosos símbolos, y en quien mejor se vean realizadas estas sublimes alegorías que el ínclito san Joaquin, cuya festividad celebra hoy con tanto júbilo nuestra santa madre la iglesia. Yo lanzo una ojeada escudriñadora por ese Eden delicioso, mansion feliz de los predestinados: veo aquí y allí alzarse una multitud de justos que á manera de árboles frondosos y florecientes hermosean la celestial Jerusalen; pero al fijar mi vista en ese augusto patriarca, paréceme contemplar en él un cedro gigantesco, cuya cima se deja ver sobre la de los demas que dominan aquella mística montaña del Líbano. Semejante al árbol que en un sueño misterioso se presentara á la fantasía del rey Nabucodonosor, su copa parece tocar las estrelladas bóvedas del cielo, teniendo sus raíces entrañadas en lo mas profundo de la tierra. Sus hojas son de una hermosura que encanta la vista; su fruto es el mas delicado: y tan precioso y exquisito, que él solo ha bastado para alimentar á cuantos habitan el orbe.

No es, señores, una simple imágen la que os propongo aplicando á nuestro excelso patriarca san Joaquin la alegoría del árbol del libro de Daniel. ¿Quién examinando atentamente todas las circunstancias de la vida de este justo, no reconoce desde luego en él la realidad de este símbolo misterioso? Si investigamos su genealogía ilustre, ¿no le vemos descender de reyes, de capitanes, de sacerdotes, de patriarcas, de la familia en fin mas noble que conoció el universo? Su sangre era la sangre de David, su casa era la casa de Judá, su raza en fin era la raza escogida para dar á luz al príncipe de la paz y padre de los siglos venideros: *Arbor magna et fortis.* Si contemplamos sus virtudes, ¿no se presentan á nuestra vista su rara y consumada prudencia, su heróica resignacion, su humildad profunda, su fidelidad inalterable, su amor conyugal, su adhesion á la voluntad del Señor, como otras tantas hojas que embellecen ese arbusto

(1) *Psalm.* 91. *v.* 13 *et seq.*

plantado en el mundo para cobijar bajo su sombra y alimentar con su savia á cuantos se uniesen á él por medio de la imitacion de sus ejemplos? *Folia ejus pulcherrima.* Si por último fijamos la atencion en esa criatura incomparable que nació de su casta union con la virtuosa Ana, ¿quién de nosotros habrá que deje de admirar en ella el fruto mas delicado y exquisito que ha producido jamas la tierra? *Fructus ejus nimius.*

Oh! ¡Bendito seas tú, Joaquin insigne, y bendito para siempre el fruto que de ti ha nacido para consuelo del hombre afligido, para esperanza del atribulado pecador, para regocijo del mundo y gloria del cielo y de la tierra! ¿Cómo no celebrarémos con júbilo este dia en que el cristianismo nos recuerda al par de tus virtudes y méritos, la singular felicidad que por ti obtuvo la desventurada raza de Adan?

Por eso, católicos, me complací en reunir bajo el misterioso emblema que acabais de ver explicado, la gloria extraordinaria de este gran patriarca: á fin que al tiempo mismo que admiráseis la gallardía del árbol, supieseis apreciar lo delicioso de su fruto. La gloria de Joaquin no puede separarse de la gloria de María, su hija benditísima. Si pues por el fruto se infiere el mérito del árbol que le produce, ¿cuál deberá ser el de nuestro santo patriarca á quien debe el mundo la felicidad de poseer á la que es la gloria de Jerusalen, la alegría de Israel y el honor de todo el pueblo cristiano? Paremos mientes en esta reflexion: y de su desarrollo inferirémos para nuestra edificacion, la santidad de nuestro augusto patriarca y su gloria singularísima. Sus virtudes prepararon su grandeza, y esta fué la recompensa de sus virtudes. *Su vida santa é irreprensible le hizo digno de llegar á ser padre de la mas perfecta y sublime de todas las criaturas despues de Dios:* Ved ahí la hermosura de ese árbol místico. *Magna arbor et fortis... folia ejus pulcherrima.* Primera reflexion. *Esta cualidad le colmó de una gloria incomparable y que fué para él orígen de la mas positiva felicidad:* Ved ahí lo delicioso del fruto: *fructus ejus nimius.* Segunda reflexion.

¡Ojalá, oh espíritu divino, fuesen mis labios ménos impuros, y mas elocuentes mis expresiones para poder elogiar dignamente al grandioso objeto de nuestros cultos! Tú empero puedes infundirme aquel fuego que comunicaste á los apóstoles en el cenáculo, y hacer que mi voz á manera de arroyuelo manso y

delicioso lleve á los corazones de mis oyentes el deseo de imitar las virtudes del héroe que celebro, y aumentar en ellos su devocion. Hacedlo así por la intercesion de vuestra divina esposa, pues tan comprometida está en la gloria del que la dió el ser. Á este fin dirigimos hácia ella nuestras fervientes súplicas, y la saludamos con el ángel. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Triste es sin duda, católicos, que las sagradas páginas hayan enmudecido acerca de las heróicas virtudes del gran santo patriarca Joaquin. Parece que el Espíritu santo quisiese hacernos admirar mas su mérito extraordinario, ocultándole bajo el velo de un silencio misterioso. La perla no es ménos preciosa porque se halle escondida en la concha que la contiene: y ¿serian ménos dignas de nuestra admiracion las eminentes cualidades de san Joaquin, porque plugo al Señor, cuyos designios son inescrutables, reservarse á sí solo la noticia cierta y circunstanciada de la vida de este mortal, á quien escogió para cooperador inmediato del mas augusto de los misterios de nuestra religion? No, amados oyentes; ciertos como estamos de que el cielo le destinó para ser el padre de aquella criatura que entre todas cuantas vieron la luz, fué la mas pura, la mas santa, la mas perfecta y unida á Dios, lícito nos es inferir que fué entre todos los mortales un prodigio de virtud y santidad. ¿Cómo hubiera podido merecer llegar á esta cualidad singularísima, sino por medio de una vida la mas pura, la mas justa, la mas perfecta de cuantas habia visto el mundo en las dilatadas generaciones que venia atravesando?

Cuando se presenta á nuestra vista esa muchedumbre de patriarcas, de profetas y justos que fueron el honor y la gloria de la ley antigua; cuando contemplamos á un Noé el mas justo de cuantos habitaban el universo en tiempo del diluvio universal; á un Abrahan, cuya fe y obediencia le hicieron acreedor á ser bendito de Dios en una larga posteridad; á un Jacob, que por su mansedumbre y religion mereció la dicha de oir la voz del Señor y ver confirmadas en él las promesas hechas á sus padres; á un José, que en premio de su castidad y rectos procederes, se vió ensalzado á la segunda dignidad de Egipto, y hecho el árbitro de los destinos de todo aquel país; cuando paramos nuestra consideracion en estos y en todos los demas personajes ilustres que llenaron las páginas del viejo Testamento, parécenos oir la voz de Dios que deseoso de que se presentase un justo capaz de llenar debidamente los grandes designios de su providencia, y no hallándole en todos estos, dice como allá Samuel cuando quiso proceder á la eleccion del que habia de sentarse sobre el trono de Israel: «Á ninguno de es-« tos ha elegido el Señor (1).» Corrian en efecto los siglos; sucedíanse unas tras otras las generaciones. Aquí se presenta un Job, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios: allí un David piadoso, lleno del espíritu del Señor, y de un corazon hecho á medida del corazon de Dios; ora un Jonatas prudente, caritativo, fiel amigo, y defensor de la inocencia oprimida: ora un Natan incorruptible, íntegro y celoso de la gloria de Jehová.... A dónde voy? No, católicos, ni á estos tampoco, ni á cuantos en pos de ellos vinieron, encontró el cielo dignos de ser los instrumentos de sus grandiosos designios. Hacíase preciso un hombre que reuniendo en su persona todas las virtudes de sus predecesores en grado heróico, estuviese exento de todas sus imperfecciones; un hombre mas justo que Noé, mas fiel que Abrahan, mas religioso que Jacob, mas casto que José; cuya piedad excediese á la de David, cuya rectitud fuese mayor que la de Job, cuya caridad sobresaliese mas que la de Jonatas, y cuyo celo por la gloria de Dios fuese mas ardiente que el de Natan, Elías y el de todos los profetas. Todo esto, católicos, lo encontró el Señor en el patriarca san Joaquin. Sus ojos se fijan en ese árbol robusto y vigoroso de la raza de Judá; contempla con entusiasmo la hermosura de sus hojas, y le destina á ser el que brote en tiempo oportuno la raíz de Jesé, de donde ha de salir el precioso vástago que ha de salvar al mundo: *Ipse est enim.*

Imaginad, católicos, cuál debió ser la santidad de este insigne patriarca desde el momento en que fué destinado por la Providencia para padre de la Vírgen. El hijo de Isaí, tan luego como fué designado por Samuel para reinar sobre el pueblo de Israel, se halló repentinamente trasformado en otro hombre. Desde aquel dia en adelante, dice la Escritura, el espíritu del Señor quedó difundido en David. ¡Qué torrentes de gracia y

(1) *I. Reg. c.* 16. *v.* 10.

de virtud no se derramarian sobre el alma tan bella ya y tan pura de Joaquin en el instante en que se decretó en las alturas su glorioso destino! ¡Cómo se acrecentaria su fe! ¡cómo se aumentaria su esperanza! ¡qué incendios tan nuevos experimentaria su caridad! ¿Seria posible imaginar una humildad mas profunda que la de aquel corazon que habia de participar su propia vida, á la que en virtud de su humildad habia de concebir en sus entrañas al hijo del Altísimo? ¿Seria dable suponer una pureza mas extremada que la de aquel de cuya sustancia habia de engendrarse la reina de las vírgenes, la vírgen por excelencia? ¿Cuán perfecta debió ser la obediencia y sumision á las leyes del cielo, del que iba á ser padre de una criatura, que por sujetarse á la voluntad del Señor, no dudaria hacer un dia el sacrificio de su honor y aun de su propia vida? ¿Cuán resignado debió estar á los decretos de la Providencia aun en las mayores aflicciones, el que iba á producir un portento de paciencia y de resignacion que llenaria de pasmo al cielo y á la tierra?

Ah! aquí es, señores, en donde yo contemplo en toda su magnitud ese árbol místico plantado en el jardin de la militante Jerusalen. ¡Cuán fuertemente le combatieron los vientos de la adversidad ántes de brotar el fruto precioso que debia alimentar al mundo! Joaquin debia merecer esta dicha en virtud de su vida inculpable y de todo punto santa y perfecta; pero la paciencia, la sumision, y una invencible constancia en medio de las mas amargas pruebas, eran las principales virtudes con que el cielo queria disponerle para la realizacion de sus eternos pensamientos. Vióse en efecto este varon justo hecho el blanco de los mas sensibles infortunios. Nacido en el seno de la opulencia y de la gloria, mirábase reducido al mayor abatimiento y á un estado que se distinguia muy poco de la indigencia. Hijo de reyes y heredero de príncipes de la mayor nobleza, hubiera podido disputar un dia el cetro de Israel y aspirar al solio de su abuelo David: víctima empero de sucesos desgraciados y de pasiones violentas, la oscuridad mas profunda envolvia todos sus antiguos blasones, y moraba ignorado de todo el mundo en la humilde Nazaret. Mas su virtud superior á todos estos reveses, hacia su corazon inalterable. Jamas un lijero movimiento de impaciencia se notó en su semblante; nunca sus labios pronunciaron una sola palabra que pudiese ofender la majestad del Dios que así lo disponia. Su alma fija siempre en aquel Ser que rige los destinos del hombre y regla los movimientos del gran sistema del universo, no conocia otra voluntad que la divina, ni tenia otros deseos sino los de complacer en todo á su Criador. Á veces habréis visto un antiguo roble que en medio del desierto ostenta su verde ramaje á despecho del tiempo y de los embates del huracan que sopla de continuo á su alrededor; pues no de otro modo Joaquin, en medio de tantas vicisitudes y de pruebas tan amargas, siempre se halló hermoseado con unas virtudes tan heróicas, que le merecieron, á pesar de su estado oscuro y humilde, la admiracion universal.

No fueron empero estos infortunios los que mas aquejaron á aquel justo patriarca. Una desgracia incomparablemente mas sensible vino á amargar sus dias. Unido en casto matrimonio con la virtuosa Ana, pasaba su vida en las prácticas de la religion y en el exacto cumplimiento de sus deberes domésticos. Fiel esposo, amante y caritativo con su consorte, no conocia otros pensamientos que los de agradarla, servirla y ayudarla: bien así como el olmo robusto sostiene á la amorosa hiedra que á él se ha enlazado. Ámbos tenian los mismos deseos, idénticas propensiones, é igual celo en promover la gloria del Señor. Jamas se habia visto en el mundo una union tan santa y perfecta desde Adan hasta aquel tiempo, estando á lo que Jesucristo se dignó revelar á santa Brígida. Una sola cosa faltaba á nuestro santo patriarca para ser feliz en su casto matrimonio, y esta era puntualmente la que formaba el objeto de sus continuas oraciones: la sucesion. ¡Qué manantial tan fecundo de pena y de aflicciones era para Joaquin, el verse ya en una edad avanzada privado de posteridad! Los judíos miraban la infecundidad como una marca de oprobio y de ignominia; porque se consideraba á los estériles como excluídos por Dios de la dicha de ver nacer de su linaje al Mesías prometido. En consecuencia de esto, los insultos, los desprecios eran por lo comun el patrimonio de aquellos hombres, que no dejaban despues de su muerte hijos que pudiesen optar al parentesco con el venidero monarca de Israel. Inferid, pues, amados oyentes, cuánto no debió sufrir aquella alma con esta humillacion. ¡De cuánta virtud no necesitaria para sobrellevar esta desgracia! Oh! El fuego no purifica tanto el oro en el crisol como se purificó el corazon

de Joaquin en las llamas de la tribulacion. ¡Cuán hermosa apareció entónces su inocencia! ¡Cuán robusta su paciencia! ¡cuán heróica su humildad! y su resignacion en el divino querer, ¡cuán perfecta y admirable! No espereis ver en Joaquin uno de aquellos hombres que tan luego como son tocados por la pesada mano de la adversidad, se abaten, se desesperan, y tal vez se atreven á poner sus lenguas en el cielo murmurando de la adorable Providencia. Nuestro imperturbable patriarca, si bien siente su desgracia, no por eso deja de estar siempre en la conformidad mas perfecta con las voluntades del Eterno. Retirado en un monte vecino, ora de contínuo al Señor; aflige su carne con ayunos y vigilias; pero contento con agradarle, todo lo sufre, todo lo tolera, á todo se resigna con gozo, porque su mayor felicidad consiste en cumplir los decretos del cielo.

¿Pudiera el Señor mirar con indiferencia una santidad tan heróica? ¿Pudiera no aceptar gustoso el sacrificio de un alma tan pura, tan sencilla, tan sublime en sus ideas como admirable en sus obras? No, ¡Dios bondadoso! Jamas tú supiste despreciar un corazon humillado, ni dejaste de escuchar la oracion de un alma candorosa. No serán estériles las virtudes de tu siervo Joaquin, ni sin fruto sus plegarias. Tú te propones sobre él designios escondidos á las menguadas ideas de un pueblo carnal, que solo se paga de apariencias exteriores: y los realizarás indudablemente, con asombro de los mismos que ahora contribuyen á ceñir sus sienes con una corona de amargura y de tribulacion.

En efecto, católicos, llegaban los tiempos prefijados en la mente de Dios para enviar á su Unigénito al mundo. Hacíase preciso prepararle una mansion digna de su majestad augusta; era necesario destinarle una madre cual cumplia al que era la santidad por esencia. Este portento de la gracia debia nacer segun los divinos oráculos del linaje de Abrahan y de la casa de David. ¿Quién será pues el dichoso mortal que vea cumplido el vaticinio? ¿Quién el destinado á hacer nacer en el mundo esta hija de Judá? Ah! Ella debe nacer de la esterilidad, á fin que en su nacimiento se ostente mas el influjo de la gracia que el de la naturaleza. Un hombre infecundo será el precioso árbol, que regado con los efluvios del cielo, brotará ese portentoso vástago que á su vez hará florecer sus ramas y dará un fruto que salvará al linaje de Jacob. Este árbol es san Joaquin.

Sus virtudes, las mas extraordinarias que jamas se vieron en ninguno de los mortales, le han preparado este honor y héchole digno de ser el padre de la mas santa y perfecta de todas las criaturas, como lo habeis visto en la primera parte de este discurso. Veamos ahora realizado este grande acontecimiento que le colmó de gloria, y fué para él el orígen de la mas positiva felicidad. Este es el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Aquel Dios justo por esencia, que para probar la fidelidad de sus criaturas derrama á veces sobre ellas la amargura á manera de lluvia copiosa, casi nunca deja de recompensar la virtud en proporcion de su mérito. Él mismo es quien mortifica al hombre y quien le vivifica; el que le conduce hasta lo mas profundo de la nada, y el que le engrandece á lo mas sublime de la gloria; ora le sume en la mayor indigencia, ora le coloca en el apogeo de la opulencia y del poder; con la misma facilidad que derriba al monarca de su dorado solio, levanta al pobre del polvo y le ensalza del estiércol, para que se siente entre los príncipes y ocupe un trono entre los que mandan al universo.

No es posible hallar un monumento mas auténtico de la verdad de estas palabras de la profetisa de Silo, que el que hoy se nos ofrece á la vista en la conducta observada por el Señor con nuestro santo patriarca Joaquin. Él le habia hecho apurar hasta las heces la copa del dolor y de las lágrimas; habia probado su constante fidelidad con todo género de pruebas, todas á cual mas pesadas y aflictivas; no solo le habia despojado de sus inmensos bienes, del brillo de su cuna y de las consideraciones debidas á su sangre ilustre, sino que habia arrancado de su corazon hasta la dulce esperanza de ver nacer de su raza al Salvador de Israel, hiriéndole con el azote de la infecundidad. Determinó empero recompensar su extraordinaria virtud; y en proporcion de las aflicciones que habian sido hasta entónces su alimento, le ensalzó á una dignidad, que llenándole de consuelo y de gloria, fué para él el orígen de la mas positiva felicidad.

Las oraciones de los santos esposos habian penetrado hasta el trono del Eterno. El ángel de la buena nueva es enviado á la tierra á anunciar al virtuoso Joaquin su próxima dicha. Presén-

tase á él y le hace sabedor de que el Altísimo ha decretado borrar el oprobio de su infecundidad, y darle un fruto que colme sus deseos y sobrepuje todas sus esperanzas. ¡Qué júbilo tan extraordinario se apoderaria en aquel momento del corazon del santo patriarca! Ah! Él no duda del celestial mensaje; su fe robusta no le permite vacilar un momento. Sabe muy bien que nada se resiste al poder del excelso Dios, y que cuando quiere, ni la avanzada senectud, ni ningun otro impedimento es suficiente para oponerse al cumplimiento de sus voluntades; que cuando se propone recompensar á los que temen al Señor y andan por sus caminos, le es muy fácil mandar á la nada y hacer que brote los seres á millares. Sabe en fin que el divino oráculo ha dicho que el justo comerá el fruto de sus trabajos, y que su esposa será como una parra fecunda, al rededor de la cual estarán sus hijos como los pimpollos del olivo (1).

El oráculo se cumple: Ana concibe, y Joaquin se mira hecho padre de una hija que vale por todas las hijas de Judá. Ella es la destinada en los eternos consejos á dar á luz al Salvador del mundo. Ella es la que ha de llamarse un dia hija del eterno Padre, madre del Unigénito, esposa del divino Espíritu, y templo augusto de la divinidad. Católicos! Imaginad, si podeis, gloria mayor en un simple mortal. Ah! No es posible. Alégrese en buen dia Merari por haber sido padre de aquella mujer valiente y esforzada que libertó á Betulia de las cadenas de la opresion en que pretendiera sojuzgarla el soberbio general de los asirios. Regocíjese Abihail que tuvo la suerte de engendrar aquella mujer amable y sin par bella, que supo en los dias de Asuero ganar el corazon de este príncipe, y arrancar de sus manos el decreto de muerte lanzado contra toda la nacion judía. Ensalce su dicha el padre de aquella Débora, profetisa del monte Efraín, que deshizo los planes homicidas del soberbio Jabin, destruyó sus novecientos carros falcados, y defendió con gloria al pueblo de Israel. ¿Qué es la gloria de estos hombres puesta en paralelo con la gloria de nuestro santo patriarca? ¿Qué felicidad hay comparable á la de un hombre que ve nacer de su propia sangre aquella venturosa criatura que formaba la esperanza del mundo despues de cuarenta siglos, á quien los profetas habian anunciado con las expresiones mas vivas, á quien

(1) *Psalm.* 127. *v.* 1, 2 *et* 3.

los símbolos todos del antiguo Testamento venian figurando bajo las imágenes mas bellas y respetables?

Yo me figuro, señores, á san Joaquin, que estrechando en sus trémulos brazos aquella recien nacida niña, la dice inundado en un júbilo celestial: «¿De dónde á mí felicidad tanta? Tú « eres, hija mia, el gozo de mis avanzados dias y la corona de « mi ancianidad. ¡Dichoso yo, que próximo á descender al pol- « vo de la tumba, veo cumplidos en ti los vaticinios en que se « funda la ventura de todo el universo! ¡Cuán alegre bajaré al « seno de Abrahan, sabiendo que queda en el mundo la repa- « radora de la culpa, la restauradora de la humanidad, el gozo « de los siglos venideros, y la que ha de realizar en su seno el « misterio augustísimo de la encarnacion de un Dios que viene « á consolar las lágrimas del hombre, y á franquearle las puer- « tas de la inmortalidad! ¡Feliz mil veces este dia en que es- « trecho en mi seno á la que viene á desterrar para siempre al « príncipe de este mundo, á destruir el imperio de Satanas, á « quebrantar la cabeza de la sierpe infernal, y á dar al mundo « paz, gozo y salvacion perpetua! ¿Qué mas puedo desear « en la tierra, ni qué otra cosa apetecer en el cielo, que ser « padre de una vírgen la mas pura, la mas santa, la mas bella, « la única perfecta, la única amada de Dios, la paloma, la agra- « ciada, la esposa del rey inmortal de los siglos? Oh! Bien po- « deis, Señor, desatar cuando os plazca los lazos que tienen « atada á la tierra esta carne frágil y perecedera! Mis ojos han « contemplado la aurora que anuncia el bello dia de la salud; « nada me resta ya sino dormir el sueño de mis padres, y espe- « rar pacífico el momento de la incorruptibilidad perdurable « de todos los hijos de Dios. »

Tal fué, católicos, la recompensa que el cielo tenia reservada á las grandes virtudes de san Joaquin; ved ahí la gloria singularísima á que le sublimó su heróica santidad. Callen todas las criaturas al oir el nombre de este varon dichosísimo; su felicidad no tiene semejante entre todos los hijos de los hombres. Cuanto de grande y magnífico encierran los pomposos títulos prodigados á los mortales, es nada en comparacion del título único y privativo de padre de María santísima y abuelo de Jesucristo, que mereció nuestro excelso patriarca. Si la vírgen es la rosa fragante de Jericó, Joaquin fué la raíz fecundísima de donde brotó; si ella es la azucena blanquísima de los jardines

de Engaddi, él fué quien la hizo nacer de en medio de las espinas; si ella es el olivo que reverdece en los campos, él fué la tierra bendita que la alimentó; si ella es la palma briosa que extiende sus ramas en los arroyos de Cades, él fué el manantial puro que la fecundizó con sus aguas. En suma, si María es el templo de Dios, Joaquin fué el artífice que construyó esta morada; si ella es la madre del Salvador, él fué el que suministró su sangre para la formacion de aquel cuerpo en donde tuvo su complemento este estupendo prodigio.

« Oh mil veces felicísimos esposos Joaquin y Ana!, exclama « el padre san Juan Damasceno. Cuánto os debe el género hu- « mano! De vuestras manos ha recibido el don mas precioso « que jamas pudiera desear; el mas inestimable de todos los « beneficios que jamas pudiera apetecer, cual fué la casta ma- « dre del Redentor de todo el mundo. ¡Gózate, Joaquin dicho- « so, pues te ha nacido una hija que á su vez hará nacer aquel « cuyo nombre será el Ángel del gran consejo, el Ángel de la « salud de todos los humanos! Oh par sin semejante en la feli- « cidad! El fruto de vuestra santa union da bien á conocer vues- « tro mérito. Solo á vosotros fué dado el producir en el mundo « el tesoro de la virginidad que estaba escondido en la mente « divina desde ántes de los siglos» (1).

¿Deseareis, católicos, otras pruebas de la veracidad de mi aserto? ¿No es bastante lo dicho para persuadirse de la incomparable felicidad de san Joaquin, y del inefable consuelo con que plugo al cielo recompensar sus heróicas virtudes? ¿No es cierto que si estas le dispusieron á ser escogido por padre de la vírgen pura á quien estaban vinculadas las esperanzas del mundo, esta cualidad le hizo el mas venturoso de los mortales? Y siendo así, ¿cuál deberá ser nuestra devocion á tan gran santo? ¿con qué veneracion no deberemos honrar al que nos dió la madre del hermoso amor, la madre del temor santo, la madre de los conocimientos puros, la madre de la dulce esperanza, la madre de la gracia, de la vida y de la inmortalidad? ¿Dudaríamos de la poderosa influencia de Joaquin para con Jesucristo, ligándole á él lazos tan estrechos? Y aun cuando la misericordia de Jesus no debiese ser siempre nuestro apoyo, ¿cómo pudiéramos desconfiar de la piedad de María? Pues á

(1) *S. Joan. Damasc. Orat. de Nativ. B. M. Virg. circ. princ.*

esta reina de la clemencia puede presentarse san Joaquin con entera seguridad de ser escuchado, porque es su padre; y la súplica de un padre jamas fué desatendida de aquella que le es deudora del ser natural. Prueba es evidente de esta conviccion íntima, el entusiasmo con que desde los primeros siglos de la iglesia veneraron la memoria de este santo patriarca los pueblos todos del oriente. Prueba es la avidez con que adoptaron despues su culto y propagaron sus glorias los pueblos del occidente. Recorred el orbe cristiano, y os será difícil hallar un solo templo en donde no se le hayan elevado altares y consagrádosele solemnidades augustas. Veneremos pues, católicos, á san Joaquin; amémosle y ofrezcámosle el tributo de una devocion cordial. No dudemos experimentar por su mediacion los maravillosos efectos de la gracia. Este gran santo, cuyo nombre en sentir del padre san Epifanio se interpreta *preparacion del Señor* (1), nos preparará para escuchar con docilidad las inspiraciones del cielo, y de este modo nos haremos dignos de la eterna recompensa que en la eternidad nos está prometida.

Sednos propicio, oh Joaquin santísimo! Admite benigno nuestras fervientes súplicas. Hoy que reunidos al rededor de tus aras te ofrecemos el obsequioso tributo de nuestra cordial devocion, muéstrate nuestro abogado y sincero protector. Si las necesidades corporales nos aquejan, aun mas de todo punto nos afligen las necesidades de nuestras almas. Necesitamos, sí, de tus virtudes, para poder sobrellevar el peso de las amarguras que rodean nuestra existencia en esta mansion de angustia y de dolor. Necesitamos de tu resignacion perfecta para someternos gustosos á los decretos de Dios en nuestras adversidades. Necesitamos en fin de aquella fe pura, de aquella esperanza firme, de aquella ardentísima caridad que tan grato te hiciera á los ojos del Señor. Consíguenos estas gracias, pues ellas bastarán para hacernos felices en esta vida, y eternamente bienaventurados en el reino de la inmortalidad y de la gloria.

(1) *S. Epiphan. Orat. de Laud. Virg. sub init.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.

Jacob engendró á José el esposo de María, de la cual nació Jesus por sobrenombre Cristo.

S. Mateo, c. 1. v. 16

¡Cuán grande es la presuncion de los mortales en ambicionar títulos honoríficos, grandes renombres, dictados pomposos que puedan darles un derecho al predominio y elevacion sobre sus semejantes! ¿Visteis la flor que al despuntar el alba embellece los alfombrados campos, y al declinar el sol se mira ajada y marchita, hollada tal vez con la planta del mismo labrador que la cultiva? Tal es el fin del hombre que ebrio de orgullo y fastuosa prepotencia, se elevara sobre los demas hombres. No bien su nombre ha comenzado á brillar en el mundo, cuando desciende al polvo de la tumba, bajo cuya losa queda para siempre sepultada su memoria. Ni el gran rey de Persia que en su loca embriaguez llegó á llamarse el Dios de los reinos y el señor de los monarcas; ni Demetrio llamado por antonomasia el expugnador de las ciudades; ni Augusto comparado por sus aduladores al excelso Júpiter; ninguno enfin de esos grandes genios que con sus hazañas y heroísmo han sabido miéntras vivieron excitar la admiracion de la humanidad, han podido evitar el golpe de la sañuda parca. Murieron... y sus nombres tambien cubiertos de oprobio y de baldon eterno, solo existen en la memoria del

cristiano ilustrado con la fe, para perpetuar la execracion que sigue donde quiera sus detestables vicios.

Solo el cristianismo ha conservado en sus preciosos fastos nombres llenos de verdadera grandeza, cuya gloria pasará á los siglos y sobrevivirá á las generaciones. Bajo su mano fecunda se ven brotar todos los dias estos nombres ilustres, que unos tras otros se precipitan, si así puede decirse, para formar, enlazándose entre sí, una cadena cuyo último eslabon es Dios, principio fecundo de toda virtud y santidad.

Pero entre todos estos nombres tan dignos de admiracion y asombro, el que hoy nos ofrece la iglesia nuestra madre no puede ménos de excitar en el alma del cristiano sentimientos de un órden superior. El gozo, la admiracion, el entusiasmo, la confianza, el amor, todos estos afectos se experimentan á la vez, al pronunciar el nombre de José, nombre lleno de una grandeza sin segundo entre todos los de los hijos de los hombres, porque está calcada sobre una virtud, sobre una justicia que no tiene término alguno de comparacion. José es un varon justo, así le llama la Escritura: *vir justus* (1); pero no basta esto para trazar el elogio de nuestro santísimo patriarca. La Idumea podria presentarnos á su príncipe Job, á quien tambien los sagrados libros llaman varon justo, recto y temeroso de Dios. Recordaríamos la Caldea, la memoria de Abrahan que mereció el dictado de *Justo* por haber levantado el cuchillo para sacrificar á su hijo Isaac sobre el Moria, víctima de su obediencia á los preceptos del Eterno. El Egipto nos mostraria al antiguo José cuya justicia se manifestó en todas sus acciones y le mereció el aplauso general de todos los pueblos. Empero..... Dónde voy? ¿qué punto de contacto puede haber entre estos varones justos cuya virtud encomian las sagradas páginas, y el santísimo patriarca José? Cuando descorriendo el velo de los pasados siglos contemplamos la dilatada serie de patriarcas que precedieron á la venida del Mesías, despues de haber admirado tanta grandeza, tan relevantes méritos, virtudes y prodigios tantos, nos vemos obligados á confesar que en ninguno se halla una grandeza tan positiva como en aquel varon perfectísimo, que solo entre todos los hijos de los hombres mereció ser escogido para la dignidad altísima de esposo de la madre de Dios y

(1) *Matth. c. 1. v. 19.*

padre presunto de este mismo Dios. Sean en buen hora los unos caudillos aguerridos del pueblo santo para exterminar de la faz de la tierra las naciones enemigas del nombre del Dios de Israel; sean los otros escogidos para perpetuar en las generaciones el pacto de alianza eterna hecha por Jehová con los hombres, de una posteridad mas numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar. De ninguno empero puede decirse lo que de nuestro excelso patriarca han dejado consignado las sagradas páginas. José fué esposo de María, de la cual nació Jesus que se llama Cristo. ¡Qué idea tan sublime se ofrece á nuestra vista en estas cortas expresiones! Ella es la que va á darnos materia para trazar el elogio de nuestro santísimo patriarca: sin salir pues de estas palabras del texto, voy á procurar demostraros que la gloria de José adquiere una grandeza sin igual por el título de esposo de María y de padre putativo de Jesucristo. *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Cuando yo cifro la gloria principal de nuestro excelso patriarca en haber sido escogido para esposo dignísimo de la madre del Verbo humanado, nada habria que extrañar que en un tiempo en que la crítica se ostenta tan severa y descontentadiza, hubiese alguno entre mis oyentes que desease saber la razon de conveniencia que existia para dar á María por esposo á un hombre terreno, siendo ella la esposa agraciada del Espíritu divino, en cuyo augusto tabernáculo habia de morar el hijo del Eterno. ¿Acaso necesitaba Dios servirse de un hombre para realizar sus eternos designios? No: porque es omnipotente, y con igual facilidad llama y evoca á sí las cosas que existen como las que no existen. Si pues María debia ser madre vírgen, y sin detrimento de su virginal pureza habia de engendrar un hombre Dios, ¿qué necesidad habia de colocar á su lado un hombre con el título de esposo suyo?

Aquiétense empero vuestros espíritus, y escuchad con respetuoso silencio á los oráculos de la iglesia en la materia que nos ocupa. « Aquella vírgen, dice san Ambrosio, que ha de tener á un Dios por hijo, es desposada con un hombre para consultar á la integridad de su fama: para que no padezca la menor sospecha su virginidad, ni lesion alguna su honor. » Á esta

razon tan convincente, añade otra de no menor peso el padre san Gerónimo. « María, dice, es desposada con José para que no fuese apedreada por los judíos como adúltera. » Lo cual confirma el angélico doctor santo Tomas con estas palabras: « Si la madre de Jesus no hubiera estado ligada con el sagrado vínculo del matrimonio, su hijo hubiera podido ser juzgado espurio é ilegítimo: no se le hubiera creído verdadero Mesías; y entónces ¿qué hubiera sido de la gloria de este Dios humanado y de su madre vírgen? »

Baste esto para orillar cualquier duda que acerca de la conveniencia de la eleccion de José pudieran alimentar vuestros espíritus, y concretémonos únicamente á contemplar la gloria que de este título resulta á nuestro excelso patriarca. Y en efecto, católicos, ¿puede imaginarse grandeza mas positiva en un puro mortal, que el ser destinado en los inefables designios de la infinita Sabiduría, para dar la mano de esposo á aquella criatura que un dia debia dar á luz al Redentor de toda la humana raza, á quien el universo todo debia aclamar madre de Dios? Si el mas sabio de los hombres no dudó afirmar que es dichoso y sumamente feliz el esposo de una mujer buena, ¿habrá dicha ó felicidad comparable á la de un hombre admitido por el cielo á la alianza con una esposa que no reconoce otro mas alto fuera del Criador ni en el cielo ni en la tierra? No es posible. Si María es el verdadero tabernáculo fabricado por Dios para depositar en él la gloria del engendrado en los esplendores de los santos, José es la misteriosa niebla que le cubre y hace inaccesible á las impuras miradas de los incircuncisos y profanadores. Si María es el arca mística que encierra en su seno al autor inefable de la nueva alianza, José es el mas venturoso Obededon que la custodia, el ardiente y celoso querubin que la defiende de los asaltos de la audacia infernal. Si María es la gallarda palma que descuella en los desiertos de Cades, José es el arroyuelo manso que, sin tocarla, la conserva en su verdor y lozanía. Si María es la rosa que embellece los campos de Jericó, José es el solícito jardinero que no permite sea hollada con inmunda planta. Si María es el verdadero paraíso en quien fijara su mansion deliciosa el nuevo Adan Jesus, José es el ángel tutelar que le pone á cubierto de las arterías de la homicida serpiente. Si, en suma, María es la verdadera madre de Dios, José es verdadero esposo de María.

¡Oh feliz y mil veces bienhadado José, exclamaré aquí con un piadoso escritor. Á ti solo ha sido concedida una grandeza que jamas se concediera á los ángeles ni á ninguno de los hombres. Tú solo pudiste decir á la mas pura y santa de todas las vírgenes: tú eres mi esposa; contigo estoy asociado con los vínculos de aquel amor sagrado que solo engendra vírgenes; y cual sombra misteriosa, estoy destinado á cubrir tu candor é inocencia, para que lo que de ti debe nacer un dia, sea llamado hijo de Dios.

Nada mas que esto necesitaríamos, católicos oyentes, para caracterizar la grandeza de nuestro excelso patriarca san José; solo esto bastaria para inferir su eminente santidad sobre todos los demas justos de ambos testamentos. El gran padre de la iglesia san Gregorio Nazianceno, cuando en el elogio de su santa hermana Gorgonia se propuso encomiar el raro mérito de su virtuosísimo esposo, compendió todo su panegírico en estas breves palabras: ¿Quereis, dice, formar una justa idea de la virtud eminente de este varon ilustre? Pues sabed que fué digno esposo de Gorgonia. No dudaré yo servirme de este mismo pensamiento respecto de nuestro santo patriarca José, y en su consecuencía deciros: si deseais concebir y penetrar á fondo cuál fuese la grandeza, la virtud y méritos sin ejemplo de este varon insigne, considerad que fué esposo dignísimo de María: *Joseph virum Mariæ*. Discurrid pues bajo esta suposicion cuál deberia ser aquel hombre destinado por el Altísimo entre todos los demas patriarcas, profetas y justos, á enlazarse con aquella esposa agraciada del Espíritu divino, de quien está escrito que es toda hermosa, toda pura, toda inmaculada entre las hijas de Adan; cuya alma jamas fué mancillada con el impuro hálito de la serpiente venenosa; cuyo corazon es el templo vivo de la divinidad, y cuya santidad en sentir de san Hilario excede incomparablemente á la de todas las gerarquías celestiales.

Ah! No os maravilleis ya que los santos padres, hablando del excelso patriarca san José, profieran expresiones que á espíritus superficiales y poco reflexivos pudieran parecer rasgos hiperbólicos ó excesos de devocion. Si oís decir á un san Pedro Damiano que José llegó en la esfera de hombre á una línea de grandeza y santidad á que nada es posible añadir: si leeis en san Agustin que la justicia de José fué tan perfecta y su pureza tan extremada, que pudo muy bien parangonarse con la virginidad de la inmaculada vírgen María; si san Bernardino de Sena se atreve á asegurar que la Vírgen franqueó á su dignísimo esposo san José todo el tesoro de virtud que él fué capaz de recibir; si en suma el doctísimo abad de Claraval no titubea un solo instante en decir que entre todos los hombres José es el que mas se distingue en la presencia de Dios, por la integridad de sus costumbres, por la pureza de su cuerpo, por la humildad de su espíritu; el mas lleno de méritos por su amor á Dios, su caridad con el prójimo, su constante contemplacion de las cosas celestiales, y su inviolable fidelidad en la observancia de los divinos preceptos; cuando todo esto y mucho mas oigais decir de nuestro santo patriarca, dejad de maravillaros; reflexionad que fué esposo dignísimo de María; y considerado bajo este punto de vista, hallaréis que todo ello es mucho menor de lo que exige una dignidad tan incomparable. José, dice el mismo san Bernardo, debia tener una semejanza la mas perfecta posible con su santa esposa; y de aquí necesariamente es de inferir, que así como María excedió incomparablemente á todas las hijas de Judá en los carismas, riquezas y dones del Espíritu santo (1), del mismo modo José debió aventajar á todos los nacidos y por nacer en gracia, en virtud, en santidad y en magnificencia.

¿Y qué pensarémos, católicos, de nuestro santísimo patriarca, si á la dignidad augusta de esposo de María, de que estuvo investido, añadimos la incomprensible de padre putativo de Jesucristo? Ah! Proclamen en buen hora los siglos las grandezas de Moises, llamado un dia por el mismo Jehová Dios de Faraon (2), porque fué el destinado á abatir la pujanza de aquel orgulloso monarca, y á arrancar de su ominoso cautiverio al pueblo de Israel. ¿Qué tiene de comun este título que al Señor plugo mas de una vez comunicar á sus escogidos, con el incomunicable atributo de Padre de Jesucristo, que solo á José fué comunicado por el mismo Dios? Qué portento! El entendimiento humano se resistiria á creerlo, á no haberlo consignado el Espíritu divino con caractéres indelebles en las sagradas páginas. Sí, en ellas está escrito que María y José padres de Jesus le condujeron al templo de Jerusalen para presentarle al Señor (3). Allí está escrito que María, madre de Jesus, y José su

(1) *Prov.* c. 31. v. 29. (2) *Exod.* c. 7. v. 1. (3) *Luc.* c. 2. v. 27.

padre, escuchaban con admiracion las cosas que de él se decian. Allí está escrito que los padres de Jesus iban todos los años á Jerusalen á la festividad solemne de la Pascua. Allí está escrito que la misma Vírgen, quejándose á su divino Hijo por la ausencia en que de él habia estado cuando se quedó en el templo, le dice: ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando. Allí está escrito que José era universalmente tenido por padre de Jesus aun cuando este rayaba ya en los treinta años de su edad. Y todavía despues, cuando Jesucristo predicaba en las sinagogas el reino de Dios, ¿no se oyó á las turbas exclamar admiradas á vista de tanta sabiduría: Qué! no es este el hijo del artesano, y cuya madre se llama María?

Ahora bien, imagínese un título que mas engrandezca á nuestro santo patriarca. Mas no es posible, católicos; ante esta dignidad jamas vista ni conferida á otro sino exclusivamente á José, toda elocuencia debe enmudecer. En virtud de ella adquiere un dominio innegable sobre aquel Dios á quien en el cielo adoran los ángeles, ensalzan los arcángeles y todas las celestiales inteligencias rinden vasallaje. Si el antiguo patriarca de Egipto pudo gloriarse de que el Señor le habia hecho en cierto modo padre del rey y príncipe de toda su casa, porque agraciado por Faraon con la segunda dignidad del imperio le habia confiado el mando de todos sus dominios, y constituídole distribuidor de sus liberalidades; ¿con cuánta mas razon puede gloriarse nuestro santísimo patriarca constituído padre presunto del Rey de reyes, jefe y señor de aquel á quien en la tierra obedecen los imperios, acatan los monarcas, y los cetros, y las coronas y las púrpuras reconocen y proclaman Rey inmortal é invisible de todos los siglos? Yo leo en los fastos de la antigüedad que el grande Tolomeo, el dia en que por abdicacion suya vió ensalzado á su hijo sobre el solio, no pudo contener los excesos de júbilo que inundaban su corazon, y en presencia de toda su corte empezó á exclamar á voz en cuello: «¡Todos los reinos juntos no pudieran proporcionarme una felicidad tan completa como el verme hoy padre de un rey!» Pues esta felicidad en toda su extension, en toda su verdad la experimentó nuestro santísimo José, pues fué el único que, despues de Dios, pudo llamarse padre del que domina el orbe, sobre cuya mano ruedan los tronos de los príncipes, y cuya omnipotente voluntad

avasalla y hunde en el polvo los mas esclarecidos imperios; de aquel cuya duracion en el trono no tiene otros límites que la eternidad, cuyo dominio es el universo, el cielo su asiento y la tierra el escabel de sus piés.

Callen ya todas las voces humanas: sepúltense en el olvido todos los elogios que pueden fundarse sobre los fastuosos títulos de la casa y familia de José. ¿Qué necesidad hay de investigar el árbol genealógico de este ilustre patriarca, ni de evocar á un exámen circunstanciado los blasones y timbres gloriosos de sus ilustres progenitores? Decir que circulaba por sus venas la sangre de David, y que contaba en sus ascendientes una larga serie de monarcas, profetas y sacerdotes (1), no haria sino oscurecer su gloria, sin añadir cosa alguna al magnífico y nunca hasta entónces oído elogio que el Espíritu santo hace de él, llamándole por los evangelistas padre de Jesus. Tal es, dice el padre san Basilio, la altura en que sobre todos los hombres se halla colocado el excelso patriarca san José. Solo él, elevado en cierto modo á un órden hipostático en virtud de su eleccion para esposo, custodio y defensor de la mas divina vírgen, para protector y ayo del mismo Dios humanado, pudo decir á Jesus con toda verdad: tú eres mi hijo: *filius meus es tu.*

Estas palabras, católicos, me conducen casi sin saberlo al abismo de las glorias de nuestro santo patriarca. Dejemos pues aparte las magníficas comparaciones, las deducciones brillantes que pudiéramos hacer para robustecer el elogio de su grandeza sin semejante, y preguntémonos, ¿cuál debia ser la gracia, la virtud, la santidad, los dones y carismas comunicados á un mortal á quien el mismo Eterno entrega, por decirlo así, su Unigénito engendrado entre los esplendores de los santos, ántes de que existiese el lucero de la mañana; á quien confía aquel en cuyo rostro se contempla con el mayor placer y en quien mira su misma esencia y todos sus atributos? ¿Con quién podremos asemejar á un hombre que ejerce en la tierra sobre el Verbo humanado los mismos derechos, las mismas prerogativas, un dominio idéntico al que el Padre ejerce en el cielo, segun la sublime expresion de todos los padres de la iglesia? ¿Será suficiente decir que José reunió en sí las mas vivas luces de los profetas, el amor tierno y eficaz de los patriarcas, la inocencia y

(1) *Luc. c. 3. v. 23 et seq.*

pureza de las vírgenes, la fe firme y constante de los apóstoles, el valor é imperturbable fortaleza de los mártires, el celo de los confesores, las virtudes en fin de todos los justos? Pero esto ya lo ha consignado el espíritu de verdad diciendo con una sublime cuanto lacónica elocuencia que José era un varon justo: *Joseph vir justus*, que es decir, segun la expresion de san Juan Crisóstomo, un varon de una virtud sobrehumana. Seguidle si no en todas las fases de su vida santísima: contempladle en Belen buscando solícito un albergue para el Hombre Dios en medio de los desprecios y abatimientos mas crueles; consideradle en el templo de Jerusalen; en su fuga al país de los egipcios; en Nazaret; y donde quiera hallaréis un santo que en las mas delicadas circunstancias hace brillar un candor mas que angélico, una prudencia la mas consumada, una paz inalterable, una resignacion á toda prueba, una fe, una esperanza, una caridad dignas de aquella con quien estaba asociado; un héroe dotado de una discrecion y de una magnanimidad tanto mas admirables, cuanto que hubieron de luchar contra la idea de infidelidad en aquella á quien él veneraba como el modelo de la virtud, como la fidelidad misma; un hombre en fin cuya santidad pudieron emular los mismos ángeles, cuyas virtudes admiró el cielo, cuya gloria no tuvo semejante, porque debió ser (en cuanto cabe en lo humano) la imágen mas perfecta de un Dios cuya paternidad ejerció en la tierra, y de la madre de un Dios de quien fué fidelísimo esposo: esposo y padre casi divino, como se expresa un piadoso y sublime ingenio de nuestro siglo (1).

¿Qué mas podreis desear, católicos, para persuadiros de la grandeza sin igual de nuestro santísimo José? ¿Registrarémos los fastos de la historia? ¿Desenvolverémos los libros evangélicos? ¿Desentrañarémos las elocuentes páginas de los oráculos del cristianismo? ¿Preguntarémos á la tradicion? ¿Consultarémos en fin la opinion de todos los siglos? En vano, señores; la tradicion, los siglos, los padres, los monumentos históricos, siguiendo los libros evangélicos, han basado los elogios de este excelso y amabilísimo patriarca sobre aquellas palabras admirables que nos sirvieron de tema: José fué esposo de María, de la cual nació Jesus que se llama Cristo.

(1) *Madrolle, Magnificences de la religion. part.* 3. *c.* 3. *Magnific. de S. Joseph.*

Sí, oh varon santísimo! este es tu mayor blason, esta tu mas ilustre gloria; gloria que jamas fué concedida á mortal alguno, ni á las mismas inteligencias celestiales. Tú solo mereciste ser esposo de la vírgen por excelencia, y padre presunto de aquel que no reconoce mas padre en el cielo que el Dios eterno. ¡Loor y bendicion á ti, oh el mas privilegiado de todos los hombres! Alcánzanos de aquel que tantas veces mereciste tener en tus brazos, gracia para vivir santamente en este mundo, á fin de que algun dia seamos dignos de acompañarte en la gloria por los siglos de los siglos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE SAN JOSÉ.

(DE GONZALEZ.)

Joseph autem vir ejus cum esset justus...
Y José su esposo como era justo....
S. Mateo, c. 1. v. 19.

En estas solas palabras compendia la iglesia nuestra madre el elogio del glorioso santo que nos propone hoy esta congregacion por objeto de nuestro culto. Estas solas palabras nos dicen los sagrados evangelistas, y apénas podemos asegurar sin temeridad otra cosa en alabanza del esclarecido patriarca san José. Pero, qué fundamento mas sólido pudiera hallarse para formar su panegírico? Era esposo de María : *vir ejus*; era verdaderamente justo : *cum esset justus*. Inútil seria poner en una especie de tortura mi débil ingenio para buscar alabanzas mas justas, títulos mas gloriosos, encomios mas expresivos; aunque se hallaran fuera del Evangelio noticias seguras y circunstanciadas de su vida, todas ellas no serian capaces de engrandecerle mas, y de darnos una idea mas sublime de sus glorias. Esposo de María! hombre justo! yo no acierto á separar mi imaginacion de esta doble idea; y solo en ella he de fundar mi oracion, dirigida exclusivamente á fomentar su veneracion y culto.

Si no estuviera declarado por la iglesia y corroborado con la práctica de todos los siglos, que sin el menor peligro de incurrir en el vicio de la idolatría podemos invocar y venerar á los santos, me detendria con mucho gusto á hacer una explicacion de la diferencia que hay entre el culto que damos á estos hombres felices y la veneracion que damos á Dios. En este reconocemos el principio y el último fin de cuanto hay y puede haber

en nosotros; en aquellos solo reconocemos unos amigos especialmente favorecidos del Señor: pedimos á Dios como al único autor, distribuidor y árbitro de todos los bienes; á los santos como á unos intercesores que por los méritos de Jesucristo pueden moverle con mas facilidad á que derrame sobre nosotros los tesoros de su beneficencia: en una palabra, adoramos á Dios por la infinita majestad y excelencia que le compete por su misma naturaleza; y honramos á los santos por la dignidad que han recibido de Dios, pero dirigiendo siempre á este Señor como á fin último los honores que á aquellos tributamos.

Esta clase de culto es la que debemos, pero de un modo particularísimo, al glorioso san José por ser verdadero esposo de María y verdadero justo. No es posible que deje de agradar en gran manera al Señor el honor que los cristianos tributamos al digno esposo de su amantísima madre; ántes bien mirará cualquiera falta en este obsequio como un desprecio de su majestad. Para poder evitarlas dadnos á conocer, Señor, la nobleza, dignidad y justicia del héroe destinado en los consejos de vuestra sabiduría para tan sublime destino. Así os lo pedimos por conducto de su castísima esposa : *Ave María*.

El obsequio que tributamos á las personas que no le merecen, no es un verdadero honor, y sí una vil adulacion. El honor supone en el sujeto á quien se hace, la dignidad y excelencia que le atraen la sumision y respeto de los otros; pues no es otra cosa el honor que el reconocimiento y protestacion de las cualidades excelentes de la persona honrada. Esto es precisamente lo que en todos tiempos ha procurado la iglesia en la veneracion y culto de los santos, y cuanto es mayor su excelencia, tanto son mas fundados y razonables los cultos. El héroe que hoy veneramos es el esposo de la mas noble, de la mas gloriosa, de la mas privilegiada de todas las criaturas, de María madre de Dios. ¿Hay por ventura en la tierra noticia de que alguna entre ellas haya sido elevada á igual honor, á semejante nobleza? La verdad eterna le llama justo, y atribuye á su justicia una conducta verdaderamente admirable. Habrá quien pueda contraer ó gloriarse de haber contraido un mérito mas relevante ó mejor fundado?

Yo me guardaré muy bien de comparar la virtud y grandeza

de José con las de los otros santos que reinan con Jesucristo, para deprimir los méritos de estos y ensalzar los de aquel; pero si se nos permite discurrir en el particular conforme á las razones de que al efecto se valen con frecuencia los teólogos, mucho podremos decir para establecer y consolidar el culto religioso de José que no seria fácil aplicar á otros santos. Si tanto es una cosa mas noble y excelente cuanto mas se aproxima al orígen de la nobleza y excelencia; si el órden de la Providencia exige tan imperiosamente que se confieran á cada uno las cualidades proporcionadas al ministerio á que se le ha destinado; si aun el cruel é infame madero en que fué sacrificado el Hombre Dios es adorado con tan profundo respeto en todo el cristianismo, y las vestiduras que tocaron de cerca el cuerpo de los santos se conservan como un depósito inapreciable, y se veneran con el mayor entusiasmo y solemnidad; siendo esto así, ¿cuál de los obsequios autorizados para venerar á los que la iglesia reconoce por santos parecerá excesivo y desproporcionado para nuestro patriarca? ¿Quién despues de su esposa vírgen ha podido aproximarse como él á la divina fuente de la perfeccion y de la gloria? ¿quién ha sido elegido para un ministerio tan elevado? ¿quién ha tocado mas de cerca al Unigénito de Dios? No puede dudarse; así como entre los hombres y los ángeles solo Jesucristo goza el privilegio de tener á Dios por padre, así despues de María solo José ha tenido el honor de poder llamar hijo al mismo Dios.

No quisiera inspiraros ideas que con razon os chocaran por su novedad ó por oponerse á las verdades de nuestra fe. Bien sé y vosotros sabeis igualmente que José no ha sido el verdadero padre de Jesus, y que la bendita humanidad del Salvador fué obra del Espíritu santo; pero siendo en propiedad el esposo de María, ejerció con él todos los oficios de padre verdadero, y todos le reputaban por tal. Su esposa, los judíos, el Evangelio le dan repetidas veces este glorioso nombre, y el mismo Hijo de Dios no se desdeña de ser tenido por hijo suyo. José, sabedor ya de los consejos de la divina misericordia, considera al Redentor como á su hijo; le cede gustosísimo aquella primera morada, aquel primer alimento de que solo á él hacian dueño todas las leyes; le cede los cuidados, el amor y la sustancia de María que le pertenecen por un inviolable derecho. Él solo se opone á la furia del celoso Heródes, y á costa de un trabajo

ímprobo, de suma vigilancia y de penosas peregrinaciones conserva su inocente vida. Él solo le proporciona con el sudor de su rostro el alimento y el vestido. Él desempeña con la mayor fidelidad el ministerio difícil que le ha encargado la Providencia, cuidando con todo esmero de la vida natural, civil y religiosa de su divino Mesías. Él sustituye, digámoslo así, al mismo Espíritu santo haciendo lo que este hubiera hecho si fuera corpórea y sensible su naturaleza.

Puede decirse mas? se ha visto jamas honrado con un destino tan noble alguno de los reyes, de los patriarcas, de los profetas, de los mismos ángeles? Y este Dios omnipotente que así le ha engrandecido ¿no se gloriará viendo que los mortales aclaman y veneran al que él mismo quiere que sea tan singularmente honrado? ¿Quién sino él, á vista de los solemnes cultos que le tributa toda la cristiandad, inspira á los ministros del Evangelio las expresiones que Faraon, Baltasar y Asuero hicieron publicar á voz de pregon para honrar al casto José, al inocente Daniel y al afligido Mardoqueo? ¿No resuenan en vuestro interior las aclamaciones con que la iglesia os dice al presente por medio de esta religiosa confraternidad : « así deben ser honrados los héroes que el rey soberano de los reyes determina elevar á la cumbre del honor ? » Ah! el rey de Egipto, justamente reconocido á los inmensos beneficios que el Señor habia dispensado á su pueblo por el ministerio del antiguo José, quiere atraerle los respetos y adoraciones de todos sus vasallos; y al efecto se desprende, por decirlo así, de toda su autoridad, y la deposita entera en manos de aquel patriarca diciéndoles, *ite ad Joseph;* pero con cuánta mas verdad, con cuánto mayor fundamento puede decirlo Jesucristo viendo las inapreciables gracias con que ha enriquecido la Providencia al pueblo cristiano por el ministerio del nuevo José? En todas las tribulaciones y necesidades paréceme que nos dice, *ite ad Joseph :* dirigíos á José : él es el administrador, el dispensador de todas las gracias; él es el distribuidor de todos los beneficios; en sus manos están depositados todos los tesoros de la fortuna, todos los bienes de la naturaleza, todas las riquezas de la gracia : *ite ad Joseph* : dirigíos á José : el Señor le ha concedido todo su valimiento; le ha constituido dueño absoluto de su misma casa, único gobernador de todo su imperio : *ite ad Joseph :* dirigíos á José.....

Si el amor de Sara obligó al rey de Gerara á colmar de riquezas al patriarca Abrahan; si el de Ester exigió del rey Asuero tantos honores y privilegios para Mardoqueo; ¿qué gracias y dones no se habrán dispensado por el emperador de los cielos al esposo tan amado de María? No, no exajeran san Bernardino de Sena y santa Teresa de Jesus cuando aseguran que jamas fueron estériles é infructuosas las oraciones dirigidas por conducto de este esclarecido patriarca. Su poder y beneficencia no deben tener límites: su valimiento para con el Señor es extraordinario, singularísimo. El Dios omnipotente que cuando vivió en el mundo quiso estar siempre sometido á su voluntad, ¿cómo dejará de obedecerle en el cielo á la mas leve insinuacion? Si con tanta liberalidad remunera la mas pequeña obra de misericordia ejercida en la tierra con el menor de sus amigos, ¿qué galardon, qué gloria disfrutará el que por todo el discurso de su vida ha ejercido con su misma persona tantas misericordias y piedades? En ninguno se ha verificado ni verificará jamas con tanta propiedad como en José lo que el juez soberano dirá inundado de júbilo á todos los escogidos en el dia de su entrada en la eternidad: ninguno como José ha acudido á socorrer las necesidades de todo género á que se quiso sujetar en esta vida el Hombre Dios, porque ninguno otro ha conseguido la gloria de ser esposo de María.

Seguramente, despues de María, el ministerio de José es el mas noble; su destino el mas elevado; su eleccion la mas gloriosa: pero esta eleccion no fué obra de una providencia ciega é impotente, sino de una sabiduría increada y de un poder infinito: no dirigió esta eleccion la pasion ó la ignorancia para retractar despues de un vergonzoso desengaño lo que no puede continuarse sin peligro, ni enmendarse sin rubor; la dirigió, sí, la ciencia, el poder y la justicia. Aquel Dios que de toda la eternidad tiene perfectísimamente conocidas aun las cualidades mas ocultas de los hombres; aquel Dios que para conseguir sin el menor obstáculo los fines de su adorable providencia elige siempre los medios mas eficaces y proporcionados; aquel Dios que dejaria de serlo si no cuidara de proveer á sus criaturas de todo cuanto conduce al cabal desempeño de los ministerios á que las destina; aquel mismo Dios eligió á José para esposo de María, y para que hiciese las veces de padre con el divino Jesus. ¿Y aun necesitarémos nuevos testimonios para

persuadirnos de su acendrada virtud y de su heróica justicia? necesitarémos que el Evangelio nos asegure que fué verdaderamente justo? Qué! ¿el santo por esencia se habria de conducir como esos hombres mundanos, que en la necesidad de proporcionar directores á sus hijos lo hacen sin el debido discernimiento; sin cuidarse de que estén adornados de probidad y de virtud, y de que sean aptos para imbuirles las máximas de religion y moralidad? Ah! cuántos sentimientos, cuántas infamias, cuántas ruinas evitarian los padres si encargaran la educacion de sus inocentes hijos á unos hombres cristianamente morigerados!

Nada sino el pecado creyó el Señor indigno de la criatura feliz que eligió para madre de su eterno Verbo; y para librarla de una mancha tan ignominiosa, alteró las leyes de su providencia, y la hizo nacer de una naturaleza enteramente viciada sin que contrajera el menor vicio. En este caso ¿cuál seria el hombre feliz que en los siglos eternos estaba destinado por este Dios para esposo de una madre vírgen, y padre putativo de su Hijo unigénito? Nunca serán capaces de comprenderlo los hombres. Los ángeles tutelares de estos santos esposos que tan frecuentemente les asistian y anunciaban la voluntad del Altísimo, pudieran decirnos algo acerca de su justicia, de sus virtudes y de sus méritos.

O soberanas inteligencias! decidnos, sí, decidnos para nuestra instruccion, ¿qué fué lo que pudo determinar á María á dar á José la mano de esposa? ¿Se estrechó este vínculo, como desgraciadamente sucede todos los dias, por miras de avaricia, de ambicion ó de lujuria? ¿Fué aquel matrimonio efecto de una pasion infame, de una necesidad criminal, de un orgulloso deseo de la independencia? No; semejantes matrimonios degenerando por lo comun en un semillero de discordias, de celos, de odios y de traiciones, tienen sumergido al mundo en un abismo de miserias; pero el de José estaba decretado por la eterna Sabiduría para restablecer la felicidad de los hombres por medio de la paz y de la justicia. María no busca en su esposo hermosura, riquezas, placeres, ni el aparente brillo de la grandeza humana; busca la sólida virtud, y esta es la que, sin duda alguna por inspiracion divina, hace que dé la preferencia á José entre todos los hombres del mundo. Dios quiere para su madre un esposo que cooperando á los fines misteriosos de la Providencia, sea un fidelísimo custodio de su inviolable pureza;

un testigo irrecusable de su maternidad divina; un esposo honrado, íntegro é incapaz de consentir ni disimular la mas leve traicion á su consorte; pero adornado de una circunspeccion y prudencia que le hagan acreedor á toda la confianza divina; un esposo en fin capaz de conciliar con la integridad mas completa de ambos el honor suyo y de su esposa; el verdadero honor de su estado y la maternidad de María.

El Evangelio, al referir la conducta de José cuando advirtió el misterioso preñado de su esposa vírgen, nos participa con una sabiduría propia de la Divinidad la justicia de que estaba dotado, como si quisiera darnos á entender mas claramente que necesitaba todo el heroísmo de la justicia para conducirse de aquel modo. Y á la verdad yo no veo que haya circunstancias mas críticas y delicadas que las en que se hallaba nuestro santo. No puede ya dudar del hecho; pero tampoco le es permitido suponer una infidelidad en su esposa. Qué hará pues? autorizará con una vil condescendencia el crímen que mas le deshonra? Pero es un justo, y si bien puede disimular una injuria personal, no puede de modo alguno perdonar la que se hace á la ley, á la justicia y al mismo Dios. ¿ Romperá escandalosamente, y con sus acres reconvenciones, por medio de una precipitada determinacion, con un inconsiderado divorcio hará notorio un infame delito, que aun cuando fuere cierto deberia quedar eternamente sepultado en la oscuridad del silencio? Pero es un justo y no puede persuadirse á que una virtud tan sólida como la de María sea capaz da sucumbir á semejante vileza; y aunque le constase evidentemente su debilidad, no se resolveria á publicarla, porque es un justo y sabe lo que debe al honor de una vírgen tan recomendable. Se presentará en los tribunales reclamando la ejecucion de las leyes? ¿ consultará al ménos á sus amigos? Pero es un justo, y para no dar un solo paso arriesgado examina con madurez un asunto tan trascendental; consulta á su Dios en el retiro y la oracion, exponiéndole con la mas justa sinceridad sus recelos al lado de su confianza, sus temores con sus deseos, sus inquietudes y su amor; insta, obliga al Señor á que le envíe sus ángeles que le iluminen, que le instruyan en los misterios; que restablezcan á su corazon la tranquilidad y el reposo; que ahuyenten todas las sospechas y temores, y consoliden el amor á María como á verdadera madre del divino Salvador.

Siendo tal la justicia de José ántes de hacerle depositario de los arcanos de la Providencia en órden á su destino, ¿ cuál os parece que seria despues de ser instruído á fondo en ellos? ¿ despues de haberse familiarizado tan íntimamente con ese Dios humanado, fuente única é inagotable de toda la justicia? Si tan fervorosa fué la llama de caridad que se encendió en el corazon del amado discípulo por haber reclinado una sola vez su cabeza sobre el pecho amorosísimo del Salvador, ¿ qué fuego no arderia en el alma de José, que como el padre mas cariñoso estrechó tantas veces junto á su seno al mismo Dios?

Pero, señores, no puedo ménos de confesar que me es absolutamente imposible hacer una exacta descripcion del heroísmo de su virtud. Digan cuanto quieran en su elogio todos los sabios; afirmen que fué, como su esposa, confirmado en la gracia del Señor; adelántense á asegurar.... pero el Evangelio que tanto recomienda su justicia ántes del nacimiento de Jesus, verificado este no vuelve á hacer mérito de su virtud, como si quisiera darnos á entender la dificultad ó imposibilidad que hay en declararla con palabras. Un Dios infinitamente santo le ha escogido entre los hombres de todos los siglos y naciones para esposo de María y tutor de Jesus; un Dios infinitamente santo le ha considerado como á padre; se ha sometido á su voluntad; ha obedecido ciegamente sus preceptos; qué mas puedo yo decir? Dejad correr libremente á vuestra imaginacion, y ved si podreis formar de su virtud alguna idea que no sea sumamente diminuta é inferior á sus merecimientos. ¿ Qué elogios, qué aclamaciones, qué cultos de los que se permiten tributar á las criaturas inferiores á María serán proporcionados á su heroísmo y á su gloria? Ah! en la imposibilidad absoluta de comprender esta, admirad justamente su virtud, su poder y su excelencia: adorad sumisos al Señor en accion de gracias por haber ennoblecido tanto á vuestro protector, y no dudeis que recibirá con gusto vuestras adoraciones como un honor digno de aquel héroe á quien ha mirado como padre sobre la tierra. No vacileis en publicar á presencia de todo el universo que José es acreedor á nuestra veneracion: decid sin el menor recelo que José mereció desposarse con María por el heroísmo de su virtud; y que le elevó á él el matrimonio con esta vírgen purísima. Si la autoridad del Evangelio, de la iglesia y de los padres; si las razones fundadas en la piedad y en la justicia no acabaran de

convencer al resto de los hombres, acudid á la experiencia : preguntad á ese número extraordinario de templos y altares consagrados á Dios en honor de nuestro santo : preguntad á tantas congregaciones instituídas con el fin de perpetuar su memoria y merecer su proteccion : preguntad á los venerables prelados que con la dispensacion de sus gracias han procurado fomentar su culto : preguntad á tantas imágenes que en todas partes se presentan á nuestra vista : preguntad á todos los cristianos testigos del acrecentamiento que en nuestros dias ha tenido y tiene su devocion : preguntad por último á esta piadosa confraternidad que tanto se esmera en solemnizar sus festividades ; y todos unánimes os responderán usando el idioma de la verdad : « las virtudes de José fueron sublimes, extraordinarias, porque tambien lo fueron las gracias que se le dispensaron en proporcion del elevado ministerio de esposo de María en que le destinó la Providencia ; y si os aficionais á su devocion, una feliz experiencia os hará conocer que nunca puede ser estéril, ántes bien demasiadamente copiosa de gracias y bendiciones para sus devotos.

SERMON

DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

(DE GONZÁLEZ.)

Erat subditus illis.
Y estaba sujeto á ellos.
S. Luc. c. 2. *v.* 51.

Qué muerte tan cruel hubieran experimentado en justo castigo de su crueldad los inhumanos hijos de Jacob, en aquella esterilidad horrible que afligió la tierra por espacio de siete años continuados, si aquel hermano inocente contra cuya libertad y vida tan injustamente habian conspirado, no se hubiera compadecido de su miseria socorriéndolos con tanta generosidad! José, el casto José se halla gobernador, ó por mejor decir, dueño absoluto del Egipto, único país que por su direccion abundaba de víveres, cuando sus hermanos, los mismos que le habian vendido por esclavo, obligados de la mas dura necesidad, se le presentan sin conocerle ofreciéndole todos sus ganados, todos sus terrenos, todo cuanto poseian, y aun sus mismas personas en precio del sustento cuya falta les tenia colocados en la mayor afliccion. ¿Quién será capaz de imaginar lo que pasaba en su tierno corazon en aquella circunstancia? ¿Quién podrá ponderar el amor con que olvida todas sus ofensas ; sienta á sus hermanos á su misma mesa ; les da graciosamente cuanto necesitan, y hace que se trasladen al Egipto colmándoles de riquezas, de comodidades y de bendiciones ?

Ó adorable Providencia ! quién es el insensato que no se resigna gustoso á tus incomprensibles decretos? con cuánto ahinco procuras el remedio á los males que afligen á los hombres en esta vida! Felices patriarcas ; vosotros sois sin duda objetos pri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

convencer al resto de los hombres, acudid á la experiencia : preguntad á ese número extraordinario de templos y altares consagrados á Dios en honor de nuestro santo : preguntad á tantas congregaciones instituídas con el fin de perpetuar su memoria y merecer su proteccion : preguntad á los venerables prelados que con la dispensacion de sus gracias han procurado fomentar su culto : preguntad á tantas imágenes que en todas partes se presentan á nuestra vista : preguntad á todos los cristianos testigos del acrecentamiento que en nuestros dias ha tenido y tiene su devocion : preguntad por último á esta piadosa confraternidad que tanto se esmera en solemnizar sus festividades ; y todos unánimes os responderán usando el idioma de la verdad : « las virtudes de José fueron sublimes, extraordinarias, porque tambien lo fueron las gracias que se le dispensaron en proporcion del elevado ministerio de esposo de María en que le destinó la Providencia ; y si os aficionais á su devocion, una feliz experiencia os hará conocer que nunca puede ser estéril, ántes bien demasiadamente copiosa de gracias y bendiciones para sus devotos.

SERMON

DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

(DE GONZÁLEZ.)

Erat subditus illis.
Y estaba sujeto á ellos.
S. Luc. c. 2. *v.* 51.

Qué muerte tan cruel hubieran experimentado en justo castigo de su crueldad los inhumanos hijos de Jacob, en aquella esterilidad horrible que afligió la tierra por espacio de siete años continuados, si aquel hermano inocente contra cuya libertad y vida tan injustamente habian conspirado, no se hubiera compadecido de su miseria socorriéndolos con tanta generosidad! José, el casto José se halla gobernador, ó por mejor decir, dueño absoluto del Egipto, único país que por su direccion abundaba de víveres, cuando sus hermanos, los mismos que le habian vendido por esclavo, obligados de la mas dura necesidad, se le presentan sin conocerle ofreciéndole todos sus ganados, todos sus terrenos, todo cuanto poseian, y aun sus mismas personas en precio del sustento cuya falta les tenia colocados en la mayor afliccion. ¿Quién será capaz de imaginar lo que pasaba en su tierno corazon en aquella circunstancia? ¿Quién podrá ponderar el amor con que olvida todas sus ofensas ; sienta á sus hermanos á su misma mesa ; les da graciosamente cuanto necesitan, y hace que se trasladen al Egipto colmándoles de riquezas, de comodidades y de bendiciones ?

Ó adorable Providencia ! quién es el insensato que no se resigna gustoso á tus incomprensibles decretos? con cuánto ahinco procuras el remedio á los males que afligen á los hombres en esta vida! Felices patriarcas ; vosotros sois sin duda objetos pri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vilegiados de las benéficas atenciones del Señor que por medio de vuestro hermano os proporciona un remedio pronto y seguro á vuestra necesidad; pero no os envidiamos los cristianos á quienes el Todopoderoso ha mirado siempre con mas benignidad, con mayor misericordia, con un amor mas intenso. Nosotros tenemos en otro José un asilo mas general, mas seguro, mas eficaz contra todo género de males; nosotros gozamos la proteccion de un José mas justo, mas amante, mas poderoso que el antiguo; de un José de quien era una débil sombra el hijo de Raquel: nosotros podemos confiar en el amado esposo de María mas seguramente que estos hijos fratricidas en el marido de Asenet. Este será el único asunto de mi oracion como lo es de la festividad que en este dia consagra la iglesia en honor de san José y en memoria de su poderoso patrocinio. Cómo desaparecerian, con cuánta rapidez quedarian desvanecidas las necesidades todas del cuerpo y del espíritu, si yo acertara á producir en vuestros corazones una entera y firme confianza en el patrocinio de este glorioso patriarca, y un deseo sincero de imitar sus virtudes para merecerle!

No en vano, Señor, adornasteis con tan singulares prerogativas al que elegisteis para esposo de vuestra madre y para tutor y padre de vuestro mismo hijo: dirigid hácia nosotros algun rayo de aquella gracia que tan abundantemente le comunicasteis. Las alabanzas y honores que le tributamos cederán en gloria vuestra y de vuestra madre. Sí, Vírgen santa; vuestra es la gloria de vuestro esposo: alcanzadnos pues la gracia para poder publicarla y aprovecharnos de ella. *Ave María.*

Grande fué en verdad el honor, grande el poder que gozó el casto José en la corte de Faraon. Este príncipe reconocido le distinguió en su afecto con tan singulares prerogativas, que casi le hizo igual en todo á él sin mas diferencia que la de no sentarse en su solio: pero toda esta grandeza se ofusca, se oscurece, enteramente se disipa si se compara con la de nuestro patriarca. Cuanto el cielo es mas grande que la tierra; cuanto los ángeles de la gloria son mas nobles que los viles insectos; cuanto Dios, si me es permitido decirlo así, es mas perfecto que las criaturas, tanto es mayor la gloria, la nobleza y el poder del nuevo José que la del antiguo. Este se hizo acreedor al

amor y valimiento de un rey poderoso de la tierra; es decir, de un débil mortal, de un abismo de corrupcion y de miseria; aquel mereció y disfruta efectivamente la gracia singularísima del eterno, del inmortal, del todopoderoso, del Dios verdadero y criador de todos los reyes.

Digo que disfruta la gracia singularísima de Dios; porque ¿quién es entre los hombres el que ha sido destinado desde la eternidad para tan augusto ministerio? Los patriarcas? los profetas? los apóstoles? el justo Noe? el escogido Moises? el santo Bautista? Mas para qué buscar inútiles comparaciones entre los mortales? ¿quién, puedo preguntaros con el Profeta, quién entre los mismos ángeles ha logrado la incomparable dicha de poder llamar hijo á todo un Dios?

No quisiera, Señores, que entusiasmados con mis expresiones tuvierais la debilidad de creer que nuestro adorado Jesus fué concebido del mismo modo que los demas hombres: es verdad que sola la reina de los cielos puede gloriarse de tener por hijo real y verdadero al unigénito de Dios; que sola María entre las criaturas le ha dado el ser y puede con toda propiedad llamarse madre suya; pero ¿no es José su digno esposo? ¿no es José el primero que recibe en sus benditas manos, estrecha en su seno amoroso é imprime sus ósculos dulcísimos en el tierno fruto del vientre de su esposa María? ¿no es José el que atiende á la subsistencia del niño Jesus; el que le saca de las garras del cruel Heródes, y el encargado de su educacion? ¿no es José el único entre los hombres á quien la verdad eterna llama repetidas veces padre del Hombre Dios? ¿no es José aquel amable consorte de la vírgen á quien el mismo Dios vivió sujeto en el retiro de Nazaret segun el Evangelio? Qué admiracion! el criador sujeto á una criatura! Dios obedeciendo las órdenes de un hombre! Hombre feliz! hombre poderoso! hombre superior á toda la naturaleza! La sabiduría, la majestad, la omnipotencia se sujetan al arbitrio de este hombre! la voluntad de Dios dependiente en cierto modo de su voluntad! ¿Qué mas pudiera decir toda la elocuencia del mundo en obsequio de José? Vosotros tal vez no esperariais tanto: vuestra razon tendria alguna dificultad en creerlo, si no lo asegurara quien es incapaz de engañarse ni engañaros.

En nuestro santo se verifica con toda perfeccion el misterioso pero falaz sueño del otro José; porque ve con toda pro-

piedad humillados, postrados á sus piés los astros mas brillantes, el sol, la luna, todo el universo y aun lo que á este excede infinitamente. Gloríese aquel en buena hora de verse respetado de todo el Egipto; este se gloría con mas razon de recibir las adoraciones de todo el cristianismo. Gloríese aquel de ser reverenciado de todos sus hermanos; este se gloría al verse envidiado de los ángeles. Gloríese aquel viéndose honrado de sus mismos padres; este se gloría de tener sujeto á su mismo Criador; este ve como pendientes de su voluntad á las mas hermosa luna María, y al mas resplandeciente sol de justicia Cristo Jesus: *erat subditus illis.* José determina y Jesus ejecuta: José manda y Jesus obedece: José es el superior, el jefe, el padre de familias, y Jesus es el hijo, el inferior, el verdadero súbdito. Rehusaréis acaso el crédito á mis palabras: tal vez las tendréis por elogios fingidos para engrandecer la gloria de nuestro santo. Sujetarse Dios á las criaturas es un imposible para los enemigos de la sujecion.

Así es, cristianos mios; nosotros que nos hemos acostumbrado en la funesta época del desórden á no reconocer mas ley ni mas superior que la fuerza; nosotros que con tan insolente soberbia hemos querido sacudir todo yugo por mas legítimo que fuese; nosotros que hemos tenido la osadía de despreciar y aun insultar al anciano, al padre, al juez, al sacerdote, al príncipe, al mismo Dios; nosotros encontramos en nuestro amor propio una resistencia cuasi insuperable para creer que el Unigénito de Dios pudiera sujetarse á los hijos de los hombres; pero es necesario sacrificar nuestro orgullo en las aras de la verdad; no puede ménos de rendirse á su irresistible fuerza. Qué! serémos tan insensatos que busquemos especiosos pretextos para rechazar las palabras de un Dios infinitamente veraz? Doblemos sumisos nuestra cerviz orgullosa; y pues Dios, dice el sabio Gerion, se sujeta para enseñarnos á obedecer á todas las potestades legítimas, procuremos respetarlas con humildad; creamos que Dios puede hacer mas de lo que somos capaces de entender nosotros, y si nos admira ver al Todopoderoso humillado, sujeto á la voluntad de José, admiremos con el mismo Sabio la excelsa dignidad de este patriarca constituído superior á su mismo Dios: admiremos al mismo tiempo su humildad y resignacion. Ah! se me figura que en aquel dichoso sueño en que, como al otro José se le manifestó el verdadero motivo de su

grandeza al adorar humillado los decretos de la Providencia, exclamaria con las expresiones mismas de su esposa: « hé aquí el esclavo del señor dispuesto siempre á obedecer sus soberanas disposiciones. Yo que miraba como la mayor afrenta ceder á una criatura el derecho que sobre María me compete, no solo doy mi permiso cuando veo que es un Dios el que le solicita, sino que en eso mismo fundo toda mi gloria. » Admiremos tanta gloria, tan excelsa dignidad, y confiemos en tan excesivo poder, pues los ruegos y súplicas con que los santos y los ángeles piden al Señor que nos favorezca, son por conducto de José una especie de imperio, de precepto; son de un peso y de una virtud irresistible.

Yo bien sé que hablando con toda exactitud es imposible que ninguna de las criaturas tenga ó pueda tener un dominio riguroso sobre su mismo Criador, pero no puedo dudar que aquel Dios omnipotente que con tanto asombro de toda la naturaleza se anonadó por nuestro amor, se presenta como verdadero súbdito para enseñarnos con su ejemplo á reconocer y respetar las autoridades legítimas. Ni, quién será el temerario que ose dictar leyes á su Dios? Nadie, y sin embargo se conduce algunas veces como si estuviera obligado á obedecerlas. Y ¿quién hay entre todos los bienaventurados que pueda alegar tan justos títulos como José para que el Señor se preste á sus deseos? ¿Cómo olvidará la eterna sabiduría la generosidad, el esmero, los trabajos, los sacrificios de todo género con que procuró todas las comodidades posibles á Jesus y á María? ¿Con cuánto placer repetirán estos en el cielo las tiernas expresiones con que el jóven Tobías deseaba manifestar su gratitud al desconocido Rafael? « ¿Con qué pagarémos á José, dirán, tanta piedad, tanto amor, tanta beneficencia? Partiremos gustosos con él nuestra gloria, nuestro poder, nuestro reino; depositarémos en sus manos toda nuestra omnipotencia; le haremos administrador de todas nuestras gracias, dueño de todos los tesoros del poder y de la sabiduría infinita. »

Así es, y así lo sienten los doctores: así se explica san Bernardo: así lo asegura el sabio de Aquino. Otros santos, dicen, gozan el privilegio de poder favorecer á los mortales en alguna necesidad determinada; san José puede favorecernos en todas: otros santos pueden proporcionarnos un éxito feliz en esta ó en aquella empresa; san José nos le asegura en todos los negocios:

otros santos están destinados á la custodia de cierto número de personas; san José cuida de todos. En cuyo caso yo os convido á todos, pobres y ricos, nobles y plebeyos, justos y pecadores; yo os convido á que os dirijais á José. Vosotros principalmente, desventurados pecadores, acogeos á su poderosa proteccion y se romperán las pesadas cadenas de vuestros vicios. Ah! si comprendierais el fondo de la religion santa que profesamos; si llegarais á saber que María era respecto del cristianismo lo que fué Eva respecto del género humano, con la diferencia de que esta dejó por herencia á sus hijos el pecado y aquella es, como la canta la iglesia, madre dichosa de la divina gracia; si atendierais á que todos los cristianos somos miembros del glorioso cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, sabriais de consiguiente que encargado José por el mismo Dios de la direccion y tutela de Jesus y María, en aquel mismo momento recibió á todos los creyentes bajo su amparo, y les acogió bajo el dilatado manto de su poderoso patrocinio. Y es indudable que eligiéndole Dios para tan augusto ministerio, derramaria con la mayor abundancia sobre su corazon el lleno de sus gracias, el heroísmo de la virtud, el fuego del amor, circunstancias indispensables para su exacto desempeño. Y aunque así no hubiera sido, en el discurso de treinta años por lo ménos que jamas se apartó de la fuente de la caridad, tuvo ocasion de ver los ejemplos mas grandes é increíbles de un amor ciego, infinito, divino. En este tiempo aprendió á desprenderse de todas las cosas cuando así lo exige la caridad: en este tiempo concibió el ardiente y fervoroso deseo de la eterna salvacion de todos los hombres, por cuya consecucion se hubiera sujetado con mucho gusto á los sacrificios mas dolorosos; en prueba de ello él mismo ofreció por sus manos á su adorado Jesus en el templo de Jerusalen, á pesar de que en él solo se cifraban todas sus riquezas todos sus tesoros, todos sus placeres, todos sus bienes, su verdadera dicha. Pues de todo esto se desprendió generoso, todo lo renunció resignado en el templo por la salvacion de los hombres, ofreciendo con la mayor complacencia al eterno Padre su amantísimo hijo, para que fuera perseguido, insultado, crucificado y muerto.

Pudo hacer mas por nosotros? pudo hacer un ofrecimiento de mayor precio? ¿pudo manifestar mejor el sumo amor que entónces ya nos profesaba? ciertamente que no; y de ahí podemos inferir el que nos profesa al presente; ahora que libre ya de las imperfecciones inseparables de la vida mortal, y descifrados los enigmas que ocultaban el misterio mas incomprensible del amor; colocado en un reino feliz en que no se conoce la ficcion, el odio ni la envidia; en que todo es paz, todo gozo, todo caridad, recibe y goza en eternas inefables delicias el justo galardon de su fervoroso amor. La mayor injuria que podemos hacerle es dudar que nos ama entrañablemente.

Sí, es preciso conocerlo y confesarlo; nos profesa un cariño verdaderamente paternal, y desea con ansia nuestro bien: nos ama á todos los cristianos sin exceptuar á uno solo: nos ama con toda eficacia manifestándolo en las obras. Y si damos crédito á santa Teresa, como no podemos ménos de dársele, nadie le rogó á quien no haya favorecido. Su devocion nunca será inútil, y la confianza en su proteccion será siempre del mayor interes; porque siendo en cierto modo administrador de la omnipotencia y señor del Dios humanado, puede favorecernos en todas nuestras necesidades; y no nos es permitido dudar que quiere hacerlo despues de haber visto que por nosotros lo sacrificó todo, hasta su mismo hijo que lo era todo para él. Continuad pues alegres y generosos obsequiando á tan esclarecido patriarca: aumentad su devocion: fomentad su culto y no dudeis que por ese medio aseguraréis vuestra felicidad. Si la experiencia parece demostraros lo contrario; si tal vez habeis sido siempre aficionados á su devocion, dirigiéndole diariamente algunas oraciones y súplicas sin que os haya oido; recurriendo á su alto patrocinio en todas vuestras necesidades sin que por eso hayan cesado ó disminuído, ántes bien la miseria ha ido en aumento, las enfermedades se han agravado, la muerte os ha arrebatado al padre, al hijo, al consorte, no desmayeis, sin embargo; redoblad vuestras súplicas, pedidle con mas fervor, arrojáos confiadamente en sus manos, y yo os aseguro que al fin conseguiréis vuestros deseos siendo razonables. Pero no debo ocultaros la verdad por mas triste y amarga que sea. Si á pesar de vuestras instancias en la oracion el santo se obstina en no escucharos..... ay amados mios! cuán funesta es para vosotros esta señal! cuántos males os presagia este silencio! No sea tal nuestra insensatez que atribuyamos á falta de poder en este patriarca lo que es efecto de la mala disposicion de nuestras almas. Si pedimos con unos labios impuros, con un corazon cor-

rompido, con una alma que es habitacion desventurada de todos los vicios; si pedimos contra el órden mismo de la Providencia; si pedimos el cumplimiento de nuestra voluntad contra la voluntad expresa de Dios; si pedimos la salud, la hacienda, la robustez, todos los bienes del mundo tal vez con el fin de continuar en el desórden; de fomentar mas y mas el vicio; de atormentar de nuevo, de volver á crucificar, de dar la muerte con mas inhumana crueldad á aquel Dios Hombre cuya vida trató él de conservar por tantos medios, con tan exquisito esmero y á costa de tantos sacrificios, privaciones y fatigas; en una palabra, si pedimos lo que es absolutamente imposible aun á la omnipotencia de Dios; ¿cómo pretendemos que nos lo conceda José? Qué! porque nos ame con tal ternura ¿pretenderemos que nos prefiera en el amor á su mismo hijo? Seamos prudentes y económicos en nuestras peticiones, y veremos entónces hasta dónde llegan el amor y el patrocinio de nuestro santo. Vayan unidos á nuestras súplicas un deseo sincero de convertirnos, un ingenuo conocimiento y una confesion humilde de nuestra indignidad y miseria, y una cristiana resignacion en los decretos de la adorable Providencia; pidamos el reino de Dios y su justicia con atencion, con humildad y perseverancia; pidamos los bienes de este mundo de modo que nos faciliten la bienaventuranza del otro, y entónces yo os aseguro que seremos oídos, y favorablemente despachadas nuestras súplicas; pues el esposo de María, el padre putativo de Jesus y el patrono de todos los fieles nos alcanzará del Señor no solo la gracia y las virtudes para el alma, sino que tambien nos proporcionará todos los bienes del cuerpo, para que agradecidos á la divina beneficencia podamos cantar sus eternas alabanzas en la feliz morada de los justos. Amen.

SERMON I.

DE SAN JUAN BAUTISTA.

(DE GONZÁLEZ.)

LA CONFIANZA EN EL PATROCINIO DEL BAUTISTA DEBE SER PROPORCIONADA Á LA IDEA QUE TENEMOS DE SU VIRTUD Y PODER.

Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.
Entre los que nacieron de mujer ninguno fué mayor que Juan el Bautista.

S. Mateo. c. 11. *v.* 11.

Ningun pueblo puede gloriarse con tanto fundamento como este de tener un protector tan esclarecido y poderoso. La divina Providencia indudablemente se manifiesta en esta parte decidida en favor vuestro. Acogidos á la sombra de la proteccion de san Juan Bautista, colocados bajo el impenetrable escudo de su patrocinio, ¿qué os resta que desear en la materia? No trato, ni me seria posible, atendida mi corta capacidad, de graduar el mérito, el heroísmo, la gloria, el poder que disfruta cada uno de los bienaventurados en la presencia del Señor; y mucho ménos comparar los de unos y los de otros: toda comparacion en este particular me ha parecido siempre en gran manera arriesgada y aun odiosa, como que es una usurpacion del derecho que compete exclusivamente al Juez supremo, único que tiene en su mano la balanza de la verdadera justicia. Sin embargo, concediendo este mismo juez al Bautista un lugar de preferencia entre todos los santos; asegurándonos por su propia boca que ninguno, ninguno absolutamente entre los hijos de los hombres le ha excedido, ni excederá jamas en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rompido, con una alma que es habitacion desventurada de todos los vicios; si pedimos contra el órden mismo de la Providencia; si pedimos el cumplimiento de nuestra voluntad contra la voluntad expresa de Dios; si pedimos la salud, la hacienda, la robustez, todos los bienes del mundo tal vez con el fin de continuar en el desórden; de fomentar mas y mas el vicio; de atormentar de nuevo, de volver á crucificar, de dar la muerte con mas inhumana crueldad á aquel Dios Hombre cuya vida trató él de conservar por tantos medios, con tan exquisito esmero y á costa de tantos sacrificios, privaciones y fatigas; en una palabra, si pedimos lo que es absolutamente imposible aun á la omnipotencia de Dios; ¿cómo pretendemos que nos lo conceda José? Qué! porque nos ame con tal ternura ¿pretenderemos que nos prefiera en el amor á su mismo hijo? Seamos prudentes y económicos en nuestras peticiones, y veremos entónces hasta dónde llegan el amor y el patrocinio de nuestro santo. Vayan unidos á nuestras súplicas un deseo sincero de convertirnos, un ingenuo conocimiento y una confesion humilde de nuestra indignidad y miseria, y una cristiana resignacion en los decretos de la adorable Providencia; pidamos el reino de Dios y su justicia con atencion, con humildad y perseverancia; pidamos los bienes de este mundo de modo que nos faciliten la bienaventuranza del otro, y entónces yo os aseguro que seremos oídos, y favorablemente despachadas nuestras súplicas; pues el esposo de María, el padre putativo de Jesus y el patrono de todos los fieles nos alcanzará del Señor no solo la gracia y las virtudes para el alma, sino que tambien nos proporcionará todos los bienes del cuerpo, para que agradecidos á la divina beneficencia podamos cantar sus eternas alabanzas en la feliz morada de los justos. Amen.

SERMON I.

DE SAN JUAN BAUTISTA.

(DE GONZÁLEZ.)

LA CONFIANZA EN EL PATROCINIO DEL BAUTISTA DEBE SER PROPORCIONADA Á LA IDEA QUE TENEMOS DE SU VIRTUD Y PODER.

Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.
Entre los que nacieron de mujer ninguno fué mayor que Juan el Bautista.

S. Mateo. c. 11. *v.* 11.

Ningun pueblo puede gloriarse con tanto fundamento como este de tener un protector tan esclarecido y poderoso. La divina Providencia indudablemente se manifiesta en esta parte decidida en favor vuestro. Acogidos á la sombra de la proteccion de san Juan Bautista, colocados bajo el impenetrable escudo de su patrocinio, ¿qué os resta que desear en la materia? No trato, ni me seria posible, atendida mi corta capacidad, de graduar el mérito, el heroísmo, la gloria, el poder que disfruta cada uno de los bienaventurados en la presencia del Señor; y mucho ménos comparar los de unos y los de otros: toda comparacion en este particular me ha parecido siempre en gran manera arriesgada y aun odiosa, como que es una usurpacion del derecho que compete exclusivamente al Juez supremo, único que tiene en su mano la balanza de la verdadera justicia. Sin embargo, concediendo este mismo juez al Bautista un lugar de preferencia entre todos los santos; asegurándonos por su propia boca que ninguno, ninguno absolutamente entre los hijos de los hombres le ha excedido, ni excederá jamas en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

heroísmo de la virtud; ¿qué dificultad tengo yo en afirmar que en su gloria, en su poder, en su influjo en la corte celestial así como en su caridad y en su celo por la salvacion eterna de los hombres, lleva una conocida ventaja á todos los otros?

En vista de esto, tampoco es extraño que miren los demas pueblos vuestra suerte con una santa envidia, pues conocen que patrocinados por tan gran santo, no es posible que se os niegue gracia alguna que pidais, ni os falte la menor cosa que pueda contribuir á vuestra felicidad verdadera.

Nada, nada, en verdad, puede faltaros si pedís lo que os convenga para la salvacion de vuestras almas, y procurais haceros acreedores con vuestras virtudes á la proteccion del Bautista. Esto es á lo que trato de exhortaros al mismo tiempo que os recuerdo, segun lo permiten la debilidad de mis fuerzas y la brevedad del tiempo, la sublime gloria á que desde su formacion se dignó elevarle la Providencia, y el esmero y fidelidad con que correspondió á tan singular beneficio. Pedid conmigo al Señor la gracia necesaria para que mis palabras cedan en utilidad y aprovechamiento vuestro : y para mas asegurarnos recurramos á la intercesion de María santísima, haciéndola presente que el niño Juan ántes aun de que saliese á la luz del mundo fué el primero que la reconoció como madre del Mesías, y la obsequió y dispensó las atenciones que como á tal la eran debidas. *Ave María.*

No puede tener sino una idea poco decorosa y justa de la divina Providencia el que ponga en duda que el Señor dispensa con una especie de prodigalidad á todas las criaturas cuantas cualidades, virtudes y gracias puedan conducir al mejor y mas exacto desempeño de los ministerios á que las destina. Qué conocimientos tan vastos, qué fortaleza tan fuerte, qué enérgica y extraordinaria elocuencia, qué fortaleza tan heróica no se advierte en todos y cada uno de los profetas destinados por Dios para anunciar al mundo la venida del Mesías, y excitarle al odio de los pecados, sin cuyo requisito es absolutamente imposible coger el fruto de su venida! El Bautista, segun las palabras de la verdad eterna, venia destinado á un ministerio muy superior al de todos los profetas : *etiam dico vobis, et*

plusquam prophetam (1); así es que si generalmente hablando fué muy prodigiosa la vida de aquellos, la del Bautista fué prodigiosísima aun en su formacion. El mismo arcángel que fué destinado en los consejos de la sabiduría increada para anunciar á María su divina maternidad, se presenta al anciano sacerdote Zacarías y le hace saber que su esposa Isabel concebiria y daria á luz un hijo á quien pondrá el nombre de Juan, ó lo que es lo mismo, un complexo de todas las virtudes, el conjunto de todas las gracias, el objeto feliz de los favores y beneficios del cielo. Como á tal le asegura que, ántes de abrir él sus ojos á la luz del dia, su alma será prodigiosamente iluminada con los brillantes resplandores del cielo; que encerrado aun en la tenebrosa cárcel del útero materno gozará ya con indecible complacencia la encantadora libertad de hijo de Dios; que él solo colmará de júbilo y de satisfaccion á sus padres, y de un inmenso recocijo á todo el mundo; que ántes de que pueda decirse que ha empezado á gozar el beneficio de la vida corporal por no haber salido del vientre de la anciana Isabel, disfrutará ya la vida venturosa de la gracia; que será trasformado en glorioso templo del Espíritu santo, quien derramará sus dones á manos llenas sobre él, purificando completamente su alma de la mancha horrorosa de la culpa, y adornándola con las joyas inestimables de las mas sólidas virtudes.

Tantos, tan extraordinarios y gloriosos son los anuncios que le hace aquel bienaventurado arcángel, que el sacerdote Zacarías, no habiendo conocido jamas reunidas tantas gracias en un hombre solo, teme no sea alguna ilusion y no puede decidirse á creer lo que se le promete. Una duda al parecer tan fundada y prudente es al punto castigada por la Providencia con una completa privacion del uso de la lengua, que no recobrará sino cuando vea realizado lo que tiene por imposible al presente.

Examinemos nosotros con atencion, hermanos mios, las palabras del Salvador, no porque las pongamos en duda como aquel, sino para conocer de algun modo el profundo misterio que encierran. De ellas podremos inferir que aquel niño excederá á todos los mártires en la fortaleza, en la castidad á todos los vírgenes, á todos los penitentes en la austeridad, en el re-

(1) *Matth. c. 11. v. 9.*

tiro á todos los anacoretas, en el conocimiento de los misterios á todos los profetas, en el celo por anunciar la verdad, á los apóstoles: *plusquam prophetam:* será un ángel en carne mortal que envía Dios á la tierra para disponer, allanar, adornar el camino por donde ha de pasar el Rey soberano de los cielos; es decir, á preparar por medio de una sincera penitencia á la práctica de todas las virtudes el corazon de todos los hombres para que reciban, confiesen y adoren al Unigénito de Dios que viene á proporcionarles una felicidad completa y verdadera. Y ¿cómo os parece que se prepara á sí mismo para desempeñar, y con qué exactitud desempeña efectivamente un ministerio tan delicado y sublime? No es fácil hallar expresiones que puedan declararlo; baste indicar que siendo todavía, por decirlo así, una masa informe, sin movimiento, sin el uso de sus sentidos, constituido en una circunstancia en que ninguno de los mortales es apto para ejercitar su razon, tres meses ántes de salir á la luz del mundo, apénas se presenta en casa de sus padres su prima María, en cuyo purísimo seno estaba empezando á formarse el Hombre Dios, le reconoce este precioso niño, le adora, le confiesa, y da testimonios auténticos de su divinidad saltando milagrosamente de júbilo, con lo que descubre á su madre Isabel el misterio de todos los misterios, el cumplimiento de todas las profecías, la presencia encantadora del esperado de las gentes, la llegada de la redencion, de la libertad, de la salud y de la gloria de todo el género humano.

Cuando llega el momento que tan solemnemente nos recuerda hoy la iglesia, aquel momento en que sale á luz este prodigio de la gracia, hace que su padre recobre milagrosamente el uso de la voz de que Dios le habia privado en castigo de su incredulidad. Este acontecimiento llena de admiracion, de consuelo, de júbilo, de esperanza á todos los habitantes de Judá. El anciano Zacarías justamente reconocido, prorumpe en las mas expresivas bendiciones al Dios de Israel; descubre los misterios mas interesantes, anunciando que su hijo es el precursor del Mesías que viene á poner fin á todas las miserias de los hombres, á destruir el reino del pecado, causa única de todos los males, y á proporcionar á los mortales la verdadera inmortalidad. El niño Juan, animado de una fortaleza á cuyo grado son rarísimos los que llegan en edad mas robusta, rompe abiertamente con el mundo ántes de poder conocer naturalmente

los frecuentes y peligrosos lazos que en todas partes tiende este enemigo para destruir la virtud; desprecia, aborrece todos sus halagos; huye presuroso de sus peligros; se sepulta en un áspero y horroroso desierto; se entrega á los ejercicios de la mas austera penitencia para poder luego predicarla con la mayor energía; no usa otro vestido que un áspero cilicio, ni otro alimento que un ayuno continuado; su ejercicio es una oracion nunca interrumpida; su empeño negar á su cuerpo cuanto pudiera servir de fomento á la mas leve pasion; su pensamiento, su deseo el de santificarse cada vez mas. Así, así puede luego presentarse en medio del mundo sin peligro alguno de ser seducido, y con todo el espíritu necesario para oponerse con resolucion á sus máximas, impugnar sus errores, condenar sus escándalos, y predicar mas con el ejemplo que con las palabras una rigurosa penitencia como indispensablemente necesaria para recibir al Mesías, y coger el copioso fruto de la redencion. Así adquirió aquella virtud tan extraordinaria cual nunca ántes se habia conocido ni ha tenido semejante despues en un puro hombre; aquella virtud que tan poderosamente arrebató la admiracion, y se atrajo los elogios, el respeto, el amor de todos aun de los mas abominables pecadores; aquella virtud que dió motivo á los judíos para creer que era el Mesías en quien todos tenian colocadas sus esperanzas; el Unigénito de Dios hecho hombre, pareciéndoles imposible que un hombre que no fuera Dios pudiera llegar á la cumbre de la virtud y de la perfeccion en que le veían. Así mereció que la sabiduría infinita, la verdad infinita, la justicia infinita dieran en solas dos palabras un testimonio tan auténtico de la excesiva superioridad de su virtud sobre la de cuantos le habian precedido ó hayan de vivir en el mundo hasta la consumacion de los siglos: *non surrexit major Joanne Baptista.* Así adquirió aquel poder y dominio sobre toda la naturaleza, por cuyo medio demostró á cuantos le conocian que el Señor le habia privilegiado aun al profeta Elías, aquel prodigio de virtud que parecia ejercer un imperio absoluto sobre la tierra y aun sobre el mismo cielo, puesto que al imperio de su voz se desgarró enviando un milagroso fuego para completar al sacrificio que él ofrecia á su Dios; se iluminaban los entendimientos, é inflamaban los corazones de los adoradores del Dios de Israel, y se cubrian de oprobio los ciegos idólatras; aquel hombre prodigioso que

para desengaño ó castigo de estos pidió, ó por mejor decir, mandó á las nubes que suspendiesen las lluvias, y que al punto fué obedecido en términos de no caer sobre la tierra una sola gota de agua por espacio de tres años y seis meses, en cuyo tiempo una horrorosa esterilidad hizo conocer á los gentiles la suma debilidad de sus ídolos, y el poder del verdadero Dios y el de sus adoradores.

Qué idea tan consoladora! cuán fundada, qué segura confianza no debe inspirarnos la comparacion que el mismo Dios hace entre estos dos grandes profetas! comparacion que parece confundirlos haciendo de los dos uno solo. *Ipse est Elias*, dice. Qué copiosa lluvia de prosperidades, de bendiciones y de gracias no se asegura este venturoso pueblo por el patrocinio del Bautista! ¿Quién ha gozado jamas de un valimiento tan poderoso con el dador soberano de todos los bienes? No es posible que el Señor deje de atender á los ruegos y deseos de aquel que jamas dejó de cumplir con toda exactitud la voluntad de su Dios. Nada debeis temer: yo veo asegurada por este medio vuestra felicidad temporal y eterna. Aunque el mundo y el infierno se conjuren contra vosotros, el patrocinio del Bautista os pone á cubierto de todos sus tiros. Susciten contra vosotros la esterilidad, la peste, la guerra; por el patrocinio del Bautista nadaréis en la abundancia, gozaréis la salud mas completa, disfrutaréis el beneficio de una paz envidiable: promuevan las tempestades, las intemperies, la discordia; el patrocinio del Bautista os asegura la calma, la serenidad, aquella deliciosa union que reina entre los felices moradores del cielo: aviven el violento fuego de las pasiones, dirijan las tentaciones mas lisonjeras y terribles; el patrocinio del Bautista burlará todos sus ardides, y hará que todo sirva para acrisolar mas y mas vuestra virtud, acrecentar vuestro mérito, y hacer mas preciosa vuestra corona. Nada temais... Pero, hermanos mios, aquí es donde yo quisiera fijar toda vuestra atencion. De nada sirve todo el valimiento que puedan tener los santos, de nada sirve que ellos se empeñen en favorecernos, si nos empeñamos nosotros en hacer inútiles sus esfuerzos con nuestra ingratitud y abandono. Reflexionad atentamente sobre vuestra conducta: examinad si vuestra vida es semejante, si se parece en algo á la de nuestro santo; de lo contrario nada espereis de él, porque no es creíble que debiendo todo su poder á la humildad, á la

pureza de costumbres, á la mortificacion, á la caridad, á su ardiente celo por la gloria de Jesucristo y de su religion, no es creíble, digo, que quiera emplearlo en favorecer á los que solo piensan en fomentar el orgullo, en entregarse á los placeres, á la disolucion, al rencor, á la impiedad. Y hé aquí, os diré por conclusion, el único medio de aseguraros la proteccion du vuestro patrono: amar y practicar como él lo hizo la humildad, el retiro, la sobriedad, la pureza, la caridad mas acendrada, el celo mas ardiente por el acrecentamiento de nuestra religion santa; mirar á toda costa por el honor de Jesucristo y de su iglesia, léjos de contribuir á mancillarle aun con el mas leve pensamiento; oponerse con firmeza al impetuoso torrente de escándalos que en estos infelices dias promueven tantos miserables seducidos por el infierno, y á las horrendas blasfemias en que prorumpen á impulsos de una brutal ignorancia; hacerse superiores á todas las miras temporales, á todos los respetos del mundo; llenarse de una firmeza heróica, y aunque sea con peligro de la vida decir al impío, al blasfemo, al voluptuoso, con el mismo espíritu, con tan pura libertad como él mismo lo dijo al Rey adúltero, *non licet tibi;* dar con vuestras obras un público testimonio de la religion que abrigais en vuestros corazones; bendecir, alabar, adorar á Jesucristo y sacrificarlo todo en su obsequio; manifestar la mas humilde sumision á los preceptos de una inviolable adhesion á los dogmas de su iglesia. Hacedlo así y yo os aseguro sin temor de equivocarme que el Bautista os dispensará todo el influjo de su proteccion, y que el Dios omnipotente accederá á sus ruegos, porque uno y otro tienen empeñada su palabra de hacerlo así; y vosotros recibiréis por lo mismo cuanto sea conducente á vuestra felicidad temporal y eterna. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON II.

DE SAN JUAN BAUTISTA.

(DE GONZÁLEZ.)

LA PRODIGIOSA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA MANIFIESTA SU EXCELENCIA É INDUCE LA MAS FIRME CONFIANZA EN SU PODER.

Manus Domini cum ipso est.
Con él está la mano del Señor.
S. Lucas, c. 1. v. 66.

Muchos son los títulos por que debemos manifestarnos reconocidos á la providencia del Señor : todos los bienes que hemos recibido de su mano bienhechora se perderian y aun se convertirian por nuestra debilidad y miseria en instrumentos de muerte y desventura sin el auxilio de tantos intercesores, que compadecidos detienen el brazo de la divina indignacion levantado ya contra nosotros; nos alcanzan el reconocimiento y la misericordia; nos muestran el camino del cielo en la práctica de la virtud; nos guian, nos conducen por la mano á la posesion de la bienaventuranza. Los ángeles custodios asisten continuamente á nuestro lado; nos advierten los peligros, nos separan de ellos; nos fortalecen y ayudan en los combates..... y suponiendo esto insuficiente para demostrarnos toda la fineza del amor divino, nos da por protectores á nuestros hermanos segun la naturaleza; á los que vivieron expuestos á los mismos peligros, sujetos á las mismas necesidades, y que tal vez fueron algun dia pecadores como nosotros, aunque despues se hayan hecho acreedores por sus virtudes á la gloria consumada que disfrutan al presente.

No es por cierto el vuestro de los comprendidos en esta última clase : mas bien que hombre pudiera llamarse ángel vestido de la naturaleza humana. Ah! cuánto podria deciros si me

propusiera describir todas y cada una de las circunstancias de su vida! porque si él ocultó, ó procuró ocultar sus virtudes á la vista de los hombres; pero en eso mismo descubre el heroísmo de su humildad, de aquella virtud sublime que constituye la verdadera grandeza en la presencia del Señor y en el reino de los cielos. No, no es mi idea en esta ocasion referir la historia de toda su vida; quiero mas bien haceros notar los prodigios que se obraron en su nacimiento, para que podais inferir de ellos todo su mérito y grandeza, y esperar con toda seguridad su poderosa intercesion : *nam et manus Domini cum ipso est.* La Sabiduría increada que tomó á su cargo hacer el elogio de este grande hombre, dispuso sin duda que todo fuera milagroso en su formacion y nacimiento, para que no hubiera tanta dificultad en creer que efectivamente era el mayor entre los hijos de mujer.

Oidme con atencion, cristianos, que el asunto seguramente lo exige. Ah! si las luces, si los talentos, si la elocuencia estuviera en manos del hombre, estoy seguro de que os inspiraria la esperanza mas firme y consoladora hácia el mas grande de los santos; mas... sin embargo recurramos al Señor de quien descienden toda la sabiduría y toda la gracia necesarias al efecto : interesemos en nuestro favor á María santísima repitiendo los elogios y bendiciones que se la tributaron en la casa de su santa prima, empezando por la salutacion del arcángel : *Ave María.*

No pudiendo ser otra que la grandeza de alma que procede de los dones y gracias extraordinarias del Señor, la que alaba la iglesia en san Juan Bautista en el dia destinado para celebrar su nacimiento : ¿ cómo podrá llamarse verdaderamente grande un parvullillo cuando empieza la carrera de su vida, sumergido ya en el abismo de miserias en que yacen por desgracia todos los mortales? Mas, ó benéfica, ó justamente adorable Providencia! quién será el osado que crea comprender tus profundos misterios? quién el orgulloso que trate de resistir á tus decretos? El universo entero está pendiente de tu voluntad; nada, nada se obra en él sino con arreglo á tus soberanos decretos. Tú formas milagrosamente este niño extraordinario para el ministerio mas sublime; en cuyo caso, ¿ podias abandonarle al

capricho de una ciega casualidad, ó al arbitrio de una naturaleza ignorante, débil, y muchas veces injusta? Oh! ¿quién podrá fijar en él su vista sin que descubra los admirables efectos de tu poder, de tu sabiduría, de tu beneficencia, de tu amor? Los parientes, los amigos, los vecinos, sin ver mas que las exteriores y públicas señales, ó sean efectos de la elevacion de su destino, se admiran, se confunden, se preguntan mutuamente como atónitos; *quis putas puer iste erit?* ¿qué juicio debemos formar para lo sucesivo de este prodigioso niño cuya formacion y nacimiento son un conjunto de milagros los mas asombrosos? qué esperanzas no debemos fundar en él?

Justa era su admiracion: veían á la verdad que su concepcion y su nombre se habian anunciado por un ángel, y decretado por un especialísimo designio de la Providencia: veían que se habia formado en el vientre de una mujer infecunda, avanzada en edad, y consumidas ya las fuerzas de su naturaleza: veían borrada en su nacimiento la ignominia, y consolidadas la reputacion y la gloria de aquella familia: veían que incapaz aún de mover los miembros de su cuerpo, apénas habia nacido ejercia un imperio absoluto sobre la naturaleza, pues desataba milagrosamente la lengua de los mudos, disipaba las nubes de la incredulidad, y hacia desvanecer las tinieblas de la ignorancia: por tanto, arrebatados de admiracion á vista de unas prendas tan relevantes, de una gracia tan extraordinaria, de un poder tan ilimitado, cuales jamas se habian conocido hasta entónces en tan tierna edad, se preguntaban mutuamente como enajenados: *quis putas puer iste erit?* qué os parece que vendrá á ser con el tiempo este niño cuyos prodigios tanto nos admiran al presente?

Si tal era su admiracion por lo que veían exteriormente, cuáles hubieran sido sus sentimientos, cuáles sus esperanzas, cuál su veneracion y respeto si llegáran á descubrir el fondo de aquellos misterios impenetrables á la mas activa perspicacia? Nosotros pues que ya los conocemos, debemos tributarles la mas justa admiracion; debemos esperarlo todo de su poder y valimiento; debemos formar la idea mas grandiosa de su elevacion. Nosotros á quienes la fe ha descubierto las sublimes prerogativas con que la Providencia ennoblecia su alma dichosa, y los tesoros inefables con que la enriquecia la gracia del Salvador, nosotros tenemos mas sólido fundamento que aquellos para exclamar entusiasmados: *quis putas puer iste erit?* ¿qué prodigio es este que parece poner en movimiento á todo el cielo? Los ángeles le anuncian; la omnipotencia le forma; el Unigénito de Dios humillándose viene á buscarle, á visitarle, á santificarle en su misma casa; la gracia precede á la naturaleza en su formacion; los brillantes rayos de la fe iluminan completamente su entendimiento ántes que sus ojos sean capaces de percibir el menor vislumbre de la luz material. Pero hablemos con la sencillez y claridad que son propias de un ministro del Evangelio: apénas el Verbo de Dios se digna descender al casto seno de María, y empieza á formarse en él su bienaventurada humanidad, su primer cuidado es atravesar las montañas, dirigirse á la ciudad de Judá, buscar la casa de Zacarías, y derramar sobre el Bautista las primicias de la redencion.

O alma grande! alma dichosa; alma verdaderamente feliz! aún faltan tres meses para que se abra la primera cárcel en que como á las demas te ha encerrado la naturaleza, y ya se han roto las prisiones con que te tenian esclavizada el pecado y el infierno! sin haber salido á la luz del mundo ha entrado la gracia del Señor á hermosearte, á enriquecerte, á borrar la ignominia de la culpa, á constituirte hija predilecta del Excelso, y heredera de su eterna gloria! ya te se ha comunicado con la mayor perfeccion la divina gracia; el Espíritu santo ha fijado en ti su morada, ha derramado por todas tus potencias sus celestiales dones, te ha llenado de sí mismo, y colocado en la cumbre mas elevada de engrandecimiento, y todo esto aun ántes de dar principio á la carrera de tu vida mortal! *et Spiritu sancto replebitur adhuc ex utero matris suæ.*

Así es que sin acabarse de desarrollar los miembros corporales de este precioso infante, sin que sean capaces todavía de abrirse sus ojos y desatarse su lengua; encerrado él en la estrecha oscuridad del útero materno, ya conoce, confiesa, adora, predica, demuestra como con el dedo al divino Salvador, produciendo aquel júbilo universal que el arcángel anunció á su padre Zacarías por estas palabras: *et in nativitate ejus multi gaudebunt.* Instruída Isabel por los movimientos extraordinarios de su hijo, reconoce al Mesías deseado, y aunque poseída de la mas respetuosa humildad, rebosa no obstante de placer y satisfaccion al penetrar que su prima María es la esclarecida doncella escogida para madre del mismo Dios: los parientes y ve-

cinos, que sin conocer la verdadera causa participan de la alegría de esta venturosa familia, creen haber llegado al colmo de su felicidad oyendo de boca del sacerdote Zacarías el objeto tan interesante como sublime con que el Señor envía al mundo este niño á todas luces admirable : Zacarías, este digno sacerdote, este padre afortunado, este hombre justo testigo de tantas maravillas, de tantos prodigios, de tan grandiosas bendiciones, no pudiendo contener dentro de su pecho el gozo, el inefable júbilo que siente su alma, y que debe comunicarse á todo el universo con el nacimiento de su hijo para ser precursor del Mesías, hace los mas piadosos pero extraordinarios esfuerzos; rompe por último el silencio á que por espacio de nueve meses habia estado condenado, y embriagado de regocijo exclama á grandes voces : bendito sea para siempre el Señor Dios de Israel, que se ha dignado dar cumplimiento á las promesas que por espacio de cuatro mil años han tenido en expectativa al universo entero; promesas dirigidas al padre de todos los creyentes, y renovadas por boca de los profetas que Dios ha enviado á su pueblo; promesas cuyo cumplimiento era el único capaz de poner fin á todas las miserias, y de asegurar la felicidad eterna de los hombres; la promesa verdaderamente consoladora, que siendo una equivale á todas las que el hombre puede desear, por la que Dios le habia ofrecido ser su redentor y salvador. Ya llegó este dia feliz en que el Señor condescendiendo con la voz de su misericordia bajó de los cielos, y fijó su morada entre los hombres para derramar á manos llenas las bendiciones de su amor. Y tú, hijo mio, tú solo entre cuantos han anunciado este adorable misterio, tú solo deberás ser llamado con toda propiedad profeta del Altísimo, porque no contento con anunciar su venida y señalarle con el dedo á todos los mortales, irás delante de su Majestad excelsa preparando los caminos por donde ha de conducir á los miserables pecadores al conocimiento de las verdades mas sublimes, á la posesion de la sabiduría celestial, al goce de la paz, de la gracia y de la gloria : tú.....

Pero donde voy? Si se necesitan nuevos testimonios para conocer la excelencia del Bautista, yo os diré que es grande, segun el anuncio del arcángel, no solo entre los hombres sino en presencia del mismo Dios; que es grande, segun las palabras del Verbo eterno, sin que haya hombre alguno que le exceda

en grandeza; que es grande, segun juzga san Agustin, en comparacion de todos los patriarcas, de todos los profetas, de todos los apóstoles, de todos los mártires, de todos los confesores, de todos los vírgenes, de todos los santos, ó por lo ménos en la de todos los justos de la ley antigua, segun opinan la mayor parte de los padres de la iglesia y de los expositores sagrados; que es un héroe que lleno del espíritu de Dios ántes de salir á la luz del mundo, correspondió con la mayor exactitud á las singulares prerogativas de afecto que le dispensó la Providencia. Si vuestra devocion desea todavía que me extienda mas en los elogios de tan excelso patrono; que os presente señales aun mas expresivas de la grandeza de su alma, os diré (aunque esto sea en cierto modo extraviarme del asunto principal que, como dije, es solo describir las circunstancias de su nacimiento y formacion) que es un héroe que animado del espíritu de Elías abandona el mundo ántes de poder contraer el contagio de sus escándalos, y desde la mas tierna edad se retira á la aspereza de un desierto sin otra compañía que los ángeles, sin otro ejercicio que la oracion y penitencia, sin otro vestido que el cilicio, sin mas alimento que el ayuno; un héroe que, al oir las sospechas que abrigaban los judíos de que él era el Mesías, se humilla, se confunde, se horroriza y no contesta sino para desvanecer semejantes ideas diciendo con una sencillez inimitable (1), que ni aun es digno de desatar la correa de su calzado; un héroe que sin pensar en el elevado ministerio para que el Señor le habia elegido y que le adquirió el nombre de Bautista, se estremece al poner los ojos en su propia bajeza y miseria, y reputándose indigno de desempeñarle, exclama cubierto de una santa confusion (2) : Señor, yo soy el que tengo necesidad de ser bautizado por vuestra mano, y si os dignáseis favorecerme de este modo, me consideraria el mas feliz de los mortales; pero bautizaros yo á vos? ¿tener yo el atrevimiento de tocar con mis inmundas manos, de querer lavar, purificar, santificar al infinitamente santo, al santo por esencia? Y es seguro que nada fuera capaz de rendir su humilde resistencia, si no mediara un decreto irrevocable y terminante del Señor; un héroe..... mas si él mismo puso un particular esmero en ocultar al mundo sus virtudes, ¿osaré yo teme-

(1) *Joann.* c. 1. v. 27. (2) *Matth.* c. 3. v. 14.

rario penetrar el desierto y obligar á las fieras á que publiquen lo que solo ellas pudieron presenciar, ó á los ángeles á que descubran lo que tan justamente arrebató su admiracion? Por otra parte eso seria molestaros excediendo los límites de un discurso panegírico.

Concluyo: las obras del Bautista llaman la atencion de toda la Judea, pero le hicieron célebre en todo el orbe cristiano los prodigios que se obraron en el tiempo que estuvo encerrado en el seno maternal, y en su nacimiento: este, segun lo habia prometido el ángel, llena de júbilo á Zacarías y á los que tienen con él relaciones de parentesco ó de amistad: *multi in nativitate ejus gaudebunt*. Qué mas puedo deciros, ó de qué otros medios podré valerme para excitaros á una pura y santa alegría en tan fausto acontecimiento? Sobre la que ocasiona generalmente el anunciar tan de cerca al deseado de las naciones, no podeis ménos de experimentar vosotros la que resulta de haberle elegido por patrono é intercesor ante el trono de las misericordias. Alegraos, regocijaos en hora buena, pero no olvideis que es necesario imitar sus virtudes para haceros dignos de sus amorosas atenciones. Yo no exigiré jamas de vosotros un heroísmo de virtud como el suyo, porque no á todos se concede una gracia tan superabundante, unos privilegios tan singulares como á él; exijo sí, que imiteis en el modo posible su humildad, su celo por la honra de Dios, su espíritu de penitencia y caridad. Por este medio conseguiréis los bienes que por su mediacion dispensa el Señor en esta vida y en la otra.

SERMON

DE LA NATIVIDAD

DE SAN JUAN BAUTISTA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL NACIMIENTO DEL BAUTISTA NOS OFRECE MOTIVOS ABUNDANTES PARA REGOCIJARNOS Y TAMBIEN PARA SANTIFICARNOS.

Elisabeth pariet tibi filium, et vocabis nomen ejus Joannem. Et erit gaudium tibi et exultatio, et multi in nativitate ejus gaudebunt.

Tu esposa Isabel concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan. Su nacimiento será de grande alegría para todo el mundo.

S. Luc. c. 1. v. 13 y 14.

Si se excusaba con su poca edad el profeta Jeremías para tomar á su cargo el anunciar la palabra de Dios: si este hombre santo desde el vientre de su madre y elegido manifiestamente por el mismo Dios para ministro suyo, se contemplaba débil é inútil para publicar los oráculos del Señor, y se asustaba atendiendo á su falta de ciencia é impericia para hablar ¿cómo hablaré yo sin santidad, sin la ciencia del Señor? Cómo podré anunciar sus maravillas y misericordias para con su pueblo? ¿Qué podré deciros, ni cómo podré alabar al Señor por el nacimiento del Bautista, enviado para dirigir y allanar sus caminos y para que fuese delante de él predicando al que quitaba los pecados y habia de dar la salud y la redencion á los hombres? ¿Cómo podré hablar dignamente de un niño, profeta del Altísimo: del que es la voz que clama en el desierto y encarga que se preparen los pueblos para recibir al suspirado de las naciones; del enviado para dar testimonio de la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; del mayor y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rario penetrar el desierto y obligar á las fieras á que publiquen lo que solo ellas pudieron presenciar, ó á los ángeles á que descubran lo que tan justamente arrebató su admiracion? Por otra parte eso seria molestaros excediendo los límites de un discurso panegírico.

Concluyo: las obras del Bautista llaman la atencion de toda la Judea, pero le hicieron célebre en todo el orbe cristiano los prodigios que se obraron en el tiempo que estuvo encerrado en el seno maternal, y en su nacimiento: este, segun lo habia prometido el ángel, llena de júbilo á Zacarías y á los que tienen con él relaciones de parentesco ó de amistad: *multi in nativitate ejus gaudebunt*. Qué mas puedo deciros, ó de qué otros medios podré valerme para excitaros á una pura y santa alegría en tan fausto acontecimiento? Sobre la que ocasiona generalmente el anunciar tan de cerca al deseado de las naciones, no podeis ménos de experimentar vosotros la que resulta de haberle elegido por patrono é intercesor ante el trono de las misericordias. Alegraos, regocijaos en hora buena, pero no olvideis que es necesario imitar sus virtudes para haceros dignos de sus amorosas atenciones. Yo no exigiré jamas de vosotros un heroísmo de virtud como el suyo, porque no á todos se concede una gracia tan superabundante, unos privilegios tan singulares como á él; exijo sí, que imiteis en el modo posible su humildad, su celo por la honra de Dios, su espíritu de penitencia y caridad. Por este medio conseguiréis los bienes que por su mediacion dispensa el Señor en esta vida y en la otra.

SERMON

DE LA NATIVIDAD

DE SAN JUAN BAUTISTA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL NACIMIENTO DEL BAUTISTA NOS OFRECE MOTIVOS ABUNDANTES PARA REGOCIJARNOS Y TAMBIEN PARA SANTIFICARNOS.

Elisabeth pariet tibi filium, et vocabis nomen ejus Joannem. Et erit gaudium tibi et exultatio, et multi in nativitate ejus gaudebunt.

Tu esposa Isabel concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan. Su nacimiento será de grande alegría para todo el mundo.

S. Luc. c. 1. v. 13 y 14.

Si se excusaba con su poca edad el profeta Jeremías para tomar á su cargo el anunciar la palabra de Dios: si este hombre santo desde el vientre de su madre y elegido manifiestamente por el mismo Dios para ministro suyo, se contemplaba débil é inútil para publicar los oráculos del Señor, y se asustaba atendiendo á su falta de ciencia é impericia para hablar ¿cómo hablaré yo sin santidad, sin la ciencia del Señor? Cómo podré anunciar sus maravillas y misericordias para con su pueblo? ¿Qué podré deciros, ni cómo podré alabar al Señor por el nacimiento del Bautista, enviado para dirigir y allanar sus caminos y para que fuese delante de él predicando al que quitaba los pecados y habia de dar la salud y la redencion á los hombres? ¿Cómo podré hablar dignamente de un niño, profeta del Altísimo: del que es la voz que clama en el desierto y encarga que se preparen los pueblos para recibir al suspirado de las naciones; del enviado para dar testimonio de la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; del mayor y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas santo de todos los hombres que han nacido de mujer, segun el testimonio de la misma verdad por esencia?

Al considerar tantos misterios y maravillas como se nos recuerdan en este dia, consagrado por la iglesia para celebrar con tanto consuelo y regocijo el nacimiento de san Juan Bautista, ¿qué haré yo sino lo que los niños que apénas saben hablar ni formar bien las palabras? ¿Qué podré decir ni qué talento será suficiente para ponderar las maravillas del nacimiento del que fué santificado en el vientre de su madre, fué el mayor de los santos y elogiado por el santo de los santos, en quien no cabe la ignorancia, la adulacion ni el engaño? Á ti toca hoy, ó voz del Verbo, voz de la sabiduría eterna! á ti toca desatar los lazos y ligaduras que tienen entorpecida mi lengua; á ti que en el dia de tu nacimiento, cuando aun no sabias hablar alcanzaste á tu padre mudo el uso del habla, y no solamente el uso del habla sino tambien el don de la profecía, y que se desatase su lengua alabando al Señor y anunciando sus maravillas y misericordias. Dáme el que satisfaga los deseos de este devoto auditorio, que quiere oir y congratularse con tus glorias. Y para que pueda hablar á mis oyentes de un modo que sea útil para sus almas, alcánzame el que acierte á manifestar en mi discurso, que tu nacimiento nos ofrece abundantes motivos para regocijarnos, y que nos los ofrece tambien para santificarnos.

Nada podrá negarnos María santísima, tan interesada en vuestras glorias, y que con su presencia hizo que saltáseis de gozo en el vientre de vuestra madre: Allí fué donde santa Isabel la llamó bendita entre todas las mujeres; y para que nos alcance los auxilios necesarios la recordarémos las mismas palabras que tanto la alaban y engrandecen: *Ave María.*

El que habia de ser profeta y aun mas que profeta, comenzó á profetizar ántes que á hablar, sintió á Dios ántes que á sí mismo; hizo profetas á sus mismos padres, y refluyó la superabundancia de su espíritu y de su gracia en aquellos de quienes él recibió la sustancia de su carne. Isabel, despues que el niño dió saltos de gozo en su vientre, comenzó á profetizar llena del Espíritu santo, porque el hijo que todavía no podia hablar, con su manifiesta alegría reveló á la madre la presencia del Señor. Saludaba del modo que podia al Salvador, y se apresuraba á

cumplir el oficio de su precursor y del que habia de allanarle los caminos y anunciarle á su pueblo. Gracia incomparable! Poder inconcebible de la virtud divina! La voz de María santísima que resuena en los oídos de Isabel, penetra hasta el corazon de Juan, oculto y encerrado todavía en el seno de su madre; anima su espíritu, le llena de un gozo y una alegría extraordinaria, y á aquel á quien la virtud de la naturaleza apénas habia infundido el alma, la virtud de la voz de María infundió la gracia, y una gracia tan abundante, que de la plenitud del hijo se vió refundirse copiosamente en la madre. Bien podemos reconocer y llamar á María llena de gracia. Se manifestaba bien en la casa del Bautista, que el Señor de toda gracia y orígen de todo bien estaba en ella, y que rebalsaba magnífica y abundantemente primero en María misma, que contenia en su seno al Autor mismo de la gracia; de María á Juan y de Juan á sus padres. Del vientre de María salian ríos abundantes de agua viva, era la fuente de vida y de gracia puesta en el centro para regar todas las plantas del paraíso.

Á esta fuente estaba muy próximo este elevado cedro, Juan, pariente y amigo del esposo, precursor, Bautista y mártir del Señor, y no es de extrañar que habiendo recibido el riego con mas abundancia, haya crecido y se haya encumbrado tanto, que entre los nacidos de mujer no haya habido otro mayor. En verdad, hermanos mios, Juan Bautista fué el hombre mas íntimamente unido al Salvador no solamente por su parentesco carnal, por su amistad y amor; sino tambien porque ningun otro mortal se le asemejó tanto en la gloria con que fué anunciado, en las maravillas de su nacimiento, en su santidad casi original, en su predicacion, en su autoridad de bautizar, en su fortaleza de padecer... Cuando nada tuviéramos que decir; cuando quedasen en el silencio los elogios que de él habian hecho los profetas, nos bastaria solo su nombre para conocer su grandeza; el nombre de Juan con que fué llamado por el ángel ántes que fuese concebido, y significa *gracia de Dios*, da bien á entender la gracia abundante y singular que habia de haber en él. Era muy conveniente que al que es la *gracia por esencia* le diese á luz una criatura llena de gracia, y que le anunciase á los hombres un hombre lleno de la gracia; que abundase de gracia el que habia de poner término al tiempo de la ley y de los profetas, y abrir la era de la ley de gracia y de misericordia.

No extrañarémos ya que sea tan admirable el nacimiento de este niño; que ofreciese entónces tantos motivos de regocijo, y que su memoria los ofrezca en todo el mundo hasta la consumacion de los siglos. Se alegraron sus padres porque el Señor les concedió un hijo en su vejez, y en la esterilidad en que se hallaba Isabel, un hijo debido á sus súplicas y fervorosas oraciones. Se alegraron, porque recobró Zacarías el habla que habia perdido desde el dia en que el arcángel Gabriel le anunció que su esposa concebiria un hijo que habia de ser el precursor del Mesías. Se alegraron los parientes y todos los que habitaban en las montañas de Judea, por donde se divulgaban las maravillas que habian sucedido en el nacimiento de Juan, y las ponderaban en su corazon diciendo: Qué niño será este? Porque la mano del Señor está con él. Y se alegra y celebra solemnemente la iglesia un nacimiento en el que obra admirablemente la gracia y se admira la naturaleza; un nacimiento por el que ve que tomaron principio sus bienes y empezaron á cumplirse las eternas promesas. Se alegra la iglesia, no puede ser ingrata, no puede ménos de recordar con gozo y reconocer que debe recibir con devocion y con accion de gracias al precursor por quien conoció al que vino á salvarnos. Se alegra y quiere que se alegren todos los fieles, porque en este dia nació y se dió á ver al mundo la linterna que arde y luce en medio de las tinieblas, y que sirve de señal y guia para llegar al que es la luz verdadera. Nació el que trajo consigo tantos y tan admirables bienes al mundo, porque el Bautista es el primero que catequiza é instruye, el que empieza á formar la iglesia predicando penitencia, el que la prepara por el bautismo, el que preparada ya la une á Jesucristo, el que la enseña á vivir con templanza con su ejemplo, á morir con fortaleza con su muerte, y el que con sus palabras y sus obras admirables prepara al Señor un pueblo formado y perfecto que le reconozca, le ame y le adore.

Ay, hermanos mios! Qué pronto llegaríamos á ser perfectos y santos si nos gobernásemos y fuésemos dóciles á la doctrina de este maestro! Si le oyésemos y tomásemos por nuestro ejemplar! Seria inútil celebrar con regocijo el nacimiento de san Juan, cantarle alabanzas y ponderar las maravillas que obró en el Señor y los bienes que nos vinieron con él, si al mismo tiempo no vemos en el Bautista la confusion de nuestra vida, y si á la vez que le honramos con nuestros labios, le despreciamos con

los desórdenes de nuestra conducta. El nacimiento del Bautista nos ofrece motivos abundantes para regocijarnos y celebrar este dia con gozo universal de la iglesia y aun de todo el mundo, como habeis visto; pero nos los ofrece tambien para que nos santifiquemos; y este es el medio mejor con que podemos honrar y venerar la memoria de este dia grande.

Antes de nacer, ya era santo; los primeros elementos de su justicia, pasaron los términos de la perfeccion humana, y siendo niño era ya mas prudente y mas santo que los ancianos: ¿nos equivocarémos en decir que creciendo en edad, creció en santidad y virtud y que llegó á ser mas que santo? Bien podemos admirar tu santidad, pero no podremos imitarla, ¡ó el mas santo de todos los santos! Preciso es, ya que te apresuras á preparar un pueblo perfecto para el Señor formándole de los pecadores y publicanos, que hables mas humanamente que lo que vives, y que señales el modo de la perfeccion, no segun la forma de tu vida, sino atemperándote á nuestra poca virtud y frágil é inconstante condicion. Haced, dice á todos, haced frutos dignos de penitencia. Sacerdotes y doctores, grandes y pequeños, soldados y jefes, ya está la segur puesta al pié del árbol, la justicia divina está próxima á descargarse sobre los delincuentes, el que no haga penitencia perecerá. Nosotros, amados mios, nos gloriamos de hablar con mas perfeccion que aquella en que vivimos; intimamos el cumplimiento de aquellas prácticas que nosotros no llenamos: el Bautista, viviendo con mas perfeccion que aquella á que pueden llegar y que pueden conocer los hombres, se contenta con hablarles segun lo que pueden oir y á lo que deben aplicarse; se acomoda á la enfermedad de la carne. *Haced frutos dignos de penitencia.* Si no podeis tener la plenitud de todos los bienes, tened al ménos el arrepentimiento de todos los males. Si no os sentis con fuerzas para producir frutos de una justicia perfecta, sea por lo ménos vuestra perfeccion el hacer obras de penitencia y arrepentimiento.

El arrancar, destruir, perder y disipar son los frutos de la penitencia. Edificar y plantar son los frutos que corresponden á la justificacion y santidad. Bienaventurado aquel que aplique sus manos á destruir y arrancar, el que correspondiendo á la gracia del Señor y siendo dócil y fiel á sus llamamientos, arranque y pierda de sus afectos, de sus inclinaciones y sus costumbres toda planta que no haya plantado en su alma el Padre celestial;

el que destruya y disipe todo lo que haya edificado en su alma la soberbia y vanidad, la envidia, la gula y la lascivia; los que hayan levantado sus concupiscencias depravadas, para poder edificar y plantar en el sitio que ocupaban los vicios, las riquezas y hermosura de la virtud. Bienaventurado aquel que emprenda el camino de la perfeccion comenzando á ser penitente, castigando con severidad en sí mismo los males que ha cometido, detestando sus pecados, renunciando á sus vicios y arrancando de raíz del campo de su corazon todo gérmen de maldicion, para que no produzca mas frutos de amargura. El que destruya y disipe toda altura de soberbia que se levante contra la humildad de Jesucristo, que debemos trasladar á nuestros corazones. ¿Qué feliz seria la iglesia, qué paz y cuánta gracia habria entre los fieles, si los pecadores todos, y los que aspiran á ser perfectos se aplicasen á producir estos frutos de penitencia!

El mundo oye estas amonestaciones y se queda sordo y en su misma frialdad. El mundo oye á los ministros del Señor que le intiman la necesidad de hacer penitencia, y hace lo que en tiempo de Juan oyendo la voz del que clamaba en el desierto: se queda en sus vicios, continúa tranquilo en su ceguedad é impenitencia; camina adelante en sus sensualidades é intemperancias; no altera ni corrige sus costumbres. Se oye la voz de la penitencia, pero el mundo ni la reconoce ni quiere reconocerla. Los hombres se persuaden que han nacido solamente para el regalo de los sentidos y para disfrutar de los deleites, y amontonan excusas para tenerse por libres de esta estrecha obligacion. Podrán alegar la inocencia y pureza de su vida? ¡Ojalá que así fuese y que estuviéseis todos exentos de la corrupcion de la culpa! ¡Ojalá que el Espíritu santo habitase en vosotros y fuese el director de vuestras almas! Nada mas necesitariais, ni yo tendria entónces que instruiros y recordaros vuestros deberes. Pero ¿dónde está ya la inocencia y el candor de vuestros primeros dias? ¿Qué registrais en vuestra vida, sino un abismo que no os atreveis á examinar y del que vosotros mismos apartais con horror vuestra vista; una vida que os hace temblar cuando quereis examinar su confusion y sus tinieblas; una vida señalada con tantas iniquidades; una vida en que no habeis dedicado un solo instante para Dios y de la que no podeis esperar sino los castigos y venganzas eternas?

Pues, hermanos mios, desengañémonos y alegrémonos al

mismo tiempo, oyendo la voz del Bautista que nos señala y nos allana los caminos para ser felices aun despues de nuestras desgracias y prevaricaciones, y para unirnos al Señor. La penitencia, ántes que la segur acabe de cortar el hilo de nuestros dias. Haced penitencia, que se os acerca el reino de los cielos. El reino de los cielos que estaba cerrado aun para los justos por el pecado del primer hombre, podemos alcanzarle desde los dias de Juan Bautista, aun los que somos grandes pecadores. No estaba concedido ni dispuesto para nuestra naturaleza, porque éramos hijos de ira y de maldicion; pero desde los dias de Juan Bautista se concede á todos los que hagan penitencia. Desde los dias de Juan se anuncia la fausta noticia de que el reino de Dios se abre y franquea á los penitentes.

¿Qué deberemos hacer sino regocijarnos en este dia y prepararnos con la penitencia para arrebatar el reino de los cielos? ¿Qué deberemos hacer sino violentarnos y mortificar nuestras pasiones, y desentendernos de las voces del mundo y de la carne que quieren detenernos en el pecado y la perdicion eterna? ¿Qué deberemos hacer sino oir la voz del Bautista, la voz del que clama y nos convida á penitencia? Pretenderemos excusarnos? El Bautista que nace hoy santificado desde el vientre de su madre, que vive en la pureza y la inocencia, que es el mas santo de entre todos los hijos de los hombres, confundirá nuestras excusas y pretextos con sus admirables ayunos, austeridades y penitencias espantosas, con su nacimiento, con su vida y con su muerte.

Apresurémonos pues á santificarnos, aprovechándonos del tesoro y recurso poderoso de la penitencia, único camino que nos queda despues que hemos perdido la gracia con que renacimos en el Señor. Redimamos nuestros pecados, y para que se avive nuestro fervor, animémonos con la invocacion y veneracion de los santos. Imploremos hoy y en todos los dias de nuestra vida al mas grande de todos los santos, á san Juan Bautista; publiquemos sus glorias y grandezas inimitables, y pidámosle que nos alcance el don de hacer penitencia, de santificarnos con la doctrina de su predicacion y sus ejemplos, que nos haga propicio á aquel de quien tuvo la dicha de ser tan amigo y tan íntimamente unido, de ser su precursor, de Jesucristo Hijo de Dios, que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA DEGOLLACION

DE SAN JUAN BAUTISTA.

(DE GONZÁLEZ.)

Á TODO SE ARROJA EL HOMBRE DOMINADO POR LAS PASIONES, Y PRINCIPALMENTE POR LA DE LA LUJURIA.

Juravit illi: quia quidquid petieris dabo tibi..... Et decollavit eum in carcere.

Y le juró: todo lo que me pidieres te daré..... Y le degolló en la cárcel.

S. Marc. c. 6. v. 23 y 27.

Felices nosotros si estuviéramos libres de la tiránica dominacion de las pasiones! La virtud no puede ménos de ser amable, y aun el mayor impío, si no se halla con fuerzas suficientes para practicarla, la venera y la colma de elogios. Ninguno tan depravado que no quiera ser virtuoso; mas todos llevamos dentro de nosotros mismos el mayor enemigo de la virtud; aquella ley cuasi irresistible que nos arranca del bien que aprobamos, y nos precipita en el mal que aborrecemos. Este enemigo, esta ley es nuestra propia pasion; la que si no se refrena y sujeta á la razon, todo lo trastorna, todo lo atropella, todo lo destruye. Sangre, honor, virtud, patria, religion, todo lo sacrifica contra su libertad el hombre apasionado. Nada debe sernos tan temible como este enemigo que llevamos dentro de nuestro pecho: enemigo lleno de astucia, que él mismo en los principios nos quiere persuadir que le venceremos luego con demasiada facilidad. Entónces nos invita con un desahogo que, si no le presenta inocente, asegura por lo ménos que nos será inmediatamente perdonado. Por este medio atrae poco á poco nuestro corazon, ceba nuestro deseo, hasta que aprisionados con sus

insoportables cadenas, turba completamente el juicio, destruye la razon, ciega el entendimiento. El hombre dominado por la pasion no es ya un hombre; es un bruto, una fiera que no reconoce mas ley que la de su antojo. Si me fuera posible ofrecer á vuestra consideracion la historia general del mundo, vierais el cuadro mas horroroso producido por las pasiones: vierais hijos impíos cuyas manos parricidas están manchadas con la sangre de aquellos á quienes deben la vida: vierais padres inhumanos sacrificando la inocente existencia de sus propios hijos: vierais el veneno y el puñal en manos de la esposa para acabar la vida del consorte que la adora; vierais trastornado todo el órden, conducida la virtud al cadalso y elevado el crímen hasta el solio; tumultuados los pueblos, asolados los reinos, decapitados los reyes, incendiados los templos: vierais... Mas no me permite la brevedad haceros ver otra cosa que la injusta muerte del hombre mas grande, del mas justo, del mas inocente, del mas digno de vivir, de san Juan Bautista, en una palabra.

Oh! qué cruel y horroroso espectáculo voy á ofrecer á vuestra consideracion en este dia! La degollacion del Bautista es una de las mas evidentes pruebas de la ferocidad del hombre dominado por la vergonzosa pasion de la lascivia; pero su recuerdo conduce en gran manera al arreglo de nuestra vida, como que es un antídoto contra el veneno de las pasiones.

Vanos son mis deseos, Espíritu divino, si vos no os dignais iluminar mi entendimiento con vuestra clarísima luz, é infundir en el ama de mis oyentes vuestros soberanos auxilios. Uno y otro os pedimos por la intercesion de vuestra digna Esposa á quien decimos con humildad y devocion: *Ave María.*

Cuando se pretenden escudriñar los adorables decretos de la Sabiduría eterna, se oscurecen las débiles luces de la razon, y demuestra la filosofía la vanidad de sus esfuerzos. Ahora la parece que el Señor está haciendo una vana ostentacion de su poder, y luego que da muestras de una suma debilidad: aquí que da pruebas de un amor excesivo y de una ilimitada beneficencia, y allí las señales de un odio positivo ó de una total indiferencia para con una misma criatura: ya que obra en su favor las maravillas mas prodigiosas sin descubrirse la menor ne-

cesidad, y ya que la abandona sin querer aun por los medios ordinarios sacarla del apuro mas terrible. Estas alternativas se presentan á la consideracion del filósofo en la vida de san Juan Bautista. Cuántos milagros acompañaron á su nacimiento! mas luego que debió atraerse y se atrajo efectivamente la benevolencia de su Dios con la práctica de las virtudes mas heróicas, y cuando con el mas ardiente celo procura la gloria del Señor, encerrado por esta causa en una lóbrega prision carece absolutamente de todos los auxilios, en cuyo conflicto nadie se presta á defender su causa; ninguno se mueve á probar su inocencia; no se halla quien pida su libertad; resultando de todo esto que la injusticia triunfa de su virtud; la torpeza se burla de su celo; y para recompensar el mérito de una indecente y desenvuelta bailarina, se hace correr por el suelo su inocente sangre; se derriba de los hombros su cabeza; se corta el hilo de su preciosa vida, sin que nadie reclame ni manifieste la menor oposicion.

¿De qué modo, filósofos charlatanes, podrá conciliar vuestra ignorancia esta conducta de la Providencia? Era mas justo, era mas digno de la vida, habia contraído méritos mas relevantes este santo precursor al salir del vientre materno que al salir del mundo para siempre? ¿Le aborreció en el tiempo de su muerte aquel Dios justo que tanto amor le manifestó en el de su nacimiento? ¿no podria conforme á las leyes de la justicia sacarle de las manos de Heródes aquel Señor omnipotente que contra las de la naturaleza pudo formarle en el estéril seno de Isabel? Ignoraba..... mas apartemos de nuestra vista estas blasfemas producciones de vuestra ignorancia, y veremos que la cruel é injusta muerte del Bautista estaba determinada por el cielo para poner á su alma en posesion del justo premio para que la crió.

Despues de haber consumido su vida en el desierto ejercitando en sí mismo la mas rígida y austera penitencia para poder predicarla en el mundo; cuando ve llegado el tiempo de dar principio á su mision, tiembla, se estremece, y es necesario que el espíritu del Señor le saque de su amado retiro, y le haga presentar en medio de las ciudades habitadas de las Adúlteras, de las Magdalenas, de las Sámaritanas, de los Heródes, cuyas torpezas, sin ser capaces de escandalizarle ó incitarle á su imitacion, le horrorizan, le irritan, encienden en su corazon el celo

mas fervoroso por la gloria de su Dios, con el que en desierto y en poblado, en las chozas de los pobres y en los palacios de los reyes, en todas partes, en todos tiempos, en todas circunstancias, delante de todo género de personas declama contra este funesto vicio, y evidencia la indispensable necesidad de una sincera y rigurosa penitencia. La guerra continuada que tiene que hacerse á vista de los escándalos que le ofrece la Judea; la multitud de prodigios que por su mano obra el Omnipotente; el extraordinario heroísmo de su virtud; la mortificacion mas admirable junta con la mayor inocencia: todas estas relevantes cualidades admiran á los sabios y doctores de la ley; pero lo que no puede ménos de llamar su atencion es su doctrina. Descubren en sus palabras una sabiduría verdaderamente celestial, porque van acompañadas de una eficacia irresistible.

Así es; sus expresiones no eran como las del hipócrita que nada busca con tanto ahinco como la grandeza que aparenta despreciar: no eran como las del vil adulador que exteriormente se humilla para captar la voluntad del poderoso que puede engrandecerle; son palabras de un profeta que conoció, adoró y predicó la divinidad del Nazareno, cuando ambos estaban ocultos aún en el seno materno; son palabras de un justo retirado del comercio del mundo desde su mas tierna edad por disposicion de la Providencia divina, para que su lengua no pudiera mancillarse jamas con el menor crímen: son palabras de un celoso y sincero predicador á quien jamas intimidó, ni fué suficiente á contener la presencia del poderoso; y que con una santa intrepidez supo llamar en su cara á los soberbios fariseos razas de víboras, y al tetrarca Heródes incestuoso y adúltero.

Esta santa libertad debia acarrearle disgustos, privaciones, cárceles, y por último la muerte. Impelido de su ardiente celo por la gloria de Dios y por el bien espiritual de sus hermanos, no se recela de corregir á Heródes que, con escándalo de toda la Judea, vivia públicamente amancebado con la mujer de su hermano. «Mira, le dice, con aquella dulzura hija de la caridad; mira que no te es lícito lo que haces: *non licet tibi.*» Heródes, viendo salir aquella correccion de la boca de un justo á quien aprecia por sus virtudes, y porque no puede ignorar que se interesa en su felicidad verdadera, la recibe con resignacion y aun con gusto. Conociendo su santidad, le venera, le admira, se deja persuadir, le obedece; y si obrara solamente movido de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su propia voluntad, léjos de hacerle mal alguno, le colmaria de favores y de gracias, porque conociendo cuán justa era su reprension, no podia ménos de amarle; pero ay! una mujer infame ejercia sobre él un poderoso ascendiente, y ni sabia ni podia hacer sino lo que á ella la agradara. Herodías, esa adúltera escandalosa, indignada contra el Bautista por la libertad con que condenaba su infame conducta y la de Heródes, le profesa un odio irreconciliable; jura vengarse á la primera ocasion que se la presente, y por desgracia la encuentra en la promesa que el tetrarca hace á su hija para premiar la desenvuelta habilidad que habia manifestado en el baile. Inducida esta por su madre, pide la prision de Juan, y por complacerla manda Heródes que le pongan en la cárcel. No satisfecho con esto el furor de aquella, hace que su hija pida con instancias su muerte. Heródes se horroriza al oirlo; la justicia, la patria, la religion, la naturaleza, todo habla en su corazon á grandes voces; todo aboga por la vida del justo; y él se resuelve á conservarla á despecho de su concubina, y á pesar de todos sus enemigos. Mas ay! que aun no conoce la vehemencia de sus pasiones.

La peticion de la cabeza de san Juan Bautista forma en su combatido espíritu el mas terrible contraste. Descubre en este santo precursor un héroe; ve en él un hombre el mas inocente de todos; ve un profeta el mas favorecido de Dios; ve un justo en cuya mano está depositada toda la virtud del Omnipotente: ve el hijo de un sacerdote cuyo nacimiento fué señalado con los mas estupendos prodigios: ve un hombre venerado, obedecido, amado de todo el pueblo; consideraciones que le inducen á temer que toda la Judea se ponga en movimiento para impedir su muerte, pudiendo conducirle esta rebelion al extremo de quitarle el trono y aun la vida: ve..... Me engaño; nada ve, pues está completamente ciego: el ídolo infame de su pasion reclama con instancias la pronta ejecucion de sus perversos designios, y es indispensablemente necesario acceder por no ocasionarle el menor disgusto. Su misma pasion le trae á la memoria el indiscreto juramento que acaba de hacer en presencia de todos los grandes de su corte, de dar á la impúdica bailarina todo lo que le pida, aunque sea la mitad de su reino, para premiar así el obsequio que le habia hecho con su baile en el dia de su cumpleaños; y esta injusta promesa le sirve de pretexto para sofocar todos los gritos de su conciencia culpable. Contra

todas las leyes divinas y humanas, contra la costumbre de todos los tiempos y naciones, contra todo lo que puede dictar la razon por mas enferma y debilitada que se encuentre, se firma la sentencia cruel en la misma mesa del convite, y pocos momentos despues se presenta en ella para regalo y distraccion de los convidados la cabeza mas justa, la mas inocente, derramando por su cuello su pura sangre; horrorizando con su presencia á los que abrigaban sentimientos mas humanos; dando un público y evidente testimonio de su inocencia, de su caridad, de su celo, de su virtud; y avergonzando al tirano con su injuria, con su torpeza, con su impiedad, con su barbarie, con su irreligion.

Pasion brutal! pasion desenfrenada! pasion funesta! por ella se violan los mas sagrados derechos: la naturaleza pierde por ella su mejor héroe, la patria el mejor vasallo, la religion el mejor profeta, la verdad el mejor panegirista, la virtud el mejor abogado, la culpa el mayor enemigo, el mundo el mejor ejemplo. Pasion monstruosa, horrible! por ella cae á los piés de una incestuosa adúltera la cabeza de un vírgen; la sangre de un profeta se derrama por agradar á una jóven disoluta; la muerte alevosa del mayor de los nacidos es el premio de los indecentes bailes de la que nunca debió nacer. Funesta pasion! con cuánta ignominia degradas al hombre de la nobleza de su ser, colocándole en la clase de las bestias, y aun haciéndole inferior á los estólidos jumentos.

Huid, cristianos, huid un enemigo tan digno de temerse. Sofocad en el principio todas vuestras pasiones si quereis dejar de experimentar los horrorosos estragos que producen. No creais las lisonjeras sugestiones de Satanas: léjos de vencerlas mas fácilmente despues de haberlas obedecido, como os lo quiere hacer creer aquel, irán oscureciendo cada vez mas vuestra razon, turbando vuestro entendimiento, debilitando vuestras fuerzas, hasta que os arrastren al mas horrendo precipicio. Poned todo el esmero posible en subyugarlas y resistirlas con la práctica constante de las virtudes contrarias á ellas. Dedicaos principalmente al ejercicio de la castidad para ahogar los ímpetus de la impureza, vicio el mas temible de todos, como habreis conocido por los excesos á que le condujo á Heródes con el Bautista. Para esto no necesitais huir á la soledad del desierto; vestiros de pieles de camellos; alimentaros con langos-

tas; vuestro género de vida, si supiéreis acomodarle á las máximas santas del Evangelio, es el mas á propósito para la virtud y la penitencia; mas por una lamentable desgracia le convertís en medio de condenacion. En la aspereza de vuestro vestido, que pudiera serviros de verdadero cilicio, hallais un fomento del lujo y de la vanidad; con la escasez y grosería del alimento, poco diferente de un perfecto ayuno, servis á la embriaguez é intemperancia; en el trabajo, que sin duda es una mortificacion continuada, apénas teneis otro móvil que la detestable codicia. De aquí es que, no obstante la austeridad de vuestra vida, sois por lo comun dominados de la concupiscencia de la carne, y de la soberbia de la vida. Moderad esa extremada pasion que teneis al baile, cuyas consecuencias, si no son siempre como las de la hija de Herodías, pero las mas veces son funestas. Acostumbraos á sufrir con resignacion y contento los males que el Señor os envíe; y no os entregueis á una alegría inmoderada en la prosperidad; imitando al santo Bautista, que en los elogios del pueblo, en la prision y en la muerte desplegó igual serenidad y constancia. De este modo, sin necesidad de que vuestra muerte sea violenta como la suya, vivireis una vida feliz y dichosa como él. Amen.

SERMON

DEL BEATO

JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE DESCALZOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

(DE TRONCOSO.)

Zelatus sum bonum et non confundar. Colluctata est anima mea... et confirmatus sum.

Fui celoso del bien y no me avergonzaré. Mi alma sostuvo una terrible lucha, pero he permanecido constante.

Eclesiástico, *c.* 51. *v.* 24 *y* 25.

En la dilatada serie de siglos que viene atravesando la religion de Jesucristo, ni uno solo hay que no ofrezca á nuestra admiracion héroes portentosos que han ensalzado y glorificado el nombre del Señor, y robustecido con sus doctrinas y virtudes los fundamentos de la iglesia su esposa inmaculada. Aquí vemos Moises pacíficos escogidos por Dios para enseñar al nuevo Jacob los mandamientos de vida y las leyes de la verdadera ciencia (1). Allí Josués esforzados que esgrimen la espada en defensa del santuario, y llevan el terror al seno de las huestes enemigas del pueblo de Israel. Ora se nos presentan Davides cortados por el dedo mismo de Dios, destinados á dar gloria al Santo y Excelso con palabras de suma alabanza, y á realzar los brios de su pueblo degollando los gigantes del error. Ora Josías semejantes á una confeccion de suaves aromas, suscitados por el cielo para convertir naciones infieles y abolir las abominaciones de la impiedad.

(1) *Eccl. c.* 45. *v.* 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas; vuestro género de vida, si supiéreis acomodarle á las máximas santas del Evangelio, es el mas á propósito para la virtud y la penitencia; mas por una lamentable desgracia le convertís en medio de condenacion. En la aspereza de vuestro vestido, que pudiera serviros de verdadero cilicio, hallais un fomento del lujo y de la vanidad; con la escasez y grosería del alimento, poco diferente de un perfecto ayuno, servis á la embriaguez é intemperancia; en el trabajo, que sin duda es una mortificacion continuada, apénas teneis otro móvil que la detestable codicia. De aquí es que, no obstante la austeridad de vuestra vida, sois por lo comun dominados de la concupiscencia de la carne, y de la soberbia de la vida. Moderad esa extremada pasion que teneis al baile, cuyas consecuencias, si no son siempre como las de la hija de Herodías, pero las mas veces son funestas. Acostumbraos á sufrir con resignacion y contento los males que el Señor os envíe; y no os entregueis á una alegría inmoderada en la prosperidad; imitando al santo Bautista, que en los elogios del pueblo, en la prision y en la muerte desplegó igual serenidad y constancia. De este modo, sin necesidad de que vuestra muerte sea violenta como la suya, vivireis una vida feliz y dichosa como él. Amen.

SERMON

DEL BEATO

JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE DESCALZOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

(DE TRONCOSO.)

Zelatus sum bonum et non confundar. Colluctata est anima mea... et confirmatus sum.

Fui celoso del bien y no me avergonzaré. Mi alma sostuvo una terrible lucha, pero he permanecido constante.

Eclesiástico, *c.* 51. *v.* 24 *y* 25.

En la dilatada serie de siglos que viene atravesando la religion de Jesucristo, ni uno solo hay que no ofrezca á nuestra admiracion héroes portentosos que han ensalzado y glorificado el nombre del Señor, y robustecido con sus doctrinas y virtudes los fundamentos de la iglesia su esposa inmaculada. Aquí vemos Moises pacíficos escogidos por Dios para enseñar al nuevo Jacob los mandamientos de vida y las leyes de la verdadera ciencia (1). Allí Josués esforzados que esgrimen la espada en defensa del santuario, y llevan el terror al seno de las huestes enemigas del pueblo de Israel. Ora se nos presentan Davides cortados por el dedo mismo de Dios, destinados á dar gloria al Santo y Excelso con palabras de suma alabanza, y á realzar los brios de su pueblo degollando los gigantes del error. Ora Josías semejantes á una confeccion de suaves aromas, suscitados por el cielo para convertir naciones infieles y abolir las abominaciones de la impiedad.

(1) *Eccl. c.* 45. *v.* 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á traves de todos esos hombres grandes y admirables, se presenta á mi vista uno que á manera de un alto cedro que descuella sobre el monte Líbano, mírase rodeado de una corona de hermanos, semejantes á los renuevos de una gallarda palma, vestidos de gloria y adornados con magnificencia como los hijos del sacerdote Aaron. Tal es mi ínclito padre el beato Juan Bautista de la Concepcion, objeto de estos grandiosos cultos; el héroe singular del siglo XVI, suscitado por la Providencia para levantar de nuevo la casa de Dios y restaurar su templo; para brillar en la iglesia como el arco íris que resplandece en las trasparentes nubes, y esparcir en ella el suave olor de las mas preciosas virtudes, á manera de rosa en tiempo de primavera, y como el árbol del incienso que despide su fragancia en tiempo del estío; para acrecer y propagar la gloria de la Trinidad beatísima instituyendo un nuevo órden, que á semejanza del olivo que retoña y del cipres que por su elevacion descuella sobre los demas árboles; hermosease el ameno jardin de la esposa del Cordero.

Ved aquí, católico y religioso auditorio, la mision sublime que del cielo recibiera mi ínclito padre Juan Bautista de la Concepcion. Él fué el que entre tantos varones ilustres en santidad y ciencia que formaban la gloria del órden de la santísima Trinidad en aquel siglo, eligiera el Señor para acometer la gloriosa cuanto difícil empresa de restaurar el primitivo fervor de la regla dada por nuestros excelsos patriarcas san Juan de Mata y san Félix de Valois, fundando la órden de Descalzos, que tanto lustre ha dado á la religion, y servicios tan inmensos ha derramado en toda la iglesia. En esto está cifrado el mayor elogio que puedo hacer de mi insigne fundador.

No me ocuparé hoy del honor que tan justamente le ha merecido la realizacion de esa empresa tan colosal, fruto de una constancia inimitable, de una grandeza de ánimo sin ejemplo, de una paciencia superior á todos los acontecimientos humanos, de una intrepidez invencible en las mas azarosas circunstancias. Celebre quien quiera sus repetidos triunfos sobre el infierno enemigo declarado de esta institucion gloriosa; y cante la derrota de tantos émulos interiores y exteriores que á todo precio intentaron atajar sus rápidos progresos. Extranjero yo á todo espíritu de prevencion y de partido, si alguna vez me veo precisado á tocar ciertos hechos cuya memoria fuera mejor sepultar en el seno del ovido, no será sino para hacer mas visibles y admirables su celo ardiente y su inalterable fortaleza. Estas dos virtudes que entre todas las demas elogia la iglesia en nuestro ínclito padre y fundador, son las que deben formar el asunto del elogio que hoy le consagro á ley de hijo amante, si bien el mas indigno de todos cuantos hemos tenido la dicha de militar bajo sus estandartes. Ninguno tal vez como este héroe de Jesucristo pudo decir de sí mismo: «Fuí celoso del bien, y no me avergonzaré. Mi alma sostuvo una terrible lucha; pero en medio de los peligros he permanecido constante é invencible: *Zelatus sum bonum et non confundar. Colluctata est anima mea... et confirmatus sum.*» Desenvolvamos, pues, los principales hechos de su vida portentosa, y hallarémos que si su celo en propagar la mayor gloria de la santísima Trinidad y el fervor primitivo de su órden le mereció un honor inmortal, su constancia en llevar á cabo este grandioso designio á traves de los mayores obstáculos, y de una encarnizada lucha contra el poder del infierno, le condujo al mas alto grado de heroísmo. Hé aquí las dos reflexiones que propongo á vuestra consideracion.

Pluguiese á vos ¡oh Espíritu de ciencia y de luz, comunicar á mi entendimiento los auxilios necesarios para llenar dignamente el asunto que he propuesto! ¡Ojalá que mis labios fuesen ménos impuros, y mi lengua fuese mas elocuente para poder elogiar segun mis deseos á un varon tan santo, á un héroe tan admirable, á un padre en fin que forma el gozo de mi alma, y el encanto de mi espíritu! Tú, vírgen la mas pura, madre la mas benéfica, reina la mas excelsa, á quien los astros de la mañana alaban, y cuya presencia regocija á todos los hijos de Dios; tú en quien mora como en su templo ese Espíritu divino, consígueme sus dones en este momento, infúndeme su sabiduría, ilústrame con su luz. Déjese mover tu corazon amante del cordial afecto con que todos te dirigimos la salutacion del ángel diciendo: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Para pintar el celo extraordinario del antiguo profeta del Carmelo, nos le representa el hijo de Sirach semejante á un fuego abrasador que por donde quiera lanza ardientes y luminosas

teas (1). Bajo este mismo emblema pudiera yo presentaros hoy á mi ínclito padre y fundador, si desde luego me propusiese entrar de lleno en el vasto campo que ofrece la grande y colosal empresa de la fundacion de nuestro sagrado órden. Séame empero permitido retroceder á los primeros dias de este héroe, y admirar un arbustillo tierno que regado con el jugo de una santa educacion, se elevará progresivamente á la altura de un árbol frondoso, cuyo ramaje debe un dia cubrir con su sombra la numerosa familia del nuevo Jacob. No os desdeñeis, hijos bienhadados de Juan Bautista, de contemplar á vuestro padre entre las fajas de la infancia. Todo es grande, todo sorprendente, todo admirable en ese ser portentoso. No os recordaré su patria: vosotros no ignorais que la villa de Almodóvar del Campo de Calatrava fué el fecundo suelo que brotó por los años 1561 este precioso arbusto. Nada os diré de su educacion : la grata memoria de la piedad y acendrada virtud de sus padres Márcos García é Isabel López Rico, aun se conserva fresca en el corazon de sus descendientes y de los habitantes todos de aquel pueblo. ¿Podré empero pasar desapercibido su amor al bien, y su celo ardiente por la verdad, carácter que le distinguió desde su misma cuna y que le hizo admirar de cuantos le conocieron? ¿Quién dejará de asombrarse al ver á un niño que apénas cuenta cinco años de edad, y ya cifra todas sus delicias en asistir al templo como el profeta de Silo, en domeñar sus tiernecitos miembros como el Precursor, y en emplearse en obras de beneficencia cristiana como Tobías? ¿Quién no contemplará con la emocion mas profunda, el candor de un tierno infantillo que sabe sostener los derechos de la verdad contra sí propio? ¿Hasta qué grado no llegaria el celo por lo bueno y verdadero en el corazon del pequeñuelo Juan Bautista, cuando habiendo incurrido en uno de aquellos defectos tan comunes en su edad, no solo confiesa sencillamente su culpa en presencia de su padre, sino que reconvenido por este á causa de esta ingenua confesion, contesta : « Llégame al alma, oh padre mio, el haber cometido esta falta ; pero me tendria por mucho mas culpado si sobre haber incurrido en ella, aún añadiera otra mayor mintiendo por librarme del castigo. »

¡Ejemplo admirable de sencillez! rasgo sublime de verdad

(1) *Eccli. c. 48. v. 1.*

que desde luego hace descubrir en este niño la misteriosa fuente de Mardoqueo, que un dia debia convertirse en un rio caudaloso, cuyas aguas inundaran toda la tierra. ¿Y qué no podia esperarse de un alma que en un cuerpo tan tierno se manifiesta tan celosa del bien y de la verdad? ¿Qué no debia prometerse la religion de un niño que apénas ha visto la luz del mundo, y ya le considera como enemigo declarado de Dios y de sus máximas; que aun no ha podido experimentar el influjo de las pasiones, y ya se previene contra los encantos de la seduccion, ofreciendo su virginidad ante las aras de la mas pura de todas las vírgenes; que ignora totalmente lo que es el vicio, y ya sabe practicar lo mas heróico de la virtud? Si le hubiérais visto unir al estudio de las letras humanas el recogimiento mas profundo y un espíritu de oracion continua; si en la universidad de Baeza, donde cursó el primer año de teología, le hubierais contemplado hecho el modelo de los virtuosos y el censor de los libertinos, no hubierais dudado en aplicar á Juan Bautista el elogio que de él hizo la ilustre vírgen santa Teresa de Jesus, cuando hospedada en casa de sus padres, les dijo con voz conmovida y espíritu profético : « Aquí teneis un hijo que ha de ser un gran santo, abogado de muchas almas, y reformador de una gran cosa que se verá (1). »

Tiempo hacia que el jóven Juan Bautista anhelaba retirarse del siglo y tomar el hábito religioso. Ya en una ocasion habia pretendido entrar en el ilustre órden de Descalzos de nuestra señora del Cármen; pero la divina Providencia que tenia sobre él otras miras, dispuso que no se pudiese realizar su generoso designio. No por eso se desalentó su fervoroso corazon. Estando en la universidad de Toledo continuando sus estudios, mírase inspirado de vestir el hábito de la santísima Trinidad, y hechas las diligencias al efecto, vió cumplidos sus ardientes deseos el dia 28 de junio de 1580, teniendo á la sazon diez y nueve años de edad. Este órden sagrado era el teatro en que debia desarrollarse su ardiente celo por el bien; aquí era en donde este arbolito tierno aún, debia echar las profundas raíces de un órden que á manera de árbol corpulento, despues habia de ex-

(1) *Así consta del proceso que se hizo para la beatificacion de mi excelso padre y fundador, en la sétima pregunta dirigila á su hermano Antonio López Rico.*

tenderse por toda la sobrehaz de la tierra. No os detengais á admirar su fervor en los primeros pasos de su carrera; seguid el rápido curso de ese astro luminoso. Si le veis elevarse desde su oriente al zenit de la observancia religiosa y de la ciencia sagrada bajo la direccion del inmortal Simon de Rójas, cuyas virtudes y eminente sabiduría copia en su persona con la mas perfecta exactitud; si en Andalucía, á donde una órden superior le envía á causa de su quebrantada salud, le contemplais predicador evangélico, apóstol perfecto, orador consumado, cuya elocuencia admira, cuya uncion convence, cuyo fervor reporta las mas preciosas conquistas para Jesucristo; si en la Membrilla le mirais ejerciendo el ministerio sagrado de la penitencia con el éxito mas feliz, reformando las costumbres, desterrando los vicios, convirtiendo diariamente muchedumbre prodigiosa de almas envejecidas en el crímen; todo esto no es mas que un leve bosquejo del celo abrasador de este nuevo Elías. Adelantad algunos pasos mas, y le vereis como á aquel, restableciendo las tribus de Jacob, y fomentando en su órden la reforma, á despecho del mundo y de las pasiones mas innobles; resucitando el primitivo fervor de sus santos fundadores, émulo digno de su espíritu, y acometiendo una empresa capaz de hacer célebre el nombre, y de inmortalizar la gloria de los héroes mas portentosos.

Ya en 1594, reunidas en capítulo general las provincias de España, bajo la presidencia del muy religioso padre fray Diego de Guzman, comisario general del órden de la santísima Trinidad, los dignos capitulares habian decretado que en cada una de ellas se estableciesen dos ó tres conventos de recoleccion, en los cuales los religiosos que optasen á mayor austeridad y perfeccion pudiesen vestir un hábito mas áspero, y observar la regla primitiva. Con los mas faustos auspicios comienza á realizarse este loable pensamiento. La villa de Valdepéñas contaba ya un convento de religiosos de la reforma, establecido con las formalidades debidas á impulso y bajo la proteccion del excelentísimo señor marques de Santa Cruz. Este era el semillero que en lo sucesivo debia producir mil varones insignes en virtud, cuya vida penitente y fervorosa asombraria al mundo. Aquí debian zanjarse los fundamentos del nunca bien elogiado órden de Descalzos, cuya institucion, obra del celo, de las fatigas é indecibles padecimientos del beato Juan Bautista de la

Concepcion, tantos frutos de virtud y santidad iba á producir en el ameno verjel de la iglesia. Esta era la obra grande y portentosa que la inmortal Teresa de Jesus vaticinara un dia á sus padres siendo niño. ¿Dónde está, pues, ese héroe celoso, esa alma grande destinada por Dios para llevar á cabo sus designios? En vano el Isaí de esta gran familia de la santísima Trinidad destina varios de sus hijos para ser los fundadores de la nueva reforma. Ah! no, á ninguno de ellos ha escogido el Señor: *non elegit Dominus ex istis* (1). Ese pequeño David que en Sevilla se ocupa en apacentar con las palabras de vida eterna las ovejas del eterno Pastor, es el elegido por el cielo para reinar sobre el nuevo pueblo de predileccion. Así lo manifestó el cielo en varios acontecimientos que sucedieron en aquella época. Viajaba mi beato padre desde Sevilla á Andújar á verse con el reverendísimo padre comisario general del órden, cuando á distancia de dos leguas de la ciudad de Écija se levanta una horrorosa tempestad que llena su alma de consternacion, y difunde en todos sus sentidos el espanto. La primera idea que le asalta, es su resistencia á los impulsos interiores que experimentara hácia la reforma. Juzga aquel incidente un castigo manifiesto del cielo, y en su consecuencia promete al Señor con el mayor fervor de no volver á Sevilla, y partir inmediatamente á Valdepéñas á abrazar la nueva recoleccion. Mas ¿cómo podrá realizar sus deseos? Su superior tiene sobre él designios muy diversos; le reserva para otros empleos de la órden; nada habrá que sea suficiente á hacerle rendir á las súplicas del humilde Juan Bautista. Así fué en efecto: intimidado nuestro beato padre con la repulsa del reverendísimo comisario, ni aun á insinuarle se atrevia este deseo; pero el Señor tomó á su cargo la empresa, y de tal manera doblegó el ánimo de aquel prelado, que de su propio movimiento le envía á Valdepéñas á dar impulso á aquella recoleccion, persuadido á que solo de su celo podia prometerse un éxito favorable.

¡Qué alegría tan extraordinaria inundó el alma de mi beato padre al verse ya en el goce de sus mas ardientes deseos! Vuela con la velocidad del relámpago; llega á su amable retiro: viste el hábito de recoleto, y bien así como torrente que por largo tiempo ha estado detenido, tan luego como se rompen los

(1) *I. Reg. c. 16. v. 10.*

diques que impedian su curso, se desborda impetuosamente y todo lo inunda, no de otro modo aquella alma magnánima, cuyo celo hasta entónces habia estado aprisionado, rompiendo los diques que la contenian, se lanza de lleno en la carrera de la perfeccion con un fervor que, por usar de la expresion de un ilustrado escritor de su vida, «causó admiracion á los hombres, llenó de terror á los demonios, y regocijó á los ciudadanos del cielo (1).»

¿Quién sera capaz de seguir la veloz corriente de este rio caudaloso? Ora le veréis marchar al capítulo general que se celebraba en Sevilla, á traves de un tiempo lluvioso y en extremo incómodo, á pié, sin mas prevencion que su confianza suma en la providencia de su Dios, aquejado de sus habituales dolencias y rodeado de peligros. Ora le veréis volver á su amable convento de Valdepéñas, de donde fué nombrado ministro, y ocuparse en fomentar entre sus súbditos el espíritu de observancia y austeridad, que durante su ausencia se habia entibiado notablemente. Unas veces le hallaréis trabajando en redactar avisos saludables, consejos sábios y prudentes para la direccion del espíritu; otras en dar el mas admirable ejemplo de silencio, de oracion, de recogimiento y abstraccion total de todo lo terreno. Todos los pensamientos de mi beato padre se dirigian á un fin, todas sus acciones tenian por objeto una idea: esta era el establecer en todo su fervor y extension en la órden el espíritu primitivo de sus inmortales fundadores, restituir á su perfecta observancia la regla de nuestros ilustres padres san Juan de Mata y san Félix de Valois.

No correspondiendo los resultados, como hubiera sido de esperar, al celo incansable de mi beato padre, é inspirado por el cielo con repetidos avisos y revelaciones, decídese á acometer una empresa que, á considerarla segun los cálculos humanos, hubiera podido calificarse de temeraria. Solo un celo segun Dios, guiado por Dios y por Dios sostenido hubiera podido concebir el grandioso no ménos que difícil designio de marchar á Roma á solicitar de la santa Sede la confirmacion de la reforma, con leyes particulares de Descalzos y la observancia de

(1) *Vida del beato Juan Bautista de la Concepcion, escrita por el P. Fr. Luis de San Diego, cronista general del sagrado órden de Descalzos de la Santísima Trinidad, c. 3. p. 33. Edicion de Madrid, 1820.*

la regla primitiva. Inútilmente intenta el infierno oponerse á la ejecucion de esta empresa. Mi beato padre ve de repente condensarse sobre su cabeza una horrible tormenta: mírase solo, pobre, sin proteccion, sin influencia. Abandónanle sus mismos hermanos: murmuran de él los unos, censúranle los otros: estos le acusan de visionario; aquellos le califican de díscolo é inobediente; todo se conjura contra el desvalido Juan Bautista. Qué hará pues? Continuará en su generosa empresa? Pero todo le falta aun para empezar. Desistirá á vista de las dificultades que se presentan? Pero el cielo le manda que no la abandone. Grande es el conflicto en que se halla su corazon. En la furiosa alternativa de pensamientos que ofuscan su espíritu, no sabe á qué resolverse. Todas las pasiones de su alma le presentan la mas cruda guerra. Lucha entre el temor y la esperanza, entre el deseo de la gloria de Dios y la animadversion de los hombres, entre el celo por el mayor incremento de la observancia de su órden, y los innumerables obstáculos que el mundo opone á su ejecucion. Si atiende á las consideraciones de la prudencia humana, parécele faltar al sagrado deber de la obediencia debida á sus prelados, emprendiendo contra su voluntad la reforma meditada; si escucha los avisos interiores de su espíritu, cree hacerse reo de una resistencia visible á la voluntad de Dios, abandonando su realizacion. Pero al fin el celo de la gloria de Dios y de la observancia religiosa triunfa en el corazon de mi beato padre de todas las consideraciones humanas. Su celo es prudente, sabio, y segun el espíritu de Dios; y en su consecuencia, no se avergonzará. *Zelatus sum bonum, et non confundar.* Ilustrado de nuevo con una vision celestial, animado por la dulcísima vírgen María á llevar adelante su designio, se decide á dar principio á la obra desde aquel momento, y á trabajar incansable en restaurar la observancia primitiva del órden de la santísima Trinidad. Sigámosle en su gloriosa carrera, y despues de haber admirado su celo en acometer la gloriosa empresa de la fundacion del órden de Descalzos de la santísima Trinidad, admiremos su fortaleza heróica en llevarla á cabo á traves de los mayores obstáculos y de una encarnizada lucha contra todo el poder del infierno y del mundo: *Colluctata est anima mea, et confirmatus sum.*

SEGUNDA REFLEXION.

Las tribulaciones han sido siempre el patrimonio de las almas grandes y emprendedoras. La virtud siempre tuvo y tendrá émulos. La religion jamas se vió libre de enemigos. Nació entre guerras, creció entre combates, y se propagó á traves de lagos de sangre vertida por sus perseguidores. La misma suerte han corrido esos sagrados institutos fundados en la iglesia para mayor gloria y esplendor del cristianismo. Los genios privilegiados suscitados por Dios para llevar á cabo esas empresas gloriosas, han tenido que sostener una lucha porfiada y los mas recios combates contra el poder del infierno, enemigo declarado de todo lo bueno, y contra las pasiones de un mundo instrumento ciego de sus designios. Pero sobre todo, las reformas santas y saludables de estos sagrados institutos, que la decadencia de los tiempos ha hecho á veces necesarias, parecen haber sido el blanco de la mas cruda y encarnizada guerra. Nada hay comparable á los trabajos, á las persecuciones, á los odios y á los peligros que han debido arrostrar las almas llamadas por Dios á este género de empresas. Los Alcántaras, los Juanes de la Cruz, las Teresas de Jesus, son testimonios irrecusables de esta gran verdad. Pero entre todos, mi excelso padre y fundador el beato Juan Bautista de la Concepcion parece haber sido escogido por el cielo para manifestar al mundo en la reforma del sagrado órden de la Santísima Trinidad, hasta qué grado puede llegar el heroísmo del hombre y la fortaleza del cristiano para tolerar las penalidades que son consiguientes á la realizacion de un gran designio de la gloria de Dios. Si seguis sus pasos desde que emprendió este generoso pensamiento hasta que dió fin á su obra, le veréis por donde quiera caminar sobre un suelo sembrado de abrojos punzadores, cubierto de escollos horrendos, abundante en precipicios y en abismos sin término. No bien ha salido del puerto de Alicante con direccion á Roma, cuando levantándose en el mar la mas horrorosa tormenta, se mira en el mas inminente riesgo de naufragar. El horizonte se enluta, los vientos se enfurecen, hínchanse las olas, y el cielo lanza sin cesar rayos exterminadores. Á esa tempestad exterior, sucede en su alma otra no ménos terrible. El nuevo Jonas se juzga la causa de aquel triste acontecimiento; cree haber conjurado la venganza del cielo por sus culpas; angústiase su espíritu; desfallecen sus fuerzas, y queda sumergido en un letargo profundo. En aquel momento siente una mano invisible que le toca; vuelve algun tanto en sí, y escucha una voz que le dice: « no temas, un dia padecerás y otro resucitarás. » Entónces se levanta lleno de una nueva fortaleza; embraza el escudo de la fe; ármase de la imágen del divino Redentor; exhorta á todos á penitencia; anímales á confiar en la misericordia del Señor: el peligro en tanto se acrecienta, arrecia el huracan, el naufragio parece inevitable..... Pero en este instante decisivo preséntanse dos buques al socorro de los desgraciados navegantes; mi beato padre es el primero que salta en uno de ellos para animar á los demas: todos le siguen y se hallan en pocos momentos libres de la muerte que tan de cerca les amenazara.

Cualquiera otro espíritu ménos fuerte que el de mi beato padre, hubiera desde luego renunciado á una empresa que se comenzaba bajo unos auspicios tan funestos. Pero este invencible Pablo, firmemente persuadido de que su grandioso designio no podia llevarse á cabo sin experimentar tribulaciones de todo género, hácese superior á la adversidad, desprecia los peligros, no teme las persecuciones, la muerte misma le es indiferente con tal que pueda consumar su carrera, y llenar el ministerio que ha recibido de su maestro Jesus. Si bien por condescender á las súplicas de su tímido compañero, retrocede á Valdepeñas; á los seis dias de su llegada vuelve á ponerse en camino para el puerto de Alicante, sin que sus dolencias cada vez mas graves fuesen suficientes para detenerle á tomar el menor descanso. Oh! qué serie de trabajos se le prepara á mi excelso padre y fundador! Como el Apóstol de las gentes, por todas partes se ve cercado de peligros; peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros entre los de su nacion, peligros entre falsos hermanos. Si aborda en Colibre, un recio temporal que desgaja los árboles, cubre la tierra de nieves, y enfurece el mar extraordinariamente, le obliga á detenerse por muchos dias en aquel puerto, en compañía del duque de Maqueda, virey de Sicilia, amenazado á cada instante de ser víctima de una enfermedad contagiosa que diariamente lanzaba multitud de personas en el sepulcro. Si se dirige á las Pomas de Marsella, mírase repetidas veces en

el mas próximo riesgo de caer en manos de los franceses, que á la sazon sostenian la guerra contra España, y no cesaban de recorrer aquellas costas. Si llega á Génova, se halla acometido de dolores agudísimos en todo su cuerpo, que llegan á paralizar sus miembros y le postran en el lecho con la mas imponderable amargura. Mas no por eso desfallece su espíritu : su alma lucha sin cesar contra todos estos contratiempos que el enemigo comun suscita para impedir la grandiosa empresa de la reforma : empero de todos sale victorioso, y cada vez se confirma mas en su santo propósito : *Colluctata est anima mea.... et confirmatus sum.*

Llega por fin á Roma : hé aquí la arena en que con mas brio que nunca debe luchar mi beato padre á ley de atleta esforzado é incansable. No bien hubo fijado su pié en aquella corte ; apénas habia presentado su peticion á Monseñor secretario de la congregacion de reformas, cuando se reciben en la embajada de España repetidas cartas contra el siervo de Dios, que inutilizan todos sus proyectos. En vano pide audiencia al embajador : todas las puertas se le cierran ; no solo no le admite, sino que si alguna vez logra hablarle al salir de su palacio, es únicamente para experimentar los mas crueles desvíos y desprecios de todo género. ¡Qué encarnizado fué el combate que comenzó entónces contra mi beato padre y fundador! Por una parte acométele el demonio con ideas funestas acerca de su espíritu, y procura persuadirle á que Dios no podia autorizar una empresa que estaba en pugna con su divina voluntad. Por otra sus hermanos no cesan de presentar libelos infamatorios dirigidos á desacreditarle ante la corte de Roma, y á hacerle odioso al mismo sumo pontífice. Aquí se le acusa de prófugo y apóstata : allí de ladron y perturbador del órden público ; los unos con documentos supuestos le pintan como un fraile díscolo é incorregible que tenia divididas las provincias de España en banderías escandalosas : los otros presentando unas constituciones impresas durante su ausencia, le infaman como á enemigo de la verdadera reforma. Ni uno solo hay que salga á la defensa de su inocencia. Hasta su mismo compañero le abandona, y poniéndose de parte de sus enemigos, fomenta el encono contra su digno superior. Entre tanto mi beato padre encerrado en el noviciado de padres carmelitas descalzos, experimenta los mas crueles padecimientos. El demonio, confundido á vista de

su heróica paciencia, de su mansedumbre extremada, de su caridad admirable hácia los mismos que con injusticia tanta le perseguian, suscita en su corazon las mas terribles tempestades. Unas veces le aterroriza con sueños espantosos : otras con horrendos bramidos y visiones amedrentadoras. Ora tomando la forma de una persona que desea consultarle, le sugiere mil especies funestas acerca de los malos resultados que le amenazan si continúa en su descabellado designio : ora adoptando el disfraz de un amigo deseoso de su bien, le hace saber que se fraguan contra su existencia planes homicidas, que solo podria evitar huyendo precipitadamente. Aquí le hiere : allí le maltrata ; ni un solo momento hay en que mi beato padre deje de experimentar la mas porfiada lucha : ni instante alguno en que no tenga que sufrir por la gloria de Dios y la realizacion de la reforma. Pero su corazon siempre firme, siempre inalterable, confía en la bondad de su Dios, en cuyas manos ha depositado el éxito de sus pretensiones.

No me detendré, católico auditorio, en pintaros el tenor de vida mas que humana que observaba mi excelso padre y fundador en su amable retiro de santa María de la Escala. Nada os diré del fervor de su oracion, alimento diario con que se robustecia su alma para combatir contra el poder del infierno ; nada del heroísmo de su paciencia en medio de tantas y tan amargas contradicciones. Jamas se oyó de sus labios una sola palabra de queja ; nunca se vió en su semblante el menor signo de resentimiento, ni su corazon abrigó por un solo instante la mas leve aversion hácia los que tan encarnizadamente le perseguian. Él pudo decir mejor que el profeta Rey : « Levantádose han « contra mí testigos falsos ; interrogábanme de cosas que yo « ignoraba ; volviéronme males por bienes, y poniendo asechan- « zas á mis piés, intentaron quitarme la vida. Pero yo, miéntras « que ellos me afligian, cubríame de cilicio, humillaba mi al- « ma con el ayuno, no cesando de orar en mi corazon. Con el « amor que á un íntimo amigo y como á un hermano mio, así « los trataba ; como quien está de luto y en tristeza, así me hu- « millaba ».

Cómo pues no habia de volver el Señor por su siervo? Cómo podia dejar de consolar á quien tanto sufria por su causa ? Ah! Dios que es fiel en sus promesas, y que nunca dejó de cumplir sus palabras, realizó en fin á favor de mi excelso padre y fun-

dador lo que habia dicho al ángel de Filadelfia: « Porque has guardado mi palabra y no negaste mi nombre, yo haré que los que te persiguieron vengan á postrarse á tus piés y entiendan que te amo: y pues has sufrido con paciencia, yo te libraré en la hora de la tentacion. Vengo al momento: manten lo que tienes, y no dejes que otro ciña tu corona » (1).

Así fué, católicos; mi excelso padre y fundador vió con el mayor gozo de su espíritu disiparse de repente la espesa niebla que se habia condensado sobre su cabeza. Vuelto de Gaeta á donde le fuera preciso retirarse por dos meses á causa de sus dolencias, fué recibido en Roma con el mayor regocijo de los padres carmelitas descalzos, que le dieron las mas lisonjeras nuevas acerca de sus negocios. El sumo pontífice Clemente VIII, plenamente convencido de la inocencia del siervo de Dios, y mas que nunca maravillado del heroísmo de su virtud, acogió con benevolencia su pretension; y por último el dia 20 de agosto de 1599 expidió el breve de institucion de la Descalcez Trinitaria, á satisfaccion y en todo conforme á los deseos de mi insigne fundador. ¡Así fueron coronados diez y ocho meses de paciencia invencible, de constancia inimitable, de combates crueles, de triunfos heróicos! *Colluctata est anima mea, et confirmatus sum.*

¡Vuela pues, oh ángel de paz, vé á llevar ese testamento eterno á todos los mortales! No serán inútiles tus sudores, ni tus trabajos quedarán sin recompensa. Por toda la sobrehaz de la tierra verás brotar á millares vástagos preciosos de esa frondosa vid, cuyas raíces plantarás en el seno de la España. Aun te esperan hierros y tribulaciones en esa Jerusalen proterva; empero no temas, contigo está el Señor y él te sacará á salvo de todos tus peligros. Oh! Si me fuese dado, católicos, extenderme ahora en la narracion de los trabajos y penalidades de mi excelso padre y fundador en la propagacion de su naciente órden, cómo admirariais el poder de Dios y la fuerza irresistible de la virtud! Veríaisle tomar posesion del convento de Valdepeñas en medio de la persecucion mas injusta y de los mas indignos tratamientos de aquellos que un dia afectaban ansiar con el mayor celo la realizacion de la reforma. Veríaisle á pesar de sus dolencias habituales correr de una parte á otra y hacer nuevas fundaciones en Alcalá de Henáres, en Infántes, Socuéllamos,

(1) *Apoc.* c. 3. *v.* 8 *et seq.*

la Solana, Valladolid, Madrid, Salamanca, Torrejon, Córdoba, Sevilla, Ronda, Toledo, luchando en todas partes con el poder del infierno, que ya por sí, ya por medio de los hombres á quienes escogia por instrumentos, nada omitia por inutilizar los planes del siervo de Dios. Veríaisle siendo provincial visitar con celo incansable su nuevo plantel, y cortar cual jardinero diestro los vástagos inficionados de la disipacion, arrancar las malezas de la inobservancia, regar con las saludables aguas de la doctrina los renuevos tiernos, fomentar en los mas crecidos el jugo de la disciplina religiosa, y convertir su naciente familia en un ameno jardin donde brotaban sin cesar las mas bellas flores de virtud y se veían en abundancia los frutos mas opimos de santidad. Veríaisle en medio de tantas y tan complicadas ocupaciones todo absorto en contemplacion celestial, tan humilde como si fuese el menor y mas ínfimo súbdito; tan abstraído de todo lo terreno como si habitase entre inteligencias incorpóreas; tan atento á observar las mas minuciosas leyes de la órden como si fuesen otros tantos preceptos. Ora le admiraréis trabajando en escribir tratados de teología mística, cuya sublime sencillez y profunda erudicion admiran á cuantos leen sus inmortales obras; ora predicando con una uncion y elocuencia que lleva en pos de sí las atenciones de los genios mas eminentes. Pero no me es posible continuar: preciso me es concluir mi discurso, que se ha prolongado mas de lo que debiera. Acometan otros en buen hora la difícil empresa de referir sus milagros sin cuento, sus profecías admirables, su devocion entrañable á la Vírgen de vírgenes, sus raptos y éxtasis maravillosos, sus revelaciones y celestiales apariciones, los extraordinarios favores que recibió del cielo, las demostraciones singulares de honor que experimentó de cuanto mas grande é ilustre cuenta el mundo. Ensalce quien quisiere los rápidos y multiplicados progresos que ha hecho en el mundo mi sagrado y celestial órden en todos los países de Europa, y en especial en Polonia, donde todavía existen algunos de los hijos de mi excelso padre y fundador; las redenciones que ha realizado en Túnez, Marruécos, Argel y otros puntos del África; los millares de víctimas que ha arrancado del poder sarraceno; las lágrimas que ha enjugado; las miserias que ha socorrido; las almas que ha sacado de entre las garras del infierno; los padres que ha restituído al seno de sus hijos; los hijos que ha

devuelto al seno de sus padres; las esposas que ha hecho tornar al tálamo nupcial. Dejemos en suma que los historiadores de la vida de mi excelso padre y fundador canten sus alabanzas, entonen sus victorias, y le hagan apurar hasta las heces el cáliz de la gloria. Yo no he hecho mas que bosquejar sus principales rasgos, conforme al pensamiento que me propuse en el ingreso de mi discurso: os le he presentado como un varon suscitado por Dios para fundar en la iglesia un órden insigne, fruto de trabajos y penalidades sin cuento, de un celo ardiente, de una paciencia invencible y de la mas admirable constancia. Habeis admirado en él un celo en restaurar la mayor gloria de la santísima Trinidad y el fervor primitivo de su órden, que le mereció un honor inmortal. Habéisle visto llevar á cabo este grandioso designio á traves de los mayores obstáculos y de una encarnizada lucha contra el poder del infierno, con una fortaleza que le condujo al mas alto grado de heroismo. Habeis en fin contemplado á un varon extraordinario, que mejor que ningun otro pudo decir de sí mismo: fuí celoso del bien, y no me avergonzaré. Mi alma sostuvo una terrible lucha, pero he permanecido constante.

¡Plegue al cielo, oh insigne padre mio! que tu espíritu permanezca siempre inalterable en los corazones de tus hijos! ¡Plegue al cielo que esta viña que con afanes y sudores tantos plantaste, vuelva á brotar un dia rozagante y llena de lozanía! Ah! Secádose han sus hojas á impulso del recio huracan de la revolucion mas desastrosa. Arrojados por tierra yácen sus vástagos. Malezas incultas cubren ese campo cargado un dia de pámpanos floridos y de racimos frescos y abundantes. Empero el Señor que te eligiera para labrar este suelo feraz, todavía reserva en su misericordia una pequeña porcion de operarios prestos á consagrar su celo en reparar los daños que tu heredad sufriera. Tambien te quedan aún algunos residuos de esa malograda viña en este asilo de virtud y de inocencia. Consérvalos, padre cariñoso, para que jamas falten las alabanzas de la Trinidad beatísima. No ceses de implorar los auxilios del cielo en favor de tus hijos é hijas, á fin que perseverando en sus almas el jugo de las virtudes que les has inspirado, crezcan, se renueven, y sean un dia dignos de ser presentados en el ameno jardin de la gloria.

SERMON

DE SAN JUAN CRISÓSTOMO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.

Te he dado á la luz de las gentes para obrar su salud hasta los términos de la tierra.

Isaías, c. 49. v. 6.

Qué insensatos son los hombres que creen que nuestro Dios no cuida de la salud de sus siervos! ¡Cuán vana es la confianza de los que engreídos con sus propias fuerzas rechazan y desprecian los auxilios de aquel Dios sin cuyo concurso todas las cosas caerian en los abismos de la nada! Claman con furiosa estupidez los perseguidores de David, al verle huir temeroso de la conjuracion de Absalon su hijo; y Semei insulta á su rey, le maldice, le desprecia y baldona, cuando al mismo tiempo se hace entender al ungido del Señor que el Omnipotente es quien le protege, quien le hace levantar la cabeza sobre sus enemigos, deponer el miedo de la persecucion, y clamar reconocido que la salud de los justos está en las manos de aquel Dios que, como la madre que arrulla en sus brazos á su infante, no puede olvidarse de sus hijos, como lo dice Isaías! Volved los ojos á los primeros siglos, consultad la tradicion mas legítima, preguntad á vuestros padres, y ellos os anunciarán los portentos y maravillas que ha obrado en favor de sus adoradores: ellos os obligarán á reconocer á un Rey omnipotente, á un Dios excelso, á un padre que envía saludes á Jacob, dice el Salmista. ¡Faltar á sus amigos y servidores un Dios que aun en la corrupcion mas espantosa supo disponer un arca para salvar á una familia ca-

devuelto al seno de sus padres; las esposas que ha hecho tornar al tálamo nupcial. Dejemos en suma que los historiadores de la vida de mi excelso padre y fundador canten sus alabanzas, entonen sus victorias, y le hagan apurar hasta las heces el cáliz de la gloria. Yo no he hecho mas que bosquejar sus principales rasgos, conforme al pensamiento que me propuse en el ingreso de mi discurso: os le he presentado como un varon suscitado por Dios para fundar en la iglesia un órden insigne, fruto de trabajos y penalidades sin cuento, de un celo ardiente, de una paciencia invencible y de la mas admirable constancia. Habeis admirado en él un celo en restaurar la mayor gloria de la santísima Trinidad y el fervor primitivo de su órden, que le mereció un honor inmortal. Habéisle visto llevar á cabo este grandioso designio á traves de los mayores obstáculos y de una encarnizada lucha contra el poder del infierno, con una fortaleza que le condujo al mas alto grado de heroismo. Habeis en fin contemplado á un varon extraordinario, que mejor que ningun otro pudo decir de sí mismo: fuí celoso del bien, y no me avergonzaré. Mi alma sostuvo una terrible lucha, pero he permanecido constante.

¡Plegue al cielo, oh insigne padre mio! que tu espíritu permanezca siempre inalterable en los corazones de tus hijos! ¡Plegue al cielo que esta viña que con afanes y sudores tantos plantaste, vuelva á brotar un dia rozagante y llena de lozanía! Ah! Secádose han sus hojas á impulso del recio huracan de la revolucion mas desastrosa. Arrojados por tierra yácen sus vástagos. Malezas incultas cubren ese campo cargado un dia de pámpanos floridos y de racimos frescos y abundantes. Empero el Señor que te eligiera para labrar este suelo feraz, todavía reserva en su misericordia una pequeña porcion de operarios prestos á consagrar su celo en reparar los daños que tu heredad sufriera. Tambien te quedan aún algunos residuos de esa malograda viña en este asilo de virtud y de inocencia. Consérvalos, padre cariñoso, para que jamas falten las alabanzas de la Trinidad beatísima. No ceses de implorar los auxilios del cielo en favor de tus hijos é hijas, á fin que perseverando en sus almas el jugo de las virtudes que les has inspirado, crezcan, se renueven, y sean un dia dignos de ser presentados en el ameno jardin de la gloria.

SERMON

DE SAN JUAN CRISÓSTOMO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.

Te he dado á la luz de las gentes para obrar su salud hasta los términos de la tierra.

Isaías, c. 49. v. 6.

Qué insensatos son los hombres que creen que nuestro Dios no cuida de la salud de sus siervos! ¡Cuán vana es la confianza de los que engreídos con sus propias fuerzas rechazan y desprecian los auxilios de aquel Dios sin cuyo concurso todas las cosas caerian en los abismos de la nada! Claman con furiosa estupidez los perseguidores de David, al verle huir temeroso de la conjuracion de Absalon su hijo; y Semei insulta á su rey, le maldice, le desprecia y baldona, cuando al mismo tiempo se hace entender al ungido del Señor que el Omnipotente es quien le protege, quien le hace levantar la cabeza sobre sus enemigos, deponer el miedo de la persecucion, y clamar reconocido que la salud de los justos está en las manos de aquel Dios que, como la madre que arrulla en sus brazos á su infante, no puede olvidarse de sus hijos, como lo dice Isaías! Volved los ojos á los primeros siglos, consultad la tradicion mas legítima, preguntad á vuestros padres, y ellos os anunciarán los portentos y maravillas que ha obrado en favor de sus adoradores: ellos os obligarán á reconocer á un Rey omnipotente, á un Dios excelso, á un padre que envía saludes á Jacob, dice el Salmista. ¡Faltar á sus amigos y servidores un Dios que aun en la corrupcion mas espantosa supo disponer un arca para salvar á una familia ca-

paz de poblar el mundo! Un Dios que á pesar de la crueldad con que tratan los hijos de Jacob á su propio hermano, anticipa la llegada de José al Egipto para obrar la salud y salvacion de su casa! ¡que abandonado tantas veces de su pueblo obra la salud de Judá, obtiene cumplidas victorias por medio de Moises, destruye á un gigante por David, y da la libertad á Betulia por una viuda humilde! ¡Desampara á los suyos un Dios que aunque puso con mano fuerte y poderosa á los hijos de Abrahan en posesion de una tierra fértil, manifestó que nada queria mas que darse á sí mismo por premio de una gente fiel, como lo prometió al padre de los creyentes; y que á este fin ordenó los sacerdotes y profetas, mandando á Jeremías que anunciase al pueblo sus delitos y á la casa de Jacob sus pecados! ¡Que con este objeto encendió el celo de un Elías en Samaria, la predicacion de un Jonas en Nínive, la sabiduría de un Daniel en Babilonia, las amenazas de un Oseas en Judá y en Jerusalen, las de Amós sobre Damasco y Tiro, las de Abdías en la Idumea, las de Zacarías entre los gentiles, y la religion, el respeto y la veneracion en los antiguos patriarcas, profetas y justos que se dejaron ver en el mundo desde el inocente Abel hasta los celosos Macabeos!... Un Dios como este dejar á sus escogidos sin amparo en manos de sus injustos opresores! Lo teneis por posible? Pueden creerlo así ni aun los impíos mas obstinados?

Y si esto, amados mios, se ve en la ley antigua... acaso en la ley de gracia cuando el cisma se levante, la herejía se suscite, las costumbres se depraven, los príncipes y las naciones se declaren protectores del error, los mismos sacerdotes sean partidarios de la iniquidad, y aparezca el cristianismo á pique de perecer y las puertas del infierno vencedoras, ¿olvidará el Señor á su rebaño dejándolo á la merced del infernal dragon que ruge por devorarlo? No, hijos de la impiedad: no blasfemeis contra nuestro Dios, porque tiene empeñada su palabra y jamas nos abandonará. Él pondrá en su iglesia, como en otro tiempo en medio de Judea, una ciudad guarnecida con un muro de bronce capaz de resistir á los reyes, á los príncipes, á los malos sacerdotes, á los sabios y prudentes del siglo y á las naciones todas del universo. Él suscitará á un san Juan Crisóstomo, que ilustrado con las mas singulares prerogativas de la gracia, no brille solo en la santidad y en la religion, sino que ilumine á todo el mundo con su fe, con su doctrina, con el mérito de su

vida y con el estudio de su sabiduría. Á un Crisóstomo para que sea el rayo de la incredulidad, el azote del error, el disipador de los vicios, el defensor de la justicia y de la virtud contra todo el poder humano, el dechado de los obispos y el doctor esclarecido dado á la luz de las gentes para obrar su salud hasta los términos de la tierra. *Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.*

Queda indicada la materia del discurso que espera vuestra devocion en este dia. ¿Seré capaz de tratarla como corresponde en unas circunstancias tan críticas, azarosas y delicadas como las que nos rodean en estos momentos de incertidumbre, de confusion, de temor y sobresalto en que vivimos? ¿Sabré atenerme á las inspiraciones de aquel Dios que pone sus palabras en la boca de los que hablan en su nombre? Con la gracia que hace fáciles los imposibles de los hombres, de todo somos capaces sus ministros. Todo lo podemos con la gracia del Dios que nos conforta. Ayudadme á pedirla por medio de la que mereció oir del ángel las consoladoras palabras del *Ave María*.

Bien pudiera yo decir con Isaías al ver el corto recinto de este templo santo: « Oid, islas; pueblos los mas remotos, estadme atentos » porque quiero que seais testigos del heroísmo de un hombre á quien ha elegido Dios por su siervo para tener con él sus complacencias, para glorificarle y suscitar por su medio las tribus de Jacob, convertir los disipados corazones de Israel, conmover la admiracion de los reyes, de los príncipes y de las naciones, á fin de hacerles adorar la fidelidad de sus promesas, y ofrecer al mundo un fruto dado á luz de las gentes para obrar la salud del Señor en todo el orbe. Tambien pudiera deciros, señores: se trata de san Juan Crisóstomo, que nacido de padres nobles, ricos y opulentos, aunque gentiles, fué hecho cristiano por Melecio, obispo santo de Antioquía: del Crisóstomo que dió la vida espiritual á los mismos que le habian engendrado, haciéndolos cristianos; del Crisóstomo que en su infancia defendió su modestia, su templanza, su aplicacion y su fidelidad con el ejemplo de los tres niños hebreos tan celebrados en la Escritura santa por haber salido ilesos del horno de Babilonia: del Crisóstomo que quiere decir *boca de oro*, cuyo nombre le fué dado por la elocuencia con que asombró á los sabios de Até-

nas, de la Grecia y de todo el mundo conocido : del Crisóstomo en fin que despreciando como estiércol los pingües patrimonios, las riquezas inmensas y las esperanzas de los grandes de la tierra, tomó el hábito de monje en uno de los monasterios del desierto para ocuparse en ayunos rigurosos, en vigilias perpetuas, en abstinencia inviolable y en cuantas virtudes se admiraron en la Tebaida, en la Nitria y demas desiertos del Egipto, y para escribir aquellos libros admirables de *la dignidad sacerdotal, de la virginidad y de la compuncion*, con las *homilias* y *tratados* que sirvieron de indicio cierto de que seria aquella voz del Señor que segun expresion del real Profeta, es una voz que se deja oir de mar á mar ; una voz de virtud y de magnificencia, una voz que troncha los cedros, que penetra en la soledad, que convida á todos á decir la gloria del Señor en medio de su templo y lleva su salud por todos los pueblos de la tierra. Pero al decir todo esto, ¿añadiria algo á lo que han dicho de este santo esclarecido los santos padres, los doctores y sabios que le reconocen por su maestro, venerando en sus escritos las leyes de Moises, los oráculos de Natan, la sabiduría de Salomon, los avisos de Jeremías, las sentencias de un san Pablo y las instrucciones de los apóstoles? Francamente, amables oyentes : del Crisóstomo nadie puede decir mas que lo que han dicho en su elogio las cien mil lenguas que le han engrandecido, y escrito las plumas inumerables que nos le han dado á conocer como al portador de las luces celestiales que habrian de iluminar al mundo.

Dicho y escrito está que reunió en su persona los caractéres de un Elías contemplativo en el Carmelo, poderoso en la montaña y sabio en la Samaria : que como Samuel en Elí condenó los defectos en los sacerdotes, que como Natan en David reprendió los excesos de los reyes, que se declaró como Jeremías contra los pecados del pueblo, y que como el hijo de Tarso confundió á los sabios, humilló á los soberbios y triunfó de la iniquidad, siendo un Aaron en la prudencia, un Samuel en la rectitud, un Finees en el celo, un David en la contemplacion, un Pedro en la fe y un Pablo en la solicitud con que llevó por todos los pueblos de la tierra la verdadera salud del señor Dios nuestro.

Del fundamento, raíz y principio de todas las virtudes, de la humildad, digo, del Crisóstomo, ¿qué no nos han dicho los historiadores de su vida? ¿Qué los hombres mas eminentes en piedad, en sabiduría, en crítica y en los arcanos de las ciencias? Que solitario en el desierto, vivia en Dios, con Dios y para Dios, sin querer saber mas que á Jesucristo crucificado : que apareciéndosele san Juan Evangelista y san Pedro, y entregándole el primero un libro para que entendiese las santas Escrituras, y el segundo dos llaves en señal de la jurisdiccion y potestad que tendria para perdonar pecados, solo supo decir postrado en tierra : « yo no soy digno de tan grandes cosas. » Que para ordenarle de sacerdote se necesitaron expresas revelaciones del Señor, instancias de san Flaviano obispo de Antioquía, y una voz del cielo que le dijo : « ¿Quién puede estorbar que se haga « lo que Dios tiene determinado? » Que muerto Nectario patriarca de Constantinopla, y queriendo el emperador Arcadio, todo el clero y el pueblo proveer aquella silla en san Juan Crisóstomo, porque en merecimientos sobresalia entre los buenos como el sol entre las estrellas, tuvieron que vencer mil dificultades que oponia la humildad del santo, á costa de todo el poder de la tierra y de la intervencion del cielo, para hacerle admitir aquella dignidad, y que admitida no le sirvió para engreirse y orgullecerse, sino para humillarse mas y mas ante la presencia de un Dios que le habia dado á la luz de las gentes para obrar su salud hasta los términos de la tierra.

De la firmeza de su fe, del celo con que defendió la honra y gloria del Señor, los intereses del santuario y los derechos de los pobres y desvalidos contra la ambicion de los poderosos, de su caridad ardiente y de las virtudes que le adornaron como á obispo vigilante, solícito, tierno, y cariñoso, así como de su paciencia invencible, nos dicen cosas admirables los sumos pontífices san Leon y san Gelasio, los concilios generales sexto y séptimo, san Agustin, el Damasceno, los Casiodoros y Teodoretos, los Sozomenos, Eusebios, Nicéforos y Suidas, los Paladios, Jorjes, Metafrates y otros inumerables que nos le presentan abrasado del amor de Dios y del bien de sus prójimos, amansando con las doctrinas del cielo la ferocidad de los moradores del monte Amano, que vivian sin ley, sin religion y sin Dios ; derribando en el monte Casio los templos dedicados á falsas deidades, y reduciendo aquellas gentes al culto del verdadero Dios ; alumbrando á los gentiles de Seleucia, á los fenicios y á los celtas inficionados con los errores de la secta arriana; echando los demonios de los corazones de los hombres ; fundando iglesias,

enviando santos, monjes y siervos de Dios para propagar la exaltacion de la fe católica, y demostrar á la faz del mundo que habia sido dado para ilustrar á los hombres y proporcionarles la salud que nos trajo el Redentor de las naciones.

¿Y quién como el Crisóstomo, nos dicen, pudo reprimir la audacia de los arrianos, la procacidad de los políticos, las demasías del mismo emperador, y la avaricia, el orgullo y la altivez de la emperatriz Eudoxia, irritada contra el varon de Dios porque era santo? Se apoyan los herejes en el emperador, se enorgullecen á su sombra é insultan á los católicos con cánticos impíos, con antífonas, himnos y salmos infernales : Eutropio, camarero mayor del emperador, obliga al monarca á que firme un decreto contra la inmunidad eclesiástica : el bárbaro y orgulloso general Cayna se atreve á pedir una iglesia dentro de Constantinopla para que los arrianos pudiesen ejercitar en ella su religion : roba Paulacio á Calitropa viuda rica y desvalida : rivaliza la emperatriz en maldad con la impía Jezabel y con la infame Atalía, derrama el infierno una copa de abominacion sobre los hombres, y las potestades de la tierra se declaran en guerra abierta contra el Crisóstomo : pero el varon justo sale como pastor vigilante en defensa de su grey, se opone con increíble celo y constancia al torrente impetuoso de las malas costumbres y de todo el poder de los príncipes cuando era contrario al de Dios, hace conocer al mundo lo que es un ministro de Jesucristo revestido con los poderes del cielo, y predicando á todos la ley santa del Señor, obrando prodigios y maravillas en confirmacion de su doctrina y llevando por todas partes la salud de las almas, todos reconocian en él un Daniel que fulminaba castigos del cielo contra los Nabucos de su tiempo; una mano que escribia sentencias de exterminio contra los Baltasares profanadores de las cosas santas : un Elías que abrasaba con su celo á los quincuagenarios que tentaban á Dios, y un David que dirigiéndose á los reyes les daba lecciones para reinar y conseguir la salud propia de los hijos de la gracia. Él solo con su virtud y el amor eximio que tenia á sus ovejas confundió á los herejes, sostuvo y afirmó la fe de su rebaño, castigó, protegió y convirtió á Eutropio; humilló á Cayna; obligó á Paulacio á restituir; defendió con valor evangélico los derechos de los desvalidos contra la tiranía de los poderosos, y llenó de terror y espanto á la altiva Eudoxia empeñada en oprimir á los inocentes, en hollar las leyes divinas y humanas y en resistir al espíritu de ciencia y de piedad, de consejo, de fortaleza y de temor de Dios que habitaba en el alma del patriarca santo. Él... pero ¡ó iglesia santa! ¿Ha temido excederse alguno de tus hijos al referir los frutos de salud que se han recibido en todos tus términos por el ministerio de san Juan Crisóstomo? Dios eterno : haced que resuenen en este púlpito aquellas palabras de caridad ardiente con que el Crisóstomo decia á sus feligreses : « Hi« jos mios, os amo mas que á la luz corporal... Sois mi padre, « mis hermanos, mis hijos y mi madre, y si os pudiese abrir « mi pecho, todos os veriais esculpidos en él... No quiera Dios « que ninguno de vosotros peque y le ofenda : pero si pecare, « yo le lloraré con una fuente tan copiosa de lágrimas, que le « sea testimonio de mi dolor. » (1)

Enviad un ángel que nos explique la paciencia con que sufrió el Crisóstomo los trabajos y tribulaciones de un destierro mas angustioso que el de Agar, mas triste y penoso que el de Noemí y mas lleno de amargura que el de los que gemian sobre los rios de Babilonia, acordándose de su Sion amada. Vuelvan si no á resonar sus mismas palabras en los oídos de mis oyentes, y sean ellas la prueba de su martirio : « Si estais encarcelados, « dice á los suyos, con los presos y hombres facinerosos por no « consentir en la maldad, regocijaos, y coronaos de fiesta, por« que por ello tendréis copioso galardon en el Señor. Tambien « yo estoy consumido con mayores trabajos y miserias que las « que sufren los que trabajan en las minas, pues he pasado in« numerables géneros de muertes, como os lo dirán los que « me han visto caminar asado de calenturas y tratado con la « mayor inhumanidad y fiereza. » Por último, Dios de clemencia : que entiendan todos los fieles que ninguno puede recibir daño sino de sí mismo cuando peca, y que la falta de hacienda, de honra, de salud, de vida temporal y demas males que pueden afligirnos en este valle de lágrimas, no merecen el nombre de males, como con tan maravillosa elocuencia lo demuestra el Crisóstomo en medio de sus tribulaciones, para acabar de manifestar al mundo que le habeis dado á la luz de las gentes para obrar vuestra salud hasta los términos de la tierra. *Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.*

(1) *Homil.* 24.

Y vos, santo prodigioso y admirable en la humildad, en la enseñanza de la ley santa, en su defensa y en la caridad y paciencia con que ilustrasteis á los mortales, mostrándoles la luz que patentiza la salud de nuestro Dios, tomad á vuestro cargo la salvacion de los que os dedican estos cultos confiados en vuestra poderosa intercesion, y haced que os imitemos todos en las virtudes con que defendisteis los derechos sacrosantos de nuestra santa madre Iglesia, tan perseguida en estos tiempos de afliccion. Infundid á los sacerdotes el espíritu de fortaleza y de prudencia que necesitan para cumplir dignamente con su ministerio en la época difícil que vamos atrevesando; alcanzad para todos nuestros devotos una fe viva, una esperanza firme y una caridad ardiente; y negociad con el Dios grande en misericordias nuestra bienaventuranza, para que despues de alabarle, ensalzarle y engrandecerle por haberos hecho tan santo en esta vida, le alabemos, bendigamos, ensalcemos y glorifiquemos eternamente con vos en los tabernáculos de la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

(DE NEUVILLE.)

Dixit Eliseus : obsecro ut fiat in me spiritus tuus duplex : qui respondit, rem difficilem postulasti.

Dijo Eliseo : pido que se doble en mí tu espíritu. Él respondió : difícil cosa has pedido.

IV. de los Reyes, c. 2. v. 9 y 10.

Dejóse ver Elías en Israel representando sucesivamente bien distintos caractéres con asombro del pueblo; ya huyendo de la comunicacion de los hombres, vagueando por los desiertos, enajenado y arrebatado con las profundidades de altísima contemplacion : vivia desasido de la tierra, olvidado de todo, y hasta de su celo, como si en este vasto imperio del universo no hubiese mas que Dios y su profeta : ya empuñando apresuradamente la espada de su celo en defensa de la religion perseguida y vacilante, exhortaba á las tribus infieles, reprendia á Samaria sus abominaciones, derribaba los templos profanos, degollaba los sacerdotes de Baal en los altares sacrílegos : ya despreciando en la corte de los reyes el orgullo de la púrpura y la majestad de la diadema, intimidaba á la impiedad hasta en el mismo trono : procediendo en esto animado de dos espíritus y de dos caractéres de gracia y de santidad, que parecen contrarios enteramente entre sí; y estos eran el espíritu de una vida interior, oculta y escondida en Dios; y el espíritu de una vida activa y agitada ocupada sin cesar en trabajar por Dios. De modo que en un solo hombre obraban como dos hombres : un hombre de oracion que solo vivia en Dios; y un hombre de celo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y vos, santo prodigioso y admirable en la humildad, en la enseñanza de la ley santa, en su defensa y en la caridad y paciencia con que ilustrasteis á los mortales, mostrándoles la luz que patentiza la salud de nuestro Dios, tomad á vuestro cargo la salvacion de los que os dedican estos cultos confiados en vuestra poderosa intercesion, y haced que os imitemos todos en las virtudes con que defendisteis los derechos sacrosantos de nuestra santa madre Iglesia, tan perseguida en estos tiempos de afliccion. Infundid á los sacerdotes el espíritu de fortaleza y de prudencia que necesitan para cumplir dignamente con su ministerio en la época difícil que vamos atrevesando; alcanzad para todos nuestros devotos una fe viva, una esperanza firme y una caridad ardiente; y negociad con el Dios grande en misericordias nuestra bienaventuranza, para que despues de alabarle, ensalzarle y engrandecerle por haberos hecho tan santo en esta vida, le alabemos, bendigamos, ensalcemos y glorifiquemos eternamente con vos en los tabernáculos de la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

(DE NEUVILLE.)

Dixit Eliseus : obsecro ut fiat in me spiritus tuus duplex : qui respondit, rem difficilem postulasti.

Dijo Eliseo : pido que se doble en mí tu espíritu. Él respondió : difícil cosa has pedido.

IV. de los Reyes, c. 2. v. 9 y 10.

Dejóse ver Elías en Israel representando sucesivamente bien distintos caractéres con asombro del pueblo; ya huyendo de la comunicacion de los hombres, vagueando por los desiertos, enajenado y arrebatado con las profundidades de altísima contemplacion : vivia desasido de la tierra, olvidado de todo, y hasta de su celo, como si en este vasto imperio del universo no hubiese mas que Dios y su profeta : ya empuñando apresuradamente la espada de su celo en defensa de la religion perseguida y vacilante, exhortaba á las tribus infieles, reprendia á Samaria sus abominaciones, derribaba los templos profanos, degollaba los sacerdotes de Baal en los altares sacrílegos : ya despreciando en la corte de los reyes el orgullo de la púrpura y la majestad de la diadema, intimidaba á la impiedad hasta en el mismo trono : procediendo en esto animado de dos espíritus y de dos caractéres de gracia y de santidad, que parecen contrarios enteramente entre sí; y estos eran el espíritu de una vida interior, oculta y escondida en Dios; y el espíritu de una vida activa y agitada ocupada sin cesar en trabajar por Dios. De modo que en un solo hombre obraban como dos hombres : un hombre de oracion que solo vivia en Dios; y un hombre de celo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que solo vivia para Dios. Prodigio era este ignorado de las edades que le precedieron, y que no podia renovarse en Eliseo sino á esfuerzos del brazo omnipotente : *dixit Eliseus obsecro ut fiat in me spiritus duplex : qui respondit, rem difficilem postulasti.*

Este doble espíritu de contemplacion y de celo, que despues de haber desamparado la tierra con los profetas, se manifestó en los apóstoles en los tiempos de la primitiva iglesia, plugo al Señor renovarle en estos últimos siglos en que el mundo camina á su decadencia, en el santo cuya memoria y triunfos celebramos hoy.

Almas puras y fervorosas, que con tan vivas ansias caminais por las sendas de la vida interior : ministros de Dios vivo, que con tanto celo solicitais la salvacion y perfeccion de las almas, oid, y ved vuestro modelo : *sapientiam autem loquimur inter perfectos* (1). Este discurso dedicado á elogiar á tan gran santo, solo conviene á las almas que aspiran á la mas encumbrada perfeccion. Todos los santos son á proposito para servir de ejemplo á los cristianos; pero el que celebramos hoy puede servir, permitidme esta expresion, de ejemplar á los mismos justos. Brevemente, hoy admiraréis en san Juan de la Cruz el ejemplar de las almas que aspiran á la perfeccion de la vida interior, y el ejemplar de los ministros del Evangelio, que se ocupan en la salvacion de las almas. Imploremos la gracia por medio de María santísima. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

De tres cosas consta la vida interior : de las virtudes que disponen el alma para recibir las gracias y mercedes de Dios : de estas mercedes de Dios, que son premio de las virtudes : y de la perfeccion y plenitud de las virtudes, que son el efecto que deben producir, y á que se deben referir estas mercedes de Dios. Sigamos á san Juan de la Cruz en estos tres estados diferentes, veamos como mereció las gracias y beneficios del cielo, cuántos recibió y el provecho que sacó de ellos. Y en esto hallarémos ejemplos oportunos para alentar nuestra devocion, para alimentar nuestra esperanza, y para excitar nuestro agradecimiento.

(1) *I. ad Cor. c. 2. v. 6.*

El espíritu del Señor inspira donde quiere : la lluvia del cielo tanto cae en los estériles arenales, como en las tierras mas sazonadas : la gracia produce todos los méritos y no supone ninguno. Todas son verdades innegables. Sin embargo tiene la vida interior dones reservados para premiar la virtud mas elevada, los cuales no ménos son en quien los recibe un argumento de su fidelidad á la gracia, que un prodigioso efecto de misericordia en Dios que los reparte.

Qué santo pues fué mas digno de los favores celestiales que san Juan de la Cruz? Una conciencia tímida y delicada, que léjos de vivir con sosiego en sus defectos, se recelaba de sus mismas virtudes; un rigor de penitencia, que de un gran pecador hubiera hecho un gran santo, y en un gran santo seria un milagro de santidad : una oracion continua, que se perfeccionaba con el silencio de la soledad, sin distraerse ni interrumpirse con el bullicio del mundo : un celo activo y eficaz y no ménos sediento de paceder, seguro siempre de hacer fruto, porque reputaba los grandes peligros y calamidades por grandes felicidades : una caridad con el prójimo amorosa, activa, desinteresada, sufrida : un amor de Dios que aprisionaba y extinguia todos los demas amores : una humildad sólida y sincera que temia las alabanzas cuanto la vanidad puede temer los desprecios : los dias trabajando, orando las noches : silencio inviolable, impenetrable soledad, divorcio eterno con el mundo, perfecta abnegacion y desasimiento de sí mismo. Qué mas os podria decir, católicos? En fin, yo os he reducido á la memoria las virtudes que componen el elogio de muchos santos; pero si habeis leído la vida de Juan de la Cruz, ya habréis entendido que apénas he dado principio á su elogio.

Nació de una familia que habia decaído de su antigua opulencia, y cuando sus ojos se abrieron para ver la luz de esta vida, no registraron en la tierra otra herencia que la esperanza del cielo. Ó herencia riquísima! Por esto jamas deseó otra. Luego que conoció la felicidad de su estado, le amó, y si tal vez le contristó la escasez de sus bienes, fué porque su pobreza le privaba del deleite de dejar mucho por Cristo.

Como su alma era superior al mundo y á los bienes que puede dar el mundo, no supo abatirse á los empleos profanos; y hallándose capaz de todas las cosas cuando se trataba de Dios, é incapaz de todo cuando solo se trataba de su fortuna, su espí-

rítu y sus manos se negaron sucesivamente á todas las artes, porque su corazon solamente amaba un solo arte, que es el de la salvacion y el de la virtud; y obedeciendo con pronta docilidad á la voz de la gracia que le llamaba, rompe los vínculos de la carne y de la sangre y huye de la casa paterna. Pasa los dias ocupado en los ejercicios de la oracion y de la asistencia de los pobres, y sin desamparar jamas á Jesucristo, le busca unas veces en el santuario, en donde derrama su corazon en su presencia, y otras le busca y le consuela en sus hermanos desvalidos y necesitados: y empleado siempre en llorar sus pecados, ó en enjugar las lágrimas de los miserables, no conocia otra felicidad sino tratar solo con Dios, ó solicitar ocasiones de trabajar por Dios.

No era el mundo digno de poseer mas tiempo una virtud tan singular: acercábase ya el momento de verse rodeado el Carmelo de un nuevo luminoso astro: ya el Ángel por cuyo gobierno corre la conservacion y la gloria de este santo monte, apresuraba con sus ardientes votos la hora señalada para enriquecerle con el heredero de las virtudes de tantos profetas, y con el padre de una familia religiosa. Fueron oídos sus ruegos; y con qué gozo no desampararia esta casta paloma una tierra profana para trasladarse á una region santa?

Entra en una nueva carrera; y los primeros pasos que da en ella son pasos de gigante. Adelántase con muchas ventajas, traspasando con grande exceso los límites comunes, á los que habian emprendido ántes que él el camino de la perfeccion religiosa. Diríase que se retiró á la soledad, no para ser instruído, sino para instruir; no para perfeccionarse, sino para perfeccionar á los demas: ni que llevó al desierto alguna de las pasiones que se corrigen en él, ni alguno de aquellos defectos que se enmiendan en él: ántes trajo ya todas las virtudes que en él se adquieren. Sus maestros se hacen sus discípulos; lo que le enseñan con sus preceptos, les enseña él todavía mas perfectamente con sus acciones, y su conducta les da una idea práctica de perfeccion, que todas sus lecciones no pudieron darle á él: y si él abraza con docilidad sus consejos, ellos estudian sus ejemplos, confesando públicamente que aprendian mas viéndole que él oyéndolos.

Con efecto, católicos, representáosle como procedió desde los principios de su vida religiosa, y como continuó hasta el

término y fin de ella. Vedle elegir para su habitacion una celdilla oscura y estrecha, ó por mejor decir, un sepulcro tenebroso, vestido de un habito pobre y burdo, ménos á propósito para defenderle de las injurias é inclemencias de las estaciones, que para manifestar el grande amor que profesaba á la mortificacion evangélica. Hombres codiciosos é interesados, cuyos deseos insaciables no bastan á satisfacer las mayores riquezas, ¿qué de cuidados, qué de fatigas, qué de pecados no os cuesta ese desatinado furor de atesorar, esa indiscrecion de desperdiciar? Ved aquí un hombre que teme mas las riquezas, de lo que vosotros las apeteceis: vosotros creeis que jamas teneis bastante, y él siempre cree tener demasiado: la pobreza de Jesucristo es su tesoro, y mas teme él salir de la pobreza que vosotros caer en ella. Hombres duros é insensibles, que viviendo tranquilamente en el centro de vuestras opulencias, veis correr las lágrimas de vuestros hermanos sin dignaros enjugárselas: vosotros que tanto podeis hacer por ellos y que nada haceis, mirad á un hombre á quien la caridad le equivale por abundantes riquezas: la pobreza evangélica es el objeto de todos sus deseos, y los pobres el de su ternura y compasion; él los anima con sus ejemplos, los consuela con sus conversaciones, los sustenta con sus limosnas: viósele en tiempos calamitosos no poner otros límites á sus profusiones, que sus necesidades, ni temer otra afliccion que la imposibilidad de socorrerlos, teniéndose por feliz porque dándoles cuanto tenia, cumplia á un mismo tiempo con su amor á la pobreza y con su amor á los pobres.

Este varon santo que con tanta facilidad se compadecia de las miserias ajenas, solo usaba de rigor consigo mismo; y ansioso por padecer y por copiar en su persona la imágen del Crucificado, sentia el poco descanso que concedia á la necesidad de la naturaleza. Sus vigilias continuas, sus ayunos perpetuos, un cilicio espantoso, la tierra siempre bañada con sus lágrimas y humedecida tal vez con su sangre: y así su cuerpo peligraba al rigor de sus penitencias, y aun parece que procuraba apresurar su ruina: solamente por obediencia moderó su amor á las mortificaciones; pero nada fué bastante para templar el ardor que le consumia: cuanto mas padece mas desea padecer: pregúntale su Majestad qué premio queria por sus trabajos y por sus virtudes, y no responde como santo Tomas, ningun otro sino á ti,

Señor: *nullam aliam nisi te:* ni tampoco dice como santa Teresa: ó vivir con vos, ó padecer por vos: *aut pati, aut mori;* sino: padecer, Señor, por vos, y ser despreciado por vos: *pati et contemni pro te:* enajenado y como embriagado con el amor á la cruz, no encuentra consuelo sino en padecer por Jesucristo, hasta que pueda reinar perpetuamente con él: *pati et contemni pro te.*

Y no penseis, católicos, que su mortificacion se limitaba á las maceraciones exteriores. Que no me sea permitido manifestaros su corazon é introduciros en el santuario de aquella alma, una de la mas puras y fervorosas que hubo sobre la tierra, como se explica santa Teresa! Veriais levantada en él la cruz de Jesucristo sobre la ruina de todos los deseos, de todas las inclinaciones, de todos los apetitos de la naturaleza: veriais á un hombre que podia decir con el Apóstol: yo vivo, mas no yo, sino Jesucristo en mí: *vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus* (1). Cuántas veces sintiéndose desprendido del mundo, deseó huir á alguna soledad inpenetrable, para vivir en ella una vida desconocida de los hombres y conocida solamente de su Dios? Y ya que no se le cumplieron estos deseos, ¿conservó acaso para con sus parientes aquellos sentimientos de ternura y de aficion humana que se advierten no con poca frecuencia en algunos corazones, aunque muertos á todas las demas cosas? Lo que yo os sabré decir es, que su padre era Jesucristo, su familia la religion donde profesó. Pero me engaño. No puedo negar que tuvo un hermano á quien amó, y á quien con suma complacencia tuvo siempre cerca de sí. Era la causa, católicos, porque la pobreza de su hermano le acordaba la humildad de su nacimiento, y mirado por este aspecto se le hacia amable en sumo grado á san Juan de la Cruz; y tambien porque esperaba por este camino que se olvidasen los hombres de lo que era, renovando la memoria de lo que habia sido, y ocultar el resplandor de sus virtudes bajo la oscuridad de sus principios: de modo que este mismo hermano colocado en una fortuna opulenta, no hubiera experimentado tantas demostraciones de cariño.

Este es el verdadero camino por donde llegareis seguramente al termino feliz de vuestros deseos, vosotros que aspirais á los

(1) *Ad Gal. cap.* 2. *v.* 20.

sublimes dones de la vida interior. O cuán dignas de compasion son aquellas almas ilusamente devotas, que presumen haber hallado á Dios aunque no han dado el primer paso para buscarle, que están satisfechas de haber recibido muchos favores del cielo sin haber procurado merecerlos; y ciegas con el orgullo que las trae dementadas, se lisonjean de estar llenas del Espíritu santo, cuando solo están llenas de presuncion y engaño!

Pero vosotras, almas penitentes, humildes, mortificadas, caritativas, almas retiradas del mundo, que viviendo en una paz inalterable obedeceis con fidelidad á los impulsos de la gracia, no dudeis aspirar á los regalos y mercedes que vuestro esposo tiene reservados para vosotras, pues las virtudes de san Juan de la Cruz han abierto el camino de vuestra conducta, y el premio con que fueron coronadas debe avivar vuestra esperanza.

Pero qué es lo que intento, ó Dios mio! Seré tan temerario que sondee el abismo de vuestros caminos, y me introduzca á examinar las profundidades de vuestras adorables disposiciones? O qué misterio tan incomprensible de sabiduría y de amor es el gobierno de la gracia con una alma verdaderamente espiritual! qué alternativa de suavidades con rigores, de lágrimas amargas con éxtasis celestiales, de tentaciones que afligen, de tristes desconsuelos que postran, de tedios funestos que desconsuelan, de escrúpulos que turban y casi desesperan, con una paz inalterable, con una virtud llena de dulzuras y delicias! Unas veces parece que el alma no solo camina, sino que corre, que vuela, llevada en las alas de la gracia y de la caridad: otras se ve esta misma alma como repelida y abandonada de Dios; ya le llama, y él no responde: ya no llama, y entónces oye su voz: ya le espera, y él no viene: ya casi no le espera, y entónces acude. Considerad á un Dios que no pierde nunca de vista á esta alma predestinada para probarla, para consolarla, para dejarla el mérito de buscarle, y para concederla la complacencia de haberle hallado: y á una alma atenta siempre á su Dios, ocupada en desearle, en regalarse con él, en esperar en él, en suspirar por él, en amarle cuando le posee, en amarle aun mas, por explicarme así, cuando parece que se aparta de ella. Considerad de parte de Dios ya un amor tierno, ya un amor riguroso, pero un amor sin término siempre y sin medida. De parte del alma un amor ya fino y contento, ya inquieto y anegado en lágrimas, pero un amor violento siempre é impe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuoso. Reconoced por esta descripcion á san Juan de la Cruz. Fué al principio alimentado con aquella misteriosa leche de que habla el Apóstol, y que es propia de la flaqueza de la infancia espiritual. Todo era entónces tranquilidad profunda, paz amable, dulce sosiego de una conciencia pura é inocente: silencio de sentidos y de pasiones, amor á la oracion y á la soledad, esperanza firme y segura de los bienes eternos. O feliz estado, semejante á una nave conducida mansamente por la corriente de las aguas, y llevada al puerto por un viento favorable!

Pero qué trastorno, qué revolucion tan repentina observo? Los trabajos le agobian, la penitencia le espanta, la soledad le pudre, la oracion le repugna: su razon anublada solo despide vislumbres oscuras é instantáneas, y solo ve por entre densas nubes: auséntase Dios, queda solo el hombre, el hombre flaco, tímido, irresoluto, atormentado de remordimientos, acongojado con escrúpulos; en vano levanta al cielo su voz interrumpida con suspiros, pues el cielo se hace de bronce, el rocío de la gracia no desciende ya, y su corazon es como una tierra estéril, que no produce sino abrojos y espinas. ¿Qué nueva guerra es esta que experimento, exclamaba este glorioso santo? por qué nuevas sendas camino? ó quién me concediese y redujese á aquellos primeros años, cuando el Omnipotente habitaba en mí! *quis mihi dabit ut sim juxta menses pristinos..... quando Omnipotens erat mecum* (1). Pasaron aquellos felicísimos dias para no amanecer jamas? quién ha levantado este muro de division entre Dios y mi alma? ya no le veo ni le oigo; y qué sé yo si él oye todavía la voz de mis suspiros y de mis lágrimas? *Tulerunt Dominum meum, et nescio ubi posuerunt eum* (2). ¿Huyes de mí, ó Dios de mi corazon? Yo sin embargo os seguiré siempre, yo caminaré tras vos por las sendas tenebrosas por donde me dirigis: bien sé que no merezco volver á hallaros; pero vos mereceis bien que no me canse de buscaros.

Qué espectáculo, católicos! un corazon tan fino y tan amante sufriendo tan dolorosos tormentos! ¿Y nos atreveremos nosotros á murmurar y á quejarnos, nosotros que exhalando todavía por ventura los ardientes humos de nuestras pasiones y llenos de las especies de inmundos deleites, querríamos experimentar desde los primeros pasos de la vida espiritual las delicias de la virtud, para resarcirnos de las sensualidades del vicio? Descargue, Señor, vuestro azote sobre nosotros que tan merecido le tenemos; pero ¿por qué este siervo fiel no ha de ser el objeto de vuestras ternuras? Vos fuisteis siempre el objeto de su amor: vos veis la obediencia y resignacion con que despues de tantos años padece el martirio de vuestros desconsuelos: si le castigais, adora con lágrimas la mano que le hiere: su fe permanece constante, su ánimo no flaquea: y si él persevera en su primer fervor, ¿no volvereis á usar con él de vuestras antiguas misericordias?

(1) *Job*, c. 29. v. 2. (2) *S. Juan*, c. 26. v. 13.

Sí, señores: ya empieza el Señor á comunicársele. Pero advertid que no lo hace para satisfacer su amor, sino para avivar su fuerza y actividad. Porque como estaba destinado Juan de la Cruz para ser padre de una familia religiosa, cuyo ejercicio habia de ser la oracion y contemplacion, convenia que pasase sucesivamente por todos los grados de la vida espiritual: por eso no camina ya por entre las tinieblas de una noche oscura, sino que á beneficio de una clara y serena luz, descubre las riquezas de la santa Sion: ya oye la voz del Esposo, pero solo la oye á lo léjos. Y ¿qué inquietudes, qué zozobras pensais produce en el corazon humano esta poderosa voz? Ya nos lo explica el mismo glorioso santo, porque ¿quién sino él nos lo podia explicar? Estas visitas, dice, mas son para enfermar que para sanar; mas para avivar los deseos que para satisfacerlos; no son para que el alma habite pacíficamente consigo misma, sino para que saliendo de sí corra tras de su Dios, que ya se manifiesta, ya se retira; ya se acerca, ya huye; que parece se va á comunicar, y se suspende. Desfallecido el corazon de Juan de la Cruz á los rigores del amor divino, suspiraba, se quejaba, exclamando continuamente con la esposa de los Cantares: ó ángeles del cielo, ó bienaventurados de la gloria, que cercais el trono del Altísimo, presentad á mi Dios mis gemidos y mis congojas amorosas, decidle como muero de amor: *adjuro vos... ut nuncietis ei quia amore langueo* (1).

Probóle Dios finalmente como se prueba el oro en el crisol, y le halló digno de su majestad. Ahora pues recibirá su alma á manos llenas aquellas mercedes del cielo, cuya corriente se sus-

(1) *Cantic.* c. 5. v. 8.

pendió por tanto tiempo. Ya puede mirarse en posesion de cuantas dulzuras contiene la oracion mas fervorosa, de cuantas luces puede comunicar la mas alta contemplacion, y de cuantas delicias promete en la tierra la union íntima con el celestial esposo. Ya ilustran su entendimiento luces vivísimas: ya parece que se le han revelado los mas profundos misterios, los dogmas mas incomprensibles: de modo que casi no reconoce ya tinieblas en la fe, y que ve con sus ojos cuanto cree. Al mismo tiempo se siente su corazon inundado en gozo. O qué éxtasis! ó qué santa embriaguez! ó dichosos momentos, cómo os pintaré yo? Siente que de improviso se excita en su alma un indecible deleite, y ni sabe dónde se halla, ni qué es de ella; por otra parte se desprende un rayo de luz celestial que hiriendo en sus ojos, parece que le descubre en toda su plenitud la hermosura eterna. Acalórase su corazon, abrásase, apasiónase, derrítese, quéjase, suspira, y ya no conoce nada, ni aun á sí mismo se conoce: experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalen, en que se inunda su alma: bebe en aquella fuente de delicias que embriaga á los santos: oye aquellas palabras misteriosas que no se concedió proferir á ningun hombre mortal. Y esta desmayada imágen de felicidad celestial le hace casi dudar si vive aun en carne mortal.

Ya veo, católicos, que este idioma os parecerá extraño: no ignoro que no todas las almas son llamadas para recibir dones tan sublimes; pero cuántas lo son, y no prestan docilidad ni atento oído á la voz que las llama! ¡á cuántas almas, á pesar de los activos impulsos de la gracia, retienen en el camino comun y ordinario la tibieza, la pereza, una reprensible timidez, y los perjudiciales consejos de un director inexperto! ¿cuántas almas faltan á Dios, á quienes Dios no faltaria? ¿no es hoy nuestro Dios lo que ha sido en todos los tiempos? ¿está abreviado su poder ó reducido á términos mas estrechos? ¿no solicita su amor comunicar todavía sus dones y beneficios? Ah! á lo ménos hallándonos como nos hallamos dispuestos á contentarnos con lo que Dios se sirva darnos, determinémonos á desear segun el consejo del Apóstol, y á merecer en algun modo todo lo que Dios nos puede dar: *æmulamini autem charismata meliora* (1). Si no vemos que el cielo obra ya los milagros de la gracia que solia, es porque no ve ya en el mundo los mismos prodigios de virtud. Imitad á san Juan de la Cruz en las disposiciones con que se preparaba para recibir los dones de la vida interior, y la poseeréis con él, ó por mejor decir, solo os faltará saber aprovecharos como él.

(1) *I. ad Cor. c. 12. v. 31.*

Habíase preparado san Juan de la Cruz para recibir los favores del cielo con una caridad bien ardiente; pero qué valia esta para aquella caridad que se engendró, se aumentó y se perfeccionó en el comercio tan íntimo que tuvo con su Dios? Yo le considero tan elevado sobre sí mismo, cuanto lo ha sido sobre los demas hombres.

Su amor fué un amor tierno, un amor dominante y fuerte; no un amor tibio, frio, que deja á los demas objetos toda su fuerza y todos sus estímulos: no es un amor, si me atrevo á explicarme así, de razon y de fe, que gobierna á su arbitrio las acciones, que reprime los deseos, que sujeta y enfrena las inclinaciones; sino un movimiento, un ímpetu veloz que le arrebata hácia Dios; es una violenta inclinacion que le arrastra; es un afecto vivo y delicioso que comunica á su alma cuanto puede recibir y sentir su corazon, agitaciones, turbaciones, éxtasis continuos: es aquella atencion eterna en agradar, aquel temor inquieto de haber desagradado, aquella actividad, aquella inmensidad de deseos, aquella sed, aquel ardor inextinguible, que las lágrimas y los suspiros no hacen mas que imitarlos. O con qué lentitud pasan los dias y los años! ó si el tiempo apresurase su curso! cuándo se unirá con su Dios eternamente! ah, que él solamente vive con la esperanza de poseerle, y con la fruicion de amarle! Hiriólo el Señor con un dardo de su amor: *vulneravit me charitate.*

Llevábale clavado en su alma por donde quiera que iba. El bullicio del mundo, los cuidados y fatigas de la vida apostólica, el sueño y la oscuridad de la noche, todo le dispertaba, todo lo reducia á la imágen de su Dios. En vano suenan al rededor de él las voces de los hombres, pues absorto y todo en Dios, ni ve ni oye sino á Dios: de modo que mas parece un serafin abrasado en caridad, que hombre humano.

O escondidos desiertos, ó soledades profundas! cuántas veces vino á desahogar en vosotras los incendios de su amor! porque como en el mundo se tropieza con tantos objetos que distraen el espíritu, la soledad solamente puede satisfacer un co-

razon herido vivamente del amor divino, el cual padece un martirio cuando tiene que privarse del trato y comunicacion de un Dios á quien ama, y sufrir la presencia de un mundo á quien aborrece.

Fué su amor generoso, impaciente, y ansioso por acreditarse con costosos sacrificios. Si contemplaba á un Dios niño, recostado en un pesebre, vertiendo lágrimas; si meditaba en un Dios espirando en la cruz, se abrasaba su alma en nuevos incendios de amor: hervia su sangre en sus venas, anhelando por salir y bañar la tierra. ¡O quién le concediera haber nacido en los tiempos de la primitiva iglesia atribulada y perseguida! ¡cómo suspira por el acero de los tiranos! y no hallando otro arbitrio procura consolarse sustituyendo la imágen y representacion del martirio al martirio que no puede conseguir. Pero vanos é inútiles conatos, pues la representacion de un bien que no se concede, solamente sirve para aumentar su dolor. Por esto pasó san Juan de la Cruz su vida en lamentarse de no haber podido sacrificarla por Jesucristo, y de no haber podido añadir el deleite de morir al mérito de vivir solo para su Dios.

Y podré yo añadir todavía alguna cosa á lo dicho? Sí, católicos. Y qué? Que no se desvaneció con tanto cúmulo de gracias, con tanto tesoro de virtudes. Aquella humilde desconfianza de sí mismo, que es la última ciencia de las almas mas prudentes, fué la primera y principal de nuestro santo. Nunca se expuso á los peligros de perder su inocencia, porque los temió ántes de conocerlos, y jamas tuvo tanta confianza de sí mismo que dejase de temerlos. Qué mas? La opinion tan universal de santidad de una Teresa no basta para asegurar su virtud tímida y escrupulosa; y para formarse los primeros vínculos de una amistad tan santa y tan útil á la iglesia, fué necesario que interviniese la voluntad de Dios, declarada por la voz de su superior, para que cediesen á la obediencia las precauciones de su humildad: y al mismo tiempo que los prodigios de una vida tan fervorosa y tan penitente le granjeaban la veneracion y la confianza del pueblo, siendo él solo el que ignoraba su virtud, se contemplaba aun como un pecador, á quien los auxilios continuos de la gracia le detenian para no precipitarse en la culpa, y todo su estudio y su anhelo era esparcir en el público este concepto que tenia de su fragilidad; y como se le veía tan solícito de ocultar sus virtudes como de perfeccionarlas, dudábase

si era mayor el ansia con que deseaba adquirirlas, que el sobresalto con que temia su reputacion y aplauso. Los oprobios, los abatimientos, los desprecios fueron las mayores delicias de su corazon: y jamas se vió harto de ser desconocido y despreciado. Por esto si se le queria ver temblar y mudar de color, bastaba amenazarle con un elogio. Admirábase con razon en Juan de la Cruz aquella bondad, aquella extraordinaria benignidad con que lo sufria todo, con que lo excusaba todo. Pero no tenia fuerzas ni valor para sufrir una alabanza. Por esto si tal vez se le conoció alguna inclinacion, algun particular amor, ¿con quiénes pensais que le usaba? Con aquellos á quienes creemos nosotros que amamos suficientemente cuando no los aborrecemos. Ó hombres injustos y pérfidos, envidiosos y calumniadores de tan glorioso santo! Vosotros comprásteis sus beneficios con vuestros agravios, y cuanto ménos le amabais, mas seguros estabais de ser amados de él.

¿Es así nuestro corazon, amados oyentes mios? ¿somos nosotros tan generosos y tan agradecidos á los beneficios del Señor? Pensemos en las gracias que hemos recibido, en nuestras infidelidades é ingratitudes: consideremos nuestras virtudes tan poco aceptables á Dios, y que tanto lisonjean nuestra vanidad. ¿Es posible que los dones del cielo han de servir solamente para fomentar nuestro loco orgullo, y para hacernos mas delincuentes? Ay! pensemos solo, á ejemplo de Juan de la Cruz, en merecer y en alcanzar las gracias que necesitamos, por nuestra fidelidad en corresponder á las gracias que recibimos; y si queremos añadir al fervor de una verdadera virtud los trabajos y frutos del celo, despues de haber considerado en san Juan de la Cruz el ejemplar y modelo de aquellas almas que viven segun las leyes de la vida espiritual, estudiemos y contemplemos en él la norma y ejemplar de los operarios evangélicos, que se emplean en promover la salvacion de las almas.

SEGUNDA PARTE.

Ministros del Evangelio, llamados por Dios para la conversion de las almas, hoy vengo á ofreceros un ejemplar consumado y completo con aquellas calidades y virtudes peculiares de vues tro estado. Bien sé que no puedo ofrecer á vuestra vista un nuevo mundo reengendrado en Jesucristo; ni pueblos enteros

conquistados á la iglesia, ni grandes designios, ni vastas empresas, ni estupendos sucesos, ni aquellas aceleradas y frecuentes conversiones de los antiguos y primeros apóstoles; pero yo os presentaré cosas de no menor importancia que las referidas : el talento con que san Juan de la Cruz ejercitó el ministerio apostólico, y el valor con que practicó y adelantó la obra del ministerio evangélico. Continuadme vuestra atencion.

Traed desde luego á la memoria las amenazas que fulmina el Espíritu santo contra los falsos profetas que decian : el Señor nos ha enviado, y el Señor no los envió. La ambicion, la vanidad, la presuncion desatinada, el celo bullicioso, los fines del propio interes, los intentos de la concupiscencia, las esperanzas mundanas, de que tantos escándalos resultan á la iglesia y tantas ignominias á la religion, han poblado el santuario de indignos ministros, que recibieron el ministerio evangélico sin otra vocacion que su audacia sacrílega en usurparle. Si otros motivos mas puros y eficaces no hubieran obligado á san Juan de la Cruz á dejar la soledad, hubiera pasado la vida en el silencio y oscuridad del retiro. Vivia como otro Moises en la cumbre del monte, tratando únicamente con su Dios y de su salvacion; solo se acordaba de los hombres en su ferviente oracion, cuando oyó una voz que le dijo : desciende al valle y registra los pecados de Israel : anda y anúnciale mi indignacion. Obedece san Juan de la Cruz sin la menor repugnancia y sin la menor replica : deja la soledad, pero ¿con qué sentimiento? Es verdad que al considerar á su Dios vilipendiado, y sus hermanos expuestos á su perdicion eterna, movido del celo y de la caridad se abraza con ansia con los molestos cuidados del ministerio apostólico; pero sin embargo en medio del bullicio del mundo, de los afanes y aun de los mismos consuelos y frutos de su celo, viven impresos en su memoria aquellos felices dias en que solo con Dios, su única ocupacion era gemir sobre las ruinas de la ciudad santa : aquellos dias en que no reconocia otra obligacion sino la de remediar las calamidades de la iglesia con el socorro de sus lágrimas y oraciones. De modo que el amor de la soledad en nada perjudica á la actividad de su celo, ni la actividad de su celo debilita en nada su amor á la soledad : él está pronto siempre á dejarla por obediencia, y á retirarse á ella por gusto y por inclinacion; ni se ejercita en las funciones del ministerio evangélico sino porque Dios lo

quiere, ni permanece en él sino en cuanto Dios lo quiere. Y un predicador con estas disposiciones ¿qué otra cosa puede buscar sino á Dios? y cuando solo busca á Dios, ¿con qué nobleza, con qué independencia, con qué libertad, con qué autoridad, con qué gravedad, con qué decencia no ejercita la predicacion! En vano el que la ejercite por motivos ménos honestos procurará ocultar y disimular sus torcidos fines, pues su corazon lo declarará ya por un espíritu de política cobarde, de una vil é indecorosa condescendencia, afectando ignorar el pecado, ó disimulándole cuando hay que temer ó esperar algo del pecador; ya por un espíritu de interes, usando de excesivas atenciones con aquellas personas que reparten los premios, ú obedeciendo desdeñosamente y con dificultad la voz de la obligacion, cuando esta se ha de cumplir en beneficio de la gente vulgar, que por su pobreza solo puede agradecer las doctrinas y piadosos documentos con la docilidad que los oye, con lágrimas de penitencia, con muestras de devocion : unas veces por cierto espíritu de vanidad y de desden, que sin embargo vemos envilecerse frecuentemente con la indecente bajeza con que ofrece á los grandes obsequios que niega con dureza á los pequeños, desdeñando á todos aquellos en quienes no reconoce otra nobleza sino la adopcion divina; ni otros títulos sino el de cristiano; ni otra fortuna sino la esperanza del cielo; ni otra grandeza ni brillantez, sino el purpúreo resplandor de la sangre de Jesucristo : otras veces por un espíritu de superficialidad y de disipacion, que no tanto se propone edificar al mundo como conocerle; ni santificarle, como darse á conocer en él; ni llevarle á Dios, como adquirir sus aplausos; ni predicarle las máximas del Evangelio, como llenar un rato en que no se sabe qué hacer : muchas veces por un espíritu de envidia, con que se miran con ojos tristes, críticos y acaso malignos los progresos de otros predicadores, cuya ociosidad y negligencia en el cultivo de la viña del padre de familias se perdonarian mas fácilmente que sus talentos y su fama : y casi siempre por aquel espíritu de ambicion, sediento por lucir, por distinguirse, por ganar créditos, y que contentándose con ser el objeto de la admiracion pública, deja á los demas ministros del Evangelio el cuidado y celo de mover y convertir á los fieles.

Pero de cuán distinta naturaleza era el celo de san Juan de la Cruz! Él con entereza é intrepidez declama contra todos los vi-

cios, y se declara contra todos sus abusos. Tu, ó respeto humano, ó condescendencia con el mundo, ó vanas esperanzas, ó terror del amor propio, ó amenazas y oprobios, vosotros todos os desharéis contra este muro de bronce, y seréis testigos de que el hombre que teme y ama verdaderamente á Dios, no reconoce ni otro temor ni otro amor! Como su celo era vigilante, activo, laborioso, ningun proyecto acobarda á este varon santo, ningun trabajo le fatiga, ningun contratiempo le turba. Como era grave, decente, digno de la majestad de su orígen, nada omitia de lo necesario, nada emprendia inútil, anteponia la satisfaccion del mundo á la quietud de la soledad: anteponia siempre la quietud de la soledad á las conversaciones y pasatiempos del siglo: anhelaba por ocupar el tiempo fructuosamente, nada temiendo tanto como perderle. Como era verdadero, sencillo, pacífico, aplaudia con sinceridad de corazon los frutos y aplausos ajenos. Como era ilimitado, comun, universal, no conocia aquellas odiosas distinciones entre alma y alma, y si preferia algunas, era las de los pobres y humildes. Como era humilde y modesto, sus pláticas y sermones, desnudos de elegancia, no se vestian ni engalanaban sino con las gracias de la sencillez evangélica; cuando predicaba, no se proponia otro fin sino que los oyentes pensasen en Dios, procurando olvidarse del orador. Como era tan desinteresado y desasido, solicitaba con ansia el trabajo con que evitaba la ociosidad. La norma de su conducta fué esta máxima que repetia frecuentemente: no quiero yo que me paguen los hombres lo que procuro hacer por Dios. Pagáronle sin embargo los hombres abundantemente su celo y fatigas apostólicas; pues mostrándose obedientes y dóciles á sus documentos y exhortaciones, le ofrecian agradecidos el único obsequio y tributo digno de las atenciones y del corazon de un apóstol, que eran unas costumbres mas cristianas, unos corazones contritos y humillados, y unas lágrimas amargas de verdadero arrepentimiento.

Con efecto ¿cómo era posible resistirse á la fuerza suave pero eficaz de su elocuencia? Eran sus palabras unos rayos vivos y penetrantes que disipaban las nubes, unos dardos de fuego que abrasaban las almas. Los entendimientos ilustrados y convencidos se rendian; las conciencias llenas de turbacion y temor santo renovaban con amargura la memoria de sus culpas pasadas: y todo el hombre compungido y atónito, no acertaba sino

á temblar, á gemir, á llorar y á convertirse. El talento singular, el mayor talento y el mas eminente que requiere el ministerio de la predicacion, ¿sabeis cuál es? Saber hablar de Dios. Este talento pues poseía san Juan de la Cruz en grado muy eminente. Con Juan de la Cruz, decia santa Teresa, no se puede hablar de Dios, porque enajenado todo, prorumpia luego en aquella elocuencia sagrada de Pablo. Al oir solamente el nombre de Dios, se encendia su amor, y con sus ímpetus le arrebataba, y todas las cosas con él. Allí era oírle pensamientos sublimes, nobles y elevadas ideas, expresiones enérgicas y patéticas, que todas nacian de su corazon. Amemos como él, y sabremos hablar como él.

Y cuando la vehemencia de sus palabras hallase resistencias, ¿qué obstinacion por dura que fuese no se hubiera rendido á la autoridad de un discurso corroborado con ejemplos tan persuasivos? Él era un hombre crucificado que predicaba á Jesus crucificado. Vedle salir de Duruelo, primer monasterio y cuna de su órden, para sembrar la divina palabra por aquellos lugares comarcanos, desnudo de pié y pierna, pisando nieves y hielos, atravesando con riesgo de la vida los arroyos hinchados con las lluvias, pudiendo arrastrar apénas por caminos impracticables la carga de su cuerpezuelo, desfallecido con el cansancio, extenuado con los ayunos, consumido con las vigilias; sus ojos caídos, su rostro pálido y desfigurado, su voz débil y desmayada. Con todo eso apénas abre la boca, cuando ya se enternecen los oyentes y casi se convierten: su presencia deja poco que hacer á sus exhortaciones: los corazones se franquean espontáneamente á los afectos que intenta excitar en ellos, anticipándose al oficio de las palabras; y para conseguir la conversion de los mas insignes pecadores no necesita sino pedirla: *Crucifixus crucifixum prædicat.* Destinanle sus superiores á un convento distante, en tiempo tan inclemente, que junto con las fatigas de viaje tan largo, pudiera temerse la pérdida de la salud mas robusta. Los rigores de la penitencia apénas le dejaron un soplo de vida. Quieren detenerle sus hijos, que se estremecen al pensar en la ausencia funesta de un padre tan santo, que solo les dejara ejemplos que seguir, y frias cenizas que regar con sus lágrimas. Ay, amados hijos mios, les dijo! Con qué vergüenza os predicaré la obediencia, si yo rehuso obedecer?

¡Ay de nosotros los ministros del Evangelio, que mostramos

á los demas los caminos que nosotros no andamos! ¿de qué nos aprovechará delante de Dios haber santificado al pueblo, si no nos santificamos á nosotros mismos? ¿esperamos por ventura salvarnos con los méritos ajenos á falta de los propios? ¿pensamos que las virtudes á que exhortamos á los demas, suplirán por la virtudes de que carecemos? O por mejor decir: ¿de qué aprovecharán á nuestros hermanos los santos documentos que les predicamos, si los contradecimos con nuestros ejemplos? Cuando el mundo nos oye, se conmueve, se estremece; pero cuando el mundo nos mira á las manos y á las obras, se aquieta y se tranquiliza; y si tal vez aplaude nuestros sermones, no imita nuestra conducta. No por cierto, no es propio sino de los santos el hacer santos; y confesemos aunque sea con dolor, que los defectos del orador cristiano contribuyen frecuentísimamente para que se conserven y se perpetúen los excesos del pueblo. Bien sé que nuestro ejemplo no justificará su rebeldía y sus delitos; pero no nos engañemos: eso mismo que no bastará para excusarle, bastará para condenarnos á nosotros: si nuestras costumbres fuesen el pretexto y ocasion de los vicios del pueblo, nosotros seremos castigados por sus culpas y por las nuestras; en lugar de que este nuestro fiel discípulo de Cristo crucificado será galardonado por las virtudes en que se ejercitó, y por las que hizo ejercitar á otros: *Crucifixus crucifixum prædicat.*

Es tambien llamado á otro ministerio todavía mas difícil, en cuyo desempeño se manifestaron de lleno sus insignes calidades; esto es, al gobierno y direccion espiritual de las almas. Pide este ministerio solo casi todas las virtudes, y casi todos los talentos: todas las virtudes, para no perderse; y todos los talentos, para encaminar á los demas al cielo. Me atreveré á levantar el velo que oculta los peligros del santuario? os lo diré, ó indiscretos é imprudentes directores? Veo que tal vez os complaceis con la dignidad de vuestro estado, pero no olvideis, os ruego, sus peligros; porque cuán de temer es que ese celo tan fructuoso para el bien espiritual de los demas, no se convierta para vosotros en ocasion de ruina; que no os perdais por los caminos de los pecadores, por donde andais con el intento y solicitud de apartarlos de las sendas de sus iniquidades; y que por un cambio fatal, al mismo tiempo que les inspirais virtudes, no adopteis sus vicios! ¿Os referiré individualmente

con los maestros de la vida espiritual esas aficiones ménos puras, esas condescendencias mundanas, esas atenciones aseglaradas, esas conexiones habituales, esas correspondencias afectuosas que recíprocamente y sin entenderlo se insinúan é introducen poco á poco en un corazon ya enternecido, y dispuesto á inspirar y recibir confianzas? Os advertiré con el Apóstol, que si el ministerio es divino, el ministro es hombre, y que el fuego de la mas encendida caridad se convierte en... Suspendo aquí la lengua. Porque la malignidad de este perverso y corrompido siglo, tan inclinado á escandalizarse de todo y á autorizarse con todo, nos impide proferir ninguna de aquellas expresiones libres é ingenuas que el candor y la inocencia de los primeros cristianos permitian al celo de nuestros padres y de nuestros maestros. Pero aquello que la prudencia nos obliga á callar, nos obliga mucho mas á temerlo.

Caben pues en este ejercicio y ministerio peligros muy inminentes, pero que solamente los santos los temen. Ármanse contra ellos de modestia, de recogimiento, de atencion frecuente sobre el estado de su alma, de oracion continua, de vigilancia pronta y severa en sacudir, en ahogar todo afecto que no procede de la gracia, que no inspira el Espíritu santo. Huyen asimismo de toda conexion sospechosa, de toda conversacion tierna, de todo trato festivo con las personas cuya direccion fió el cielo de su gobierno: no las hablan, ni las dejan hablar sino de Dios: saben merecer su confianza, pero evitan su familiaridad: imprimen en la misma afabilidad, en la afabilidad mas apacible y mas propia para merecer su atencion, un carácter de gravedad santa y majestuosa, la mas á propósito para conciliar y conservar su respeto. Y sin embargo de tantas precauciones apénas tuvo san Juan de la Cruz por segura su inocencia.

Por esto añadió á las precauciones que aseguran la virtud del ministro, las virtudes que hacen fructuoso el ministerio. Esto es, paciencia para sufrir y esperar al pecador; fortaleza para destruir el pecado y las raíces del pecado; severidad sin acrimonia y sin dureza; condescendencia sin flaqueza y sin cobardía; vigilancia y perspicacia para no sufrir nada imperfecto; prudencia y cordura para no pedir nada imposible; discrecion de espíritu para conocer los artificios del amor propio y de la falsa devocion, para no equivocar nunca los deseos de la vanidad con los efectos de la gracia, ni las ilusiones del príncipe de

las tinieblas con las obras maravillosas del Espíritu y Padre de las luces; conocimiento íntimo y perfecto de los arcanos de la vida espiritual. Juzguémoslo por la estimacion que hacia de nuestro gran director santa Teresa de Jesus: yo buscaba, dice, luz, consejos prudentes, resoluciones seguras, y todo lo hallaba en Juan de la Cruz. Qué doctor tan ilustrado seria pues, qué profundo en la ciencia de la perfeccion evangélica un hombre que fué digno de ser consejero, maestro y director de una Teresa! Juzguémoslo tambien por los monumentos que nos quedan: obras dignas de que en su estudio se ocupen perpetuamente los ministros del santuario: obras en que este director tan ilustrado, este maestro tan profundo en los caminos y arcanos de la vida interior, les descubre, para que no se dejen seducir de una alma que engaña ó que está ilusa, todos los ardides de la hipocresía, todas las astucias del demonio, todos los delirios del entendimiento, todos los devaneos de la imaginacion, todos los desatinados sueños del orgullo, todos los errores de una crédula simplicidad: obras en que declara á los directores poco instruídos, para que no detengan en los caminos comunes de la virtud á las almas que Dios quiere levantar á un grado mas sublime, el órden de los influjos divinos, los primeros movimientos de la gracia, las inspiraciones que anuncian los designios de Dios, las sequedades, los desconsuelos que acrisolan el alma, los escrúpulos que la traen inquieta, los desabrimientos que la consumen, los miedos que la estremecen, la paz que la consuela, las delicias que la embriagan, el amor que la abrasa y la enajena: obras en fin que la iglesia reputa por uno de sus mayores tesoros.

Traed á la memoria, católicos, las disputas que se suscitaron en el siglo pasado, y que se terminaron por una auténtica y solemne decision. Disputaban dos prelados, uno de los cuales bastaba para gloria y ornamento de la Francia, del verdadero espíritu de la mística; y discordes casi en todos los puntos, se conformaban solamente en que los dictámenes de san Juan de la Cruz debian ser la regla de los suyos, supuesto que nada se podia añadir á lo que él supo, ni en cuanto dijo se ofrecia nada que reprobar. Dichoso tal operario evangélico, que ejercitó el ministerio de la predicacion con tantas virtudes y talentos; y mas dichoso todavía, si camina sin flaquear por las penosas sendas del celo apostólico.

La iglesia de Jesucristo nació con la sangre de su Esposo, su cuna fué mil veces ensangrentada con el cuchillo de los tiranos; y debe su incremento y propagacion á la sangre de los mártires. Y desde entónces y en todos los tiempos sucesivos el destino de los que forman grandes empresas en beneficio de la misma iglesia, parece que no es otro sino estar expuestos y sujetos á grandes tribulaciones.

Habia suscitado Dios en España una vírgen, que fué ornamento de la iglesia y honra de su siglo. Fué dotada de un entendimiento claro, despejado, perspicaz, con la prenda de saberlo decir todo con naturalidad y gracia, con el arte de persuadir aun cuando no puede convencer, con el de conseguir lo que cree se la habia de negar, con el de insinuarse en los corazones de los que llevados de sus pasiones se oponen á sus intentos, y con el de disipar las preocupaciones, hablando con ingenuidad y con el corazon en las manos. Entendimiento sólido y juicioso, que entregándose al cuidado de las cosas grandes, y no despreciando las pequeñas, no duda posponer los negocios de corta entidad á los grandes y sustanciales: entendimiento constante, que camina con paso siempre igual tras el logro de sus empresas: nada extraña, porque lo tiene previsto todo; nada le perturba, porque á todo se sobrepone. Entendimiento que sabe juntar la prudencia con la sencillez del Evangelio, que segun las circunstancias se adelanta y retrocede, se oculta y se manifiesta, cede y resiste, suspende los progresos de un negocio, para asegurar mejor su logro, muda de conducta sin mudar de intento, y toma otro camino para llegar al mismo término. Fué dotada de un corazon noble, generoso, intrépido; con amar el trabajo, arrostra los peligros, desprecia los infortunios, se aventura á todo cuando ve que ya no hay casi que esperar, y nunca se manifiesta mas inalterable que cuando todo lo teme. Sus virtudes cristianas y sus dones de la gracia fueron infinitamente superiores á los dones de la naturaleza: su amor de Dios el mas fino y mas heróico, su celo el mas desinteresado y mas ardiente, su deseo de abatimientos y trabajos insaciable, sus luces sublimes, sus éxtasis frecuentes: en fin una oracion entera no bastaria, no digo yo para ponderar, sino ni aun para numerar sus virtudes. Pero yo me engaño: porque en una sola y única palabra se comprende su mas completo elogio, pues son tales los aplausos y tanta la veneracion con que la

celebra el mundo, que en diciendo santa Teresa, está todo dicho.

Como habia destinado su Majestad á esta heróica vírgen para ennoblecer con un nuevo lustre al monte Carmelo, tenia necesidad de un ministro fiel para que la ayudase á llevar el peso de una empresa tan difícil. Vió en una ocasion á san Juan de la Cruz, y como estaba pronta á admitir á quien la concediese el cielo, no pudo ménos de desear que la concediese el cielo el que habia visto : pidiósele, y se le concedió. O monte santo del Carmelo! Con cuánto regocijo viste á estos tus nuevos pobladores que tu no esperabas, y que aunque no eran necesarios para tu gloria, te engrandecieron con tanto esplendor y lustre! Porque qué seria de mí, si arrebatado de un celo indiscreto por la gloria de un santo que no tiene ninguna necesidad de falsos elogios, yo negase á la verdad el tributo y confesion que se le debe!

Próvidos los sumos pontífices para socorrer las necesidades del pueblo cristiano, obligaron á salir de su soledad á los religiosos del monte Carmelo, mitigando el rigor de su regla : rigor abundantemente recompensado con las fatigas de la vida apostólica, á que eran llamados. Y sin embargo de que eran ménos solitarios y mas dedicados á los ejercicios de una vida santamente activa, conservaban en todo su vigor el espíritu de su segunda vocacion, edificando al mundo con sus virtudes, y santificándole con trabajos apostólicos, cuando movido san Juan de la Cruz de un espíritu superior, se propuso restituir á los profesores de la antigua observancia á su regla primitiva. La iglesia no se niega á agregar esta segunda herencia á su primera posesion; porque adquiria nuevas riquezas sin perder las antiguas : reintegrábasela de los bienes que habia poseído en otro tiempo, sin privarla de los que ya gozaba : se interesaba mucho en la fundacion de otra órden mas : hubiera perdido mucho, si hubiera perdido la primera; pero nada veía en esta que quisiese mudar ni reformar, ni nada veía en la recien fundada, que no la agradase y edificase. Ojalá que permanezcan por innumerables años estas dos órdenes tan santas y tan venerables, una de las cuales cuenta á san Juan de la Cruz en el número de sus hijos, y la otra le reconoce por su padre : entrambas son diferentes, pero entrambas son sin embargo tan semejantes, que se conoce fácilmente que tienen un mismo principio! Ojalá que los últimos siglos respeten en ellas lo que en ellas admiramos

nosotros! en la segunda un retiro inviolable : en la primera una actividad laboriosa : en la una aquel celo y aquel trabajo que permite la austeridad de una vida penitente; en la otra aquella soledad y austeridad que permiten los trabajos y fatigas de una vida apostólica! Ojalá que el celo y los trabajos de entrambas sean siempre la alegría de la iglesia, y su vida pura y sin mácula el ejemplo y la edificacion del mundo; y que el pueblo cristiano bendiga eternamente la memoria de un santo tan grande, de quien se valió Dios para multiplicar la gloria y las riquezas de Israel!

No solamente fué san Juan de la Cruz autor de tan alta empresa, sino que fué víctima de ella. Préndenle en medio de su carrera, mandan que destruya su obra, califican de contumacia la constancia de su resistencia. Suceden cárceles las mas estrechas, reprensiones amargas, instancias importunas, consejos molestos, invectivas odiosas, privacion de sacramentos; pasan dias, pasan meses, y sus prisiones no se alivian, ántes preve que no tendrán fin sino con su vida.

¿No es ocasion esta de preguntar lo que preguntaron los discípulos viendo al ciego de nacimiento? *Quis peccavit, hic, aut parentes ejus?* (1) ¿de dónde procede esta ceguera, del pecado del hijo, ó de los pecados del padre? ¿cómo hemos de justificar al perseguido, sin condenar á los perseguidores? ¿la inocencia de aquel no argüirá el delito de estos? ó cómo puede dejar de ser culpable el uno, si los otros no lo son? *Quis peccavit, hic, aut parentes ejus?* No dudaré responder lo que respondió el Salvador : *neque hic peccavit, neque parentes ejus, sed ut manifestentur opera Dei* (2). Admiremos la fortaleza con que Juan de la Cruz resiste la violencia de la tempestad, y no culpemos la mano que la excita. Complácese Dios en llevar tal vez á sus santos por caminos extraordinarios; y exceptuándolos de la ley comun les dicta por sí mismo la de su voluntad, obrando miéntras tanto los hombres, para quienes son misterios incomprensibles las secretas disposiciones de la Providencia, segun las reglas de la prudencia humana. De aquí procede que aquello que én los ojos de Dios es celo y virtud, se le representa á la razon humana como capricho y obstinacion, hasta el tiempo importuno en que su majestad determina justificar á sus esco-

(1) *S. Juan, c. 9. v. 2.* (2) *Ibid. v. 3.*

gidos, imprimiendo el sello de la inspiracion divina á sus empresas: *neque hic peccavit, neque parentes ejus, sed ut manifestentur opera Dei in illo.* Permitiólo pues Dios para acrisolar la virtud de su siervo y darnos el ejemplo de una fortaleza incontrastable, permitiendo que la piedad se armase contra la piedad, el celo contra el celo, la autoridad contra la autoridad; y que obrasen contra san Juan de la Cruz todas las apariencias, y que no depusiese á su favor otro testigo que su propia conciencia: y aun de este consuelo se ve privado bien pronto, porque no oye ya la voz del espíritu interior: y dudoso, perplejo, fluctuando entre incertidumbres y temores, no sabe qué pensar de sí y de sus hermanos: si lamentar su ceguedad ó llorar su ilusion; si su fortaleza es una constancia que Dios aprueba, ó una contumacia que Dios condena: en esta incertidumbre consistia su mayor martirio. Pero luego que volvió á amanecerle la luz, á cuyo beneficio vió clara y expresa la voluntad del Señor, esperó en paz que viniese el ángel á libertarle de las prisiones.

Ni el deseo de recobrar su libertad le hizo reo de infidelidad, ni la memoria de su prision le acobardó. Diríase que todo el edificio estribaba solamente en Juan de la Cruz: él con su ejemplo manifiesta á sus hermanos la santidad de su vocacion: él con sus exhortaciones aviva en los corazones el amor de la observancia regular: él con su prudencia y consejos contribuye para establecer las leyes y las constituciones de la órden: él desde los mas principales empleos enseña á los inferiores cómo han de obedecer, y á los superiores cómo han de mandar: él instruye á los novicios en las enseñanzas religiosas; y ¿cuáles serian sus progresos bajo la direccion de un maestro tan consumado? Sácalos muchas veces á los lugares solitarios, á los montes y selvas; y desahogando en ellos los incendios del amor divino, sus suspiros interrumpen luego estas soledades. Ó desiertos de Egipto y de la Tebaida, santificados con las virtudes de tantos anacoretas, ¿fuísteis alguna vez testigos de tan plausible y virtuoso espectáculo? Á mí me parece que veo al grande Antonio en medio de sus discípulos, resucitado despues de tantos siglos, y compareciendo en otras regiones. Resplandecen aquí las mismas virtudes, se renuevan los mismos milagros. Unas veces se suspenden las llamas que devoraban un edificio; otras algunos cuerpos enfermos, postrados, exhaustos, recobran salud, fuerzas y vigor: ya se retiran avergonzados los demonios, y se sepultan en los infiernos: ya lee en el libro de lo venidero los sucesos que se han de verificar en otro tiempo: ya descubre los pensamientos mas ocultos y los deseos mas escondidos del corazon. Pero sus virtudes y sus milagros ofendieron á algunos envidiosos, enemigos de todo aquello que les hace alguna sombra. Aborta la calumnia innumerables imposturas; y las sospechas injuriosas astutamente esparcidas le adquirieron una multitud de perseguidores. Viéndose deshonrado y degradado, apénas encuentra abrigo en los conventos que fueron obra de su celo y de sus manos: y obligado á obedecer en donde habia mandado, y de sujetarse á la autoridad de quienes fué padre y maestro, es preciso que Jacob se postre ante José, y que no solo no encuentre en su corazon la gratitud de hijo, sino que ni aun halla la humanidad de un superior. Carga por otra parte Dios su mano juntamente con los hombres sobre su miserable cuerpo, y su alma se llena de turbacion y de temores. Conque le habeis abandonado, Señor? No por cierto: ya veo que solo pretendeis purificar la víctima: ya está sazonada y digna de ser colocada en vuestra mesa: ya está para espirar la noche de esta vida mortal: ya la aurora que anuncia el dia de la eternidad despide sus primeras vislumbres y disipa las tinieblas. Pero inalterable Juan de la Cruz y lleno de una dulce esperanza, ve fenecer su destierro, vaticina la hora de su muerte: cúmplese su vaticinio, y muere la muerte de los justos: ábrese el cielo, es colocada en él esta grande alma, y publican su gloria innumerables milagros.

Ó grandes de la tierra! el sepulcro es donde se hunde y naufraga miserablemente vuestra vana grandeza, en él feneceis vosotros, y allí renacen los santos. Olvidado de los hombres Juan de la Cruz, desconocido, despreciado, vivia una vida oscura, pobre, ignominiosa, al mismo tiempo que Felipe II, uno de los mas prudentes monarcas que han gobernado las Españas, ocupaba un trono fundado sobre las ruinas y despojos de tantos reinos. Su profunda política, mas temible que las armas de los conquistadores, traía la Europa consternada, y asustado el universo. Uno y otro son despojo de la muerte. Y ¿qué es lo que queda de un rey tan poderoso y tan afortunado? un cadáver lleno de podredumbre, unas frias cenizas, y á lo mas un estéril recuerdo de su gloria pasada, y la relacion de sus proyectos,

de su opulencia, de sus buenos sucesos, depositada en la historia para servir de pasatiempo á la humana curiosidad, ó por mejor decir, para informar á la posteridad de un insigne ejemplo de la vanidad y caducidad de las mayores grandezas. Pero en el mismo reino en que su monarca empezó á ser olvidado luego que dejó de vivir, el cuerpo de san Juan de la Cruz, libre de corrupcion, es el objeto del respeto y de la veneracion del pueblo. Las ciudades y las provincias compiten por la posesion de tan precioso depósito: y si los hijos y los sucesores del monarca humedecen tal vez con sus lágrimas las cenizas de su padre, tambien se postran delante de las reliquias de este humilde solitario, besando el polvo de su sepulcro y adorando las huellas de sus piés: *venient ad te curvi filii eorum qui humiliaverunt te, et adorabunt vestigia pedum tuorum* (1). Su nombre, que se halla escrito en los fastos de la iglesia, vivirá lo que dure la religion; y todo el culto que se le tributa y tributará en la tierra, es solo una débil imágen de la gloria de que goza en el cielo.

Podremos dejar de envidiar su felicidad? pero ¿de qué nos servirán unos deseos ineficaces? pues nosotros no seremos participantes en su compañía de las riquezas y de los honores de la celestial Sion, sino en cuanto fuéremos fieles en seguir el camino por donde él anduvo.

Glorioso santo, ofreced en este dia dedicado á la memoria y al elogio de vuestras virtudes, nuestros deseos y suspiros ante el trono del Dios de gracia y de misericordia, que galardona y corona á los justos. No hablo de ese coro de vírgenes inocentes, que á la sombra de la Cruz de Jesucristo esconden virtudes tanto mas admirables, cuanto que las saben ocultar con mayor recato de la admiracion pública: vos sois su padre, ellas son vuestras hijas, y unas hijas dignas de tal padre. El tiempo, que todo lo consume, ha respetado su fervor, y no degenerando de sí mismas, las veis despues de algunos siglos tales cuales las visteis en los floridos dias de la reforma recien fundada. Diríase que las primitivas hijas de santa Teresa viven todavía ahora, y que estos lugares de refugio son habitados por unas almas escogidas. Y supuesto que el curso de los tiempos nada ha alterado en ellas, tampoco habrá mudado las disposiciones de vuestro corazon para con ellas. Para quienes imploro yo vuestra intercesion es para nosotros. Confieso que no puedo alegar otro derecho para merecer vuestro amparo, que nuestras necesidades, nuestra confianza, y vuestra inmensa caridad. Y ya que nos instruís con vuestros ejemplos, socorrednos con vuestra intercesion poderosa: acreditad lo mucho que valeis con Dios, alcanzándonos la gracia de la conversion y de la santificacion, que conduce á la felicidad eterna de que gozais. Amen.

(1) *Isai. c. 60. v. 14.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE DIOS.

(DE TRONCOSO.)

Unxit eum Deus Spiritu sancto et virtute, qui pertransiit benefaciendo et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo.

Ungiole el Señor con el Espíritu santo y su virtud; y él pasó su vida haciendo bien en todas partes, y curando á los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él.

Act. c. 10. *v.* 38.

La obra mas grande de la Divina gracia, el fin único á que dirige todos sus esfuerzos, es el hacer de los hombres otras tantas imágenes y copias perfectísimas de Jesucristo, á quien el mismo Padre eterno constituyó primogénito entre muchos hermanos. Para esto los ha llamado, segun el lenguaje del Apóstol, llamándolos los ha justificado (1), y justificándolos, háceles triunfar, en virtud de aquel que les amó hasta la muerte, de las adversidades de la vida, de las pasiones y de las debilidades todas de la naturaleza.

No seré yo quien por efecto de una devocion extremada hácia el objeto de nuestros cultos, me atreva á decir que san Juan de Dios es entre todos los demas bienaventurados á quienes la iglesia decreta homenajes públicos, la copia mas acabada, la imágen mas fiel de aquel divino original. Venero cuanto es debido aquellos grandiosos espectáculos con que plugo á la poderosa diestra del Señor hermosear en todos los siglos á su amada

(1) *Ad Rom. c.* 8. *v.* 29 *et* 30.

esposa la iglesia. Donde quiera que fijo mi vista se ofrece á mi admiracion muchedumbre portentosa de héroes extraordinarios que, marchando por las huellas que con su ejemplo dejó trazadas nuestro adorable Salvador, se hicieron acreedores por su puntual imitacion á los honores que tan justamente les rinde el cristianismo.

Séame no obstante permitido decir, que entre la vida del inclito Juan de Dios y los rasgos que caracterizan la vida del Dios Hombre, se hallan unos puntos de afinidad tan brillantes y asombrosos, que difícilmente podrán hallarse mas parecidos en ningun otro santo. Toda la vida del Salvador no fué sino un ejercicio continuado de beneficencia. El príncipe de los apóstoles compendia todos los hechos de su divino Maestro en estas sublimes palabras: «era un varon que lleno de los dones del Espíritu santo corria por todas partes haciendo bien, derramando socorros en los pobres y enfermos, y sanando á cuantos se hallaban oprimidos bajo el yugo del demonio (1).» ¿Quién pues al leer estas hermosas palabras, no hallará el tipo de la conducta del grande santo cuyas virtudes hoy admiramos? ¿Quién no reconocerá en Juan de Dios un hombre fiel imitador de Jesus de Nazaret, como él ungido con el Espíritu santo, émulo de su caridad ardentísima hácia los indigentes y enfermos, cuyos pasos donde quiera que marchaba siempre se encaminaron á hacer bien, y mas que todo á arrancar las almas de aquellos cuyos cuerpos sanaba de la opresion de la culpa y del poder del infierno?

Tal es en efecto, católicos oyentes, el carácter esencial de nuestro héroe; y en su consecuencia nada creo aventurar llamándole el héroe de la caridad y la copia acabada y perfecta de Jesucristo. No hagamos mas que bosquejar lijeramente los principales acontecimientos de su historia; sigámosle con rapidez en los diversos pasajes de su vida, y siempre le encontrarémos copiando en su persona los rasgos de aquella beneficencia sobrenatural y divina que forma el complemento de la religion de Jesus y el carácter de este su augusto fundador; hallarémos en fin que fué un varon lleno del espíritu de Dios, destinado por la Providencia para solazar las enfermedades de los pobres y desvalidos y extraer al tiempo mismo las almas

(1) *Act. c.* 10. *v.* 38.

del abismo del pecado; y tanto en la caridad corporal que Juan de Dios ejerció en favor de los necesitados y enfermos, como en la caridad espiritual que ejerció en favor de las almas, admiraréis lo mas sublime y heróico de la caridad del Hombre Dios. De donde inferireis que Juan de Dios se hizo por medio de esta virtud la imágen mas perfecta del Dios de la caridad. Hé aquí todo el asunto del presente discurso. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Cuando me propongo haceros ver en el héroe que hoy celebramos la imágen perfecta de aquel Hombre Dios que descendió del seno del eterno Padre, para enseñar á los hombres por medio de la caridad que todos son hermanos queridos en aquel que con su sangre los compró á todos y los rescató del imperio de Satanas; cuando mi principal y exclusivo objeto es presentaros en Juan de Dios al mas fiel imitador de aquel que, desprendiéndose de toda la gloria con que fué engendrado desde la eternidad entre los luminosos resplandores de los santos, cifró su única grandeza en hacer bien á todos á costa de mil disgustos y sinsabores, de persecuciones sangrientas, de odios, de enconos y de todo género de mortificaciones; inútil de todo punto seria detenerme en trazar un bello cuadro de las señales portentosas que anunciaron al mundo el héroe de la caridad: ménos aun de las proezas con que se distinguió como hombre de gran corazon en circunstancias difíciles y azarosas.

Cuente quien quiera el vaticinio que prometió la aparicion de este astro de primera magnitud, reservado en los tesoros de Dios para fecundar un dia al universo con la saludable lluvia de toda suerte de beneficios. Aplauda en buen hora su fidelidad á la divina gracia que desde los primeros años de su vida le guió por sendas escabrosas y difíciles, y á traves de penalidades y trabajos sin cuento. Yo no haré mas que presentaros aquella caridad sin ejemplo, que desde que tuvo ser acompañó todos sus pasos y fué el móvil de todos sus pensamientos. Las manos poderosas del Altísimo dotaron á Juan de Dios de un corazon en extremo compasivo, que sensible á todo género de males y miserias, sabia identificarse con las desgracias de sus prójimos, y sentir como propias las privaciones y adversidades de todos cuantos padecian. No bien se habian descubierto los primeros

albores de la aurora présaga de la razon de nuestro santo, y ya se veía arder en su pecho aquel noble fuego de caridad que despues habia de encender á imitacion de Jesucristo en toda la tierra, y cuyas llamas se propagarian un dia por medio de sus hijos hasta climas no conocidos. No os pareis á admirar estos rasgos débiles, si bien hermosos, de su gran beneficencia. Ántes de levantarse Juan de Dios á la altura á que Dios le destina, debe experimentar por todas vias lo que es el corazon del hombre, á lo que puede llegar y cuánto es capaz de sufrir. Le veréis en su tierna edad abandonado en el camino de Oropesa y reducido á tolerar todas las incomodidades del campo en el ejercicio de pastor. Le contemplaréis en su juventud probando todas las privaciones y luchando contra todos los peligros de que está sembrado el ejercicio de la milicia, bajo los estandartes del emperador Carlos V, adonde le conduce su genial fogoso y naturalmente intrépido. Aquí le hallaréis nadando en su propia sangre, y vuelto casi milagrosamente á la vida á vista de sus enemigos; allí acusado de un hurto que no cometiera, y próximo á terminar su existencia en un afrentoso patíbulo. ¡Oh Dios, por qué caminos al parecer tan desusados conduces al que ha de ser un dia el mas fiel imitador de tu Hijo unigénito! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios! ¿Y es posible que hayas de permitir que Juan de Dios se extravíe de las sendas de la virtud que con tanta gloria emprendió en sus primeros años, y olvide aquellas ideas religiosas que con la leche mamó á los pechos de su virtuosa madre? Sí, católicos, este hombre que ha de ser el genio protector de los pobres enfermos y desvalidos y el apóstol de las almas ulceradas con el crímen, se deja llevar por algun tiempo como otro Saulo de las ilusiones del vicio; pero bien presto, iluminado como él, le veréis convertido en un vaso de eleccion que ha de llevar por todas partes el nombre de Dios, y fundar el reino de la caridad mas heróica. La generosa resolucion con que se consagra al penoso trabajo de albañil en las obras públicas, por afianzar con su cortísimo salario el alimento de una familia desolada que marchaba desterrada á Ceuta, fué, por decirlo así, el primer ensayo de aquella obra grandiosa de beneficencia cristiana que despues habia de cubrir toda la redondez del globo, y como las primicias de aquella caridad con que, volando un dia en alas de su celo donde quiera que escuchaba los clamores de la indigencia, habia

de hacerse padre del huérfano, protector de la viuda, amparo del enfermo y asilo universal de los desvalidos.

En vano pues Juan de Dios anhelando la corona del martirio, concibe el heróico designio de internarse en el África, é insultando los peligros y la muerte misma, se propone predicar en Túnez y Argel el Evangelio de Jesucristo. La voz del Señor le llama á España, teatro que le tiene destinado para consagrarle á un nuevo género de martirio no ménos glorioso que el de la sangre: y con voz perceptible le hace saber el punto á donde debe caminar, diciéndole: Juan de Dios, Granada será tu cruz. No es necesario mas: el héroe de la caridad desprecia las ventajosas conveniencias que un tio suyo le propone para disuadirle de sus intentos; desatiende los clamores y cobardes consejos de la política; hácese insensible á las súplicas de la amistad; y deseoso únicamente de hacerse en todo conforme á la imágen de Jesucristo, corre en pos de aquella cruz que el cielo le ofrecia, lleno de un júbilo indecible y de un enajenamiento celestial. Efecto de esto fué aquella accion verdaderamente extraordinaria que le produjo los mas indecibles padecimientos, al par que una gloria que ha pasado hasta la posteridad. No bien ha entrado en la ciudad de Granada, cuando inspirado sin duda por un vivo deseo de humillacion, concibe el designio de fingirse demente: y en su consecuencia sale por la ciudad haciendo extremos que llaman vivamente la atencion del público. No es difícil inferir las burlas, los denuestos, los malos tratamientos que Juan de Dios hubo de sufrir en este lance. Corren tras de él los muchachos y gente ociosa; los unos le lanzan pedradas; los otros descargan sobre él recios golpes; estos le arrojan por el suelo; aquellos ejercen con él toda especie de desórdenes; y entre tanto el humilde discípulo de la cruz se regocija en silencio de imitar en su cuerpo los padecimientos de su maestro, y los ofrece en expiacion de sus pasados extravíos. Ni el verse encerrado en el asilo de los locos, y como tal azotado y castigado con todo género de privaciones, fué suficiente para desalentarle y hacerle desistir de su empresa. Ambicionando mas los sufrimientos y los desprecios, que el avaro el oro y las riquezas, Juan de Dios hubiera continuado en su ficcion, si un nuevo Ananías, el venerable padre Juan de Ávila, conocido por el apóstol de Andalucía y célebre por su saber y virtudes, no le hubiese mandado cesar en su aparente demencia, haciéndole ver que Dios le tenia reservado un nuevo destino en que habia de padecer y hacer cosas mas gloriosas por el nombre de Jesus.

Obedeció en efecto nuestro santo á la voz de aquel oráculo; y sintiendo desde aquel punto revivir en su alma con un maravilloso acrecentamiento la tiernas simpatías y compasiva caridad que desde su cuna le distinguió hácia los pobres enfermos, se resuelve á consagrarse perpetuamente á este género de obras de piedad. Su primer cuidado es buscar una casa en donde recoger todos los enfermos abandonados que halla por las calles de Granada: en seguida pidiendo limosna de puerta en puerta, interesa la caridad pública en favor de aquellos seres desvalidos; y su caridad infatigable logra á precio de desvelos, privaciones y trabajos, zanjar los fundamentos de un establecimiento que despues vino á ser uno de los mas célebres hospitales de Europa.

¿Quién podrá expresar la caridad de Juan de Dios, en aquel asilo do se hallaban reunidas todas las enfermedades y las miserias todas de la humanidad? ¿Quién será capaz de formar una idea exacta de su solicitud, de sus desvelos, de su cariñoso cuidado en favor de tantos pobres y desvalidos? ¡Con qué amor les prodiga todos los servicios que demanda su situacion! ¡Con cuánta dulzura tolera sus molestias y sobrelleva sus desdenes! ¡Con qué paciencia limpia sus heridas, mulle sus camas, y les sirve en los mas humildes ministerios! Oh! aquí es en donde Juan de Dios se hizo en todo conforme á la imágen de Jesus. Bien así como este Salvador benéfico, cuando recorria los pueblos de la Judea, veíase donde quiera rodeado de indigentes que demandaban socorro, de tullidos que le pedian salud, de moribundos que reclamaban consuelo; nuestro santo ni un solo instante se vió separado de estos tristes espectáculos; por todas partes hallaba objetos de su caridad; y en las calles, en los templos, en la ciudad, en los campos, siempre se le halló ejerciendo su beneficencia en favor de propios y extraños, de peregrinos y extranjeros. Juan de Dios hallaba otros tantos hermanos cuantos eran los menesterosos y enfermos. Donde quiera que veía una necesidad, allí volaba en alas de su caridad para remediarla; su hospital era el asilo universal de todos cuantos padecian.

No importa que el infierno suscite contra él persecuciones y

antipatías. Tambien Jesucristo su divino modelo se vió hecho el blanco de los envenenados tiros de fariseos hipócritas y de censores malignos. Juan de Dios que solo aspira á retratar en su persona la imágen fiel del Hombre Dios, no se conmueve con las calumnias ni se desalienta con las invectivas humanas. Grite en buen hora la falsa política contra el humilde y caritativo bienhechor de los pobres. Levántese Granada contra su naciente instituto, como en otro tiempo Roma se alzó en masa contra el cristianismo. Vociferen los sabios segun el mundo, y á voz en cuello llamen supersticioso y soñador á un hombre que solo busca miserias que remediar y dolencias que dulcificar. La caridad es superior á todas las pasiones; la caridad vence todos los obstáculos; la caridad triunfa de todos los enemigos; la caridad en fin facilita las cosas al parecer imposibles. El arzobispo de Granada visita el hospital de Juan de Dios, y encantado del órden, del aseo y del esmero que allí reinan, y mas que todo de la caridad de aquel hombre portentoso, bendice sus tareas y se declara su protector. Felipe II llega á entender los prodigios de su beneficencia heróica; le llama á su presencia, aplaude su caridad y enriquece el establecimiento de una manera digna de tan liberal monarca.

De este modo la diestra del Altísimo, que por medio de un hombre el mas despreciable á los ojos de un siglo superficial y orgulloso, plantara en el mundo este árbol fecundo de caridad, íbale criando con el jugo de su proteccion divina para extender un dia sus ramas hasta las extremidades del globo en los hijos del ínclito Juan de Dios. Mas no se juzgue que el heroísmo de este varon santo se limitase únicamente á ejercer la caridad corporal. Si en esto imitó maravillosamente á su divino modelo Jesus, no se hizo ménos semejante á él en su caridad espiritual. Habéisle contemplado como un varon que, lleno del Espíritu santo, corria por todas partes haciendo bien y derramando socorros en los pobres y desvalidos: *Unxit eum Deus Spiritu sancto et virtute, qui pertransiit benefaciendo.* Pues preciso es le admireis llevando su caridad al grado mas heróico y sublime, y curando junto con los cuerpos las almas de los que se hallaban bajo la opresion del demonio, en el abismo de la culpa: *et sanando omnes opressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo.* Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Jamas pude avenirme con la opinion de aquellos que, no reconociendo en la cristiana caridad otro ejercicio que el que la hace mas recomendable y grata á la vista material de nuestros ojos, no eligen otras flores para tejer la guirnalda al ínclito san Juan de Dios, sino su lastimera compasion hácia los pobres, su conmiseracion con los enfermos y la fogosa actividad de su celo en proveer á las necesidades corpóreas de sus prójimos. Parece que solo le juzgan acreedor á los aplausos y ovaciones cuando le miran ya cruzando las calles en busca de mendigos que conducir al hospital; ya arrimado al triste lecho de un enfermo consolándole y sirviéndole por sus manos el sustento; ó ya en fin estrechando á un moribundo que desfallece y exhala los últimos alientos en los brazos de su protector.

Ah! Engáñase torpemente quien juzga conocer á san Juan de Dios, cuando solo fija su vista en esta porcion la ménos noble y principal de su virtud. Muy menguados serian los quilates de la caridad de este hombre portentoso, si no la hubiera encaminado á una esfera mas superior y ventajosa. Sí, católicos; nuestro héroe conociendo el precio infinito de las almas redimidas con la sangre de un Dios, mirábalas como el objeto mas interesante de su benéfica solicitud; y á imitacion del divino Redentor, curarlas de sus dolencias espirituales y arrancarlas de la opresion de la culpa, era el blanco á donde enderezaba los afectos de su cristiano corazon. Desde el momento en que reconoció que la providencia del Señor le destinaba á consagrarse al servicio de sus prójimos, hízose cargo de que su salvacion eterna debia interesarle aun mucho mas que sus alivios temporales. No perdiendo jamas de vista aquel modelo que un dia le pusiera ante sus ojos la divina Reina de los cielos, cuando le concedió el insigne favor de estrechar entre sus brazos el fruto benditísimo de su casto seno, siempre hizo de su caridad corporal el medio de insinuarse en las almas, para curar la corrupcion de las costumbres é inspirar en los corazones ulcerados con el crímen el arrepentimiento y la compuncion. En pos de esta margarita preciosa corria sin cesar, buscábala donde quie-
, y por su asecucion no dudaba consagrarse á todo linaje de fatigas y sudores.

¿Y qué otra cosa hacia en esto Juan de Dios sino conformarse con las ideas de Jesucristo, identificarse con sus sentimientos, hacerse su imágen perfecta y acabada? Seguid al divino modelo en todos los pasos de su vida, y le hallaréis uniendo á los milagros continuos de su beneficencia hácia los menesterosos, lo mas exquisito de su celo en favor de sus almas, á las cuales procuraba ganar por medio de aquellos actos de compasiva humanidad. Si cura con el lodo á los ciegos y les restituye la vista del cuerpo, procura al tiempo mismo abrir los ojos de su alma para que reconozcan su divinidad (1). Si en los desiertos alimenta con pan milagroso á las turbas que por seguirle desfallecen, no cuida ménos de darles con la palabra de vida el espiritual nutrimento para que no desmayen en el camino de la virtud. Si en la piscina de Betsaida sana á los paralíticos inveterados en sus dolencias, exhórtales á no volver á sus antiguas culpas para no recaer en las mismas enfermedades. En suma, católicos, por reasumirlo todo en las palabras de mi texto, al par que el Salvador de los hombres ejercia con ellos la beneficencia corporal, ejercia tambien la espiritual: y sus beneficios todos no tenian otro objeto que el sanarlos de las dolencias de la culpa y arrancarles de la opresion del demonio.

Contemplad ahora á Juan de Dios y le vereis copiar en su persona estos brillantes rasgos de la divina caridad. Aquí le veréis trabajando en fundar casas de refugio en donde encuentra medicina el enfermo, consuelo el afligido, socorro el desgraciado y asilo universal la mendicidad mas extrema; empero lo que principalmente pretende, es santificar el beneficio que reciben sus cuerpos con el mas apreciable beneficio de las almas, y que los rocíos del cielo recaigan sobre aquellos á quienes fecundaron ya las bendiciones de la tierra. Allí le vereis caminar como otro Elías á aliviar la necesidad de una viuda que cubierta de luto y de tristeza, ve á sus hijas traspasadas de hambre y de desnudez; empero el fin mas noble que le dirige á aquella mansion de horror, es el sostener en su inocencia aquellas almas puras, y evitar que el hielo de la indigencia marchite la flor de su virginidad. Ora... Mas ¿á qué detenerme en trazar los rasgos particulares de la vida de Juan de Dios, cuando en toda ella no hubo un solo momento que no consagrase al he-

(1) *Joan. c. 9.*

róico ejercicio de la caridad espiritual, á la salvacion eterna de sus hermanos? No hay cosa comparable al dolor que en su corazon producia la mas leve ofensa cometida contra el Criador. Ni David llorando en la mayor amargura de su alma las culpas de su ingrato pueblo; ni el profeta del Carmelo lamentándose de los desórdenes del impío Israel; ni Jeremías expresando su excesivo pesar por las abominaciones de la prostituída Jerusalen son mas que leves sombras de Juan de Dios cuando veía ultrajada por los hombres la majestad adorable del Dios del cielo y de la tierra. ¡Cuántas veces para detener los rayos exterminadores de la eterna justicia, se ofreció á ser la víctima de los pecados ajenos! ¡Cuántas veces como otro Moises se le vió pedir al Señor que perdonase á su pueblo criminal, ó le borrase á él del libro de los vivientes! Mas no se limitaba la caridad de este gran corazon á formar votos y á hacer plegarias en favor de los pecadores. No hubo medio ni ardid que no emplease para ablandar los corazones mas empedernidos, para desterrar de las familias el genio fatal de la discordia, para enlazar corazones separados con odios inveterados, para quebrantar en fin las cadenas de los que gemian bajo el yugo del pecado.

¿Veis aquel hombre que bañados sus ojos en amargo llanto, embrazando con una mano la imágen del Redentor del mundo y con la otra una dura disciplina, se introduce en los asilos de la prostitucion, y postrándose ante aquellas víctimas infelices consagradas al horrible Asmodeo en las aras de la liviandad, las exhorta, las pide, las ruega con ternura que despierten del funesto letargo en que las tiene sumidas el crímen? Pues es Juan de Dios, que ardiendo en la llama de una caridad que ahoga su corazon, no duda mezclarse con aquellos vasos de ignominia, por ver si puede convertirlos en vasos de honor y santificacion. ¿Veis aquel que poniéndose de atalaya á las puertas de aquellas casas en que el vicio está venal, en donde en la dorada copa de Babilonia se apura hasta las heces la muerte, sale al encuentro á los hombres que ve correr al precipicio, y les pide por las entrañas de Jesucristo que desistan de sus torpes designios? Es Juan de Dios que, herido vivamente del lastimoso estado de sus hermanos, no teme exponer su vida misma á trueque de evitar la muerte de los que á tanto precio fueron rescatados de la ominosa esclavitud de Satanas.

Oh ángeles del cielo, moradores de la eterna Sion! ¡Cómo

os gozariais al ver numerosa muchedumbre de hombres perdidos, de mujeres envilecidas por el crímen, que arrastradas con dulce violencia por las exhortaciones de ese hombre singular, prorumpen en sollozos, lloran con amargura indecible sus extravíos, demandan con instancia ser lavadas en las saludables aguas de la penitencia, y purificadas de sus horruras, abrazan una vida cristiana y edificante!

Y á vista de esto, católicos ¿podremos admirarnos de que el Señor recompensase la caridad de Juan de Dios con favores extraordinarios, é hiciese patente al mundo su santidad con prodigios los mas admirables? ¿Qué extraño es le respetasen los elementos, cuando el mismo Dios que tiene en sus manos el imperio del orbe era su protector? Ante sus piés las impetuosas corrientes del Genil se convierten en sólido suelo, sobre el cual marcha intacto cuando va á buscar leña para calentar los helados miembros de sus pobres. Á su presencia depone su actividad el fuego, cuando habiéndose cebado en las murallas del hospital, se introduce por entre volcanes de abrasadoras llamas para arrancar á sus amados hijos de los brazos de una muerte espantosa y cruel. De este modo el Dios de la caridad hacia gustar anticipadamente á su fiel imitador de los dotes que en breve debian coronarle en la mansion de la inmortalidad. Llegó en efecto el dia de su dichoso tránsito. Juan de Dios en su humilde lecho, rodeado de pobres que habian sido las delicias de su alma y los tiernos y mas caros objetos de su beneficencia, confortado con el pan de los ángeles, abrazado con la imágen de su divino maestro Jesus, y pronunciando su dulcísimo nombre, espira en el ósculo santo. Su cadáver queda arrodillado en tierra en la postura mas interesante, ínterin su alma se abreva ya de los inefables goces de los bienaventurados.

Oh genio benéfico! Oh hombre divinizado! Oh alma la mas semejante á la imágen de Jesucristo! Disfruta en buen hora de la gloria que te han merecido tus acciones heróicas. Tú fuiste el padre de los pobres, el protector de los desvalidos, el amparo de los enfermos, la providencia terrestre de toda suerte de infortunios. Mas ay! tu ausencia lloran millares de víctimas infelices del abandono y de la mendicidad. Tu muerte lamentan todos los desgraciados. Á dónde dirigirán ya sus miradas? Quién enjugará su llanto? Quién les protejerá en su horfandad? Á quién acudirán en sus dolencias? Cese empero vuestro luto,

seres desventurados; consolaos. Verdad es que vuestro padre os falta; digno era del descanso eterno el que por vosotros tanto trabajara! mas quedan sus hijos herederos de su doble espíritu, que con una solemne promesa se obligan á consagrar sus dias al benéfico ejercicio de la caridad. Ya el sumo pontífice Pio V ha aprobado el grandioso instituto de Juan de Dios, y la España, la Italia, la Alemania, la Bélgica y el Nuevo Mundo ven levantarse asilos para los pobres y enfermos, en donde los sucesores de ese héroe inmortal desarrollan toda la actividad que inspira la caridad cristiana en favor del judío, del protestante, del griego, del árabe, de todos indistintamente, porque la caridad de Jesucristo no conoce razas, ni pueblos, ni costumbres, ni leyes; es universal, inagotable, incansable, inmensa é infinita como Dios.

Oh ilustre patriarca! Tú que fuiste la prueba mas evidente de esta verdad tan gloriosa para el cristianismo, lleva á cabo desde el empíreo la obra que comenzaste. Riega esta heredad tuya con las lluvias abundantes de la caridad de aquel Jesus, en cuyo seno disfrutas la perdurable bienandanza. Haz que nunca falte en la iglesia el espíritu de tu instituto. Tengan en tus hijos otros tantos protectores la mendicidad abandonada, la miseria escarnecida y la doliente humanidad. Tengamos todos en ti un abogado benéfico para con el Dios de las misericordias, á fin que con tus ruegos merezcamos en esta vida gracia para imitar tus virtudes, y en especial tu ardiente caridad, y en la otra el eterno galardon que gozas en las mansiones de la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE SAN JUAN DE DIOS.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

¿ Quis infirmatur, et ego non infirmor?
¿ Quién enferma, y yo no enfermo?
II. á los Corintios, c. 11. v. 29.

¡ Qué respetable es la verdadera virtud ! No es enfadosa, rústica ni desabrida : no es desdeñosa, imprudente, adusta, seca ni desapacible. Aborrece sí la ostentacion, el fausto y el artificio; es enemiga de todo engaño, y nunca, nunca puede asociarse con la mentira. Majestuosa en su noble simplicidad, se muestra humilde; pero esto acrecienta su hermosura. Es verdad que ignora esos aires de cortesanía mundana que tanto desdicen de su sinceridad; pero tambien es cierto que nada omite para dar al Criador y á las criaturas lo que les compete; que siempre atiende á dar honor á Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. El hombre virtuoso, dice el Profeta, conserva su corazon en la ley de Dios, y la tiene delante de sus ojos. La única regla de su conducta es la voluntad del Señor su Dios : el modelo que se propone es Jesucristo crucificado; el Evangelio es su ley y las vidas de los santos su escuela. En imitar á los escogidos y amados de Dios en su santidad consiste todo su estudio : piensa en la muerte, en la eternidad y en el cielo; se consuela con las verdades eternas de nuestra santa y adorable religion, y ocupado de continuo en amar á Dios y á los suyos, se alimenta del amor divino, vive de la fe, y es el justo tan elogiado en los libros santos.

Ved aquí, señores, el retrato de la verdadera virtud, segun

san Pablo. De él se valen los ascéticos para exhortar á los hombres á considerar la virtud como es en sí misma, y no como el mundo la pinta. Yo me aprovecho del mismo para daros á conocer al héroe de vuestra devocion, al padre de los pobres enfermos, al hombre caritativo que el cielo presentó en Granada trescientos años hace, al español mas benéfico que ha dejado verse en la tierra, al verdadero amigo de sus semejantes, al grande, al esclarecido y admirable san Juan de Dios, cuyo solo nombre revela toda su virtud, todo su mérito, toda su grandeza. ¿ No puede asegurarse que cuanto se enuncia de la virtud se predica de este santo prodigioso ? En este discurso lo vereis. San Juan amó á su Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. Por amor de Dios amó tambien á los hombres con una caridad tan acendrada, que bien podia decir á todos como san Pablo : ¿ quién de vosotros enferma, y no enfermo yo en él ? *Quis infirmatur et ego non infirmor ?* Está indicada la materia que he elegido para formar el panegírico de san Juan de Dios con provecho de vuestras almas. Dios quiera favorecerme con su gracia.

Para obligarle, acudamos todos á la Reina del cielo, y digámosla con san Lorenzo Justiniano : Vos, Señora, sois la esclava del paraíso, la puerta de la ciudad eterna, la abogada del mundo y la medianera entre Dios y los hombres. Nosotros necesitamos de vuestros auxilios, y para merecerlos nos basta saber que sois la Madre de misericordia y de la divina gracia; aquella feliz criatura á quien dijo el ángel del Señor : *Ave María.*

Siendo concebidos en pecado, todos nacimos esclavos del demonio, hijos de maldicion y objeto del furor divino. Pero los cristianos renacimos en las saludables aguas del bautismo, y desde entónces gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derechos á la herencia eterna de la gloria y entramos á ser miembros del cuerpo místico de la iglesia de que es *cabeza* Jesucristo, *cuello* su santísima Madre, y *pecho* los santos padres y doctores que ha elegido el Espíritu santo para regirla y gobernarla. Ved aquí nuestra dicha, los títulos de nuestra nobleza y nuestra incomprensible dignidad. El nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honrosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lustrosos y lucrati-

vos, los nombres magníficos y toda esa grandeza ampulosa que tanto se aprecia entre los mundanos, ¿qué viene á ser sin las virtudes cristianas? Nada. Llenos están los infiernos de esos dichosos del mundo, de esos héroes de la fábula de esos semi-dioses que se han dejado ver sobre la tierra. Pero ¿han sido felices tan siquiera en ella? No, señores. Los monarcas mas poderosos no han podido impedir que nazcan las cruces en los mismos regios alcázares, habiéndolas sembrado Dios en todas las partes. Sola la virtud cristiana puede convertir en flores las espinas, los trabajos en delectaciones, la tribulacion en gozo, la petinencia en consuelo. La virtud sola auxiliada de la gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazon, desvanece los espantos, disipa los temores y hace gustar al alma una alegría pura precursora de la que gozan los bienaventurados en la gloria. Búrlense en hora buena los mundanos de la modestia, de la circunspeccion, de la vida penitente y fervorosa de un virtuoso y timorato: llamen iluso, fanático y preocupado á un buen cristiano, y júzguenle con la sabiduría necia é insensata del mundo; que al fin todos vendrán á confesar que solo son dichosos los que aman á Dios y cumplen con sus preceptos.

Hablen si no los hechos: preséntese san Juan de Dios á la consideracion de los sensatos: examinen su vida prodigiosa, síganle en todos sus pasos, y si en su juventud le encuentran disipado, admiren su conversion, vean su asombrosa penitencia, mediten sobre el amor divino que abrasaba su corazon, fijen su atencion en sus virtudes heróicas, y digan si no es cierto que los que desprecian las pompas y vanidades del mundo por seguir á Jesucristo, son los verdaderos grandes, ricos y poderosos de la tierra. Es educado nuestro santo en el temor de Dios: le enseñan sus padres, como los suyos al jóven Tobías, á huir del pecado; pero él huye de la casa paterna, sienta plaza de soldado y se pervierte. En la licencia militar el error era su padre, la disolucion su madre, la maldad su compañera. Este jóven inexperto se desboca, se precipita, comete un delito de esos que en la milicia se castigan con la pena de la vida, y es justamente condenado á la horca. Pero Dios le mira desde el cielo, la Providencia le tenia destinado como á otro Saulo para ilustrar al mundo con sus virtudes, y dispone que no se ejecute la sentencia de muerte en nuestro Juan, sino que sea arrojado ignominiosamente del cuerpo y entregado á los remordimientos del

crímen. Aquí puede decirse que principia la vida santa de este nuevo Pablo, de este Agustin convertido, de este Bruno penitente.

San Juan de Dios ilustrado con las luces de la fe, mira sus pecados como los miraron san Pedro y la Magdalena, las Pelagias y Egipciacas, los Ciprianos y otros mil y mil santos que asombraron al mundo con sus penitencias. En la soledad de su corazon estudia al hombre, y conoce lo que es cuando, presa de sus pasiones, condena las máximas del Evangelio, se fabrica una especie de religion acomodada á sus sentidos, y vive sin fe, sin devocion y sin piedad. Á los piés de Jesus crucificado comprende que los gustos, alegrías, diversiones, felicidad y riquezas de los mundanos son nombres especiosos propios para engañar á los mortales, y con la gracia que le iluminaba los detesta, los abomina, los relega al olvido de un desprecio eterno, y dice á su Dios como el publicano del Evangelio: Señor, pequé, tened misericordia de mí. — Entónces el Dios de los humildes infundió en su siervo la gracia que santificó á la Samaritana, á Zaqueo, á la pública Pecadora, á la Mujer adúltera, al buen Ladron y á cuantos le invocaron humildemente. El espíritu consolador inflama el corazon de nuestro santo, le llena del amor divino que hizo un serafin de la Magdalena, y despues de haberle dirigido para hacer una confesion general muy dolorosa, le presentó al mundo como á los apóstoles en Jerusalen el dia de Pentecostés. No se contentó Juan con confesar, detestar y arrepentirse de sus culpas y pecados: la llama del amor divino le devoraba; amaba á su Dios y Señor con un amor tan fervoroso, que deseando acreditarlo con pruebas ciertas y positivas, marchó al África á dar su vida por Jesus, á sufrir y padecer los dolores y tormentos del mas cruel martirio, creyendo que así podria demostrar la sinceridad de su conversion, y el amor que tenia á Jesucristo. Llegó á Ceuta, encontró á un caballero portugues con su mujer y cuatro hijas sumidas en la mayor miseria, y no solo se ofreció á servir de criado á aquella pobre familia, sino que movido de aquel fondo de compasion y caridad que formaba su distintivo y carácter, se puso á trabajar de peon en las obras públicas para ayudar con su triste jornal á aquellos necesitados. Aquí se descubre el terreno en que este santo prodigioso habria de manifestar sus virtudes dependientes del entrañable amor que tenia á Dios y á los hombres.

Esta caridad ardiente le hizo conocer la voluntad de su divino Redentor, y por cumplirla se retiró hácia España, llegó á Gibraltar, y caminando un dia hácia el interior de la nacion católica, encontró á un niño hermosísimo que caminaba con los piés descalzos. Era Jesus, que mostrando en su mano una granada abierta, de cuyo centro salia una cruz, le dijo : Juan de Dios, Granada será tu cruz ; y al punto desapareció. ¿Quién será capaz de haceros percibir el dulcísimo consuelo de que fué inundado en esta ocasion este prodigioso santo? Es verdad que entónces no comprendió el misterio ; pero tambien es cierto que se acrecentó en su alma el amor celestial que infunde el Espíritu santo en los corazones de los justos, y que ya no tenia otros pensamientos que los que tiene un verdadero penitente, un hijo de la gracia que hace ángeles de pecadores.

Llega por fin á Granada san Juan de Dios. Asiste á un sermon que predicó el venerable Ávila, llamado *apóstol de Andalucía*, y el Señor encendió en su corazon un arrepentimiento tan vivo y una contricion tan perfecta de sus pecados, que llenó la iglesia de sollozos y gritos descompasados. Salió á las calles y plazas, y como si fuera un frenético, por todas partes iba gritando y diciendo á voces : *Señor, misericordia : Señor, misericordia*. Todos creyeron que habia perdido el juicio : le tuvieron por loco ; le tomaron por su cuenta los muchachos y gente de la plebe, y bien comprendeis cómo le tratarian. Pero san Juan de Dios amaba á Jesus, vivia en los brazos de la penitencia, y el sufrir desprecios, baldones, oprobios, afrentas, dolores y trabajos era lo que deseaba su alma atribulada con el recuerdo de sus pecados. Loco, loco he sido en haber pecado y ofendido á mi Dios; loco soy en no convertirme haciendo frutos dignos de penitencia ; merezco todo cuanto se me haga sufrir : atormentad, herid y despreciad á este miserable merecedor de las penas del infierno. Así se explicaba públicamente san Juan de Dios por todos los puntos de Granada, ofreciendo un espectáculo tan extraordinario, que llamó la atencion de las autoridades, quienes llevaron al santo al venerable Avila para que examinase su espíritu y viese cómo debiera tratarse á un hombre tan raro y singular. El gran maestro, conocedor de espíritus, quedó admirado de la heróica simplicidad del humilde penitente ; alabó á Dios por los adorables designios de su providencia ; consoló á Juan exhortándole á que pusiese toda su confianza en la infinita

misericordia del Dios que habia muerto por nosotros en una cruz afrentosa ; le mandó que se abstuviese de aquel género de mortificacion, ordenándole que cesase en su aparente demencia, y san Juan de Dios quedó consolado, sumiso y obediente á la voluntad de Dios manifestada por su ministro.

Repentinamente se notó en el santo una mudanza asombrosa, la que dando á conocer á todos los motivos verdaderos de sus extrañas humillaciones, principiaron á venerarle y á tenerle por lo que era ; por un asombro de penitencia. Creció la admiracion de los grandes y poderosos, de la nobleza y de la plebe, al observar que san Juan de Dios se presentaba como el modelo y ejemplar mas edificante de la caridad, de la compasion, piedad y misericordia, y efectivamente este era el terreno en que el Omnipotente quiso dar á conocer al siervo fiel entregado á su servicio. La caridad es el complemento de la ley, segun san Pablo : ella hace suave el yugo de Dios y lijera su carga : es el alma, la vida y la fuente de todas las virtudes, y sin ella, ni la fe, ni la profecía, ni el martirio tienen precio delante del Señor. La caridad es en el órden la última de las virtudes teologales, pero es la primera en la perfeccion y las mas excelente de todas ; porque á todas las manda, á todas las perfecciona, á todas las mueve, á todas las dirige y todas la sirven, pudiéndose asegurar que en donde reina la caridad están todas las virtudes y aun Dios mismo, porque Dios es caridad, segun san Juan Evangelista. La caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera : es benigna y apacible y se alegra de la verdad, repugnándole la envidia, la ambicion, la soberbia y la maldad. La caridad... pero al describirla se me figura que hago el elogio de san Juan de Dios, porque esta reina de las virtudes parece que fijó su asiento en este santo maravilloso, y que en él quiso darse á conocer á los mortales. Amó san Juan de Dios á su Dios con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos, llegando á ser este amor divino el distintivo de este santo, el móvil de todas sus acciones ; el alma, la vida y el corazon de este serafin encarnado. De aquí el verse en san Juan de Dios vivas, latentes y palpitantes todas las doctrinas de los santos padres en órden á la caridad. Si san Agustin dice que el hombre compuesto de alma y cuerpo es de dos maneras objeto de la caridad, en san Juan de Dios deja verse que la caridad socorre al hombre en sus necesidades corporales ; que le viste si está

desnudo; que le alimenta si está hambriento; que le visita si está en la cárcel; y que le ayuda, le asiste, le sirve, regala, consuela y socorre si está enfermo. Si la caridad, dice otro santo padre, sirve de ojos al ciego, de manos al manco, de piés al paralítico, y es un remedio universal á las enfermedades del cuerpo igualmente que á las del alma; si la caridad alumbra al hombre que vive en las tinieblas de la ignorancia; alienta al que desfallece de pena y lleva la alegría, la paz y el consuelo á los desolados, ¿no se ven, se palpan, se sienten y se perciben todas estas cosas en san Juan de Dios?

Vedle en aquella pobre casa que alquiló en Granada para recoger á los pobres enfermos que encontraba abandonados en las calles, y en el caritativo cuidado y diligente solicitud con que los asistia, socorria y atendia, y conoceréis que san Juan de Dios, semejante á la gallina amorosa que tanto se afana por sus polluelos, no pensaba mas que en llamar, buscar y recoger enfermos y necesitados para socorrerlos, cuidarlos y amararlos. Conoceréis que su caridad eximia le hacia mirar su pobreza evangélica como un manantial inagotable de riquezas, y que con ella no dudó emprender la obra mas colosal que en aquellos tiempos tuvo lugar en la España: pues sabido es que de aquel primer asilo de los pobres enfermos se hizo á impulsos del celo de san Juan de Dios el hospital mas grande y famoso de toda Europa. Comprenderéis tambien, que un santo encendido y abrasado en amor de Dios y de los hombres, es el mas á propósito para fundar, como nuestro santo fundó, la religion de la hospitalidad, que Dios suscitó para renovar en él y en sus hijos la caridad fervorosa de los primitivos siglos de la iglesia; y no extrañaréis que tan benéfico y humanitario instituto se haya extendido por todos los ángulos de la tierra, siendo el asombro y admiracion no solo de los fieles, sino hasta de los mismos impíos, que habiéndose declarado contra las órdenes monásticas, respetaron la esclarecida de san Juan de Dios, tipo, modelo y ejemplar de toda obra inspirada, dirigida y consumada por la caridad. Seguid los pasos de este singular hijo de la caridad, y le vereis salir de su hospital para ir á socorrer á los pobres vergonzantes, á amparar á las doncellas pobres, á sacar con sus santas industrias á las mujeres perdidas del infeliz estado de la culpa al dichoso de la gracia, y tener sobre sí la solicitud de todos, como san Pablo, á quien siempre imitaba

diciendo á todos sus semejantes: ¿Quién de vosotros enferma, y yo no enfermo con él? *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?*

Hombre de este temple, formado en la escuela de Jesus, y dirigido por su santo espíritu, no podia obrar ni vivir sin pensar de continuo en su Dios, sin alimentarse de la oracion, manjar de los santos, como lo aseguran los santos mismos. Siempre oraba san Juan de Dios, puesto que nada hacia sino pidiendo, suplicando y alabando á su divino Redentor. De aquí el haberle dotado Dios del don de la mas alta contemplacion, el haberle favorecido con las mayores gracias, el haberle dispensado el don de profecía y de milagros, y el haber merecido que se le apareciese en una ocasion María santísima y le dijese: *Juan, por las espinas y trabajos merecerás la corona de gloria que mi Hijo te tiene preparada en el cielo.*

Encontró un dia san Juan de Dios un pobre que al parecer estaba para espirar: cargó con él, le llevó al hospital, lavóle los piés, y al ir á besárselos como acostumbraba, vió que los tenia taladrados como los de un crucifijo: levantó los ojos para ver al pobre, y halló que era Jesucristo que le decia: Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras conmigo mismo: cuando lavas sus piés lavas los mios: cuando curas sus llagas curas las mias. Dicho esto desapareció el pobre divino y celestial, dejando á san Juan de Dios cercado de una llama tan resplandeciente, que los enfermos asustados creyeron que se habia prendido fuego y que ardia el hospital. Despues de esto principió á enfermar de amor este santo esclarecido, fijó su vista en el cielo, se preparó con los santos sacramentos, y encomendando su espíritu en manos del Señor, murió como santo, y los ángeles le introdujeron en la patria del descanso eterno, en donde por los siglos de los siglos será dichoso y feliz por haber sido virtuoso.

He concluído; pero no bajaré de este púlpito sin exhortaros á hacer aplicaciones para que me digais, si puede enunciarse de la virtud alguna excelencia que no haya manifestado nuestro Dios en este su santo siervo. Si no tenemos en él el modelo y ejemplar mas á propósito para convertirnos al Señor; confiar en su piedad y misericordia; emprender con su gracia el viaje del cielo por el camino de las virtudes, y prometernos de la bondad inmensa de nuestro Dios aquella gracia eficaz que hizo

tan santos á los apóstoles, tantas veces reprendidos de terrenos y carnales por nuestro divino Salvador y Maestro. Si en estos tiempos se desprecian las aseveraciones teóricas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traido á este santo templo. No perdais de vista á san Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalen de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUAN EVANGELISTA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Hic est discipulus ille qui testimonium perhibet de his et scripsit hæc : et scimus quia verum est testimonium ejus.

Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió : y sabemos que su testimonio es verdadero.

S. Juan, c. 21. *v* .24.

Difícil es la situacion del sacerdote que habiendo de celebrar con elogio las grandezas de un varon tan privilegiado como san Juan Evangelista, tiene que referir en honor suyo los méritos de sus acciones, conservadas no solo en la tradicion de las gentes, sino demostradas en esos escritos que ocupan los sagrados Libros.

¿Cómo podré yo atreverme á graduar su mérito, cómo haceros notar sus bellezas, si mi limitado entendimiento no puede seguir el rápido vuelo de la imaginacion divina de san Juan, que lanzándose en lo pasado y en el porvenir de los tiempos, ha reunido en cortas, pero inestimables páginas, la historia de los destinos de la humanidad?

¿Quién habrá que pueda hablar dignamente del amado del Señor, del que mas se le ha asemejado entre los hombres por la pureza de su cuerpo y de su alma, habiéndole Jesus hecho su hermano y propuéstole en adopcion á María? Cuando se ha de hacer una reseña de la vida de un hombre; cuando se trata de dar una idea de un suceso presente ó futuro, es necesario que aquel que intente describirle domine el objeto que se propone hacer conocer, y se haga en cierto modo superior á sí; y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ©
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan santos á los apóstoles, tantas veces reprendidos de terrenos y carnales por nuestro divino Salvador y Maestro. Si en estos tiempos se desprecian las aseveraciones teóricas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traido á este santo templo. No perdais de vista á san Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalen de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUAN EVANGELISTA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Hic est discipulus ille qui testimonium perhibet de his et scripsit hæc : et scimus quia verum est testimonium ejus.

Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió : y sabemos que su testimonio es verdadero.

S. Juan, c. 21. *v* .24.

Difícil es la situacion del sacerdote que habiendo de celebrar con elogio las grandezas de un varon tan privilegiado como san Juan Evangelista, tiene que referir en honor suyo los méritos de sus acciones, conservadas no solo en la tradicion de las gentes, sino demostradas en esos escritos que ocupan los sagrados Libros.

¿Cómo podré yo atreverme á graduar su mérito, cómo haceros notar sus bellezas, si mi limitado entendimiento no puede seguir el rápido vuelo de la imaginacion divina de san Juan, que lanzándose en lo pasado y en el porvenir de los tiempos, ha reunido en cortas, pero inestimables páginas, la historia de los destinos de la humanidad?

¿Quién habrá que pueda hablar dignamente del amado del Señor, del que mas se le ha asemejado entre los hombres por la pureza de su cuerpo y de su alma, habiéndole Jesus hecho su hermano y propuéstole en adopcion á María? Cuando se ha de hacer una reseña de la vida de un hombre; cuando se trata de dar una idea de un suceso presente ó futuro, es necesario que aquel que intente describirle domine el objeto que se propone hacer conocer, y se haga en cierto modo superior á sí; y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ©
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo bien conozco que para hablar de san Juan Evangelista era necesaria una inteligencia superior á la mia, y que yo no puedo llegar á igualarme á san Juan, aunque para ello hiciese los mayores esfuerzos.

Al hombre le es dado amar á Dios, sacrificar por él su existencia y conseguir de su justicia el premio de un sacrificio; pero no tiene en su mano obtener el amor especial que Jesus manifestó á san Juan, ni los dones que este amor le produjo haciendo de él un eminente escritor, el mas sublime de los evangelistas, y un profeta de la nueva ley, como se deja conocer en su Apocalípsis, cuyas predicciones pesan sobre las presentes y futuras generaciones.

Las causas que dieron lugar á que fuese tan privilegiado san Juan, provinieron sin duda de que entre los discípulos del Señor se hallaban los hombres de fe mas ardiente; pero casi todos habian vivido la mayor parte de su vida mezclados en el materialismo de la ley antigua, siendo los mas hombres establecidos; y san Juan vírgen, apénas salido de la pubertad, representaba á los ojos de Jesus aquella pureza de alma y de cuerpo que tanto le agrada y que distinguió á su divina Madre.

Es preciso pararse algo á considerar la índole de nuestra religion, para apreciar debidamente lo grato que es á los ojos de Dios un alma y un cuerpo puros : y así dijo Jesus, segun refiere san Mateo, colocando un niño entre los apóstoles y abrazándole : en verdad os digo que si no os volviereis é hiciereis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

En la situacion de un ñino estaba san Juan cuando siguió á Jesucristo : porque jóven, vírgen y lleno de pureza, creyó en su ley, obedeció ciegamente sus mandatos, y fué por todas estas circunstancias el que mejor imitó y podia imitar las virtudes de su divino Maestro. Estos y otros motivos, solo comprensibles á la Divinidad, son los que hicieron de san Juan Evangelista un ser privilegiado que, como os he anunciado, no está en mis fuerzas elogiar dignamente.

Pero porque sean mas para admirar que para describirse los testimonios de grandeza que nos ha dejado san Juan Evangelista, ¿guardaré silencio sobre ellos? No, porque esto le fuera quizá desagradable; y puesto que á Dios nos dirigimos y de Dios hablamos segun podemos, porque imposible nos es hacerlo segun merece, lo haremos tambien de san Juan : donde sus

acciones excedan nuestra comprension, me contentaré con dirigirle himnos en su loor en cuantas partes hable de él, y en las circunstancias que de él os haga conocer; procuraré su mejor elogio, que será inclinar el ánimo de mis oyentes á que traten de acercarse á sus virtudes. Esto es lo que siempre agrada á Dios y á las almas que en él habitan; porque los buenos, los santos son amantes de la humanidad, y desean que los hombres entren por medio de la virtud en la celestial morada, donde gocen la verdadera paz y tranquilidad en medio de los divinos éxtasis de la contemplacion de nuestro Criador.

El objeto de mi discurso será haceros conocer las eminentes dotes que adornaron á san Juan Evangelista, y conforme os las describa manifestaros cómo debeis obrar para aproximaros al estado de pureza que es necesario poseer para entrar en el reino de los cielos.

Para conseguirlo, á pesar de mi voluntad y deseos, ya conoceis que mis fuerzas son insuficientes; porque san Juan es un tesoro de divinas dotes; y un sacerdote como yo, apénas puede comprenderlas contentándose con admirarlas. Pero los auxilios de la divina gracia hacen de los hombres rústicos é indoctos, sabios y entendidos moralistas, como vemos en los apóstoles, tan sabios en la doctrina evangélica, como eran ignorantes ántes de poseer la divina gracia. Implorémosla pues por medio de la que siendo Madre de Dios, aceptó como hijo á Juan, saludándola con las palabras del ángel, diciendo : *Ave María.*

Como expresa el texto, que he tomado para mi discurso, del evangelio de hoy, el evangelista san Juan es aquel discípulo que escribió y dió testimonio de las cosas que pasaron á Jesucristo en la tierra, y de las doctrinas que predicó durante su permanencia entre los hombres; pero no como los otros evangelistas contando solo lo que vieron materialmente de Jesus, sino de un modo mas sublime, y enseñando lo que él aprendió respecto á la unidad del Padre, del Hijo y el Espíritu santo, segun él lo habia oído de su divino Maestro.

Era san Juan hermano de Jacobo, hijo del Zebedeo, y de oficio pescador : la ocupacion que tenia cuando Jesucristo le llamó con su hermano para que le siguiesen, era el remendar

unas redes de pescar : ocupacion bien material, y bien contraria al parecer y en el órden humano á la ciencia y al privilegiado saber que se descubre en sus obras.

San Juan, el mas jóven de los apóstoles, y el que amó á Jesus con aquella efusion de sentimientos que tienen los pocos años, y que la edad y los desengaños aniquilan, haciendo nacer en nuestra alma la desconfianza, la precaucion y la cautela, que serán muy á propósito para consumar los planes de los hombres en la tierra, pero poco á propósito y ménos gratas á Dios que ese amor apasionado que le tienen las almas que le adoran con verdadera efusion, y que están dispuestas á abandonarlo todo por seguirlo. San Juan desde que siguió á Jesus fué siempre su mas inmediato y constante compañero, siendo distinguido entre los demas, segun expresan los santos evangelios, llamándole por antonomasia el discípulo que Jesus amaba.

Os he indicado que Dios al escoger y dar preferencia á sus escogidos, tiene razones que son ocultas á los mortales por su limitado entendimiento ; pero algunas se infieren fundadas en razones de nuestro alcance, y que conviene exponer para confusion de los incrédulos, que piensan que los dogmas católicos no sufren discusion, cuando su comparacion con los de las demas religiones dan siempre por resultado el triunfo completo de su verdad y su bondad. San Juan era el mas amado de los apóstoles, es verdad; pero ¿no tenia alguna cualidad que le hiciese acreedor á esta superioridad? ¿No era por mas de un concepto acreedor á las distinciones que mereció del Salvador del mundo? Yo os demostraré que sí, no rebajando el mérito de sus compañeros sino para ostentar los suyos como lo merecen.

En lo bueno, en lo mejor hay siempre un óptimo que se aumenta en proporcion que la criatura se eleva y se asemeja al Criador : por esta razon, las jerarquías celestes, segun las describe san Dionisio Areopagita, forman cierta gradacion de optimismo en los coros celestiales, que no suscitan como entre los hombres, ni odios, ni rencillas ni ninguna de esas pasiones malas que fomenta el demonio; porque en las moradas de la vida gloriosa no se conocen las malas pasiones, y el demonio no puede entrar á fomentarlas. En el concepto de mejor entre los buenos, es como san Juan tiene una superioridad real sobre

los demas apóstoles, no en punto á jerarquía ni á categoría, sino con relacion á los méritos y títulos que tenia del amor de Jesucristo.

En todas partes donde Jesus y su divina Madre padecian angustia y pesar, allí se encontraba san Juan, como se ve en la vida de Jesucristo y en los principales y mas dolorosos actos de su pasion. Amaba san Juan tanto al Hombre Dios como hombre solamente, cuanto al Hijo de Dios como una de las personas de la santísima Trinidad. La pureza de su cuerpo y la práctica de las mas eminentes virtudes, unidas á un gran talento, le daban una superioridad que en ninguna parte se nota tanto como en sus escritos, graduados por los mas eminentes escritores sagrados, como los mejores.

Segun la opinion recibida entre los hombres versados en las sagradas letras, entre todos los libros escritos la sagrada Escritura es el mejor : y para ver esta verdad basta leerlos; porque en ellos se encuentra unida la sublimidad con la sencillez, la profundidad con la claridad, la verdad y la imparcialidad elevadas al último grado, y con un sabor de divinidad que les hace distinguirse de los demas libros hechos por los hombres. La sagrada Escritura se compone del antiguo y nuevo Testamento : y así como toda ella excede á los demas escritos profanos, el nuevo Testamento excede al antiguo por la clase de premios que ofrece, y por el engrandecimiento que hace del hombre, que penetrado de un verdadero amor á Dios, se hace superior á todo acontecimiento que le ocurra.

La ley antigua prometió á los judíos solos una tierra fértil y abundante y la proteccion de Dios en esta vida siempre que guardasen su ley ; y esto no de una manera perpetua, sino transitoria y perecedera. Pero en el nuevo Testamento todo lleva el sello de la eternidad : todos los hombres, sin distincion de clases, sexos, pueblos y naciones, son llamados : y las promesas no son de bienes perecederos; son de una vida eterna é infinita, llena de inefables goces celestiales.

Entre todos los escritos que componen el nuevo Testamento, los Evangelios son los mejores; porque en ellos está reunida toda la doctrina de nuestra religion, unida á los altos y admirables hechos de Jesucristo sobre la tierra : y de estos Evangelios, el mas notable por su sublimidad, por la grandeza y cono-

cimientos con que está escrito, es el de san Juan; y por esto es su símbolo el águila, cuyo elevado vuelo la da una superioridad grande sobre todas las aves.

San Juan no escribe solo los hechos del Hombre Dios cuando estuvo en el país judío y se sujetó á sufrir muerte y pasion por nosotros, sino que atravesando, cual el águila con rápido vuelo los aires y espacios, se presenta delante de Dios y describe con sublimes palabras la verdadera naturaleza de Cristo, y su preexistencia y eternidad infinitas. Los demas apóstoles hablan de Jesus como si fuera un mortal nacido de la casa de David; pero san Juan nos dice: *In principio erat Verbum;* manifestando que ántes de que el hombre fuese criado, ántes de que la tierra contuviese mares, rios y montañas que alimentasen los infinitos seres que la pueblan, existia el Hombre Dios, el Verbo que fué conocido en la tierra con el nombre de Cristo.

Los motivos que tuvo para escribir su evangelio, con el fin de acabar con las herejías que nacieron en la iglesia desde los primeros tiempos, le movieron á ejecutar un trabajo que fuese el complemento de los escritos de los demas evangelistas, cuyas omisiones suplió, dando testimonio en su favor de la verdad de lo que habian escrito.

Los demas evangelistas habian escrito con buena fe, y sin ánimo de combatir las dudas y errores que se propuso impugnar san Juan: y solo á este fué dado reunir en su Evangelio, con admirable laconismo, el dogma de nuestra religion desde el principio de las cosas hasta la eternidad: así es que él ántes de todo trata de la eternidad, de la esencia divina y diversidad de sus personas, y cuenta despues con consecuencia en tales principios lo ocurrido ántes de nacer Jesucristo, y lo que estableció como jefe y supremo patriarca de nuestra religion. Pero no extrañarémos la profundidad y elevacion de los pensamientos de san Juan, parando nuestra consideracion en algunos de los acontecimientos de su vida. Este discípulo amado del Señor estaba cuasi identificado con el alma de su divino Maestro, y parece que en ella habitó, sobre todo en aquellos momentos en que reposando en el seno de Jesus, tuvo un sueño extranatural, ó mas bien un éxtasis de comunicacion en que el alma de Jesus y de san Juan se unieron. Este favor que le dispensó su Dios fué debido á su pureza: porque solo á un alma pura como

la de san Juan podia unirse la purísima de Jesus. En esta union con su Dios es donde aprendió la doctrina evangélica en la forma que se ve en sus escritos.

No son, no, una mera relacion de los sucesos humanos; es la mas luminosa y sublime teología que puede escribirse: porque en sus escritos se halla todo lo que está al alcance de los hombres saber de Dios. Á sus inspiraciones se debe la destruccion de las herejías que principiaron á querer sofocar la religion de Jesucristo en su cuna, introduciendo dudas algunos sobre su existencia ántes de María, á las que contesta con las palabras primeras de su Evangelio: *in principio erat Verbum:* existia el Verbo en un principio: otros decian que Cristo habia existido ántes de su nacimiento, pero que no era Dios, y á este tenor otros, que con estas dudas y cuestiones distraían la fe de los fieles, sembraban la duda, y facilitaban al demonio la posesion de las almas. Pero para mejor apreciar esta victoria que él consiguió contra esos herejes con solo su palabra y su espíritu de verdad y claridad, os diré algo de su situacion.

Habia sido san Juan Evangelista, como todos los apóstoles, un predicador celoso de la doctrina evangélica, y por esta razon perseguido, maltratado y martirizado, aunque no hubiese muerto por favor especial de la divina Providencia: desterrado últimamente á la isla de Padmo, donde compuso el libro del Apocalípsis, durante su destierro habian nacido las herejías de que os he hecho mencion.

Muerto Domiciano é imperando Nerva, volvió á su silla de Éfeso, donde su rebaño estaba disperso y descarriado como todo aquel á quien privan del pastor que le dirige: el respeto y veneracion á sus virtudes se habia olvidado con su ausencia; y los enemigos de la naciente religion cristiana se aprovecharon de estas circunstancias para aniquilarla: su edad nonagenaria hacia temer á los buenos fieles y obispos la pérdida del último de los apóstoles que vivia, y al que se dirigian los ojos de los fieles con un respeto semejante á aquel que se tiene al soldado, que habiendo servido al lado de un gran capitan, representa su gloria en su persona.

En este estado, afligida la iglesia por los males, extinguido el saber, le rogaron que dejase, como testigo ocular, una noticia de Jesucristo que bastara á contener el ímpetu de sus enemigos. Los demas evangelistas no eran conocidos de todos, y no

eran suficientes á contener la irrupcion que los herejes intentaban en la viña del Señor; y solo su autoridad, su fama y el respeto que se tenia á su sabiduría podian contener el torrente que amenazaba arrastrar los cimientos de la iglesia de Jesucristo.

Persuadido nuestro apóstol de la verdad de estas razones, dispuesto á continuar consagrando á su Dios hasta el último aliento de su existencia, ordenó rogativas y ayunos para que Dios le inspirase, y salió ese Evangelio que es el mayor monumento de su gloria. Su aparicion fué la ruina de las herejías; y la uncion de sus cartas á los pueblos, prelados y fieles que le escuchaban, reanimó la fe perdida, haciendo la mas gloriosa conquista de almas que ha podido hacerse en el mundo.

A su voz cedian las dudas sobre la divinidad; se conoció á Dios; se aprendió á amarle como es en sí, y se evitaron las cuestiones que con insidiosas miras han propuesto cuantos han pretendido socabar y minar la iglesia de Jesucristo. Esta conquista sí que es gloriosa: estos hechos, que demuestran unas cualidades eminentes, sí que son dignos de alabanza y preferidos á esas victorias que el mundo llama gloriosas, y no son mas que montones de cadáveres hacinados á los piés de un hombre inhumano.

Colóquense á su lado los héroes del mundo: apréciense en su verdadero valor lo bueno y lo malo, no confundiendo como suele hacerse las virtudes con los vicios, y entónces se verá la inmensa diferencia que hay entre los servicios que hizo san Juan con la reorganizacion y dilatacion de la iglesia maltratada, y los que se premian con honras y riquezas en esos hombres mundanos y orgullosos, que cifran su valor en la disposicion que tienen á derramar sin piedad ni compasion la sangre de sus hermanos.

Á vosotros que sois cristianos, y que sabeis que llegado el término de la vida nada queda de cuanto nos rodea en la tierra, os consta que el alma es lo mas precioso de nuestro ser, y que las almas se pierden si no cumplen su destino de ser dignas de parecer en la presencia de quien las ha criado, y no ignorais tampoco que ante esta clase de intereses todos ceden. Tambien conoceis, no solo por la luz de la fe, sino por la de la razon y la de la filosofía verdadera, que las almas no se conquistan con el hierro ni con el fuego, porque Dios no atiende á quien no le

ama con buena voluntad. En este concepto, decidme: ¿qué es la gloria de esos hombres que conmueven la tierra con sus horrores, y que cual otro Atila, llamado el azote de Dios, tienen la pretension de reducir á bosques y á yermos las ciudades? Qué almas ganan? Qué voluntades rinden? ¿Serán las del pacífico ciudadano que presencia el incendio de la casa que le vió nacer? ¿Será la de la esposa que ve espirar herido por la espada al compañero de su vida? ¿Será la del anciano que ve mutilado en el combate al hijo que habia de sostener su vejez? ¿Será la del huérfano que ve su padre asesinado, su madre muerta por las brutalidades de los guerreros, y no halla mas consuelo en su abandono que llorar por los dias de su vida amenazado del hambre y la desnudez? Ah! oidme, hombres llamados de glorioso recuerdo! Alzad vuestra frente otro tiempo erguida, y ahora pisada ó hecha pasto de los insectos; y decidme si sois héroes, si merecisteis alguna vez otra cosa mas que la maldicion de las generaciones contemporáneas á vuestra tumultuosa vida.

Por el contrario es nuestro santo evangelista, porque vivo con su virtud y muerto con sus méritos, no cesa jamas de aconsejar la doctrina de Jesucristo, y sobre todo aquel precepto de caridad encerrado en las palabras: *Filioli, diligite alterutrum:* hijos, amad á vuestros semejantes. Estas eran las palabras que salian continuamente de su boca, y las armas con que vencia á sus enemigos: estas sí que son armas que sanan, y no como las imaginadas del célebre juego que cantó Homero, y á las que atribuía la cualidad de sanar las heridas que hacian. Las armas que usaba san Juan eran un bálsamo que curaba las heridas del alma, y la encaminaban á la verdadera salud, y del todo contrarias á las de los conquistadores, que nos aturden con el ruido de sus destrucciones. Son las heridas de ellas engendrar en el alma el amor á sus semejantes. El ciudadano ve su hogar seguro del incendio y del ataque: el esposo respira tranquilo al lado de su compañera: el anciano encuentra hijos sumisos que le ayuden en su vejez; y el huérfano, si alguna vez implora á sus semejantes, halla un techo hospitalario y el alimento que necesita.

Amándose el uno al otro, la paz tan amada de Dios impera, y las almas escuchan la voz de la conciencia, inclinándose á marchar por la senda de la virtud. En vista pues de estos resul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tados ¿habrá quien crea superior la gloria de los mayores conquistadores, á la de san Juan escribiendo su evangelio, destruyendo con él las herejías y conquistando las almas para su verdadero destino?

Algunos creerán al oir hablar de las conquistas morales de san Juan, que no está en un caso excepcional, porque otros santos tambien las han hecho gloriosísimas y numerosas; pero en esto padecen una equivocacion, como demostraré. Los demas evangelistas habian escrito la vida ó tránsito de Jesucristo por la tierra de un modo sencillo; y aprovechando ciertas omisiones, se levantaron infinitas herejías, y los males que de estas hubieran venido á la iglesia hubieran sido proporcionados á los que ha sufrido á pesar de tener en san Juan el mas poderoso apoyo con su luminoso Evangelio. Pero no es solo el mal evitado con él, su mayor beneficio: el mayor está en la constante persuasion que está labrando su lectura en cuantos le leen, que no son tantos en verdad como debieran, por el abandono en que hoy mas que nunca se tiene á la religion.

Un escrito como el Evangelio de san Juan, es uno de aquellos servicios hechos al hombre, que pueden compararse á los del mismo Dios: porque nadie como san Juan imitó su predicacion, como se demuestra en las palabras de caridad que salian de su boca continuamente; de tal manera, que preguntándole sus hermanos y sus discípulos por qué siempre las repetia, contestó: porque es precepto del Señor; y si se cumple es bastante á la salvacion. ¡Qué leccion tan preciosa y tan sublime nos dió Jesucristo y nos ha trasmitido san Juan, con el aditamento de que cumplida basta á la salvacion! Si pensáramos en ella bien, en esta asercion encontraríamos todos los medios de satisfacer nuestras necesidades espirituales: porque el que ama á sus semejantes, no puede ménos de amar mucho mas á su Dios, y amarse á sí mismo lo bastante para pensar en el verdadero interes de su salvacion. Nunca esta virtud escasea mas que ahora, y nunca está en esto san Juan mas desatendido. Donde quiera que tendamos la vista, sea por herencia trasmitida por las guerras, sea por la corrupcion de las costumbres, nunca se ha visto ménos amor de uno para con otro.

El hombre público no piensa mas que en los medios de suplantar al que está mas adelantado en su carrera; y solo deja de odiar á su superior, cuando le ha derribado y no puede oscurecer su nulidad: el comerciante, el especulador no alarga su mano con sinceridad ni una vez siquiera al compañero de su oficio que pueda quitarle la mas mínima ganancia: el jóven no ve nunca á la esposa de su amigo sin ofrecer una mirada cariñosa, sin despertar un afecto de odio, que suele ser causa de infinitos desórdenes; y por este estilo el amor de uno al otro que tanto recomienda san Juan, se halla desterrado de entre nosotros con grave perjuicio en verdad de nosotros mismos.

Bien mereció ser amado de Jesucristo con predileccion el discípulo que ha prestado á la iglesia su esposa los mas señalados servicios; y bien merecia que nosotros le honrásemos, no con palabras que nunca bastarán á honrarle como merecen sus virtudes, sino con obras que le hiciesen gratos nuestros obsequios. Bien podíamos amarnos los unos á los otros en lugar de llenar nuestro ánimo de ese odio venenoso que fatiga los dias de nuestra existencia, sin la esperanza de salvacion que consuela tanto al que padece.

Los efectos del odio son de una calidad mala entre todas las pasiones malas; porque en las demas pasiones hay un momento de extravío, en que el hombre, si se olvida de Dios, se embriaga en la satisfaccion de su deseo, aunque despues un continuo remordimiento de conciencia nos acibare el inconsiderado placer á que nos abandonamos; pero en el odio, ademas de ese torcedor continuo que nos impide elevar al cielo una mirada suplicante, no hay ninguna clase de enajenamiento de goces: por manera que resulta ser tormento en la vida de la tierra y en la vida eterna. Y no obstante vivimos odiando siempre. Cuánta ceguedad! ¿Por qué no imitamos á san Juan Evangelista, que siempre amó hasta su muerte? ¿Y nos quejarémos de que Dios no nos prefiera como á él le prefirió, cuando debiera hacer descender rayos de su ira sobre nuestros pecados?

El Señor distinguió á san Juan por dos razones ostensibles, ademas de las que tiene siempre para obrar en su alta providencia. Una fué su pureza de que algo os he dicho; otra es el amor que san Juan tenia á Jesus, como lo demuestra el cariñoso reclinamiento que hizo sobre su pecho, cuando llegó á comprender los peligros que le amenazaban por la traicion de Júdas, que le habia de entregar: y aun pudiéramos añadir entrelazando los sucesos pasados en el tiempo en que vivió Jesucristo y despues, porque Jesucristo sabia que habia de ser el que sos-

tendria á los vacilantes fieles en la fe con una predicacion luminosa á la par que sublime de su doctrina.

Los favores concedidos á san Juan, en mayor ó menor escala, segun las virtudes que cada uno posee, todos los obtienen: pero ¿quién de vosotros es puro como él? ¿Dónde está la castidad de vuestros cuerpos y la pureza de vuestras almas? ¿Es acaso en esas casas de prostitucion, que con oprobio de nuestra religion son un adorno en nuestras ciudades? ¿Están en esas mancebías y abarraganamientos en que el esposo y la esposa adulteran y tal vez arruinan á sus legítimos hijos? ¿Están la castidad del cuerpo y la pureza del alma en los que, ya sean hombres, ya sean mujeres, buscan todas las ocasiones de despertar pensamientos lúbricos y excitaciones pecaminosas? Pues esto, esto es lo que está esparcido entre nosotros: esta es la pureza que desde nuestros primeros años adquirimos, y la castidad con que honramos los preceptos de Dios y nos ponemos en su presencia; y tal estado es muy diferente del que san Juan tenia cuando mereció ser el mas amado de los discípulos de Jesucristo. Harto tenemos que agradecer y bendecir á Dios, porque siendo tan faltos de pureza y castidad provee á nuestra subsistencia y comodidades, sin que nos tomemos ni la molestia de implorarlas.

Pues respecto al amor á Dios, la comparacion de nosotros con san Juan nos es tan poco favorable como la de pureza y castidad, porque nosotros no solo no le amamos con preferencia á los objetos que nos rodean, sino que solo pensamos en él cuando ya no nos queda en este mundo nada en que pensar. Cuando nuestros desórdenes ó nuestras desgracias nos reducen á la miseria, y los hombres que en tiempos pasados nos adularon nos reciben con desprecio, entónces solo nos acordamos que Dios es verdaderamente amable y digno de que se le hagan los mayores sacrificios, y hasta en estas ocasiones el amor que le manifestamos es interesado; y no le pedimos fuerza para sobrellevar nuestras desgracias y los trabajos necesarios á la expiacion de nuestras faltas, sino la recuperacion de nuestros perdidos bienes, y la esperanza de que podremos vengarnos de los que nos han abandonado.

¿Y cuáles son los servicios que hacemos ó pensamos hacer para que su iglesia prospere y rechaze los ataques que recibe de sus enemigos interiores y exteriores, conocidos y desconocidos? ¿Practicamos como san Juan una virtud austera que nos haga respetables y respetados, de modo que á nuestra voz entren en el rebaño del Señor los extraviados? ¿Escribimos algo que se asemeje á los admirables escritos de san Juan, que son uno de los mas firmes apoyos de la verdadera civilizacion?

Desengañémonos, amados oyentes; nosotros somos malos y nada hacemos para merecer los favores y la predileccion del Señor; y así no extrañemos que cuando ménos se piense nos venga todo género de desgracias; porque solo los sufrimientos nos hacen humillar en la presencia del Altísimo. ¡Si tuviéramos siquiera el deseo de ser mejores! Entónces yo me atreveria á implorar á san Juan y decirle: Sublime Evangelista! Tú que sentado al lado de Dios, que tanto te amó, ves nuestros corazones y nuestra debilidad, ruega por nosotros. Somos débiles como malos, pero queremos dejar de serlo, y nuestra intencion es ser mejores. Tú lo ves: tú conoces que queremos honrar tu festividad con un nuevo modo de vivir mas aproximado á tus sublimes virtudes. Ayúdanos: interpon con Dios la poderosa influencia que tienes como su discípulo mas amado, y haz que seamos sostenidos por su gracia en tan buenos propósitos. Ah! si tal lenguaje y tales propósitos nacieran en los corazones de mis oyentes; si desde hoy os amáseis unos á otros como repetia con frecuencia san Juan, la gracia vendria sobre vosotros y seriais felices en esta vida y en la otra, como yo os lo deseo. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA.

(DE TRONCOSO.)

Exaltavi electum de plebe mea.
He ensalzado á aquel que escogí de entre mi pueblo.
Salmo 83. *v.* 20.

Propiedad es de corazones magnánimos aspirar á sublimarse sobre sus semejantes en alguna cualidad ó prerogativa singular; pero anhelar á sublimarse en todas, es una insaciabilidad que caracteriza á un corazon fastuoso que no puede sufrir haya otro que pueda superarle. No es cosa fácil satisfacer este deseo; ántes por el contrario debiera mirarse como un prodigio fenomenal el que llegase á conseguirlo. Hánse visto hombres que han descollado en las ciencias á manera de robustos cedros; pero no han podido ménos de reconocer en otros la superioridad de conocimientos militares; estos, á guisa de águilas, han penetrado hasta lo mas elevado del cielo, han analizado los astros y sometido á las reglas de la astronomía el movimiento periódico de los planetas : aquellos han atravesado los mares, han descubierto climas desconocidos y han eslabonado ambos mundos por medio de la brújula. Pero jamas hasta ahora se han visto reunidos en un solo mortal tanta diversidad de conocimientos en un grado superior á los demas de su naturaleza. El mismo Dios no ha querido sublimar en su iglesia á un mismo hombre á todos los grados de una suprema santidad. Á quien ha concedido el poder ceñir sus sienes con la aureola de doctor: á quién el empuñar en su mano la palma del martirio; á unos

ha dado el don de profecía; á otros el de curacion; cual de ellos se ha distinguido en el celo de la predicacion; cual en la gloria de la virginidad. Tal es, señores, la ley ordinaria ponderada por san Pablo con aquellas palabras : « Á unos ha constituído Dios apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros doctores y pastores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos, en las funciones de su ministerio y en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo (1). Por esto dijo el Nacianceno que solo aquel debia considerarse muy bueno, que ó poseyese muchas virtudes con mediocridad, ó una sola en grado eminente.

¿Pero es posible, amados oyentes, que esta ley sacrosanta sea de tal manera fija é irrevocable que no pueda tener una excepcion en alguna criatura? Oh! girad con vuestra mente en torno del universo, trasportaos á los pasados siglos, recorred todas las naciones, y si no me engaño, preciso será que encontreis en un solo personaje una excepcion gloriosa de este órden, un fenómeno extraordinario que reúna en sí solo las sublimes prerogativas de todos los santos, lo mas elevado de todas las gracias comunicadas á los mortales, lo mas heróico de todas las virtudes. ¿Y quién juzgais sea ese sino el héroe que hoy aplaudimos, y cuya memoria renueva con tanto júbilo la iglesia católica? Sí, católicos, Juan, el discípulo amado de Jesus, es quien nos ofrece en su sola persona ese conjunto de cualidades brillantísimas que le distinguen de todos los demas bienaventurados, y le hacen resplandecer en la Jerusalen celeste como un sol en perpetuas eternidades. Juan es aquel á quien el Señor se dignó escoger entre todos aquellos que fueron las piedras angulares del grandioso edificio de su iglesia, para ensalzarle sobre todos y hacerle el compendio de sus divinos dones : *Exaltavi electum de plebe mea.* Él es vírgen, él es apóstol, él es doctor, él es evangelista, él es profeta, él es mártir. Oh! Cuántas aureolas adornan su frente! ¿Y acaso poseyó esta multiplicidad de dones en un grado igual á los demas? No, él los poseyó en un grado heróico, eminente, singular, cual ningun otro llegó á obtenerlos.

Léjos de mí, amados oyentes, pretender menoscabar la gloria de ningun santo. Juzgaríame altamente reprensible si, lle-

(1) *Ad Ephes. c. 4. v.* 11 *et* 12.

vado de un excesivo entusiasmo hácia el objeto de nuestros cultos, quisiese ensalzar sus méritos rebajando los de los demas héroes de la religion. Solo intento haceros ver hasta dónde llegó el amor de Jesucristo hácia su discípulo privilegiado, pues le plugo ensalzarle sobre sus escogidos, reuniendo en su persona lo mas sublime de aquellas gracias que su misericordia distribuye gratuitamente cómo y á quien bien le place, segun el lenguaje del Apóstol. Registremos los sagrados Libros y los anales eclesiásticos, y no podremos ménos de admirar en san Juan la gloria de la virginidad, el honor del apostolado, el doctor por excelencia, el águila de los evangelistas, el profeta de la ley de gracia, y el esplendor del martirio. Todas estas prerogativas reunidas en nuestro santo en el grado mas excelente, probarán que fué el discípulo amado, el escogido entre todo su pueblo para ensalzarle entre todos los demas. Hé aquí el asunto de mi discurso.

Oh buen Jesus! Cuando me propongo elogiar á quien tanto amasteis, no dudo me comunicaréis aquella uncion y gracia que al efecto necesito. Os ruego, Señor, en nombre de vuestra Madre dulcísima, y para inclinarla en mi favor, la dirijo con todos mis oyentes la salutacion angélica : *Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Con razon canta hoy la iglesia católica que Jesucristo amó sobremanera á su discípulo san Juan, porque la prerogativa especial de su castidad, le hacia digno de una singular predileccion. Y quién osaria disputarle esta gloria? Él fué vírgen, no solamente en aquel tiempo en que la virginidad habia sido enseñada por Jesucristo, y persuadida con las mas especiales demostraciones de afecto, sí que tambien entónces cuando era una virtud conocida de muy pocos, aborrecida de muchos, y casi por ninguno practicada. Eutimio asegura que la guardó desde su niñez con un cuidado singular, no solamente en el cuerpo, sino tambien en el alma, como una joya de precio inestimable. Añádase á esto la circunstancia de las personas entre quienes vivió. No hay quien pueda ignorar que el nombre de virginidad entre los hebreos, bien léjos de ser un título de honor, era como una marca de ignominia. De aquí es que en la antigua ley fueron muy pocos los que conocieron su valor, como un Melquisedec, un Josué, un Jeremías, á quienes san Ignacio mártir enumera entre los vírgenes; y Elías, Eliseo y Daniel, á quienes atribuye el mismo honor el Damasceno. Por lo demas entre los doce apóstoles de Jesucristo, solo de san Juan se sabe que hubiese guardado la virginidad. Sin embargo, ninguno como él debió luchar contra aquellos estímulos que arrastran á los placeres de la sensualidad. Estaba en todo el verdor de su juventud; poseía un entendimiento despejado; tenia unos modales apacibles; y aunque sumido en la condicion oscura de pescador, era en sentir de san Gerónimo, de sangre noble, y tenia fácil entrada en la corte, como lo comprueba el haber introducido con su favor á san Pedro en el palacio del presidente, en la noche de la Pasion, cuando todos los demas discípulos del Salvador, si no eran lanzados como infames, eran al ménos mirados como impíos.

¿Cuán admirable es pues, católicos, el ver á san Juan guardar en medio de tantos peligros una virginidad tan incorrupta, tan inmaculada, que el mismo Jesucristo no dudó admitirle á sus mas íntimos secretos, tratándole con una familiaridad nunca vista? Vedle en la noche de la cena al lado de su celestial Maestro, no como los demas apóstoles, postrados á sus piés y manifestándole su dolorosa pena, sino reposando apaciblemente sobre su divino seno. ¡Ah, digna era, exclama un piadoso orador, digna era de esta honrosa distincion aquella virtud que forma las delicias de Dios y la emulacion de los ángeles! ¿Y no le visteis tambien al pié de la cruz recibiendo en testamento á la madre de Jesus por madre suya? ¿Á quién otro sino á Juan fueron dichas aquellas palabras tan llenas de ternura : « hé ahí á tu madre? » Solo á él, exclama el Damiano, y á ninguno fuera de él podia dejarse en legado la virginidad de María, porque ningun otro como él poseía esta virtud angelical.

Imaginad ahora, católicos, qué incrementos no debió recibir la pureza de este discípulo amado con esta singularísima prerogativa. Si como piadosamente enseñan los padres de la iglesia, una sola mirada fijada en el bellísimo rostro de María, bastaba para engendrar en el corazon humano el amor mas decidido á la virginidad, ¿á qué grado no llegaria en aquel que de continuo la tenia delante, que vivia con ella, con ella conversaba, con ella comia, y no la abandonó en tantos años? Esto solo bastó al citado padre san Pedro Damiano para decir que

Juan es en la iglesia católica, y fué desde el principio del mundo, superior á todos los vírgenes. Tanto, que ni aun los mismos ángeles, como se lee en el Apocalípsis, quisieron recibir de él ninguna muestra de obsequio y de veneracion, como para demostrar, continúa el santo doctor, que era igual á ellos en aquella excelencia en que ellos son superiores á los demas mortales. Ahora bien, señores, aun cuando no resplandeciese en nuestro héroe otro privilegio mas que este, ¿no seria digno de la mayor admiracion? ¿No bastaria su sola virginidad para ensalzarle sobre los demas escogidos de Dios?

Mas dejemos de considerarle como vírgen y contemplémosle como apóstol. ¿Habrá quien le suponga inferior en esta cualidad á los otros apóstoles de Jesucristo? No seré yo tampoco quien me atreva á decir que Juan fuese superior á ninguno en la dignidad, pues esta fué igual en todos los que fueron llamados á ejercerla; empero no dudaré asegurar que en cuanto á la duracion de las fatigas no hubo quien se le igualase. Juan fué el que entró mas jóven en el apostolado, y el que murió en él de mas edad. Si los demas trabajaron, cuál diez, cuál veinte, cuál treinta ó mas años despues de la muerte de Cristo, él trabajó por espacio de setenta sin perder jamas un solo momento que no consagrase á la gloria de Dios y de su iglesia. ¿Quién no sabe el fervor y el ardoroso celo con que se señaló desde luego en la predicacion de la palabra divina? ¿No fué el primero que despues de la Ascension del Salvador á los cielos se presentó con Pedro en medio de la deicida Jerusalen, á anunciar la divinidad del Crucificado? ¿No fué el primero que la defendió ante los tribunales? ¿No fué el primero que experimentó por su causa las ignominias y sufrió crueles azotes? ¿Quién fundó mas iglesias que él? En sola el Asia menor fundó, en sentir de san Gerónimo, la de Éfeso, la de Filadelfia, la de Laodicea, la de Pérgamo, la de Sardía, la de Esmirna y la de Tiatira. ¡Cuántos sudores, cuántas vigilias, qué trabajos no debió proporcionarle la conversion de tantas almas como condujo al redil del Salvador! Bástenos, católicos, recordar lo que hizo por aquel discípulo á quien convirtiera á la fe, el cual durante su ausencia, habiendo vuelto á sus antiguos desórdenes, se lanzó hasta el abismo de la desesperacion. No bien llega á saber el santo apóstol que aquel jóven se habia descarriado, y que cual caballo desbocado se habia abandonado á los mas

atroces delitos, hasta hacerse jefe de una banda de malhechores que tenian aterrado todo el país, corre en pos de él como buen pastor, le busca sin dar descanso á sus párpados, y hallado que le hubo, le llama con acento cariñoso. En vano el malogrado jóven huye de la presencia del anciano obispo; este, sin perderle de vista, síguele en pos con los ojos bañados en llanto, y no cesa de decirle: ¿por qué, oh amado hijo, huyes de tu desventurado padre? Qué temes de mi? Tú eres jóven, y yo viejo; tú robusto y yo débil; tú estás provisto de armas y yo desarmado. Á buscarte vengo como padre, como amigo, como defensor. Ven, ven; no receles; yo daré cuenta de ti á Cristo; yo me encargaré de satisfacer por tus culpas; en cualquiera tribunal que sea, ora en la tierra, ora en el cielo, pronto estoy á ofrecer por ti mi vida. La victoria no podia ser dudosa; el jóven cae de su caballo y se postra á los piés del apóstol; el apóstol le estrecha en su seno, le acaricia, le consuela, le restituye al aprisco del Salvador, y hace de él uno de los mas fervientes cooperadores de sus tareas apostólicas.

Raciocinemos ahora, amados oyentes; si esto hizo san Juan por salvar á una sola alma; si tanto lloró, si tanto se afligió por la pérdida de una sola oveja, que aunque anciano, débil y extenuado, no dudó atravesar montes, trepar riscos y salvar bosques horrendos, ¿qué no haria en edad mas lozana y en ocasiones ménos difíciles? El que buscaba con tanto anhelo á los que huían, ¿abandonaria á los que le buscaban? Y si pudo trasformar en obispos celosos á los hombres mas criminales, ¿qué no haria de los mismos obispos? Ah! No hay mas que leer el Apocalípsis para persuadirse hasta qué punto llegó el fervor de aquellos pastores constituídos por san Juan en las iglesias del Asia menor, á quien el cielo mismo denomina con el dictado de ángeles. Aun cuando no hubiese otra cosa digna de memoria en su apostolado, seria mas que suficiente para ensalzar sobremanera el mérito de quien no solamente supo fundar aquellas iglesias tan célebres en todo el universo, sino que supo proveerlas de tan dignos sacerdotes. Mas no, su predicacion no se concretó á aquella sola provincia; él llevó el Evangelio á la Frigia, penetró en el país de los Partos, y se internó hasta en los confines mas remotos del oriente; y allí y en todas partes todo su conato fué extender las glorias de la cruz y conquistar almas á Jesucristo.

No resplandece ménos la gloria de nuestro santo bajo el carácter de doctor. Su doctrina ha sido siempre admirada en todas las escuelas. No solamente los cristianos, aun los mismos infieles la han tributado los mas sinceros elogios. Aquellos gentiles que la miraban como un delirio cuando la oían de la boca de los demas apóstoles, escuchábanla como un oráculo de los labios de san Juan. ¿Quién ignora que los fastuosos y arrogantes discípulos de Platon no se han desdeñado en muchas ocasiones de usar de sus sublimes pensamientos, exornando con sus sentencias sus voluminosos escritos? Leed, amados oyentes, leed las cartas de san Juan, y hallaréis en ellas una sabiduría toda celestial. Todo en ellas respira una piedad que encanta el corazon al propio tiempo que arrastra el entendimiento. Sus expresiones son otros tantos dardos que inflaman, porque todas tienen por objeto el amor de Dios y la caridad del prójimo, principios fundamentales de toda justicia, resúmen de toda santidad y compendio de toda la ley de Jesucristo. Aun en aquellos últimos momentos de su vida en que ya no podia casi hablar, le oiréis repetir á cada momento á sus discípulos : « Hijitos mios, amaos mutuamente. » Nada pues me maravilla que, segun el Damiano, solo san Juan entre todos los apóstoles haya merecido el título de teólogo; y que como escribe el sabio obispo de Niza, la misma Reina de los ángeles le diese por maestro al gran Gregorio Taumaturgo, cuando llegando este á ocupar la silla de Neocesarea, sepultada á la sazon en un profundo caos de errores, la suplicó se dignase dictarla la doctrina que debia enseñar á sus ovejas.

¿Mas qué diriais, señores, si me atreviese á repetir lo que respecto de la doctrina del apóstol san Juan dejó escrito el Crisóstomo? Es indudable que los ángeles han sido en muchas ocasiones los maestros de los hombres acerca de ciertos objetos de un órden superior á su menguada inteligencia. De un ángel aprendió Daniel los grandes misterios concernientes á la libertad del pueblo de Dios; de un ángel aprendió Manue á educar santamente al pequeñuelo Sanson; de un ángel supo Tobías el secreto de curar la ceguera de su anciano padre con los restos de un pez del Tígris; de un ángel recibió Gedeon las instrucciones para evadirse de las emboscadas de los madianitas; ¿y quién sino los ángeles anunciaron á los apóstoles la gloria de Jesucristo resucitado y la soberana majestad de su segunda venida al mundo? Pues bien, en opinion del citado padre, san Juan ha podido ser maestro de los mismos ángeles, y de hecho han aprendido de él los mas sublimes misterios y los arcanos mas recónditos de la Encarnacion del Verbo, misterios que no habian llegado á penetrar hasta tanto que él los explicó con su celestial pluma. ¡Qué elogio tan singular! ¿De quién jamas se oyó cosa semejante?

Aquí, señores, se me representa san Juan como evangelista. Prodigio indefinible! ¿Quién será capaz de seguir el rápido vuelo de esta águila misteriosa? Nada, señores, hay de comun entre nuestro héroe y los demas evangelistas de Jesucristo. Estos nos representan al Salvador bajo los emblemas de su humanidad; ora tiritando entre las fajas de la infancia, ora lánguido y desfigurado en la cruz; ya cansado de caminar por los pueblos de la Judea, ya sudando sangre en el huerto de las Olivas. San Juan, desde la primera letra de su Evangelio nos manifiesta á un Dios en toda su grandeza, en toda su gloria, en toda su inmensidad, en la eternidad de su Ser adorable. Á manera de un refulgente rayo, se eleva á la region del aire, penetra las nubes, traspasa el espacio, llega al empíreo, contempla al Ser supremo en el seno mismo de lo infinito, y exclama: « en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. » ¡Palabras sublimes que encierran los mas altos misterios que jamas pudieron caber en humano entendimiento! Palabras que, semejantes á la torre de David, han hecho frente á los tiros de todos los enemigos de la esposa del Cordero; porque en ellas se encierran las armas victoriosas que en todos los siglos han hecho sucumbir al error y á la mentira. Contra el Evangelio de san Juan han venido á estrellarse los desmanes de Cerinto, de Ebion, de los nicolaitas y de todos cuantos monstruos abortara el infierno para oponerse al Hijo de Dios, á la eternidad de su duracion, á la divinidad de su ser, ó á su consustancialidad con el Padre. Cada expresion suya es una explosion formidable que derriba por tierra millares de sectarios. Aquí caen los monotelitas y sabelianos : allí los socinianos y marcionitas : ora los discípulos de Eutiques huyen despavoridos á ocultar su confusion en los antros de su tenebrosa ciencia; ora los adeptos de Nestorio se acogen bajo los pabellones de unos símbolos equívocos que los enredan cada vez mas en sus propios errores. Pero san Juan triunfa de todos

sus efugios. Con su Evangelio en la mano promulgan los padres de Nicea sus decisiones irrevocables; con él se presentan impávidos los Atanasios y desmenuzan los equívocos artificiosos de la herejía arriana; con él los Hilarios.... ¿Mas para qué cansarnos? ¿Quién ignora que en los tiempos mas aciagos para la iglesia de Jesus, los fieles acostumbraban á llevar consigo el Evangelio de san Juan? Los mismos judíos ¿no le custodiaban cual precioso tesoro en el gazofilacio? San Epifanio lo asegura. Los gentiles ¿no le celebraban con las mayores alabanzas como una doctrina sobrehumana? San Agustin lo refiere. Ah! si Orígenes no dudó escribir que san Juan se habia enaltecido sobre todas las criaturas visibles é invisibles, y como deificado en virtud de su celestial doctrina, no faltó tampoco entre los mismos platónicos quien se atrevió á decir, que el principio de su Evangelio debia escribirse con letras de oro, y esculpirse sobre el frontispicio de todos los templos del orbe.

Forzoso es, amados oyentes, enmudecer sobre un asunto en que jamas pudiera hablarse dignamente, y pasar á considerar la sublimidad de san Juan bajo el carácter de profeta. Muchos fueron los hombres á quienes el Señor se dignara revelar sus secretos y hacerles depositarios del porvenir; mas ¿con quién usó jamas en este punto de una confidencia tan singular como con nuestro santo apóstol? Á los otros profetas reveló el Señor señaladamente algun acontecimiento particular, como á Isaías la vocacion de los gentiles, á Jeremías la ruina de la ciudad santa, á Ezequiel la restauracion del templo, y así de los demas. Solo de san Juan puede decirse que Dios no le ocultó ninguno de sus secretos. ¿Qué otra cosa es el misteriosísimo libro del Apocalípsis, sino una revelacion completa de todo cuanto debia suceder desde el principio de la iglesia hasta el fin del mundo? Así lo juzgan comunmente los sagrados expositores. ¡Qué océano de maravillas se descubre en ese divino volumen! ¡Qué rayos de luz salen de él! ¡Qué riquezas tan inestimables encierra! Aquí se leen los desastres que debian consumar la ruina del pueblo escogido, las sangrientas persecuciones que habian de sobrevenir al pueblo cristiano, ora de parte de los judíos, ora de parte de los gentiles que sucesivamente se conjurarian para su exterminio; las prisiones, las confiscaciones, los destierros y las crueldades que siete emperadores romanos ejercerian contra los adoradores del verdadero Dios. Allí

se refieren las ilustres victorias que debia conseguir la cruz, la confusion y caída del gentilismo, la gloria de la fe y la propagacion del Evangelio por todo el orbe. Ora se ve al nuevo imperio surgir en medio de Roma de entre las ruinas de la envejecida idolatría, la inundacion de los bárbaros, las rebeliones de los vasallos, las discordias de los príncipes, las revoluciones de los pueblos que por permision de la Providencia debian abrir camino á la predicacion de la verdad. Ora se apercibe allá á lo léjos la guerra que en la última época del mundo ha de suscitar el Antecristo; el tumulto, el espanto y el desfallecimiento de los hombres que han de presenciar la ruina universal; las señales que han de preceder al juicio final, su disposicion, su forma y hasta el número de los escogidos y de los réprobos. Todo, todo se comprende en aquel sublime libro que tantos han intentado inútilmente abrir, mucho ménos comprender. Los mas fecundos ingenios han protestado ser una temeridad el querer llegar á tener una inteligencia perfecta de él. Los unos le han comparado á un mar sembrado de escollos y de golfos en donde toda la humana sabiduría se estrella ó se hunde: los otros le han asemejado á un tesoro escondido que encierra tantos misterios como palabras; y no ha faltado quien dijese que esta sublime revelacion solo pudo entenderla claramente aquel á quien fué hecha por Dios.

Y bien, católicos, ¿puede darse cosa mayor en este punto? ¿No podremos decir que el Señor ensalzó á san Juan sobre todos los de su pueblo, pues que le escogió para manifestarle en un solo golpe de vista tantas maravillas? Si los demas profetas anunciaron sucesos que debian realizarse dentro de poco tiempo, y de que muchos de ellos habian de ser expectadores, san Juan anunció acontecimientos que distaban de su cumplimiento millares de millares de años; circunstancia que realza extraordinariamente el mérito de un profeta. Por eso un santo Tomas de Aquino, un Alberto y otros muchos ingenios de la iglesia católica, no han dudado asegurar que las profecías de san Juan deben ser antepuestas á todas las de la antigua ley.

¿Qué pues le resta sino el triunfo del martirio para ceñir la preciosa diadema que venimos tejiéndole en este discurso? Tal vez haya quien se atreva á disputarle esta gloria, porque no finalizó su vida en los tormentos. Empero fuera de que, como dice elocuentemente san Gerónimo, en los mártires no tanto se

corona la muerte como la voluntad de morir por Cristo; san Juan padeció de hecho todo cuanto hubiera bastado á acabar con su preciosa existencia, si un decreto providencial no hubiera impedido que se consumase el sacrificio. ¿No se le vió en una edad decrépita arrostrar con frente serena los mas crueles martirios? ¿No se le vió sufrir en medio de la soberbia Roma, azotado inhumanamente por la mano de verdugos desapiadados? ¿No se le vió arrojado en una inmensa balsa de aceite hirviendo, nuevo género de suplicio desconocido hasta entónces de los demas tiranos, é inventado por la barbarie del impío Domiciano? Si el Señor quiso que saliese de aquel candente baño, mas puro, mas hermoso, con mas lozanía que habia entrado, á manera del águila que renueva su juventud, ó como se expresa Tertuliano, á guisa de héroe que se retira del teatro de sus triunfos con mayor fortaleza para servir á la religion, ¿deberemos por eso negarle la palma de mártir que una tradicion no interrumpida de tantos siglos y el consentimiento unánime de la iglesia viene atribuyéndole justamente? Ademas de que, ¿no fué toda su vida un martirio prolongado? ¿No apuró hasta las últimas heces aquel cáliz que el divino Maestro le prometió beberia con él, cuando su ignorante madre pedia para él una de las primeras sillas en el reino celestial? ¿Quién como san Juan padeció en el Calvario al lado de Jesus? El fué el único que permaneció constante al pié de la cruz, experimentando el inmenso dolor de ver espirar al Autor de la vida; él participó solo con María de aquellas espinas, de aquellos clavos, de aquella lanza cruelísima que penetró hasta las medulas de su amante pecho; él solo en fin sufrió aquellas dolorosas impresiones que naturalmente debian causar á un hijo los padecimientos de una madre, desamparada y afligida mas que todas las hijas de Adan, cuya tutela le estaba encomendada.

Pero baste, amados mios; es indudable que nada le ha faltado á san Juan para ser un verdadero mártir de Jesucristo. Él confesó la verdad en Jerusalen y la sostuvo á costa de las prisiones y de los azotes. Él confesó la divinidad del Hombre Dios, hasta en los pretorios, en los palacios de los pontífices y en el lugar mismo de la crucifixion; entre los verdugos, entre los ladrones, en medio del aparato estremecedor de la muerte. Él padeció en compañía de María cuanto puede sufrir un corazon amante, tormento mucho mas cruel que el del cuerpo. Él padeció en la ciudad de los césares un suplicio nuevo, cruel hasta el extremo, bárbaro cual ninguno, y sin comparacion terrible. Si no perdió la vida como otros mártires en el tormento, como todos ellos hizo de ella el sacrificio mas heróico. La muerte no prevaleció contra él; pero él triunfó gloriosamente de la muerte.

Gloríate, pues, oh esposa inmaculada del Cordero; celebra las glorias de aquel héroe escogido del Señor entre los demas de su pueblo para ensalzarle á una altura á que ninguno ha podido llegar, puesto que en él ha derramado todos los dones que en los otros no ha distribuído sino parcialmente, á cada cual segun plugo á su santísimo beneplácito. En san Juan tienes al discípulo amado de Jesus por excelencia, porque en él se reunieron todas las circunstancias que contribuyen á engrandecer á un mortal. Las vírgenes le admiran como espejo de virginidad; los apóstoles como modelo de fervor y de celo; los doctores como un portento de sabiduría; los evangelistas como un águila en la penetracion; los profetas como un abismo de arcanos misteriosos, y los mártires como una víctima viva de caridad. Juan será siempre con sus escritos el baluarte de tu fe, el apoyo de tu religion, la esperanza de tus glorias, la prenda segura de tus triunfos. Con verdad puede decirse que este discípulo no muere, porque su espíritu existe y existirá siempre para confusion del error, para terror de la herejía, para consuelo de los fieles y alimento de los predestinados.

Gran Dios! Vos le enaltecisteis sobre todos los escogidos, para que sus virtudes fuesen el modelo de los cristianos, y sus merecimientos una fuente de esperanza para los que en vos creen. No sean, Señor, inútiles las primeras, ni ineficaces los segundos. Haced que imitemos á vuestro amado discípulo en su pureza sin mancha, en su fervor sin límites, en su caridad singularísima, en su constancia portentosa, y en todos los demas ejemplos de santidad que nos ha dejado vinculados. Pero al mismo tiempo sea para nosotros su intercesion un valladar que nos defienda contra el error, contra la mentira, contra el pecado, contra nuestras pasiones y contra los enemigos todos de nuestra salvacion. ¡Plegue á vos, que así como hoy celebramos en la tierra sus grandezas, merezcamos un dia participar de su gloria en la mansion eterna de los cielos.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE MATA,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

(DE TRONCOSO.)

Ego Dominus vocavi te in justitia... et dedi te in fœdus populi... ut aperires oculos cœcorum et educeres de conclusione vinctum.

Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia y te he destinado á hacer alianza con un pueblo, para que abras los ojos de los ciegos, y saques del cautiverio á los que gimen entre hierros.

Isaías, c. 42. *v.* 6 *y* 7.

El cristianismo que tan luego como apareció en el mundo desarrolló toda su poderosa influencia para abolir la esclavitud, no se contentó con atacar el principio de este monstruoso desórden. Era preciso que llevase á cabo tan generoso designio y diese cima al gran pensamiento de romper los hierros con que se hallaba aprisionada una muchedumbre de seres infelices que gemian bajo el tiránico yugo de faraones crueles y protervos, que ejercian sobre sus víctimas todo el rigor de su implacable saña. Ya andando los siglos se habian visto hombres de gran corazon, que sumamente afectados de las miserias y padecimientos que los cautivos sufrian en tierras infieles, se despojaron de sus bienes por socorrer su mendicidad y vendieron hasta los mismos vasos sagrados para conseguir su libertad (1).

(1) S. Ambrosio arzobispo de Milan el año 372 hizo fundir toda la plata de su iglesia para rescatar á los esclavos que gemian en poder de los Godos. S. Agustin imitó este bello ejemplo en el año 390. Otro tanto hicieron Acacio obispo de Amidia, y Deodato obispo de Cartago en 455.

Pero no era esto suficiente para llenar los designios de la Providencia, que tenia determinado establecer en la iglesia un órden insigne, cuyo instituto fuese el consagrarse por todos los medios posibles á arrancar de las manos de la tiranía á los que en país extraño comian el pan de la tribulacion y se abrevaban con el agua de las lágrimas. Para empresa tan colosal era necesario un hombre singular, un genio benéfico, un nuevo Moises dotado de una mansedumbre sin semejante, de una fe viva, de una esperanza imperturbable, de una caridad heróica, de un valor intrépido, de una constancia invencible, ungido del espíritu del Señor y en todo semejante al Redentor de la humanidad.

¿Y quién será este hombre prodigioso destinado á recibir tan alta mision? ¡Oh Señor, enviad al que habeis de enviar! La iglesia santa gime inconsolable al ver la infelicidad de millares de hijos suyos que arrastran las mas pesadas cadenas, y llevan sobre sí el peso insoportable de una esclavitud que amarga sus dias y amenaza su fe. De las arenosas llanuras del Africa salen voces confusas, lamentos punzadores, acentos tristes que piden la libertad. Centenares de víctimas hacinadas unas sobre otras en las negras mazmorras de Argel, Túnez y Marruécos levantan hasta el cielo sus gritos, y como los gabaonitas sitiados por Adonisedec no cesan de clamar: ¡Levántate presto y ven á libertarnos! *Cito ascende et libera nos* (1). Esperad, seres infortunados; ya el Señor ha oído vuestras plegarias, y próximo está el dia de vuestra redencion. El libertador de los cautivos está ya designado por el cielo. Juan de Mata es su nombre. Este es el genio portentoso que el ser supremo tenia reservado en los inefables tesoros de su misericordia para impulsar el pensamiento mas sublime, grandioso y humanitario. A él es á quien Dios ha dicho: « Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia y te he destinado á hacer alianza con un pueblo, para que abras los ojos de los ciegos y saques del cautiverio á los que gimen entre hierros: » *Ego Dominus vocavi te in justitia... et dedi te in fœdus populi... ut aperires oculos cœcorum et educeres de conclusione vinctum.*

Ved aquí, católicos, la mayor gloria, el mas noble blason de mi excelso patriarca. Él ha sido el primero que en la iglesia ca-

(1) *Josue*, c. 10. *v.* 6.

tólica recibió del cielo la mision sin par honorífica de continuar sobre la tierra la gran mision del divino Redentor de los hombres. Él ha sido el primero en quien se fijaron los pensamientos del Altísimo para realizar un pensamiento, al que los padres de la iglesia con san Gregorio no han dudado llamar el rasgo mas grandioso y sublime de la caridad; al que la impiedad misma no ha dudado colocar en el grado mas heróico de la beneficencia cristiana (1).

¿Qué otra cosa mas grande podré yo decir en tu elogio, oh insigne patriarca mio? Ah! léjos de mí un lenguaje apasionado y que no haria sino desfigurar el cuadro brillante que ofrece la historia de tu vida portentosa. No haré pues, católicos, mas que presentar en su sublime sencillez las acciones heróicas que han inmortalizado su nombre; y sin separarme un punto de las palabras que me sirvieron de texto, haré ver: 1.° su heroísmo en responder al llamamiento de Dios para fundar el instituto grandioso de la redencion de los cautivos: *Ego Dominus vocavi te et dedi te in fœdus populi.* 2.° Los inmensos servicios que ha prestado al mundo y á la iglesia, consagrándose por sí, y haciendo que otros muchos se consagren á esta obra de cristiana beneficencia: *ut aperires oculos cœcorum et educeres de conclusione vinctum.* Ved aquí todo el plan de mi discurso. *Ave Maria.*

PRIMERA REFLEXION.

Tanto mayor es el heroísmo del hombre, cuanto mayores son y mas arduas las empresas que acomete. Sacrificarse por sus hermanos, renunciar por ellos el esplendor de una cuna ilustre, las conveniencias de un porvenir lisonjero y las distinciones mas brillantes de la sociedad, son acciones que no pueden justamente calificarse, porque exceden en mucho á cuanto

(1) Un célebre incrédulo del último siglo, despues de haber hablado de muchos institutos consagrados al servicio del prójimo, dice: « Hay otro to-« davía mas heróico, y tal es el de los Trinitarios de la redencion de cautivos, « establecido por un gentil hombre llamado *Juan de Mata* hácia el año « 1120. Los religiosos de este órden se dedican hace cinco siglos á romper « las cadenas de los cristianos que gimen en la esclavitud; en este objeto « emplean sus rentas y las limosnas que recogen, y ellos mismos en persona « van al África para realizar este gran pensamiento. » (*Essais sur l'histoire gener. c.* 135.)

de grande y heróico ofrecen los anales de la humanidad. Pero no hay cosa comparable al sacrificio de aquellas almas magnánimas y generosas que por despedazar los hierros de la esclavitud en que gimen hombres á quienes no conocen, con quienes ningun lazo les estrecha sino el vínculo comun de la caridad, abandonan su patria, sus padres, su familia y cuanto poseen para ir á traves de los mares y por entre climas bárbaros, á fijar su morada en medio del espectáculo horroroso del infortunio, en la oscuridad de las prisiones, en el seno de la barbarie y de la tiranía.

Tal era, señores, la colosal empresa á que era llamado mi excelso patriarca san Juan de Mata, y á la que desde su mas tierna infancia respondió con un heroísmo que ha admirado á los siglos y llevará la gloria de su nombre hasta las mas remotas generaciones.

Corria el siglo XII de la era cristiana: la Europa entera se veía inundada de bárbaros, que llevados de una desmedida ambicion y de un odio implacable contra el Crucificado, cruzaban los mares, y haciendo continuas correrías por el continente, cargaban sus naves de cristianos á quienes conducian cautivos, aprisionados con cadenas y en la mas lastimosa desnudez, para hacerlos servir de objetos de su implacable saña ó de instrumentos de su lubricidad. El cristianismo lamentaba en silencio estos excesos, pero no podia proporcionar á aquellos seres desgraciados mas consuelo que la compasion y las lágrimas. Entónces fué cuando el Dios de Israel, movido de los gemidos de sus hijos, llamó por su nombre al nuevo Moises de la ley de gracia, para que presentándose con los suyos delante de los tiranos que oprimian á su pueblo, les diese la deseada libertad.

Vedle salir del seno de la Provenza, cual astro luminoso que desde su misma cuna presagia ya la claridad que ha de suceder á la horrorosa oscuridad que enluta el horizonte europeo. Si le contemplais en Falcon asido todavía al pecho de su madre, y absteniéndose algunos dias en la semana del alimento necesario á su débil existencia; si le seguís á Marsella y le mirais uniendo al estudio de las letras los ejercicios de la mas fervorosa piedad; si en Aix le veis triunfar de las pasiones con un heroísmo que le hace respetable á todos sus jóvenes condiscípulos, y leer en el corazon de los libertinos sus mas recónditos pensamientos; si en medio de sus ocupaciones le hallais empleado en los actos

mas edificantes de caridad, visitando los hospitales, recorriendo las cárceles, consolando á los enfermos, exhortando á los prisioneros y derramando en las manos de todos los socorros mas abundantes, no creo os quedará la menor duda de que Juan de Mata es el destinado por el cielo para solazar la miseria de los indigentes y acallar los gemidos de los pobres que yacen en la esclavitud. ¿Y qué dirés si notais atentamente la emocion profunda con que en aquella tierna edad besa los grillos de los prisioneros, y se entretiene con sus cadenas? ¡Cuántas veces se le oyó repetir en estas ocasiones aquellas palabras consoladoras: « Algun dia libertaré yo á mis hermanos que padecen por la « gloria de Jesucristo: yo romperé sus cadenas y les daré la « libertad! »

No nos detengamos empero en admirar los primeros crepúsculos de este sol luminoso. Dejémosle en buen hora lucir en la célebre Aténas de la Francia y recoger los aplausos de la universidad de Paris, emporio á la sazon de las ciencias y bellas artes. Felicítenle los genios mas eminentes en sabiduría por los rápidos progresos que hace en toda clase de conocimientos. Hónrenle con la láurea doctoral, y confíenle una de las principales cátedras de aquel sabio y esclarecido claustro. A nosotros nos cumple admirar el heroísmo con que supo responder á la vocacion del cielo, cuando este creyó llegado el tiempo de destinarle á la grande empresa que formaba los deseos de todo el cristianismo, y que con tanto anhelo reclamaba la humanidad afligida por el mahometismo.

Sí, católicos, el momento decretado en los consejos del Altísimo para suscitar en la iglesia el Moises de los cristianos, tocaba á su complemento. El obispo de Paris cree de su deber promover al sacerdocio á Juan de Mata, y este, á pesar de su humilde resistencia, mírase obligado á recibir el órden sagrado. Ved ya á ese ángel de paz que camina al santuario para ofrecer el primer sacrificio al eterno mediador de los hombres. Rodeado de una muchedumbre prodigiosa de fieles que enajenados le contemplan, sube al ara santa: el momento de la consagracion se acerca: ya sus manos angelicales elevan el Cordero sin mancha: sus ojos se fijan en la hostia sacrosanta: sus sentidos pierden la accion: extasíase su alma: una luz brillantísima rodea el altar, y Juan de Mata ve un ángel bajo la forma de un gallardo jóven, adornado de una vestidura blanca como la nieve,

cuyo pecho embellece una cruz de color celeste y encarnado, y que con sus manos sostiene dos cautivos cargados de grillos y pesadas cadenas.

¿Qué pues te resta ya ¡oh varon insigne! para conocer los designios de Dios? Esos seres misteriosos que has visto entre hierros ¿no te manifiestan el estado lamentable á que se mira reducida una gran parte de la humanidad? Ese espíritu celestial que te los presenta ¿no es un emisario del Redentor eterno, que te llama en auxilio de los cautivos, y por su boca te dice: « yo el Señor te he llamado por amor de la justicia, y te he destinado á hacer alianza con un pueblo para que quebrantes el ominoso yugo de la esclavitud en que gimen mis hijos? ¿Te resistirás á un precepto tan marcado y visible? ¿Permitirás que se prolongue aun el infortunio de tus hermanos, y que sus ojos continuen vertiendo llanto inconsolable? »

No, católicos, mi excelso patriarca no resiste á la vocacion del Señor; sus entrañas se conmueven á vista de las aflicciones de sus hermanos que gimen en el cautiverio, y la caridad que desde su infancia arde en su pecho le hace desear cuanto ántes el momento de sacrificarse por su libertad. Prudente empero y lleno de una santa cautela contra las seducciones del error, quiere asegurarse de la verdad de la misteriosa vision que acaba de tener. Si consulta el negocio con el obispo de Paris, si se somete al parecer de los célebres abades de san Victor y santa Genoveva, si implora las luces del Espíritu divino por medio de la oracion continua, de las austeridades, del ayuno y de los ejercicios de piedad, no es sino para estar mas cierto de su eleccion. No serán inútiles los medios que mi excelso patriarca emplea al efecto. El Señor confirmará al gran Guzman que á Juan de Mata tiene reservado el honroso destino de despedazar los hierros con que los cristianos gimen aprisionados (1), y

(1) No hay quien ignore que habiéndose presentado á Sto. Domingo de Guzman una mujer pidiéndole que orase al Señor por un hermano suyo á quien tenian cautivo los moros, el santo se postró á los piés de un crucifijo á implorar la libertad del desgraciado: y estando en lo mas fervoroso de su oracion, oyó una voz que le dijo: « Hijo mio Domingo, yo tengo otros « designios acerca de tu persona; no es mi ánimo emplearte en la redencion « de cautivos. Para esta santa obra he puesto mis ojos en Juan, doctor de « Paris, cuya caridad y heróicas virtudes tú mismo admirarás un dia. » *Fili, pro quo preces effundis, ea res te non attinet: ad alium attinet doctorem*

donde quiera hará conocer al mundo que él es entre todos el escogido para hacer alianza con un pueblo santo, cuyo instituto ha de ser la redencion de los cautivos.

Así sucedió en efecto, amados oyentes, y en su consecuencia mi excelso patriarca, no pudiendo ya dudar de una vocacion tan prodigiosamente manifestada, se presenta á su prelado, y con su bendicion prepárase á partir al punto á la ciudad eterna á declarar al supremo pontífice de la Iglesia sus designios, y obtener su beneplácito. Mas ah! No bien ha concebido este pensamiento, cuando el Señor deteniéndole en su carrera, le inspira que vaya al desierto, en donde quiere manifestarle mas de lleno su divina voluntad. Así lo ejecuta el obediente Juan de Mata; guiado por el espíritu de Dios, penetra en la espantosa soledad de Ciervofrio: atraviesa sus escarpadas rocas, llega á un espeso bosque, y entre sus enramadas apercibe una gruta. Oh Señor! ¡cuán incomprensibles son vuestros juicios! cuán superiores á la humana inteligencia los arcanos de vuestra sabiduría! No temas, héroe insigne, no receles acercarte á esa solitaria mansion; en ella mora el que ha de ser compañero inseparable de tus tareas, y socio tuyo en la fundacion del órden de la santísima Trinidad para la redencion de los cautivos.

No me detendré, católicos, en describiros el espectáculo sublime que se ofreció en aquella soledad al encontrarse mi excelso patriarca con san Félix de Valois, que ya por revelacion divina habia sabido su llegada. Nada os diré de las emociones que experimentaron aquellos dos corazones abrasados en el amor divino, y henchidos de la mas ferviente caridad hácia sus prójimos; nada de la vida mas que humana que hicieron durante su mansion en aquella soledad; nada en fin de los portentos con que el cielo les preparó para el gran designio que meditaba realizar en breve por medio de estos dos ángeles del desierto. Mas no me es posible pasar en silencio un acontecimiento que por lo extraordinario debe llamar sobre manera nuestra atencion. Hallábanse los dos santos solitarios reposando al lado de una fuente, cuando de repente ven aparecer delante de ellos un enorme ciervo; fijan en él su vista, y con el mayor asombro aper-

parisiensem Joannem, et socios quibus ego hanc provinciam imposui. Fr. Jacinto Parra en su *Rosa laureada, triunfo 4*, p. 210. Lorea, vida de S. Raim. de Peñafort, c. 9, § 3, p. 88 y 89.

ciben entre sus astas una hermosa cruz celeste y encarnada, semejante en todo á la que mi excelso patriarca viera en el pecho del ángel que se le apareció en su primera misa. ¡Cuál seria la admiracion de Félix de Valois al presenciar este prodigio cuyo misterio ignoraba! Pero mi excelso patriarca ni un solo instante quiso tener suspenso el corazon de su fiel amigo. Comunícale la vision maravillosa que habia tenido en Paris en el dia de su primer sacrificio; hácele confidente de todos sus secretos; exhórtale á unirse á él para la grande empresa que el cielo le ha inspirado; é impulsados ambos por Dios con repetidos avisos interiores, decídense á volver á Paris y comunicar al obispo de aquella ciudad y al abad de san Víctor todo lo ocurrido; lo cual ejecutado, y habiendo recibido de estos dos insignes varones cartas de recomendacion para el sumo pontífice, parten á Roma deseosos de cumplir las órdenes del cielo, y de consagrarse á honra y gloria de la Trinidad beatísima al benéfico ejercicio de redimir los cautivos.

Ved ya á esos dos varones de buen testimonio en presencia de Inocencio III, implorando la bendicion apostólica para la fundacion del nuevo órden. El soberano pontífice que ya en un sueño misterioso habia sido ilustrado acerca de su llegada y de los designios que sobre ellos formara la divina Providencia, le recibe con todas las muestras de aprecio que merecia su extraordinaria virtud y santidad; les da las mas lisonjeras esperanzas de un éxito feliz, y solo espera los auxilios divinos para decidir en un asunto de tanto interes. No tardó el Señor en dar el mas ilustre testimonio acerca de este santo instituto. Llegó el dia 28 de enero de 1198, dia feliz para el cristanismo, dia del mas grato placer para la humanidad afligida en las mazmorras del África, dia de eterna memoria para los hijos de la iglesia católica, dia en que se declaró el orígen divino del órden sagrado de la santísima Trinidad. Inocencio III acompañado del sagrado colegio y de nuestros dos excelsos patriarcas, se dirige á la basílica de san Juan de Letran; celebra con toda solemnidad el santo sacrificio; y al llegar á la elevacion de la sagrada hostia, una luz brillantísima rodea el ara santa; el cielo parece trasladarse á aquel augusto recinto; su santidad se mira arrebatado en un maravilloso éxtasis, y ve á un ángel en la misma forma que en Paris le habia visto mi excelso patriarca (1). En-

(1) La iglesia autoriza esta revelacion en la segunda leccion del segundo

tónces el sumo pontífice léjos de dudar de la voluntad suprema, felicita á los dos santos por su eleccion para ser los fundadores de un órden tan insigne, cuyo fin era tan loable, y cuyo orígen é institucion no era obra de hombres, sino exclusivamente de Dios: *Hic est ordo approbatus, non à sanctis fabricatus, sed à solo summo Deo.*

Tal fué el elogio que el oráculo de la iglesia hizo de nuestro órden insigne; los siglos han comprobado esta verdad, y la humanidad entera, testigo irrecusable de los inmensos beneficios que donde quiera ha derramado, no cesará de bendecir el dia en que se vió realizado este portento extraordinario. Pero volvamos á nuestros excelsos patriarcas: contemplémosles adornados por mano del mismo pontífice de aquel celestial hábito, que en lo sucesivo habian de vestir los hijos de la santísima Trinidad; sigamos sus pasos á Paris, á donde vuelven á presentarse al obispo y al abad de san Víctor; de allí acompañémosles á su antigua soledad de Ciervofrio, en donde fundan el primer convento de su órden. ¿Mas cómo seria posible, católicos, reducir al breve espacio de un discurso la maravillas que sucedieron, las virtudes que ejercitaron, el tenor de vida que observaron, las leyes sábias al par que admirables que establecieron y los discípulos que se les agregaron? Ah! Dejemos á los historiadores el empeño de trazar circunstanciadamente los detalles de su portentosa vida. Dejemos al ilustre san Félix de Valois rigiendo y gobernando en Ciervofrio á aquella nueva grey, sigamos á nuestro excelso patriarca san Juan de Mata en sus empresas; y despues de haber admirado su heroísmo en responder al llamamiento de Dios, para fundar el sagrado instituto de la redencion de los cautivos, admiremos los grandes servicios que ha prestado á la Iglesia y á la humanidad consa-

nocturno del oficio de N. S. Patriarca S. Juan de Mata. El mismo Inocencio III en las bulas que expidió en favor de nuestro sagrado órden y en la carta que escribió al rey de Marruécos, indica esta revelacion y el especial impulso que tuvo del cielo para la fundacion del órden de la Sma. Trinidad. S. Pio V. en su bula que empieza: *Cum sicut accepimus*, dada en 1571, hace un elogio muy singular de la caridad con que se distingue el órden trinitario, y dice expresamente que fué instituído por inspiracion divina: *Divino quodam afflatu.* Todavía lo dijeron mas claramente Clemente V, Gregorio XIII y Urbano VIII en sus bulas y breves que cita el Mtro. Arcos en un memorial impreso en 1661, y Macedo en el apéndice á las vidas de NN. SS. Patriarcas. (V. las Decret. de Inoc. III, y el Bulario de Cherubino.)

grándose por sí, y haciendo que otros muchos se consagren á esta obra de cristiana beneficencia. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

El pensamiento mas elevado de mi excelso patriarca habia sido desde su mas tierna edad el rescate de los cautivos. Esta idea ocupaba toda su atencion, y ni un solo momento habia en que su alma abrasada en el incendio de la mas ferviente caridad, no exhalase los mas tiernos suspiros en pos de aquel dia en que, trasladándose á las costas del África, lograse romper los hierros que aprisionaban á sus hermanos. Los gemidos de aquellos infelices resonaban de continuo en sus oídos; parecíale ver siempre á su lado aquellas víctimas de la ferocidad mahomética, que le pedian la libertad. Por eso, tan luego como hubo dispuesto las reglas mas convenientes para el régimen de su órden, se traslada á Roma á obtener de la santidad de Inocencio III su confirmacion, y trabajar en la fundacion de nuevos conventos, en donde se formasen héroes de la caridad para el desarrollo de su grandioso designio. El cielo bendice la obra de mi excelso patriarca, y por donde quiera ve multiplicarse su descendencia, y crecer mil vástagos preciosos, que animados de su mismo espíritu ansían sacrificarse por sus hermanos cautivos.

¡Qué activo es el celo de este nuevo Moises! Bien así como el rayo que gira en todas direcciones y por donde quiera deja impresas las huellas de su rápido curso, mi excelso patriarca no cesa de correr á todas partes, á donde le llama la gloria de su Dios y el bien de sus prójimos. Ora le veréis alzando su elocuente voz en los púlpitos, exhortando á los fieles á la compasion de los infelices, que sepultados en las prisiones del África, gemian inconsolables y experimentaban todos los horrores de la mas bárbara tiranía, y animando á los príncipes cristianos á la conquista de los santos lugares ocupados en Siria por los mahometanos. Ora le admiraréis enviando á sus dos hijos Juan Anglico y Guillermo Escoto al reino de Marruécos con cartas del papa Inocencio para tratar con el rey Miramamolin del rescate de ciento ochenta y seis cautivos, primicias preciosas de su ardiente celo. Tan pronto está en medio de sus hijos, alimentándoles con las palabras de vida y animándoles

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

con su ejemplo al fervor y á la observancia de las leyes de su instituto, como en las cortes de los reyes anunciándoles las órdenes de la cabeza visible de la Iglesia, y tratando con ellos los mas arduos negocios de la religion. No seguiré á mi insigne patriarca á Dalmacia y Dioclia, á donde fué enviado en calidad de legado de la silla apostólica cerca del rey Vulcano, para reformar los torpes abusos que en las costumbres no ménos que en la disciplina eclesiástica se introdujeran en sus estados. No le seguiré al concilio de Antivarí á que presidió, y en el cual merced á su elocuente erudicion y celo ardoroso, se establecieron las mas sabias leyes para el gobierno de aquella iglesia y de todo el clero. No hay quien pueda ignorar los abundantes frutos que recogió en aquella mision tan honrosa. La abolicion de la simonía que se ejercia en aquel reino con el mayor escándalo de todo el cristianismo; la condenacion de la usura que habia gangrenado todas las clases de la sociedad; la extincion de odios inveterados que diariamente sacrificaban familias enteras ante las aras de una feroz venganza; en suma la extirpacion del infame tráfico que hacian aquellos pueblos con los bárbaros, de los fieles cautivos, los cuales compraban á un precio exorbitante, no por devolverles la libertad perdida, sino para retenerlos ellos en la mas dura esclavitud; todo fué obra de mi excelso patriarca.

Pero su corazon siempre atento al grandioso designio de la redencion de los cautivos, en medio de tantos y tan complicados negocios nada omitia de cuanto pudiese contribuir al logro de sus benéficas miras. Ni las honrosas distinciones con que el rey de Dalmacia pretendió condecorarle, ni las dignidades de cardenal é inquisidor apostólico que en vano le ofreció el papa Inocencio, ni la extremada confianza con que este pontífice le trataba, cometiéndole las empresas mas difíciles del gobierno de su iglesia, pudieron hacerle olvidar un punto la afliccion de los cristianos que padecian en poder de los sarracenos. Toda su gloria la cifraba como otro Pablo en sacrificarse por sus hermanos; y en su consecuencia mil veces en el dia suspiraba por aquel en que esperaba verse en medio de ellos.

Llega por fin el instante apetecido. Ya mi gran patriarca habia combatido con intrepidez sin igual contra la ponzoñosa hidra de la herejía albigense; ya habia extendido prodigiosamente la adoracion perpetua al adorable misterio de la beatísima Trini-

dad, á despecho de los esfuerzos del error que con los mas absurdos sofismas pretendiera oscurecer la fe de este primer artículo de la creencia católica: ya Italia, Francia y España mirábanse inundadas de conventos de nuestro sagrado órden, fundados por su ardoroso celo é infatigable actividad; nada pues le restaba sino hacerse á la vela para Túnez, para satisfacer sus ansias y dar expansion á sus caritativos deseos.

Con efecto, mi excelso patriarca con algunos de sus hijos se embarca en el puerto de Ostia. ¡Oh seres infelices que en las ardientes playas del África sufris el peso de la mas ignominiosa esclavitud! Respirad! Ya el rocío celeste va á derramarse sobre esas montañas de Gelboe, maldecidas por los labios del Omnipotente. ¿Veis ese lijero esquife que hiende el salado elemento, y se dirige hácia vosotros? Ah! regocijaos! en él viene vuestro redentor, vuestro amigo, vuestro padre, vuestro insigne consolador. Léjos pues de vuestros corazones la tristeza, no mas llanto ni afliccion, vosotros saldréis de esa tierra proscripta y malaventurada llenos de regocijo, y tornaréis en paz al seno de vuestros hogares: *In lætitia egrediemini et in pace deducemini* (1).

No es posible, católicos, expresar las emociones diversas que el corazon de mi excelso patriarca experimentó al entrar en aquella ciudad, centro del despotismo mas tiránico, mansion de horror y de la mas desapiadada barbarie. ¡Qué objetos tan lastimeros y punzadores se ofrecen á su vista! Aquí ve á un anciano que con dificultad arrastra el peso de unos hierros que oprimen sus extenuados miembros, y que en su semblante cadavérico anuncia todo el horror de la mas cruel necesidad. Allí apercibe una madre afligida, que estrecha en su regazo un balbuciente infante, cuyos piés no pueden moverse con los grillos que la aprisionan, cuyas manos amarradas con esposas, apénas la dejan libertad para dar el alimento al hijo de sus entrañas. Ora ve postrarse á sus piés una doncella en la primavera de sus años, cuya hermosura han marchitado las privaciones y duros trabajos, en cuyos ojos se ve pintada la mas profunda tristeza, y en cuyo semblante se lee el dolor que la causa la separacion de los autores de sus dias. Ora se mira estrechado por los brazos de un gallardo jóven, que arrasadas las mejillas en el mas

(1) *Isaiæ, c. 55. v. 12.*

amargo llanto, le manifiesta sus cadenas y las señales de los azotes con que un bárbaro señor ha surcado sus miembros. Todo al rededor de mi excelso patriarca respira horror, tormentos, hambre, desnudez, miseria insoportable. Qué hará pues? Osará presentarse al tirano para pedirle el alivio de tantos seres infortunados? ¿Qué influencia podrá ejercer sobre el corazon endurecido de aquellos bárbaros sectarios de Mahoma un humilde discípulo de Jesucristo? Nada hay empero que pueda acobardar el valor del impertérrito redentor: no le arredran las cadenas, no le intimidan las cárceles; ni los tormentos, ni la misma muerte son capaces de entibiar el incendio de su caridad. Armado del escudo de la fe, y firmemente afianzado con la esperanza, da principio á su mision sublime. Preséntase á aquellos bárbaros, y su sola vista les sorprende y admira; habla, y sus palabras comienzan desde luego á ablandar aquellas almas empedernidas; propóneles el rescate de los esclavos, y su codicia no puede ménos de mostrarse favorable á los designios de un hombre en quien ven resplandecer el mas heróico desinteres.

No me es posible, católicos, pasar en silencio los caritativos oficios que mi santo patriarca ejercitó en favor de los pobres cautivos, en el tiempo que medió entre su llegada á Túnez y la conclusion de sus negociaciones. Unas veces se le veía bajar á los mas hediondos calabozos á consolar á los cristianos y alentarles á la constancia en la fe; otras predicar á los que vacilaban en sus creencias, y exponerles los terribles castigos que el Señor reserva á los que niegan su nombre en presencia de sus enemigos. Aquí curaba las llagas de los heridos; allí socorria la necesidad de los indigentes. Ora mezclaba sus lágrimas con los que lloraban, ora besaba las cadenas de los que sufrian. Como ángel de paz nada omitia para llevar el consuelo y la calma á aquellos corazones ulcerados; pero como apóstol de la verdad, su mayor solicitud se dirigia á fortalecer sus almas en la fe de Jesucristo. ¡Á cuántos reanimó que ya comenzaban á vacilar en fuerza de los tormentos! ¡Á cuántos extrajo del lodazal de la culpa en que se sumieran por efecto de los malos ejemplos y del roce con aquellos sensuales mahometanos! Á cuántos!... Pero ¡oh católicos! ¡qué persecucion tan horrorosa se suscita contra mi santo patriarca! Los bárbaros cuyo odio implacable contra el nombre de Jesus no puede sufrir las conquistas que el ardiente celo de aquel apóstol reporta diariamente de los corazones mas empedernidos, le miran como á un enemigo declarado de su imperio y de sus leyes; convierten contra él todo su furor, y lanzándose sobre él con inhumana crueldad, descargan sobre su cuerpo fieros golpes, le vejan, le maltratan, le hieren y le dejan en tierra nadando en su propia sangre. Oh Dios mio! ¿Permitireis que vuestro siervo sucumba á la fiereza de vuestros enemigos, y que se malogre el fruto de sus trabajos y de tantos sacrificios hechos por libertar á sus hermanos de la esclavitud? ¿Y esos infortunados cristianos continuarán sin recurso gimiendo entre hierros?

Mas no, el Señor, que está interesado en este gran designio, si bien permite que mi excelso patriarca padezca por su causa para acrisolar mas su virtud y hacer mas admirable y meritorio su sacrificio, no permite que sucumba á los padecimientos. Morir por su divino maestro hubiera sido la mayor gloria de aquel fervoroso redentor; mil veces lo deseó y pidió con el mas heróico valor: mil veces se expuso á ser víctima de los tiranos arrostrando con santa intrepidez los mas inminentes peligros; pero su preciosa vida estaba reservada para mayores empresas del servicio de Dios. Queria este Dios benigno enjugar el llanto de millares de hijos suyos y quebrantar sus cadenas; y mi santo patriarca era el destinado á realizar este benéfico pensamiento por sí y por medio de una numerosa posteridad que en los siglos por venir caminarian por sus huellas.

Etre tanto el dia de concluir el tratado de libertad en favor de los cautivos habia llegado. ¡Qué prudencia tan admirable, qué dominio sobre sí mismo, qué paciencia, qué mansedumbre fué necesario tuviese mi excelso patriarca para negociar con aquellos bárbaros! El interes mas sórdido, la ambicion mas desmedida, una volubilidad extremada dominaba sus corazones. Á cada paso ofrecian nuevas dificultades para la conclusion del negocio. Lo que hoy decian, desdecíanlo mañana; tan pronto se manifestaban satisfechos del precio ofrecido por el rescate de los cristianos, como volvian á hacer nuevas y cada vez mas gravosas exigencias. Por último quiso el Señor que á fuerza de paciencia y de constancia se llevase á cabo el tratado; y mi santo patriarca vió con placer indecible romperse los hierros de mas de doscientos esclavos.

¡Vuela pues, oh ángel consolador; apresúrate á devolver á su suelo natal esas preciosas conquistas de tu heróica caridad.

Conduce al seno de sus familias á esos infortunados seres que ardientemente desean ese momento feliz! Mas oh cielos! ¡qué espectáculo tan punzador se ofrece á los ojos de mi santo patriarca! Ve postrarse á sus piés un sin número de cautivos, cuyo rescate no ha podido realizarse por falta de dinero, los cuales bañándole con sus lágrimas le piden por las entrañas del divino Redentor que no les abandone á los horrores del cautiverio. Los lamentos de aquellos desgraciados penetran hasta el fondo de su alma compasiva y la llenan de amargura. Su infortunio le interesa extraordinariamente: y mas que todo, el peligro en que los mira de renunciar á la fe, le llena de estremecimiento. En vano les dirige la palabras mas suaves y cariñosas; en vano intenta consolarles con la esperanza de una pronta libertad; en vano les estrecha amorosamente en su corazon para comunicar á los de ellos la paz y la calma de la religion. Ah! las entrañas de mi excelso patriarca tampoco se satisfacen con estos socorros que prodiga á sus hijos. Á ley de padre el mas cariñoso y tierno, quisiera llevarlos consigo á todos, y ni uno solo quisiera dejar en aquella tierra malaventurada. Empero ¿cómo le será posible satisfacer sus deseos si le faltan todos los recursos? ¡Cómo podrá ablandar los corazones de aquellos bárbaros á quienes devora la sed del oro? ¡Ah cuán ingeniosa es la caridad! Mi santo patriarca tienta todos los medios, agota todos los recursos. Vuelve á presentarse á los bárbaros, suplica, ruega, promete, insta en favor de los cautivos. Él mismo se ofrece á quedarse en rehenes por el rescate de sus queridos hijos. Ni los ruegos de sus discípulos que se oponen á tan heróico sacrificio ofreciéndose ellos á su vez á servir de garantía; ni las reflexiones que le hacen acerca de los funestos resultados que á la propagacion de su órden puede acarrear su ausencia; nada basta para hacerle desistir de su propósito. « Yo « soy, les dice con voz animada y fervor sin igual, yo soy « quien debo responder un dia de la salvacion de estos inocen- « tes desgraciados que se hallan en peligro tan inminente: las « lágrimas que derraman serán otros tantos fiscales contra mí « en el tribunal de Dios: yo quedo esclavo por todos, mias se- « rán de hoy mas sus cadenas; dichoso yo mil veces si á costa « de mi libertad consigo la de estos desgraciados! »

No puede llegar á mas el heroísmo de la caridad de mi santo patriarca; pero ni aun esto basta para persuadir á los bárbaros

á dar la libertad á los cautivos. Desprecian altamente sus propuestas y se niegan á sus ofrecimientos. Qué desconsuelo! ¡qué afliccion tan extrema inunda el corazon de mi excelso patriarca! Todos los recursos humanos se agotan para él; nada pues le resta sino partir con los cautivos que ha podido libertar, y pedir al Dios de las misericordias vele sobre los que todavía gimen en la esclavitud. Pero no, católicos, la fe obra los mayores prodigios, y mi gran padre no desconfía del poder del cielo. Lleno de fervor, y no pudiendo contener en su pecho el incendio de caridad que le abrasa, se postra á los piés de María santísima su dulcísima madre: la ruega por sus pobres cautivos; derrama copiosas lágrimas en su presencia y la presenta su corazon en holocausto por su libertad. No fueron inútiles las plegarias de aquella alma tan pura. La Reina de los ángeles se deja ver de su amante siervo, le consuela, elogia su caridad y su ardiente celo, y pone en sus manos una suma considerable, con la que pudo conseguir el rescate de todos los cautivos cristianos.

Triunfaste, héroe insigne, triunfaste! Llenádose han tus deseos; cumpliéronse tus votos; no te detengas mas en ese país de ingratos recuerdos. Ya se aperciben las hinchadas velas del buque destinado á conducir esos trofeos de tu victoria. Tus hijos esperan impacientes el momento de partir: sus ojos se dirigen hácia la madre patria, y largo les parece el tiempo que les resta para lanzarse en su seno y respirar su ambiente consolador. Así se ejecuta, católicos; mi santo patriarca, rodeado de aquella innumerable muchedumbre de cristianos libres, se dirige al puerto, y entre las aclamaciones y bendiciones de la mas cordial gratitud salta con ellos á la embarcacion. Inútilmente se arma contra ellos el furor de los mahometanos, despechados al ver escapárseles tantas víctimas de su crueldad. Inútilmente impulsados del espíritu maligno, rompen los mástiles, despedazan la quilla, inutilizan el timon, rasgan las velas y destrozan todos los instrumentos necesarios para maniobrar. Mi santo patriarca, superior á todos los acontecimientos humanos, confiado en la suma bondad y poder infinito del que le eligiera para las empresas de su gloria, enarbola su manto sobre un pedazo de mástil en forma de vela, arma su diestra de la imágen del divino Redentor de los hombres, implora los divinos auxilios, y á su voz los vientos comienzan á mover aquella na-

ve despedazada, y cortando con prodigiosa rapidez las aguas, desaparecen del puerto de Túnez y llegan con felicidad al deseado puerto de Ostia.

Cuenten otros el triunfo magnífico de esta redencion. Pinte quien quiera el alborozo, la alegría y el júbilo universal de aquellos cristianos al verse ya libres de su cautiverio, recibiendo unos el parabien de sus padres, estrechándose otros en el seno de sus hijos, estos uniéndose de nuevo á unas esposas fieles y virtuosas que no esperaban volver jamas á ver á sus consortes, aquellos derramando lágrimas de consuelo en el corazon de hermanos queridos que por tanto tiempo lloraran amargamente su ausencia. A nosotros nos cumple seguir á nuestro excelso patriarca en sus nuevas expediciones. Mas no nos es posible ya por la brevedad del tiempo. ¡Oh quien me diese, católicos, comenzar de nuevo este discurso! Veríaisle volar de Italia á España, recorrer el reino de Valencia sojuzgado á la sazon por los moros, y libertar millares de cautivos que se hallaban en poder de aquellos infieles. Veríaisle despues marchar á Francia, visitar los conventos de su órden y fomentar con su ejemplo y doctrina el espíritu de oracion continua y de la mas heróica mortificacion. Si el gran Felipe Augusto, asombrado de su santidad, sabiduría y milagros le honra con los títulos de teólogo, consejero y limosnero suyo, le veréis huir á su antiguo retiro de Ciervofrío y ocuparse en los mas humildes empleos, haciéndose la norma y el modelo de todos sus hijos. Si de acuerdo con el papa Inocencio III le nombra para que asista al concilio Lateranense en calidad de consultor, le veréis renunciar este cargo honorífico, y ceder únicamente impulsado por la obediencia debida al padre de la iglesia universal. Si en Roma es aclamado santo por los milagros que hace especialmente en la curacion de los enfermos y poseídos del espíritu maligno, le veréis humillarse hasta el polvo lleno de confusion, y atribuir á solo Dios la gloria de unos prodigios que le proporcionan elogios universales. ¿Y qué no pudiera decir de su fervor en el ejercicio de todas las virtudes, de su paciencia en las adversidades, de su constancia en los trabajos, de su resignacion en los reveses é infortunios, de su inalterable tranquilidad en las persecuciones, de su prudencia en el régimen de sus súbditos, de su celo en la propagacion de su instituto, de su amor á Dios, de su caridad con los prójimos?... ¡Ah, demasiado vasto es este campo para

poder recorrerle. Ya el tiempo urge y solo me es dado acompañar á mi santo patriarca en sus últimos momentos. Llegaron estos, católicos oyentes. Nutrido ya con el pan de los fuertes en el sagrado viático, rodeado de una multitud de hijos que inconsolables lamentan su orfandad, les exhorta á mantener intacto el sagrado depósito de las leyes de su órden y á llevar á cabo los grandes designios de la Providencia en la redencion de los cautivos; y con el mas indecible consuelo de su alma, pasó de esta vida á recibir en el cielo la recompensa de su caridad y de sus continuos desvelos por la gloria de la beatísima Trinidad y la libertad de los cristianos cautivos.

¡Loor eterno á mi excelso patriarca san Juan de Mata! A él debe el cristianismo la institucion de un órden que extendido por todo el globo (1), se ha consagrado en todos los siglos al ejercicio de la mas heróica beneficencia. A él debe la humanidad el consuelo, la libertad de millares de víctimas que gemian en poder de los sarracenos, y que sin él hubieran tal vez sucumbido bajo el peso de la miseria y de los padecimientos, y naufragado en sus creencias católicas (2). Mi santo patriarca fué el primero á quien el cielo se dignó elegir entre todos los hombres para hacer alianza con un pueblo de predileccion, y realizar un pensamiento el mas sublime y humanitario que en lo sucesivo debian abrazar otros muchos varones insignes en santidad y méritos. Las innumerables redenciones que por sí y por medio de sus hijos hiciera en los países dominados por el mahometismo, son servicios de la mayor cuantía que el mundo ha apreciado en su justo valor, y que no hubiera podido desconocer sin incurrir en la nota de la mas torpe y negra ingratitud. Las ruidosas conquistas de los hombres mas ilustres en las armas no pueden compararse á las que la caridad de Juan de Mata y sus hijos han conseguido en todas épocas. Aquellos oprimiendo la humanidad, regaron el mundo con las lágrimas de

(1) Tan rápidos fueron los progresos que hizo el órden de la Sma. Trinidad, que á los 18 años de su fundacion decia ya Honorio III en su Bula expedida en 1216: *Cum ordo Sanctæ Trinitatis modernis temporibus inceperit, eique Dominus tantum dederit incrementum, quod à mari usque ad mare palmites suos jam extendit*, etc. (Cherub. in Bull.)

(2) Un sabio escritor ha calculado que en el espacio de 400 años, el órden de la Sma. Trinidad ha rescatado 30000 esclavos del poder de los sarracenos. (*Histoire des bienfaits du Christianisme*, ch. IX, p, 153, edic. de Paris, 1833.)

sus semejantes y le mancharon con sangre inocente; estos han enjugado el llanto de la humanidad oprimida y ofrecido su sangre propia por amor de sus hermanos. El nombre de los conquistadores mas célebres yace hoy en el polvo del olvido, y si alguna vez se repite es solo para lamentar los estragos que su existencia produjera; en vez de que el nombre de Juan de Mata vive y vivirá eternamente y se pronuncia con gloria en todos los rincones del orbe, porque es un recuerdo precioso de los mas insignes beneficios.

No nos cansarémos jamas, oh excelso patriarca nuestro, de repetir tus glorias. Ellas son las nuestras, porque á ti pertenecemos y con tus doctrinas hemos sido alimentados á la sombra de ese órden ilustre que fundaste para loor y gloria de la beatísima Trinidad. ¡Plegue al cielo que tus hijos, siguiendo tus ejemplos, hagan prosperar este sagrado instituto, y donde quiera se manifiesten dignos de tal padre! Alentad pues nuestra debilidad, encended nuestro celo, acreced nuestra caridad hácia los pobres cautivos, para que participando de tu santidad, participemos tambien un dia de tu gloria y reinemos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu santo por los siglos de los siglos.

SERMON

DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

(DE SANTANDER.)

Beatus qui lingua sua non est lapsus....
Bienaventurado el que no peca con su lengua...
Eclesiástico, c. 25. v. 11.

Cuando el Espíritu santo no dijese que la vida y muerte de los hombres se encuentra en las manos de su lengua (1): cuando todas las naciones formando un solo concepto, aunque en diferentes idiomas, no confesasen que el bien y el mal están en poder de la lengua, nosotros mismos por la experiencia de cada dia defenderíamos constantemente esta verdad. Pequeña parte del cuerpo humano es la lengua; ¿pero de qué cosas grandes, útiles y maravillosas no es capaz cuando nosotros hacemos de ella el recto uso para que nos la concedió el Omnipotente? Ella anuncia la verdad, elogia la virtud, publica y enseña los misterios de la religion, hace respetar sus máximas, sus preceptos y sus consejos: ella instruye á los ignorantes, consuela á los afligidos, sostiene á los débiles, destruye las disensiones, congrega los espíritus, reune las voluntades, y derrama por todas partes la union, la paz y la caridad.

Pero si en vez de conformarnos con los designios de Dios en el uso de nuestra lengua, la hacemos servir á nuestras pasiones, ¿de cuántos males no se hará instrumento? Sean testigos de esta espantosa verdad los juramentos falsos que tantas verdades desfiguran, tantas mentiras defienden, tantos procesos embrollan, tantos inocentes condenan, y tantos perjuicios ocasionan.

(1) *Mors est vita in manu linguæ... Prov. c.* 18. *v.* 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus semejantes y le mancharon con sangre inocente; estos han enjugado el llanto de la humanidad oprimida y ofrecido su sangre propia por amor de sus hermanos. El nombre de los conquistadores mas célebres yace hoy en el polvo del olvido, y si alguna vez se repite es solo para lamentar los estragos que su existencia produjera; en vez de que el nombre de Juan de Mata vive y vivirá eternamente y se pronuncia con gloria en todos los rincones del orbe, porque es un recuerdo precioso de los mas insignes beneficios.

No nos cansarémos jamas, oh excelso patriarca nuestro, de repetir tus glorias. Ellas son las nuestras, porque á ti pertenecemos y con tus doctrinas hemos sido alimentados á la sombra de ese órden ilustre que fundaste para loor y gloria de la beatísima Trinidad. ¡Plegue al cielo que tus hijos, siguiendo tus ejemplos, hagan prosperar este sagrado instituto, y donde quiera se manifiesten dignos de tal padre! Alentad pues nuestra debilidad, encended nuestro celo, acreced nuestra caridad hácia los pobres cautivos, para que participando de tu santidad, participemos tambien un dia de tu gloria y reinemos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu santo por los siglos de los siglos.

SERMON

DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

(DE SANTANDER.)

Beatus qui lingua sua non est lapsus....
Bienaventurado el que no peca con su lengua...
Eclesiástico, c. 25. v. 11.

Cuando el Espíritu santo no dijese que la vida y muerte de los hombres se encuentra en las manos de su lengua (1): cuando todas las naciones formando un solo concepto, aunque en diferentes idiomas, no confesasen que el bien y el mal están en poder de la lengua, nosotros mismos por la experiencia de cada dia defenderíamos constantemente esta verdad. Pequeña parte del cuerpo humano es la lengua; ¿pero de qué cosas grandes, útiles y maravillosas no es capaz cuando nosotros hacemos de ella el recto uso para que nos la concedió el Omnipotente? Ella anuncia la verdad, elogia la virtud, publica y enseña los misterios de la religion, hace respetar sus máximas, sus preceptos y sus consejos: ella instruye á los ignorantes, consuela á los afligidos, sostiene á los débiles, destruye las disensiones, congrega los espíritus, reune las voluntades, y derrama por todas partes la union, la paz y la caridad.

Pero si en vez de conformarnos con los designios de Dios en el uso de nuestra lengua, la hacemos servir á nuestras pasiones, ¿de cuántos males no se hará instrumento? Sean testigos de esta espantosa verdad los juramentos falsos que tantas verdades desfiguran, tantas mentiras defienden, tantos procesos embrollan, tantos inocentes condenan, y tantos perjuicios ocasionan.

(1) *Mors est vita in manu linguæ... Prov. c.* 18. *v.* 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sean testigos las maldiciones mas frecuentes, las blasfemias mas escandalosas, las delaciones mas injustas, las calumnias mas atroces, las detracciones, las sátiras, las mentiras, y todos los demas excesos de nuestra lengua, que forman un mundo entero de iniquidad, como decia el apóstol Santiago (1).

Todos debemos hacer un buen uso de la lengua; pero este es un empeño tan arduo y tan difícil, que es menester graduar á un hombre de varon perfecto y de bienaventurado, como me oisteis en el principio, si llega á conseguirlo: *Beatus qui lingua sua non est lapsus.* Es menester observar un prudente medio entre la locuacidad y un silencio inoportuno: ni siempre debemos estar taciturnos, ni debemos estar hablando siempre. Es menester usar de la facultad de la palabra que Dios nos ha concedido para el acrecentamiento de su gloria, para la edificacion del prójimo, y para nuestra propia utilidad. En suma es menester hablar cuando se debe, y callar cuando conviene. Este es el medio entre los dos extremos: esta es la perfeccion del hombre de bien, el decoro de un sacerdote ejemplar, el carácter de un confesor prudente, la divisa de un ilustre mártir; y en una palabra, el distintivo del glorioso mártir por buen confesor san Juan Nepomuceno: *Beatus qui lingua sua non est lapsus.*

Este es aquel sacerdote grande que en sus dias agradó al Señor, y fué hallado justo, porque hizo un buen uso de su lengua. Este adorno ilustre de Bohemia, luz resplandeciente de Praga, modelo de canónigos, dechado de confesores, espejo de predicadores, protector de la honra y buena fama de sus devotos, ínclito defensor del sigilo sacramental, é iman de los corazones de los fieles, es á quien Dios tenia reservado en los tesoros de su misericordia para manifestarle al mundo en el siglo XIV del cristianismo. Ya la adorable Providencia nos habia dispensado modelos excelentes de varias virtudes desde el principio del mundo. De penitencia en Adan, de inocencia en Abel, de obediencia en Noé, de fe en Abrahan, de laboriosidad en Jacob, de fortaleza en Sanson, de paciencia en Job, y de castidad en José. Ya despues de la venida de Jesucristo habíamos visto apóstoles que llevasen el conocimiento de la divina ley á los pueblos que vivian de asiento en el pecado á la sombra de la infidelidad en que tristemente habian nacido. Habíamos visto

(1) *S. Jacobi ep. c. 3. v, 6.*

mártires que sacrificasen gloriosamente su vida por la defensa del Evangelio: confesores que intrépidamente defendiesen la doctrina de la santa iglesia católica y apostólica contra los ataques de la herejía, de la incredulidad y del error: un Cirilo contra Nestorio, un Gerónimo contra Vigilancio, un Agustino contra Pelagio, un Anastasio contra Arrio, y un Ildefonso contra Elvidio. Nos faltaba ciertamente un hombre que hubiese combatido por el sacramento de la penitencia: que hubiese sellado con su sangre el dogma católico en esta parte: que hubiese gloriosamente muerto por defender el sigilo sacramental para consuelo de todos los cristianos; y este era el destino que Dios tenia reservado para nuestro Nepomuceno. Su lengua calló lo que debia callar, y habló cuando convenia romper el silencio. En una palabra: si me preguntais ¿quién sea san Juan Nepomuceno? Responderé: un hombre perfecto, un hombre bienaventurado que supo hacer buen uso de su lengua: *Beatus qui in lingua sua non est lapsus.* Este es su carácter, este el elogio que le da en las palabras del tema el mismo Espíritu santo, y este el asunto de mi sermon: utilísimo, á la verdad, para todos nosotros, y digno de nuestra mayor atencion.

Señor y Dios eterno, que adornásteis á vuestro siervo Nepomuceno con los dones de vuestro divino Espíritu, concededme por sus méritos que yo hable dignamente del buen uso que hizo de su lengua; y conceded á mis amados oyentes que le imiten, usando del don de la palabra, para gloria vuestra y su propia santificacion. Esta gracia os pedimos por la intercesion de la Vírgen, á quien devotamente saludamos. *Ave María.*

No seria extraño que yo empezase á demostrar el buen uso que hizo nuestro Nepomuceno de su lengua, con el que hacen de la suya los elementos y las demas criaturas insensibles. Hablan los cielos y nos cuentan la gloria del Dios que los formó (1): habla el firmamento anunciando ser obra de las manos del Omnipotente: hablan los mares, y con sus voces enseñan al hombre la obediencia que debe á las leyes de su Criador (2): hablan el sol y la luna oscureciéndose, la tierra temblando, los sepulcros abriéndose, partiéndose las piedras y rasgándose el

(1) *Psalm. 18. v. 2.* (2) *Isai. c. 23. v. 4.*

velo del templo cuando el Dios Hombre espira en una cruz (1) : hablan todas las criaturas, y dicen : *ipse fecit nos, et non ipsi nos* (2) : Dios nos ha dado el ser : nosotras no somos obras de nuestras manos. No seria extraño, vuelvo á decir, que yo diese principio de esta suerte, cuando vemos que ántes que Nepomuceno pueda hablar, ya hablan por él las ráfagas luminosas que se vieron sobre la casa de sus padres el dia de su nacimiento con asombro de Nepomuk, su patria, y aun de todos los pueblos de Bohemia adonde llegó la noticia de este prodigio. No seria extraño al verle repetido en su muerte, que hizo pública el cielo hablando por cinco brillantes estrellas que rodeaban su cadáver, formándole hermosa guirnalda de luces sobre el rio Moldaba, á cuyas aguas habia sido arrojado.

Pero aunque no seria ajeno de la verdad, ni extraño del asunto hablaros de esta manera, parece justo elevar nuestros pensamientos en busca de otros principios que enseñaron al Nepomuceno mas terminantemente el buen uso de su lengua. Es cierto que el santo hizo de las criaturas como un escalon para subir al Criador y conocer su voluntad santa y adorable; pero esta le fué intimada con formales preceptos por el Omnipotente. Desde que pudo pensar y articular concertadamente las palabras, se halló instruído con este divino oráculo : *Attende ne fortè labaris in lingua... et sit casus tuus insanabilis in mortem* (3). Atiende, reflexiona (le dijo el Señor, y nos dice á todos nosotros), no te dejes arrastrar del vicio de la lengua, no sea que tu caida sea incurable. Lleno de un santo temor nuestro Nepomuceno con la terribilidad de esta divina sentencia, y altamente convencido de esta otra verdad de fe : que es vana la religion de aquel cristiano que no refrena su lengua (4), propuso en su corazon, y lo cumplió en toda su vida, no emplearla sino en glorificar á Dios, edificar al prójimo y procurar su eterna salvacion. ¿No os parece que este era el mejor uso que podia hacer de su lengua? Sin duda alguna.

Prevenido con bendiciones del cielo, y habiéndole tocado felizmente, como á Salomon, una alma buena, adornada de un ingenio vivo y penetrante, de una presencia hermosamente proporcionada, de una modestia ejemplar, de un candor y pu-

(1) *Lucæ*, c. 23. v. 45. (2) *Ps.* 99, v. 3. (3) *Eccles.* c. 28. v. 30.
(4) *Jacob.* c. 1. v. 26.

reza de costumbres singularísima, de una sólida madurez de juicio, y de una dulce amabilidad que desde su misma niñez ganaba los corazones con un suave y fuerte atractivo; procuró perfeccionar tan bellas disposiciones de la naturaleza con las gracias del Altísimo, que pedia humilde y fervoroso en la oracion desde sus mas tiernos años. Firmemente persuadido á que la huída de los peligros, el retiro de las malas compañías, el aborrecimiento de las perjudiciales travesuras de los niños, y los piadosos ejercicios de la devocion, podrian mantener su inocencia, no se le vió jamas atrevido, revoltoso, ni rebelde á los consejos cristianos de sus buenos padres, sino humilde, obediente, morigerado en todas sus acciones, limpio y puro en sus palabras, frecuente en los templos, devoto en las misas y divinos oficios, aplicado en la escuela de primeras letras, é inocentemente entretenido en su casa en cantar las alabanzas de Dios, repasar cuidadosamente la doctrina cristiana, y rezar las devociones que con admirable prontitud habia aprendido. No dudo que admirados sus padres, y edificadas las gentes que trataban á nuestro niño Juan, preguntarian lo mismo que del Bautista los moradores de Judea : *Quis putas puer iste erit?* ¿Quién pensais será este niño en quien resplandecen tan bellas cualidades de la naturaleza, y tan apreciables muestras de la divina gracia? Sin duda Dios le tiene destinado para ser un hombre insigne, un sacerdote ejemplar, un confesor admirable, un mártir ilustre, un hombre en fin grande en la presencia de Dios: *Magnus coram Domino.* Pero nuestro Nepomuceno imitando al Bautista, solo responderia : *Ego vox clamantis*, prepárome para el buen uso de mi lengua : para ser una voz que clamará contra los vicios, que promoverá las virtudes, que defenderá los inocentes y aterrará los soberbios é impíos poderosos, que abusando del poder pretendan una injusticia : *Ego vox clamantis in deserto : parate viam Domini, rectas facite semitas Dei nostri* (1).

Para verificar un destino tan heróico no eran suficientes los preciosos principios de que acabamos de hablar; pero eran unos fundamentos apreciables sobre que debia en algun tiempo elevarse el grande edificio de su santidad; bien que necesitaba su bella alma enriquecerse con el conocimiento y posesion de

(1) *Isai.* c. 40. v. 3.

las ciencias, para que su lengua hablase el idioma de la sabiduría á beneficio de sus prójimos, despues de haber hablado el de la virtud para su propia santificacion. Vedle pues en la universidad de Praga (establecida por el emperador Carlos IV en el año de 1347) entre cuarenta mil estudiantes de que constaba su matrícula. ¿Pensais acaso que su lengua se empleaba en conversaciones poco decentes? ¿En cantares indecorosos? ¿En sátiras, burlas ó menosprecios de sus condiscípulos? ¿En murmuraciones contra sus maestros, ó en aplaudir la detestable destreza de los actores ó actrices en el teatro? ¿En formar partidos de escuela? ¿En proponer y defender cuestiones poco religiosas en los actos literarios? Ay señores! Nada de esto se oía en la lengua de nuestro jóven estudiante. Sin omitir nada de los piadosos ejercicios que habia establecido en la casa de sus padres, sin disminuir la oracion, la frecuencia de sacramentos, la entrañable devocion á María santísima, la maceracion de la carne, la sujecion de sus pasiones y las demas prácticas de religion y piedad, se dedica á los estudios con una aplicacion tan constante, que en pocos años se le admiró graduado en filosofía, en teología y en los derechos cesáreo y pontificio. Parecerian increíbles unos progresos tan rápidos y asombrosos, si no los viéramos autorizados en la historia de aquel siglo, que reconoce y publica á nuestro Nepomuceno como el mas sobresaliente de todos los estudiantes de su tiempo. Vosotros sabeis que nuestro jóven si hablaba la sabiduría entre los príncipes y sabios de la universidad de Praga, á semejanza de José entre los egipcios, era despues que su espíritu se habia llenado del temor de Dios á los piés de Jesucristo: era despues que su humildad, su modestia, su pureza, su oracion, su penitencia, su fe viva, su firme esperanza y su caridad heróica, con las demas gracias del cielo, habian purificado su lengua para emplearla en su propia santificacion. Este buen uso del don de la palabra en órden á sí mismo, reprende la fastidiosa locuacidad de los fatuos, las atrevidas y temerarias expresiones de los impíos, las malignas maquinaciones de los traidores, y las injustas declamaciones de tantos murmuradores de nuestro siglo, que se hacen por su mala lengua aborrecibles á Dios y abominables á los hombres. Ay! Con cuánta razon dijo el Eclesiástico: *Temerarius in verbo suo odibilis erit* (1). Y por el contrario, el hombre

(1) *Eccli. c. 9. v. 25.*

sabio, el hombre virtuoso que para su propia santificacion usa bien de su lengua, se hace respetable, se hace amable á cuantos le consultan, á cuantos le oyen, á cuantos le tratan. Así lo dice tambien el mismo Espíritu santo: *Sapiens in verbis se ipsum amabilem facit* (1). De este modo Nepomuceno consiguió contribuir á la edificacion de sus prójimos, despues de haber empleado su lengua en su propia santificacion.

Este es el comun órden de obrar de la divina Providencia, decia san Bernardino, que cuando elige á una criatura para grandes cosas, la adorna y enriquece con grandes dones y excelentísimas gracias para llenar dignamente los cargos á que la destina. Envía á Moises á sacar del cautiverio de Egipto al pueblo israelítico, y le reviste de un poder maravilloso sobre el cielo, la tierra y los elementos. Manda á Josué y á los siete hermanos Macabeos pelear en su nombre y abatir á sus enemigos, y les adorna de prudencia para mandar, de fortaleza para vencer, y de un espíritu vivo, pronto y lleno de actividad para preverlo todo, disponerlo todo, y ejecutarlo todo. Envía á Jeremías á predicar en la corte de Acab, al Bautista en la de Heródes y á Pablo en la de Neron; y ved ahí inmediatamente á esos tres grandes hombres resplandecer en aquellas cortes con el espíritu de Dios, y obrar con espíritu de celo y de consejo, con espíritu de sabiduría y fortaleza, con espíritu de ciencia y de piedad cuanto les mandaba el Señor.

No fué á la verdad ménos importante la mision de nuestro Nepomuceno. La divina Providencia le destina para sacar á los pecadores del cautiverio de la culpa, como á Moises: para pelear contra los enemigos de Dios, como á los Macabeos; y para anunciar la divina palabra en la corte de Wenceslao, como Jeremías, el Bautista y Pablo en la de Acab, Heródes y Neron. No extrañaréis por tanto ver en nuestro Nepomuceno todas aquellas gracias del cielo que forman y exquisitamente hermosean un sacerdote justo, un confesor prudente y un predicador perfecto y cabal. No extrañaréis que aquella lengua que se habia ocupado en santificarse á sí misma, tratase ya de santificar á sus prójimos en el altar, en el confesonario y en el púlpito. Llamado al sacerdocio, no por las voces de la carne y sangre, no por el interes sórdido y vil, ó el deseo de pasar una

(1) *Eccli. c. 20. v. 13.*

vida cómoda y suave, sino por la inspiracion divina, como Aaron, se halla dentro de aquel estado que se le habia preparado ántes de todos los siglos : estado en que se le ve, no derramado por las calles y plazas, no jugador ó frecuente en las visitas peligrosas, no vestido con trajes profanos y aseglarados, no entregado á la ociosidad, sino fervoroso en la oracion, edificante en la celebracion del mas augusto sacrificio, detenido en el hacimiento de gracias, ocupado en aconsejar la práctica de la virtud en el confesonario, á reprender los vicios en el púlpito, á consolar los tristes enfermos, á visitar los afligidos encarcelados, y llenar dignamente su ministerio sacerdotal con el ejemplo y la doctrina. Lastimosa cosa hubiera sido que una luz tan brillante dejara de colocarse sobre el candelero de alguna iglesia para edificacion del mundo. Con efecto el arzobispo de Praga le anumera al respetable cabildo de aquella catedral, confiriéndole un canonicato, y el mismo rey Wenceslao informado de los méritos de Nepomuceno, le nombra su predicador y limosnero, y la reina Doña Juana de Baviera le busca para su confesor. Ahora, lengua bendita de mi amable Nepomuceno, se llegó ya el tiempo de emplearte con toda extension y eficacia en la salud de tus prójimos. Pero ay! vas á ser predicador de corte, y de la corte de un rey vicioso, de un rey que abusa torpemente de su poder : recelo mucho sobre la suerte que te espera. Paréceme que en breve llegas á ser un ilustre mártir, ó un traidor infame. Si callas lo que debes hablar, haces traicion á tu sagrado ministerio : si hablas lo que debes mantener en el silencio, te cubres de ignominia á ti y á tu devotísima princesa. Si hablas lo que debes, y callas lo que conviene, vendrás sin duda á perder la vida del cuerpo, pero coronarás tu alma con la inmarcesible corona de la gloria. Ciertamente, amados mios, es una situacion muy crítica la de un predicador evangélico en la corte. En ella se encuentra como en un vasto mar lleno de escollos y combatido de continuas borrascas, en las que son muy frecuentes los naufragios en toda clase de personas. En las cortes, como en todas partes, se hallan vicios y virtudes, males y bienes; pero con la diferencia de que en la corte todo es extremos, y rara vez se halla en ella un medio justo. La violencia de las pasiones que en ella dominan, la facilidad que hay para contentarlas, y la esperanza de que queden sin castigo los delitos hacen mas difíciles las virtudes : es verdad que las de

un cortesano justo son mas puras y heróicas; pero por la misma razon los vicios del cortesano pecador son mas desenfrenados y escandalosos. Sus intrigas, sus partidos, sus fraudes, sus venganzas, á veces tan ocultas, tan disimuladas, tan fingidas con el aparente título de premios, exigen en el ministro de la divina palabra un espíritu fino y delicado para conocerlas, un talento superior para reprenderlas, y un discernimiento mas que de hombre para no herir al pecador cuando se trata de arrancar el desórden del pecado. ¡Ay, cuánto es de temer, católicos, que el resplandor de la diadema deslumbre á un ministro del Evangelio, y le haga faltar indignamente á las obligaciones de su ministerio! ¡Cuánto es de temer que el respeto debido á la persona de los grandes se extienda hasta respetar sus vicios, y que la soberbia majestad que los rodea mantenga en un infame cautiverio á la palabra de Dios! ¿Quién será aquel hombre tan cabal que dé á Dios lo que se debe á Dios, y al césar lo que corresponde al césar? *Quis est hic, et laudabimus eum?* ¿Qué ministro de la divina palabra penetra hasta donde llegan los derechos imprescriptibles del pueblo, y la extension y límites de la jurisdiccion del soberano? ¿Quién estará dotado de unos talentos tan sublimes, que favoreciendo la causa de los pueblos oprimidos por el abuso del poder, se haga al mismo tiempo temer y amar de los mismos opresores? *Quis est hic, et laudabimus eum?* ¿Quien, Señor? Juan Nepomuceno. Este hombre digno del carácter sacerdotal que le condecora, abre su boca, y como un Bautista en la corte de Heródes, y un Pablo en la de Neron, publica el Evangelio, intima sus preceptos, aconseja sus máximas, persuade sus consejos, y al escuchar de aquella lengua bendita las verdades eternas, los buenos cortesanos se perfeccionan en la virtud, los malos se arrepienten, las damas abandonan la vanidad, el lujo y las pompas del mundo, los jóvenes la insolencia y la lascivia, los glotones la intemperancia, los avaros se convierten en limosneros, y hasta los hombres mas perversos reprimen sus malas inclinaciones con grande alegría del cielo, con mucho furor del infierno, y con edificacion asombrosa de la corte. Estos felices sucesos de nuestro Nepomuceno le granjearon el ilustre dictado de hombre lleno de Dios y de los dones de su espíritu divino; porque se veía en él una virtud extraordinaria, una doctrina celestial y una elocuencia dulce que ganaba los corazones. Sus respuestas esta-

ban llenas de discrecion y de celo, sus consolaciones mostraban su grande afabilidad y amor : él recibia á los pecadores en el confesonario con aquella prudencia, con aquella dulzura y piedad propias de tan sagrado ministerio : él confortaba á los atribulados, consolaba á los tristes, instruía á los ignorantes, y su confesonario y su púlpito eran dos cátedras en que Nepomuceno enseñaba la virtud y la practicaba.

Acuérdome ahora de que el sacrosanto Evangelio de Jesucristo nos dice que Heródes, el cruel y lascivo Heródes, escuchaba de buena voluntad al Bautista, y hacia muchas cosas de las que el santo le predicaba : *Audito eo multa faciebat, et libenter eum audiebat* (1). Parece nos hallamos en el mismo caso. Wenceslao en Praga, no ménos cruel y lascivo que Heródes en Galilea, oía con agrado al Nepomuceno, y por su respeto y direccion hacia cuantiosas limosnas, se contenia algun tanto en sus públicos desórdenes, y por darle muestras de la estimacion con que le escuchaba, trató de conferirle la prepositura de la iglesia Wiscradense y el obispado de Litomislio en el mismo reino de Bohemia : *Audito eo multa faciebat, et libenter eum audiebat.* Pero así como Heródes llegó por término de sus desórdenes á mandar degollar al gran Bautista, tambien Wenceslao mandó martirizar al ilustre Nepomuceno para colmo de sus iniquidades. ¿Pero por qué causa? Aquí, señores, es menester alabar las misericordias de Dios sobre los ministros de los sacramentos, y temer la terribilidad de sus juicios sobre la obstinacion de los pecadores.

Ya os he dicho que la reina doña Juana tenia por confesor al Nepomuceno. Aquella señora naturalmente buena, hacia admirables progresos en la virtud con la direccion de nuestro santo. Sus costumbres eran irreprensibles, sus palabras edificantes : sus adornos conformes á su clase, pero moderados, limpios y honestos : su familia regulada, morigerada y compuesta : sus ejercicios devotos, sus placeres templados, cuantiosas y bien dirigidas sus limosnas, fervorosa su oracion, frecuente en la fructuosa recepcion de los sacramentos, y separada de los manejos y asuntos gravísimos del estado, como extraños de su sexo, y ajenos del fin para que habia sido conducida á palacio y colocada en el tálamo de Wenceslao. En suma, Juana de Baviera era el modelo de la virtud para todas las reinas y todas las señoras principales de Europa. Sin embargo la reina no tenia este concepto en el corazon de su marido. Wenceslao llegó á desconfiar de la fidelidad de su virtuosa mujer, sin mas motivo que mirar dentro de su mismo corazon un cúmulo de livianidades, y un conjunto de desórdenes que le hacian indigno de su amable compañia ; y despues de tratarla con tibieza, con frialdad, con despego, y aun con la crueldad mas bárbara, se precipitó hasta el delirio de pretender que su confesor el ilustre Nepomuceno le revelase la confesion de la reina. Persuadíale al principio con cariño y dulzura cuánto importaba descubrirle este secreto para la tranquilidad de su conciencia, para el bien del estado y buen régimen de su gobierno. Insistia en que nada se aventuraba en ello, no obstante la reverencia debida al sacramento de la penitencia, porque lo descubria á un rey que sabria hacer un buen uso de la noticia ; y para obligarle mas le ofreció empleos, dignidades y riquezas. Horrorizóse Juan al escuchar una proposicion tan execrable, y con un semblante capaz de avergonzar al sacrílego monarca, le representó la importancia de la ley que le queria hacer quebrantar : la fidelidad que debia á su ministerio sacerdotal : la irreparable injuria al sacramento : el horror que impondria á los fieles inspirándoles una separacion peligrosa del remedio instituido para su reconciliacion con Dios : el ejemplo de constancia que estaban obligados á dar los ministros de los sacramentos en estos casos ; y finalmente que tuviese entendido que deseaba morir ántes que manchar el santuario con el infame y sacrílego delito de la violacion del sigilo sacramental.

¿Habeis escuchado, ministros del Altísimo, el heróico ejemplo de fortaleza, de fidelidad, de religion y de otras muchas virtudes que nos da el ilustre Nepomuceno ? ¿Habeis oído, fieles, la satisfaccion y confianza con que habeis de llegar al sagrado tribunal de la penitencia, seguros de que sus ministros serán fieles al secreto que les confiais, y que jamas descubrirán las culpas del pecador aunque pierdan la vida entre los mas atroces tormentos? Efectivamente, señores, nuestro glorioso é invicto mártir Nepomuceno nos afianza esta verdad. Las cárceles mas oscuras, las cadenas mas pesadas, los tratamientos mas crueles, las importunaciones mas repetidas, las amenazas mas reiteradas de un rey impío y sacrílego, no pudieron arrancar

(1) *Marc. c. 6. v. 20.*

de aquella lengua bendita otra expresion que la del gran Bautista al rey Heródes : *Non licet tibi*. No te es lícito, ó rey, preguntarme sobre el particular, ni á mí el responderte : *Non licet tibi*. Yo estoy cierto que ni el hambre, ni la sed, ni el frio, ni el calor, ni la oscuridad de los calabozos, ni la ferocidad de los verdugos, ni la crueldad de los tormentos, ni la muerte, ni la vida, me separarán jamas de mi señor Jesucristo, ni me arrancarán una palabra de las que he oído en la confesion : *Non licet tibi*. Arrójame en los rios, ahógame en los mares, abrásame en las hogueras, entrégame á las fieras para que me devoren, y á los bárbaros ejecutores de tu furor para que me despedacen, no me oirás otra voz que esta : *Non licet tibi*. Yo seré fiel al secreto que se me ha confiado, yo moriré por conservarle, yo seré en todos los siglos un ilustre mártir del sigilo sacramental. Así consumó su sacrificio el Nepomuceno, y su crueldad Wenceslao, mandando arrojar atado de piés y manos desde el puente de Praga al rio Moldava al santo confesor de Jesucristo á fines de mayo del año 1383. Así demostró nuestro glorioso santo el buen uso de su lengua para con sus prójimos, conservando el respeto debido al sacramento, defendiendo el honor de su devotísima princesa, injustamente ofendido; reprendiendo el sacrílego atentado de un rey impío, exhortando á la observancia de la divina ley en el confesonario, y publicando el Evangelio para la conversion de los pecadores y la mayor perfeccion de los justos en el púlpito. ¡ Ó lengua bendita que tan sabiamente hablaste cuando convenia, y tan religiosamente callaste cuando era justo! Las naciones, los pueblos y las edades publicarán el buen uso que Juan hizo de ti, empleándote en su propia santificacion y en la utilidad de sus prójimos; pero las edades, los pueblos y las naciones asegurarán tambien que te empleaste en procurar la mayor gloria del Señor, tu criador y tu Dios.

Sin duda alguna, amados mios, Dios recibe, Dios agradece, y Dios galardona el bien que hacemos á nuestros prójimos, como si lo hiciéramos á su divina majestad : *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis* (1). ¡ Verdad eterna que el sacrosanto Evangelio nos publica! ¡ Verdad llena de consuelo para nuestras almas! Verdad que suaviza y hace dulces los trabajos que los ministros de Jesucristo se toman por

(1) *Matth.* c. 25. v. 40.

la salvacion de las almas, sabiendo que todo lo recibe aquel Dios santísimo, justísimo y amabilísimo, que se les ofrece en premio en esta y en la otra vida, como se lo dijo el mismo Dios á Abrahan : *Ego... merces tua magna nimis* (1). Los apóstoles anunciando el Evangelio, los mártires confesando las verdades de la fe divina y rubricándolas con su sangre, los doctores confundiendo el error con la explicacion de la verdad, los confesores enseñando á los pueblos la ley inmaculada del Señor, las vírgenes rechazando con firmeza los ataques contra su honestidad, y los justos pidiendo los socorros del cielo para justificarse mas, edificando á sus hermanos con sus palabras y ejemplos, y promoviendo el divino culto con todo empeño, todos emplearon bien su lengua, todos procuraron la mayor gloria de Dios, y todos recibieron del Señor su premio correspondiente. *Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum*, dice el Señor (2) : yo glorificaré al que me glorificare : yo confesaré delante de mi eterno Padre y en presencia de mis ángeles al que me hubiere confesado delante de los hombres : yo haré eterna la memoria del hombre virtuoso; y cuando perezcan los palacios mas soberbios, los monarcas mas poderosos y los reinos mas florecientes, vivirá la noticia de mis escogidos : los pueblos edificarán iglesias, erigirán altares, levantarán estatuas, implorarán su patrocinio, y yo les dispensaré favores por su respeto : *Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum.*

Cuando en toda la dilatada carrera de los siglos no tuviéramos tantos ilustres testimonios de esta verdad, seria mas que suficiente para demostrarla la lengua de nuestro difunto Nepomuceno. Ella con su prodigiosa incorrupcion, de mas de cuatrocientos años, predica altamente la gloria de su mismo Criador. Ella nos hace ver que se empleó en santificarse á sí misma por la práctica de las virtudes, en edificar á sus prójimos por la enseñanza de la divina ley en los confesonarios y en los púlpitos, y en procurar el acrecentamiento de la gloria del Señor por los adorables sacrificios que le ofrecia, por la defensa de las sacrosantas verdades, y por la referencia religiosa de todas sus virtuosas operaciones. De ella podemos finalmente decir con la mayor oportunidad las mismas palabras que dijo el seráfico doctor san Buenaventura de la lengua de san Antonio de

(1) *Gen.* c. 15. v. 1. (2) *Lib.* 1. *Reg.* c. 2. v. 30.

Padua al verla fresca é incorrupta despues de treinta y dos años enterrada : ¡ Ó lengua bendita que tantas veces bendijiste á Dios, é hiciste que otros le bendijesen : ahora vemos con la mayor certidumbre el grande mérito que adquiriste delante de Dios! Y besándola con devocion el santo cardenal, y bañándola con ternísimas lágrimas, la depositó separada del cuerpo con la mayor decencia y veneracion. Ya veis como Juan hacia un buen uso de su lengua glorificando á Dios; pero ved tambien como Dios glorificaba á Juan : *Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum.* Apénas espira en el rio, cuando perdiendo el cuerpo su gravedad natural, ó cobrando las aguas del Moldava una fuerza maravillosa para sostener la pesantez de su cuerpo, flota suave y prodigiosamente sobre las aguas rodeado de cinco resplandecientes estrellas, que disipando las tinieblas de la noche, llaman á grandes voces la atencion de todo el pueblo. Praga conmovida vuela á las márgenes del rio : sus aguas con un prodigio estupendo se dividen para dar lugar á las gentes á que lleguen al santo cuerpo. Llegan con efecto, le reconocen, se pasman, le sacan con reverencia, y le depositan en un honroso sepulcro, venerando al Nepomuceno como á un ilustre mártir, abominando de Wenceslao como de un tirano cruel y sacrílego, y dando gloria á Dios por los prodigios y milagros que obra por su siervo, dando vista á ciegos, sanando enfermos, librando encarcelados, defendiendo inocentes oprimidos, y socorriendo á todos. El pueblo, los nobles, el clero, los príncipes y los reyes: Alemania, Hungría, Bohemia, el reino de Polonia, Italia, España, Portugal y América, todos le dan solemnes cultos, imploran su patrocinio y publican sus milagros. La silla apostólica los autoriza por sus dos pontífices Urbano VIII é Inocencio XIII, hasta que finalmente le canoniza con toda solemnidad Benedicto XIII, proponiendo á nuestro Nepomuceno á la veneracion de todo el orbe cristiano, como ilustre mártir por la guarda del sigilo sacramental. Así glorifica y honra Dios al Nepomuceno, cuya bendita lengua permaneciendo fresca y rubicunda despues de cuatro siglos de difunta, manifiesta con evidencia haber honrado y glorificado á Dios cuando estaba viva : *Quicumque glorificaverit me, glorificabo eum.*

Sí, amado pueblo mio. Así honra Dios á sus siervos delante de los cielos y la tierra ; pero así castiga tambien á sus injustos perseguidores. Temblad, poderosos, los que en este mundo

abusando del poder que habeis recibido, oprimis la humanidad paciente, afligis á vuestros semejantes, y no conoceis mas ley que vuestros caprichos. Temblad, no solo delante de Dios, en cuyo terrible juicio debeis comparecer como el mas infeliz de vuestros vasallos, sino tambien delante de los pueblos que oprimidos del insufrible peso de vuestras tiranías, sabrán trasmitir á los siglos mas remotos vuestra memoria cubierta de oprobio y de ignominia. Efectivamente, señores, así lo vemos en Wenceslao. Despedazado su corazon con los remordimientos mas crueles de su mala conciencia, abandona la corte, desatiende el buen gobierno de su imperio, y se retira despechado al castillo de Ziebauck. Viendo los electores como vacante el trono, se congregan en el castillo de Hostein, le forman un reducido proceso de los delitos mas execrables, le sentencian, dándole por sucesor á su hermano Sigismundo, y encerrándole en la fortaleza de Viena, en donde acabó desgraciadamente la vida con una muerte pésima el año 1410.

¡Qué paralelo, señores, tan enormemente distinto! La memoria de Nepomuceno es gloriosa, y abominable la de Wenceslao. A Nepomuceno le veneran, le aman y le adoran los pueblos; á Wenceslao le aborrecen y representan como un monstruo todas las historias. Nepomuceno es las delicias del género humano ; y Wenceslao el objeto de execracion de todas las naciones. *Ad vos ergo reges sunt hi sermones mei, ut discatis sapientiam, et non excidatis* (1). Á vosotros, ó reyes y poderosos del mundo, se dirigen mis palabras, dice el Espíritu santo en el libro de la Sabiduría : si hallais ahora vuestras complacencias en no reconocer mas leyes que vuestros caprichos, en malgastar la sangre de vuestros pueblos en los excesos mas extravagantes del lujo mas ostentoso, en gravar mas y mas á vuestros pueblos sobre los duros gravámenes impuestos ya por vuestros padres, como hacia el necio Roboan aumentando los que habia impuesto su padre Salomon, tomando consejo como él de jóvenes sin talento ni probidad, y dejando los saludables avisos de los ancianos y de los hombres prudentes, virtuosos y experimentados : si el incienso de los viles aduladores os agrada, y las interesadas cortesías de los cobardes esclavos de vuestras cortes os acomodan : en una palabra, si excedeis en vues-

(1) *Lib. Sapient. c. 6. v. 10.*

tra jurisdiccion, traspasando con arrogancia é injusticia los términos de la constitucion de vuestro reino que habeis jurado observar, no puedo ménos de deciros por el amor, respeto y obediencia que os profeso, que os exponeis á una explosion ruidosa en vuestro estado, y á que os digan vuestros vasallos lo que dijeron los suyos á Roboan: *Quæ nobis pars in David? vel quæ hæreditas in filio Isai* (1)? Ay, señores! Aquel triste y desgraciado rey experimentó muy en breve el dejo amargo de sus opresiones, viendo que de las doce tribus de que se componia su estado desertaron las diez, y pasaron á someterse á Jeroboan. Siendo lo mas digno de notarse que todo esto iba dirigido por la mano invisible pero omnipotente de Dios, como lo habia dicho el mismo Señor á Salomon, y el profeta Ahías Silonites á Jeroboan (2). Por el contrario los soberanos que son padres de los pueblos: que observan los primeros las leyes para enseñar con su ejemplo á sus vasallos la justa obediencia que se les debe: que guardan la justicia justamente, como dice la divina Escritura, ya para con Dios con un espíritu de verdadera y pura religion, cuyos dogmas creen, cuyas decisiones protegen, cuyos ministros reverencian, y cuyas costumbres observan: ya para con los pueblos distribuyendo premios y castigos con proporcion á los vicios y virtudes de los hombres; y ya para consigo mismos siendo sobrios, justos, piadosos, veraces, magnánimos y caritativos: estos, dice el Espíritu santo, serán justificados (3): estos hallarán qué responder á su favor en el terrible tribunal del Omnipotente; y cuando á los malos reyes se les prepare un juicio durísimo, y su memoria sea abominable delante de Dios y de los hombres, los buenos soberanos como los Fernandos, los Luises, los Casimiros, los Enriques y los Eduardos, serán amados de Dios y de los hombres, su memoria se repetirá con alabanza hasta los siglos mas remotos, y los pueblos bendecirán su nombre.

Pedid, amados oyentes mios, por nuestros venerados soberanos, para que imitando á sus gloriosos predecesores, seamos felices bajo su justificado gobierno. Dad valor, ó bienaventurado Nepomuceno, á nuestras súplicas con vuestros grandes méritos delante de Dios, para que consigamos cuanto ántes una

(1) *Lib. III. Reg. c.* 12. *v.* 16. (2) *Lib. III. Reg. c.* 11. *v.* 30 *et* 31.
(3) *Lib. Sap. c.* 6.

paz general que vivifique el comercio, reanime la agricultura, dé movimiento á las fábricas, y volviendo al seno de sus familias tantos brazos fatigados con el peso de las armas, se ejerciten en las virtudes, y vivan como ciudadanos pacíficos los que se han portado como guerreros valerosos. Pedid, ó glorioso mártire Nepomuceno, por esta ciudad. Pedid muy particularmente por los especiales devotos vuestros, que con tanta religion y piedad promueven vuestros cultos; y alcanzadnos á todos de su divina Majestad una fe viva, una esperanza firme, una caridad heróica, una humildad profunda, una castidad pura, y una fortaleza invicta, para que ejercitándonos en unas costumbres santas hasta el término de nuestra vida, y siendo socorridos con los santos sacramentos en la hora de la muerte, pasemos dichosamente desde este valle de lágrimas al descanso eterno de la gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

(DE TRONCOSO.)

Si desieris loqui quod non prodest... orietur in tenebris lux tua, et tenebræ luæ erunt sicut meridies, et requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit.

Si dejares de hablar lo que no conviene... nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán en claridad de medio dia. El Señor te dará un perpetuo reposo, llenará tu alma de resplandores, y libertará tus huesos de la corrupcion.

Isaías, c. 58. v. 9, 10 y 11.

En ninguno de los héroes que nos ofrece la historia del cristianismo se vieron jamas realizadas con tanta propiedad las palabras que acabo de pronunciar por tema del presente discurso, como en el ínclito é inmortal objeto de nuestros cultos. Siempre y en todos tiempos se han visto brotar del seno de esa fecunda madre la iglesia católica hijos fieles que la han llenado de gloria y esplendor. Los unos como ángeles del Testamento, han penetrado en alas de su celo hasta las mas remotas extremidades del orbe, llevando por do quiera las luces brillantísimas de la fe: los otros con sus valientes plumas derrocaron el gigantesco coloso del error, eternizando en sucesivas generaciones los triunfos y rápidas conquistas de la verdad; estos defendieron los intereses de la iglesia con intrepidez y constancia admirables, oponiendo una insuperable valla á las demasías y ambiciosos proyectos del terreno poder: aquellos sellaron con su sangre como varones de buen testimonio el que dieran de su adhesion imperturbable á las doctrinas de su maestro Jesus, y

á los dogmas del catolicismo; unos y otros, y todos á su vez han sido el ornamento de la iglesia, la luz de su siglo, el modelo de sus coetáneos y la antorcha de las futuras generaciones. Uno empero descuella entre estos astros luminosos del católico hemisferio, que reuniendo las cualidades de todos, hace reflejar en sí mismo toda su gloria, distinguiéndose no obstante de ellos por el carácter de su nuevo heroísmo.

Juan Nepomuceno! tiempo es ya que pronuncie tu nombre. ¿Y quién duda, católicos, que este héroe invicto, cuyas glorias solemnizamos hoy en este augusto templo, reunió en su persona las cualidades brillantísimas de los demas héroes del cristianismo? Como apóstol, ¿no predicó las verdades eternas evangelizando el nombre de Dios en Sion, y reprochando sus infidelidades á Jerusalen? Como apologista, ¿no se opuso cual muro de bronce al torrente devastador de la impiedad, y lanzó de Israel los falsos profetas que la infestaban con sus detestables doctrinas? Como pastor bueno, ¿no gritó fuertemente para ahuyentar los lobos que cercaban la grey del eterno Pastor y librar á sus ovejas de sus formidables garras? Pero tambien calló, señores, y su silencio es el que forma el principal carácter de su heroísmo. Porque léjos de callar como esos falsos pastores que lo son de sí mismos y no de su grey, calló cuando imperiosamente lo exigian el honor de la iglesia y la inviolabilidad de sus dogmas sacrosantos. ¡Qué silencio tan laudable! Muchos callan, y callando se califican de necios cuando ménos, si no de infieles y traidores á su Dios y á los intereses de su augusto ministerio. Juan Nepomuceno calló, y su silencio le mereció la gloria de héroe incomparable, verificándose en él lo que el Señor dijo á su profeta Isaías: « Si dejares de hablar lo que no conviene, nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán para ti en la luz del medio dia. El Señor te dará un perpetuo reposo, llenará tu alma de resplandores, y librará tus huesos de la corrupcion. »

No nos dilatemos mas en los preliminares del elogio de nuestro héroe. Estas palabras nos descubren un vasto campo, y ya vosotros habeis podido comprender la idea de mi asunto al aplicárselas á Juan Nepomuceno. Él es un modelo digno de ser imitado por todos los ministros del santuario, á la par que un motivo de confusion para aquellos que, desentendiéndose de sus deberes sagrados, pliegan ante las arbitrarias exigencias de

la política y del mundano poder. Porque si bien habló y calló cuando así lo exigian el honor de su ministerio y la pureza de su fe, calló tambien y no habló cuando el silencio era un deber de su conciencia; á diferencia de aquellos que, constituídos para ser los conductores y pastores de los pueblos, callan cual perros mudos cuando debian hablar con fuerza y energía, y hablan temerarios en ocasiones que enmudecer debieran. Justo es pues que aprendan y aprendamos todos cuantos ejercemos el ministerio santo que el Señor nos ha confiado en su iglesia, cuándo debemos hablar, y cuándo observar el mas profundo silencio. Juan Nepomuceno será nuestro modelo. En él admirarémos un héroe que hablando cuando debia hacerlo, mereció la gloria de apóstol y defensor de la verdad, y callando con oportunidad, se hizo acreedor á la corona de mártir. Sus palabras le llenaron de honor; su silencio coronó su heroísmo. Hé aquí en dos brevísimas reflexiones trazado el plan del presente discurso.

Vírgen admirable, protectora de los que invocan tu nombre dulce y sacrosanto, dignaos poner en mis labios palabras dignas de asunto tan edificante. Muévase vuestro virgíneo pecho del afecto con que os saludamos como en otro tiempo el celestial arcángel, diciendo reverentes : *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

En el terreno en que me he colocado, no me es posible detenerme un solo momento en trazar el elogio de la infantil edad de Juan Nepomuceno. Preciso me es pasar en silencio los multiplicados signos que desde su misma cuna presagiaron ya en nuestro héroe uno de aquellos hombres grandes, generosos y emprendedores que el Señor tiene reservados en el seno de sus misericordias, para el bien de los pueblos y consuelo de la humanidad. Ni la superioridad de talentos que manifestó desde sus mas tiernos años, ni las cualidades brillantes que le hacian ya entónces ser mirado con veneracion por todos sus compatricios; ni los honores de que se vió rodeado en su juventud, á pesar de su humilde y oscura cuna; nada de esto excita hoy mi admiracion. Si la Bohemia admiró y con justa razon estas dotes que hacian vislumbrar en él un genio privilegiado que vendria á ser con el tiempo el honor de la ciencia, la felicidad del imperio y la gloria de la Iglesia, no se engañó en el juicio que había formado. La universidad de Praga, en cuyo seno derramó las primeras luces de su vasta erudicion confundiendo á sus émulos y asombrando á los mayores talentos de la época, será miéntras exista un monumento irrefragable de la gloria que le merecieron sus palabras. Pero no, no es este el terreno en que Juan Nepomuceno debe colocarse para difundir la brillantez de sus luces. Ni el foro, ni las academias, ni los liceos, ni esos teatros en donde el mundano saber adquiere á veces una inmerecida reputacion, era donde nuestro héroe debia adquirirse una gloria grande y un nombre eterno.

Abríos, puertas del santuario, franquead la entrada á ese nuevo Bautista que de su seno ha de salir un dia para confundir la procacidad de un nuevo Heródes, y sellar con su sangre el testimonio de su incorruptibilidad. ¿Por qué temes, jóven virtuoso? ¿Por qué recelas aspirar al sacerdocio, cuando á él te llama el Señor por medio del oráculo que ha colocado en su iglesia? ¿Y los deseos de tu patria? ¿Y los votos de tus compatricios? Y..... no lo dilates mas; sube, sube al ara santa á recibir la uncion sagrada que debe autorizarte para las grandes empresas del servicio de Dios y de su iglesia. Así es : Juan Nepomuceno asciende á la dignidad sacerdotal : vedle colocado en la eminencia, para derramar de allí por todo el mundo la brillantez de sus resplandores; aquí es donde con toda propiedad empieza la carrera de su apostolado; aquí en donde empieza á hablar. Habla en efecto, y sus palabras no ménos que sus acciones le manifiestan incorruptible, íntegro, incapaz de sacrificar los intereses de su Dios á las políticas exigencias del césar. Praga, semillero entónces de corrupcion y de vicios, oye la voz del nuevo apóstol; admira la libertad santa y la invencible firmeza con que se opone al torrente devastador de las pasiones, y cuenta entre sus primeras conquistas á sus mas encarnizados rivales en la carrera de las ciencias. ¿Qué importa que, como en nuestros dias, tambien entónces hubiese en el seno de la Bohemia hombres que predicándose á sí mismos, de nada ménos cuidaban que de predicar á Jesucristo crucificado? Juan Nepomuceno predicando la cruz del Salvador, reportará mayores triunfos, conquistas mas rápidas, y recogerá frutos mas abundantes que aquellos; porque no busca los aplausos de la multitud, ni los honores de la corte, ni el favor de los potentados ni el incienso de los sabios; busca la gloria de Dios, la salvacion de

las almas, la conversion de los pecadores: lágrimas busca y no una admiracion estéril; arrepentimiento y no el prestigio de mundo. Esto es lo que necesitaba la Bohemia, y esto solo pudo hallarlo en un apóstol cual era nuestro inmortal Nepomuceno.

Pero Dios que tenia sobre su siervo designios de un órden superior, prepara el modo de realizarlos, y le coloca en el seno de la corrupcion y de la inmoralidad, en el teatro de todos los excesos, en donde reina el vicio con impudor, en donde la impiedad tiene apologistas asalariados, en donde la ambicion domina, la lujuria hierve, la hipocresía viene á ser una necesidad, y la lisonja un deber. Tales han sido casi siempre los palacios de los grandes monarcas, y hé aquí pintado el carácter de la corte del rey Wenceslao. Á este asilo de la corrupcion es conducido nuestro héroe por el deseo vivísimo de su facundia, cuya fama en todas las clases se habia ya generalizado. Entra pues con el destino de limosnero mayor; y ¿pensais que el brillo alucinador de los honores terrenales eclipse su vista para que deje de conocer sus deberes y llenarlos exactísimamente? No; aunque para ello haya de luchar contra todo el torrente de unas pasiones tanto mas arraigadas cuanto que se miran autorizadas por el trono mismo. Nada importa á nuestro héroe el verse rodeado de apóstoles venales y asalariados, que corroídos por la ambicion de los altos destinos, solo tratan de lisonjear muellemente los oídos del príncipe, y dorar sus excesos por hacerse un partido entre los áulicos y cortesanos. Juan Nepomuceno nada busca ni desea sino el bien y la felicidad de su país y la gloria de la religion; por eso mira con desprecio todo cuanto puede prometerle el mundo, y solo aspira á hacer reinar la verdad en el sitio que ha usurpado el error. Tendrá émulos, verá conjurarse contra él el odio y la animadversion de hombres afeminados, que le presentarán á la faz del monarca como indigno del destino que ocupa: pero él aborrece un destino que no puede llenar sin hacer traicion á su conciencia y á su Dios. No lo hará pues; hablará como David sin confundirse ni amedrentarse en presencia de los reyes; porque el celo de la casa de sus Dios devora sus entrañas, y prefiere morar un solo dia abyecto y despreciado en la casa del Señor, mas que años mil en el apogeo del honor y de la gloria en los tabernáculos de los pecadores. Habla, y sus palabras son dardos que penetran en el seno de las conciencias culpables, y llevan el terror á los corazones

mas apáticos é indiferentes. En unos reprende la incredulidad: en otros la lascivia; á estos da en rostro con sus escándalos; á aquellos con sus infidelidades é injusticias; y á todos los hace oir el lenguaje enérgico del deber y del convencimiento. Pero sus tiros tenian un punto de direccion especial. Sabia Juan Nepomuceno que una vez enseñoreadas las pasiones del solio, estas se propagan con fácil rapidez en las demas clases del estado. No ignoraba que autorizado el crímen por el monarca, bien presto los vasallos llegan á perder todo género de consideraciones, y rompen la valla del deber. Conocia á fondo el carácter de Wenceslao; habia estudiado minuciosamente sus inclinaciones; leía su corazon, y le miraba corrompido con todo género de excesos. Su deber era no disimular, argüir, sí, reprender, exhortar con todo género de sabiduría y doctrina oportuna é importunamente (1); y así lo ejecutaba, sin faltar empero al respeto que debia al que representaba la autoridad del monarca universal. Sumamente agradecido á sus beneficios, correspondia á la amistad con que le distinguia; amábale como á su rey; pero no le era posible adular sus extravíos. Hubiera sido traidor á la confianza que en él habia depositado Wenceslao, si viéndole correr hácia la sima profunda de la perdicion, no le hubiese manifestado los escollos, y contenídole en su impetuoso curso. ¡Qué intrepidez, qué celo no despliega Juan Nepomuceno! ¡qué desinteres no manifiesta! Cuando vemos todos los dias que un enjambre de viles esclavos de la ambicion sacrifican alevosamente su carácter augusto ante las aras de la inconstante fortuna, para convertirse un dia en monstruos de la mas negra ingratitud, ¡cuánto no se complace nuestro espíritu al contemplar en la corte de Bohemia un hombre, que con solo desear los honores y los mas distinguidos puestos hubiéralos conseguido en el momento, y que léjos de ambicionarlos, los agradece cuando se le ofrecen, pero los renuncia heróicamente, y no los acepta, por consagrarse exclusivamente á las penosas tareas de su ministerio y prestar los mas útiles servicios á su rey, á su religion y á su patria! Juan Nepomuceno es el alma de los negocios mas arduos, el consejero en las dudas mas difíciles, el pacificador de los pueblos, el faro luminoso de todo el reino. En sus manos se depositan los intereses de Bohemia; y su re-

(1) *II. Tim. c. 4. v. 3.*

poso, su prosperidad, su dicha, todo es obra de la reforma que en las costumbres públicas y privadas se ha establecido á impulso de este apóstol admirable.

Entre tanto el mal espíritu que agitaba á Wenceslao, preparábale como á otro Saúl, para ser el perseguidor tenaz de su mas fiel amigo, de su mas incorruptible consejero. Juan Nepomuceno debia ser la víctima del monarca: así lo habia decretado el cielo para dejar á la tierra un monumento eterno de un heroísmo hasta entónces jamas conocido. Aquel varon santísimo que hasta entónces habia hablado con valor é intrepidez inimitable, y sin embargo habia merecido los elogios y la veneracion del mismo á quien reprendiera, iba á ser sacrificado víctima de un silencio tan justo en sus motivos como sagrado en sí mismo. Tiempo es pues que habiéndole contemplado como un celoso apóstol de la verdad por sus palabras, le admiremos por su silencio recibiendo la palma de mártir. Ved aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

Depositario de los secretos de la reina esposa de Wenceslao, Juan Nepomuceno dirigia su conciencia en el tribunal de la penitencia, y aquella alma cándida y naturalmente inclinada á la piedad recibia de dia en dia un nuevo acrecentamiento en la virtud, con los consejos del sabio y virtuoso confesor. Tal es el orígen del silencio que debia un dia merecer á nuestro héroe el mérito de un nuevo martirio, tanto mas glorioso, cuanto que, como se expresa una sabia pluma, jamas hasta entónces se habia visto un tirano que se atreviese á combatir la inviolabilidad del secreto sacramental, ni este habia suministrado víctimas á la fe (1). En efecto, tiernamente apasionado por su consorte, Wenceslao la amaba; pero su amor no era moderado. No sé qué astro fatal, sorprendiendo la turbulenta imaginacion del monarca, llena su corazon de inquietudes cuyo orígen no puede explicarse á sí mismo. Abriga en su pecho dudas y sospechas, que si por una parte injurian altamente la reputacion de la reina, no perturban ménos el reposo del príncipe. La paz ha huído de su pecho; negras sombras cubren su vertiginoso espíritu; la desconfianza abrasa sus entrañas; el odio empieza á ocupar en

(1) *Latour Dupin. Serm. de S. Juan Nepomuc.*

su alma el lugar que ántes ocupaba un cariño excesivo; ya no puede sufrir por mas tiempo su situacion angustiosa, y para pacificar sus inquietudes adopta una resolucion tan punible como horrorosa. Ello es hecho; preciso es derrocar la constancia del santo confesor y arrancarle por fuerza un secreto..... Gran Dios! ¡cuán grande es el imperio de las pasiones! ¡Cuán funestos son los resultados de la irreligion! Mas ¿qué dije? la religion misma parece á veces insuficiente para detener en su impetuoso curso los excesos violentos de una imaginacion borrascosa. Wenceslao da principio á la lucha; y para rendir aquel corazon inexpugnable, prepara sus expresiones con artificio; emplea el cariño, la amistad, todos los resortes pone en movimiento para conseguir que Juan Nepomuceno le revele los secretos de la reina, sabidos por la confesion sacramental. Qué proyecto! ¿Y permitiréis, señor, sucumba la constancia de vuestro siervo á las importunas y sacrílegas exigencias del monarca? No: la sola idea de tan horroroso atentado le llena de terror; estremécese su corazon, pero su fortaleza é intrepidez se acrecientan en proporcion de los peligros que le rodean. Wenceslao manda imperiosamente: quiere ser obedecido; es rey..... mas porque lo sea, ¿puede acaso penetrar en el santuario de la conciencia? ¿No es mas justo obedecer á Dios que al hombre, cuando el hombre desconoce la autoridad de Dios? Bien persuadido está de esto nuestro héroe; y en su consecuencia en vano esperará el monarca atrevido retroceda un ápice; ni pase una línea de los límites que le ha prescrito la religion. Será conceptuado rebelde á la autoridad, cargado de prisiones, aherrojado con duros hierros, oprimido con todo género de vejaciones y molestias; pero sucumbir.....? Nunca. Fiel á su rey, desea obedecerle como vasallo; pero como cristiano no le es posible ejecutar lo que su conciencia le prohibe. Si por una criminal connivencia condescendiese á los caprichosos deseos del monarca, caeria en la animadversion del Monarca supremo y universal, seria traidor á su Dios, incurriria en su eterna indignacion, y esto no es posible. Pero estas consideraciones ninguna fuerza hacen en el despechado corazon de Wenceslao; arde en furor, y manda que Juan Nepomuceno sea sepultado en un tétrico y oscuro calabozo.

Oh mansion del horror! Oh asilo del crímen! ¿Cuándo te viste jamas ocupado por la inocencia y la virtud? Pero la virtud

y la inocencia que en ti moran harán que tus tinieblas se conviertan en claridad de mediodía. Hé ahí la víctima del silencio; sacrifícala en buen hora al sañudo encono de una pasion vil y vergonzosa; pero su secreto..... ni los frios muros de esa tumba podrán saberlos; porque llegado es el tiempo de que ese cadáver viviente que ocultas en tu seno corone su heroísmo, añadiendo con su silencio nuevos laureles á la gloriosa diadema que le tejiera su apostólica predicacion. Mas ántes que sea consumado el sacrificio, preciso es que la malignidad apure sus recursos para vencer la constancia del invicto confesor. Saldrá de la prision; será presentado en la corte; se sentará á la mesa del monarca; este le prodigará sus caricias, y le reiterará las protestas de su amistad..... Mas ah! Juan Nepomuceno conoce el designio que oculta bajo aquellas exterioridades; ve arder en el pecho del monarca un fuego voraz; y aquella calma afectada le permite escuchar á lo léjos el horroroso bramido de la mas cruda tormenta. Esta no tarda en estallar; vuelve á la carga el impío príncipe; agítale de nuevo el furor; manda preparar suplicios; ya no se trata de contemporizar, trátase únicamente de una venganza horrorosa. Señor! sostened la constancia de Juan Nepomuceno! ¡Sellad sus labios para que no descubra el secreto que se le exige! Mas ¿qué temeis, católicos? ¿Es por ventura nuestro héroe uno de esos hombres de dos rostros, de dos lenguas, á quienes detesta el Señor? (1) ¿Es del número de aquellos que contradicen hoy lo que ayer dijeran altamente, por no perder su libertad, su prestigio, ó bien por optar á mayores empleos, á mas altos destinos? Sea este norabuena el carácter de esos esbirros del mundano poder, de esos raquíticos aduladores del trono, de esos viles esclavos de la política incrédula, prontos á plegarse á sus exigencias siempre que de su infidelidad puedan prometerse ventajas, cruces, honores, oro ó predominio sobre sus semejantes. Juan Nepomuceno no conoce ese código de mera oportunidad; no observa sino aquel en donde se hallan marcados los deberes del discípulo del Crucificado. Léjos de avergonzarse de la cruz, forma de los padecimientos su honor y su felicidad, porque sufre la ignominia por el nombre de Jesus. Así que, sordo á las súplicas, superior á las amenazas, insensible á los tormentos, indiferente á las lágrimas... ni aun

(1) *Proverb. c. 8. v. 13,*

la emperatriz misma es capaz de hacerle ceder á los deseos del monarca. Resístese denodadamente; calla; no es posible vencerle. ¿Qué hará pues Wenceslao? Bien lo conoce el invicto confesor; mas no por eso se desalienta. Sabe anticipadamente su martirio; le anuncia; predice los horrores que han de caer sucesivamente sobre aquel reino desventurado, y los crímenes y las herejías que han de afligir á la iglesia. Entre tanto el tiempo urge.... fuerza es romper el silencio ó prepararse á la muerte. Optad, le dice el monarca, elegid entre estos dos extremos. El imperturbable prisionero calla, enmudece, y su silencio es la sentencia definitiva de su muerte. Ya está entregado en manos de sus ejecutores; las aguas del Moldaw son su suplicio. Vedle ya sumido en aquel caudaloso rio. Juan Nepomuceno desaparece de la vista de los circunstantes; pero bien pronto se patentiza su gloria, á la par que el crímen del impío monarca, y se verifica en nuestro augusto mártir lo que predijera el Señor por Isaías: que por haber observado un debido y justo silencio, dióle el Señor un perpetuo reposo, y libró sus huesos de la corrupcion.

En efecto las mismas aguas que le habian sepultado en sus abismos, le arrojan de su seno con indecible gozo de los buenos católicos, que se apresuran á tributar los mas cordiales obsequios á la memoria de un héroe que ha dejado vinculado á la Bohemia un recuerdo perpetuo de constancia é intrepidez, que le llena de gloria y le merece los aplausos de todo el universo. El sepulcro del mártir es un santuario en donde el pobre halla el remedio de sus necesidades, el afligido el consuelo en sus infortunios, el enfermo la salud, y los que gimen bajo el peso de la negra calumnia recobran el honor, la reputacion y la inocencia, bienes de todo punto mas preciosos que el oro y que las felicidades todas de este siglo. Su sangre fresca y líquida, su lengua incorrupta, instrumento de su incomparable heroísmo, permanecen hoy como un testimonio irrefragable de su gloria, no ménos que del oprobio que pesa y pesará siempre sobre el nombre aborrecible de su infiel tirano.

Tiemblen pues todos cuantos, imitando la conducta del sacrílego y criminal Wenceslao, osaren penetrar con mano aleve en el sagrado de la conciencia de sus súbditos, para exigir de ellos condescendencias que en lo mas mínimo puedan comprometer su carácter augusto. Teman, sí, que el Señor ejerza sobre

ellos los castigos de su inflexible justicia, haciendo que, no solo en la eternidad, sino tambien en tiempo vengan á ser objetos de horror y abominacion; y que sus nombres marcados con el sello de la inhumanidad, no sean pronunciados sino para lanzar contra su memoria los anatemas á que les hicieran acreedores los horrores de su impía dominacion.

No así los ministros del santuario que, fieles imitadores de Juan Nepomuceno, supieren sostener y defender los intereses de su Dios, de su religion, y la pureza de sus dogmas contra la procacidad de la incrédula é impía política del siglo. Estos, no ménos que nuestro ínclito mártir, serán dichosos en eternas generaciones; su memoria será preciosa en los fastos de la humanidad y de la religion; su constancia será siempre admirada, elogiado su heroísmo, y perpetua y sin término su gloria.

¡Plegue á vos, oh Dios de bondad, renovar en el seno de vuestra esposa amada el espíritu de celo y de constancia de vuestro siervo querido Juan Nepomuceno! Sellad, Señor, los labios de vuestros ministros para que jamas profieran expresion alguna que en lo mas mínimo pueda comprometer los intereses que habeis depositado en sus manos. Haced que todos cuantos estamos investidos de la augusta potestad que por vuestros apóstoles nos legásteis, sepamos llenar los deberes á ella consiguientes; que seamos puros, íntegros, incorruptibles, constantes, firmes para arrostrar los peligros y la muerte ántes que faltar á nuestra conciencia y á nuestras sagradas promesas; á fin que despues de cumplir, como buenos administradores de vuestros bienes, nuestra mision sagrada, seamos dignos de recibir la eterna recompensa que nos teneis prometida en la mansion de la inmortalidad.

SERMON

DE SAN JUAN DE SAHAGUN.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Beati pacifici.
Bienaventurados los pacíficos.
S. Mateo, c. 5. v. 9.

Sed humildes, mansos, suaves, afables y pacientes: sufríos mutuamente vuestros defectos, y procurad sobre todo conservar entre vosotros una perfecta union de espíritu, sin romper jamas aquel vínculo de paz que deberia ser indisoluble; dad á entender á todos que sois un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Así lo encargaba el Apóstol á los primeros fieles (1), y así deben ser los discípulos de Jesucristo, si han de gloriarse del nombre de cristianos. La paz en la tierra á los hombres de buena voluntad es lo que trajo Jesus al mundo en su nacimiento. Este es el precepto del Señor, el que nos amemos unos á otros; este es el mandamiento que nos encarga y repite con frecuencia; en esto quiere que conozcan todos que somos discípulos de un rey pacífico: en que estamos unidos con los vínculos del amor y la paz; esto pide el mismo Jesus á su eterno Padre para nosotros, rogándole que seamos todos uno solo por la union de nuestra voluntad, así como están unidos él y su Padre. Esto es lo que deseaba Jesus y lo que decia cuando saludaba á sus apóstoles, *pax vobis*: la paz sea con vosotros. El mismo san Pablo exhortando á los fieles á seguir lo mejor, nos dice expresamente que la caridad es el superior y mas eminen-

(1) *Ad Ephes, c. 4.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos los castigos de su inflexible justicia, haciendo que, no solo en la eternidad, sino tambien en tiempo vengan á ser objetos de horror y abominacion; y que sus nombres marcados con el sello de la inhumanidad, no sean pronunciados sino para lanzar contra su memoria los anatemas á que les hicieran acreedores los horrores de su impía dominacion.

No así los ministros del santuario que, fieles imitadores de Juan Nepomuceno, supieren sostener y defender los intereses de su Dios, de su religion, y la pureza de sus dogmas contra la procacidad de la incrédula é impía política del siglo. Estos, no ménos que nuestro ínclito mártir, serán dichosos en eternas generaciones; su memoria será preciosa en los fastos de la humanidad y de la religion; su constancia será siempre admirada, elogiado su heroísmo, y perpetua y sin término su gloria.

¡Plegue á vos, oh Dios de bondad, renovar en el seno de vuestra esposa amada el espíritu de celo y de constancia de vuestro siervo querido Juan Nepomuceno! Sellad, Señor, los labios de vuestros ministros para que jamas profieran expresion alguna que en lo mas mínimo pueda comprometer los intereses que habeis depositado en sus manos. Haced que todos cuantos estamos investidos de la augusta potestad que por vuestros apóstoles nos legásteis, sepamos llenar los deberes á ella consiguientes; que seamos puros, íntegros, incorruptibles, constantes, firmes para arrostrar los peligros y la muerte ántes que faltar á nuestra conciencia y á nuestras sagradas promesas; á fin que despues de cumplir, como buenos administradores de vuestros bienes, nuestra mision sagrada, seamos dignos de recibir la eterna recompensa que nos teneis prometida en la mansion de la inmortalidad.

SERMON

DE SAN JUAN DE SAHAGUN.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Beati pacifici.
Bienaventurados los pacíficos.
S. Mateo, c. 5. v. 9.

Sed humildes, mansos, suaves, afables y pacientes: sufríos mutuamente vuestros defectos, y procurad sobre todo conservar entre vosotros una perfecta union de espíritu, sin romper jamas aquel vínculo de paz que deberia ser indisoluble; dad á entender á todos que sois un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Así lo encargaba el Apóstol á los primeros fieles (1), y así deben ser los discípulos de Jesucristo, si han de gloriarse del nombre de cristianos. La paz en la tierra á los hombres de buena voluntad es lo que trajo Jesus al mundo en su nacimiento. Este es el precepto del Señor, el que nos amemos unos á otros; este es el mandamiento que nos encarga y repite con frecuencia; en esto quiere que conozcan todos que somos discípulos de un rey pacífico: en que estamos unidos con los vínculos del amor y la paz; esto pide el mismo Jesus á su eterno Padre para nosotros, rogándole que seamos todos uno solo por la union de nuestra voluntad, así como están unidos él y su Padre. Esto es lo que deseaba Jesus y lo que decia cuando saludaba á sus apóstoles, *pax vobis*: la paz sea con vosotros. El mismo san Pablo exhortando á los fieles á seguir lo mejor, nos dice expresamente que la caridad es el superior y mas eminen-

(1) *Ad Ephes, c. 4.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te de todos los dones de la gracia. Que es mayor que la fe y que la esperanza; mejor que aquella fe de tanta virtud que traspasa los montes de un lugar á otro, mejor que el martirio, y mas eminente y apreciable que la ciencia. Que sin la paz nada somos, nada valemos, y nuestras oraciones, nuestras penitencias, nuestros sacrificios serán odiosos al Señor si no tenemos caridad, si no nos amamos y reconciliamos primero con nuestros hermanos, si no tenemos paz.

El cristiano que tiene esta dichosa paz, el que no hace mal á otro, el que vuelve bien por mal, el que está dispuesto á hacer bien á todos y procurar que consigan la paz; el cristiano pacífico ¿no nos asegura el mismo Jesucristo que es bienaventurado y que será llamado hijo de Dios y heredero tambien de las promesas de Dios? Si san Juan de Sahagun fué pacífico, si la virtud dominante y el carácter especial con que se nos da á conocer y con que se distinguió este glorioso santo, objeto de nuestros cultos y honor de nuestra patria, es el amonestar, exhortar y procurar por todos los medios la paz á los pueblos, hasta morir por conseguirla, ¿no está formado ya su completo elogio por el mismo Jesucristo que le declara bienaventurado é hijo de Dios?

Hay, dice san Bernardo, hombre pacato, que es aquel que vuelve bien por bien, y en cuanto está de su parte no quiere hacer mal á nadie. Hay hombre paciente, y es aquel que no solo no vuelve mal por mal, sino que está dispuesto á sufrir al que le hace el mal; y hay hombre pacífico, que es el que vuelve bienes por males, y está pronto á ser útil al mismo que le hizo daño. El primero, dice el mismo santo, es un párvulo, y con dificultad podrá conseguir la salud eterna en este mundo lleno de escándalos y peligros. El segundo con su paciencia será dueño de su alma, como está escrito. Y el tercero, no solo poseerá su alma, sino que logrará muchas almas para Dios. El primero, en cuanto está de su parte, tiene paz: el segundo la conserva; y el tercero la hace y la da á los demas, y con razon se le llama bienaventurado y se le honra con el título de hijo de Dios, porque hace las obras propias del Hijo de Dios, que son reconciliar á los hombres con el Padre celestial. Y si el que sirve bien al Señor, el que es su ministro y cumple los oficios de su ministerio se sentará y estará con él en el cielo, el que cumple los encargos y hace las obras propias de hijo,

será su heredero y entrará en la posesion dichosísima de todos sus bienes. Esta fué la suerte de nuestro santo patrono san Juan de Sahagun, porque fué pacífico.

Bien lo sabeis, hermanos mios, porque no os son desconocidos los méritos y virtudes de este santo; porque vuestra devocion no interrumpida le ofrece estos cultos cada vez mas fervorosos y se complace en oir todos los años la historia del que tanto amó á nuestros padres y ahora se interesa por nosotros en el cielo. Lo sabeis, pero yo sin temer molestaros os lo voy á recordar para honor suyo, y para que procuremos todos ser pacíficos para ser bienaventurados.

Recurramos ántes á la reina de la paz, á María santísima, implorando por su medio los auxilios de la gracia: *Ave María.*

Este mundo es el lugar destinado para la tentacion y la pelea, y no podemos buscar en él la gloria, sino la paz. En esta continua lucha en que ademas de los enemigos extraños los tenemos tambien domésticos é interiores, porque la carne se rebela contra el espíritu, y el espíritu tiene que estar en una continua alarma para refrenar los movimientos y concupiscencias de la carne, debemos procurar tener paz con Dios, paz con nosotros mismos y paz con nuestros prójimos, si queremos triunfar, ser pacíficos y llegar á ser bienaventurados. La bienaventuranza prometida á los pacíficos, dice el padre san Leon, no es para cualquiera paz y cualquiera concordia; sino para aquello de que dice el Apóstol: *Tened paz con Dios.* Y el Profeta real: *concede el Señor una paz abundante á los que aman su ley, y les fortalece contra todos los escándalos.*

No pueden gloriarse de tener esta paz, por mas que estén íntimamente unidas entre sí, aquellas almas que no están unidas con la voluntad de Dios. Están muy léjos de llegar á la dignidad de esta paz aquellos que convienen en unos mismos deseos depravados, en unos mismos vicios, y se unen para cometer los crímenes. El amor del mundo no puede unirse con el amor á Dios, y no puede llegar á la union de los hijos de Dios el que no se aparta de la corrupcion de la carne. Es pues necesario para ser verdaderamente pacífico empezar por tener paz con Dios, no apartarse de su ley, tener el alma dispuesta

siempre á hacer la voluntad de Dios, y procurar, despues de tener esta paz en sí mismo, que la tengan los demas.

Así nos dió el ejemplo san Juan de Sahagun. Era un niño y reprendia ya con gravedad y modestia las travesuras y vivezas de los otros; y con admiracion de los grandes exhortaba á que no jurasen, que no hablasen mal, que fuesen modestos y obedientes á sus padres, que no cometiesen jamas un pecado ni se hiciesen enemigos de Dios. Sabia bien que no hay paz para los impíos, y aborrecia el vicio y procuraba que todos le aborreciesen. Fué fruto de las fervorosas súplicas, de las oraciones continuas con que sus padres Juan González de Castrillo y Sancha Martinez pidieron al Señor y á su santísima Madre que les concediera los hijos que parecia queria negarles; y como don conseguido á fuerza de ruegos, fué un fruto de bendicion.

No se disipó su modestia, su inocencia, su sólida virtud con la edad de las pasiones, con el contagio de las compañías corrompidas, con el favor de la fortuna, ni con la proteccion de los grandes. En la misma villa de Sahagun donde nació en el siglo XV, se dedicó al estudio de las letras en el monasterio de monjes benedictinos. El arzobispo de Búrgos don Alonso de Cartagena le tomó en el número de sus familiares y le honró con su singular aprecio. Le ordenó de sacerdote y le dió una canongía y un beneficio de Tañebuis, y el abad de Sahagun le dió tambien una rectoría y dos capellanías en prueba del amor que le profesaba. Bien se le vió adelantar en las ciencias; pero se le vió tambien conservar y aumentar cada vez mas sus virtudes aun en medio de los favores que le proporcionaba el mundo, y que con frecuencia llevan consigo la corrupcion del corazon y la separacion de Dios. Se le vió renunciar el beneficio curado de Codornillos, por no avenirse su conciencia á gozar rentas eclesiásticas cuando no podia desempeñar las cargas por sí mismo. Se le vió desprenderse generosamente de todos sus beneficios y prebendas, y pedir permiso para salirse del palacio del arzobispo, para vivir mas desembarazado y libre de estorbos para servir á su Dios, y contento con una pobreza evangélica, dedicarse á mirar por su alma y á procurar la salvacion de los demas, desempeñando su ministerio con un celo apostólico. Se le vió sin otros títulos que el de agregado á la iglesia de santa Águeda, ni otras rentas que las de una corta

capellanía, predicar la penitencia y exhortar á la virtud y al menosprecio del mundo; y para que no fueran estériles sus discursos, se le vió predicar con su ejemplo, con sus penitencias y mortificaciones, con sus admirables virtudes; ejecutar en sí mismo lo que anunciaba á los demas.

Oye la situacion lamentable en que se hallaba la ciudad de Salamanca, agitada por los partidos y disensiones y entregada á los odios y venganzas, sin que hubiese medio de apaciguar á sus habitantes, ni estorbar los desórdenes, pendencias y muertes hasta en los mismos templos, y lleno de compasion se encamina á evangelizar la paz. Vos le inspirásteis, Dios mio, esta resolucion, compadecido de las miserias y movido de las oraciones de los justos de aquella ciudad. Vos le condujísteis á ser el íris de paz y el preservativo de la ruina de tantas almas redimidas con vuestra sangre. Predica, declama contra el odio, las enemistades y venganzas, hace ver lo abominable de los vicios que arruinan aquella ciudad; y sus habitantes le miran como un Jonas enviado por Dios para salvarlos. Habla con el corazon, y comunica á sus oyentes el amor á la paz que tan profundamente se halla arraigado en su alma. Le admiran los mismos colegiales del mayor de san Bartolomé, y le suplican que admita la beca de capellan en su colegio. Continuó sus estudios y recibió los grados mayores en aquella universidad. Pero no le ha conducido á Salamanca el ansia de honores, de adelantar en las ciencias, ni proporcionarse intereses ni comodidades. Solo le ha traído el deseo de dar la paz santa del Evangelio á sus habitantes. Verdad es que reparte el tiempo entre sus estudios y atenciones del colegio y las tareas de su ministerio sacerdotal; pero antepone dedicarse á estas con toda libertad y desahogo, desembarazado de toda otra atencion, y despues de algun tiempo se retira á la casa de un venerable sacerdote para ocuparse exclusivamente en la direccion de las almas por medio del púlpito y del confesonario.

Tú le viste con un celo infatigable, ciudad de Salamanca, dispensar los consuelos, el alivio y el sustento de la religion á todo género de personas. Tú le viste destruir tus facciones, desvanecer tus rivalidades y hacer renacer la paz en el seno de tus familias. Tú oiste sus palabras y presenciaste sus ejemplos, y no pudiste ménos de rendirte á la voz irrisistible de este apóstol. ¿Qué importa que las penitencias y austeridades, que las fati-

gas de su ministerio le quiten la salud y le acarreen una enfermedad que le pone á las puertas de la muerte, con tal de que logre alcanzar la paz de las almas y ganarlas para su Dios? De esta molestia toma ocasion para mejorar su vida, y ofrece abandonar el mundo y entrar en religion si logra la salud. Gloríate, convento de san Agustin de la ciudad de Salamanca, y abre tus puertas á ese novicio, que no viene á sepultar en tus claustros los despojos de un hombre vicioso y corrompido, sino á acrisolar y perfeccionar su virtud; á ser el ejemplar de tus religiosos y la gloria con que te honrarás algun dia. Llora su pérdida, ciudad que le ves sepultarse en el retiro... Pero no: concluirá su noviciado sujetando su cuerpo á las austeridades mas espantosas, como si fuera reo de grandes crímenes que expiar; abrazará la pobreza, la obediencia, la abnegacion de sí mismo, se perfeccionará en la oracion y alimentará su alma con los grandes consuelos que recibe en los divinos oficios y en la celebracion del santo sacrificio de la misa; se pondrá en una perfecta paz con su Dios y consigo mismo, y volverá á ti á procurarte esta paz con mayor celo y con mayor eficacia, sin que pierdas nada por tenerle en el claustro bajo la regla del grande Agustin.

Sin faltar en lo mas mínimo al desempeño de sus deberes religiosos y empleos que le confiaron en la comunidad, volvió á ocuparse en la predicacion y en reprender los odios que se reproducian de nuevo. Lleno de una uncion divina, hacia ver los horrorosos atentados y delitos sangrientos á que conduce el deseo de la ira y la venganza; abria el infierno á su vista y presentaba los terribles castigos de aquella estancia de desórden y confusion para los que no apetecen la paz. Vos le inspirásteis, Señor, y nada dejó por hacer para que se restableciese el órden y se reconciliasen todos abrazando la paz, el perdon y el olvido de las injurias.

No pudieron sufrir los revoltosos con paciencia tanta libertad y celo de san Juan de Sahagun en hacer la guerra al vicio de la ira y la pasion de las venganzas; ocasionáronle pesadumbres y disgustos y atentaron contra su vida; pero el Señor le protegió visiblemente; sus enemigos tuvieron que pedirle perdon postrados á sus piés y encomendándose á sus oraciones, para que el Señor los librase de la pena con que castigaba su inicuo atentado. El siervo de Dios les echa su bendicion, y quedaron sanos, acreditando así su santidad lo patente de sus milagros. Estos se repitieron, y el Señor ademas del don de hacer milagros, le honró tambien con el don de profecía y el de descubrir los secretos que pasaban en los corazones: pero no por esto rebajó en algo su humildad, ni aquel concepto tan pobre que tenia de sí mismo, ni aquel temor de que le estimasen en algo: nada queria para sí, ni se atribuía á sí, sino todo á su Dios y para su Dios: su deseo no fué otro que procurar la paz, y á esto contribuyó tambien con las limosnas depositadas en sus manos por personas piadosas, para dirigirse á las almas procurando su bien espiritual y temporal al mismo tiempo, y con sus milagros mandando á las enfermedades y á la muerte que desapareciesen; y las enfermedades y la muerte le obedecian.

Los esfuerzos de tres reyes no bastaron á apaciguar los enfurecidos bandos de Salamanca, y san Juan de Sahagun lo consiguió siendo pacífico en sí mismo y con su Dios, y alcanzando con su celo y sus fatigas que lo fuesen aquellos desgraciados habitantes. Fué pacífico, y el Señor le premió con su bienaventuranza. Cumplió el oficio de los hijos de Dios, procuró sin descanso la paz, y el Señor le llamó á hacerle participante de su herencia. Murió santamente edificando con su ejemplo, así como habia edificado á todos durante su vida. Desde el cielo pide y se interesa con el Todopoderoso para que nos conceda la paz; la paz con Dios, la paz con nosotros mismos y la paz con nuestros prójimos. Unamos nuestras súplicas á las suyas, animémonos con el ejemplo de nuestro santo, y cobremos aliento para resolvernos á ser pacíficos, contemplando la gloria que ahora disfruta y la bendicion que acompaña en la tierra á su nombre y su memoria. Bendicion que no concede el mundo á los mas esforzados capitanes y guerreros que llevaron el espanto y terror delante de sí. Suspiremos por ser pacíficos, y seremos del número de los hijos de Dios.

De otra suerte seremos hijos de Satanas, porque si se llaman hijos de Dios los que tienen y procuran la paz, dice san Gregorio, los que tienen y procuran los odios y discordias, sin la menor duda deben llamarse hijos del diablo y acreedores á sus tormentos; hacen las obras del diablo, porque así como no hay cosa mas preciosa delante de Dios que la virtud del amor y caridad, así no hay cosa mas agradable y satisfactoria para el demonio que el destruir los vínculos de la caridad. Y á la ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, hermanos mios, si son hijos de Dios los que observan, procuran y fomentan la paz justa y santa con Dios y con los hombres ¿de quién han de ser hijos los que siembran discordias, los que promueven los tumultos, las disensiones, los odios y venganzas en las familias, en los pueblos, en las comunidades, en la iglesia y en los reinos, sino del diablo cuya voluntad hacen? Nuestro Dios no es Dios de la disension, sino de la paz: Jesucristo es el mediador y la víctima de la paz, el rey pacífico, la paz misma que con su sangre derramada en el sacrificio de la cruz reconcilió al cielo con la tierra. El Espíritu santo es el inspirador y el vínculo de la paz. La iglesia es el reino y la casa de la paz, en que deben habitar todos como si fueran hermanos; sus límites puestos por el Señor son la paz, y donde no hay paz no hay ya hijos verdaderos de la iglesia. Sus sacerdotes, prelados y ministros, son ministros y encargados de dar la paz y conservarla, son los que llevan y evangelizan la paz, y con ella todos los bienes.

¿Qué diremos ya para conservar nuestros odios, nuestras enemistades, venganzas y discordias? Nada sino recurrir á vos, glorioso santo, reconocer nuestra obcecacion y nuestros desvaríos, y pediros que nos alcanceis del Señor el don de la paz con Dios, con nosotros y con nuestros prójimos. Nada sino alabaros y bendeciros porque gozais una gloria que nunca se acabará, con Dios y sus ángeles y santos; una gloria con que premia el Todopoderoso á los pacíficos: y ofreceros nuestros votos para que nos alcanceis el que os imitemos, el que seamos pacíficos y os acompañemos despues en los gozos del cielo. Amen.

SERMON

DE LA BEATA JUANA DE AZA,

MADRE DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE BORDOY.)

Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei.
Yo empero, á la manera de un fértil olivo, subsistiré en la casa de Dios.

Salmo 51.

Despues de los largos dias de afliccion y amargura en que se viera la iglesia, y en que los enemigos declarados del santo nombre del Señor se prometieran abolir de sobre la faz de la tierra los cultos y adoraciones que á su divina Majestad debidamente se tributan; arrancar del pecho de los mortales el dulce consuelo de invocar en sus cuitas y trabajos la proteccion y valimiento de sus queridos siervos; y colocar en el lugar santo los ídolos de sus pasiones y las imágenes de sus desenvolturas y libertinaje; vengo en el dia de hoy, amados oyentes, á anunciar las bondades y misericordias del Dios de Jacob, que con mano larga ha dispensado á su estimado Israel; y á cantar los brillantes triunfos que han henchido de gozo y satisfaccion á su querida esposa, alcanzados sobre sus émulos envidiosos de su honor y de su gloria. Porque el Señor que guarda su viña se ha levantado del profundo sueño en que al parecer dormia; y su voz, como rugido de leon, ha resonado en los desiertos y collados de los montes, llenando de espanto y terror al lobo y al javalí, que con sus afilados colmillos amenazaban destrozar sus abundantes y sabrosos racimos; porque escrito está, que el guardador de Israel no duerme ni dormirá jamas, cuando interesan la conservacion y defensa de su heredad, lanzando mira-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, hermanos mios, si son hijos de Dios los que observan, procuran y fomentan la paz justa y santa con Dios y con los hombres ¿de quién han de ser hijos los que siembran discordias, los que promueven los tumultos, las disensiones, los odios y venganzas en las familias, en los pueblos, en las comunidades, en la iglesia y en los reinos, sino del diablo cuya voluntad hacen? Nuestro Dios no es Dios de la disension, sino de la paz: Jesucristo es el mediador y la víctima de la paz, el rey pacífico, la paz misma que con su sangre derramada en el sacrificio de la cruz reconcilió al cielo con la tierra. El Espíritu santo es el inspirador y el vínculo de la paz. La iglesia es el reino y la casa de la paz, en que deben habitar todos como si fueran hermanos; sus límites puestos por el Señor son la paz, y donde no hay paz no hay ya hijos verdaderos de la iglesia. Sus sacerdotes, prelados y ministros, son ministros y encargados de dar la paz y conservarla, son los que llevan y evangelizan la paz, y con ella todos los bienes.

¿Qué diremos ya para conservar nuestros odios, nuestras enemistades, venganzas y discordias? Nada sino recurrir á vos, glorioso santo, reconocer nuestra obcecacion y nuestros desvaríos, y pediros que nos alcanceis del Señor el don de la paz con Dios, con nosotros y con nuestros prójimos. Nada sino alabaros y bendeciros porque gozais una gloria que nunca se acabará, con Dios y sus ángeles y santos; una gloria con que premia el Todopoderoso á los pacíficos: y ofreceros nuestros votos para que nos alcanceis el que os imitemos, el que seamos pacíficos y os acompañemos despues en los gozos del cielo. Amen.

SERMON

DE LA BEATA JUANA DE AZA,

MADRE DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

(DE BORDOY.)

Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei.
Yo empero, á la manera de un fértil olivo, subsistiré en la casa de Dios.

Salmo 51.

Despues de los largos dias de afliccion y amargura en que se viera la iglesia, y en que los enemigos declarados del santo nombre del Señor se prometieran abolir de sobre la faz de la tierra los cultos y adoraciones que á su divina Majestad debidamente se tributan; arrancar del pecho de los mortales el dulce consuelo de invocar en sus cuitas y trabajos la proteccion y valimiento de sus queridos siervos; y colocar en el lugar santo los ídolos de sus pasiones y las imágenes de sus desenvolturas y libertinaje; vengo en el dia de hoy, amados oyentes, á anunciar las bondades y misericordias del Dios de Jacob, que con mano larga ha dispensado á su estimado Israel; y á cantar los brillantes triunfos que han henchido de gozo y satisfaccion á su querida esposa, alcanzados sobre sus émulos envidiosos de su honor y de su gloria. Porque el Señor que guarda su viña se ha levantado del profundo sueño en que al parecer dormia; y su voz, como rugido de leon, ha resonado en los desiertos y collados de los montes, llenando de espanto y terror al lobo y al javalí, que con sus afilados colmillos amenazaban destrozar sus abundantes y sabrosos racimos; porque escrito está, que el guardador de Israel no duerme ni dormirá jamas, cuando interesan la conservacion y defensa de su heredad, lanzando mira-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das de furor al temerario que intentase disputarle sus derechos y turbar el sosiego de sus ovejas, extendiendo sobre ellas sus sacrílegas manos para dañarlas impunemente. No; no han de ser siempre dias de luto y quebranto para la esposa del Cordero; el tiempo ha llegado ya de que, á la manera de la mujer extraordinaria del Apocalípsis, vista las telas ricas y preciosas del oriente, ciña sus sienes con corona de brillantes estrellas; cubra su agraciado cuerpo con los resplandores del sol; calzen sus piés finas y delicadas sandalias; y se apoye como sobre su peana en un trono de blancas y hermosas nubes. ¡Cómo al momento los moradores de la bienaventurada Sion hacen resonar los cánticos de bendicion y de gloria al que está sentado sobre todos los tronos, y se llama veraz y justiciero, y dicen á su esposa mil loores por sus sangrientos combates y gloriosas hazañas, colgando de sus muros los despojos ganados en batalla, y tremolando sobre sus baluartes las banderas de sus triunfos y victorias. Así es que mi corazon da saltos de alegría y mi alma engolfada en la muchedumbre de recuerdos dulces que tan venturoso dia excita en mi memoria, no puede ménos de fijarse en el que le ofrece como la obra particular de las manos del Eterno, destinado tan solo para el contento y regocijo de sus criaturas, por los prodigios y maravillas que en él ha obrado su brazo omnipotente. En los anales de la iglesia se escribirá con letras de oro; y el eco de su fama se oirá en las mas remotas extremidades de la tierra.

Pero ¿por qué retardo tanto en señalaros el objeto de estas amorosas efusiones de mi corazon enternecido, y de vuestra espectacion devota, que os ha reunido al pié de estos altares, para acompañarme en los sentimientos de gratitud y alabanza al Todopoderoso, y bendecir con el profeta su memoria, por haber hecho ostension y alarde de su poder, ensalzando á sus siervos á la mas elevada grandeza? ¿Y por qué dilatarme en recordaros la sabia y amorosa conducta que ha observado siempre el divino Salvador en las humillaciones y abatimientos de su querida esposa, cuando solo al pronunciar el dulce nombre de la beata Juana de Aza, dichosa madre de santo Domingo de Guzman, cuya devota imágen colocada en este altar con pompa y magnificencia, se expone á la pública veneracion de los fieles con autoridad de Leon XII, de feliz memoria, al momento reconoceréis el poderío y triunfos de la cruz del Redentor; los

gloriosos frutos que brotaron de su sangre derramada en el monte Calvario; y el trono de gloria y majestad que levantaron sus oprobios y abatimientos? Fijad si no en ella vuestra atencion, y al instante se os representará la expresion mas viva del poder de la divina gracia; de la comunicacion mas íntima de celestiales dones y carismas y del particular cariño y proteccion del cielo. De tal manera se agradó el Señor de esta alma bella, que la separó de entre las demas hijas de Jerusalen, para que en el dia destinado en sus eternos consejos fuese la humilladora de sus enemigos, y la gloria y honorificencia de su pueblo. De este modo ha dado cumplimiento á sus divinas promesas, y se han verificado los designios de amor que meditaba sobre su nacion escogida.

Y en verdad, ¿cómo es posible considerar de otra manera á esta heroína de la gracia, habiendo sido ella como la pequeña nube de Elías, que extendiéndose por toda la tierra, la ha fertilizado con abundantes y saludables aguas: como la fuentecita de Mardoqueo, que en un instante se convirtió en anchuroso y caudaloso rio: y como la pequeña semilla del Evangelio, que habiendo crecido en alto y robusto árbol, cobijaban sus ramas las aves del cielo? ¡De cuántos bienes no le es deudora la iglesia! de cuántos servicios el estado! y de cuántos ejemplos de virtud todos nosotros! Consecuencia feliz y necesaria de los preciosos frutos de justicia y santidad que en abundancia produjo Juana de Aza en toda la dilatada carrera de su vida; y que me precisan á contemplarla á la manera de un fértil olivo plantado en la casa de Dios. Carácter por cierto el mas propio de nuestra beata, y que será el asunto de este panegírico y el objeto de vuestra atencion.

Pero de vos solo, Señor, que fuisteis el cuidadoso cultivador de este frondoso árbol, y que tantas veces regasteis con las aguas de vuestros dones y gracias, espero las fuerzas que necesito para alabar y engrandecer como se merecen los excelentes frutos que vos mismo le hicisteis producir. Nosotros confesamos que han sido obra de vuestra eleccion y cariño; y así no permitais que mis expresiones menoscaben en manera alguna su hermosura y perfeccion. Si hay tiempo, Señor, en que necesito de vuestra particular ayuda, es ahora, en que se interesa vuestra gloria, el honor de vuestra sierva querida y el lustre y esplendor de vuestra iglesia. No ensordezcais á mis voces, y fortaleced mi

tímido corazon, para que alentada mi voz con vuestra gracia, anuncie con dignidad y aprovechamiento de mis oyentes vuestra divina palabra. Y vos, Vírgen inmaculada, que haceis alarde de socorrer á los necesitados, aquí está uno que implora con fervor vuestro valimiento y proteccion. No me desampareis, Señora, y conózcase que valen mucho vuestros ruegos para con vuestro Hijo querido. A este fin os bendecimos y saludamos con el ángel llena de gracia. *Ave María.*

Ello es un principio cierto y bastante luminoso, grabado por la naturaleza en nuestros pechos, que para que el hombre cumpla con su deber, es preciso trabaje incesantemente en dar en todos tiempos frutos dignos de justicia y santidad. Así lo exigen imperiosamente los altos fines á que le destinó el Señor en su creacion; las relaciones que para con la sociedad contrae por su nacimiento; y el cumplimiento de los preceptos de la ley á que el Hijo de Dios vino á sujetar toda la tierra. Verdad es esta que nunca borrarán ni las burlas y rencillas de los impíos, ni los razonamientos y discursos de los malvados; pues que seguramente no han podido las manos creadoras de un Dios perfecto, que es esencialmente la misma justicia y santidad, fabricar una obra marcada con los caractéres de su poder y sabiduría, y destinarla tan solo para el vicio y la maldad. Destinos mas altos y mas nobles corresponden á la dignidad del artífice que la ha formado, y á la perfeccion y excelencia con que de un modo tan singular la ha enriquecido. No á otro objeto por cierto se dirigen las expresiones de las divinas Escrituras, cuando con un lenguaje elevado y sublime llaman á los pasos del justo caminos derechos y sendas de luz; y cuando el divino Salvador encarga estrechamente á sus discípulos, enderezen de tal manera su conducta, que por ella puedan ensalzar al Padre celestial que está sentado sobre los cielos. Y en verdad, ¿qué ideas tan mezquinas y qué juicio tan menguado formaríamos nosotros del hombre, si el placer y el regalo, las diversiones y holganza hicieran el círculo de los dias de su existencia, y señalaran la marcha de sus movimientos y operaciones? El bruto entónces seria su semejante: y el glorioso distintivo que Dios puso en su frente se confundiria con los arrebatos violentos de fieras indómitas, y con los apetitos sucios de animales hedion-

dos. ¿Y qué lisonjeras esperanzas pudieran concebirse de un ente de este modo envilecido? ¿Qué bienes pudieran prometerse de una naturaleza así degradada? ¿Y qué males no lloraríamos derramados como rio caudaloso sobre la mísera humanidad?

Pero ¿y qué otro lenguaje tan encantador puede usar el orador evangélico, cuando se ve empeñado en contemplar al hombre ocupado únicamente en producir frutos buenos y sazonados de justicia y en despedir de sí, segun el Apóstol, el suave olor de virtud y santidad? ¡Con qué placer refiere entónces los rasgos sublimes de su virtud, y el resultado feliz de su arreglada conducta, honestas y santas costumbres! De aquí observa que nacen la rectitud y justicia del monarca, la integridad del magistrado, la fidelidad y sumision del vasallo, el valor é intrepidez del guerrero, la paz y sosiego de las familias, el acatamiento á la virtud, el pronto remedio de la indigencia: en una palabra, de aquí observa que nace y ha nacido siempre aquella serie maravillosa de grandes y extraordinarias acciones y servicios importantísimos hechos en favor de la iglesia y del estado, que forman el cuadro mas hermoso de su gloria y brillantez. ¡Con qué entusiasmo contempla entónces á los ángeles tutelares que le amparan y defienden con la egida de su proteccion; á la naturaleza toda, que atónita observa sus pasos y le rinde sus respetos y homenajes; y al trono magnífico de gloria que Dios premiador de la virtud le prepara para eterno descanso de sus fatigas y trabajos.

Pero todos estos elogios tan bien merecidos del justo por la preciosidad y excelencia de los frutos de su virtud, que abundantemente en todos tiempos produce, son puntualísimamente los que la razon nos impele á tributar á la heroína de la gracia, al modelo de todas las virtudes, á la digna madre de santo Domingo de Guzman, la beata Juana de Aza, objeto de esta solemnidad y religiosos cultos. Yo os convido, señores, á observar no á una mujer frívola, seriamente ocupada en extravagantes etiquetas y ridículas modas; no á una mujer vana, que pone en contribucion la riqueza del oro, la brillantez de los diamantes y la preciosidad de las telas para adorno superfluo de su idolatrado cuerpo; no á una mujer altanera, que preocupada de la nobleza de su sangre, se remonta hasta la esfera de la Divinidad; no á una mujer hermosa y agraciada, que cual otro ídolo exige res-

petos y adoraciones; no á una mujer rica y voluptuosa, distraída en juegos y pasatiempos, que olvidando los intereses y arreglo de su casa, nada siempre en un mar de regalos y delicias: sino á un alma grande, á un alma naturalmente cristiana, segun la bella expresion de Tertuliano; á una mujer juiciosa, entregada enteramente á la profunda y seria meditacion de los años eternos; á una mujer modesta, que hollando las vanidades del mundo, cifra solo su ambicion en adornarse con las insignias de su Redentor; á una mujer humilde, que se anonada y abisma ante el acatamiento del Señor, y tiene siempre presentes á su memoria la nada de que ha salido y el triste polvo en que ha de parar; á una mujer retirada y cuidadosa de su casa, cuyos placeres y descanso son las amarguras de la cruz y los rigores de la penitencia; á una mujer enteramente escondida en el pecho de Jesus, en donde se abrasa con los ardores de su caridad, y se embriaga con las dulzuras de su amor; finalmente os convido á que observeis á una mujer célebre y de nombradía, cuya santidad le ha merecido los preciosos frutos de hermosas virtudes que, á la manera de fértil olivo, ha derramado en todos los períodos de su brillante carrera.

Y en verdad, habiendo merecido nuestra beata los cariños y predileccion del Señor, para los designios de amor que meditaba sobre su pueblo, oh! y cuán hermosos y agraciados serian sus pasos! cuán prontamente madrugaria para la virtud! y cuán rápidamente correria á unirse y estrecharse con su Dios! Conoce luego cuánto le debe, y cuán digno es de nuestro amor y voluntad. En él descubre la fuente y orígen de todo bien, y el centro de la dicha y felicidad verdadera. Y al momento ya en sus juveniles años le levanta en su corazon un altar, en donde coloca su imágen, y en donde se inmola á sí misma. Allí le ofrece las primicias de sus dias, y le consagra sus afectos é inclinaciones. Allí le escoge por su única porcion y herencia; y le jura solemnemente que no se apartará nunca de su lado, y le seguirá á do quiera que la llame. ¡Con cuánta atencion escucharia las lecciones que este maestro divino le daba! Con qué prontitud cumpliria con los preceptos de su divina enseñanza! Temor santo de Dios, asistencia devota en los templos, frecuencia de sacramentos, modestia en su semblante, sencillez en sus vestidos, candor en sus modales, simplicidad en sus palabras, recato y pudor en el trato, inclinacion á los pobres, y

docilidad y atencion respetuosa á sus padres: ved ahí los primeros frutos que cogió esta alma bella del árbol de la sabiduría, que con tanto esmero habia plantado el Señor en su corazon: ved ahí las gracias y donaires que hermoseaban á esta linda doncella: y ved ahí cómo vos, Señor, la preparabais para mina inagotable de bienes y felicidades, para ornamento y esplendor de su pueblo, y para madre fecunda y afortunada de grandes y célebres santos. ¡Cómo volaria entónces su fama por todos los pueblos y provincias de España! Cómo se oiría con agrado su nombre, y se celebrarian con entusiasmo sus bondades y virtudes! Y cómo ambicionarian su enlace los mas nobles señores y los mas ricos y poderosos grandes? Pero para ti solo, ó Félix Ruiz de Guzman, ha destinado el Señor á esta hermosa Raquel y agraciada Sunamítis. Corre, vuela, ofrécele tu mano, que en ella recibirás el mas precioso don que pueden concederte los cielos. Bondad y belleza se reunen en ella: y su rostro angelical lleva estampadas las gracias y bendiciones del Señor.

Salve, ó pueblo de Caleruega. Desde hoy ya te admiro por el mas feliz y venturoso de todos los pueblos de la tierra. Este frondoso olivo que va á trasplantarse en tu dichoso suelo, frutos te dará de honor y de gloria; y á su sombra volarás de siglo en siglo hasta la mas remota posteridad. Cántale los dulces y alegres cantares que entonaban las vírgenes en las bodas de la esposa del Cordero; y díle tambien los agradecidos loores de los habitantes de Betulia á la vencedora de los enemigos de Israel.

Pero estos granitos de virtud que acabamos de admirar en la beata Juana de Aza en la casa de sus padres, y que tan justamente han merecido nuestra atencion y alabanzas, los advertiremos pronto, señores, en la de su digno esposo convertidos en elevados montes de perfeccion y santidad. Pero ántes acercaos, os ruego, á este su palacio de Caleruega, para que atentamente noteis este órden y método en él establecidos; esa regularidad y disciplina en él observadas; esos ejercicios de piedad devotamente practicados; esa oracion de la mañana y de la noche nunca olvidada; esa frecuencia de sacramentos con ahinco inculcada; esa leccion de libros santos jamas interrumpida; la ociosidad y maledicencia severamente prohibidas y castigadas: y despues sorprendidos y atónitos me pregunteis: ¿quién es el profundo legislador de este cristiano y sabio código

de leyes? quién es el moderador de esta pequeña pero afortunada república? y ¿cuál es el astro luminoso que preside á esta morada deliciosa de la paz y de todas las virtudes? Pero ah! el Moises que dirige y da leyes á su pueblo, y el Salomon que pone órden y disposicion en su palacio es la beata Juana de Aza, quien subiendo al monte de la oracion, allá trata familiarmente con su Dios, recibe de él sus ordenanzas, escucha sus divinos mandamientos, y publica entre los resplandores de su rostro las tablas de su voluntad y querer. ¡Qué elevacion de espíritu! qué grandeza de alma! y qué concepto tan elevado no nos merecerá su santidad!

Porque con efecto, si de esta manera hermoseó Juana de Aza las obras exteriores del atrio del templo de su alma, ¿cuáles serian las bellezas y tesoros que adentro encerraria? Esforcémonos, Señores, á penetrar en su interior, descorramos el velo que cubre el santuario de su corazon, para admirar el trono majestuoso en que están sentadas las virtudes mas heróicas, la mas íntima union con su Dios, y la abundancia de dones y carismas que sobre ella derrama el Espíritu divino. ¡Qué fe tan viva! Qué firme esperanza! Qué ardiente caridad! Qué beneficencia tan generosa! Y qué humildad tan profunda! Se postra humilde ante el acatamiento del Señor: le adora y venera por la suma é infalible verdad: le sacrifica el orgullo y altivez del entendimiento; pues que ella sabe que tiene derecho para mandar y exigir nuestra sumision y fidelidad. Nunca pregunta los motivos de su voluntad divina, porque no ignora que el escudriñador de la Majestad será oprimido con el peso de su gloria. De aquí la reverencia y respeto con que pronunciaba el santo nombre del Señor. De aquí la devocion con que asistia al santo sacrificio de la misa. De aquí el fervor y ternura con que comulgaba. De aquí la atencion con que oía la divina palabra. De aquí la presencia continua y nunca interrumpida de Dios. Y de aquí finalmente aquellos deseos ardentísimos que inflamaban su pecho, de que la religion católica apostólica romana se estableciese en toda la redondez de la tierra. ¡Cómo levantaria sus manos al cielo para que un rayo de su luz iluminase á tantos infieles é idólatras! Cuántas veces pediria al Señor enviase obreros infatigables para el trabajo y cultivo de su viña! ¿Y cuántos gemidos y sollozos no le arrancaria la suerte malhadada de aquellos infelices, que abandonando el

camino de la verdad, se precipitan voluntariamente en las oscuras y densas tinieblas del error?

Pero ¿con qué confianza dirigia estas súplicas al Señor, y presentaba sus votos y deseos ante el trono de su divina Majestad? Persuadida de que el Señor no desecha jamas la obra de sus manos, y que exhorta á todos los que están trabajados á que acudan á él para su alivio y remedio; ¡cómo alimentaria su tierno y sencillo corazon! Dios está conmigo, diria; ¿y á quién temeré? El Señor se ha declarado en mi ayuda y favor; ¿quién me dañará? Él es mi sosten; ¿quién me derribará? Esta esperanza, Señor, esta confianza que tengo puesta en vos la he escondido en el seno de mi corazon; y no me la arrancarán todos los esfuerzos y astucias malignas del enemigo tentador. ¿Acaso mi debilidad, mi nada? Pero no es fuerte, Señor, vuestro brazo y obrador de prodigios? Acaso la fealdad de mi alma? Pero no habeis dicho, Señor, que convirtiéndose el etíope á vos, mudará su piel, y se emblanquecerá como la nieve? Acaso mis delitos, mis ingratitudes? Pero no habeis asegurado, Señor, que clamando á vos, las arrojaréis en el fondo del mar, para no acordaros de ellas jamas? Acaso mis pecados? Pero ¡ah Señor! ¿Por qué derramasteis toda vuestra preciosa sangre? para qué extendísteis esos divinos brazos en el madero de la cruz? y por qué abristeis esta llaga preciosa en vuestro costado? No; yo soy toda para vos: vos sois el alentador de mi confianza, y aun en mis postreros alientos sellarán mis labios estos sentimientos consoladores que vos mismo me habeis infundido.

¡Y con cuántos incendios de caridad acompañaba Juana de Aza estas generosas resoluciones de su corazon magnánimo! Deteneos aquí un instante, señores, y examinad de cerca este Etna, este volcan de amor. Ved si sus ardientes llamas encienden su pecho en fervorosos deseos de unirse á su Dios; y si derriten su alma en dulces y sabrosos coloquios con su amado. ¡Cómo se esforzaba para volar á su bien, á su todo! Cómo pregunta con la esposa de los Cantares á las centinelas de las puertas y á los guardadores de las viñas, si acaso han visto pasar al amado de su alma! Cómo le dice que ha herido su corazon con la flecha de sus cabellos! Su vida es ya vida de Jesucristo; y el soberano Redentor es quien vive en ella. Suspira con el Apóstol se rompan las ataduras con que su cuerpo tiene aprisionado al espíritu, para volar á la dulce posesion de su amado. ¡Cuán-

tos deliquios padeceria su corazon! Oh! y qué dulcedumbre de amor sentiria su alma dichosa! Ya no puede vivir sino de amor; ya no puede pensar sino en amor; y ya no sabe hablar sino de amor. Amor de Jesus, caridad de Dios, ved ahí su pasion dominante; ved ahí el soplo que enciende el fuego de su corazon en ardientes llamas que la devoran, la consumen y la trasforman toda en su amado.

Pero seria hacer demasiado agravio á vuestra penetracion, señores, si al momento no advirtierais que esta caridad, que de tal manera inflamaba el pecho de Juana de Aza, no la separaba nunca del amor á sus semejantes. ¡Cuántas limosnas, cuántos socorros no dispensaban sus manos caritativas! La viuda, el anciano, el huérfano, el pupilo, el tullido y el enfermo hallaban en sus entrañas de compasion el consuelo y el remedio de sus males y aflicciones! Con razon se cumplia en ella lo que de sí mismo dijo Job, que la conmiseracion para con el pobre habia nacido con ella desde el vientre de su madre. Apénas sabe la necesidad, cuando la remedia: apénas llega á sus oidos la miseria, cuando la socorre: apénas advierte la afliccion, cuando la calma: y lo que es mas, ella misma previene los ruegos, y anticipa y prodiga sus liberalidades en el seno mismo del dolor y de la desnudez. ¡Cómo agradecerian su beneficencia y ensalzarian su nombre aquellos menesterosos enfermos, á quienes su benéfico corazon repartió en ausencia de su esposo una cuba de vino generoso! Y cómo el cielo acredita luego este acto de beneficencia con prodigios y maravillas! Pues apénas la insinúa su esposo de vuelta de su viaje presente á sus compañeros una copa de este licor, cuando luego postrada ante el acatamiento del Señor le ofrece su angustiado corazon, le da voces para que se acuerde de sus misericordias: y ved ahí como de repente la consuela el Señor; se llena de nuevo la cuba de vino preciosísimo, y obra Juana en su palacio el famoso milagro que en Sarepta obro Elías en la casa de la piadosa viuda. !Cuán excelente y agradable seria su beneficencia, que el cielo así la premiaba? Con qué entusiasmo se celebraria en las congregaciones de los santos! Y qué honor y gloria para su virtud!

Y ¡cuánto mas brillaria esta misma virtud en medio de su anonadamiento y abnegacion de sí misma! De sangre nobilísima, de ilustre linaje, de famosos ascendientes, de célebres

progenitores, de esclarecida familia unida en parentesco con las mas ilustres de España, y enlazada muchas veces con la de los reyes de Castilla, se reputa sin embargo por la mas ruin y despreciable mujer de cuantas sustenta la tierra. No ve mas títulos de su grandeza que los que penden del madero de la cruz. Los oprobios, las humillaciones, las afrentas y los insultos, frutos que brotan de este hermosísimo árbol de la vida, son los que ella apetece y ambiciona; son el blason de sus armas, y el único fundamento, pero sólido, de su nobleza y de su gloria.

Pero Señor, ¿acaso serán estos los únicos frutos que haréis producir á este fértil olivo, que con tanto cuidado plantasteis en el jardin de vuestra casa? No brotarán por ventura de sus raíces vástagos preciosos, que á su tiempo den sazonada y abundantísima cosecha? No fecundaréis á esta amable y virtuosa esposa, como en otro tiempo fecundasteis á las madres de Samuel y del Bautista? Oh! y qué dulces misericordias ofrece ahora á nuestra consideracion esta época brillante de nuestra beata! Porque si los delitos de los hombres habian excedido en número á las arenas del mar; si toda carne habia corrompido su camino, en frase de la Escritura; si se habian abandonado los mortales á los deseos depravados de su corazon; si la virtud casi habia desaparecido de sobre la faz de la tierra, si los halagüeños pero funestos atractivos del vicio inficionaban todas las clases de la sociedad; si la honestidad y el pudor eran tenidos por mengua é infamia; si las máximas del Evangelio, si los ejercicios de piedad estaban casi enteramente olvidados; y si las voces de tantos desórdenes y delitos habian subido hasta los cielos; ¡oh Dios justo! y cómo se habia encendido vuestra ira y furor! cómo se levantaba ya vuestro brazo todopoderoso para descargar el terrible golpe de vuestras venganzas! Pero ¡ó momento consolador! Aun se acordó el Señor de la perfeccion y santidad de su sierva y querida Juana de Aza; aun se agradó de la bondad y hermosura de esta bella y agraciada Ester; y no, no destruirá á su pueblo; no le herirá de muerte; sobre él no fijará el ojo de su ira é indignacion: sino que renovará su antigua alianza, le enseñará otra vez su rostro apacible y consolador, y Juana de Aza será el canal por donde derramará de nuevo sus bondades y misericordias.

Iglesia santa, enjuga tus dolorosas y amargas lágrimas; ce-

sen tus gemidos y sollozos; el ay de tu dolor ha pasado ya. De Sion vendrá tu salud. Extiende tu vista hácia Caleruega, y allá en el seno de una noble matrona divisarás ya la brillante antorcha que iluminará á toda la tierra; el fuego devorador que abrasará á todo el mundo; y el remediador universal de todos tus males. De aquí te vendrá el profeta santo que anunciará los oráculos de las divinas verdades: el apóstol celoso que inflamará el pecho de todos los fieles, y el insigne patriarca que aumentará tu descendencia con un pueblo de santos. De aquí te vendrá la reforma de las costumbres, los dias de penitencia, el seguimiento de la virtud, el freno de la maldad, el imperio de la cruz y la práctica de las máximas y consejos evangélicos. De aquí te vendrá el esplendor del santuario, la santidad de tus ministros, la reedificacion de tus templos, la majestad de tu culto, y aquellos dias felices de fervor y de gloria de los primitivos cristianos. De aquí te vendrá santo Domingo de Guzman, fundador del órden de Predicadores.

Sí, Domingo de Guzman, este precioso fruto de las entrañas de la beata Juana de Aza; este mismo cuyo celo y caridad le habia anunciado de antemano el Señor, mostrándole un cachorrillo salido de su vientre, que con una hacha encendida iluminaba y pegaba fuego á todo el mundo; este mismo cuya pureza y santidad le habia asegurado el santo abad de Silos, llamándole varon celosísimo de la honra de Dios, de grande utilidad á la iglesia, de extraordinario talento, y muy raro en virtudes; este mismo cuya fama y nombradía se la señalaba el cielo con una brillante estrella, que cuando niño vió resplandecer en su hermosa frente; este mismo cuyo mérito y servicios en la casa de Dios se los profetizó en el santo sacrificio de la misa un venerable sacerdote, con aquellas memorables palabras dirigidas al tierno infante que tenia entónces nuestra beata en sus brazos: Hé aquí al reformador de la iglesia, hé aquí su reparador; este mismo..... ¿Y no he dicho con esto un rio caudaloso de bienes que se derramó sobre las campiñas de la iglesia? ¿no he dicho el enjugador de sus lágrimas? el sostenedor de sus derechos? el restaurador de su disciplina? y ¿no he formado tambien el elogio mas completo de la beata Juana de Aza, por ser su digna madre?

Oh! y cuán excelentes y copiosos frutos produjo entónces por medio de Domingo la beata Juana, y ha producido despues, y producirá hasta la consumacion de los siglos! Fruto suyo es, porque lo es de su hijo Domingo, esa órden célebre de predicadores, princesa y capitana del pueblo de Dios, como la llama Gregorio IX. Universidad de maestros y cielo de justos, segun Juan XXII. Guardia de la iglesia, su brazo derecho, y la espada que defiende su paraíso, segun Pio V, Paulo V y Bonifacio VIII. Llave maestra que abre las puertas á la fe, segun Sixto IV. Seminario de letras, y casa de armas con que se defienden los cristianos, segun Paulo III. Y la primera entre las mendicantes y la mas excelsa entre todas las del mundo, segun Sixto V. Fruto suyo es, porque lo es de su hijo Domingo, la institucion y propagacion del santísimo Rosario en honor de la Vírgen inmaculada, que ha iluminado á tantos infieles, reducido á tantos herejes, convertido á tantos pecadores, enfervorizado á tantos justos, y que ha llenado de bienes á toda la iglesia. Institucion que fué la devocion favorita de los Cárlos Borromeos, Felipes Neris, Ignacios de Loyola y Teresas de Jesus: institucion con que famosos reyes católicos, célebres capitanes han alcanzado señaladas victorias contra los enemigos del nombre cristiano. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, tantos ejemplares de santidad que veneramos en los altares; tantos atletas de la religion que derramaron su sangre en testimonio de su fe; y tantos varones y vírgenes santas, que renunciando al mundo, se sepultaron en los claustros y desiertos. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, esas dilatadas misiones á las Américas, á la China, al Japon, á la Tartaria, á la Armenia y á todas las partes conocidas del globo; esos penosos y largos viajes apostólicos sostenidos con sufrimiento y constancia heróica; y esas conquistas espirituales y abundantísimas mieses recogidas en los graneros del Señor. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, esas luces brillantes de sabiduría difundida en infinitos libros, obras maestras del saber; admirada en tantas cátedras de universidades famosas, y celebrada en tantos púlpitos, acompañada siempre de la elocuencia mas sublime y eficaz. Frutos suyos son, porque lo son de su hijo Domingo, ese esplendor y brillantez de la cátedra de san Pedro; esas virtudes apostólicas que resplandecen en tantas sillas episcopales; y ese fiel y cumplido desempeño de los encargos y dignidades mas excelsas de la iglesia y del estado. Y porque no me es dado de-

cirlo todo, frutos son finalmente de Juana de Aza, porque lo son de su hijo Domingo, los soberbios despojos ganados en campo de batalla á los enemigos de la fe; los gloriosos laureles que ciñen la frente de sus defensores; y el arco triunfal que en todas partes han levantado los dominicos á la religion de Jesucristo.

Oh! y cómo se levantarán entónces, ó beata madre, tus hijos y los hijos de tus hijos, para aclamarte en gran manera afortunada y dichosísima. Se levantarán los Antonios y Mamertos, frutos primeros de bendicion que te concedió el Señor; y se levantará tu Domingo, Benjamin querido de tu alma, para aumentar con el esplendor de sus virtudes el brillo de tu gloria. Se levantarán un Tomas de Aquino, Vicente Ferrer, Luis Beltran, una Catalina de Sena, una Rosa de Lima; y por decirlo en compendio, se levantarán 390 santos para decirte ufanos tus loores y alabanzas. Se levantará un Pedro de Verona seguido de un ejército innumerable de mártires, que con las palmas en las manos entonarán en tu honor los cánticos de sus triunfos. Se levantarán cuatro sumos pontífices, setenta y cuatro cardenales y un sin numéro de patriarcas, arzobispos y obispos, para engrandecer á la faz de la iglesia la magnificencia de tu nombre. Se levantarán ocho mil escritores para pregonar la fama de tus virtudes y el ensalzamiento de tu santidad. Y te levantarás tú tambien, pueblo devoto, para tributarle tus obsequios y homenajes.

Yo te saludo, ó religion dominicana, en este dia de tus gozos y satisfacciones. El Señor te ha colmado de sus bendiciones divinas; y ha ensalzado tu nombre, ya sobre manera grande, de un modo extraordinario y maravilloso. Las gentes te acatarán; y el pueblo fiel celebrará con entusiasmo tus honores y grandezas.

A ti sea dada la gloria inmortal, ó ilustre Juana de Aza, por los abundantes y preciosos frutos de tu justicia y santidad con que hermoseaste los campos de la iglesia. Que tu nombre sea pronunciado con respeto en toda la redondez de la tierra; tu memoria recordada entre aplausos y bendiciones, y tu santidad venerada por todos los hijos de la iglesia católica. Desde la mansion celestial que habitas míranos con ojos de compasion; interpon tus ruegos y valimiento, para que el Señor colme de prosperidades y defienda de sus enemigos al pontífice sumo; y

á todos nosotros nos dé sus divinas gracias para hacer frutos dignos de penitencia, y para que arreglada de esta manera nuestra conducta á las máximas de su Evangelio, merezcamos despues de nuestra muerte cantarle en su compañia sus divinas y eternas alabanzas. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN JÚDAS TADEO, APÓSTOL.

(DE TRONCOSO.)

Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus.
Hé aquí á quien yo he elegido para que dé testimonio de mí en medio de los pueblos, y para ser el conductor y maestro de las naciones.

Isaías, c. 55. v. 4.

Cuando veo á los mortales extasiarse á vista de las ruidosas empresas de los conquistadores de las naciones, cuando les oigo ensalzar hasta las nubes el heroísmo de unos hombres, que con la espada en la mano subyugaron las provincias y ciudades enemigas, esclavizaron los pueblos y ataron al carro de su triunfo sus míseros habitantes; arrastrado tal vez mi espíritu de esta propension innata en el hombre, que le conduce á admirar lo bello, lo sublime, lo heróico, no puede ménos de experimentar un momento de preocupacion, en el cual se ve poseído de una especie de veneracion religiosa hácia unos nombres tan ilustres en los fastos de la historia. Pero cuando despertando de esta especie de letargo recorro con la vista los sitios que sirvieron de teatro á sus hazañas, y veo las mas florecientes provincias reducidas á cenizas, los campos mas fecundos convertidos en áridos desiertos, las mas opulentas ciudades víctimas de la rapacidad del ávido soldado y de la voracidad de las llamas; las mas risueñas y apacibles campiñas regadas en un mar de sangre; millares de viudas que lloran la pérdida de sus caros esposos; tiernos parvulillos reducidos á la

mas cruel orfandad; madres inconsolables que sucumben al dolor de haber perdido á sus dulces hijos en la flor de su juventud; cuando advierto en fin que todo cuanto me circunda no respira sino desolacion, lágrimas, sangre, horror, exterminio..... entónces no pudiendo sufrir la vista de un cuadro tan triste y lamentable, y arrebatado de indignacion no puedo ménos de exclamar: ¡Ciegos mortales! ¿Son estos los trofeos que tanto excitan vuestra admiracion y os inspiran el designio de consagrar á sus autores soberbias pirámides, estatuas colosales, y de formar su apoteósis erigiéndoles en divinidades á quienes prodigais sacrílegos inciensos?

Pero la indignacion llega á su colmo cuando se reflexiona que estos mismos hombres que tanto se entusiasman al oir los nombres de unos sugetos cuyos hechos solo ofrecen un vano oropel de grandeza, no afectan sino un cínico desprecio á vista de las conquistas pacíficas de aquellos varones apostólicos, que con las solas armas de la persuasion, de la dulzura y de las virtudes evangélicas, realizaron la obra mas grande, la mas colosal, la mas augusta, obra enteramente divina y que por todos títulos merece los homenajes de todos los hombres.

Tal es el establecimiento de la religion de Jesucristo propagada con la mas prodigiosa rapidez por todos los ámbitos del orbe. ¡Qué espectáculo tan brillante presenta á nuestra vista esta religion divina, que fundada sobre las ruinas de la Sinagoga y del gentilismo, hizo desaparecer de la faz de la tierra aquel culto arraigado profundamente por la costumbre, sostenido por el peso de la antigüedad, apoyado con toda la autoridad de las leyes, hermoseado con toda la pompa de las fiestas, defendido por el celo interesado de los pontífices, rodeado en suma de todo cuanto puede lisonjear las inclinaciones humanas, y que protegido por el trono de los césares, parecia amenazar al mismo cielo y disfrutar de una duracion eterna!

Sí, católicos, llegado era el tiempo en que Dios habia dispuesto triunfar del orgullo de los filósofos, abatir la vana ciencia de los sabios, domar la ferocidad de los bárbaros, iluminar la ceguedad de los judíos fanáticos, y congregar en un solo pueblo las dispersiones de Israel. Para realizar empresa tan extraordinaria, elige á unos hombres entresacados no ya del senado, ni del pórtico, ni del areopago, ni del liceo, sino de la hez del pueblo, rústicos, ignorantes, sin autoridad, sin presti-

gio, sin proteccion, destituídos, en suma, de aquellas brillantes cualidades capaces por sí solas de alucinar el espíritu y arrastrar el corazon. A estos envía el Señor en medio de unas naciones descarriadas por los caminos de la mentira y de la iniquidad, para que como antorchas refulgentes lleven la luz á los hombres que yacen sentados en las densas sombras de la muerte en todas las regiones del orbe.

Entre estos hombres prodigiosos se presenta á mi vista el ínclito, el incomparable discípulo y apóstol de Jesucristo, san Júdas Tadeo, objeto tierno de estos solemnes cultos, y que por tantos títulos es acreedor á nuestros mas sinceros obsequios; aquel apóstol que mereció el sobrenombre de *celoso*, pariente de Jesus segun la carne, favorecido de su divino maestro en la última cena, con quien mereció conversar amigablemente y oir de sus divinos labios aquellas palabras de dulzura : « Si alguno me ama, observará mis mandamientos, y mi padre le amará, y vendremos á él, y fijarémos en él nuestra morada (1). »

Hé aquí el héroe cuyo panegírico se ha confiado en este dia á mi débil y balbuciente lengua. ¿Y qué podré yo decir que sea digno de vuestra atencion y de las glorias de nuestro ínclito apóstol? ¿Os hablaré de él como de un Enoc, que enseñó á unas naciones sepultadas en las tinieblas de la idolatría á invocar el nombre del verdadero Dios? ¿como de un Elías que derribó los altares de los falsos dioses y exterminó sus ciegos adoradores? ¿como de un Ahias que descubrió las simulaciones de los sofistas y pecadores? Pero ya he anunciado suficientemente mi pensamiento en el ingreso de este discurso y en las palabras que me sirvieron de tema. Yo voy á presentar á vuestra admiracion un hombre prodigioso, á quien el Señor eligió para que diese testimonio de la divinidad de su religion en medio de los pueblos mas remotos de la tierra, constituyéndole la guia y el doctor de las mas bárbaras naciones : *Ecce testem populis dedi eum, ducem ac præceptorem gentibus.* Este es el asunto que me propongo desarrollar en una sola reflexion. Imploremos ante todo el espíritu de luz y de verdad, por la intercesion de aquella que la recibió en toda su plenitud, y sirviéndonos de las palabras del ángel, digamos todos : *Ave María.*

(1) *Joann. c. 14. v. 23.*

REFLEXION UNICA.

Para formar una justa idea de la sublime mision de nuestro ínclito apóstol san Júdas Tadeo, se hace preciso remontarse hasta las primeras edades del cristianismo, y recorrer con la vista el cuadro lamentable que presentaba el universo en aquellos dias desventurados, en que sepultado en las tinieblas y en la corrupcion, ofrecia la mas viva imágen de todos los extravíos. El exceso de las pasiones habia alterado en las almas la idea del verdadero Dios, y sustituído en su lugar las criaturas mas viles, los entes mas asquerosos á quienes los mortales en su delirio ofrecian sus homenajes é inciensos. La idolatría y la supersticion habian invadido todas las naciones del universo. « ¡A qué exceso (dice un célebre orador del siglo pasado) no habia llevado la idolatría su culto profano! La muerte de una persona querida la erigia bien presto en divinidad, y sus cenizas sobre las cuales la nada estaba escrita con caractéres tan indelebles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad. El amor conyugal se forjó sus dioses : el amor impuro le imitó. El amante y la esposa criminal tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios. La locura ó la corrupcion general adoptó un culto tan raro y abominable. Cada pueblo tuvo sus dioses; á defecto del hombre, ofreció incienso á las bestias; los homenajes mas impuros vinieron á ser el culto de estas divinidades. Las ciudades, las montañas, los campos fueron violados y vieron unos edificios soberbios consagrados al orgullo, á la impiedad, á la venganza..... » Basta; la pluma se resiste á continuar una pintura tan desagradable.

Al seno de estas naciones bárbaras es destinado nuestro héroe para dar testimonio de la divinidad de la religion del Crucificado. ¿Y pensais acaso que Júdas Tadeo imitando la resistencia de Jonas, ó la cobardía de Ezequiel, ó la timidez de Jeremías, titubee, dude un solo instante en aceptar esta mision divina? No, católicos; en vano asaltará á su imaginacion aquella serie de penalidades, cuya espantosa enumeracion hace el Apóstol de las gentes. Peligros de parte de los paganos, peligros en las ciudades, peligros en la soledad, peligros en la tierra, peligros en el mar, la pobreza, el hambre, la sed, el frio, la desnudez, combates interiores, combates exteriores..... nada será capaz de detener su celo. Las islas y las naciones le esperan como

á otro Isaías, para llevar desde léjos el nombre del santo Dios de Israel. Abrasado su pecho de aquel fuego devorador que el Espíritu divino le habia comunicado en el cenáculo en el dia de Pentecostés, penetrado su entendimiento de las divinas luces y de la ciencia sublime de lo alto, ya su espíritu inquiescente no puede contenerse en los estrechos límites de la Palestina.

Cual rayo agitado del impetuoso huracan parte Tadeo al teatro de sus triunfos. Ya está en Mesopotamia. Apénas este astro luminoso se deja ver sobre el horizonte de aquella region cubierta de las tinieblas de la ignorancia y del error, cuando al pavoroso estallido de su voz tiembla el paganismo, la supersticion se oculta, las falsas divinidades caen por tierra, enmudecen los ídolos, desaparece el vicio, y el estandarte de la cruz se enarbola sobre las ruinas de la gentilidad. Júdas Tadeo verifica del modo mas admirable la prediccion de un profeta, cuando atravesando las inmensas distancias de los siglos, dijo: « Un pueblo que andaba en las tinieblas vió aparecer una luz prodigiosa que disipó las opacas sombras de la muerte. » *Populus qui ambulabat in tenebris vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis lux orta est eis* (1).

Pero no será este el solo triunfo que reporte su celo apostólico. Ya su vista se dirige hácia una nacion belicosa, altiva, indomable, amante de su libertad, y que en el largo transcurso de cuarenta siglos aun se conservaba en posesion de su independencia. Así es: Júdas Tadeo va á difundir las luces del Evangelio en medio de los descendientes del salvaje Ismael; de aquel cuyas manos rebelándose contra todos, las conjuró todas contra sí mismo, segun la expresion de la Escritura. Vedle ya en la Arabia. ¡Qué espectáculo tan sorprendente! Júdas Tadeo predica dogmas incomprensibles, anuncia un Dios pobre, abyecto, crucificado y condenado á muerte por el supremo consejo de la nacion judía, por los sacerdotes y doctores de la ley; Júdas enseña una religion cuya base fundamental es el dogma de un solo Dios en tres personas, dogma que va á despedazar el cetro de aquellos cincuenta mil dioses que habian salido del cerebro de los poetas paganos; y á su voz..... ¡inaudito prodigio! aquellos hombres contra quienes nada pudo el

(1) *Isaiæ*, c. 9. v. 2.

señor de los reyes, Sesostris, aquellos á quienes el etíope Zara pretendiera en vano reducir á una mísera esclavitud, aquellos á quienes no pudo sojuzgar el mismo Ciro vencedor de las naciones, aquellos que supieron burlarse de los formidables ejércitos del hijo de Histapo, aquellos en suma que supieron detener los agigantados progresos del invencible Alejandro, el cual habiendo destruído la monarquía de los persas y llevado sus conquistas hasta el Gánges, se lisonjeaba de humillarlos con su brazo de hierro; estos mismos árabes, digo, doblan su altiva cerviz, reciben el yugo del Evangelio que el humilde Júdas Tadeo les predica, reconocen y confiesan la divinidad de Jesucristo, y dan el mas público testimonio de su fe en las verdades que el apóstol les anuncia.

Júdas Tadeo predica á un Dios hombre cuya sangre preciosa ha sido derramada sobre la eminencia del Gólgota y ofrecida en sacrificio de expiacion por los pecados de todos los hombres; los paganos le escuchan, y á su voz de trueno desaparecen aquellos sacrílegos altares sobre los cuales corria á torrentes la sangre de innumerables víctimas humanas sacrificadas á la intriga, á la ambicion, y á las mas negras pasiones. Tadeo como el Bautista anuncia el Cordero sin mancilla, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, les enseña el misterio sacrosanto de la Eucaristía, el sacrificio augusto de nuestros altares; aquellos hombres poco há egoistas, sensuales y groseros, adoptan humildemente unos dogmas tan repugnantes á su razon altiva, poseída de los mas impudentes extravíos; y nuestro infatigable apóstol, lleno de la satisfaccion mas pura, ve abolidos los infames misterios de Príapo, Céres, Eleusina, Vénus, y todas aquellas fiestas lúbricas y degradantes, en las que no se presentaba la inocencia sino para ser prostituída, en las que la naturaleza misma era ultrajada en lo que tiene de mas sagrado, y en las que la antorcha de la supersticion iluminaba unas prácticas indignas de entes dotados de razon. Tadeo, en suma, desarrolla los arcanos de la providencia de un Dios cuya ciencia se extiende á todos los siglos, cuyo poder abraza todas las criaturas, y de cuya voluntad pende el éxito de las cosas futuras, y á su voz el idólatra iluso y fanático detesta sus antiguas preocupaciones; ya no consulta la ascension del humo, ni el canto de las aves; no escudriña el porvenir en las entrañas de las víctimas ni en el graznido de los cuervos, ni en aquellos pro-

nósticos pueriles, raros y extravagantes con que una grosera supersticion se lisonjeaba de honrar á unas divinidades estúpidas.

Pero el ardoroso celo de Júdas Tadeo no se contenta con abatir el informe coloso del error: aspira sí á convertir aquel campo fragoso en un jardin ameno de las mas bellas virtudes. Con efecto, ser modesto hasta la humildad, caritativo hasta amar á sus enemigos, manso hasta perdonar las injurias, paciente hasta el punto de evitar la murmuracion, desinteresado hasta preferir la indigencia á la injusticia, casto hasta condenar el pensamiento detenido, y fiel á la ley hasta morir por ella, todas estas eran virtudes que el paganismo apénas conocia en teoría, mucho ménos en la práctica, y que los sabios mas acreditados de aquellos tiempos jamas fueron capaces de inspirar. Júdas Tadeo las practica hasta el heroismo; y á su ejemplo, aun mas eficaz que sus mismas palabras, practícanlas tambien sus adeptos y discípulos. Los grandes se confunden con los pequeños; los ricos abrazan la pobreza evangélica; los sensuales se hacen penitentes; los filósofos llenos de orgullo se humillan; la faz de la tierra se muda y presenta la mas bella imágen de aquella tierra nueva, y de aquel nuevo cielo profetizados por Isaías, y que san Juan describe en su Apocalipsis; lo cual, segun el sentir del máximo entre los doctores san Gerónimo, debe entenderse de la conversion del gentilismo por la predicacion de los apóstoles. No busqueis pues en aquella tierra de bendicion que Júdas Tadeo ha fecundado con sus sudores apostólicos, aquellas rivalidades hijas del egoísmo que ponian un muro de eterna separacion entre el Señor y el esclavo, y les hacian mirar como enemigos declarados á los hombres de una nacion extranjera. Discípulo de un Dios en cuya presencia no hay diferencia alguna entre el gentil y el judío, el bárbaro y el escita, el griego y el romano, les anuncia la verdadera igualdad moral que Jesucristo ha venido á introducir en el mundo: y en su consecuencia todos se miran como hermanos é hijos de un mismo padre que es Dios. A la igualdad proclamada por el Evangelio, sucede la igualdad segun la ley. El esclavo ve romperse las cadenas que le oprimian y se mira declarado libre en nombre del Redentor, que el apóstol predica haber comprado con su sangre á todos los hombres; la mujer sale de la infame condicion á que se viera reducida, y se halla rehabilitada en sus primitivos derechos,

y declarada la esposa, la compañera, la amiga del hombre, cuyo tiránico despotismo no la miraba ántes sino como un mero instrumento de sus sensuales caprichos. ¡Qué maravillosa metamórfosis! Permitid, católicos, un momento de desahogo á mi corazon; permitidme que á vista de tamaños prodigios obrados por el cristianismo por la predicacion de nuestro héroe san Júdas Tadeo, pague un justo tributo de reconocimiento á esa hija del cielo, don el mas precioso que bajó á la tierra para consuelo de los mortales; permitidme que tomando en mi boca las bellas aunque mil veces repetidas expresiones del sabio é ilustre Bossuet, exclame con él entusiasmado: «¡Oh cruz victoriosa! tú has triunfado de los corazones; y tengo por mas glorioso haber conseguido tan honrosa victoria, que haber cambiado el órden del universo; porque nada veo en el mundo mas indócil, mas fiero ni indomable que el corazon del hombre!» Pero volvamos á nuestro asunto.

Cargado de innumerables trofeos, abandona Tadeo la Mesopotamia; y cual relámpago veloz pasa á la Siria, de allí á la Libia, luego á la Idumea, y no de otra suerte que al sonido de las trompetas de Josué se abatieron los muros de la soberbia Jericó, así por do quiera que resuena el eco de su voz apostólica la soberbia de los príncipes se humilla, las testas coronadas se abaten, y la ciencia de los sabios se ve reducida á la mas vergonzosa confusion.

Vedle ya en la capital del imperio pérsico. A su vista los oráculos enmudecen. En vano Baradach, capitan de los ejércitos del rey de Babilonia, pretende saber de ellos el éxito feliz ó desventurado de la expedicion que proyecta contra los indios sus enemigos; los oráculos confiesan que no pueden dar respuestas decisivas ínterin permanezca en aquella ciudad el discípulo de Jesucristo. ¡Qué ocasion tan oportuna se presenta á nuestro héroe para probar la futilidad y el absurdo de aquellos mentirosos equívocos con que el error contribuía á fomentar la supersticion por el órgano de sus ciegos ministros! Preséntase en efecto el apóstol por órden del capitan, y para hacer mas patente y manifiesta la impostura del oráculo, le da licencia en nombre de Jesucristo para que conteste á la consulta de Baradach. Contesta este, y dice que la guerra será de larga duracion y que de ambas partes habrá pérdidas inmensas y una prodigiosa efusion de sangre. Sonríe Júdas de la puerilidad de la

respuesta, y dice al general que el siguiente dia llegarán los embajadores de los indios á pedir la paz y someterse á las condiciones que quisiere imponerles. Duda un momento el idólatra; pero al ver despues realizada la prediccion del apóstol, se admira, se turba, venera al Dios que predica y en cuya virtud se obran tamaños prodigios; los paganos abren los ojos á la luz del Evangelio, se convierten á millares, reciben el santo bautismo, y la fe y la religion del Crucificado se ostentan triunfantes en el seno de esta nacion sumida en la ignorancia y el error.

No importa que unos resultados tan maravillosos y divinos exciten la rabia y la perfidia de los magos y sacerdotes de los ídolos; no importa que estos se conjuren contra el desvalido discípulo de Jesucristo y le acrimínen con las mas atroces calumnias. La virtud de la cruz que Tadeo predica, se ostentará de un modo maravilloso y confundirá á aquellos hombres mentirosos que solo aspiran á perderle. Si estos, como los magos del protervo Faraon, intentan oponerse á la conversion de los idólatras intimidándoles con falsos prodigios, Tadeo, como otro Moises, armado de la cruz figurada en la vara de aquel caudillo del pueblo israelítico, sabe descubrir con verdaderos milagros los falaces ardides de unos hombres venales y sacrílegos. La verdad triunfa; se predica libremente la religion de Jesucristo; los cetros y las coronas vienen á humillarse ante las aras del Crucificado, y los mas opimos frutos de virtud brotan en aquel campo feraz, regado con los sudores de este varon apostólico.

Ah! Si no temiese los envenenados tiros de una crítica mordaz, irrisoria é impía, ¡cuántos hechos pudiera traer en confirmacion de la verdad que me propuse probar en el principio de este discurso! Y no así como quiera, sino hechos fundados en la autoridad de hombres de un criterio nada sospechoso, y de una ciencia la mas luminosa. Los nombres de los Bedas, de los Isidoros, de los Abdones y Antoninos de Florencia, son demasiado respetables para los hombres de fe, para los hombres verdaderamente racionales; pero en un siglo sistemáticamente incrédulo, friamente egoista y en todo superficial, que pretende reducir las verdades religiosas á una incomprensible combinacion de figuras, números y cifras, avanzar ciertos hechos que la providencia de un Dios ha querido cubrir con un velo bastante denso reservándose á sí propio su noticia circunstanciada, seria exponer nuestra religion sacrosanta á las invectivas de sus

impíos antagonistas, que nada desean tanto como las ocasiones de desacreditarla en la opinion de un vulgo poco instruído. ¡No permita el Señor que yo pueda dar el mas leve motivo á la mordacidad de sus viperinas lenguas!

Disimulad, católicos, esta digresion, y seguid conmigo á nuestro héroe que ya dirige sus pasos al lugar del sacrificio. ¿Á dónde vas, apóstol santo? ¿Á dónde caminas cual nube lijera, impelida de los vientos? Mas qué digo? Tiempo es ya de descansar de tus fatigas; tiempo es de recibir el premio de tus tareas. Vé en hora buena á ceñir los laureles que te merecieran los triunfos que has reportado á Jesucristo! Efectivamente, señores, Júdas Tadeo es una víctima destinada á rubricar con su sangre la divinidad de la religion que ha predicado. La ciudad de Berito, segun la opinion mas cierta, es el lugar de la expiacion. Ya está allí el apóstol. Sus rápidos progresos excitan la envidia y el encono de los magos sus famosos antagonistas; encienden estos la tea de la discordia; despiertan el furor de los magistrados; condúcenle al templo de la Luna, para que ofrezca á este astro sacrílegos inciensos; Júdas Tadeo rehusa obedecer, se niega abiertamente. El pueblo frenético clama, vocifera, le insulta, le maltrata, le sacrifica á su furor. El apóstol espira entre las manos de los idólatras furibundos; su cuerpo yace por tierra frio cadáver, pero su espíritu purísimo va á ceñir la diadema de la inmortalidad.

Murió el justo, católicos, pero su memoria permanece para siempre. Yo veo á mi ínclito apóstol san Júdas Tadeo por entre diez y ocho siglos de veneracion y de homenajes tributados á su memoria, y observo que su gloria no ha podido sucumbir ni al trastorno de los imperios, ni á la diversidad y extravagancia de los cultos, ni á las irrupciones de los bárbaros, ni á la caducidad del tiempo que todo lo consume y aniquila. Su espíritu todo entero se conserva en los sucesores de su apostolado, que hoy mas que nunca consagran sus sudores y fatigas en los países del oriente, víctimas del ominoso yugo del Koran; pero mas particularmente vive este mismo espíritu en aquella epístola católica que ha sido y será siempre el mas activo y eficaz antídoto contra las máximas de la incredulidad y del error filosófico; epístola que segun la bella expresion de Orígenes, consta de breves palabras, pero está llena de la fuerza y uncion divina. Y en efecto. ¿Quién al leer sus palabras llenas de fuego

no creerá ver en medio de nosotros al apóstol confundiendo los errores de su tiempo, los delirios de aquellos impostores que ya desde los primeros dias del cristianismo inficionaban al vulgo y pervertian la moral santa de Jesucristo? ¿Y quién no ve con admiracion la pintura que hace de los filósofos dogmatizantes de nuestros dias? ¡Con qué colores tan vivos representa á estos impostores cuando compara su perversidad á la de Caín, su venalidad á la de Balaan, su ambicion á la de Coré, amenazándoles con los castigos que experimentaron las ciudades nefandas, y mirándoles como víctimas infelices destinadas á sufrir el incendio de Sodoma y Gomorra, y á servir de escarmiento á las generaciones futuras! ¿Quereis conocer estos hombres falaces y preveniros contra sus perniciosas doctrinas? Pues ved cómo los delinea el apóstol. «Ellos son, dice, unos hombres « que convierten la gracia de nuestro Dios en lujuria, y niegan « que Jesucristo es solo nuestro soberano y Señor. Contaminan « su carne, desprecian la dominacion, y blasfeman de la majes- « tad (1). Hé aquí el carácter de los simonianos y nicolaitas, cuya doctrina, segun san Epifanio, era tan abominable como escandalosa su vida, convirtiendo con pretexto de libertad en la mas desenfrenada licencia de vida, la ley pura, santa é inmaculada del Evangelio. «Estos impíos, prosigue el apóstol, « blasfeman de las cosas que no saben y abusan como bestias « irracionales de las cosas que saben naturalmente (2); conta- « minan los festines y asisten á ellos sin rubor (3). » Tales eran los gnósticos que vivian como entes destituídos de raciocinio, y habian abandonado el pudor, la razon y la religion, y tales son hoy dia sus sectarios. Pero ved el mas bello retrato de los herejes é incrédulos de nuestro siglo. « Ellos son, dice, unos hom- « bres que se apacientan á sí mismos, nubes sin agua que son « llevadas por los mas lijeros vientos, árboles de otoño, infruc- « tuosos, dos veces muertos, desarraigados, ondas furiosas de « la mar que arrojan las espumas de su abominacion, estrellas « errantes, murmuradores quejumbrosos, venales, interesados, « aduladores, que se separan de Jesucristo y carecen del espí- « ritu de Dios (4).» ¿Y no son tales esos hombres que imbuídos en el error le arrojan en las almas de los incautos; que semejantes á los meteoros ó exhalaciones, andan errantes sin permanecer en un estado fijo de doctrina, aglomerando errores y deslumbrando á los sencillos con el momentáneo resplandor de sus escasas luces? ¿Quién no ve en las últimas palabras del apóstol el carácter distintivo de los cismáticos y protestantes, que separándose del centro de la unidad, desobedeciendo á los superiores, siguiendo su espíritu privado, y afianzados en el erróneo principio del exámen individual ó de inspiracion, desconocen toda autoridad y se erigen en otros tantos doctores, hombres ciegos conductores de ciegos, que explican á su modo los divinos Libros, deduciendo de ellos las mas absurdas consecuencias? Pero basta; lo dicho hasta aquí es muy suficiente para poner en el grado mas luminoso de evidencia la proposicion que prometí probar en el ingreso de mi discurso, á saber, que el ínclito apóstol san Júdas Tadeo fué un varon prodigioso, á quien Dios eligió para que con su predicacion y doctrina diese el mas auténtico testimonio de la divinidad de nuestra religion santa.

(1) *Ep. cath. Jud. c. 4. v. 8.* (2) *Ibid. v. 10.* (3) *Ibid. v. 12.*
(4) *Ibid. v. 12 et seq.*

¡Loor eterno pues á los héroes del cristianismo! ¡Loor eterno á aquellos hombres singulares que consagraron sus sudores y fatigas á establecer y propagar esa religion divina que, bajando del seno del Eterno como un don el mas precioso que los hombres pudieron jamas desear, difunde en nuestros corazones los mas puros consuelos! ¡Loor eterno al ínclito Júdas Tadeo cooperador ilustre de esta obra magnífica!

Sí, héroe incomparable, mi corazon reconocido te tributa en este dia los mas sinceros al par que justos homenajes de gratitud y de alabanza por los beneficios incomparables debidos á tu celo apostólico. Tú eres uno de aquellos doce astros luminosos que el Señor escogió para difundir la luz de la verdad por todo el orbe, y cuyas benignas influencias han fecundizado una tierra ántes estéril, y ahora jardin ameno de las mas bellas virtudes. Tú eres uno de aquellos doce ángeles evangelizadores de la paz que anunciaron al mundo el Dios de clemencia y de salvacion. Á ti es deudora una parte del universo de aquella religion santa que formando nuestras mas puras delicias, es al mismo tiempo el orígen precioso de todo bien, de la verdadera libertad, de la sólida ilustracion, de una felicidad y ventura sin par. Míranos pues clemente, oh santo apóstol, desde la region celeste que habitas en compañía del Omnipotente, cuya gloria

propagaste tan prodigiosamente en tu vida mortal, y alcánzanos del Señor que perseverando fieles á los principios de la fe y de la religion católica que nos gloriamos de profesar, sepamos resistir á los ataques de la incredulidad y combatir denodadamente contra las seducciones del vicio; para que en premio de esta constancia y fidelidad, merezcamos ver en esta vida el triunfo del cristianismo que predicaste, y en la otra gozar para siempre de la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON

DE SAN JULIAN,

OBISPO DE CUENCA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.

Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor.

Eclesiástico, c. 44.

La falsa ilustracion de tantos sabios con que se envanece el mundo: el esplendor, la brillantez y fastuosidad de los grandes de la tierra: el magnetismo de esas bellezas que figuran en primera línea en la sociedad; y esa lluvia de oro que fecundiza los campos de la ambicion en que vegeta nuestro siglo, nos ilusionan, nos ocupan demasiado, nos encantan y logran acaso excitar nuestra admiracion hácia unos objetos que reprueba la razon, condena la fe, y rechazan los que temen á Dios y observan sus preceptos. Vivimos en un tiempo en que con el arte del decir parece que se ha hallado el secreto de demostrar lo que se quiere, de hacer pasar el bien por mal, las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas, como lo decia un profeta de los impíos de sus dias. Una nueva filosofía anatematizada por el Apóstol se atreve á disputar al mismo Dios sus sacrosantos derechos; se burla del respeto con que celebramos la memoria de aquellos santos que con sus doctrinas y ejemplos nos enseñan á ser felices, y desgraciado del que se propase á decir con el celo de Isaías: «Ay de ti gente pecadora, pueblo de grave iniquidad, semilla malvada, hijos facinerosos, apóstatas del Señor, blasfemadores del santo de Israel!» porque este será tenido por fanático, se declamará contra su existencia, y todos se di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

propagaste tan prodigiosamente en tu vida mortal, y alcánzanos del Señor que perseverando fieles á los principios de la fe y de la religion católica que nos gloriamos de profesar, sepamos resistir á los ataques de la incredulidad y combatir denodadamente contra las seducciones del vicio; para que en premio de esta constancia y fidelidad, merezcamos ver en esta vida el triunfo del cristianismo que predicaste, y en la otra gozar para siempre de la eterna bienaventuranza de la gloria.

SERMON

DE SAN JULIAN,

OBISPO DE CUENCA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.

Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor.

Eclesiástico, c. 44.

La falsa ilustracion de tantos sabios con que se envanece el mundo: el esplendor, la brillantez y fastuosidad de los grandes de la tierra: el magnetismo de esas bellezas que figuran en primera línea en la sociedad; y esa lluvia de oro que fecundiza los campos de la ambicion en que vegeta nuestro siglo, nos ilusionan, nos ocupan demasiado, nos encantan y logran acaso excitar nuestra admiracion hácia unos objetos que reprueba la razon, condena la fe, y rechazan los que temen á Dios y observan sus preceptos. Vivimos en un tiempo en que con el arte del decir parece que se ha hallado el secreto de demostrar lo que se quiere, de hacer pasar el bien por mal, las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas, como lo decia un profeta de los impíos de sus dias. Una nueva filosofía anatematizada por el Apóstol se atreve á disputar al mismo Dios sus sacrosantos derechos; se burla del respeto con que celebramos la memoria de aquellos santos que con sus doctrinas y ejemplos nos enseñan á ser felices, y desgraciado del que se propase á decir con el celo de Isaías: «Ay de ti gente pecadora, pueblo de grave iniquidad, semilla malvada, hijos facinerosos, apóstatas del Señor, blasfemadores del santo de Israel!» porque este será tenido por fanático, se declamará contra su existencia, y todos se di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rán al verle : « oprimamos al justo y atentemos contra su vida, porque su conducta es contraria á nuestras obras. » Y valga la verdad, señores : ¿no hay algo de esto entre nosotros? El libertinaje, la licencia, los vicios y las pasiones de los pecadores orgullosos que todo lo dominan ¿no quieren arrollar como en un furioso torbellino á los justos que viven en la ley santa del Señor? ¿No tenemos bastante razon para decir que toda carne ha corrompido sus caminos, y que la tierra llena de abominaciones está amenazada por el que ha dicho que « perderá la sa-« biduría de los sabios y reprobará la prudencia de los pruden-« tes del siglo (1)? Pues sin embargo de esto, amables oyentes, á pesar de tanta iniquidad, calmaos, respirad, y aun prorumpid en cánticos de júbilo y alegría, porque sobre las justicias de nuestro Dios son sus misericordias : porque para nuestro consuelo ha suscitado un Moises con órden de librarnos de los peligros del Egipto, un Daniel para que nos salve de las profanaciones de la Babilonia en que vivimos, un Onías que nos instruya en los preceptos de la ley santa del Señor, y por todos un san Julian obispo de Cuenca fortalecido con el espíritu de los Samueles, Elías, Jeremías y Bautistas ; con la gracia de los Pablos, Ambrosios y Agustinos, capaz de defender con su celo, doctrina y santidad la religion de nuestros padres, de confundir á sus enemigos y de enseñar y dirigir á los pueblos por la senda recta de la virtud hácia los tabernáculos de la gloria.

Bendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolacion, podemos repetir con san Pablo : porque si los partidarios de la impiedad nos afligen y los libertinos se empeñan en minar y destruir hasta los cimientos de nuestra iglesia santa, san Julian nos defiende contra todos los esfuerzos del infierno : él nos fortalece con su espíritu, anima nuestras almas y nos dice con sus obras, que nos despojemos de todos los adornos en que la vanidad hace su presa ; que pongamos un muro de separacion entre la infame sinagoga del mundo y nuestro santuario ; que busquemos á Dios miéntras que puede encontrarse en los caminos de la virtud, y que vivamos alerta para no caer en las garras del leon infernal que ruge por devorarnos, ni ser víctimas de la general depravacion que tantos estragos hace en nuestra nacion católica. San Julian, en una

(1) *Paul. I. Corint. c. 1. v. 19.*

palabra, es el destinado por Dios para dirigirnos en las azarosas circunstancias que nos rodean, porque su nacimiento, su vida, sus ejemplos, sus instrucciones y su muerte nos enseñan á ser virtuosos en la vida y santos en la muerte, que abre la puerta á los justos para entrar á la felicidad eterna ; como os lo voy á probar en este breve rato, bajo la base de que este santo prodigioso fué un gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor, como lo expresan estas palabras de mi texto : *Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo.*

Vírgen santa : vos que resplandeciente como el sol aparecísteis al glorioso san Julian para llevarle entre músicas celestiales á la mansion de la felicidad eterna, porque fué un sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor : favorecedme, y haced que no pronuncien mis labios mas que palabras de edificacion para todos los que me escuchan. Esta gracia, Señora, os pedimos recordándoos aquel momento dichoso en que os dijo el ángel : *Ave María.*

Han blasfemado tanto contra nuestra religion santa los impíos de nuestros dias, que bien pudiéramos decirles « sois contra la religion de Jesus lo que fueron contra Jerusalen los impuros hijos de Amon, los soberbios habitadores de Tiro, los insolentes asirios, los atrevidos amalecitas y los engañadores y falsos gabaonitas. Habeis salido del pozo infernal y traído á nuestro suelo el error, el desórden, el escándalo, la abominacion, la blasfemia, la mentira, la impiedad y todos los monstruos de la incredulidad y del ateismo, y habeis convertido la nacion católica en un caos de espantosa confusion que estremece á los sensatos, aterra á los justos y llena de infernal sonrisa á los que reñidos con las ideas de lo honesto y de lo justo quieren establecer el imperio del horror, de la injusticia y de la tiranía en nuestro suelo. Pero no os engriais ni canteis victoria ; porque el gran Dios que vela sobre su pueblo ha colocado sobre los muros de su ciudad al glorioso san Julian, y nadie con tal defensa podrá hacer daño alguno á nuestro santuario. Este santo prodigioso es el ángel exterminador que ha de acabar con la impiedad, el Josué valeroso que ha de hacer con los blasfemos lo que hizo el caudillo de Israel con los cinco reyes amorreos, el Gedeon que ha de poner en vergonzosa fuga á los

enemigos de la iglesia santa, el Esdras religioso que con la espada de su doctrina y con el irresistible escudo de su edificante conducta ha de restituir el decoro á la casa del Señor y levantar sus muros, y el David animoso que con las limpias piedras de su erudicion sagrada, sacada del torrente de las santas Escrituras, ha de echar por tierra á los gigantes de la irreligion asegurando los derechos de la esposa inmaculada protegida por la diestra del Altísimo. San Julian es uno de aquellos varones esclarecidos á quienes dijo Jesucristo : « como mi Padre me « envió al mundo, del mismo modo os envío á vosotros para que « enseñeis á las gentes cuanto deben creer y obrar para salvar- « se. Yo os enviaré el Espíritu santo que os enseñará todas las « verdades. El que á vosotros oye y obedece, á mí me oye y « obedece : y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia. » Hay acaso quien dude de la mision divina con que san Julian pronunció sentencias de vida eterna en el campo del Padre celestial? ¿Quereis por ventura examinar las credenciales con que el cielo autorizó á este santo para anunciar sus juicios á los hombres y dirigirlos por los caminos de la verdadera justicia? pues escuchadme.

San Julian apareció en el mundo como un don precioso de aquella gracia celestial con que se honra y gloría el cristianismo. Fué concedido á las oraciones de sus padres con señales demostrativas de su futura santidad : se les manifestó en una vision misteriosa que tendrian un hijo acérrimo defensor del santuario : en el momento en que salió del vientre de su madre, alzó su tierno brazo y echó la bendicion á todos los que allí estaban, haciendo la señal de la cruz como la suelen hacer los obispos cuando bendicen al pueblo : al llevarle á bautizar oyeron todos una suavísima música de ángeles que cantaban y decian en el aire : « Hoy ha nacido un niño que en gracia no tiene igual : » en la pila bautismal se vió un niño grande y hermosísimo que con una mitra en la cabeza y un báculo en la mano decia al sacerdote : *Julian ha de ser su nombre*. Desde el mismo dia de su nacimiento mostró los rayos de la luz y amor divino que tenia en su alma : comenzó á afligir su cuerpecito, á ayunar tres dias á la semana y á balbuciar los nombres de Jesus y de María. Mas crecido rezaba muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia, y se ejercitaba en la oracion, en la penitencia y en obras de piedad y misericordia. Aprendió las artes liberales, estudió y enseñó en las escuelas como maestro la sagrada teología. Muertos sus padres, hizo voto de conservar su virginal pureza y de entregarse del todo al Señor, para lo que escogió una casa pequeña contigua al convento de san Agustin de Burgos, junto á una ermita en donde vivió santo Domingo de Sílos. Llegó en esto á la edad de poder ordenarse, y yo tengo un derecho para preguntaros y deciros : « Todas estas cosas ¿no dan á entender que Dios habia escogido á Julian para que como Samuel le sirviese en el santuario, y fuese un pastor esclarecido en su iglesia santa? ¿No forman una infancia virtuosa, digna de servir de ejemplar á todos los que se propongan ser virtuosos en la vida y santos en la muerte? » Pues oidme un poco mas.

Adornado nuestro santo con las virtudes que hacen digno al que es llamado como Aaron al estado sacerdotal, recibió con extraordinaria devocion los órdenes sagrados que ejerció como un ángel. Celebraba el santo sacrificio de la misa con tanta abundancia de lágrimas y sentimiento de su alma, que todos los que la oian se enternecian y compungian. Se ocupaba en el estudio de las santas Escrituras y de los santos Padres, oraba sin cesar, se mortificaba edificando á todos con su ejemplar conducta, y dedicándose al oficio de la predicacion hizo tanto fruto en Burgos, en su comarca y otras tierras, que por su suma perfeccion y santidad le hicieron arcediano de Toledo, y en seguida obispo de Cuenca, cuya dignidad no quiso aceptar por su profunda humildad. Al fin instado por el rey don Alonso, no pudo resistirse á la voluntad de Dios : bajó su cerviz al yugo, se consagró de obispo, y aquí, señores, aquí deberia tomar la palabra un Crisóstomo; porque yo ¿quién soy? para haceros comprender lo que esta lumbrera de la fe hizo en cumplimiento de su cargo pastoral? Ah! san Julian sabia muy bien lo que san Pablo exige en los obispos : habia estudiado en la escuela de Jesucristo, y sabia que el cargo que Dios le habia dado era de pastor y no de señor, y revistiéndose de una llaneza y modestia admirables, de una caridad ardiente y de un celo verdaderamente apostólico, comenzó á derramar tan luminosos rayos de virtud sobre el pueblo que se le habia encomendado, que arrebataba tras sí á todos sus súbditos. Era ojos para el ciego, padre para los huérfanos, remedio para las viudas, consuelo para los afligidos, y sustento, amparo y refugio para los pobres

y necesitados. Ni un real de sus rentas guardaba para sí: todo lo invertia en limosnas y obras pias, se alimentaba con la labor de sus manos como el Apóstol, y á nadie era gravoso. Visitaba su obispado cada año exhortando á todos al amor de sus prójimos y al santo temor de Dios. Argüía, suplicaba, increpaba y reprendia con paciencia y doctrina; y con los eclesiásticos, con los seglares, con los fieles y con todo el mundo era tan solícito y cuidadoso, que haciéndose un todo para todos por ganarlos á Jesucristo, á todos miraba como á hijos de sus entrañas. ¡Con qué caridad tan acendrada cuidaba de rescatar á los cautivos que gemian en poder de los moros! ¡Con qué amor tan ardiente remediaba las necesidades y miserias de sus ovejas! El cielo se ha encargado de hacérnoslo comprender: el mismo Dios con el lenguaje de los milagros se digna demostrarnos que san Julian fué un gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor, y que él fué escogido en los decretos eternos para dirigirnos por los caminos de la virtud hácia la perfeccion de nuestros respectivos estados. Escuchad pues la elocuencia divina; Dios toma por su cuenta el elogio que yo no sé hacer del grande obispo de Cuenca, y á él debeis prestar vuestros oídos.

Acostumbraba san Julian á dar de comer en su casa á muchos pobres á quienes servia á la mesa: vió un dia á un pobre mas roto, miserable y maltratado que los demas; y llamándole aparte el santo obispo para socorrerle con mas liberalidad, le preguntó quién era. Entónces el pobre lleno de resplandor celestial le contestó: « Yo te agradezco Julian, amigo mio, lo que haces por mis pobres: te prometo en pago de esto la gloria eterna: » y desapareció dejándole convencido de que el mismo Jesucristo se habia dignado visitarle. Concurren un dia muchos pobres á pedir socorro á san Julian, y aunque él sabia que se habia repartido todo el trigo de su granero, llamó á su limosnero, y mandándole que fuese á ver si habia quedado algun grano en la panera, obedeció el buen criado y halló que el granero estaba lleno de trigo, y se repartió á los necesitados. Envia Dios una gran pestilencia para castigo y aviso de los hombres; ningun medio humano bastaba para poner remedio á su furia, pero san Julian recurre á la oracion: pide á Dios por su pueblo, y el Dios que nada niega á la oracion de los humildes, hace cesar aquella calaminad. Aun hace mas: dispone que para gloria de nuestro santo sanen todos los que tocaban las cestitas que

hacia para mantenerse con su valor, y entendiesen que su siervo era un gran sacedorte. Mil asechanzas, engaños y falsedades con que el enemigo comun intentó apartarle del camino de la santidad fueron deshechas con la señal de la cruz y con la fe viva de este santo pontífice, el que habiendo florecido con su celestial doctrina, vida santa y milagros, y siendo ya casi de ochenta años, cayó en una grave enfermedad en que se reprodujeron los milagros de su nacimiento, para demostrar con ellos qué no hubo un momento en que san Julian dejase de ser grato á los ojos del Señor. Se le apareció María santísima con una guirnalda de rosas en la cabeza, acompañada de ángeles y de vírgenes que cantaban este verso. « *Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor.* » Consoló la Madre de las gracias á su devoto, y dándole una palma le dijo. « *Siervo de Dios, toma esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* » Con esto desapareció la vision celestial, san Julian quedó abismado en la contemplacion de las cosas divinas, y herido de amor á su Dios mas que de la enfermedad corporal, dió su espíritu al Señor dejándonos celestiales doctrinas que seguir, eficaces ejemplos que imitar, lecciones de vida eterna que aprender, y todo lo que necesitamos para ser virtuosos en la vida, y santos en la muerte que ha de abrirnos la puerta de la gloria.

Os he expuesto los hechos con la sencillez de la verdad, porque ellos son mas expresivos y enérgicos que todas las frases de la elocuencia humana. Os he manifestado la dignacion con que el Omnipotente se declaró en favor de su siervo obrando milagros estupendos ántes de nacer, en su nacimiento, en su vida, en su muerte y aun despues de ella; y de todo he deducido, que san Julian fué un gran sacerdote que en sus dias agradó mucho al Señor: que él nos enseña á conocer y á practicar la virtud; que aseguramos nuestra felicidad en sus doctrinas, instrucciones y ejemplos, y que con su proteccion y amparo podemos aspirar á ser virtuosos en la vida y santos en la muerte. Pero todo esto, ¿de qué sirve si no haceis un esfuerzo para dejar al mundo, sus pompas y vanidades, emanciparos de la dominacion de los vicios y entrar en la senda que conduce á la salvacion eterna? ¿Qué son estas solemnidades, estas fiestas y agasajos religiosos, sin formar propósitos de ser buenos cristianos, de imitar en lo posible á san Julian y de merecer su inter-

cesion con el Dios que nos redimió, que nos llama, que nos convida con su gracia, que quiere hacernos dichosos y felices, y que tiene pensamientos de paz y de misericordia sobre nosotros? Nada, amados de mi alma, nada importan las exterioridades, si el corazon no las decora con el espíritu religioso que debe informar nuestras obras. Estos cultos religiosos serán gratos á Dios, si con ellos tratamos de honrarle ofreciéndole un corazon contrito y humillado, que es lo que jamas desprecia segun el real Profeta. Pero si en vez de venir á este santo templo á venerar á nuestro Dios en su gran pontífice el glorioso san Julian, venimos á insultarle con la ponzoña del pecado en nuestras almas, con pensamientos criminales, con modales lividinosos é indecentes, y con todo ese tren de orgullo, de vanidad, de hipocresía y de escándalos con que viajan los impíos: ¿qué podremos prometernos? Que se agraven nuestros males, que se apodere de nosotros el infierno, que sea nuestra suerte la mas desastrosa. Pensad en vosotros mismos al pensar en las virtudes, en los milagros y grandezas de san Julian obispo de Cuenca, y confiad en su proteccion.

Y vos, santo prodigioso: ¿no nos proporcionaréis desde el cielo los bienes que á manos llenas derramásteis sobre vuestras ovejas miéntras vivísteis con ellas en la tierra? ¿Nos dejaréis en poder de mano impía para que tengamos la desgracia de los que nacen, viven, mueren y se condenan sin remedio? No, pastor caritativo: no es posible que así trateis á los que os invocan en sus necesidades. Os complaceis en favorecer á vuestros devotos, en alcanzarles las gracias que necesitan para vivir con rectitud y morir en gracia, y esto es lo que todos os pedimos y suplicamos. Miradnos, padre santo: miradnos desde la gloria con ojos de piedad y alcanzadnos la dicha de vivir virtuosos, de morir santos y de ser eternamente felices con vos en la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUSTO Y SAN PASTOR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL MARTIRIO DE ESTOS NIÑOS FUÉ UN GLORIOSO TRIUNFO DE NUESTRA RELIGION.

Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem.

Quisisteis, Señor, que vuestras alabanzas salieran de la boca de los niños y sencillos, para mayor confusion de los impíos que se rebelan contra vos.

Salmo 8. *v.* 3.

¡Qué necia y temerariamente confían los hombres en su poder y en sus fuerzas, cuando tienen la presuncion y el arrojo de oponerse á los planes y la voluntad del Señor! Los muros de Jericó no fueron destruídos á fuerza de máquinas militares ni con los violentos y frecuentes combates y asaltos: el débil sonido de las trompetas echó por tierra los paredones de aquella orgullosa ciudad en que tanto confiaban. El ejército de los asirios no fué disipado con los vigorosos ataques y la resistencia infatigable de los habitantes de Betulia: una viuda sola y sin mas armas que las de su confianza en Dios, ni mas escolta que la de una anciana y tímida criada, cortó la cabeza con su propia espada al general Holofórnes, y puso al ejército en la mas vergonzosa fuga. El soberbio y blasfemo Goliat no halló resistencia en los fuertes y valientes campeones del ejército de Saúl, y un pobre pastorcillo, el último de entre sus hermanos, sin otra

cesion con el Dios que nos redimió, que nos llama, que nos convida con su gracia, que quiere hacernos dichosos y felices, y que tiene pensamientos de paz y de misericordia sobre nosotros? Nada, amados de mi alma, nada importan las exterioridades, si el corazon no las decora con el espíritu religioso que debe informar nuestras obras. Estos cultos religiosos serán gratos á Dios, si con ellos tratamos de honrarle ofreciéndole un corazon contrito y humillado, que es lo que jamas desprecia segun el real Profeta. Pero si en vez de venir á este santo templo á venerar á nuestro Dios en su gran pontífice el glorioso san Julian, venimos á insultarle con la ponzoña del pecado en nuestras almas, con pensamientos criminales, con modales lividinosos é indecentes, y con todo ese tren de orgullo, de vanidad, de hipocresía y de escándalos con que viajan los impíos: ¿qué podremos prometernos? Que se agraven nuestros males, que se apodere de nosotros el infierno, que sea nuestra suerte la mas desastrosa. Pensad en vosotros mismos al pensar en las virtudes, en los milagros y grandezas de san Julian obispo de Cuenca, y confiad en su proteccion.

Y vos, santo prodigioso: ¿no nos proporcionaréis desde el cielo los bienes que á manos llenas derramásteis sobre vuestras ovejas miéntras vivísteis con ellas en la tierra? ¿Nos dejaréis en poder de mano impía para que tengamos la desgracia de los que nacen, viven, mueren y se condenan sin remedio? No, pastor caritativo: no es posible que así trateis á los que os invocan en sus necesidades. Os complaceis en favorecer á vuestros devotos, en alcanzarles las gracias que necesitan para vivir con rectitud y morir en gracia, y esto es lo que todos os pedimos y suplicamos. Miradnos, padre santo: miradnos desde la gloria con ojos de piedad y alcanzadnos la dicha de vivir virtuosos, de morir santos y de ser eternamente felices con vos en la gloria, que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUSTO Y SAN PASTOR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL MARTIRIO DE ESTOS NIÑOS FUÉ UN GLORIOSO TRIUNFO DE NUESTRA RELIGION.

Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem.

Quisisteis, Señor, que vuestras alabanzas salieran de la boca de los niños y sencillos, para mayor confusion de los impíos que se rebelan contra vos.

Salmo 8. *v.* 3.

¡Qué necia y temerariamente confían los hombres en su poder y en sus fuerzas, cuando tienen la presuncion y el arrojo de oponerse á los planes y la voluntad del Señor! Los muros de Jericó no fueron destruídos á fuerza de máquinas militares ni con los violentos y frecuentes combates y asaltos: el débil sonido de las trompetas echó por tierra los paredones de aquella orgullosa ciudad en que tanto confiaban. El ejército de los asirios no fué disipado con los vigorosos ataques y la resistencia infatigable de los habitantes de Betulia: una viuda sola y sin mas armas que las de su confianza en Dios, ni mas escolta que la de una anciana y tímida criada, cortó la cabeza con su propia espada al general Holofórnes, y puso al ejército en la mas vergonzosa fuga. El soberbio y blasfemo Goliat no halló resistencia en los fuertes y valientes campeones del ejército de Saúl, y un pobre pastorcillo, el último de entre sus hermanos, sin otra

prevencion que su honda y sus piedras le hiere de muerte, le derriba, y quita el oprobio de Israel. Las potestades de las tinieblas salen del abismo y vienen presurosas á defender su imperio; el universo conjurado convoca sus príncipes, sus magistrados y sus capitanes para vengar á sus dioses y defender los derechos de la pasiones. El mundo todo por el espacio de los tres primeros siglos del cristianismo es un espectáculo de sangre, de desolacion y de lástimas. Nuestra España no presenta por todas partes sino tribunales en donde se condena á los cristianos, verdugos que se complacen en atormentar á los inocentes, fieras destinadas á lidiar en los anfiteatros con los ilustres confesores de Jesucristo, hombres brutales dispuestos á deshonrar á las vírgenes; la cruz, la espada, los potros, la sangre que corre en abundancia en todos los pueblos de las cervices de los mártires. Los emperadores, los césares y los gobernadores de las provincias han jurado no descansar hasta borrar de la tierra el nombre de cristiano: pero anunciado habíais, Señor, por vuestro Profeta, y así habia de suceder: que vuestras alabanzas puestas en las bocas de los niños y los inocentes, bastarian para arrollar y confundir á vuestros mas formidables enemigos: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem.*

Tres santos hermanos, Vicente, Sabina y Cristeta, llenan de confusion é ignominia á los tiranos en la ilustre ciudad de Ávila. Otros tres, Fausto, Januario y Marcial, consiguen un triunfo semejante en Córdoba. Calahorra admira los triunfos de Emeterio y Celedonio. Mérida y Barcelona ofrecen á nuestra consideracion dos tiernas Eulalias coronadas de la gloria que supieron alcanzar de los enemigos del Dios vivo. Apénas hay pueblo que no tenga adornados sus altares con los preciosos despojos de algun glorioso atleta de la religion, que la defendió en su suelo hasta la muerte. Alcalá de Henáres se regocija con el mayor entusiasmo porque cuenta en el número de sus hijos á los esclarecidos niños Justo y Pastor, de cuya boca salieron encendidas en el amor que ardia en su corazon las alabanzas del Cordero que fué muerto por los hombres, armas únicas y poderosas con que hicieron temblar al leon rugiente que meditaba en su furor destruir á sus conciudadanos.

Justo y Pastor! ¡Esclarecidos y admirables niños! Solo aquel que abrigue en su pecho un incendio de amor divino semejante

al que abrasaba vuestro corazon, y con que arrostrasteis los mayores peligros por hacer frente y contener el ímpetu de los tiranos enemigos de nuestra religion, podrá formar dignamente vuestro elogio y dar á conocer vuestro heroísmo. Mi espíritu carece de la sencillez y de la virtud, y mal podré manifestar los sentimientos de unas almas virtuosas y sencillas; pero confiado en la gracia del Señor y en vuestra intercesion, voy á hacer presentes vuestros triunfos. Niños inocentes, diré con san Ambrosio, los que estais en la flor de la mocedad, y los que inclinais ya marchitos hácia la vejez, venid á un espectáculo tan digno de fijar la atencion de los hombres, de los ángeles y del mismo Dios: venid y veréis las maravillas que ha obrado el Señor en su pueblo; venid y todos hallaréis en estos dos niños ejemplos que imitar, virtudes que seguir y premios por que suspirar.

Si es este el espíritu que hoy os ha conducido á este templo, pidamos al Señor que confirme la obra que tiene comenzada, y que por los méritos de su madre María santísima nos comunique su divina gracia: *Ave María.*

El mundo yerra siempre fijando segun sus máximas la idea del verdadero triunfo. No, no es el triunfo verdadero el que comunmente tienen los hombres por tal. ¡Cuántos grandes del mundo, dice el padre san Agustin, serán condenados por aquellas mismas acciones que les adquirieron la admiracion, los aplausos y la celebridad de los pueblos! Eran alabados, dice el mismo santo hablando de los héroes de la gentilidad, eran alabados por sus empresas, y estas no eran muchas veces sino enormes injusticias. Hacíanse célebres por sus conquistas, y estas no venian á ser sino públicos latrocinios. Las palmas y laureles que se marchitan, las diademas y todo lo que deslumbra los sentidos no nos da sino una idea muy errada de un triunfo y victoria verdadera. Solo aquel que consiga la corona eterna é inmarcesible, la corona que jamas se pierde ni marchita, logrará tambien el triunfo verdadero: y esta, como nos enseña el Apóstol, está destinada para el que pelee legítimamente: *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit.* Si Justo y Pastor, si estos dos ilustres niños pelearon así, y recibieron la corona inamisible, diremos sin temor de equivocarnos, que triunfaron, que consiguieron el verdadero triunfo.

Á las nueve persecuciones que habia sufrido la iglesia, siguió la décima en el año 19 del imperio de Diocleciano y 303 de Jesucristo. Persecucion la mas terrible y la mas gloriosa para el cristianismo. La mas terrible por la duracion, por la crueldad de los tormentos y por la extension á todos los lugares, sexos, edades y condiciones. La mas gloriosa, porque entónces mas que nunca se hizo ver á los hombres que la iglesia de Jesucristo no era una obra puramente humana, sino un establecimiento del mismo Dios.

El césar Galerio Máximo, heredero del espíritu y ferocidad de Neron, orgulloso con su victoria de los persas, no pudiendo sufrir que los cristianos despreciasen á los dioses que él adoraba con celosa supersticion, y que ayunasen con austeridad en los dias que su madre celebraba grandes convites en honor de los dioses de las montañas, no paró de instar y persuadir hasta lograr del emperador que persiguiese de muerte á los cristianos. Al edicto primero lleno de crueldad en que se mandaba que todas las iglesias fuesen destruídas, todos los libros sagrados arrojados al fuego, que todos los cristianos quedasen privados de todo honor y dignidad, que todo juez en toda accion sentenciase contra ellos, que nadie les oyese en justicia en sus demandas; á este edicto, digo, dictado por el espíritu de tinieblas, se siguió inmediatamente otro, en que se mandaba que los ministros de la iglesia fueran puestos en la cárcel. Á este, otro que disponia que á los presos se les precisase á sacrificar á los dioses con todo género de tormentos, y á este otro, escrito con las plumas bañadas en sangre, segun la expresion de Constantino, mandando que todos sin distincion en todos los pueblos ofreciesen públicamente sacrificio á los ídolos, previniendo á los jueces que con toda la fuerza de su ingenio procurasen inventar los mas crueles suplicios para reducir á los que se resistiesen. Estas severas disposiciones se extienden por todas partes con la mayor rapidez. Daciano es el encargado principal para su cumplimiento en nuestra España. En todos nuestros pueblos resuena la voz de la impiedad. Alcalá oye con espanto las disposiciones de su gobernador: se preparan las hogueras de fuego, se afilan las espadas, se fijan las cruces, las fieras, los potros, las ruedas, los azotes, los implacables verdugos, todo se dispone y conspira á poner en el mayor conflicto y consternacion al pueblo de Alcalá. Se publica el edicto. Ay hermanos mios! Israel es insultado y burlado por los incircuncisos. Goliat ha puesto en silencio y confusion á la nacion escogida. El filisteo se gloria de la victoria que tiene ya por segura del Dios de los ejércitos. ¿No habrá quien quite el oprobio y la afrenta del pueblo del Señor? Sí, hermanos mios, Alcalá abriga en su recinto dos tiernos Davides, que no pudiendo sufrir las blasfemias y los insultos contra el Dios vivo, toman á su cargo la justa venganza.

Justo y Pastor. ¿Para qué he de detenerme á indagar lo ilustre y distinguido de sus ascendientes, ni qué excelencia ni gloria pueden dar las cosas del mundo á quienes lo renunciaron todo y miraron con desprecio al mundo mismo por defender á su Dios? En la tierna edad de siete y de nueve años, mediante la divina luz y una educacion de sus padres mas celosa y continua que la que acostumbran á dar á sus hijos los padres de nuestros dias, sabian que el alma se gana cuando se pierde el cuerpo por Jesucristo; que la sangre se consagra cuando se derrama por Jesucristo; y que las victorias de la fe se consiguen recibiendo heridas y no dándolas: sabian que todo debe de abandonarse por el bien de Dios y su gloria, que todo debe preferirse ántes que permitir que el nombre santo de Dios sea ultrajado; y animados de estos sentimientos, anteponen en su corazon las parrillas mas abrasadoras al trono mas resplandeciente; las cárceles mas lóbregas á los palacios mas magníficos, las cadenas mas pesadas á las galas mas brillantes; las uñas de las bestias mas feroces á las sillas mas distinguidas de los magistrados; el hambre y la sed á los convites mas espléndidos, y estimando en mas ver sus cuerpos despedazados por los verdugos mas crueles que mirarlos cubiertos de la púrpura de los emperadores, ellos mismos salen al campo de batalla, arrojan los libros de las primeras letras que aprendian, y en vez de irá la escuela se dirigen á la casa del gobernador, le echan en cara como David á Goliat sus sacrílegas blasfemias, y le hacen entender que aun hay Dios en Israel. Con la mayor sencillez, pero al mismo tiempo sostenidos por el Espíritu divino, le dicen llenos de fortaleza y de fe, que si busca cristianos ellos lo son; que si desea derramar sangre, están prontas sus cervices á verterla por Jesucristo, y que ni la afliccion, ni la espada, ni la tribulacion, ni la angustia, ni la muerte misma podrá separarlos de su Dios.

¡O lenguas bienaventuradas, diré con san Basilio, ó lenguas dichosas las que os desatasteis en tan divinas alabanzas, las que recibidas en el aire quedó santificado, oídas por los ángeles les llenaron de júbilo, pusieron terror al infierno y fueron esculpidas por el mismo Dios en el cielo!

Es un arrojo temerario el exponerse voluntariamente á la muerte y buscar por sí mismo el martirio, cuando nadie insta ni precisa á padecerle. Por esta razon, por no hacer reos á los tiranos de un nuevo crímen que no estaban dispuestos á cometer, y por no exponerse al riesgo de desmayar en los tormentos, ordenó sabiamente la iglesia en varios concilios de los primeros siglos, que ningun cristiano se arrojase al martirio sin ser obligado, buscado y precisado. Pero cesan todas las disposiciones humanas cuando quiere el Señor manifestar sus maravillas. Léjos de nosotros el sospechar la mas pequeña lijereza ni la mas leve desobediencia en nuestros esclarecidos niños. El Señor que con una uncion divina inspiró á los Sansones, á las Pelagias, á las Apolonias y á otros muchos este género de heroísmo; él mismo por unos juicios que no nos es dado penetrar excitó, movió, dirigió los pasos y puso sus alabanzas en la boca de estos niños, para que las publicasen impávidos delante de los tiranos y los llenasen de confusion. Cuando el gobernador de Alcalá se complace en la pública consternacion y está en su palacio meditando escenas y espectáculos de sangre, allí mismo le pone el Señor á la vista estos dos caudillos de la fe para su turbacion y espanto. Nosotros somos cristianos, le dicen. Apénas puede creer lo que está palpando, y cuando ya dió algun lugar á su reflexion, se persuade que la confesion pública de la fe de estos niños seria un efecto de liviandad ó un arrebato inconsiderado y pueril, que cederia á la primera vista de los tormentos, y mandó que secretamente los azotasen.

Salen del tribunal estos herederos del espíritu de los apóstoles, llenos de alegría porque han sido dignos de padecer por la gloria de Jesus, y Justo rompiendo el silencio: No temas, dice á su hermano, no temas esta muerte del cuerpo que se nos prepara, ni te espanten los tormentos pensando que no los podrás sufrir por ser de tan poca y tierna edad: no hagas caso del cuchillo que ha de atravesar tu garganta; porque Dios que nos hace la merced de que muramos por él, nos dará las fuerzas necesarias para que lleguemos al término y alcancemos la

corona del martirio. Él nos dará fortaleza para que no desmayemos en esta flaca edad, y para que lleguemos á la bienaventuranza que tienen los ángeles en el cielo y todos sus escogidos.

Pastor se maravilla y se llena de regocijo con estas palabras de Justo. Hablas como justo, le dice, y quieres que yo tambien lo sea. Lijera cosa me será morir contigo por ganar en tu compañía á Jesucristo. No temeré morir y ofrecer en sacrificio á Dios este mi tierno cuerpo, viendo con cuánta alegría vas á ofrecer el tuyo, ni derramar mi sangre por aquel Señor que derramó la suya por mí, y por verle en el cielo y gozar para siempre su gloria.

Parecen estos á la verdad unos discursos muy elevados y superiores á los conocimientos que pueden adquirirse en tan cortos años, pero ¿qué nos admiramos si sabemos que dijo Jesucristo á sus siervos, que no pensasen ni discurriesen sobre lo que habian de hablar y responder en los tribunales, porque el Espíritu santo pondria en su boca las palabras que habian de decir?

Avisaron los ministros al gobernador las mutuas exhortaciones, la virtud y constancia de los niños, y lleno de asombro, perdida enteramente la esperanza de vencerlos, y temiendo no siguiesen su ejemplo los demas cristianos, mandó que inmediatamente los degollasen en algun lugar secreto; y llevándolos al campo, puestos sobre una piedra grande les cortaron las tiernas cabezas. ¡Espectáculo digno de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas y de todos los santos! Unos niños que en los umbrales de la vida renuncian á la esperanza del vivir; menosprecian la vida temporal, abandonan á sus padres, á sus parientes y á todas sus comodidades por unirse con Jesucristo y borrar con su sangre el oprobio, la injusticia y el terror que estaba oprimiendo á su religion y á su patria... Este es el complemento de la victoria, el glorioso triunfo de Justo y Pastor. Pelearon hasta dar su vida por Jesucristo; derramaron con valor su sangre ántes que faltar á Jesucristo, y recibieron la corona de mano del mismo Jesucristo. Sus lenguas callaron, pero hablaron en su defecto las piedras, porque no hay consejo ni sabiduría contra Dios. Quedaron impresas en la piedra dura del sacrificio las señales de sus manos y rodillas, para ser un monumento eterno de la santidad, de la inocencia y del triunfo de nuestros santos.

Amados mios, al tomar á mi cargo el anunciaros las glorias de estos ilustres mártires, jamas presumí formar un elogio que llenase vuestros deseos; pero supla vuestra piedad, vuestra devocion y vuestros afectos todo lo que me ha faltado para satisfaceros, y tened la paciencia de oirme concluir mi discurso con una máxima del padre san Basilio que quisiera conservaseis para siempre: *Congregatos exhortari ad virtutem, hæc est martyrum laus.* El mayor elogio que podemos hacer de los mártires es exhortar á nuestros oyentes á la imitacion de sus virtudes. Hemos visto y alabado el valor de dos niños que resistieron hasta triunfar muriendo, y hemos confesado y publicado su mérito; pero al mismo tiempo estos trabajos y estas cruces que Dios misericordiosamente nos dispensa en medio de la paz de la iglesia, y que tienen el mismo lugar que ocupaba el martirio, ¿los amamos en nosotros como medios é instrumentos de nuestro mérito, ó los alabamos en nuestros prójimos como demostraciones de su fe? ¿Los miramos en ellos y en nosotros como instrumentos de una virtud heróica y motivos para contraer merecimientos? ¡Qué confusion, hermanos mios; ellos son comunmente la materia de nuestras impaciencias, de nuestras murmuraciones y aun de nuestras imprecaciones y blasfemias, en vez de serlo de nuestra prueba, de nuestra virtud y de nuestra paciencia! La pobreza, las enfermedades, las humillaciones, léjos de arrancarnos del mundo y unirnos y estrecharnos con Dios, nos abaten, nos desalientan y nos separan de Dios. Y respecto de nuestros prójimos, cuando no tenemos la temeridad de censurar, cuando no desacreditamos su concepto, cuando no nos complacemos en atormentarlos ¿con qué ojos miramos las calamidades que los afligen? La decadencia de su estado, la pobreza de su casa, los dolores que por tantos tiempos los atormentan ¿qué impresion hacen en nosotros? ¿Cuántas veces los juzgamos como justos castigos de sus iniquidades y como señales del abandono de Dios? Tan faltos nos hallamos de verdadera fe, que llegamos á decirles lo que sus enemigos á David: *Multi dicunt animæ meæ, non est salus ipsi in Deo ejus.* Tan ciegos vivimos, que la misericordia de Dios, que corrige blandamente á los que ama, pensamos que es una severa justicia que castiga á los que aborrece.

Aprendamos pues, hermanos mios, á mirar con los ojos de la fe las humillaciones y trabajos que Dios nos envía, y si no se

nos presentan ocasiones de derramar nuestra sangre en defensa de la religion, hagamos de los trabajos motivo de nuestro mérito y ocasion de nuestra virtud, sufriéndolos con paciencia y resignacion. Acabemos de desengañarnos y convencernos de que nada es mas preciso ni mas precioso que padecer, y que así es como se forman los mártires y nos hacemos semejantes á Jesucristo.

Meditad el triunfo glorioso de estos niños, y en él aprenderéis el amor á Dios y con él la penitencia, la fortaleza, la constancia; aprenderéis á ser hijos obedientes, padres celosos, ricos caritativos, pobres humildes, y todos á ser buenos y fervorosos cristianos. Abogados y patronos nuestros, olivas fructíferas del jardin de la iglesia, brillantes candeleros de la casa del Señor, gloriosos Justo y Pastor, yo os suplico que desde ese trono de gloria é inmortalidad que gozais dispenseis una proteccion especial á todos vuestros devotos. Y vos, Señor, fe de los niños, fortaleza de los débiles, esperanza y virtud de los flacos, que con el ejemplo de los santos inocentes Justo y Pastor nos excitais á la salud, infundid en nosotros la pureza de la niñez, para que haciéndonos semejantes á los niños en la justicia y la inocencia, nos gloriemos y os alabemos con ellos en la gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE SAN LEANDRO,

ARZOBISPO DE SEVILLA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

DESTRUYÓ LA HEREJÍA Y RESTABLECIÓ LA PUREZA DE LA FE Y LA PAZ EN NUESTRA ESPAÑA POR SU VIRTUD, SU CIENCIA Y SU FORTALEZA.

Abstulit ergo Josias cunctas abominationes de universis regionibus filiorum Israel: et fecit omnes qui residui erant in Israel, servire Domino Deo suo. Cunctis diebus ejus non recesserunt á Domino Deo patrum suorum.

II. Paralipom., c. 34. v. últ.

«Josías quitó todas las abominaciones de todas las tierras de los hijos de Israel, destruyó todos los altares que habian levantado en las alturas para adorar á los ídolos, é hizo que todos los que habian quedado en Israel sirviesen al Señor su Dios. Todo el tiempo que vivió no se apartaron del Señor Dios de sus padres.» Tal es, hermanos mios, el elogio que se hace en los libros santos del piadoso rey Josías y por lo que acompañará siempre la bendicion á su memoria. ¿Qué puedo decir mas á propósito en elogio del bienaventurado san Leandro, exterminador de la herejía arriana, reparador de la fe, de la pureza de costumbres y de la paz de nuestra España despues de los dias de sus desgraciadas guerras, trastornos y multiplicadas abominaciones y pecados? ¿Cómo podré daros á conocer con mas expresion y claridad á este apóstol de los godos, á este monje lleno de piedad y virtud, á este ornamento brillante de la dignidad episcopal, á este doctor esclarecido, á este político lleno

de la ciencia de Dios, que presentando el cuadro de sus obras y el resultado de su celo y sus fatigas apostólicas, al modo que el sagrado texto nos presenta el del religioso Josías? Destruyó las abominaciones, arrojó la herejía de nuestra España, restableció la pureza de la fe y con ella la paz y un reinado feliz en que los españoles sirvieron al Señor Dios de sus padres.

¿Esperais acaso verle al frente de grandes ejércitos, rodeado de la fuerza, de las riquezas ó del favor de los grandes y poderosos de la tierra para llevar adelante tan asombrosa empresa? ¿Esperais oir los esfuerzos del valor de un guerrero ó los ardides de la sagacidad y prudencia de un político del mundo? Las obras de Dios se consiguen y completan por otros medios. Josías, sin embargo de ser el rey de Israel y depositario del poder, no redujo á su pueblo al culto del verdadero Dios y le hizo gustar las dulzuras de la paz con la fuerza, sino haciendo un pacto delante de Dios de seguir sus caminos, guardar sus preceptos y observar todo lo que estaba escrito en el libro de la ley con todo su corazon y con toda su alma. Leandro, aunque de ilustre y noble nacimiento, aunque entroncado con los mismos reyes godos, no fué mas que un monje, un obispo, un santo, y con su virtud, su ciencia y su fortaleza completó la obra de destruir la herejía y restablecer el verdadero culto y pureza de la fe y las costumbres de nuestra España en el siglo sexto, para la que el Señor le destinó en los adorables recursos de su Providencia sobre esta nacion siempre combatida y siempre triunfante de los enemigos de sus católicas creencias.

Presentado tengo ya el objeto de mi discurso, encaminado y reducido á manifestaros que san Leandro destruyó la herejía, y restableció la pureza de la fe y la paz en nuestra España con su virtud, su ciencia y su fortaleza. Admiremos la obra de Dios por medio de su siervo nuestro santo, y bendigámosle. Aprendamos los medios por los que se consiguen los grandes beneficios y se llega al logro de las grandes empresas, y no demos jamas cabida en nuestro corazon á la política mundana, á esa perversidad con que todo se santifica y se pone en juego, atropellando los mas sagrados derechos por conseguir el fin que se pretende. Demos gloria á Dios, honor y alabanza á nuestro santo, y procuremos imitarle. Este es el destino de mi ministerio, lo que me toca procurar y exigir de vosotros, y para lo que tenemos que empezar recurriendo al Señor y pidiéndole

su gracia por la intercesion de su santísima Madre. *Ave María.*

La herejía de Arrio, tenaz en desconocer y negar la divinidad de nuestro señor Jesucristo y en persuadir que no era el Hijo unigénito y consustancial del eterno Padre sino un puro hombre, se habia introducido en España y se extendia con el favor de los reyes, muy especialmente de Leovigildo. Públicos y sabidos son de todos los tiempos y circunstancias los medios de opresion y de iniquidad de que se vale el error y la mentira para conservarse en sus triunfos, y las violencias con que persigue á los que defienden la verdad y no se hacen sus partidarios y prosélitos. El temor de la persecucion y los castigos, el no exponerse á los desprecios y las burlas, el mal ejemplo de los reyes y poderosos, todo contribuía á que se abrazase el error y la impiedad de Arrio, y era necesario un don muy especial de Dios en el siglo sexto para que los españoles se atreviesen á ser católicos y confesar su fe en medio de tantos enemigos y de tantos peligros. San Leandro sin embargo tuvo la dicha de nacer de unos padres no solamente católicos, sino tambien ejemplares y virtuosos, que es lo que hace su verdadero mérito, mas que las distinciones de su nobleza, de su linaje, de sus destinos y profesion, de su parentesco con los reyes y que todo lo que aprecia el mundo y con lo que tan neciamente se envanece. San Leandro fué el primer fruto del matrimonio dichoso de Severiano y Turtura, tan abundante de frutos de bendicion y santidad, que pueden gloriarse estos virtuosos esposos de haber dado cuatro hijos santos al cielo, y otros tantos ejemplares de virtud y de ciencia á la iglesia.

La milicia, que era la profesion de Severiano en el departamento de Cartagena, no estorbó el dar á san Leandro una educacion esmerada y religiosa; y la buena índole y disposicion de san Leandro contribuyó á recibir con gusto y á adelantar con rapidez, no ménos en el conocimiento y estudio de las letras que en la práctica de las virtudes. El Señor le destinó para cosas grandes, para dar la libertad á su pueblo y restablecer la fe católica en España, y desde los principios le dotó de sus gracias y de aquellas prendas extraordinarias con que enriquece á sus escogidos.

Diversiones y pasatiempos peligrosos de la juventud; esperanzas de un mundo lisonjero; pasiones desenfrenadas que torceis las mejores inclinaciones y arrancais las semillas de la virtud sembradas en la niñez; compañías contagiosas que robais el pudor, la modestia, la inocencia, y envolveis en el libertinaje y la corrupcion, huid, no teneis entrada en el noble corazon del jóven y virtuoso Leandro. Nada es capaz de pervertirle ni separarle de la virtud. En medio de una fortuna con que poder satisfacer sus antojos, en los peligros de la edad, de las compañías, en los riesgos á que le exponia su misma distinguida calidad y sus aventajados talentos, se dejó conocer siempre como un ejemplar de modestia, de humildad, de compostura, y su presencia sola bastaba para contener y edificar á los demas.

Bien pronto conoció los peligros del mundo y el lamentable estado de su patria, y temeroso del contagio, renunciando á todas sus esperanzas y á la fortuna con que le brindaba el mundo; deseoso de destruir los errores y los vicios, y de que entrasen todos en la senda de la verdad y la justicia, empezó por santificarse á sí mismo para ganar con su ejemplo á los demas. No tiene fuerzas ni poder para contener el mal, ni para derribar los ídolos que se han formado los hombres en mengua de su Dios y de su Salvador, y corre cuando apénas tiene edad para tender su vista y distinguir los sucesos de la tierra, corre desprendiéndose de todos los afectos, á unirse á los verdaderos adoradores del Dios vivo, y á orar como Moises para que no venga el exterminio de su pueblo.

El monasterio de san Benito de la ciudad de Sevilla le vió entrar por sus puertas, para santificarse en él y sepultar allí todas sus esperanzas en cambio de conservar su inocencia y acrecentar su virtud. Allí creció á la sombra del santuario y se explayó su alma, libre ya de un gran número de enemigos, y fortalecida con los repetidos y continuos ejemplos de virtud de los monjes: allí trabajó para adquirir la ciencia de los santos no solo con el estudio de las sagradas letras, sino tambien con la práctica de la austeridad, del ayuno, de la oracion, del silencio, de todas las virtudes: allí levantaba sus manos y sus fervorosas oraciones al cielo para alcanzar del Señor el fin de la herejía y de las persecuciones que sufria en su patria la fe católica; allí concebia los deseos generosos y santos de sacrificarse y ser anatema por su fe, de sufrirlo todo, perderlo todo, de morir por la confesion de su fe: allí era conocido de todos por su ciencia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

por sus saludables consejos y exhortaciones, por su extraordinaria virtud, y él solo era quien no se conocia á sí mismo, porque su modestia, su humildad no le dejaba ver sino sus defectos, ni reputarse por otro que por el último, el mas inútil y despreciable de los siervos del Señor, por un pecador y miserable.

¿Qué importa que el justo trate de ocultarse y llorar en silencio sus calamidades y los males de su pueblo? ¿Qué importa que se desconozca á sí mismo y se tenga por inútil, si vela sobre él y le dirige muy de cerca la providencia de su Dios? El mundo mismo hará justicia á su virtud y dará testimonio de su mérito. Tranquilo y sosegado san Leandro en la quietud de su monasterio, contento con gustar las delicias de su retiro y con ocuparse en el estudio y en la práctica de las virtudes, sin otras atenciones ni cuidados que procurar su santificacion, y de implorar las misericordias de Dios sobre sus prójimos, recibe la noticia de ser el elegido por aclamacion para arzobispo de Sevilla, cuya cátedra habia quedado vacante. No queria el Señor que quedase escondido este tesoro, ni que se ocultase esta luz sin alumbrar á los domésticos de su santa casa. Habíale ya preparado con una virtud sólida, con una ciencia sana y doctrina pura, y era ya el tiempo de sacar á este humilde David de la casa de su padre, para que pelease en los ejércitos del Dios vivo y derribase al gigante que llenaba de oprobios y de afrenta á su patria y de blasfemias al cielo. Era ya llegado el tiempo de mirar con benignidad á nuestra España, y desterrar de ella el monstruo de la herejía, y que se cumpliesen las miras del Señor sobre su siervo Leandro. Con temor, con humildad, con una entera desconfianza de sí mismo toma sobre sí el terrible cargo que se le ofrece, y el pesado ministerio de apacentar á su grey. No, no le incumbe ya solo el cuidado de santificarse á sí mismo, y de orar y llorar en el retiro los pecados de su pueblo; es preciso que sea un dispensador fiel y cuidadoso, que trabaje sin perdonar fatiga por santificar á los demas; que instruya con sus palabras y su ejemplo; que corrija, que reprenda; que sea un muro puesto en defensa de la casa del Señor, dispuesto á recibir los golpes que se asesten al santuario; que sea un Elías lleno de celo por el Dios de los ejércitos; es preciso que á su eminente virtud y su sana doctrina se una la fortaleza para trabajar, para defender, para plantar, para destruir sin temor alguno á las potestades del mundo, y sin otra mira que agradar

al pastor de los pastores Jesucristo, cuyo ministerio desempeña. Conoce muy bien lo arduo y penoso del cargo que toma sobre sí. Conoce las dificultades y peligros á que el Señor le expone en un tiempo en que los fieles necesitaban ser fortalecidos con los pastos de la sana doctrina, y en que la fe católica estaba tan acometida de poderosos y pertinaces enemigos: acepta el destino que le presenta la divina Providencia, y con él la resolucion de destruir en cuanto le fuese posible el monstruo infernal de la herejía arriana. Para esto empezó por edificar á todos con el ejemplo de sus virtudes y manifestarse el ejemplar de las buenas obras. El mundo, lo mismo que el retiro del claustro, le vió siempre sobrio, casto, modesto, amante de la oracion y del retiro, y vió sobre esto en él todas las virtudes propias y necesarias de un obispo, como primer pastor de la parte del rebaño que Jesucristo le confía. La prudencia en los negocios, la piedad y celo infatigable en las divinas alabanzas y oficios eclesiásticos, la caridad y misericordia con los pobres, la dispensacion de la divina palabra; una vida irreprensible para poder estar dispuesto á argüir y reprender, y que sus enemigos no pudieran echarle en cara la mas pequeña falta. Léjos de ser su nuevo ministerio un motivo de descanso ó un pretexto para mitigar las austeridades de su penitencia y sus ejercicios de piedad, le sirve para aumentarlos y esforzarse mas, como primer soldado de Jesucristo que debe animar con su ejemplo á los demas.

Con estas santas disposiciones peleó contra la herejía fuerte y poderosamente, sin perdonarla hasta en el mismo trono de los reyes. Aquella ciencia de Dios que habia adquirido en el monasterio, la difundia entre sus ovejas, y acompañándola con su ejemplo y sus virtudes, no podia ménos de producir frutos abundantes de salud. Instruía en la verdad infalible de la divinidad de Jesucristo con sus discursos llenos de uncion, de celo y elocuencia; confirmaba á los católicos con sus predicaciones; argüía con solidez á los herejes hasta convencerlos; la blandura, la persuasion, el amor, de todo se valia y todo era poco para su celo y su deseo de atraer á todos al conocimiento de la verdad y aumentar el rebaño de Jesucristo; arguye, ruega, reprende, suplica oportuna é inoportunamente lleno de paciencia y de sabiduría; quisiera sepultar para siempre el error, y el Señor se complace en los trabajos de su siervo, oye sus votos

y súplicas continuas, se dispone á favorecer sus deseos; pero haciendo que pase ántes por la persecucion y las tribulaciones, para que resalte mas su mérito y sea mas abundante su recompensa.

Como el corazon de los reyes está en las manos de Dios y le mueve é inclina segun su voluntad, mirando ya con misericordia á nuestra patria y accediendo á las oraciones de san Leandro, dispuso que el príncipe Hermenegildo pasase á Sevilla con su esposa Ingunda, para fijar su residencia en ella como capital de sus estados. ¿Quién podria decir que el hijo primogénito de Leovigildo, de este rey tan tenaz en sostener la herejía y perseguir á los católicos, que este príncipe educado en la herejía habia de ser un mártir de Jesucristo? San Leandro se congratuló al verle en su ciudad, aprovechó las buenas disposiciones de la princesa, deseosa de la conversion de su esposo, trabajó con celo, instruyó á Hermenegildo en la verdad católica, y este abjuró la herejía, recibió el santo bautismo y la confirmacion por mano de san Leandro, y el Señor le concedió el don de fortaleza con que despues dió su vida en defensa de la fe que habia tan resueltamente abrazado.

No es bastante para el enojo del rey perseguir á su mismo hijo, desheredarle del título de príncipe y de todos sus derechos, resolver en su furor quitarle la vida si no renunciaba la fe que habia abrazado, y cometer el atentado horroroso de mandársela quitar, sino que movió tambien una cruel persecucion contra los católicos, desterró á los obispos, dejó sin pastores á las iglesias y desconsolados los rebaños, saqueó los templos y se entregó á todas las furias de un poderoso irritado, que no oye otros consejos que los de su rabia y desesperacion.

¿Sobre quién habia de descargar con mas fuerza el golpe de la persecucion que sobre el arzobispo de Sevilla, sobre este nuevo Atanasio, defensor acérrimo de la fe católica y perseguidor incansable de la herejía? ¿Sobre el que tuvo valor para acometer la empresa de reducir á la fe al príncipe Hermenegildo, y fortalecerle con sus santas amonestaciones hasta anteponer la muerte á volver al error? Sin respeto alguno ni á su dignidad, ni á su respetable virtud, ni á los vínculos de la sangre con que estaban unidos, hizo que con el mayor rigor, sin provision ni socorro alguno, fuese desterrado á la ciudad de Cartagena.

¿Qué impresion podia hacer esta depravada conducta en un justo lleno de celo por la causa de su Dios, sino la de dar ánimo á su virtud y nuevos esfuerzos á su fervor? ¿Qué podria importar un destierro al que estaba dispuesto á sacrificarse todo por su Dios? Habia manifestado su virtud y su ciencia en el desempeño de su ministerio, y se le presentaba la ocasion de manifestar su fortaleza, peleando en defensa de su fe sin acobardarse por las tribulaciones ni las angustias. Preciso era que viera el mundo que esta alma grande no enmudecia ni se acobardaba á la presencia de los peligros y de las privaciones y desgracias: que anteponia la gracia y amistad de Dios y el honor de su causa á la amistad de los poderosos de la tierra. Desde su destierro alentaba á los católicos con la viva luz de su predicacion, y ya que no podia hacerse oir de su rebaño, se valió de los escritos con que confundia al error, ponia en claro la verdad católica, hacia que pasase su espíritu á sus cartas, y se comunicase con ellas á los fieles, hallando así la virtud para sufrir la persecucion que se les hacia padecer, y la fortaleza para no dejarse arrastrar á la herejía ni por las promesas, ni por el miedo, ni por ningun género de tormentos. Su vista como la de un centinela puesto para guardar y defender la casa del Señor, se extiende por todas partes, y á todas acude sin perdonar fatiga. Con sus santos y piadosos escritos sostiene á los débiles, anima á los tibios, atrae á los extraviados, defiende la fe, convence á la herejía, desvanece los fundamentos y razones de los herejes, instruye á todos, así como edifica á todos con su ejemplo, sin temor á las potestades de la tierra y del infierno combinadas para mortificarle. Los obispos, los sacerdotes, los legos, los atribulados, los que gimen en los conflictos de la persecucion, todos buscan en san Leandro la luz para dirigirse, el consuelo, la fortaleza, la virtud que necesitan para sobrellevar la tribulacion. No podia ocultarse el celo, ni el empeño de nuestro santo por extender y hacer que triunfase la verdad. No podia ménos de llegar á oídos de Leovigildo el celo infatigable y el fervor de san Leandro en defensa de la fe ortodoxa. El mismo Leovigildo tuvo que buscar en él el alivio de sus remordimientos é inquietudes interiores. ¿De qué sirve la opulencia de la tierra y toda la gloria y majestad de los tronos, si no se disfruta la tranquilidad de la conciencia? ¿Cuánto mas apetecible es el sosiego del justo, aunque viva en la perse-

cucion y la miseria, que la prosperidad del pecador interrumpida sin cesar por los remordimientos de su conciencia y la memoria de sus espantosos crímenes? Leovigildo vivia en un continuo sobresalto; la muerte de su inocente hijo se le presentaba en todas partes con todo el horror de tan execrable atentado; la cadena de sus maldades, de sus persecuciones contra los ministros del Señor y sus siervos fieles le agobiaba, y el recuerdo de sus profanaciones le hacia perder la esperanza de su salvacion. Un estado tan violento le puso á las puertas de la muerte, y entónces recurrió á san Leandro, hizo que viniese de su destierro á visitarle, dió este testimonio á la virtud de nuestro santo; dejemos á la justicia de Dios el fallo sobre la sinceridad de su arrepentimiento. San Leandro le oyó como un padre, como un ministro del Dios de paz, y tuvo el placer de que le entregase á su hijo Recaredo, sucesor en el reino, y le encargase que le instruyese como á Hermenegildo en la fe católica, arrancando de su corazon la herejía.

San Leandro sin mas ciencia que la de los santos ni mas recursos que los de su virtud y su fortaleza cristiana, se pone al frente de la nacion española, y desde aquel dia venturoso se deja ver la paz tan deseada y la felicidad verdadera de nuestra patria. Por sus instrucciones y consejos el príncipe Recaredo abrazó la fe católica, abjuró la herejía, levantó el destierro de los obispos, y con su ejemplo, con el acierto de su gobierno, con la buena administracion de justicia, con sus virtudes dispuso á sus vasallos á que abjurasen el error y abrazasen la fe del concilio Niceno. San Leandro, cuyo celo y fortaleza no se saciaba hasta conseguir un completo triunfo, aconsejó al nuevo rey que se reuniese un concilio, que fué el concilio tercero de Toledo, y por consentimiento universal de la nacion se abjuró la herejía, se la desterró de nuestro piadoso reino, se abrazó y confirmó con general gozo la fe del concilio de Nicea, y con ella se dió la paz y los dias serenos á la iglesia y á los pueblos de España. San Leandro fué el primer director, el alma de este concilio de eterna memoria, el autor de la gloriosa empresa de dar la paz á la iglesia y al estado, el apóstol de su tiempo, como lo testificaron los padres del concilio. En él anunciaron sus labios la ciencia de Dios, que tan constantemente habia estudiado en toda su vida; propuso los medios para remediar los males y la corrupcion que se habia introducido; dió gracias á Dios por el

término feliz de la herejía y la persecucion; todo lo atribuyó á Dios sin pensar en sí mismo ni hacer mérito alguno de sus continuos esfuerzos. Á nosotros toca reconocer y confesar como los padres del concilio y todos los fieles de aquel tiempo, que á san Leandro, despues de Dios, se debe tan completo triunfo y el éxito dichoso de tan gloriosa empresa. A nosotros toca publicar en su elogio lo que los libros santos dicen en elogio del piadoso Josías: *Abstulit cunctas abominationes de universis regionibus filiorum Israel, et fecit omnes qui residui erant in Israel servire Domino Deo suo. Cunctis diebus ejus non recesserunt à Domino Deo patrum suorum.* Destruyó la herejía y restableció la pureza de las costumbres, de la fe y de la paz en nuestra España, haciendo que en sus dias sirviesen todos al Señor Dios de sus padres. Logró el empeño de toda su vida, y llenó el destino para que el Señor le eligió; y le logró, como hemos visto, no con las astucias de una prudencia y sabiduría humana, con esa política terrena que consiste en plegarse á la voluntad de los que dominan segun las circunstancias; no con sacrificios que degradan y envilecen; no con las violencias de la fuerza armada ni el prestigio del poder; sino con la virtud, con la ciencia de los santos, con la fortaleza apóstolica de los héroes de la religion. España reconocerá siempre que es deudora de su prosperidad y catolicismo á un Leandro, monje de san Benito; á un Leandro, arzobispo de Sevilla; á un Leandro lleno de la ciencia y del espíritu de Dios y ajeno de todas las pretensiones del mundo. Al ver la tranquilidad de sus pueblos, el restablecimiento de sus solemnidades religiosas, la confusion de la herejía y las dulzuras de la paz, no podrá ménos de confesar España, como el pueblo escogido en tiempo de los Macabeos, que todo lo debe á la piedad de este santo sacerdote: *Propter Oniæ pontificis pietatem.*

Tales son los medios por donde se logran los dones del Señor; los medios adecuados para ajustar la paz y dar la felicidad á los pueblos; los medios para conseguir las grandes empresas. Huyamos de los medios reprobados por la religion; no aspiremos ni reconozcamos otra ciencia que la que es conforme á las máximas del Evangelio, imitemos á san Leandro en su virtud, en su ciencia y en su fortaleza, y aunque nos acarreemos la contradiccion y las persecuciones de este mundo, conseguiremos al fin el premio de nuestros trabajos en la gloria.

Glorioso santo, honor de nuestra patria, desde esa mansion de felicidad y gozo inexplicable interceded con el Señor para que mire con misericordia á esta nacion católica: alcanzad que desaparezca de ella en nuestros dias la impiedad, la corrupcion, el libertinaje, esa ciencia orgullosa, altanera y diabólica que tanto domina y que tan rápidamente socava á la sociedad y á la religion por sus cimientos; alcanzad que nuestros superiores y magistrados nos dirijan y gobiernen por las máximas de la sabiduría del cielo, para que no nos apartemos del Señor Dios de nuestros padres en esta vida, y le alabemos despues en vuestra compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN LÉSMES ABAD,

PATRON DE BURGOS.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA VIRTUD SÓLIDA ES LA QUE DA LA VERDADERA GLORIA.

Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.
Sabed que el Señor ha hecho admirable y glorioso á su santo.
Salmo 4. v. 4.

¿Qué son las glorias de este mundo sino sombras que pasan, sueños que engañan, ilusiones que desaparecen y lijeros pasatiempos que se olvidan? Las grandes empresas y conquistas de los emperadores y la ostentacion con que celebraron sus triunfos, la ciencia tan celebrada de los sabios y legisladores, el valor y los esfuerzos de los guerreros que se sacrificaron por su patria apénas se recuerdan en las generaciones siguientes, si ya no es que se envuelve su memoria con la de sus crímenes y se mancha con los borrones de sus torpezas, de sus fragilidades, de sus injusticias y de sus tiranías. Aquellos que se distinguieron en el mundo por sus destinos, por sus dignidades y riquezas, murieron y apénas hubo quien acompañase á sus exequias, ni dejaron tras de sí sino el olvido y abandono de los demas hombres, por mas que levantaron sus sepulcros sobre los de la muchedumbre y estamparon sus nombres en los bronces y las piedras. Esas representaciones y fiestas en que reune el arte y el interes todo cuanto puede excitar á la complacencia y el de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Glorioso santo, honor de nuestra patria, desde esa mansion de felicidad y gozo inexplicable interceded con el Señor para que mire con misericordia á esta nacion católica: alcanzad que desaparezca de ella en nuestros dias la impiedad, la corrupcion, el libertinaje, esa ciencia orgullosa, altanera y diabólica que tanto domina y que tan rápidamente socava á la sociedad y á la religion por sus cimientos; alcanzad que nuestros superiores y magistrados nos dirijan y gobiernen por las máximas de la sabiduría del cielo, para que no nos apartemos del Señor Dios de nuestros padres en esta vida, y le alabemos despues en vuestra compañía por toda la eternidad en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN LÉSMES ABAD,

PATRON DE BURGOS.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

LA VIRTUD SÓLIDA ES LA QUE DA LA VERDADERA GLORIA.

Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.
Sabed que el Señor ha hecho admirable y glorioso á su santo.
Salmo 4. v. 4.

¿Qué son las glorias de este mundo sino sombras que pasan, sueños que engañan, ilusiones que desaparecen y lijeros pasatiempos que se olvidan? Las grandes empresas y conquistas de los emperadores y la ostentacion con que celebraron sus triunfos, la ciencia tan celebrada de los sabios y legisladores, el valor y los esfuerzos de los guerreros que se sacrificaron por su patria apénas se recuerdan en las generaciones siguientes, si ya no es que se envuelve su memoria con la de sus crímenes y se mancha con los borrones de sus torpezas, de sus fragilidades, de sus injusticias y de sus tiranías. Aquellos que se distinguieron en el mundo por sus destinos, por sus dignidades y riquezas, murieron y apénas hubo quien acompañase á sus exequias, ni dejaron tras de sí sino el olvido y abandono de los demas hombres, por mas que levantaron sus sepulcros sobre los de la muchedumbre y estamparon sus nombres en los bronces y las piedras. Esas representaciones y fiestas en que reune el arte y el interes todo cuanto puede excitar á la complacencia y el de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

leite, cuanto puede hallarse de lisonjero y agradable, las veis, se repiten, y ya no merecen vuestra aceptacion, ni se interesa vuestra curiosidad en presenciarlas. Esos escritos y composiciones ingeniosas y divertidas en que agota la ciencia del hombre sus tesoros para llenar enteramente el alma del que las lee ó las oye, hicieron vuestra satisfaccion y entretenimiento una vez, y no habeis vuelto á oirlas, ni os determinais á volverlas á tomar en vuestras manos.

¿En qué consiste, hermanos mios, que despues de tantos siglos que salió de este mundo san Lésmes, sin haber gozado en él riquezas, dignidades ni distinciones, celebrais con tal majestad su memoria, os interesais tanto en honrarle, y que á pesar de oir todos los años su elogio y la historia de su vida, á pesar de que sabeis como si os fueran propios los hechos y virtudes admirables de este santo abad y los referís con fe y un júbilo santo á vuestros hijos, os apresurais hoy á llenar este templo y estais con ansia y avidez por oir de nuevo de mi boca la historia de un hombre que se hizo pobre por Jesucristo, que vivió en el mundo mendigando su sustento en sus peregrinaciones, que se ocultó en un claustro y acabó sus dias en el humilde destino de hospedar á los peregrinos y asistir á los necesitados? Consiste en que no es mundana y terrena su gloria, en que despreció al mundo con toda su vanidad, en que no buscó el aprecio y alabanzas de los hombres, en que puso toda su confianza y sus deseos en el cielo y buscó en este camino corto y difícil el término verdadero que es Dios. Consiste en que el Señor ha querido hacer admirable y glorioso á su santo. *Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum.* El Señor le ha hecho glorioso, pero no con los honores y glorias vanas y perecederas del mundo, sino con la sólida y verdadera gloria, con la gloria que solo puede dar la santidad y la virtud.

Ved aquí lo que pienso hacer servir para materia de mi discurso y elogio de nuestro santo; y si la virtud y santidad elevan á la gloria verdadera, concluiremos que es lo mas prudente y necesario, y nos alentaremos con su ejemplo á ser santos y virtuosos, obsequio el mas grato que podemos hacer á nuestro santo patrono, resolucion que pide la iglesia nuestra madre, proponiéndole por ejemplar á nuestra consideracion y memoria, y que exije nuestro propio interes y conveniencia. Falta, Señor, que nos ayudeis con vuestra gracia; y ántes de continuar la pedimos humildemente por la intercesion de vuestra madre y señora nuestra María santísima. *Ave María.*

Á la manera que con la presencia del sol se pierde y hace inútil y despreciable la luz de una linterna, así todo el aprecio y estimacion de los bienes de la tierra, todo su brillo y esplendor desaparece y se oculta con la presencia de la virtud. Los honores, las riquezas, las dignidades, el poder, la salud, la libertad son todos bienes y adornos postizos de que nos pueden privar los hombres, y no pueden darnos la verdadera gloria que nadie nos la puede quitar. La bondad y hermosura de un caballo, dice el padre san Juan Crisóstomo, nadie dirá que consiste en tener un freno de plata y estar enjaezado con sedas y diamantes, sino en su buena fortaleza y presencia; en su solidez y velocidad para la carrera, aunque no tenga adorno ni riqueza alguna. Del mismo modo, dice este santo, la gloria y hermosura del hombre no consiste en su buena fortuna y sus riquezas, en la salud y buena disposicion de su cuerpo, en gozar libertad y tener aceptacion con los hombres; consiste en la sólida virtud, en obrar de un modo agradable á los ojos de Dios, que es de lo que no pueden despojarnos los hombres. ¿Qué son, dice el mismo santo, los premios y coronas que da el mundo por las victorias y los triunfos que se consiguen en los juegos, en las guerras y en todo lo que aprecia el mundo, sino unas hojas de laurel, unos aplausos y clamores del vulgo que á la llegada de la tarde se marchitan, perecen, y que los hombres olvidan? Pero la corona que se da por la sólida virtud y por los trabajos que cuesta el conseguirla, no tiene nada de corporal y sensible, y así es que ni se disipa, ni se acaba con nosotros en este mundo, ni se destruye con el tiempo, es eterna, inmarcesible, se extiende á todos los siglos, no tiene fin.

No hay segun esto otra gloria verdadera que la que consiste en la virtud, ni hay otra cosa que pueda darnos una gloria eterna é inamisible que la sólida virtud. No busquemos en otra parte la gloria con que el Señor ha querido honrar á san Lésmes y hacerle admirable á todas las generaciones. Verdad es que á principios del siglo once nació en Loudun de Francia sin faltar á sus padres las riquezas, las distinciones de nobleza y demas que tanto estima el mundo; que se crió en el regalo y

las comodidades de su familia; que cultivaron su ingenio despejado instruyéndole no ménos en los principios sólidos de la religion de que se gloriaban en aquel siglo los ricos poderosos, cuanto en las ciencias y conocimientos que forman una educacion esmerada. Verdad es que aplicaron su juventud á la carrera de las armas y que nada faltó á este jóven militar, noble, rico y dotado de excelentes cualidades y presencia para seguir la vida alegre, bulliciosa y en el goce de los placeres del mundo; pero el Señor le destinaba para sí, y le dió muy pronto á conocer, que la nobleza, el ingenio, el poder y los que llamamos bienes en el mundo, pueden hacernos buenos y pueden tambien hacernos mas culpables; pueden servir para nuestra utilidad, y pueden tambien hacer nuestra ruina, pueden conservarnos en la virtud y servirnos para particarla, y pueden tambien servir para implicarnos en los vicios. El Señor le dió muy pronto á conocer que habiendo de dejar todos los bienes del mundo, era mejor anticiparse y desprenderse de ellos, y tomar el camino de la perfeccion, de la renuncia de todo lo que puede servir de molestia y de peso para seguir á Jesucristo.

Tiende su vista cuando apénas ha llegado á la edad de resolverse á tomar partido en el mundo y á meditar sobre su suerte y su destino; cuando á la muerte de sus padres ha quedado en una carrera distinguida y dueño de una herencia pingüe, tiende su vista por todos los caminos que llevan á los honores y la gloria, oye en el Evangelio de la misa el admirable consejo de Jesucristo: « Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto « tienes, repártelo á los pobres y sígueme, » y como el grande Antonio se aplica á sí mismo estas palabras, y sordo á todas las inspiraciones de la carne y de la sangre, del amor propio y del amor del mundo, se resuelve á abrazar el camino de la perfeccion, á distribuir todos los bienes de su cuantioso patrimonio á los pobres, para seguir libre del estorbo de los bienes de esta vida á Jesucristo humilde, despreciado y pobre, que ofrece ciento por uno en esta vida y despues la vida eterna.

¡Feliz el jóven que á la sazon de elegir en el mundo, así sabe resolverse y emprender á los principios de la vida el camino de la perfeccion! ¡Feliz el que huye de la compañía del mundo corrompido, y ántes de manchar su corazon con el amor de los deleites y el dinero y poner su esperanza en los tesoros, lo desprecia todo y elige el seguir á Jesucristo! Su vida será admirable y prodigiosa, porque inclinándose al partido de la virtud, el Señor le ayudará para correr por sus caminos. Sus enemigos no se le atreverán, porque derrotados en el principio, quedarán para siempre intimidados. El no acertar en la primera eleccion; el no seguir desde la juventud el camino recto; el no consultar al tiempo de resolver el hombre sobre sí mismo y decidirse á emprender un estado, sino á sus glorias y aumentos temporales, á sus intereses y á lo que dicta el mundo, las pasiones y las conveniencias temporales, el errar en el primer paso es el motivo de seguir toda la vida por el camino que lleva á la perdicion: el anciano no se apartará del que emprendió en su juventud, y todas las molestias, las turbaciones é inquietudes, los escándalos, injusticias y malos ejemplos que en sus estados cometen ordinariamente los hombres, no suelen tener otro orígen que el haberlos abrazado sin conocimiento, sin exámen, sin consultar con su Dios sino solamente con sus intereses temporales ó sus viciadas inclinaciones.

San Lésmes toma desde la juventud el camino del cielo, y abandona la milicia de los reyes de la tierra y todos los intereses y honores con que podia distinguirse en el mundo, por abrazar la milicia de Jesucristo y empezar el camino de perfeccion que conduce á los premios eternos; pero ¿qué motivos ó qué sucesos pudieron obligarle á tomar esta resolucion tan estrepitosa, tan inesperada y tan poco comun en los jóvenes de su edad y de sus cualidades? ¿Acaso una pasion despreciada, unas pretensiones desatendidas, un favor y proteccion que desapareció, una quiebra en los bienes de fortuna, una paciencia cansada de sufrir los inconstantes sucesos del mundo, un desengaño en vista de las amargas y continuas experiencias de lo que producen al fin y del vacío que dejan en el corazon los deleites y placeres? Apénas conocia al mundo y no se habia contaminado con su corrupcion. Por todas partes se presentaba lisonjero y halagüeño á sus ojos, le brindaba con sus placeres, con el esplendor de su gloria y el hechizo de sus honores y riquezas. Nada tenia que sentir contra el mundo ni quejarse del mundo; ninguna venganza tenia que tomar del mundo. Pero contempla sus peligros, lleva sus miras mas allá de lo que alcanza la vista de la prudencia humana, solo se ocupa en procurar su salvacion, y en vano es buscar otros motivos ni razones, otras armas para vencer al mundo que este mismo deseo de su sal-

vacion, esta prudencia santa y superior á los sentimientos del hombre, dulcemente inspirada por Dios que queria hacer glorioso y admirable á su santo.

Pero ¿á dónde irá despues que desatendiendo los clamores de sus parientes, que quieren ser los únicos en la ocupacion de los bienes de que quiere descargarse; despues que desprendido de los honores, riquezas y distinciones del mundo, queda dueño enteramente de sí mismo en la edad de los peligros y las tentaciones? ¡Cuántas veces, hermanos mios, hacemos los mas firmes propósitos, tomamos las resoluciones mas saludables, y nuestra constancia flaquea, nuestras empresas desaparecen al tiempo de ponerlas por obra! Decimos y no hacemos, ó si hacemos algo nos falta aquella perseverancia hasta el fin que es tan necesaria para salvarse. ¡Inconstancia y debilidad del hombre flaco y pecador! pero que no, no hallaremos en las santas resoluciones de san Lésmes. Va á seguir á Jesucristo porque seria poco dejarlo todo si no se tomase este camino, y aun seria inútil el desprecio y renuncia mas completa de todos los bienes, si se dejasen por otro fin que por Jesucristo, por su amor, y por seguirle con mas facilidad y desahogo. No contento con salir pobre de su casa, abandona tambien su patria para vivir conocido de Dios solo, y cambiando su vestido por el de un criado fiel que le acompañó, y á quien despidió encargándole el cuidado de procurar su salvacion y no ofender jamas á Dios, solo, sin recursos, ni otra confianza que la que tenia en Dios, ni otro fin que el de servirle y agradarle, se encamina á Roma, á pié, descalzo, mendigando de puerta en puerta su preciso sustento, confundido con los peregrinos que van á visitar los lugares santos de aquella ciudad. Acepta es á los ojos del Señor una penitencia reparadora de los excesos de la vida pasada, una penitencia del que repasa sus malos años en la amargura de su corazon, y habiendo irritado la coléra de Dios procura mover su misericordia consagrando á la justicia los miembros que sirvieron á la iniquidad; pero le es tambien gustosa la penitencia del justo que une su mortificacion á su inocencia; la penitencia de los santos que no se atormentan y castigan por destruir el pecado, que no ha entrado á borrar la hermorsura de sus almas, sino porque son de Jesucristo y crucifican su carne con Jesucristo, y se unen á la cruz de Jesucristo; porque quieren ser glorificados con Jesucristo y saben

que no hay otro camino que el padecer y morir por Jesucristo, quieren sentarse á la diestra del reino del Padre y saben que es preciso beber ántes el cáliz de la tribulacion y amargura, quieren unirse íntimamente al reposo de sus almas y no pueden hallarle sino en el monte Myrra; y tal es la penitencia continua de san Lésmes en su peregrinacion, en los trabajos de sus viajes y pobreza; en las privaciones que sufrió en dos años que permaneció en Roma confundido con los miserables, hecho pobre por Jesucristo y pidiendo de limosna su sustento entre los pordioseros.

Yo os diria aquí, amados mios, el fervor y devocion, aquel santo respeto con que visitó los lugares santos de Roma y aquella emocion divina en que ardia su corazon á la presencia de las reliquias de tantos mártires, y al pisar un terreno regado con la sangre de los atletas de nuestra religion. Contemplad vosotros los consuelos, los deseos, los votos, en una palabra, el corazon de san Lésmes lleno del amor de su Dios y del deseo de su gloria, al verle en la ciudad santa registrando las maravillas que obró el Señor en sus siervos con un espíritu enteramente religioso y con la mira de formar su alma en aquellos modelos de virtud. Yo solo diré que no se limitó á una admiracion y contemplacion estéril, sino que trasladó á su alma el celo de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, el fervor de los confesores, la pureza y castidad de las vírgenes... Diré que allí conoció las miserias del hombre y aprendió aquella caridad y mansedumbre, aquel amor entrañable á sus hermanos los hombres, aquella piedad que habia de ser algun dia el asombro y el ejemplo de todos y el consuelo de nuestra patria.

Alimentado enteramente de ideas y resoluciones santas, vuelve, como lo ofreció á su paso para Roma al abad Roberto, al monasterio de Auvergne llamado casa de Dios, á vivir bajo la regla del padre san Benito. ¿Tendria que trabajar este maestro diestro de las almas en dirigir esta nueva planta encomendada á su cuidado? Aquí su oracion fué continua, su abstinencia y sus mortificaciones y ayunos admirables, su obediencia, su humildad, su recogimiento y silencio, su amor de la union y paz de sus hermanos sirvieron de ejemplar á los demas, y muy pronto se le confió el magisterio de los jóvenes, como el mas á propósito para alentar á todos con su ejemplo, con su doctrina y con su virtud. Preciso era que su utilidad no se li-

mitase al recinto del monasterio, y por obediencia hubo de aceptar el ordenarse de sacerdote para ser útil á los fieles. El abad Roberto fué elevado á la dignidad episcopal, y Lésmes fué elegido por los monjes por su sucesor á pesar de su resistencia. Sus dignidades solo sirven para aumentar su fervor, su vigilancia sobre sí mismo, sus mortificaciones y su celo, sin faltar á lo que debia á sus destinos. Dios bendijo sus tareas, y los hombres tambien respetaron el mérito de un hombre á quien el Señor engrandecia y queria hacer admirable, de un hombre que en su gobierno supo como Moises ser agradable y amado de Dios y de los hombres. Pero era demasiado humilde, apetecia las dulzuras de la contemplacion y trato frecuente con su Dios, y logró al fin renunciar su dignidad y quedar como un simple monje sujeto á obedecer, mas satisfactorio para su alma que el tener sobre sí el cargo de mandar.

No era la virtud, austeridad y recogimiento de san Lésmes una virtud adusta y reñida con el trato de los hombres; enemigo solamente de sí mismo, era apacible con todos, caritativo con todos, habia estudiado en la oracion, en la contemplacion de las verdades santas de un modo mas útil que el enojoso con que se estudia en las aulas, y como instruído por Dios no eran sus conocimientos equívocos, ni sus procederes desacertados ni imprudentes. De aquí es que su virtud y su ciencia era notoria en todas partes, y sus triunfos sobre los pecadores muy frecuentes, y tanto mas seguros y eficaces cuanto que eran dirigidos sus consejos y amonestaciones con el celo santo que inspira la caridad. En vano es ya que su humildad oculte los tesoros de su alma en el silencio y retiro de un monasterio. De todas partes concurren las gentes guiadas del olor de sus virtudes, que publican sus continuos milagros, sus curaciones repetidas con la invocacion del nombre de Jesus, y las conversiones de tantos pecadores que por sus consejos detestaron al mundo, se disgustaron de los placeres y deleites terrenos, y buscaron la verdadera gloria en el ejercicio de la virtud. Los confines de Francia y de Inglaterra publican en todos sus ángulos las maravillas y santidad de san Lésmes, y cuando mas queria oscurecerse y ocultarse, se extendió tambien á España el buen olor de sus virtudes, porque el Señor no solo le engrandeció delante de los pueblos, sino tambien delante de los reyes.

Atentos los reyes de Castilla y de Leon á reformar las costumbres de sus pueblos despues de haber sacudido el yugo de los moros, persuadidos de que el mejor imperio es el de los que mandan en los corazones de sus súbditos, no cuidaron de hacerse temibles con ejércitos y crueldades, sino mas bien de hacerse amar como padres, y hacer virtuosos á los pueblos con el ejemplo de hombres eminentes en santidad. Alfonso VI á ruego de su mujer Constancia instó á san Lésmes y pudo conseguir su venida á España. No temais ni os asusteis, hombres políticos y ambiciosos, no abandona Lésmes su retiro para dominar en los palacios de los reyes y convertirse en enemigo de vuestra elevacion y grandeza, no viene á robaros la confianza que gozais y el lugar que ocupais en el corazon de los monarcas; no viene en busca de los pingües destinos, de las dignidades ni de los intereses, cuyo amor y deseo no tiene entrada en su alma, y que desde su juventud sabe apreciar en su justo valor; ha aceptado el venir bajo la precisa condicion de no seguir la corte y vivir en el silencio y el retiro, dedicado al servicio de Dios y provecho de sus prójimos.

¡Gloríate, ciudad de Búrgos, á quien destinó el Señor este tesoro de sus infinitas misericordias! ¡Gloríate y recuerda por todos los siglos la caridad fervorosa de san Lésmes en la ermita de san Juan, que se le cedió para su habitacion y para hospedar á los peregrinos que pasaban á visitar el cuerpo de Santiago á Galicia! ¡Recuerda con júbilo los multiplicados ejemplos de virtud, los consejos y amonestaciones saludables que reformaron las costumbres de tus habitantes, los milagros que le viste obrar en beneficio de los enfermos y atribulados.....! Él fué tu consuelo, el refugio de todos los menesterosos, el padre de los pobres, el enviado de Dios para enjugar tus lágrimas y reparar tus pérdidas despues de los dias de tu tribulacion. El Señor tiene en sus manos los corazones de los reyes, y estos pusieron á disposicion de san Lésmes muchas posesiones que fueron la muestra de su justo agradecimiento, el premio justo de sus servicios; y trasladadas á san Lésmes y sus sucesores hasta nuestros dias, han sido el patrimonio de los pobres y el sustento del culto divino. Gloríate, ciudad ilustre, y recuerda con júbilo el santo que por gratitud á sus favores y como enviado de Dios elegiste por tu patrono, y que tanto te ilustró con sus virtudes, sus ejemplos y su muerte preciosa.

Queria el Señor probar la virtud de su siervo, y en el sufrimiento y resignacion que manifestó en los mas vivos dolores de una aguda enfermedad, en el gozo y alegría espiritual que se entreveía en este siervo del Señor al conocer que llegaba la hora de disolverse y unirse á Jesucristo, acreditó bien que si su vida habia sido una penitencia continua tomada por su voluntad y eleccion, sabia tambien sufrir y ofrecer á su Dios las penitencias forzosas que le enviaba el mismo Dios. El mismo arzobispo le dispensó los santos sacramentos y demas auxilios de nuestra religion, y fortalecido con estos llegó la hora de su santa muerte, dejando en el llanto y desconsuelo á los fieles que lamentaban su pérdida.

Hermanos mios, ¿qué vieron los hombres en san Lésmes, en un monje sin riquezas, sin dignidades, sin poder, sin nada de cuanto se estima en el mundo para que tanto le honrasen? ¿Para que los pobres y los ricos, los justos y los pecadores, los reyes y los pueblos, los sacerdotes y los legos y todos sin distincion le venerasen, le engrandeciesen y llorasen su pérdida? Vieron que se desprendió de sus bienes y los distribuyó á los pobres, que renunció á los honores y distinciones del mundo, que huyó de las dignidades y rehusó los favores de los reyes, que lo abandonó todo y que nada le quedó sino el seguir á Jesucristo por el camino de la virtud.

La virtud, he aquí lo que vieron los hombres en san Lésmes, y por eso le honraron y por eso le honramos hoy despues de tantos siglos, porque la virtud sólida, la vida entregada al servicio de Dios es la que solamente puede dar la verdadera gloria. La virtud es la que no se acaba ni muere con el hombre, la que no se pierde en las desgracias y de la que no pueden privarnos los infortunios ni las persecuciones. La virtud es la que solamente es acepta á los ojos del Señor.

Si buscamos gloria y engrandecimiento, he aquí el camino verdadero, amados mios, la práctica de la virtud. Huyamos los honores del mundo y todos sus engaños y apariencias. Renunciemos, si no todos los bienes como san Lésmes, el ansia excesiva por lo ménos, el demasiado apego, la avaricia, la injusticia y la usura; huyamos de los placeres y apetezcamos el retiro, el silencio y la oracion, tengamos misericordia y caridad con nuestros prójimos, emprendamos en una palabra las virtudes que son propias de nuestro estado, y el Señor que por la práctica de la virtud engrandeció y llenó de gloria á san Lésmes, nos hará tambien á nosotros admirables y gloriosos. *Mirificavit Dominus sanctum suum.*

Os he hablado de san Lésmes y su gloria merecida por su virtud, sin haber levantado nuestra consideracion de la tierra ni haber contemplado otras recompensas que las que recibió en este mundo. Elevemos nuestra consideracion al cielo y hallaremos que si el Señor engrandeció á su siervo á la vista de los hombres y de los reyes, le ha engrandecido mas en la gloria de los santos. Rogad, santo patrono, rogad al Señor desde esa mansion en que sois atendido, por esta porcion de vuestra herencia que os pertenece; fuisteis su ejemplo, sois su abogado y patrono, y es preciso tambien que oigais sus ruegos y seais su intercesor, para que el Señor nos conceda á todos la virtud sólida, que es la que en esta vida y en la otra nos ha de alcanzar la gloria verdadera. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE SANTA LIBRADA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

REGOCIJADA SIEMPRE EN EL SEÑOR, LE AMÓ CON LAS VERAS DE SU ALMA, LE CONFESÓ ENTRE LOS TORMENTOS Y PERSECUCIONES DE LOS PODEROSOS DEL MUNDO, MURIÓ CRUCIFICADA COMO SU DIVINO ESPOSO, Y NOS ENSEÑA LOS CAMINOS DEL CIELO.

Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo.

En gran manera me gozaré en el Señor, y mi alma se regocijará en mi Dios.

Isaías, c. 61. *v.* 10.

Grande es nuestra dicha, amables oyentes : venturosos sobre toda ponderacion los que se reunen hoy en este santo templo, porque en él se nos muestra la puerta del cielo abierta; se nos convida á entrar en la patria de los gozos eternos, y son recreadas nuestras almas con delicias inefables, con sólidos placeres, con las dulzuras y bendiciones de la paz que anunciaron los ángeles á los hombres cuando nació en Belen el Redentor de las naciones. Los aromas de la gracia se perciben en esta casa del Señor; el espíritu encuentra en ella un destello de la gloria, un rayo de la divinidad, un filtro de aquellos rios de felicidad que bañan la ciudad santa de que nos habla el ángel de Patmos en su Apocalípsis. Aquí... pero mirad al signo de nuestra redencion, al emblema de nuestra felicidad, al estandarte de los justos, á aquel sagrado leño de la cruz, y en él vereis, no á Jesus, sino á santa Librada nuestra patrona, crucificada por

haber sido fiel amante del que por ella y por todos los hombres fue crucificado en el Calvario. Ahí teneis la fuente perenne de gracias, de favores y beneficios celestiales por donde corren las misericordias con que el Salvador del mundo fertiliza el campo de su iglesia santa. Acercaos y contemplad la suerte que Dios prepara á los que creen y aman, como creyó, esperó y amó esa doncella amable que veis crucificada, porque en cuanto por la fe conoció á Jesus, dijo encendida en el fuego de la mas ardiente caridad : Yo me gozaré siempre en este Señor, mi alma se regocijará en este Dios de bondad inmensa : *Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo.*

De este amor celestial y divino que infundió el Espíritu santo en la bendita alma de santa Librada provinieron las eminentes virtudes de esta santa prodigiosa, de esta vírgen esclarecida puesta por Dios á la cabeza de los hijos de Sigüenza para dirigirlos al cielo con sus ejemplos, con su poderosa proteccion, y con las inspiraciones que experimentan los fieles al verla convertida en apóstol del Señor, desde el feliz momento en que su divino Esposo le concedió la dicha de verse como él crucificada. El amor que santa Librada tuvo á Jesus : ved aquí el manantial fecundo de todas sus gracias, de todas sus virtudes, de su santidad, de sus triunfos y victorias, del poder que ejerce en sus devotos, y de la dicha y felicidad de los que imitándola se santifican haciéndose dignos de las bendiciones celestiales, como os lo voy á demostrar en este breve rato.

Dios de amor, que bajasteis de los cielos á la tierra á inflamar los corazones de los hombres con la llama de la caridad que os tiene en ese augusto Sacramento : vos, Señor, que os dignasteis escoger el corazon de santa Librada para dominar en él, como domina el celestial Esposo en las almas puras, inspiradme para que acierte á hablar dignamente de la patrona de la diócesis de Sigüenza; para que mis palabras produzcan en mis oyentes frutos de honor y honestidad, y vuestra Majestad sea engrandecida, alabada y ensalzada entre los hombres, como lo es entre los ángeles. Que las enseñanzas, ejemplos y virtudes de esa gloriosa santa crucificada por vuestro amor, nos empeñen en vuestro santo servicio y nos hagan dignos de vuestras complacencias. A esto se dirigen los solemnes cultos que os tributamos en este dia, en que vuestra gloria, la de santa Librada y el aprovechamiento de nuestras almas nos ocupan

total y exclusivamente. Protegednos con la gracia que concedeis á los que os la piden por intercesion de vuestra Madre, á quien saludamos feliz y dichosa diciéndola con el ángel : *Ave María.*

Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo.

Incomprensibles son los juicios del Señor : investigables son sus caminos : llenas están de equidad, de sabiduría y de rectitud todas sus obras. Nos es lícito venerarlas y alabar en ellas al Autor de todos los bienes que se ven en el universo, pero no escudriñarlas con curiosidad para no ser oprimidos con la grandeza de la Majestad divina, como lo encarga el Apóstol. ¿De dónde sino de los tesoros de la ciencia y sabiduría del Todopoderoso pudo salir la idea de sacar de la impiedad la mas esclarecida santidad; de la idolatría la religion, de las inmundicias del paganismo la pureza evangélica, y del pecado la gracia? ¿Quién sino nuestro Dios pudo presentar al mundo una santa Librada? Bien sabeis su orígen; tambien teneis conocimiento de su preciosa muerte; nada mas necesitais para alabar y bendecir al Señor, para formar la idea mas alta de la santidad, mérito y excelencia de su fiel esposa, y para enderezar vuestros pasos hácia la patria á que os conduce esta gloriosa vírgen y mártir que nos instruye, predica y dirige desde esa cátedra de sabiduría eterna en que todo es gracia, todo virtud y todo gloria.

Aun no hacia cien años que habia muerto Jesucristo en la cruz por salvar al mundo, cuando la divina Providencia llena de misericordia, dispuso que naciese santa Librada para honra de la nacion española y gloria del obispado de Sigüenza. Fué hija de un Régulo, gentil, presidente de los reinos de Galicia y Portugal, y de una señora noble, rica y considerada por la primera entre las primeras matronas de su tiempo. A los nueve meses de su embarazo dió á luz nueve hijas; pero como era gentil y vivia en las tinieblas de la idolatría, creyó que este parto prodigioso podria deshonrarla, y dispuso que una criada que la servia cogiese y echase en el mar las criaturas que acababa de parir. ¡Qué crueldad tan repugnante á la naturaleza misma! Pero el Dios que vela sobre lo que ha criado y nada aborrece

de lo que ha salido de sus manos, supo y quiso en su misericordia sacar bienes de gran cuantía del inhumano proyecto de la madre de nueve santas prodigiosas, y ofrecer al mundo uno de aquellos rasgos de su omnipotencia que obligan á los hombres de razon recta á confesarle por Dios del universo. La criada encargada de ahogar á las nueve infantas era cristiana; el Espíritu santo poseía su alma y dirigia sus pasos; él la inspiró la idea de entregar las recien nacidas á una familia cristiana y piadosa, en donde fueron bautizadas y educadas segun las máximas y doctrinas saludables de nuestra santa y adorable religion. Dios se mostró padre, madre y esposo de las nueve hermanas, él poseyó sus corazones, las iluminó con su gracia, las llenó de dones celestiales, y con ellos fueron la admiracion de los que las conocian; un ramillete florido de virtudes con que se embellece la iglesia santa; un jardin de donde se difundieron los aromas mas preciosos de la gracia, las semillas de las virtudes con que los españoles habian de alabar y bendecir al Dios verdadero. Santa Librada se señalaba entre todas sus hermanas con sus milagros y palabras celestiales; ella fué la que con mas fervor se ocupaba en convertir y en enseñar á los gentiles; la que mas trabajaba en extender la religion de su amado, y la que toda se dedicaba á encender los corazones con la llama del amor divino que abrasaba su bendita alma. Santa Librada, hecha un apóstol desde su tierna infancia, fué el instrumento frágil de que se valió el vencedor del infierno y del pecado para humillar y vencer á ese coloso del mundo lleno de ilusiones, cargado de falsedades, cubierto de errores, é infatuado con los relumbrones de una ciencia carnal y terrena, indigna de los que fueron criados á la imágen y semejanza del Dios trino y uno, que grabó en la mente humana el gérmen de los conocimientos justos, rectos y verdaderos. Santa Librada... ¿Pero cómo habrian de ocultarse sus pasos en una tierra dominada por los idólatras, sostenida en el error por el padre de la mentira, y entregada al fanatismo religioso de los adoradores de Júpiter, de Mercurio, de Apolo, de Vénus y demas falsas divinidades de los paganos? Nuestra santa fué acusada y llevada con sus hermanas delante de la primera autoridad de la provincia, delante de su mismo padre, terrible defensor de los dioses del imperio, y enemigo declarado de Jesucristo. Hizo mil preguntas á las santas esposas de Jesus, las que á una voz le contes-

taron y dijeron : « Si preguntas por nuestro linaje, hijas tuyas somos : si por nuestra religion, siervas somos de nuestro Señor Jesucristo. » Asombrado quedó Lucio Catelino al escuchar de sus hijas semejante contestacion, inspirada por el Espíritu santo. Las entregó á su misma madre con encargo de que las disuadiese y apartase de la religion cristiana; pero un ángel las avisó que dejasen la casa paterna, que oyesen la voz de Dios y siguiesen sus inspiraciones, y así lo hicieron. Todas se dispersaron segun las órdenes del cielo; el Señor las colocó convenientemente, revistiéndolas con el poder y fuerza de su gracia; ejercieron el oficio de los apóstoles en todo lo compatible con su condicion; difundieron la religion de Jesucristo por las provincias españolas; hicieron amables las virtudes evangélicas; pusieron de manifiesto los errores, absurdos y extravagancias de la idolatría, y su amor ardiente al Redentor las condujo hasta donde llegan los héroes de la religion cristiana; hasta sufrir con gusto y placer los mayores tormentos, y morir con alegría en testimonio de su fe, de su esperanza y caridad, como verdaderas esposas del Cordero inmaculado.

Pero entre tan santas y esclarecidas hermanas, santa Librada fué la que escogió el Omnipotente, para que siendo patrona de nuestro obispado, fuese la maestra y doctora de nuestra gente, la Débora feliz, capaz de dirigirnos con sus doctrinas, virtudes y ejemplos al triunfo de los justos; la Judit valiente, encargada de cortar la cabeza del Holofernes de la impiedad; la amable Ester, que contiene el brazo del divino Asuero, para que no nos hiera cuando lo merecen nuestras culpas, y la intercesora entre nuestro pueblo y el Dios á quien amó hasta derramar su sangre por él. De esta santa esclarecida es de quien debo hablaros para que en ella alabeis á vuestro Dios, de ella aprendais á ser fieles hijos de la gracia, y por ella consigais todos los dones que derrama el cielo sobre los escogidos. Pero amados oyentes, ¿cómo reducir al corto espacio que se concede á esta especie de discursos, todas las virtudes de santa Librada? Su devocion tierna, su humildad profunda, su desinteres universal, su celo ardiente, su caridad generosa, su mortificacion y dulzura, su modestia y honestidad, su entrañable amor á Jesus y á María santísima, podrán indicarse como yo las indico, pero no explicarse sin predicar un sermon sobre cada una de las virtudes indicadas. Yo las reasumiré todas ellas en un solo

acto que las supone: en su glorioso martirio, que viene á ser como el público testimonio del amor con que nuestra santa amó á su Dios y Señor.

Desde que por la fe conoció á su Criador y Redentor se propuso gozarse siempre en él, y regocijarse en su Dios, y así lo hizo ayudada del Señor. Porque amó á Jesus le confesó públicamente sin temer á los tiranos, á los tormentos ni á la muerte; porque le amó se entregó toda en sus manos, ofreciéndole su alma, su cuerpo, sus potencias y sentidos, con firme propósito de cumplir no solo con sus divinos preceptos, sino que tambien con sus consejos celestiales : porque le amó dejó al padre, á la madre, á las riquezas y comodidades del mundo, y se entregó á las asperezas de la penitencia, á las austeridades de la virtud, á las prácticas de la perfeccion cristiana y á los oficios apostólicos que pudieron convenirle : porque amó en fin á Jesus divino, se la vió vencer y triunfar con heroísmo en la lid mas encarnizada, cruel y sangrienta que se menciona en la historia de los mártires que derramaron su sangre por defender la religion santa del Señor.

Que los verdugos dilaceren sus miembros; que la azoten cruelmente y llenen de heridas su cuerpo; que la atormenten de mil modos y maneras, y la hagan aparecer como al santo Job cubierto de gusanos en un muladar; que las potestades terrestres é infernales se pongan de concierto para afligirla y hacerla morir con dolorosa lentitud, nada, nada importan estos esfuerzos diabólicos para vencer la constancia de santa Librada. Esta santa prodigiosa amaba con toda su alma á su divino Esposo, suspiraba por poseerle en la patria celestial, deseaba remontarse hasta la divina presencia, y este deseo la hacia tener los tormentos por regalos deliciosos, por dulces medios de llegar al que buscaba con tanto anhelo. Sobre rosas y violetas le parecia á santa Librada que caminaba, cuando atormentada con la mayor crueldad sufria por su amado. Ella confesaba que eran suaves los padecimientos sazonados con la inefable dulzura del amor divino; que no tienen comparacion los trabajos y penalidades de esta vida con la futura gloria que se nos prepara, y que estas leves y momentáneas tribulaciones del mundo son de un infinito valor para el cielo, si en ellas domina el amor de Jesus. De aquí el aparecer risueña en los suplicios y alegre en los mayores padecimientos; el manifestar que apetecia los

mismos dolores, y el experimentar en ellos dulzuras, deleites y placeres, demostrando á la faz del cielo, de la tierra y del infierno, que nuestra santa y adorable religion es celestial y divina, superior á los esfuerzos de todo el poder de los hombres y de los demonios, y la única que puede hacer dichosos y felices á los que la profesan, aman y siguen como ella la seguia ayudada de la divina gracia. Siempre fué ejemplar de virtud nuestra patrona, pero en su martirio, como en un crisol, se manifestaron los quilates de su perfeccion evangélica, se mostró digna esposa del Cordero que hace vírgenes puras de las que le aman, se condujo con un valor y constancia tan admirables, que no hay racional que la contemple sin que perciba una luz celestial, ó una voz interior que dice con acento enérgico: Hé aquí la esposa de Jesus, adornada con todas las galas de la gracia. Trasportémonos si no al espectáculo que ofreció al mundo santa Librada cuando fatigados sus verdugos de atormentarla con la mayor ferocidad, resolvieron crucificarla y colgarla del árbol de la cruz como á su celestial Esposo. Entónces sí que ejerció nuestra patrona y abogada los oficios del apostolado, haciendo amable la religion que colmó de dichas y venturas á nuestros padres. Los tormentos mas inauditos le hacian sufrir y padecer los dolores mas acerbos, pero su espíritu recreado con la esperanza del triunfo, con el amor de Jesus y con el deseo de unirse á él eternamente en la gloria, estaba como en el centro de un gozo inefable, como en el florido tálamo del celestial Esposo, como en el huertecillo de los perfumes en que el Hijo del Altísimo suele recoger azucenas. En la cruz manifestaba santa Librada una intrépida constancia en los tormentos; desde ella desafiaba á los que apoyados en la fuerza de la espada y de la lanza desconocian la victoriosa y triunfante de los que pelean en el nombre de Jesus; esta mujer inerme se dirige al poder del mundo armado, le desafía, le desprecia, le sobrepuja y le vence. Sus enemigos se rinden cansados de atormentar, reconocen el valor y constancia de la vírgen, la admiran en su martirio, y muchos imitando al Centurion exclaman al ver á santa Librada muerta, pero con las señales de su gloria: Verdaderamente que esta era fiel adoradora del Dios vivo.

Tal fué el término de la vida prodigiosa de esta santa. Mas de diez y siete siglos hace que el Omnipotente la dió á nuestro venturoso reino, para hacer fructificar en él la semilla de las

doctrinas evangélicas que habia sembrado el apóstol Santiago con los varones apostólicos; y en tan largo espacio de tiempo ¿qué extraño es que hayan desaparecido los detalles, accidentes y circunstancias de su historia? Pero sabemos que fué vírgen y mártir; que amó á Jesus desde que le conoció por la fe; que en cuanto percibió las divinas perfecciones de su Redentor se propuso gozarse en él, y que todas las contradicciones, pesares, dolores y tormentos, no fueron capaces de apartarla de la caridad que se halla en Jesucristo, como lo dice el Apóstol; y esto debe bastar para avivar nuestra fe, afirmar nuestra esperanza y encender nuestra caridad. Nuestros padres nos pusieron bajo la tutela y amparo de esta vírgen crucificada por Jesus, bien convencidos de que á su lado solo se respira el aire puro de la virtud, se percibe la fragancia de la gracia y se experimentan las delicias y consuelos de la cruz, terror para el infierno, salud para los hombres y gloria para el cielo. Santa Librada es nuestra protectora y abogada, nuestra maestra y doctora, nuestro ejemplar y modelo, la atalaya que Dios ha puesto en el obispado de Sigüenza para velar desde ella sobre nuestra salud temporal y eterna. No hay noticia de que hayan salido de nuestra diócesis herejes empeñados en despedazar las entrañas de nuestra madre la iglesia: no sabemos que de esta tierra confiada á santa Librada, se hayan levantado impíos declarados contra los dogmas de nuestra adorable religion, ni que los venerables obispos que el Espíritu santo ha puesto para regirnos y gobernarnos hayan dejado de conformarse con la conducta de los varones apostólicos en los primeros tiempos, y con la de san Sacerdote en los últimos. Sabemos, sí, que de tiempo inmemorial han florecido entre nosotros las virtudes cristianas que nos recomendó Jesus desde su cruz, y nos predica de continuo su esposa santa Librada, y esto nos consuela, nos anima, nos hace esperar en la misericordia infinita, y nos obliga á decir á ese divino Señor crucificado que preside con tanta majestad estos solemnes cultos:

Dios de las misericordias: apartad vuestra vista de nuestras culpas y pecados, y ponedla en vuestra sierva y esposa santa Librada, que os amó hasta morir por vos en el árbol ignominioso. Ella os pide por nosotros, os ofrece su sangre en favor nuestro, os ruega y suplica que derrameis vuestras gracias sobre sus devotos para que se salven nuestras almas, y vos seais reveren-

ciado, alabado y ensalzado por los que habeis salvado y redimido; y no, no podeis negarnos vuestra consolacion. Sois un Dios clemente y de mucha piedad para perdonar los pecados, y jamas habeis apartado vuestro rostro de los que os han invocado contritos y humillados. ¿Con cuánta mas razon escucharéis benigno nuestras súplicas dirigiéndolas por nuestra esclarecida patrona santa Librada? Mirad á esa cruz, y haced que sea para nosotros un manantial de dones celestiales, la fuente perenne de las gracias y virtudes que deben adornar nuestras almas, la llave que nos abra las puertas del cielo para ser eternamente felices con vuestra gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN LORENZO LEVITA Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Æstimati sumus sicut oves occisionis, sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.

Nos miran como á ovejas destinadas á la muerte; pero en todas estas persecuciones quedamos victoriosos por medio de aquel Señor que nos ha amado.

S. Pablo á los romanos, c. 8. *v.* 36 *y* 37.

Tal era, católicos, el estado de la iglesia y la suerte de los primeros fieles. Si los discípulos de Jesucristo hubieran lisonjeado las humanas pasiones, su ministerio hubiera sido pacífico, porque su doctrina no las incomodaria. El mundo llama prudente al que justifica sus desórdenes. Para agradarle, hácese preciso conformarse con sus ideas. Por eso, como los cristianos se declaraban enemigos del error y del vicio, como el mundo se veia condenado en sus máximas y confundido con su ejemplo, no podian seguir en la publicacion del Evangelio sin exponerse á sus persecuciones. Su misma inocencia los hacia odiosos á los pueblos y sospechosos á los príncipes; su solo nombre era un título suficiente para que fuesen condenados: *Æstimati sumus sicut oves occisionis.*

¡Qué estado este tan triste en la apariencia, pues vemos en él la verdad desterrada y la inocencia oprimida! Pero estas apariencias eran eran muy engañosas: pues en medio de tantos horrores y tribulaciones, se levanta el triunfo de la cruz. ¡Qué espectáculo se ofrece aquí á mi vista! Paréceme ver un número infinito de atletas generosos á quienes la gracia de Jesucristo hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciado, alabado y ensalzado por los que habeis salvado y redimido; y no, no podeis negarnos vuestra consolacion. Sois un Dios clemente y de mucha piedad para perdonar los pecados, y jamas habeis apartado vuestro rostro de los que os han invocado contritos y humillados. ¿Con cuánta mas razon escucharéis benigno nuestras súplicas dirigiéndolas por nuestra esclarecida patrona santa Librada? Mirad á esa cruz, y haced que sea para nosotros un manantial de dones celestiales, la fuente perenne de las gracias y virtudes que deben adornar nuestras almas, la llave que nos abra las puertas del cielo para ser eternamente felices con vuestra gloria. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN LORENZO LEVITA Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Æstimati sumus sicut oves occisionis, sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.

Nos miran como á ovejas destinadas á la muerte; pero en todas estas persecuciones quedamos victoriosos por medio de aquel Señor que nos ha amado.

S. Pablo á los romanos, c. 8. *v.* 36 *y* 37.

Tal era, católicos, el estado de la iglesia y la suerte de los primeros fieles. Si los discípulos de Jesucristo hubieran lisonjeado las humanas pasiones, su ministerio hubiera sido pacífico, porque su doctrina no las incomodaria. El mundo llama prudente al que justifica sus desórdenes. Para agradarle, hácese preciso conformarse con sus ideas. Por eso, como los cristianos se declaraban enemigos del error y del vicio, como el mundo se veia condenado en sus máximas y confundido con su ejemplo, no podian seguir en la publicacion del Evangelio sin exponerse á sus persecuciones. Su misma inocencia los hacia odiosos á los pueblos y sospechosos á los príncipes; su solo nombre era un título suficiente para que fuesen condenados: *Æstimati sumus sicut oves occisionis.*

¡Qué estado este tan triste en la apariencia, pues vemos en él la verdad desterrada y la inocencia oprimida! Pero estas apariencias eran eran muy engañosas: pues en medio de tantos horrores y tribulaciones, se levanta el triunfo de la cruz. ¡Qué espectáculo se ofrece aquí á mi vista! Paréceme ver un número infinito de atletas generosos á quienes la gracia de Jesucristo hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

triunfar de la corrupcion de los pueblos, de la falsa sabiduría de los filósofos y de la prudencia cruel de los tiranos. Veo á estos nuevos israelitas multiplicarse á despecho de la opresion de los envidiosos egipcios. Veo la sangre de los mártires convertida en preciosa semilla de cristianos, y establecerse la iglesia por los mismos medios que parece debieran arruinarla. Veo destruída la humana política, confundida la impiedad, y al mundo vencido y santificado á un mismo tiempo; y en vez de asombrarme el exceso de la malicia humana, animada por el demonio para desconcertar la fidelidad de los mártires, no puedo ménos de asombrarme de una constancia que Dios sostiene para confundir la misma malicia de los hombres: *Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.*

Todos los mártires en general dieron testimonio de la santidad y verdad de la religion cristiana: de su santidad, con la pureza de sus costumbres, la que les hacia objeto del odio de los hombres; y de su verdad, con el rigor de sus trabajos que eran la materia de sus triunfos. Víctimas y defensores de la fe y testigos de Dios en la tierra, manifestaban con sus severas máximas la santidad de Jesucristo, y con la felicidad de sus combates, su irresistible omnipotencia.

Pero entre todos los héroes que pelearon contra el furor del paganismo, me atrevo á decir que no hubo testimonio mas famoso que el que en la antigua Roma diera el incomparable diácono Lorenzo, cuyo triunfo celebramos en este dia. En aquella soberbia ciudad, enemiga un dia de los profetas y bañada con la sangre de los mártires, manifestó en su persona nuestro santo levita toda la perfeccion del cristianismo y la fuerza de la verdad. Irreprensible en sus costumbres, fiel en el sagrado ministerio, desprendido de todos los bienes de la tierra, compasivo con los pobres, amante de sus prójimos, y despreciador de sí mismo, era un modelo de todos los cristianos, y enemigo declarado de los infieles. Bien así como una oveja destinada á la muerte, y como víctima escogida para el sacrificio, hállase animado del deseo del martirio; y santamente valeroso, tranquilo en medio de los mas crueles tormentos, adquiere con el extraordinario género de suplicio que padece y con los frutos de su muerte, la gloria de haber sido uno de los mas ilustres vencedores de la impiedad. Nuestro glorioso santo representó toda la santidad de la religion cristiana con el ejemplo de sus

virtudes que le expusieron á la persecucion, y sirvió de prueba á la religion con la firmeza de su fe, quedando victorioso de sus perseguidores. Estas dos proposiciones serán el asunto de mi discurso.

Ayudadme á pedir al divino Espíritu las luces necesarias para proponeros los ejemplos de Lorenzo de un modo que sirva de edificacion á vuestra piedad y aliente vuestra fe. Para lograr esta gracia pongamos por intercesora á la Reina de los mártires, saludándola con el ángel: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

El principal designio de la religion cristiana es conducir al hombre á lo sumo de la santidad. He aquí lo que la distingue de las demas religiones que eran ó impuras como la de los paganos, ó imperfectas como la de los judíos. Aquellos como no tenian mas guia que una razon ciega, casi todos estaban sepultados en unos vicios bárbaros, y solo tenian algunas falsas virtudes; estos, aunque tenian por regla una ley santa, regularmente no se proponian mas que una virtud comun. El cristianismo empero es tan puro, que no solamente aparta de sí el mal, sino tambien la mas leve sombra de culpa, y guia al hombre á la práctica del bien mas excelente.

Para mejor conocer esta verdad se hace preciso advertir que, segun el Apóstol, todos llevamos dentro de nosotros mismos tres infelices principios de donde nacen todos nuestros delitos, y son la sensualidad, la codicia y la soberbia. A estos tres vicios opone nuestra santa religion tres virtudes que son como orígen de todas las demas. A la sensualidad opone la pureza que mortifica nuestros sentidos: á la codicia la caridad que arregla nuestros afectos: á la soberbia la humildad que nos abate. En estas tres virtudes estriba, por decirlo así, toda la santidad del cristianismo.

Ellas fueron el distintivo del santo levita Lorenzo. Su corazon estuvo siempre consagrado á su Dios, y absolutamente desprendido de las criaturas; su sabiduría recibia de dia en dia nuevos acrecentamientos; renunció todas las esperanzas que le lisonjeaban en el mundo; despreció los vanos y peligrosos atractivos de la juventud; y en la inocencia de su tierna edad manifestó que la gracia le habia elevado sobre todos los afectos

del siglo. Fiel como Abrahan á la voz del cielo que le mandaba salir de España su patria, para ir á Roma, en donde Dios disponia que sirviese de espectáculo á todo el universo, tuvo el mismo valor que aquel santo patriarca para desprenderse del justo amor que tenia á sus parientes, y para privarse del que estos le profesaban; para desasirse de los brazos de un padre y de una madre que le miraban como objeto de toda su complacencia, porque era perfecto imitador de sus virtudes, y que léjos de perjudicarle con su autoridad, podian serle muy útiles con su ejemplo, porque su casa era un santuario en donde se adoraba y servia á Dios en espíritu y verdad.

Oh glorioso santo! ¿por qué abandonais unos padres tan dignos de ser amados? Mas ah! católicos, es verdad que los padres de Lorenzo eran santos; pero eran hombres, y todos debemos abandonar á los hombres por seguir á Dios. He aquí una separacion dolorosa, pero necesaria; extraordinaria, pero perfecta; y tanto, que no me es posible hallar voces para ensalzar la fidelidad de nuestro santo y la conformidad de sus padres; pues no creo puedan darse circunstancias mas críticas que aquellas en que es necesario desconfiar de las inclinaciones que inspira la naturaleza, sobre todo cuando están unidas con la piedad y la virtud.

No hay empero prueba mas auténtica de la pureza de costumbres de nuestro héroe y del cuidado que ponia en conservarlas, que la avidez que Roma manifestó de incorporarle en el clero mas ilustre del mundo. No ignorais la pureza que antiguamente exigia la iglesia en sus sagrados ministros. No abria las puertas del santuario sino á los que por su inocencia se hallaban adornados con la vestidura blanca del bautismo. La misma penitencia incluía en sí cierta especie de irregularidad, porque suponia haber existido el pecado; y era la razon, porque como casi todos los que participaban de la gracia del cristianismo eran santos, haciase preciso que los que habian de tener parte en el sacerdocio real de Jesucristo, fuesen perfectos y estuviesen libres de toda mancha, para que fuesen conocidos tanto por sus virtudes como por su carácter. Por eso, dice san Ambrosio, quiso Dios desde el principio que sus ministros compusiesen un cuerpo separado; dándoles á entender que no debian sufrir en sus personas cosa alguna que los confundiese con el vulgo; que un método de vida que en nada se aventajara á la de los demas fieles, profanaria en algun modo su persona; que así como los vasos del santuario están separados de los que sirven á otros usos, los ministros del altar deben estar separados de las costumbres de los demas fieles; y que serian peores que estos, siempre que no fuesen mucho mejores; pues en este caso serian notados de una infame ingratitud por no corresponder á la excelencia de su vocacion. No, católicos, la iglesia en sus primeros siglos no tuvo el dolor de ver las piedras del santuario esparcidas por las plazas públicas, á los ministros del Altísimo distraídos en los placeres del mundo, á los ángeles de luz transformados en espíritus inmundos, el vino de las vírgenes derramado en el cáliz de la Babilonia, el trigo de los escogidos repartido por una mano infame, ni al Cordero sin mancha entregado á la discrecion de un Asmodeo, y crucificado, por decirlo así, en el seno de la sensualidad. Por el contrario, tuvo el consuelo de ver á sus ministros esparciendo por todas partes el buen olor de las azucenas de la pureza; porque así como la ley solo abria las puertas del santuario á la inocencia, esta era la que conservaba y mantenia en él á los ministros.

Pues si para ocupar en la iglesia un puesto distinguido era necesario que el ministro estuviese adornado de una pública inocencia, ¡ qué pureza de costumbres y qué eminente virtud no se pediria al que era elevado á la dignidad de primer diácono! Este era un ministerio que incluía unas obligaciones muy vastas, y exigia una conciencia muy delicada. Á él correspondia como á Samuel manifestar los ungidos del Señor, presidir en la tremenda eleccion de los que habian de tener parte en el santo ministerio, y descubrir las manchas que pudieran hallarse en los ángeles de Dios. Era centinela del obispo para velar sobre la conducta de los levitas, y debia estar dotado de todas aquellas prendas que rara vez se encuentran en un solo hombre. Debia ser sabio, incansable, justo, discreto, prudente en sus consejos, fiel en su testimonio, y tan exacto en sus procederes, como cuidadoso de la conducta de los que estaban á su cargo. En una palabra, estaba establecida esta dignidad para ayudar con su ministerio al pontífice, para ser censor y modelo de los que debian serlo de los simples fieles. ¡ Cuán difícil no es, católicos, el desempeño de un ministerio en donde hay precision de ser perfecto entre los perfectos, y de contener dentro de los límites de la disciplina á aquellos cuyos defectos

es preciso ocultar, honrando al mismo tiempo su carácter! Si á estos se les tolera condescendiendo con sus flaquezas, se les pierde: y si se les castiga por satisfacer á la justicia, se les irrita; si el respeto debido á su carácter persuade el disimulo, es dar motivo á que se desprecie la autoridad: y si el celo intenta corregirlos, parece que esto es faltar al respeto debido á su profesion.

Á vista de estas dificultades podreis comprender, católicos, cuál seria la santidad de Lorenzo. Pero en donde mas resplandeció la integridad de sus costumbres, fué en la fidelidad con que desempeñó la obligacion en que se hallaba constituído por su ministerio de guardar los caudales de la iglesia y cuidar de la subsistencia de los pobres, especialmente de la de las vírgenes y viudas.

Y á la verdad; ¡á qué peligro no se ve expuesto un jóven levita, cuando por razon de su oficio está precisado á tratar con un sexo en quien la misma virtud suele tener á veces los mas sospechosos encantos! ¡Cuánto es de temer que el trato frecuente é indispensable perturbe la vigilancia y haga ménos exacta la modestia! Pero no, católicos; nuestro santo es superior á todos estos peligros; una prudente caridad regla sus visitas; una sábia circunspeccion gobierna su lengua; una mortificacion continua reprime sus sentidos; una modestia angélica dirige todas sus acciones; y de este modo cierra todas las entradas de su corazon á los venenosos hálitos del espíritu inmundo. Se halla en medio de las esposas de Jesucristo y de las viudas de Israel, como un ángel de luz que disipa las impuras tinieblas; sabe mantener su inocencia y su fama; aparta de sí todas las sospechas de pecado; y al tiempo mismo que libra de una fuerte tentacion á aquellas personas á quienes socorre en su miseria, asegura la castidad en sus prójimos sin exponer la suya propia.

Con esta santa vigilancia y con una prudencia superior á su edad, ejerció Lorenzo un ministerio tan delicado, conservando la integridad de su persona y el honor de su carácter. Sabia que la caridad debe ser arreglada y el celo discreto; que el Evangelio nos manda ser tan prudentes como sencillos; que nunca son ociosas las mas escrupulosas diligencias para mantener puro nuestro corazon; y que entre todas las virtudes, ninguna pide mas cuidado para conservarse que la castidad; porque ninguna

está mas expuesta á la malicia de los juicios de los hombres, y á la experiencia de nuestra propia debilidad.

La caridad de san Lorenzo no conoce límites. Si se presenta la ocasion de haber de socorrer á otros pobres mas que los que están á su cargo, sin detenerse en reflexiones, acude á su alivio; enseñándonos que esta gran virtud, que es como el ápice de la perfeccion cristiana, es tambien uno de sus principales distintivos.

El principal objeto de la caridad es el mismo Dios, que es tambien el principio de donde dimana: y aun me atrevo á decir que nuestro amor al prójimo es la prueba mas segura de nuestro amor á Dios; porque la caridad que no puede estar sin accion, nos induce necesariamente á socorrer por todos los medios posibles á nuestros prójimos; y serian falsas nuestras expresiones de amor á Dios, si no nos empleásemos al mismo tiempo en el alivio de los infelices. San Lorenzo no solamente manifestó la eficacia de su amor á Dios en el género de muerte que sufrió por su gloria, sino que nos dió de él las pruebas mas auténticas en todo el curso de su vida por la compasion que manifestó hácia los pobres, y por la generosidad con que los socorrió.

Contemplad á nuestro santo diácono como otro Tobías entre los asirios, empleando el tiempo en obras de misericordia, y sus bienes en socorrer á los menesterosos; buscando á los infelices israelitas en los lugares mas oscuros que les servian ó de velo para ocultar su miseria, ó de asilo contra la persecucion; aprovechándose del silencio de la noche para ocultar sus buenas obras con las sombras de su humildad; juntando el ministerio de apóstol con el de levita; cuidando de confirmar en la fe á aquellos á quienes alivia en sus miserias; disipando santamente los tesoros de la iglesia por enjugar las lágrimas de los afligidos, y siendo tanto mas fiel en su ministerio, cuanto es mas inagotable su caridad; exponiéndose al furor de los tiranos por ejercer las funciones de su ministerio, sin temor de ser buscado como depositario de los bienes de la iglesia; despreciando de este modo, no solamente las riquezas temporales, sino tambien una vida tan preciosa como la suya; dispuesto siempre á desprenderse de todo cuanto posee, y á entregarse á sí mismo, como el Apóstol, para alivio y salud de los hermanos.

No os parezca, católicos, que Lorenzo sea un ecónomo infiel,

que mirando el campo de la iglesia como una tierra abundante en miel y leche, usurpe la sustancia del pobre por convertirla en su propia sustancia; ó que inficionado con la lepra de Giezi, pretenda hacer de su administracion un empleo mercenario, y valerse de su trabajo para pretexto de su codicia; él es por el contrario un dispensador fiel y prudente á quien la mas perfecta caridad une estrechamente con su Dios, y á quien el amor mas puro hace insensible á todos los intereses que no son de Jesucristo; es un ministro que no desea tener mas recompensa que sus propias fatigas; que sabe que el templo no debe convertirse en casa de negociacion; que solamente desea atesorar para el cielo; que entró en el santuario, no para vivir en él á costa del patrimonio del Señor, sino para poseer en él á Dios como su único patrimonio; y que mirando el estado eclesiástico como un medio para llegar á la perfeccion, ama á los pobres con la mas viva caridad, y á la pobreza con el mas generoso desinteres.

Suspended aquí vuestra atencion, hombres del mundo que me escuchais; vosotros que á vista de un levita tan caritativo, no obstante estaros mandado que no toqueis á los ungidos del Señor, os atreveis á juzgar de sus acciones, vinculando á ellos solos el precepto de la caridad so pretexto de que la modestia de su estado, la santidad de su profesion y la naturaleza de sus bienes, les obligan mas especialmente á mirar á los pobres como hermanos suyos. Sabed que en vuestras invectivas hay mas malicia que fundamento, y que en vano pretendeis justificar vuestros desórdenes con los que advertis ó suponeis en los sagrados ministros. Oid á san Juan Crisóstomo que os dice que vosotros debeis tambien ser prudentes administradores de vuestros bienes, así como deben serlo los eclesiásticos de los tesoros de la iglesia. Tambien tienen los necesitados un derecho á los bienes que á vosotros os sobran; la obligacion de los eclesiásticos en nada disminuye la vuestra. Verdad es que son mas culpados que vosotros si emplean mal las riquezas del santuario; mas no por eso os debeis mirar como inocentes cuando usais mal de las que á vosotros concediera la Providencia. Aprended pues en el ejemplo de san Lorenzo cuánto se opone á las leyes del cristianismo y al espíritu de la caridad, esa indiferencia que manifestais á los pobres. Atended á que en el desprecio que de ellos haceis, no solamente despreciais vuestra

propia carne, sino tambien la persona de Jesucristo, y que al mismo tiempo que es justicia el socorrerlos, es tambien gloria el honrarlos.

Nuestro santo no solamente fué tan caritativo que se despojó de todos sus bienes á favor de los pobres, sino que fué tambien tan humilde, que los respetaba como miembros de su divino Salvador, manifestando en esto aquel espíritu de humildad que es el tercer distintivo de la perfeccion evangélica. Su fe le representaba en los pobres al mismo Jesucristo pobre y humillado, y su estado era para él objeto á la vez de veneracion y de lástima. Todo era comun entre nuestro santo diácono y los pobres de Roma; él sufria sus trabajos y ellos participaban de sus bienes; los hacia tan ricos como él, ó por mejor decir, se hacia pobre como ellos, dándoles en su corazon una preferencia que le obligaba á tributar á sus personas los mismos respetos que ellos rendian á su carácter y á su virtud. ¡Qué edificacion era para los fieles de aquel tiempo ver al santo diácono, á ese hombre tan célebre en el mundo por la fama de su santidad, tan distinguido en la iglesia por su importante ministerio, tan respetado de los pobres por las profusiones de su caridad, postrado ante estos mismos pobres empleando sus puras manos en lavar sus piés, y sus sagrados labios en besarlos con el mismo amor y respeto que si besara los del Salvador! ¡Qué espectáculo tan tierno y tan propio para animar nuestra fe y representarnos la santidad de una religion que condena la soberbia, y quiere que fundemos nuestra gloria en ser fieles imitadores de la humildad de Jesucristo.

A vista de esta humildad no debeis extrañar, señores, que nuestro santo no aspirase á otro órden mas sublime que el de diácono. ¿Cómo era posible que desease mayor elevacion el que solamente apetecia los mayores abatimientos? ¿Cómo habia de querer ser colocado en el número de los presbíteros el que hallaba todas sus delicias á los piés de los pobres? Nuestro siglo vive en el error de pensar que no es temeridad ni ambicion aspirar al sacerdocio, porque esta alta dignidad se ha hecho ménos venerable segun ha llegado á ser mas comun; pero nuestro santo diácono que en todos sus juicios se gobernaba por las luces de la religion y por los principios de su humildad, conocia su grandeza; miraba como un ministerio superior á sus fuerzas la obligacion de ofrecer á Dios el sacrificio del cuerpo y sangre

de Jesucristo; temia que sus manos no fuesen bastante puras para desempeñar el cargo de distribuirle á los fieles; y léjos de estar inficionado con el vicio de Coré, se miraba como sobradamente ensalzado por hallarse en el órden de los levitas.

Tal fué, senores, la eminente santidad de vuestro insigne protector, á quien debeis mirar como modelo de vuestras acciones. En la integridad de sus costumbres, en la extension de su caridad y en su humildad profunda teneis un ejemplo muy poderoso para instruiros y animaros. Nuestro santo por medio de sus virtudes fué gloria del órden levítico. Vosotros para conseguir la perfeccion de vuestro estado debeis imitar su ejemplo y seguir sus pasos. No solamente los eclesiásticos, sino tambien todos los cristianos tienen en san Lorenzo un ejemplar de virtudes y un severo censor de los vicios. No solamente debemos considerarle como un levita casto, mortificado, caritativo, modesto, desinteresado y humilde, sino tambien como un cristiano insensible á los placeres de los sentidos, á los atractivos de las riquezas y á los movimientos de la vanidad. Contemplad la oposicion que se advierte entre vuestras costumbres y este perfecto modelo. Vosotros parece que abandonais la santidad cristiana para los eclesiásticos. Para estos, segun vuestro dictámen, no hay virtud que no sea demasiado severa, ni falta que admita excusa; mirais sus mas leves defectos como gravísimos delitos, y disfrazais vuestros mas execrables excesos con nombres honrosos. Al libertinaje llamais política; á la avaricia prudencia; y á la ambicion grandeza de alma. Sois inexorables con aquellos desgraciados eclesiásticos que caen por su flaqueza en alguna culpa, y no reparais en las sublimes virtudes de muchos individuos del mismo estado; y algunas veces recordais con infame hipocresía la primera edad de la religion, en la que no se veían en el santuario sino vasos de oro. Ponderais la santidad de los antiguos ministros de la iglesia para compararlos maliciosamente con los de nuestros dias. ¿Pero por qué no llorais tambien el desórden de vuestras costumbres, que es la verdadera causa de la relajacion de la disciplina? Ah Dios mio! ¡Que no veamos renovarse aquellos felices tiempos en que la iglesia no sufria ni indignos ministros ni malos cristianos! De este modo nos costaria ménos trabajo el ser perfectos en medio de un pueblo santo, que permanecer santos en medio de un pueblo corrompido! Volved vuestras censuras, católicos

oyentes, contra vosotros mismos; estudiad en el ejemplo de san Lorenzo las obligaciones de un verdadero cristiano: y confusos al ver lo distantes que hasta ahora habeis vivido de la santidad de nuestra religion, procurad hacer los mayores esfuerzos para llegar á ella; y para mas alentar vuestro fervor, os manifestaré que nuestro santo sirvió de prueba á la verdad de nuestra religion por la firmeza de su fe, la cual le dió una completa victoria contra sus perseguidores.

SEGUNDA REFLEXION.

Para conocer el distintivo de verdad que reina en la religion cristiana, basta representarnos las reglas que señala á las costumbres, y las ideas que forma de la Divinidad. Sola esta religion nos enseña á vivir de un modo digno del hombre y á pensar dignamente de Dios; y por consiguiente sola ella nos guia á la verdadera sabiduría y á la verdadera felicidad. Pero no obstante ser tan sublime por su perfeccion moral y por la grandeza de sus misterios, me atrevo á decir que no hay cosa mas propia para alentar nuestra fe que la constancia y multitud de sus mártires: y para confundir á la incredulidad, no hay voz mas elocuente que la de su sangre. Reflexionemos atentamente esta prueba de nuestra religion, que no es ajena del presente discurso, y sí por el contrario muy necesaria, atendida la corrupcion de nuestro siglo.

¿A qué podria atribuirse, señores, la constancia de tantos cristianos en medio de los mas crueles tormentos? ¿Seria acaso efecto de las preocupaciones de la educacion? No por cierto: porque criados la mayor parte de ellos en el seno del paganismo, abandonaban contra todos sus principios una supersticion floreciente que era la religion dominante, por abrazar una nueva doctrina que era el escándalo del mundo. ¿Seria efecto del poder y de la autoridad de los jefes de esta religion? No: pues no tenian otro objeto de su adoracion que un Dios crucificado, ni mas predicadores de su fe que unos hombres despreciables en el mundo por su pobreza y ministerio. ¿Seria el deseo de vana gloria? Mas ¿á qué gloria habian de aspirar unos hombres que vivian desconocidos del mundo, ó que si este los conocia era únicamente para calumniarlos, obligándolos á buscar su seguridad en las tinieblas ó á perder su honor y su vida

en los cadalsos? ¿Serian los intereses de la carne y de la sangre? Pero ¿qué atractivos podia hallar la naturaleza en una vida pobre y mortificada, y en una muerte cruel é ignominiosa? ¿A qué podremos pues atribuir los milagros de paciencia, de valor y de santidad que admiramos en los mártires? Oh Dios mio! Vuestra gracia solamente era la que los hacia inflexibles contra el error é invencibles en las persecuciones! Solamente vos podeis ganar el corazon del hombre por medio de los trabajos, llenarle de alegría en las aflicciones y hacer que halle su mayor deleite en la mortificacion, sus riquezas en el desprecio de todos los bienes de la tierra, su gloria en los abatimientos, su libertad en las cadenas, su consuelo en los suplicios, y su salud en la muerte.

No os admireis pues, católicos, al oirme decir que san Lorenzo sirvió de prueba á la verdad de la religion; esta gloria, aunque le es comun con los demas mártires, se puede mirar como muy propia suya; su triunfo fué de los mas famosos que celebra la iglesia, y para ver la eficacia del testimonio que dió en favor de la religion cristiana, no habemos menester mas que representarnos las ansias con que deseó la muerte, y el género de muerte que sufrió.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista en san Lorenzo, es el ansia con que deseó padecer. No os figureis á nuestro santo animado de aquel celo indiscreto de algunos cristianos poco instruídos, que buscando por sí mismos la persecucion, la atraían infelizmente sobre los demas hermanos, rindiéndose despues ellos mismos por flaqueza al peligro en que se empeñaran por temeridad. La antigua disciplina no permitia estos excesos, que si bien algunas veces eran laudables, las mas solian ser funestos. La iglesia, prudente siempre en sus reglas, no queria que sus hijos tuviesen la presuncion de presentarse á los perseguidores; mandábales solamente que tuviesen valor para resistir á sus amenazas, y aun negaba los honores del martirio á los que, por decirlo así, le habian deseado con ambicion (1). Si en algunas ocasiones colocó en el número de sus santos á los que por sí mismos se presentaron á los tiranos, no quiso que su ejemplo sirviese de regla; solamente intentó darnos á entender que así como en los unos sabia contener los movimientos humanos,

(1) *Conc. Illib. can.* 60.

sabia tambien respetar en los otros los extraordinarios impulsos del espíritu divino.

En san Lorenzo debeis admirar, católicos, un santo cuyo fervor fué igualmente generoso y arreglado. No tuvo la temeridad de querer obligar á los tiranos á que derramasen su sangre: pero tampoco tuvo la cobardía de usar de precauciones para libertarse de su furor. Vedle como fiel ministro del santo pontífice Sixto II, acompañándole al lugar del suplicio y publicando ser su diácono, en una ocasion en que ni aun cristiano podia llamarse sin exponerse al último peligro. Oídle publicar las limosnas que repartia á los pobres, y como envidiando santamente la muerte de su obispo, se queja á él de que no le asocie á su martirio. «¿Por qué, exclama, abandonas á un hijo « que siempre te ha venerado como á padre? ¿Por qué ofreces « tú solo tu propio sacrificio, cuando ántes nunca ofrecias el « de Jesucristo sin que yo te acompañase? ¿Puedes temer que « yo sea un ejemplar de cobardía, cuando tú me estás dando un « ejemplo de tanta constancia? Haz la prueba de si el ministro « que elegiste para distribuir la sangre de Jesucristo tendrá va« lor para derramar la suya. Para poder participar mas libre« mente de la corona que á ti te está preparada, he repartido « entre los pobres todos los tesoros que habias confiado á mi « cuidado. No permitas pues que la muerte separe á un pontífi« ce del levita con quien vivió tan íntimamente unido por su « ministerio, ni te prives de la gloria de vencer segunda vez al « tirano en la persona de tu discípulo. »

Estas generosas expresiones de nuestro santo no podian ménos de nacer de un celo ardiente por la gloria de Jesucristo y de una viva persuasion de la verdad de su Evangelio. Sé muy bien que hay cierto fervor indiscreto que se exhala en vanos deseos, y que solo sirve de hacernos vanagloriar de nuestras fuerzas y de ocultarnos nuestras propias flaquezas; porque muchas veces sucede que contra el precepto del Apóstol, queremos exceder la medida de nuestra virtud y los límites de nuestra vocacion. El espíritu engañador suele inspirarnos algunas veces una falsa emulacion y un engañoso deseo de aspirar á cosas que son superiores á nuestras fuerzas. Envidiamos á los santos sus heróicas acciones; nos quejamos en secreto de que solamente nos faltan las ocasiones que á ellos se les presentaron, y no las virtudes que ellos tuvieron. Esta suele ser una ilusion

muy frecuente en las personas que tratan de virtud, y por eso se desvanecen en proyectos quiméricos. Miden no las fuerzas que en la realidad tienen, sino las que juzgan tener : no reparan en las cosas pequeñas, porque están llenas de ambicion por las grandes; y por tener la temeridad de aspirar al don que desean, tienen la desgracia de perder el que han recibido.

Pero los deseos que san Lorenzo manifestaba del martirio, estaban muy distantes de esta ilusion; sus ansias nacian de una caridad mas fuerte que la muerte; y así su mayor consuelo fué la esperanza que le dió san Sixto de su próximo martirio. « No « te aflijas, hijo mio, le dice aquel santo pontífice, yo de nin- « guna manera te abandono; padezco solo, porque tu tengas « tambien la gloria de triunfar solo; tu generoso corazon no « necesita de mi ejemplo para permanecer constante en el su- « plicio que te espera. Si te se retarda la muerte algo mas que « á mí, es porque te espera un suplicio mucho mas cruel, y por- « que el Señor reserva para el vigor de tu edad un combate que « no se ha dignado conceder á la flaqueza de la mia. »

Ya llega el tiempo, católicos, de ver cumplida la profecía del santo prelado, y de que el sincero testimonio que Lorenzo acaba de dar en favor de la religion, sea mas público y famoso por su constancia en padecer la muerte mas cruel. Nuestro mismo santo pronunció contra sí el decreto, cuando publicó el uso que habia hecho de los bienes de la iglesia. Al oir sus expresiones, le manda el tirano que ponga en su poder los tesoros que estaban confiados á su ministerio. El santo levita obedece, y juntando todos los pobres entre quienes habia repartido los caudales, se los presenta al soberbio Valeriano, asegurándole ser aquellos los verdaderos tesoros de la iglesia. Pero al ver el cruel emperador frustradas sus injustas esperanzas, manda á nuestro santo que sacrifique á los ídolos, amenazándole, si no lo hace, de reunir en su persona todos los géneros de tormentos con que habian sido martirizados otros ilustres confesores.

¿Os representaré aquí, amados oyentes, el casto cuerpo de Lorenzo cruelmente azotado, despedazado con puntas de escorpiones, quemados sus costados con hachas encendidas, y descoyuntado en el ecúleo? Empero todo esto no es mas que preludio de un espectáculo en que por una parte se vió á cuánto llega la crueldad que el demonio puede inspirar á un tirano, y por otra la fortaleza que puede inspirar la gracia á un cristiano.

Para el invencible Lorenzo no basta padecer él solo en su cuerpo los varios géneros de suplicio que se habian ántes repartido en otros muchos santos mártires : sino que tambien debe padecer un martirio extraordinario y unos tormentos inauditos, para que de este modo queden satisfechas las ansias que tiene de padecer, y sea mas admirable su victoria.

Figuraos pues, católicos, á nuestro ilustre mártir tendido sobre unas parrillas, como sobre un lecho de dolor, y quemado á fuego lento como un cordero que ha de servir de pasto al perseguidor, y de víctima á Jesucristo. ¡Qué afectos debe excitar en nuestros corazones un espectáculo tan extraordinario! Cristianos delicados; vosotros que no teneis valor para desear los trabajos, ¡mirad á ese hombre tendido en esas parrillas; mirad esa carne ennegrecida y tostada! Mujeres mundanas, que poneis todo vuestro cuidado en adornar un cuerpo que ha de ser pasto de gusanos, y que acaso está manchado con los mas execrables delitos; y vosotros todos, amados oyentes, ¡mirad á ese gran santo y medid el rigor de su martirio por los excesos de vuestra delicadeza! Vosotros, ministros del santuario, que os hallais honrados con la alta dignidad de sacrificadores, ¡mirad á un levita sobre el altar de su caridad y de su religion, en donde él mismo es hostia de su sacrificio; ved lo superior que le hace á nosotros la fuerza de su amor, cuando nosotros somos tan superiores á él por la excelencia de nuestro carácter!

¿Pero cómo es posible que mis toscas expresiones puedan haceros comprender la naturaleza de su suplicio y los prodigios de su constancia? ¿Quién es capaz de concebir cuál sea la impresion de un fuego que penetra una carne abierta ya por muchas partes con el cuchillo? En otros mártires hay el consuelo de que ó los tormentos son mas cortos ó ménos crueles; pero ¡oh ingeniosa crueldad que has hallado el secreto de dar al martirio de Lorenzo un nuevo grado de violencia, que sin abreviar su duracion, aumenta su padecer! Cruel tirano! ¿por qué no le das la muerte ó le permites que viva? No te basta el haberte embriagado con su sangre, sino que quieres tambien saciarte con su carne? Y si todavía quieres gozar de ese bárbaro placer, ¿ha de ser necesario que esta carne inocente sea quemada viva para que de ese modo sea mas deliciosa á tu crueldad? Ángeles del cielo testigos de tan trágica escena, que con mano caritativa acudisteis al remedio de las primeras heridas;

¿por qué no templais ahora el ardor de ese fuego cruel? Y vos, Señor, ¿cómo no vengais la soberbia de vuestros enemigos, y dejais así padecer á vuestros siervos? ¿Por qué permitís que se tributen honores á unas divinidades inanimadas, como si tuvieran poder para perder á vuestros mártires, y que se blasfeme de vuestro santo nombre, como si no fuerais Dios de las venganzas?

Pero ¿qué es lo que digo? ¿A dónde va á precipitarme mi compasion? Ah! Adoremos la sabiduría de un Dios santo que quiere ser glorificado por medio de los dolores: porque solamente al demonio corresponde ser glorificado por medio de la sensualidad. Admiremos la constancia de un mártir protegido de Dios; y si contemplamos la violencia de sus tormentos, sea solamente para admirar su valor y para imitar su fe.

Ved ahí, señores, un santo que no se cansa de padecer, aunque los verdugos se cansen de atormentarle; que conserva toda la libertad de su espíritu y toda la tranquilidad de su alma para burlarse del tirano que le atormenta, para alabar la misericordia de Dios que le conforta, y para regocijarse en los padecimientos que son la corona de su triunfo. ¿Qué objeto de mayor consuelo para nosotros, católicos, que la invencible fe de un cristiano que sufre la violencia de un fuego abrasador sin perder la paz de su alma; que viendo ya su cuerpo tostado por un lado, pide que le vuelvan del otro; que convida tranquilamente al inhumano juez á que coma de su carne; y que mira los excesos de su crueldad con mas gusto que hubiera mirado los efectos de su compasion? En este triste estado halla la fe de Lorenzo su mayor consuelo, y en él descansa su amor; su corazon se conserva vivo en medio de tan cruel martirio, porque le anima la caridad; su espíritu solo piensa en la felicidad que le espera; ofrece á Jesucristo sus dolores y á Dios su agradecimiento; finalmente padece con paz y alegría, porque padece mas de lo que hasta entónces habia padecido hombre alguno, y aun mas de lo que parece puede padecer.

A vista de tan gran triunfo, no me admira, señores, que la sangre de este ilustre mártir haya pasado á otras venas, y se haya renovado en la persona de un Roman y de un Hipólito; no me asombra que el glorioso suplicio de este héroe haya sido admirado como el mayor esfuerzo de las potestades del infierno, y como seguro presagio de la decadencia de su imperio.

Porque ¿cómo era posible, oh Dios mio, que los infieles no viesen en un ejemplar tan extraordinario una prueba visible de nuestra fe, y un poderoso motivo para su conversion? ¿Cómo podrian ménos de confesar á vista de tan bárbaro espectáculo, que solamente el demonio puede inspirar una crueldad tan monstruosa, y que solamente el verdadero Dios es capaz de comunicar á sus siervos tan singular constancia?

Tampoco me maravilla que el fuego que consumió el cuerpo de Lorenzo alumbrase los corazones de los infieles: lo que me admira es que este fuego se haya apagado para nosotros; que haya tanta tibieza y tanta corrupcion entre los cristianos, y que seamos ménos fieles á Dios, porque ahora nos cuesta ménos trabajo el servirle. Parece, señores, que hoy tiene el mundo la misma aversion á la virtud que tenia antiguamente á la fe. Parece que el vicio ha sucedido en el imperio al error, y que los pecadores ocupan el lugar de los paganos. Si Jesucristo tenia muchos siervos en los primeros tiempos, porque habia muy pocos cristianos que no fueran santos, el demonio no tiene hoy ménos sectarios que entónces, porque hay muy pocos santos entre tan gran número de cristianos. No sé si la paz es mas saludable á la iglesia que la persecucion: si debe alegrarse de la tranquilidad que al presente goza, pues ve á tantos cristianos entregados á un funesto reposo, ó desear las pasadas aflicciones que la proporcionaban tantas coronas en los triunfos de sus hijos. No sé si era ménos feliz en aquellos dias en que expuesta á la violencia de sus perseguidores, resplandecia con la santidad de sus hijos, ó si es mas triste para ella el presente siglo en que se ve afrentada con sus desórdenes, al tiempo mismo que reina su fe bajo la proteccion de los príncipes. Oh tiempo de tribulacion! ¿por qué no has durado siempre? Oh tiempo de inocencia! por qué te acabaste tan presto?

Nosotros principalmente á quienes la gracia llamó al santo ministerio, nosotros que elegimos al Señor para patrimonio nuestro, estamos mas obligados á mantener el honor de la religion con nuestra fidelidad en el desempeño de nuestras obligaciones. Así como los israelitas al ver el segundo templo no pudieron dejar de echar ménos la gloria del primero, tampoco nosotros podremos recordar las antiguas costumbres de los cristianos, sin llorar amargamente la relajacion que vemos en nuestros dias. Pero esta misma relajacion debe alentar nuestro

fervor y nuestro celo. He aquí lo que exige la santidad de nuestro estado. Nos hallamos mas particularmente alistados en la milicia de Jesucristo para que trabajemos por su gloria. Hemos sido educados en el seno de la iglesia, para que algun dia llegásemos á ser dignos ministros suyos. Así que debemos hacer revivir á vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso levita y protector, para que en nuestro ejemplo aprendan la idea que deben formar del nombre cristiano. Seamos pruebas vivas de nuestra santa religion por nuestro fervor é inocencia; y animados de aquel espíritu de fortaleza que en él resplandeció, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fe.

Y vosotros, fieles, ¿no os avergonzaréis de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demas pueblos de la tierra? ¿Desconocereis la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este nombre con vuestra vida pura y morigerada? El honor de la religion es un depósito que está en las manos de todos los que la profesan, del que se les pedirá muy estrecha cuenta. Es obligacion comun á todos los cristianos el animarse mutuamente á la virtud, y evitar los escándalos, de modo que estos sean tan raros como entre los primeros fieles. Bien así como hay en la iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haber tambien una sucesion de costumbres santas. Las leyes del Evangelio no obligan ménos por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros. Verdad es que no todos son llamados como Lorenzo á la perfeccion del estado eclesiástico, ni á dar testimonio de su fe á costa de su sangre; es verdad que ya por la misericordia del Señor no estamos en tiempo de sufrir injustas persecuciones por conservar la fe; pero, como dice el Apóstol, siempre somos una estirpe escogida, una nacion santa, y un pueblo conquistado con la sangre de Jesucristo; y estos gloriosos títulos nos dan á entender que somos llamados á ser santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la gloria.

SERMON

DE SAN LORENZO MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN SAN LORENZO SE NOS MANIFIESTAN LOS MEDIOS PARA LLEGAR Á LA VERDADERA GRANDEZA.

Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.
El que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.
S. Juan, c. 12. *v.* 26.

Por todo el mundo cristiano está extendida la gloria y en todas partes se recuerdan con aplauso los triunfos del esclarecido mártir san Lorenzo. ¿Qué podré yo decir en este dia destinado por la iglesia á solemnizar su memoria, y cómo he podido atreverme á ocupar un puesto y desempeñar un encargo que tan dignamente han ocupado y desempeñado los mas ilustres doctores y santos, y los mismos soberanos pontífices? ¿Qué diré del que siendo humilde, desconocido y despreciable á sus ojos miéntras vivió en su cuerpo, ha extendido por todas las iglesias del mundo el suave olor de su nobleza y magnanimidad despues que fué despedazado por los tormentos y abrasado por las llamas, como dice san Ambrosio? ¿Qué diré de este héroe esclarecido de nuestra religion y nuestra patria, á quien los suplicios y tormentos hicieron tan célebre, tan conocido, tan admirable y tan venerado en todo el mundo, y cuyas alabanzas se han publicado por los hombres mas sabios y piadosos de todos los siglos?

El implacable tirano lleno de desesperacion y de envidia procuraba sepultar entre las sombras de una noche las obras prodigiosas, la constancia y alegría de san Lorenzo en los tormen-

UNIVERSIDAD DE NAVARRA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fervor y nuestro celo. He aquí lo que exige la santidad de nuestro estado. Nos hallamos mas particularmente alistados en la milicia de Jesucristo para que trabajemos por su gloria. Hemos sido educados en el seno de la iglesia, para que algun dia llegásemos á ser dignos ministros suyos. Así que debemos hacer revivir á vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso levita y protector, para que en nuestro ejemplo aprendan la idea que deben formar del nombre cristiano. Seamos pruebas vivas de nuestra santa religion por nuestro fervor é inocencia; y animados de aquel espíritu de fortaleza que en él resplandeció, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fe.

Y vosotros, fieles, ¿no os avergonzaréis de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demas pueblos de la tierra? ¿Desconocereis la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este nombre con vuestra vida pura y morigerada? El honor de la religion es un depósito que está en las manos de todos los que la profesan, del que se les pedirá muy estrecha cuenta. Es obligacion comun á todos los cristianos el animarse mutuamente á la virtud, y evitar los escándalos, de modo que estos sean tan raros como entre los primeros fieles. Bien así como hay en la iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haber tambien una sucesion de costumbres santas. Las leyes del Evangelio no obligan ménos por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros. Verdad es que no todos son llamados como Lorenzo á la perfeccion del estado eclesiástico, ni á dar testimonio de su fe á costa de su sangre; es verdad que ya por la misericordia del Señor no estamos en tiempo de sufrir injustas persecuciones por conservar la fe; pero, como dice el Apóstol, siempre somos una estirpe escogida, una nacion santa, y un pueblo conquistado con la sangre de Jesucristo; y estos gloriosos títulos nos dan á entender que somos llamados á ser santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la gloria.

SERMON

DE SAN LORENZO MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN SAN LORENZO SE NOS MANIFIESTAN LOS MEDIOS PARA LLEGAR Á LA VERDADERA GRANDEZA.

Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.
El que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.
S. Juan, c. 12. *v.* 26.

Por todo el mundo cristiano está extendida la gloria y en todas partes se recuerdan con aplauso los triunfos del esclarecido mártir san Lorenzo. ¿Qué podré yo decir en este dia destinado por la iglesia á solemnizar su memoria, y cómo he podido atreverme á ocupar un puesto y desempeñar un encargo que tan dignamente han ocupado y desempeñado los mas ilustres doctores y santos, y los mismos soberanos pontífices? ¿Qué diré del que siendo humilde, desconocido y despreciable á sus ojos miéntras vivió en su cuerpo, ha extendido por todas las iglesias del mundo el suave olor de su nobleza y magnanimidad despues que fué despedazado por los tormentos y abrasado por las llamas, como dice san Ambrosio? ¿Qué diré de este héroe esclarecido de nuestra religion y nuestra patria, á quien los suplicios y tormentos hicieron tan célebre, tan conocido, tan admirable y tan venerado en todo el mundo, y cuyas alabanzas se han publicado por los hombres mas sabios y piadosos de todos los siglos?

El implacable tirano lleno de desesperacion y de envidia procuraba sepultar entre las sombras de una noche las obras prodigiosas, la constancia y alegría de san Lorenzo en los tormen-

UNIVERSIDAD DE NAVARRA DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos, para que no se manifestasen al mundo ni fuese conocida su gloria, y para que á la vez no se hiciese pública su ignominia y confusion: pero nada pudo la prudencia de la carne contra las disposiciones del Señor. Públicas han sido y llenas de luz las obras y las palabras del santo mártir. Su gloriosa memoria, dice san Leon, se ha extendido por todo el mundo, desde donde nace el sol hasta donde se pone, y así como Jerusalen fué glorificada con el martirio de Estéban, así Roma se hizo célebre é ilustre con el martirio de Lorenzo. No hay parte alguna del imperio romano, dice san Pedro Crisólogo, que ignore los grandes méritos y los esfuerzos del valor y la constancia de san Lorenzo. El mundo parece que ha formado un empeño en ensalzar y engrandecer á san Lorenzo y que sean públicas y conocidas sus obras admirables.

Y por qué habremos de admirarnos? ¿Por qué hemos de extrañar que el nombre de san Lorenzo se repita con gusto, se celebre con alabanzas, se honre con los mas sublimes elogios, que pase por todas las generaciones lleno de bendicion, si fué un ministro fiel de Jesucristo, y Jesucristo tiene dicho que el que le sirva será honrado por su Padre que está en los cielos? *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.* ¿Extrañaremos que los hombres publiquen sus glorias, cuando el mismo Dios ha tomado á su cargo el honrarle?

Confesemos pues y reconozcamos lo que todo el mundo confiesa y reconoce: la gloria con que el Señor ha querido que sea honrado san Lorenzo; lo mucho que le ha engrandecido en todos los tiempos en el cielo y en la tierra, delante de Dios y delante de los hombres; y en honor y mayor alabanza de este esclarecido santo, al paso que confesamos y nos congratulamos con él por su grandeza, demos una ojeada por su vida y por su muerte para descubrir los medios por donde llegó á conseguirla. Ocupacion propia de un cristiano, y que tan provechosa debe ser para las almas.

Á este fin encaminaré mi discurso, limitándome á manifestar que en san Lorenzo se nos descubren los medios propios y seguros para conseguir la grandeza verdadera. ¿Aspiramos á la gloria, á la elevacion, á las honras? Pues aprendamos en el ejemplar de san Lorenzo, y no nos equivoquemos en un asunto de tanta trascendencia.

Dignaos, Señor, asistirnos con vuestra gracia y dispensarnos

las luces que tanto necesitamos. Os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre á quien decimos rendidamente: *Ave María.*

Si quis mihi ministraverit...

Fué tan glorioso el martirio de san Lorenzo, dice san Agustin, que con su pasion ilustró á todo el mundo. Su pasion pues, aquellos tormentos con que los tiranos pretendian acabar con su vida y borrar del mundo su memoria; aquellas crueldades con que en el esclarecido san Lorenzo procuraban sofocar al cristianismo y hacer enmudecer y obedecer ciegamente á sus impiedades al resto de los cristianos, fueron por divina disposicion y por un efecto del todo contrario al que se proponian los verdugos, los que engrandecieron al mártir de Jesucristo y los que sirvieron para ilustrar á todo el mundo. Iluminó á todo el mundo, dice el mismo san Agustin, pero con aquella luz de que él estaba encendido: con la luz de la fe que tan vivamente ardia en su alma. Con esta luz ilustró á muchos infelices que se volvieron al Señor y le adoraron; y con las llamas que sufró dió calor á los corazones de todos los cristianos, que despues de él han imitado su ejemplo, han sufrido con gozo y alegría el ser arrojados á las llamas y padecer hasta espirar en medio de los tormentos mas atroces. Por eso, continuá en el elogio de este santo el padre san Agustin, por eso quiso el Señor que este esforzado jóven sufriese tanto y recibiese una muerte tan cruel, para exhortar con su ejemplo á los demas á que sean semejantes á él.

La sangre de los mártires, dice Tertuliano, es la semilla de nuevos cristianos. Y despues de la conversion de Hipólito y su familia en Roma en vista del valor de san Lorenzo, ¿no son innumerables los que se han convertido y se han entregado al servicio de Dios inflamados de las chispas que arrojan por todas partes los carbones con que fué atormentado? Donde quiera que se ha publicado la constancia de este invencible héroe de nuestra religion, ¿no se han levantado nuevos discípulos de Jesucristo y se han animado muchos á dar sus vidas por él? Con razon pues dice san Agustin que nada dañaron á san Lorenzo los tormentos cruelísimos que le hicieron sufrir sus perseguidores; que aquellos carbones que debajo de las parrillas sirvieron para atormentarle, han servido para iluminar á todo el mundo en la fe del

Dios verdadero; y que los suplicios mas horrorosos y terribles no han servido sino para hacerle mas ilustre, mas esclarecido, mas grande y mas glorioso.

La iglesia, no contenta con conservarnos los hechos, ha recogido hasta las palabras de nuestro esclarecido mártir. Con ellas, como con unas piedras preciosísimas de un valor inestimable, ha enriquecido el oficio divino que en honor suyo se lee en todo el orbe cristiano durante la octava, para que se conserven en perpetua memoria, para que sirvan de honor y gloria á nuestro santo, y de luz y ejemplo á la mas remota posteridad. El oro y la plata que san Lorenzo distribuyó á los pobres se conserva para todos los siglos, no solamente en los cielos á donde lo trasportaron las manos de los pobres, sino tambien en el erario de la iglesia militante en la tierra, donde los prelados y pastores, los sacerdotes y los legos pueden aprender á revestirse de entrañas de piedad y de misericordia. La cárcel en que por corto tiempo estuvo aprisionado, el sitio en que fué expuesto á los tormentos, el lugar en que fué sepultado se han convertido en templos consagrados á honor suyo; y los mismos instrumentos con que fué atormentado se han hecho mas apreciables que el oro, y objetos de la veneracion de los fieles : *in honorem transierunt triumphi etiam instrumenta supplicii*, dice san Leon. Las parrillas y demas instrumentos de suplicio han venido á ser trofeos gloriosos y honrosas señales de su triunfo.

¿Qué es pues lo que hace tan eslarecido y tan grande á este santo? Roma es testigo, dice san Agustin, de que la corona gloriosa de san Lorenzo está entretejida, no de variedad de flores, sino de la preciosa variedad de todas las virtudes. Si atendemos á su nacimiento, á nuestra España toca gloriarse de haberle visto nacer de unos padres nobles, virtuosos y santos; fué de una familia esclarecida, aunque jamas quiso hacer valer esta cualidad, y se presentó como si fuera de una familia despreciable. Por su dignidad llegó á ser arcediano de la santa iglesia de Roma, dignidad la primera despues del papa, por la que se merecia el mayor respeto. Pero apartando nuestra vista y consideracion de todo lo terreno, fijémosla en sus merecimientos, porque la nobleza delante de Dios, dice san Gerónimo, es el ser eslarecido en virtudes. ¿Y qué habremos de decir de estas, hablando de san Lorenzo, sino lo que él mismo dijo de sí : *Omnia in luce claresceunt*. Todo está patente á la luz. Su inocencia

y pureza de vida resplandeció como el oro puesto á las llamas. Salta de gozo en los tormentos, dice san Máximo, porque le animaba el refrigerio de su conciencia que nada tenia que reprenderle. Cuál fuera su desprecio de todos los bienes terrenos; de todas las comodidades, diversiones, placeres y esperanzas de este mundo; qué fervoroso su celo y qué ardiente su deseo de defender la fe de Jesucristo, se conoce bien por la renuncia que hizo de su patria, de sus padres, de su herencia, de todas las comodidades y regalos que en la flor de su vida le presentaba el mundo; por haberlo dejado todo voluntariamente y haberse trasladado á Roma, donde la religion cristiana era perseguida, para oponerse y salir á su defensa. Sus costumbres irreprensibles y su vida, mas bien de ángel que de hombre, nos las describe en dos palabras san Pedro Crisólogo diciéndonos : *Erat autem Laurentius pauper opibus, dives moribus*. Pobre en riquezas, porque para nada valen sino para viciar el corazon, para recargar el alma y estorbarla el que siga con lijereza por los caminos del Señor, para hacer muy difícil la salvacion eterna; pero rico en costumbres, que son los tesoros incorruptibles, lo que nos hace agradables al Señor y acreedores á sus recompensas : son el tesoro con que hemos de comprar el reino de Dios.

Qué pura y santa fuera su niñez y su juventud, se conoce bien por la educacion que recibió de sus piadosos padres. Fué educado con grande esmero por una madre tal, que acreditó con sus obras que tenia en su corazon profundamente arraigada la paciencia, y no se contentaba con tenerla solo en el nombre. Decoró la flor de su juventud con la púrpura de su sangre, dice san Agustin. Despreció al mundo cuando mas le halagaba. En su presencia, en sus obras, en su santidad manifestó bien, dice el mismo san Agustin, que ántes de sus tormentos y martirio estaba su alma llena de candidez y de pureza. Por esto la iglesia en el introito de la misa de su fiesta canta y le aplica las palabras que no aplica á algun otro, aplaudiendo su inocencia: *Confessio et pulchritudo in conspectu ejus; sanctitas et magnificentia in sanctificatione ejus. Igne me examinasti; et non est inventa in me iniquitas.*

Cuántas fueron sus virtudes, nos lo dice san Máximo cuando admirando su fortaleza nos afirma, que no podia vencer la multitud de penas y tormentos al que confortaba la multitud

de sus virtudes. Si la caridad es la mayor y la principal de todas ellas, ¿qué amor á Dios tan grande no se descubre en su corazon, qué amor tan grande no era necesario para sufrir con alegría y rebosando de gozo unos tormentos tan atroces por el nombre y la fe de Jesucristo? Solo un amor mas encendido que los carbones en que fué sacrificado pudo sufrir tanto tormento, no solo sin quejarse sino despreciando á los verdugos. Su amor al prójimo le manifestó bien con sus trabajos para traer á las almas al conocimiento del verdadero Dios y á la luz de la fe; con sus obras de misericordia, recibiendo á los peregrinos, lavando los piés á los pobres, visitando á los enfermos y socorriendo con abundantes limosnas á todo género de necesitados. ¿Quién, dice san Lorenzo Justiniano, es capaz de explicar el fervor de su caridad? Aun viviendo en la carne ya no habia cosa alguna carnal en su alma. Su celo por la gloria de Jesucristo ¿no le manifestó bien en el ansia de padecer por él? ¿A quién no edifican y conmueven las palabras de este esclarecido jóven al papa san Sixto? ¿Por qué me abandonas, padre mio? ¿Por qué vas al sacrificio sin que te acompañe tu diácono? ¿Por qué me dejas huérfano y desamparado? ¿Por qué ha de separarse el diácono del lado del pontífice en los momentos del mayor peligro? ¡Qué ansia, qué deseo tan grande, hermanos mios, de padecer por Jesucristo y defender su honor ultrajado! ¡Qué gozo el de san Lorenzo oyendo que seguirá á su santo padre dentro de tres dias, y que ántes le esperan tormentos y pruebas mucho mayores, como á un jóven esforzado en quien Dios quiere hacer ver su poder! ¿A quién no llenan de asombro las respuestas llenas de sabiduría eterna que dió á los tiranos, el valor con que sufrió tantos y tan atroces tormentos, el celo con que defendió y dió gracias á su Dios en la vida y en la muerte? Ardió su cuerpo; pero no solamente no ardió su fe, ni se consumió, sino que consolaba al que ardia, dice san Pedro Crisólogo. Espiró en los tormentos siendo un ministro y discípulo tan fiel de Jesucristo, que no le abandonó en los dias de la tribulacion y la prueba, y el Señor por eso le ha honrado y engrandecido, no solamente en los cielos dándole una corona correspondiente á sus virtudes, sino tambien en la tierra haciendo que sea célebre su nombre y que aparezca grande y lleno de bendiciones en todos los siglos. *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

Se ve bien, amados mios, se ve bien en la lijera reseña que he hecho de la vida y muerte de nuestro santo, cuyo martirio por ser tan glorioso y extraordinario es tan conocido de todos los cristianos, que la virtud, la práctica y ejercicio de las buenas obras le dispuso á padecer, y que sus padecimientos por Jesucristo le hicieron tan grande y esclarecido. Que su celo, su amor fervoroso, su fe grande y encendida le hizo un ministro fiel de Jesucristo, digno de padecer por él, y que por eso el Padre celestial le ha llenado de gloria.

¿Queremos ser grandes nosotros y que nuestro nombre se escriba entre los escogidos? Pues entendamos como san Lorenzo que las almas redimidas con la sangre de Jesucristo no deben buscar ni poner su grandeza en las alegrías y placeres de esta vida, en el logro de los honores, de las dignidades y riquezas de la tierra, sino en padecer por Jesucristo, en las obras de la tribulacion, en las miserias y persecuciones sufridas por Jesucristo; no en las obras de tinieblas, en las comidas y regalos, sino en las obras de luz, en seguir á Jesucristo, defender su honor y gloria, imitar sus virtudes y ser verdaderos siervos suyos en la vida y en la muerte.

No nos dejemos pues alucinar y arrastrar de las falsas ideas y ejemplos del mundo, que al fin conoceremos su engaño cuando palpemos nuestra desgracia eterna. Aspiremos por los caminos de la virtud á la grandeza sólida y verdadera, contemplando que al fin seremos honrados y engrandecidos por el mismo Padre celestial, y que unos pequeños momentos de pesar y tribulacion nos acarrearán un peso de eterna felicidad.

En este dia del triunfo y festividad de san Lorenzo, honor de nuestra patria y gloria de nuestra religion, pidámosle su intercesion para que favorezca nuestros deseos de ser grandes delante de Dios, y para esto no le pidamos los bienes de la tierra sino los del cielo, no que nos libre de los males de la tierra, sino de los fuegos del infierno. Que encienda en nosotros la llama del amor divino que ardia en su corazon, y que nos haga prontos y fervorosos en el cumplimiento de la ley de Dios, y apague las llamas de nuestros vicios que tanto nos dominan y nos pierden; para que sirviendo como siervos fieles á Jesucristo en esta vida, nos honre y engrandezca el Padre celestial en la gloria. Amen.

de sus virtudes. Si la caridad es la mayor y la principal de todas ellas, ¿qué amor á Dios tan grande no se descubre en su corazon, qué amor tan grande no era necesario para sufrir con alegría y rebosando de gozo unos tormentos tan atroces por el nombre y la fe de Jesucristo? Solo un amor mas encendido que los carbones en que fué sacrificado pudo sufrir tanto tormento, no solo sin quejarse sino despreciando á los verdugos. Su amor al prójimo le manifestó bien con sus trabajos para traer á las almas al conocimiento del verdadero Dios y á la luz de la fe; con sus obras de misericordia, recibiendo á los peregrinos, lavando los piés á los pobres, visitando á los enfermos y socorriendo con abundantes limosnas á todo género de necesitados. ¿Quién, dice san Lorenzo Justiniano, es capaz de explicar el fervor de su caridad? Aun viviendo en la carne ya no habia cosa alguna carnal en su alma. Su celo por la gloria de Jesucristo ¿no le manifestó bien en el ansia de padecer por él? ¿A quién no edifican y conmueven las palabras de este esclarecido jóven al papa san Sixto? ¿Por qué me abandonas, padre mio? ¿Por qué vas al sacrificio sin que te acompañe tu diácono? ¿Por qué me dejas huérfano y desamparado? ¿Por qué ha de separarse el diácono del lado del pontífice en los momentos del mayor peligro? ¡Qué ansia, qué deseo tan grande, hermanos mios, de padecer por Jesucristo y defender su honor ultrajado! ¡Qué gozo el de san Lorenzo oyendo que seguirá á su santo padre dentro de tres dias, y que ántes le esperan tormentos y pruebas mucho mayores, como á un jóven esforzado en quien Dios quiere hacer ver su poder! ¿A quién no llenan de asombro las respuestas llenas de sabiduría eterna que dió á los tiranos, el valor con que sufrió tantos y tan atroces tormentos, el celo con que defendió y dió gracias á su Dios en la vida y en la muerte? Ardió su cuerpo; pero no solamente no ardió su fe, ni se consumió, sino que consolaba al que ardia, dice san Pedro Crisólogo. Espiró en los tormentos siendo un ministro y discípulo tan fiel de Jesucristo, que no le abandonó en los dias de la tribulacion y la prueba, y el Señor por eso le ha honrado y engrandecido, no solamente en los cielos dándole una corona correspondiente á sus virtudes, sino tambien en la tierra haciendo que sea célebre su nombre y que aparezca grande y lleno de bendiciones en todos los siglos. *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

Se ve bien, amados mios, se ve bien en la lijera reseña que he hecho de la vida y muerte de nuestro santo, cuyo martirio por ser tan glorioso y extraordinario es tan conocido de todos los cristianos, que la virtud, la práctica y ejercicio de las buenas obras le dispuso á padecer, y que sus padecimientos por Jesucristo le hicieron tan grande y esclarecido. Que su celo, su amor fervoroso, su fe grande y encendida le hizo un ministro fiel de Jesucristo, digno de padecer por él, y que por eso el Padre celestial le ha llenado de gloria.

¿Queremos ser grandes nosotros y que nuestro nombre se escriba entre los escogidos? Pues entendamos como san Lorenzo que las almas redimidas con la sangre de Jesucristo no deben buscar ni poner su grandeza en las alegrías y placeres de esta vida, en el logro de los honores, de las dignidades y riquezas de la tierra, sino en padecer por Jesucristo, en las obras de la tribulacion, en las miserias y persecuciones sufridas por Jesucristo; no en las obras de tinieblas, en las comidas y regalos, sino en las obras de luz, en seguir á Jesucristo, defender su honor y gloria, imitar sus virtudes y ser verdaderos siervos suyos en la vida y en la muerte.

No nos dejemos pues alucinar y arrastrar de las falsas ideas y ejemplos del mundo, que al fin conoceremos su engaño cuando palpemos nuestra desgracia eterna. Aspiremos por los caminos de la virtud á la grandeza sólida y verdadera, contemplando que al fin seremos honrados y engrandecidos por el mismo Padre celestial, y que unos pequeños momentos de pesar y tribulacion nos acarrearán un peso de eterna felicidad.

En este dia del triunfo y festividad de san Lorenzo, honor de nuestra patria y gloria de nuestra religion, pidámosle su intercesion para que favorezca nuestros deseos de ser grandes delante de Dios, y para esto no le pidamos los bienes de la tierra sino los del cielo, no que nos libre de los males de la tierra, sino de los fuegos del infierno. Que encienda en nosotros la llama del amor divino que ardia en su corazon, y que nos haga prontos y fervorosos en el cumplimiento de la ley de Dios, y apague las llamas de nuestros vicios que tanto nos dominan y nos pierden; para que sirviendo como siervos fieles á Jesucristo en esta vida, nos honre y engrandezca el Padre celestial en la gloria. Amen.

SERMON

DEL BEATO LORENZO DE BRÍNDIS.[1]

(DE SANTANDER.)

Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros...
Alabemos los varones gloriosos y á nuestros padres...
Eclesiástico, c. 44. v. 1.

No solo en esta era de libertinaje y disolucion se ha blasfemado contra el culto de los santos. No solo en este siglo de tinieblas se ha tenido por debilidad y fatuidad la vida de los justos, cuya memoria será eternamente colmada de bendiciones. Los siglos mas remotos nos suministran hombres impíos, que llenos de una intolerable arrogancia, condenaban el culto que los católicos damos á las sagradas imágenes de aquellos héroes del cristianismo, cuyas almas reinan con Cristo en el cielo. Los iconoclastas y los gnosticos abrieron las zanjas al templo del error, que han frecuentado despues y sostenido con la mayor obstinacion los wiclefistas, luteranos, calvinistas y sacramentarios. Pero la iglesia santa, esta incorruptible y piadosa madre nuestra, gobernada por el espíritu de Dios, que es espíritu de luz y de verdad, ha condenado en todos tiempos estos errores; y por sus concillos, sus pontífices y padres ha defendido este punto de fe en todos los siglos. Los respetables concilios Nicenos, Romanos y Tridentinos: los santos Germanes, Gregorios y Damascenos con otros padres, han levantado siempre la voz y desquiciado estas puertas del abismo, que intentaban prevalecer contra la iglesia, declarando y expresamente mandando á todos los obispos y á cuantos enseñan la palabra de Dios, que siguiendo la tradicion de la iglesia católica y apostólica, recibida desde los primeros tiempos de la religion cristiana, diligentemente instruyan á los fieles, enseñándoles que los santos que reinan con Cristo en el cielo ofrecen á Dios sus oraciones y ruegos por los hombres, y que es cosa buena y útil invocarlos, acudir á su patrocinio, acogernos á su amparo, é implorar su socorro para que Dios nuestro Señor por su hijo Jesucristo, que es nuestro único y solo Redentor y Salvador, nos conceda los beneficios que le suplicamos.

(1) *Predicado en el convento de capuchinos de la ciudad de Toro el dia 13 de julio de 1788.*

Nuestro santísimo padre y señor Pio VI, siguiendo este decisivo cánon del sacrosanto concilio de Trento, y caminando por esta segura senda de la tradicion mas constante, ha declarado en el número de los bienaventurados á nuestro Fr. Lorenzo de Bríndis: le ha colocado sobre los santos altares, y propuesto á los fieles por objeto de sus cultos. Este es aquel héroe del siglo XVI y XVII, que como otro Onías defendió el templo, como otro Josué alcanzó victorias señaladas, y como otro Samuel fué destinado por el cielo para las mas ilustres legacías. Este es aquel sacerdote justo que ofreció tantas veces sobre las sagradas aras el incruento sacrificio entre prodigios y milagros: aquel predicador celoso que convirtió tantos pecadores, aquel provincial vigilante que reformó tantos abusos, aquel general prudente que gobernó la religion capuchina con tanto acierto, aquel capitan valeroso de Rodulfo II que logró tantos triunfos contra Mahoma, aquel embajador diligente y activo que desempeñó felizmente las comisiones mas arduas. Este... Pero mirad si tuve razon en el principio para decir: *Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua.* Si la memoria de cualquier justo debe estar acompañada de alabanzas, como dice el Espíritu santo, ¿con cuánta mas razon deberemos elogiar á aquellos hombres gloriosos á quienes la divina Providencia nos destinó por padres espirituales: á aquellos hombres heróicos á cuyas virtudes debemos nuestra existencia por siglos? Es decir: si nosotros los capuchinos debemos formar elogios dignos de los Leonisas, Simaringas y Cantalicios, que fueron nuestros hermanos, ¿con cuánto mas motivo deberemos celebrar la memoria del gran Bríndis, que fué dos veces nuestro padre, una por fundador de esta provincia, y otra por general de toda

nuestra seráfica congregacion? Sin duda alguna, señores, miramos como una obligacion muy estrecha celebrar con distinguidos elogios su memoria. Pero, ¿cómo quereis que la proponga? ¿Creeis acaso que vengo á representarle á vuestra vista como un hombre de prodigios, un hombre poderoso en obras y palabras, estimado de los pontífices, amado de los reyes, temido de los infieles, aborrecido de los herejes, respetado de los judíos, y hecho el asombro y admiracion de los cristianos? Cómo quereis que os le muestre? ¿Cómo un capitan general, que montado en un caballo y puesto al frente del ejército de los cristianos derrota y pone en fuga todo un enjambre de bárbaros? O como un embajador diestro que promueve con una prudencia admirable los intereses de los príncipes? ¿O como un nuevo apóstol que habla todas las lenguas, penetra los interiores de los hombres y sujeta á su voluntad los elementos? A la verdad todas serian ideas dignas del gran Brindis; pero yo voy á buscarle algun flanco, y por allí he de procurar manifestarle. Mirad qué pensamiento tan extraño. No pretendo por esto reformar las ideas que habeis concebido del gran Brindis: ellas son justas aunque magníficas y grandes, y por tanto á propósito para no producir mas que una sencilla admiracion. Yo quisiera hacerme mas útil, y preveniros contra una ilusion demasiadamente propagada en el presente siglo. Comunmente le llaman el siglo de ilustracion ó de las luces, y lo será en varios artefactos ó manufacturas que ciertamente se acercan á una muy particular perfeccion; pero en el particular de que vamos á hablar vive muy en tinieblas. Vosotros no me comprendereis hasta despues: entre tanto sabed que yo voy á proponer al grande Lorenzo de Brindis nada mas que como un hijo de san Francisco, como un pobre capuchino; digámoslo de una vez, como un fraile. Sí, señores, este es todo su elogio, el fraile.

Quiera la majestad de Dios nuestro Señor que todo ceda á mayor gloria suya y utilidad de las almas. Esta es la gracia, Señor, que os pedimos por María santísima, á quien devotamente saludamos con el ángel: *Ave María.*

Nada mas frecuente habrán hallado cuantos hayan leído el Evangelio, que las diferentes y encontradas opiniones que las

gentes formaban de Jesucristo. Apénas comenzó á manifestarse en público nuestro amable Redentor, cuando unos le alababan y sublimaban hasta las estrellas, y otros le blasfemaban y abatian hasta los abismos. Algunos le adoraban como hijo de Dios, otros le aborrecian como encantador y hechicero. Estos decian, es santo: aquellos le publicaban blasfemo. En una parte se oía: él es un hombre bueno. En otra parte se escuchaba: es un impío, es un engañador, es un hombre malo. *Quidam enim dicebant quia bonus est; alii autem dicebant: non, sed seducit turbas.*

En vista de esto nadie extrañará que haya sucedido con los individuos de los órdenes religiosos lo mismo que sucedió con Jesucristo su fundador y su cabeza. Con efecto jamas ha habido mas encontrados pareceres que en este siglo sobre este particular. Unos los alaban, otros los vituperan: en una parte los elevan hasta lo sumo, en otra los abaten hasta lo ínfimo. Los frailes, dicen estos, es un género de hombres que entran en un mismo monasterio sin conocerse, viven juntos sin amarse, y al fin mueren sin llorarse. Un fraile, replican aquellos, es un legítimo sucesor de los apóstoles en la vida y el espíritu: es un exacto observador del Evangelio, como lo manifiesta su mismo nombre que significa hermano: *Omnes vos fratres estis.* Un fraile, dicen ciertos hombrecillos que han aparecido en nuestros dias, es un hombre inútil á la iglesia y perjudicial al estado. Un fraile, claman los hombres del mayor carácter que han visto los siglos, es un hombre útil á la iglesia y útil al estado: *Quidam enim dicebant quia bonus est; alii autem dicebant: non.* En esta contrariedad de opiniones, vosotros discerniréis quiénes eran los discípulos de la verdad entre los que hablaban de Jesucristo, y quiénes de los que hablan de los frailes, serán los partidarios del error. Vosotros habeis de ser jueces en esta causa, permitiéndome solamente que os haga ver que nuestro beato Lorenzo de Brindis fué un fraile. Sí. Pero un fraile útil á la iglesia y al estado. El asunto merecia tratarse separadamente, demostrando primero cómo fué útil á la iglesia, y despues cómo fué útil al estado; pero hallándose los intereses del sacerdocio y del imperio tan íntimamente unidos, que no se pueden promover debidamente los unos, sin experimentar los otros la misma utilidad, hablaremos de ambos indistintamente en un solo punto. Escuchadme con toda vuestra atencion.

Si yo quisiera demostrar la utilidad que produjo en la iglesia y el estado nuestro beato Fr. Lorenzo al modo que vosotros acostumbrais probar la nobleza de vuestro linaje, desenvolviendo la genealogía de vuestros mayores, buscando entre ellos un tronco ilustre, y haciéndole aparecer á favor de la patria un Alejandro por las armas, un Licurgo por las letras, un Caton por la prudencia, un Mucio Escévola por el valor, y un Coriolano por la piedad, nada me seria mas fácil. Con solo tender la consideracion por la serie continuada de los siglos, haria ver la santa iglesia colocada, sostenida y propagada por los frailes en todo el universo con aquel grado de estimacion, magnificencia y gloria con que en el dia la vemos. Recibe ella ahora (no puede negarse) la obediencia de pueblos remotísimos, y compitiendo en el dominio con el sol, aun mas allá de sus caminos y términos encuentra quien se la sujeta y rinde; y si vosotros dudais que hayan sido los frailes los que han unido á la iglesia tantos y tan dilatados reinos, decidme: ¿Quién convirtió la Francia á la fe sino un Remigio? ¿Quién la Suecia sino un Martin? ¿Quién la Tesandria sino un Lamberto? ¿Quién la Inglaterra sino un Agustino? ¿Quién la Frisia sino Wilfrido? ¿Quién la Germania sino Bonifacio y Lugdero? ¿Quién la Sajonia sino Suitberto y Villebrordo? ¿Quién la Bohemia sino Cirilo y Metodio? ¿Quién la Dacia sino Ascario? ¿Quién la Pomerania sino Oton? ¿Quién la Pannonia, quién la Rusia, quién á los lituanos, y quién principalmente á los polacos sino Adalberto? Y si os parecen antiguos estos heróicos ejemplares, respondedme: ¿Cuánto debe la Tartaria á los discípulos del gran Domingo? ¿Cuánto la Persia y la Palestina á los hijos de mi padre san Francisco? ¿Cuánto las Filipinas á los Agustinos? ¿Y cuánto el grande imperio del Tibet á los capuchinos? ¿Quién ha tremolado el estandarte de la cruz en estos vastos imperios á precio de cárceles, persecuciones, tormentos y muertes sino los frailes? ¿Se dió por ventura un solo paso en las asombrosas conquistas del Nuevo mundo sin que los frailes precediesen ó acompañasen á los primeros conquistadores? ¿No fueron ellos los que con Jesucristo crucificado en sus manos reducian á vida sociable á los indios incultos: los que formaban las poblaciones, y los que mantenian en ellas la subordinacion y obediencia? ¿No son ellos los que de unos bárbaros, poco desemejantes de los brutos, forman vasallos útiles al estado y obedientes hijos á la iglesia? Por tanto vivo persuadido á que nuestro Bríndis tiene el mismo derecho que vosotros para estimar en lo justo la nobleza de una familia por los heróicos hechos de sus antepasados; y que así como vosotros os creeis acreedores á las distinciones de la iglesia y del estado por haberlos servido vuestros mayores, tambien Fr. Lorenzo se puede creer útil al imperio y al sacerdocio por ser de la clase de aquellos hombres que han dilatado los términos de la iglesia, ganando para Dios á los infieles, convenciendo á los herejes, convirtiendo á los pecadores y sosteniendo á los justos: de aquellos que han promovido los intereses de los príncipes, fundando pueblos, defendiendo ciudades, formando vasallos útiles, redimiendo cautivos, curando á los enfermos, auxiliando á los moribundos, y enseñando á todos con su ejemplo y su doctrina la debida obediencia y subordinacion que se merecen sus leyes. Pero no, señores, yo no pretendo valerme de estas pruebas. Guardadlas para vosotros, á quienes por lo comun faltan méritos personales para demostrar vuestra utilidad en la iglesia y el estado. Valeos en hora buena del arbitrio de buscarla entre los descarnados huesos de vuestros envejecidos difuntos. Buscadla vosotros entre vuestros mayores, que Fr. Lorenzo no piensa formar su gloria por contar entre los frailes los Gregorios, los Agustinos, los Basilios, los Benitos, los Brunos, los Bernardos, los Domingos, los Franciscos, los Buenaventuras, los Tomases, los Alcántaras, los Ildefonsos, los Atilanos y otra infinidad de hombres de tanto mérito, que si uno solo pudierais contar en vuestra genealogía, no cabriais llenos de orgullo y vanidad en el mundo. No, señores. No temais que Bríndis aumente el partido de los frailes con mas de cincuenta pontífices adornados de santidad y literatura, con centenares de cardenales sapientísimos, con millares de patriarcas, arzobispos y obispos, con millones de mártires é innumerables escritores en toda clase de artes y ciencias desde la mas alta y sublime teología hasta las primeras letras. A él no le hacen falta méritos ajenos, porque los tiene propios en una abundancia prodigiosa. Fué útil á la iglesia y al estado, no solo por la comun razon de fraile, como lo habeis oído hasta aquí, sino por sí mismo, y por su propio mérito personal, como lo vais á oir inmediatamente.

Aplicad ahora toda la fuerza de vuestro espíritu, porque ya

me es preciso imitar la industria de los geógrafos que demarcan en una tercia de papel un imperio muy dilatado, señalando sus mas famosas ciudades con unos puntos casi imperceptibles, y sus términos con unas pequeñas líneas. A este modo pues ¿no veis ya allí en la ciudad de Bríndis un niño que apénas puede hablar, y ya predica en la iglesia catedral con admiracion y espanto de los circunstantes? Ese es nuestro beato, que vestido de frailecito en la edad de seis años, tiene ya licencias de su obispo para anunciar la palabra de Dios públicamente, reprendiendo los vicios, alabando las virtudes; y empezando tan temprano á ser un ministro útil á la iglesia, y un buen ciudadano que procura desde la infancia la felicidad de todos sus compatriotas. ¿No advertís allí en Verona un jóven de un génio dócil y vivo, de una presencia bien proporcionada y amable, y adornado de una piedad singularísima, que desnudándose de los vestidos del siglo, y dejando con ellos cuanto el mundo podia prometerle, se viste de un sayal tosco entre los capuchinos, y desde el mismo noviciado es ya admiracion de los mas perfectos con una pobreza suma, con una castidad angélica, con una obediencia universal, con una humildad profunda, con una caridad heróica, y con un conjunto extraordinario de virtudes? ¿No echais de ver que ese jóven apénas pasa al estudio de las artes y sagrada teología, aparece adornado de una memoria prodigiosa y de unos talentos sublimes, con los que sin faltar un ápice á la regular observancia mas exacta, ni al estudio de aquellas materias á que le habian destinado los superiores, se aplica constantemente á los estudios amenos y á la inteligencia de las lenguas; de tal suerte, que traducia, hablaba y predicaba despues cuando se presentaron las ocasiones, en griego, hebreo, caldeo, aleman, italiano, frances, español y latin? Pues ese jóven admirable destinado por el cielo para grandes cosas, ese es el fraile: ese es nuestro beato Lorenzo. Ese mismo es quien al defender las conclusiones filosóficas, parecia que hablaban por su boca los Platones, los Aristóteles, los Sócrates, los Pitágoras. Ese es quien al hablar de la sagrada teología, se pensaria que habian transmigrado á su espíritu las almas de los Agustinos, los Tomases y Buenaventuras. Ese mismo es quien poseía una noticia completa del dogma y la disciplina, del derecho canónico y real, de cuyos cánones y decretos se servia con tanta oportunidad y

exactitud en las ocasiones que se presentaban, que parecia una biblioteca animada, ó un hombre que tenia presentes todos los libros en su prodigiosa memoria. Mas no penseis por esto que él se ensoberbeciese ó despreciase á los demas que no poseían así como él tan rico caudal de luces: nada ménos. No le acontecia lo que en el dia vemos con tanta frecuencia, despreciar á los antiguos, teniendo á nuestros mayores por unos hombres bárbaros y estúpidos que vivieron envueltos por siglos en las tinieblas de la ignorancia, como los egipcios por tres dias en las que formó Moises para su castigo y escarmiento. El fraile estimaba á todos, amaba á todos, y con todos trataba con urbanidad y cortesía: él era humilde como la tierra, obediente á toda criatura por amor de Jesucristo, y se compadecia de las debilidades y flaquezas de sus prójimos, sin insultar á nadie por mas que apareciese reprensible. Ya no extraño, señores, que á un hombre de tan extraordinario mérito personal le eligiese Dios nuestro Señor para grandes cosas: le habia adornado, como dice la santa iglesia en las actas de su vida, con un espíritu de consuelo para enseñar, y con espíritu de fortaleza para obrar todas las cosas por arduas y difíciles que fuesen; y así llegó á ejecutarlas tan grandes, que el entendimiento mas fecundo no se hubiera atrevido ni aun á fingirlas.

¿Habeis visto una nubecilla despreciable que apénas da otra idea de sí misma, que la de un lijero vapor que sube de la tierra; pero que agitada despues de los vientos se viste de pardas sombras, oscurece todo el horizonte, y engruesándose despues, ya rompe en horrorosos truenos, ya hace estremecer las gentes con sus relámpagos, y ya inunda toda la tierra con sus aguas? Pues á este modo, aquel fraile que dejamos encerrado en su convento preparándose con la oracion, la penitencia y el estudio para las grandes obras á que le destinaba la Providencia, sale cubierto de un hábito basto y bronco, atada la cintura con una cuerda, y llevando una cruz en la mano, y en el corazon el Evangelio, predica como un nuevo apóstol la ley inmaculada del Señor con efectos verdaderamente inexplicables. Venecia, Nápoles, Génova, Mantua y Pavía oyen la voz de este nuevo Elías, ó resucitado Pablo, y se convierten á millares los pecadores. Las damas mas ricas, mas delicadas y hermosas, llenas de un saludable pavor con la vista de Lorenzo, abandonan las galas, dan de mano á los placeres, y

muriendo enteramente al mundo para vivir en Jesucristo, siguen sus instrucciones y se encierran para siempre en los monasterios. Los tratantes dejan las usuras, los artesanos no se valen de engaños en sus talleres, los jueces administran justicia con equidad y desinteres: en las familias entra á reinar el buen órden, en la juventud la disciplina, en el clero la modestia, y en el templo la veneracion. ¡Qué transformaciones, señores, tan asombrosas! ¿Quién ha podido convertir la disolucion en recogimiento, las casas de juego en congregaciones de piedad, los teatros en oratorios, las conversaciones impuras en conferencias de espíritu, los conventículos de Satanas en juntas de devocion? ¿Quién, señores? Un fraile. ¿Quién ha puesto el buen órden en todos los estados haciendo que los magistrados no engorden con la sangre de los pobres: que los comerciantes sean verídicos en sus palabras, equitativos en sus ventas, justos en sus tratos: que los artesanos trabajen á ley, y los ociosos desaparezcan? ¿Quién, señores? Un fraile. ¿Y es esto ser útil al estado? Pero esto es nada.

La fama de los méritos de Lorenzo corre por todas partes: de todas le buscan, y á todas acude con un celo infatigable. Llámanle á Alemania el emperador Rodulfo y el archiduque Matías, y vuela á Alemania nuestro Bríndis. Hace oir su voz en Viena, en Praga, en Hungría, en Bohemia y en Baviera, y todos le escuchan como á un ángel venido del cielo, ó como á un Bautista que sale del desierto. Acuden á sus sermones, no solo los católicos, sino los luteranos, calvinistas y zuinglianos, y el santo convierte particularmente su espíritu á la reduccion de aquellos herejes. No los desazona con malas palabras ni los irrita con tratamientos duros: se insinúa con dulzura en sus corazones, les manifiesta la luz con agrado y cortesía, deshace sus artificios, desvanece sus errores, y la fuerza de la verdad convierte á muchos. Cuando mas ocupado se hallaba nuestro Lorenzo en estas espirituales conquistas de católicos y herejes, le llama el papa Clemente VIII á Roma para que predique á los judíos en su misma lengua hebrea. Obedece el santo inmediatamente al mandato de la cabeza de la iglesia, y sin intimidarle la distancia de los lugares, lo arduo de la empresa y los inmensos trabajos de los caminos, marcha á Roma, y predica tres años enteros á aquella nacion endurecida, con tanta limpieza y propiedad en el idioma hebreo, con tanta

exactitud en las citas de la Escritura, con tanta elocuencia y espíritu, que pasmados los judíos confesaban no haber jamas oído hombre mas admirable y divino. Qué os parece? ¿Es esto ser útil á la iglesia, abrazar con una caridad universal, con un corazon abrasado en el amor divino toda clase de personas, los ricos, los pobres, los nobles, los plebeyos, los pecadores, los justos, los católicos, los judíos? Y quién es el hombre que forma un proyecto tan vasto y asombroso? Quién, señores? Un fraile. No lo dudeis, amados mios. Un fraile es quien no solo forma este asombroso proyecto que os llena de estupor y espanto, sino quien le lleva á debida ejecucion para utilidad de la santa iglesia. Un fraile es quien (como dice nuestro santísimo padre Pio VI, aprobando las lecciones de su oficio) convirtió innumerables pecadores á penitencia, obligó á los herejes á abjurar sus falsos dogmas, y confutó doctamente á los hebreos: *Innumerabiles peccatores ad pœnitentiam convertit: hæreticos ad ejuranda falsa dogmata adegit, hœbreos confutavit.* Un fraile es, continúa el mismo sumo pontífice, quien sacó del cieno de la torpeza las mujeres perdidas, quien apagó las discordias mas inveteradas, quien apaciguó los odios mas encendidos, y quien nada hizo que no fuese todo dirigido á la mayor gloria de Dios, aumento de la religion católica y utilidad de las almas, confirmando el Señor sus palabras con prodigios y maravillas. ¿Es esto ser útil á la iglesia? Lo es sin duda alguna; aun esto no es todo.

Ya sabeis que la vida del hombre tiene término, y á la verdad término bien corto: por consiguiente, si miéntras camina por este valle de lágrimas no procura hacer obras heróicas que le inmortalicen, en breve desaparece su memoria sobre la tierra, y su nombre queda sepultado con su cuerpo entre los gusanos. Por esta causa unos han hecho sudar las prensas para perpetuar su memoria con los escritos: otros han edificado soberbios palacios: otros han levantado pirámides asombrosas: aquellos han fundado pingües mayorazgos; pero todos los que no han procurado inmortalizarse por la senda de la virtud han errado el camino de la verdad. Sí, señores, esta es la única que nunca perece: la virtud da al justo un nombre eterno, contra el que no tiene imperio el lento pero devorador diente de los años. *In memoria eterna erit justus.* La virtud vence en duracion á los colosos de Ródas, á las pirámides de Egipto, á

los muros de Babilonia, á los teatros y circos de los romanos; pero si hay fuera de la virtud alguna cosa que conserve la memoria de los hombres con una duracion ménos pasajera que el resto de las fatigas humanas, son sin controversia los escritos; y ciertamente no podemos leer sin espanto las obras del grande Homero despues de tres mil años que su autor está convertido en polvo. Los libros pues de sana doctrina, escritos para gloria de Dios y provecho de las almas, producen en la iglesia una utilidad inexplicable. Por esta parte, amados mios, ¿quién será suficiente á explicar la utilidad que produjo en la santa iglesia nuestro Bríndis con trece tomos en folio y uno en cuarto, escritos con tanta perfeccion y con una sabiduría tan del cielo, que al registrarlos la sagrada congregacion con aquella severidad, escrupulosidad y rigor que acostumbra en las obras de los que trata de canonizar la iglesia, exclamó en esta asombrosa expresion: *Vere inter sanctos patres potest enumerari.* Verdaderamente puede este autor ser contado entre los santos padres? ¿Qué os parece del fraile? ¿Es útil á la iglesia? Pero esperad un poco, que á grandes voces me está llamando el estado.

Representaos vivamente en vuestro espíritu dos poderosos ejércitos, uno de cristianos mandados por el archiduque de Austria Matías, y el otro de turcos capitaneados por el emperador Mahometo III en persona, y ya inmediatos á darse la batalla. No puede buscarse en la tierra espectáculo mas grande, ni suceso en que interese mas un estado. Del éxito de aquella accion decisiva va á llorar el Austria con lagrimas inconsolables su desdicha si la pierde, ó la Puerta Otomana va á cerrarse cubierta de luto si la suerte la es adversa. Haciendas, honras, vidas, lugares, villas, ciudades, templos, religiosos, sacerdotes, sacramentos, todo interesa en el éxito feliz de una batalla: todo se transforma y se confunde cuando la accion se pierde. Cúbrense los campos de cadáveres, destrúyense los frutos, arruínanse los pueblos, demuélense las fortificaciones, interrúmpese el comercio, las artes y la agricultura se abandonan, y hasta los templos de Dios y sus ministros son insultados y hechos objetos del furor y carnicería de los bárbaros. ¿Quién podrá en estas críticas y terribles circunstancias ser el íris de la serenidad en los corazones de los católicos agitados de tan melancólicas ideas? Quién, señores? Un fraile. No lo pongais en duda.

Cuando mas afligidos se hallaban los cristianos por la multitud y soberbia de los turcos, he aquí que por mandado del papa Paulo V y del emperador Rodulfo, se presenta Fr. Lorenzo acompañado de otros doctos capuchinos, en medio de los dos ejércitos, con una bandera en una mano y una cruz en la otra, y animando á los católicos y prometiéndoles la victoria, dan sobre los enemigos. Llueven balas sobre nuestro beato; pero como si su cuerpo fuese algun muro de diamante, caen muertas en tierra apenas le tocan en el hábito. Forma la señal de la cruz sobre la artillería de los turcos que hacia notable daño á los católicos, y desde aquel feliz momento no vuelven á despedir un solo tiro los cañones. Anímanse con este prodigio los católicos, desfallecen los turcos, gánaseles la batalla, con muerte de mas de treinta mil enemigos, tómase de resultas la famosa plaza de Belgrado, quedan en poder de los cristianos todos los víveres, armas, municiones, carros, tiendas y riquezas del ejército vencido de los turcos.

Y como si hubiera hecho poco este hombre incomparable en servicio de la iglesia y del estado debilitando el imperio de Mahoma, vuela á Baviera como legado del papa para reprimir la audacia y orgullo de los herejes, lo que consigue en el congreso de Mónaco, en que los mismos herejes confesaron se debia el triunfo de la religion católica á la espada del duque de Baviera, y á la lengua de Bríndis. Y porque ningun género de utilidad dejara de experimentarse de este admirable religioso, corre á Milan para asistir al lado de don Pedro de Toledo en las guerras de Saboya: viene tambien dos veces á España como embajador del pontífice y del reino de Nápoles, para tratar con Felipe III materias de la mayor importancia, allanando de tal suerte las dificultades que ocurrian, que el mismo rey llegó á decir: este embajador manda, no ruega. De suerte, amados mios, que como si nada grande se pudiera hacer en Europa sin la direccion del fraile, así era llamado de todas partes, y por toda clase de personas. Sumos pontífices, emperadores, reyes, príncipes, duques, condes, marqueses, todos tenian puestos los ojos en Lorenzo: todos le miraban como un hombre poderoso en obras y palabras, como un terror de los turcos, espanto de los judíos, confusion de los herejes, amparo de los católicos, acérrimo defensor de la iglesia, y promotor activo de los intereses de los príncipes. En una palabra, él era

un fraile; pero todos le confesaban infinitamente útil á la iglesia y al estado. ¿No es esto lo que en el principio ofrecí demostraros?

Tiempo hace que os estoy escuchando: que si todos los frailes fueran como Fr. Lorenzo, vosotros no hablariais contra ellos; pero que la ignorancia de unos, la relajacion de otros, y la ociosidad de muchos, os ponen en movimiento la lengua. No permita Dios, hermanos mios, que yo haya subido á esta cátedra de la verdad para hacer la apología de la ignorancia, de la ociosidad ó la relajacion. No, señores. Yo lo sé, y lo confieso lleno de rubor. Hay frailes, como yo, de poquísimo espíritu, que no damos aquel buen ejemplo que debemos, amigos de vaguear por el mundo, enemigos del estudio, del retiro y la penitencia, y que hasta en la cátedra del Espíritu santo carecemos de aquel sagrado fuego, de aquel celo, de aquella fuerza de espíritu que caracteriza á los hombres apostólicos; pero decidme, ¿el desórden de estos por qué ha de oscurecer el mérito sobresaliente de tantos otros frailes humildes, modestos, castos, laboriosos y caritativos? ¿Seria este buen modo de argüir: entre los seglares hay jóvenes libertinos, casados adúlteros, viudos amancebados, doncellas sin pudor, casadas sin humildad, sin castidad ni vergüenza; luego todos los seglares son impuros: en el seglarismo se encuentran hombres fraudulentos, enemigos de la verdad, embrollistas perpetuos, pleiteantes sempiternos, ambiciosos sin límites, robadores y sacrílegos sin término; luego ya nos es lícito insultar á todos los seglares? ¿Este es un buen modo de pensar? En el siglo ha habido reyes crueles, ministros avaros, jueces apasionados, y hombres ladrones y homicidas que han muerto á manos de la justicia colgados en una horca; pues ya no estimemos al rey ni honremos á sus ministros, ni respetemos á los jueces, y hablemos mal de todos los seglares, aunque haya entre ellos innumerables hombres y mujeres adornados de ciencia y de virtud. ¿Qué os parece? Porque tal vez en el siglo se halle un clérigo, que olvidado de las obligaciones de su estado, frecuente casas sospechosas, ó admita en su habitacion mujeres de mala nota, ¿ya podremos decir que todos los clérigos son deshonestos? Porque se encuentre acaso en el mundo un sacerdote mas amante del interes que de la salvacion de las almas, un sacerdote que muera cubierto de dinero, que será para él de eterna perdicion, por haberlo guardado con

avarientas entrañas, sin necesidad propia suya, dejando á tantos prójimos desnudos, á tantos hambrientos, á tantos miserables sin vestido, sin comida y sin socorro: porque se halle, vuelvo á decir, en el mundo algun sacerdote de esta clase, ¿ya nos será permitido poner atrevidamente nuestra lengua en el venerable y siempre santo estado sacerdotal? Insensatos! ¿No advertis que este modo de pensar seria un error, seria una necedad, seria un delirio? Pues qué remedio? El silencio, señores, el silencio, y atender cada uno eficazmente al cumplimiento de sus respectivas obligaciones. Y si este remedio no os acomoda, hablad en hora buena; pero sea arrojando primero las vigas de lagar que teneis encima de los ojos, y no las quereis ver, y despues venid á quitar de nuestras pupilas las pajas que tanto os llevan la atencion: *Hypocrita*, decia Jesucristo, *ejice primum trabem de oculo tuo, et tunc perspicies, ut educas festucam de oculo fratris tui* (1). Démonos pues todos á partido, y saquemos de este sermon algun fruto, ya que oímos tantos otros sin alguna utilidad. Determinemos firmemente guardar nuestra lengua de toda murmuracion, y no permitir jamas que en nuestra presencia se murmure del gobierno ni de los ministros, ni de sus providencias, ni del clero, ni de sus costumbres, ni de los religiosos, ni de sus modales; si no que tengamos para todos una lengua limpia, una lengua caritativa. Así ya que no seamos tan útiles á la iglesia y al estado como nuestro Bríndis, á lo ménos no seremos tan perjudiciales como lo hemos sido hasta el presente por nuestra libre y atrevida lengua. Dios nuestro Señor que es rico en misericordias, aumentará en nosotros su divina gracia, y obrando nosotros con ella lograrémos verle y gozarle por eternidades en la gloria.

(1) *Luc.* c 6. *v.* 42.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA LUCÍA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Sponsabo te mihi in fide, et scies quia ego Dominus.
Te desposaré conmigo mediante la fe, y conocerás que yo soy el Señor.

Oseas, c. 2. v. 20.

Nada hay tan palpable y manifiesto en los divinos Libros como el amor entrañable que Dios tiene á sus criaturas. Las amó desde la eternidad con una caridad perpetua, como él mismo declara por boca de su Profeta; las amó con un afecto lleno de compasion y de ternura; las amó en fin con tanto exceso, que segun su lenguaje divino, enamorado de ellas, se propuso atraerlas á sí aprisionándolas con los lazos de aquel amor que es mas fuerte que la misma muerte. Hay empero ciertas almas con quienes se ha dignado unirse mas particularmente por medio de un desposorio espiritual, de un comercio de amor tan inefable que apénas puede explicar la lengua del hombre. Las vírgenes cristianas han sido siempre el objeto de las castas delicias de aquel que, en virtud de un exceso de amor á la humanidad desgraciada, quiso nacer de la virginidad para mejor poder llevar á cabo sus pensamientos de paz concebidos ántes de los siglos. Muchas han sido las que despreciando los placeres mundanales, la gloria, la felicidad y los encantos del tiempo, han aspirado á la positiva dicha de tener por esposo á Jesucristo. La santa cuya festividad hoy celebramos, figura en este coro admirable, y es una de las que con mas predileccion han

sido miradas por el Dios de la caridad. Lucía, fiel al llamamiento de Jesucristo, que la escogió para desposarla consigo mediante la fe, se unió con este adorable objeto desde que pudo conocerle; le sacrificó todos sus pensamientos; hízole donacion de todos sus afectos, y sin reservarse para sí misma mas que la gloria de servirle y de agradarle, no dudó ofrecerle en holocausto su cuerpo, su alma, sus bienes, sus esperanzas, su salud y hasta su pròpia vida.

Con razon pues, señores, se envanece el cristianismo de contar á esta vírgen ilustre en el número de sus heroínas. Sus virtudes superiores á su edad; su fe nada comun, atendidas las circunstancias del siglo en que vivió; su firmeza fenomenal, si se toma en consideracion la debilidad del sexo y lo acerbo de los tormentos con que fué probada, todo en ella es grande, admirable y heróico. Al pronunciar el nombre de Lucía, represéntanse á la imaginacion las mas elevadas ideas de grandeza, de nobleza, de opulencia, junto con las de una abnegacion sin límites, de una modestia sobrehumana y de un desprendimiento universal. Cuando elogio á Lucía, os hablo de una doncella nacida en el esplendor, criada en el regalo, y rodeada de cuanto puede hacer feliz la existencia de una criatura sobre la tierra: y que no obstante, mirando con los ojos de la fe todos estos deslumbrantes objetos, busca ansiosa la oscuridad, se abraza con la mortificacion y vive en una pobreza voluntaria. El nombre de Lucía me recuerda unos tiempos en que el cristianismo se miraba proscrito y calumniado, el paganismo triunfante y dominando la mayor parte del universo, la virtud mirada como un crímen y la virginidad como un oprobio; y sin embargo, véola fuertemente adherida á las creencias de los cristianos, triunfar de los errores de la idolatría, practicar la virtud en grado heróico y sellar con su sangre el testimonio de su virginidad.

Prendas tan estimables no pueden ménos de llamar nuestra atencion, y de reclamar un elogio que las comprenda todas. Hé aquí lo que mas me embaraza al hacer el panegírico de nuestra excelsa santa. ¿Cómo me será posible reasumir en él ideas tan diversas, caractéres tan varios, rasgos tan sublimes? Ensayaré hacerlo del mejor modo posible, y al efecto, fundado en las palabras de mi texto, os propondré á Lucía como una esposa fiel de Jesucristo, que unida á él mediante la fe, supo agradarle en

todo y granjearse todo su amor. «Por unirse á Jesucristo, renunció al mundo y á todas sus promesas; por no separarse de Jesucristo, despreció la vida y murió con heroísmo.» Hé aquí mi pensamiento.

Haced, Señor, que yo pueda hablar dignamente de vuestra querida esposa santa Lucía, dispensándome vuestra divina gracia, principio fecundo de la verdadera elocuencia. Sin vuestra asistencia nada puede el hombre; pero con ella hasta los mismos niños se convierten en panegiristas de vuestras alabanzas. No me la negueis, pues que os la pido por medio de aquella á quien constituisteis centro de vuestros divinos dones y conducto fiel por donde se transmiten á las criaturas. Con la mayor confianza me acerco á vos, Vírgen de vírgenes, y para teneros propicia os dirijo la sublime salutacion del ángel: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

El que combate en la arena adquiere tanta mayor gloria si llega á vencer, cuanto mas formidables son los enemigos á quienes resiste. Cuando los contendientes son iguales en armas, y cuentan con los mismos elementos, la victoria no siempre es fruto del valor: las mas veces es debida á la fortuna. Pero cuando en desigualdad de circunstancias el mas débil vence al mas fuerte, el triunfo no puede atribuirse sino á un exceso de valor y de heroísmo. En este caso se hallaba la insigne vírgen santa Lucía respecto del mundo, su capital enemigo, cuando sin mas armas que la fe en Jesucristo, sin otros elementos de defensa que su inocencia y su virtud, resistió sus ataques, se burló de sus asechanzas y destruyó todos sus planes. En efecto, enamorada Lucía de Jesucristo tan luego como tuvo la dicha de conocerle, todos sus pensamientos se dirigieron á unirse con él con lazos indisolubles. Para merecer su benevolencia se dedicó desde luego á servirle y á agradarle por todos los medios posibles. Su piedad, su recogimiento, su humildad, su pureza, todo en ella manifestaba que no tenia otro objeto mas caro á su corazon. El mundo no pudo ver estas felices disposiciones de la casta doncella sin concebir los mas serios temores, y celoso de que otro fuera de él poseyese su corazon, combinó astutamente todos sus esfuerzos para impedir que fuese de Jesucristo.

Mundo insensato! ¿piensas por ventura que es cosa de poco momento lo que pretendes? Arrancar del corazon de Lucía el objeto de su amor! ¿Y con qué medios cuentas para conseguirlo? Bien sabemos que puedes disponer de mil poderosos auxiliares, y que tienes en tu mano elementos de todo género. Tal vez apelarás á las mismas dotes naturales de esa tierna vírgen; te valdrás de su belleza para inspirarla el amor de sí misma y el deseo de agradar á los hombres; te servirás de la nobleza de su sangre para engendrar en su alma sentimientos de orgullo y de presuncion; pondrás en movimiento su opulencia para convidarla á disfrutar de las comodidades y regalos de una vida muelle y deliciosa... En vano; Lucía sabe apreciar en su justo valor todas esas cosas; mira la belleza como una flor que se deshoja con los años, y que al fin viene á perecer entre el polvo de una tumba; la nobleza como un lijero humo de vanidad que ningun derecho da al que la tiene sobre sus semejantes, porque es un efecto casual de la fortuna; las riquezas como un puñado de polvo que el menor viento de adversidad puede arrebatar en un instante; y consiguiente á estos principios, todo ello no la merece sino la indiferencia y el desprecio, porque solo desea poseer á Jesucristo, en quien halla el tipo de una hermosura infinita, el centro de una grandeza eterna y el tesoro inagotable en donde el Señor ha depositado todas las riquezas de su gracia.

Duros combates hubo de sufrir Lucía para triunfar de estos tres poderosos auxiliares de que el mundo se sirvió para impedir su union con Jesucristo; pero ¡cuán completa fué su victoria! Veámosla luchar primeramente contra los engaños de la hermosura. El cielo parecia haber derramado sobre ella todas las gracias. Cuanto puede contribuir á formar una mujer perfecta en todas sus partes, lo reunía Lucía en un grado superior. La Sicilia podia justamente contarla en el número de sus mas famosas beldades. Esta cualidad no podia ménos de proporcionarla los obsequios de un sinnúmero de jóvenes que á competencia aspiraban á conquistar su corazon. Súplicas, instancias, todo lo que es capaz de alucinar y seducir á una doncella inocente y candorosa, se empleó para hacer que Lucía abandonase el proyecto que formara de no admitir otro esposo que á Jesucristo. La lisonja la acomete en todas direcciones; la alabanza la persigue por todas partes; sucédense unos á otros

los competidores, y todos apuran en vano sus recursos contra la incontrastable firmeza de la vírgen magnánima. Llama en su auxilio al Espíritu divino por medio de una oracion continua y fervorosa; echa mano de las armas de la mortificacion y de las austeridades; aflige su carne con el ayuno, y de este modo logra hacerse superior al influjo de las pasiones, y conservarse ilesa en medio de tan punzadores estímulos. Bien diferente en su conducta de aquella incauta jóven hija de Jacob, que por exponerse á la vista de los hombres, fué víctima de su propia hermosura cayendo en los lazos de Siquen, que la arrebató y deshonró violentamente, Lucía huía de ellos como del basilisco, condenándose á un perpetuo retiro y viviendo en el mayor recogimiento. Sabia muy bien que una flor expuesta al ambiente de una atmósfera preñada de miasmas ponzoñosos, luego se marchita y pierde todo su mérito, y por eso trataba de conservar la azucena de su virginidad, preservándola de la infeccion que se respira en un mundo que por donde quiera no exhala sino corrupcion y muerte.

¡Qué ejemplo tan eficaz para las vírgenes cristianas! Muchas hay que demasiado confiadas de sí mismas, no temen dejarse ver con frecuencia en medio de unas reuniones en que abundan los peligros de perderse. Juzgan que la modestia sea bastante para avergonzar al atrevimiento y para contener el ímpetu de la fogosidad de los jóvenes lascivos. Pero ay! ¡cuán á pesar suyo experimentan á veces la insuficiencia de este medio para precaverse de una funesta caída! La hermosura es un enemigo doméstico, mas terrible de lo que se piensa; es un combustible que enciende y alimenta el fuego de las pasiones, y una vez encendidas estas, se necesita todo el poder de la gracia para apagarlas. ¿Y acaso se juzgarán inculpables aquellas que poco precavidas, ó temerarias en demasía, no se recatan de la vista de los hombres, y aun hacen gala de ostentar su belleza, aun cuando no sea con intencion de enamorar, y sí únicamente por efecto de esa frivolidad tan inherente á su sexo? No seré yo quien me atreva á decir que las doncellas cristianas hayan de sepultarse en vida, absteniéndose de toda comunicacion con el siglo; sé bien que llegan lances en que no es posible desentenderse de ciertas atenciones fundadas en la urbanidad y en los principios de una sociabilidad bien entendida. El cristianismo no reprueba estos principios, porque es eminentemente social; lo que reprueba y condena altamente son los excesos que con ellos se pretenden cohonestar en detrimento de la virtud y con mengua de la moralidad. Lo que no puede ménos de anatematizar, es que un sexo débil por su naturaleza se exponga sin recato á los peligros y rehuse adoptar los medios que únicamente pueden salvarle de los lazos que por donde quiera le rodean. El recogimiento, la fuga de los espectáculos, el retiro doméstico son dotes que deben brillar en las doncellas cristianas, bien así como en santa Lucía, cuyos ejemplos deben serles tanto mas preciosos y objetos de su imitacion, cuanto que de otro modo se exponen á ser vencidas por el mundo en vez de vencerle á él. Si pues quieren ser de Jesucristo, deben luchar como ella contra los peligros de la hermosura, uno de los mas poderosos enemigos de la virtud.

No tuvo que sostener menores choques nuestra invencible heroína para resistir á los asaltos de la nobleza. Circulaba por sus venas la sangre mas ilustre de las antiguas familias de Siracusa. Esta cualidad la hacia acreedora á las mas distinguidas consideraciones; la prometia partidos ventajosos; la proporcionaba la estimacion general, y ponia ante su vista las mas bellas esperanzas. ¡Qué tentacion tan fuerte es para un corazon jóven contar en el árbol genealógico de su familia un sinnúmero de nombres ilustres! ¡Con cuánta facilidad se da entrada en el alma al orgullo y á la vanidad! El espíritu de dominacion, el egoísmo, la altivez, las pasiones mas innobles y vergonzosas acompañan frecuentemente á esa clase distinguida, que por haber nacido entre títulos y blasones, se juzga de una naturaleza mas elevada que la de los demas hijos de Adan. Unir la modestia á la grandeza; saber combinar la elevacion de nacimiento con la sencillez y humildad de corazon, es un fenómeno que causa asombro por lo raro que es en el mundo. Pues hé aquí uno de los caractéres que enaltecen mas el heroísmo de santa Lucía. Léjos, muy léjos de ella esos pensamientos altivos que degeneran casi siempre en un despotismo insufrible. Jamas la vanidad pudo anidarse en su alma sencilla y candorosa; nunca se creyó mas que el menor de sus criados ó el mas ínfimo del vulgo. No habia para ella grandeza positiva fuera de la virtud. Aleccionada en la escuela de Jesucristo, sabia muy bien que este Señor, siendo Hijo de Dios, igual en todo á su eterno Padre, se habia presentado al mundo como el oprobio de los hom-

bres y lo mas abyecto de la plebe, para confundir el orgullo del mundo; y á su imitacion, humillábase hasta el polvo, y tenia sus delicias en tratar con los pobres y desvalidos para hacerse digna del amor de su dulce esposo.

Esta expresion me recuerda, señores, uno de los mas bellos rasgos de la virtud de nuestra santa, y me conduce á manifestaros el triunfo que consiguió contra el tercer medio con que la combatió el mundo: á saber, las riquezas. Heredera de bienes inmensos, Lucía hubiera podido disfrutar de cuantos goces pueden hacer amable y deliciosa una vida que lleva consigo tantos elementos de disgusto y de amargura. Por otra parte se veía pretendida por uno de los mas opulentos jóvenes de aquel país, en quien su madre habia puesto los ojos para proporcionar á su hija un establecimiento ventajoso. Este enlace hubiera fijado la suerte de la santa doncella de una manera la mas brillante segun el espíritu del mundo. Pero fuera de que Lucía habia jurado no admitir otro esposo mas que á Jesucristo, ella tenia miras muy distintas de las de su misma madre acerca del uso de sus cuantiosos bienes. Amaba entrañablemente á los menesterosos, porque veía en ellos la imágen del Hombre Dios, y deseaba ardientemente hacerlos depositarios de todo cuanto poseía; pero como no podia disponer de ello en virtud de la dependencia en que estaba por su estado y por su edad, contentábase con ofrecer á su divino esposo sus buenos deseos. El cielo la proporcionó la ocasion de realizarlos. Cuatro años hacia que su madre se hallaba afligida de una cruel dolencia. Todos los recursos del humano saber se habian agotado en vano en su curacion. Llena de fe Lucía en la intercesion de santa Águeda, cuyos milagros se multiplicaban diariamente sobre su sepulcro, exhorta á su madre á hacer un viaje á Catania á pedir al Señor por los méritos de aquella gloriosa vírgen y mártir la salud tan deseada. Verifícanlo en efecto. Madre é hija se postran ante las sagradas cenizas; oran, suspiran, lloran y ofrecen los mas fervientes votos. Lucía se rinde á un plácido y dulce sueño, y ve aparecérsele santa Agueda rodeada de espíritus bienaventurados, la cual con suave acento la dice: «¡Oh Lucía, hermana querida, y como yo esposa tambien consagrada al Señor! ¿Por qué vienes á pedirme á mí lo que tú misma puedes conceder desde luego á tu madre? Jesucristo ha escuchado favorablemente tu súplica, porque le es sumamente

grata la pureza de tu corazon, y en él ha fijado su morada como en una mansion deliciosa. Si Catania se ha hecho célebre con mi nombre, tú no honrarás ménos á Siracusa.» La vision desaparece; el oráculo se cumple; la enferma se halla súbitamente sana, y Lucía llena de un celestial regocijo.

Entónces fué cuando nuestra virtuosa vírgen, aprovechando aquellos momentos favorables, pide con instancia á su madre que la permita distribuir á los pobres toda la herencia que tenia destinada á dotarla, porque ella tenia ya hecho el sacrificio de su virginidad al esposo inmortal de las almas, y no podia en manera alguna aceptar la mano de ningun hombre. La madre asiente gustosa á la proposicion de la hija, y esta, con el mas heróico sacrificio, empieza desde luego á llevar á cabo su pensamiento. Viéraisla correr á la estancia de la viuda, penetrar en el asilo del huérfano, visitar los albergues de la mendicidad, pasar de allí á la morada del dolor, y derramar por donde quiera socorros abundantes junto con los consuelos de la religion. Viéraisla... Ah! Venciste, vírgen insigne, venciste. Ya has logrado el objeto de tus ansias. El mundo pretendió oponerse á tu union con el esposo de las vírgenes; para impedir tu proyecto, se sirvió de los mismos dones que naturaleza te concediera; pensó hacerte víctima de tu hermosura, envanecerte con tu nobleza y precipitarte en los escollos de las riquezas; pero tú, usando diestramente de estas mismas armas, has quedado victoriosa y burládote de todos sus ardides. Hemos visto, católicos, á santa Lucía renunciar el mundo y sus promesas por unirse á Jesucristo: veamos ahora como por no separarse de él despreció la vida y murió con heroísmo. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

«He encontrado al que ama mi alma: yo le tengo y no le dejaré.» Con estas palabras manifestaba la esposa de los Cánticos la constante y firme adhesion al objeto de sus caricias; y estas mismas pudo decir muy bien santa Lucía cuando á costa de vencimientos y de sacrificios logró unirse con Jesus, centro de su amor y término de su felicidad. Mas ay! la posesion de este divino esposo debia costarla nuevos combates, y triunfos mayores de los que ya habia adquirido contra el mundo. Aver-

gonzado este de su derrota, propusiérase rendir por el dolor y los padecimientos á la que inútilmente procurara rendir con los placeres, los halagos y las promesas. Habia visto frustrados todos sus planes é inutilizados todos los recursos de que se sirviera para impedir que Lucía se uniese á Jesucristo, y desde luego concibió el designio de separarla de él á todo trance. Para lograrlo llama en su auxilio al demonio de los celos. Insinúase este en el alma de aquel jóven cuya mano habia despreciado la virtuosa vírgen; inspírale un odio implacable hácia la que hasta entónces amara hasta el exceso del delirio: su corazon arde en deseos de vengar el desaire que ha recibido; la sangre, sola la sangre puede saciar la sed que devora sus entrañas. Jura que Lucía ha de ser suya ó que ha de ser sacrificada á su despecho.

Qué intentas, jóven incauto? ¿A dónde te conduce tu desesperacion? Arrancar á Lucía de los brazos de su divino esposo! ¿No ves que ya se ha unido á él con unos lazos que no pueden romperse? La quitarás la vida del cuerpo! Pero ¿no consideras que entónces contribuyes sin saberlo á afianzar esa union haciéndola perdurable? Te complacerás en verla padecer! ¿Mas qué son todos los tormentos del tiempo en proporcion de las delicias que ellos la aseguran en la eternidad? Lleva en buen hora á cabo tus ideas; realiza cuanto ántes tus intentos; pero está seguro de que Lucía jamas podrá ser tuya. Ella tiene ya esposo, y á la manera que renunció al mundo y á sus mentidas promesas por lograr unirse á él, sabrá tambien despreciar la vida y abrazarse con una muerte gloriosa, que consumará su union haciéndola indisoluble.

En efecto, señores, Lucía es acusada por el desairado amante ante el tribunal de Pascasio, prefecto de Siracusa. ¿Y cuál es el delito de que se la hace cargo? ¿De que no quiere admitir por esposo á un jóven que pretende su mano? ¿Acaso no es libre para disponer como mejor le plazca de su suerte? ¿Por ventura no es dueña de fijar su porvenir? Mas no, católicos; Lucía es acusada por la religion que profesa, porque es cristiana; porque no adora á las falsas divinidades del imperio romano. ¡Qué acusacion tan honrosa para una doncella que conoce perfectamente el precio inestimable de la fe! El general á quien se lleva la nueva de haber conseguido una completa victoria sobre los enemigos del estado; el negociante que recibe

la noticia de haber concluído felizmente una especulacion que le asegura bienes inmensos; el cautivo que oye el decreto que quebranta sus cadenas y le restituye la amada libertad, no experimentan un regocijo igual al que tuvo Lucía, cuando viéndose conducida por los ministros de justicia al tribunal del prefecto, supo que la causa era por ser cristiana. ¡Con qué alegría caminaba considerándose ya mártir de Jesucristo! Dijérase que era una Judit que acababa de derrotar por su misma mano al tirano Holofernes, y que iba á recibir las felicitaciones de todo un pueblo que la miraba como su genio tutelar. Dijérase que era una Ester, que victoriosa del orgulloso Aman iba á ser coronada con los laureles del triunfo en medio de una nacion á quien libertara de la proscripcion mas horrorosa. Dijérase... No, Lucía va á combatir por la fe; va á padecer por el amor de su divino esposo, y esta idea es para ella mas lisonjera que la de todos los triunfos, porque la asegura para siempre la posesion del objeto de su amor.

Presentada que fué al prefecto nuestra insigne heroína, este la recibe con todas las muestras de benevolencia que la maldad sabe fingir tan astutamente cuando pretende salir con sus reprobados intentos. Háblala del enlace que habia rehusado admitir; la propone las ventajas que debia proporcionarla un establecimiento tan conforme á sus dotes y demas brillantes cualidades; pondera la felicidad de su union con un jóven de tan bellas esperanzas; nada omite para ablandar su constancia; y por último la dice que es preciso que ofrezca un sacrificio á los dioses del imperio. Entónces Lucía, rompiendo el silencio, contesta con energía que ella no reconoce mas que á un Dios á quien ya ha hecho el sacrificio de su hermosura, de su nobleza y de todos sus bienes, pues que le habia escogido por esposo, y que estaba pronta á sacrificarle su vida y todo su ser ántes que faltar á sus promesas y renunciar á su religion. Qué testimonio tan brillante! Qué confesion tan heróica! Gloríate, oh fe sacrosanta! Esa tierna jóven que tan decididamente ha luchado contra el mundo y ha sabido sobreponerse á todos sus atractivos, tendrá valor suficiente para contrarestar el impetuoso furor de tus enemigos, siquiera sea menester apurar la copa del dolor hasta las últimas heces. ¿Y qué no puede el amor de Jesucristo cuando ha llegado á tomar posesion de la criatura? San Pablo en medio de las cadenas, de los peligros y de las per-

secuciones, insulta á la tribulacion, á la angustia, al hambre, al cuchillo de lôs tiranos; nada teme, por nada se acobarda; todo lo emprende, porque está seguro de que si bien es una oveja destinada al matadero, la virtud de aquel Jesus á quien ama y por quien es amado, le hará salir victorioso, y nada habrá que pueda separarle de él ni en la tierra, ni en el cielo, ni en lo presente, ni en lo porvenir. Lucía es un nuevo Pablo en la intrepidez; el amor de su dulce Jesus ahuyenta de su corazon todo temor. Las amenazas del tirano, en vez de acobardarla, encienden mas la llama sagrada que arde en su pecho. «Nada me importan tus suplicios, le dice con una santa resolucion, los cristianos tenemos en nuestro favor las inefables promesas de un Dios que jamas engañó ni pudo ser engañado. Él nos ha dicho que en nuestros mayores apuros estará con nosotros su divino Espíritu; y ¿qué hay que pueda intimidarnos cuando estamos seguros de su asistencia?» — Segun eso, repone el tirano, ¿tú crees que el Espíritu santo mora en ti? — Sí, contesta Lucía, porque él se complace en fijar su mansion en las almas puras é inocentes. — Pues yo te mandaré conducir al lugar de la prostitucion para lanzar de ti ese espíritu de cuya posesion te envaneces, volvió á contestar Pascasio. — Entónces la purísima doncella, llena de aquella fe que sabe obrar prodigios, le dice: ensaya si gustas ese medio infame que te sugiere tu maldad; ¿piensas acaso que el Dios que se ha dignado preservar mi virginidad en medio de los peligros de un mundo, que ha apurado inútilmente todos sus recursos por arrebatarme esta preciosa joya, me abandonará como una oveja en las garras del lobo ahora que mas necesito de sus auxilios, y no sabrá burlar tus malignos intentos?» Así habló la vírgen magnánima, y el cielo confirmó sus palabras con un estupendo milagro. Dada la órden por el tirano para que Lucía fuese llevada al lupanar, los ministros de justicia se abalanzan á ella como tigres feroces. La santa vírgen no hace la mas leve resistencia, y sin embargo ni un solo paso pueden hacerla mover del sitio en que se halla. Su oracion ha penetrado hasta el solio del Omnipotente, y este tocándola con su mano invisible, la ha hecho superior á los esfuerzos de los hombres. En vano se emplean todos los recursos de la imaginacion mas fecunda. Semejante á una columna á quien los vientos azotan por todos lados sin que jamas lleguen á hacerla perder el equilibrio, la tierna doncella permanece in-

móbil, ora tiren de ella con maromas, ora la empujen con lanzas; bien unzan bueyes para arrastrarla, bien enciendan á su alrededor varias materias combustibles. Arden las llamas; levántase un fuego horroroso; una densa nube de humo la cerca por todas partes: el paganismo comienza ya á lisonjearse de su triunfo... Murió la infame! dicen;... los dioses del imperio han vengado la sacrílega audacia de esa cristiana; ya no insultará mas nuestro culto, ni blasfemará de nuestras creencias... ¿Mas qué es lo que veo? Lucía vuelve á aparecer sana y sin la menor lesion en medio de aquella multitud que la contempla con estático asombro. Una voz general se levanta repentinamente: Gloria al Dios de los cristianos! ¡Solo él es digno de recibir la adoracion y el culto de todas las criaturas! Loor y prez á la ilustre mártir de Jesucristo! Anatema á las falsas deidades del Olimpo!

Imaginad, si os es posible, el despecho y la rabia que se apoderaria del tirano al verse vencido por una tierna doncella. ¡Qué ideas tan tristes se cruzarian en su imaginacion! No solamente mira frustrados todos sus planes, sino que hasta ve caer en descrédito el prestigio de aquella religion que dominaba á todo el universo, y parecia destinada á dar sus leyes á los siglos por venir. Qué hará pues? El pueblo se subleva; el paganismo amenaza ruina; si continúa en poner á prueba la constancia de Lucía, tal vez se renovarán los prodigios, y con estos se exaltará mas el entusiasmo público. Preciso es acabar de una vez con ella. La espada debe decidir de una vida que puede ser funesta para la religion del imperio.... La sentencia se ejecuta.... la sangre corre.... Todavía existe Lucía.... los cristianos se apoderan de ella.... Ah! no, no os lisonjeeis de vuestra adquisicion. Decretado está por el cielo que sucumba, porque llegada es la hora de su triunfo. Así es: la santa vírgen consuela á sus hermanos; les anuncia el pronto término de la persecucion, y la paz que debia disfrutar la iglesia de Jesucristo; anímales á permanecer constantes en la fe, y vuela al seno de aquel divino Esposo á quien se uniera estrechamente por la fe y la caridad á despecho del mundo y de sus promesas, y cuya eterna posesion habia merecido despreciando la vida del tiempo y ofreciéndose á los tormentos y á la muerte. Hé aquí lo que me propuse probar en el presente discurso.

¡Qué lecciones tan sublimes nos da santa Lucía, católicos

oyentes! ¡Cuántos motivos de confusion encontramos en su preciosa historia! Cotejemos nuestra fe con la suya; hagamos un paralelo entre su constancia y la nuestra, y veamos si se halla algun punto de contacto que nos acerque á ese vivo modelo de virtud. Cuando el mundo nos propone goces, abundancia y felicidad; cuando nos convida á entregarnos á una vida muelle y deliciosa, ¿tenemos el suficiente valor para renunciar como Lucía á sus mentidas promesas, y despreciar sus halagos y lisonjas? ¡Cuántas veces sacrificamos nuestra fe ante una pasion vergonzosa! ¡Cuántas veces abandonamos á Jesucristo por un vil deleite ó por un puñado de oro! ¡Cuántas veces exponemos nuestro eterno porvenir por no desprendernos de un ídolo que sabemos nos conduce á un inevitable precipicio! Aun cuando veces mil hayamos protestado al pié de los altares que Jesucristo es nuestro bien, nuestra dicha, nuestro tesoro, ¡cuán frecuentemente desmentimos nuestras palabras con nuestros procedimientos! Si él es nuestro bien, ¿por qué corremos con tanto ardor en pos de los bienes terrenales? Si él es nuestra dicha, ¿por qué envidiamos la prosperidad de los mundanos? Si él es nuestro tesoro, ¿por qué se apega nuestro corazon á las cosas visibles? Preciso es, católicos, que no estemos en contradiccion con nosotros mismos. Si queremos ser de Jesucristo, imitemos el desprendimiento, la humildad, la modestia y demas virtudes que admiramos en la santa vírgen Lucía; luchemos con el mundo y hagamos frente á todos sus engaños. Si deseamos permanecer inseparables de Jesucristo, seamos como ella constantes en la fe; confesémosla con decision cuando llegue el caso de hacerlo; y ántes que faltar á ella, tengamos valor para mirar con desprecio los tormentos y la muerte misma.

Préstanos tus auxilios, oh vírgen venturosa. Ayúdanos con tu intercesion á combatir contra ese mundo que de tantos modos nos ataca para separarnos de nuestro Dios. Recibe gustosa los homenajes que hoy rendimos á tu memoria, tan grata para nuestras almas; y en pago de este corto obsequio, alcánzanos una fe viva, eficaz, pronta, constante y decidida, y un amor ardiente, inviolable, íntimo y heróico: para que una vez unidos al dulce objeto de nuestros corazones, le sirvamos con fervor, le agrademos en todo, y no nos apartemos de él ni en el tiempo ni en la eternidad.

SERMON

DE SANTA LUCÍA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE SANTANDER.)

Mulierem fortem quis inveniet!
Mujer fuerte ¿quién la hallará?
Proverb., c. 31. *v.* 10.

¿Es posible, cristianos mios, que el mas sabio de los reyes llegue á poner en duda si puede hallarse una mujer fuerte? Pues qué? ¿no ha visto el mundo prodigios de valor en las mujeres? ¿No las ha admirado capitaneando soldados, mandando ejércitos, ganando batallas, conquistando provincias, y llevando en sus vencedores estandartes el terror y espanto de todos sus enemigos? ¿Por ventura no se cuentan entre los prodigios de valor una Semíramis, reina de los babilonios, una Tomíris, princesa de los masagetas, una Artemisa, reina de Halicarnaso, las Amazonas y otras mujeres insignes, que esgrimian la espada en las batallas con no ménos valor que los hombres mas robustos? ¿Pues cómo dice Salomon que quién hallará una mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* Sin duda no estimaba por dignas de este nombre las que acabamos de nombrar, rodeadas de impenetrables escuadrones y valerosos soldados, que avanzando á los peligros, y arrancando los laureles á sus enemigos, los ponian á los piés de sus respectivas soberanas, no teniendo estas otra cooperacion en semejantes victorias que conseguirse á su vista, y tener la vanidad ó debilidad de apropiárselas. Podrá ser, oyentes mios, que así fuese. Pero á lo ménos direis, este defecto, si es alguno, no le hallarémos en Judit, que penetrando sola el formidable ejército de los asirios, degolló por sí misma al general Holofernes,

oyentes! ¡Cuántos motivos de confusion encontramos en su preciosa historia! Cotejemos nuestra fe con la suya; hagamos un paralelo entre su constancia y la nuestra, y veamos si se halla algun punto de contacto que nos acerque á ese vivo modelo de virtud. Cuando el mundo nos propone goces, abundancia y felicidad; cuando nos convida á entregarnos á una vida muelle y deliciosa, ¿tenemos el suficiente valor para renunciar como Lucía á sus mentidas promesas, y despreciar sus halagos y lisonjas? ¡Cuántas veces sacrificamos nuestra fe ante una pasion vergonzosa! ¡Cuántas veces abandonamos á Jesucristo por un vil deleite ó por un puñado de oro! ¡Cuántas veces exponemos nuestro eterno porvenir por no desprendernos de un ídolo que sabemos nos conduce á un inevitable precipicio! Aun cuando veces mil hayamos protestado al pié de los altares que Jesucristo es nuestro bien, nuestra dicha, nuestro tesoro, ¡cuán frecuentemente desmentimos nuestras palabras con nuestros procedimientos! Si él es nuestro bien, ¿por qué corremos con tanto ardor en pos de los bienes terrenales? Si él es nuestra dicha, ¿por qué envidiamos la prosperidad de los mundanos? Si él es nuestro tesoro, ¿por qué se apega nuestro corazon á las cosas visibles? Preciso es, católicos, que no estemos en contradiccion con nosotros mismos. Si queremos ser de Jesucristo, imitemos el desprendimiento, la humildad, la modestia y demas virtudes que admiramos en la santa vírgen Lucía; luchemos con el mundo y hagamos frente á todos sus engaños. Si deseamos permanecer inseparables de Jesucristo, seamos como ella constantes en la fe; confesémosla con decision cuando llegue el caso de hacerlo; y ántes que faltar á ella, tengamos valor para mirar con desprecio los tormentos y la muerte misma.

Préstanos tus auxilios, oh vírgen venturosa. Ayúdanos con tu intercesion á combatir contra ese mundo que de tantos modos nos ataca para separarnos de nuestro Dios. Recibe gustosa los homenajes que hoy rendimos á tu memoria, tan grata para nuestras almas; y en pago de este corto obsequio, alcánzanos una fe viva, eficaz, pronta, constante y decidida, y un amor ardiente, inviolable, íntimo y heróico: para que una vez unidos al dulce objeto de nuestros corazones, le sirvamos con fervor, le agrademos en todo, y no nos apartemos de él ni en el tiempo ni en la eternidad.

SERMON

DE SANTA LUCÍA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE SANTANDER.)

Mulierem fortem quis inveniet!
Mujer fuerte ¿quién la hallará?
Proverb., c. 31. *v.* 10.

¿Es posible, cristianos mios, que el mas sabio de los reyes llegue á poner en duda si puede hallarse una mujer fuerte? Pues qué? ¿no ha visto el mundo prodigios de valor en las mujeres? ¿No las ha admirado capitaneando soldados, mandando ejércitos, ganando batallas, conquistando provincias, y llevando en sus vencedores estandartes el terror y espanto de todos sus enemigos? ¿Por ventura no se cuentan entre los prodigios de valor una Semíramis, reina de los babilonios, una Tomíris, princesa de los masagetas, una Artemisa, reina de Halicarnaso, las Amazonas y otras mujeres insignes, que esgrimian la espada en las batallas con no ménos valor que los hombres mas robustos? ¿Pues cómo dice Salomon que quién hallará una mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* Sin duda no estimaba por dignas de este nombre las que acabamos de nombrar, rodeadas de impenetrables escuadrones y valerosos soldados, que avanzando á los peligros, y arrancando los laureles á sus enemigos, los ponian á los piés de sus respectivas soberanas, no teniendo estas otra cooperacion en semejantes victorias que conseguirse á su vista, y tener la vanidad ó debilidad de apropiárselas. Podrá ser, oyentes mios, que así fuese. Pero á lo ménos direis, este defecto, si es alguno, no le hallarémos en Judit, que penetrando sola el formidable ejército de los asirios, degolló por sí misma al general Holofernes,

dejándole yerto cadáver en medio de sus soldados. Tampoco le encontrarémos en Jael, que con su mismo brazo penetró con un grueso clavo las sienes del soberbio Sísara, que habia aposentado en su casa. ¿Estas á lo ménos no merecerán el renombre de mujeres fuertes? Qué sé yo, señores, que os diga. Es verdad que una y otra, animadas de una santa intrepidez, acabaron con dos enemigos los mas terribles y crueles que tuvo el pueblo escogido del Señor; pero si bien lo advertís, ambas tuvieron la precaucion de acometer á sus enemigos cuando se hallaban sumergidos en el mas profundo sueño. Si á rostro firme, si á cara descubierta, como se dice vulgarmente, si brazo á brazo, y estando despiertos, les hubieran acometido y arruinado, entónces sí que no tendria dificultad en apellidarlas mujeres valerosas, mujeres intrépidas, mujeres fuertes, dignas de perpetuar su memoria por toda la dilatada carrera de los siglos.

Pues ved aquí, gracias al cielo, que hoy hemos hallado una mujer adornada de las cualidades y apreciables prendas que deseaba Salomon en la mujer fuerte: vemos una mujer no rodeada de brillantes escuadrones, como las Tomíris y Artemisas: no venciendo á sus enemigos aletargados con la embriaguez y el sueño, como las Judites y Jaeles, sino acometiendo sola y desarmada á unos enemigos terribles é irreconciliables: una mujer en fin que vence al mundo con el desprecio de sus riquezas, sus dignidades y sus máximas: que vence sus pasiones con la oracion y el ayuno; y triunfa del demonio y sus ministros con la fe y fortaleza. Esta es, cristianos mios, santa Lucía, que hoy nos propone la iglesia por objeto de nuestros cultos y veneraciones. Ya lo he dicho: esta invencible mártir de Jesucristo, esplendor de Siracusa, su patria, ejemplar de todas las virtudes, y gloria del género humano, es la mujer fuerte que tanto dificultaba hallar el sabio rey Salomon cuando decia: *Mulierem fortem quis inveniet?*

Yo me propongo pues formar su elogio bajo este hermoso dictado de la mujer fuerte. La vereis acometiendo y venciendo los enemigos de nuestras almas, mundo, demonio y carne, y consiguiendo las mas ilustres coronas. En tres palabras teneis aquí todo el fondo, division y serie del panegírico de santa Lucía. Escuchadlas bien, y no las olvideis jamas: tres enemigos que acomete, tres victorias que consigue, y tres coronas

que alcanza, son el asunto. Mas no penseis, cristianos mios, que Dios nos ha traído á este santo templo para solo admirar los prodigios de valor de esta mujer fuerte: no, señores. Los mismos enemigos que ella venció tenemos nosotros forzosamente que vencer, sopena de eterna condenacion. Así que, siguiendo el espíritu de nuestra madre la santa iglesia en las celebridades y fiestas de sus santos, yo os la propongo como modelo y ejemplar, á quien podeis seguir, y á quien debeis imitar. En esta inteligencia espero formar un elogio no ménos agradable y glorioso á la santa, que útil y provechoso á nosotros. Pero ya es tiempo de cumplir lo que tan repetidas veces tienen mandado los prelados de la iglesia, de que expliquen los predicadores un punto de doctrina cristiana en todos los sermones: expliquémosle, y sea sobre la invocacion de los santos.

Si yo, señores, predicara á los herejes calvinistas, luteranos, wiclefistas, iconoclastas y albigenses, que niegan la invocacion de los santos, y el culto que se debe dar á sus imágenes, formaria una especial controversia dogmática, en que con las armas de la Escritura divina, de la tradicion apostólica y de la razon humana, trataria de evidenciarles su error; y cuando no lograse convertirlos, procuraria á lo ménos convencerlos. Pero teniendo el honor de hablar á un auditorio cristiano, que cree como verdad de fe ser cosa buena, útil y piadosa invocar los santos, á fin de que nos alcancen de Dios por nuestro salvador y redentor Jesucristo lo que le pedimos, haria injuria á vuestra religion en detenerme á mas que manifestaros sencillamente la expresa determinacion del santo concilio de Trento, que en la sesion 15ª dice de esta manera: « Manda el santo concilio á « todos los obispos, y á cuantos enseñan la palabra de Dios, que « siguiendo la tradicion de la iglesia católica y apostólica, reci- « bida desde los primeros tiempos de la religion cristiana, ins- « truyan diligentemente á los fieles, enseñándoles que los san- « tos que reinan con Cristo en el cielo ofrecen á Dios sus ora- « ciones y ruegos por los hombres; y que es cosa buena y útil « invocarlos, acudir á su patrocinio, acogernos á su amparo, é « implorar su socorro, para que Dios nuestro Señor por su « hijo Jesucristo, que es nuestro solo y único redentor y salva- « dor, nos conceda los beneficios que le suplicamos. » Hasta aquí el concilio; cuyas palabras son tan expresas y terminantes,

que no admiten género de duda. Y á la verdad, oyentes, nosotros doblamos nuestras rodillas en la presencia de los reyes para besarles la mano: nos humillamos hasta besar el pié al supremo pontífice de la iglesia: respetamos y veneramos á nuestros superiores políticos, eclesiásticos y domésticos; y hasta los herejes aseguran que en esto obramos bien, y ellos asimismo respetan y veneran á sus superiores.

Pues valga la razon, si tenemos juicio: si no es idolatría venerar los sugetos de superior carácter que viven con nosotros, ¿por qué lo será venerar los santos que reinan con Cristo en la gloria? Si los herejes cuando suplican á sus soberanos ó á sus magistrados, estiman por acertado buscar un personaje ilustre que apoye sus pretensiones y haga valer sus súplicas, ¿por qué nosotros haciendo esto mismo con los santos del cielo hemos de ser reprensibles? ¿No veis como no van consiguientes en su modo de pensar? Pero no es extraño: si pensaran con uniformidad, no se apartaran de la iglesia católica, apostólica romana. Por lo que vosotros, á quienes Dios nuestro Señor ha hecho la singular gracia de colocaros en el centro de la religion, sed constantes en vuestra fe, creyendo firmemente que es bueno invocar á los santos, porque ellos saben, quieren y pueden remediar vuestras miserias. Las saben, porque las ven en el espejo clarísimo de la divina esencia: quieren remediarlas, porque su caridad es incomparablemente mayor en el cielo que la que tenian en la tierra; y pueden remediarlas, porque si, aún cuando vivian en este valle de lágrimas podian favorecernos, ¿cuánto mejor ahora que se hallan en la gloria? Y así acudid á los santos, invocad á los santos en todas vuestras necesidades y apuros. Clamad á los santos para que os alcancen de Dios el remedio de todos los males y la abundancia de todos los bienes. Pero estad advertidos en no pecar por exceso, atribuyendo á los santos los beneficios que recibís del Señor. Esto nos lo enseña la fe: *Omne donum perfectum desursum est, descendens á Patre luminum* (1): quiere decir, que todo don perfecto de gracia, de naturaleza ó de gloria viene de Dios; y así á los santos solo les debemos estos dones en cuanto nos los alcanzan del Señor, en cuanto le piden y ruegan que nos los conceda. ¿Lo habeis entendido? Pues no lo equivoqueis. Pidamos ahora

(1) *Jac. c. 1. v. 17.*

á Dios que nos conceda por la intercesion de María santísima los auxilios de su divina gracia para hablar dignamente de la gloriosa santa Lucía, y con aprovechamiento de nuestras almas. Saludemos á la Reina del cielo, diciéndola con el ángel: *Ave María.*

Qué espectáculo tan admirable y asombroso! Una doncella jóven, delicada, vergonzosa, y llena de hermosura, sale al encuentro á tres formidables enemigos, cuyos funestos estragos pusieron en bandos el cielo, llenan de horrores y calamidades la tierra, y de infelices prescitos el infierno. ¡Qué espectáculo, repito, tan digno de nuestras atenciones! Santa Lucía acomete y rinde, ayudada de la gracia del Señor, á sus pasiones, al mundo y al demonio: á sus pasiones con la oracion y penitencia: al mundo con el desprecio de sus riquezas y de sus máximas y placeres; y al demonio con la fe y fortaleza cristiana. Aprovechemos los instantes, y escuchadme con atencion.

El hombre en su orígen no era, como lo es ahora, un compuesto del bien y del mal, de vicios y de virtudes. Su alma pura, inocente é inmaculada, no se hallaba entónces sujeta á todas las miserias que al presente nos humillan. Dominaba perfectamente sus pasiones con la razon y la ley, sin que se atreviese alguna á perturbar su quietud ó desobedecerle. Era ciertamente el hombre en el estado feliz de la inocencia dueño de sí mismo. Pero en el momento mismo en que se rebeló contra Dios, desobedeciendo á su precepto soberano, sintió tambien en sí mismo la rebelion de sus pasiones: quedó su carne corrompida por el pecado y enemiga de las leyes de su espíritu: quedó su entendimiento lleno de tinieblas, su voluntad impelida de malas inclinaciones, y su corazon rodeado de viciosos apetitos: quedó en fin el hombre como atado para el bien, y horriblemente propenso á todo mal. De este universal trastorno proviene el abuso que hacemos de todas las cosas, sin embargo de habérnoslas Dios concedido para nuestro bien, y para conseguir con ellas nuestra eterna felicidad. Abusamos de las riquezas para ensoberbecernos, de la ciencia para engreírnos, de la pobreza, de la afliccion y del dolor para desalentarnos. Velando ó durmiendo, comiendo ó bebiendo, trabajando ó descansando, siempre tenemos asechanzas que evitar

y tentaciones que vencer. En las visitas que hacemos, en los divertimientos que tomamos, en las personas con quienes tratamos, en las obras que trabajamos, y aun en las ocupaciones que tenemos, aunque sean las mas santas, sentimos lastimosamente la interminable guerra de las pasiones contra la razon y la ley. Ay de mí (decia el apóstol san Pablo, confesando esta verdad) ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? Yo no hago el bien que quiero, y ejecuto aquel mismo mal que aborrezco.

Este es, señores, el primer enemigo que se le presenta á Lucía, y aun parece que le daba nuevas fuerzas el verla criada con caricias y regalos en casa de sus padres, el verla rica, noble y hermosísima, apetecida de muchos, pretendida de no pocos, y en una edad en que la falta de experiencias, la adulacion continua de los que la rodeaban, los pocos años y la fogosidad de la carne y sangre conspiraban á su ruina. Apénas llega... pero atended primero, cristianos, y vereis las armas con que le vence la santa. Apénas, digo, llega al uso de la razon, cuando dando de mano á todas las puerilidades de la niñez, en que tantas almas se pierden cada dia, se dedica con el mas constante estudio al ejercicio santo de la oracion. Allí dirige al cielo las ansias y suspiros de su inocente corazon : allí se derrite en lágrimas y sollozos con la consideracion de las perfecciones de su amado : allí le ofrece el sacrificio de su pureza y limpísima virginidad con el propósito mas firme de no admitir otros cariños en su alma : allí sola y retirada de las criaturas, oye la voz de su amado, atiende á los divinos llamamientos, escucha las inspiraciones de su Dios que abundantemente la comunica sus dones, sus gracias y sus misericordias : con la oracion consigue no solo sujetar y vencer sus pasiones, sino alcanzar tambien para su madre el remedio de una penosa enfermedad que la afligia. Oraba la santa en compañía de su madre sobre el sepulcro de santa Águeda, en Catanea, á donde habian venido en romería desde Zaragoza de Sicilia, su patria : aparécesele la Santa mártir llena de resplandor, y la habla de esta manera : *Lucia virgo quid à me petis quod ipsa poteris præstare continuò matri tuæ* (1)?

Prodigio grande! Así habla á nuestra incomparable Lucía

(1) *Ecclesia in Officio.*

una santa que estaba ya gozando la vista clara de Dios. ¿Qué me pides, la dijo, bellísima hermana mia Lucía? Entiende que el sacrificio que has ofrecido á Dios de tu limpieza, le ha sido sumamente agradable : el Señor ha oído tus ruegos, ha despachado favorablemente tus súplicas, y ha concedido que por ti misma des á tu madre la salud que á mí pides : *Soror mea Lucia, virgo Deo devota, quid à me petis, quod ipsa poteris præstare continuò matri tuæ?* Reflexionad, cristianos, tan estupendo milagro, miéntras que yo sin detenerme paso á deciros que no porque Lucía se hallase tan favorecida del cielo en su oracion, ya se tenia por segura de su enemigo : no, señores. La santa juntaba á la oracion, al recogimiento y al retiro, la ocupacion continua, la aplicacion al trabajo, la frugalidad en la comida, la parsimonia en el sueño, la honestidad en el vestido, la modestia en el semblante, y la mortificacion continua en su cuerpo. Sabia muy bien la santa que el enemigo traidor de sus pasiones es de aquella especie de contrarios que no se arrojan del alma, como dice Jesucristo, sino con oracion y ayuno. Sabia que la oracion crece poco si la mortificacion no la fomenta, y que jamas llegarán á ser muy fervorosas en la oracion las almas poco mortificadas; y por eso uniendo á su oracion los santos deseos de la mortificacion, y los rigores de una severa penitencia, triunfó con ambas de la porfiada y temible rebelion de sus pasiones.

Este primer vencimiento de Lucía nos confunde. Porque efectivamente nosotros sabemos que la carne es nuestro comun y doméstico enemigo, sabemos que la oracion y penitencia son las armas que dieron á santa Lucía el vencimiento, y nos le darán á nosotros; y sin embargo de tan constantes y verdaderos convencimientos, cerramos los ojos para no ver tanta luz, nos precipitamos en las oscuras tinieblas de la maldad, y dominados de las pasiones nos abrazamos por un breve deleite con los ardores sempiternos. ¿Puede darse, católicos, mas lamentable locura? Os pregunta el gran apóstol san Pablo : ¿qué utilidad habeis sacado de vender al espíritu inmundo el derecho que teneis al celestial patrimonio (1)? Ninguna otra que la pérdida de vuestra fama, la dimunicion de vuestros bienes, la ruina de vuestra salud, y el tener que expiar en una

(1) *Ad Rom. c. 6. v. 21.*

vejez enferma los excesos y desarreglos de una juventud desahogada y libertina : *Quem ergo fructum habuistis?* ¿Qué útilidad habeis sacado de faltar á la fidelidad de vuestras consortes, haciéndoos esclavos de unas pasiones infames? Ninguna otra mas que los remordimientos de una conciencia justamente asustada : ninguna otra mas que la enemistad de Dios : ninguna otra mas que la ceguedad del entendimiento y la obstinacion del corazon; las que destruyendo poco á poco los fundamentos de la religion, llevan vuestra alma en brazos de una funestísima paz á la final impenitencia : *¿Quem ergo fructum habuistis?* Aprended por tanto, católicos, de Lucía á vencer vuestras pasiones con la oracion y penitencia cristiana, si quereis ser coronados como ella del padre de las misericordias con la laureola de vírgenes, que Dios tiene reservada para los que mantengan como Lucía sin mancha su castidad; y pasemos á explicar cómo acomete y vence al mundo, segundo enemigo de nuestras almas.

El evangelista san Juan lleno de la gracia del Espíritu santo dirige á todos los fieles estas palabras (1) : no querais, carísimos, amar al mundo ni sus cosas : sabed que la caridad y amor de Dios no se hallarán en un corazon que ama al mundo. Porque todo lo que en él se encuentra no es mas que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Salid del medio del mundo, dice la divina Escritura, porque es falaz, falso y engañoso : ofrece lo que no puede dar, aparenta la solidez que no tiene, y se esfuerza para presentarse adornado de las virtudes y verdaderas grandezas de que carece. Persuádome, cristianos mios, á que entendeis que no hablo de este mundo material, que es obra de las manos del Omnipotente. No hablo de los cielos y la tierra que crió el Señor, y que son, como lo dice el mismo Dios, una cosa perfectamente buena : *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona* (2). Os hablo sí, de aquel mundo que renunciamos en el sagrado Bautismo, *abrenuntio mundo* : de aquel mundo contra quien Dios fulminó sus anatemas, *ve mundo* : de aquel mundo por quien Dios no oró, y ni aún le quiso conocer, *pro eis rogo; non pro mundo* (3). Aquella engañada tropa de gente que no tiene otras máximas que el placer, otros designios que el interes, otras

(1) *I. Joan. c. 2. v. 15.* (2) *Gen. c. 1. v. 31.* (3) *Joan. c. 17. v. 9.*

ocupaciones que la disolucion : aquellos infelices que hallan en los honores que buscan fatigas que molestan, en las riquezas que solicitan espinas que punzan, en los empleos á que anhelan cargas que abruman, y en los deleites á que se entregan inquietudes y penalidades que atormentan. Este mundo pues enmascarado y cubierto con la capa del esplendor, de la grandeza y del placer, se le presentó á santa Lucía en una edad expuesta á dejarse seducir. Pero el cielo que la habia dado á conocer estas apariencias engañadoras del mundo, la ilustró de suerte que llegó no solo á dejarle, sino tambien á pisarle, despreciarle y aborrecerle. Así lo dice nuestra madre la iglesia en el oficio de esta santa : *Odisti quæ in mundo sunt, et coruscas cum angelis.*

Y efectivamente, apénas alcanzó por la intercesion de santa Águeda la salud para su madre, como poco há dijimos, cuando hablándola con humildad y entereza la dijo de esta manera : madre mia, ya estás sana de la penosa enfermedad que padecias : demos gracias á Dios por tan singular beneficio; pero por el mismo Señor te pido que me concedas una súplica. ¿Y cuál es, hija mia Lucía? Que me des y entregues, respondió la santa, la grande dote que me pertenece; porque toda quiero cederla á mi esposo Jesucristo, repartiéndola entre los pobres. Asombrada quedó la madre al oir la fervorosa resolucion de su buena hija; pero pareciéndola exceso repartir á los pobres cuanto tenia en el mundo, la replicó : hija mia, grande es tu patrimonio : convengo en que des á los pobres una parte; pero reserva la otra para no exponernos á pedir una limosna. Nada ménos, replicó Lucía con un valor heróico : desprendámonos de un golpe de todos los bienes de la tierra, y de cuantas riquezas y gustos nos presenta el mundo; así, viviendo crucificadas al mundo, y él á nosotras, nos haremos dignas de la herencia de los cielos.

Hágase como deseas, dijo la madre; y empezaron á vender las grandes posesiones de la casa : se deshacian de sus bajillas, reducian á dinero las ricas joyas, las exquisitas galas y preciosos muebles, y apénas entraba en sus manos el dinero cuando luego lo depositaban en las manos de los pobres. ¡Que no pueda yo, señores, manifestaros con toda viveza á nuestra incomparable Lucía entrando en las casas de los enfermos, consolándolos en sus dolores y socorriéndolos en sus necesidades! ¡Quién pudiera haceros ver á una doncella tan noble y tan hermosa,

visitando las casas de los pobrecillos, animándolos en sus miserias, y asistiéndolos largamente con sus limosnas! ¡Qué espectáculo tan agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres verla ocupada incesantemente en obras de piedad y misericordia, atendiendo con una incansable caridad á la salud del enfermo, al socorro del pobre y á la redencion del cautivo! Pero ya que nuestra insuficiencia nos obligue á pasar en silencio tan heróicas obras en que se ocupó tres años, preguntémosla á lo ménos ¿cómo no repara en qué dirá el mundo, al ver una señora de tan sobresalientes prendas rodeada de mendigos y necesitados? Oid su respuesta, y confundíos: el que se avergonzare de practicar la doctrina del Evangelio, y de ejercitarse en obras de misericordia, no será á propósito para poseer el reino de Dios. ¿Pero no conoces, vírgen pura, que puede peligrar tu vida tratando tan de cerca á los enfermos? Ah! responde nuestra santa: el que perdiere la vida por la caridad de Jesucristo, esté seguro de que la encontrará en la eterna felicidad. ¿No consideras que con esa prodigalidad malgastas tu patrimonio, y te haces poco á propósito para las grandezas del siglo? Todo el mundo le reputo como estiércol por ganar á mi esposo Jesucristo. ¿No veis, católicos, como Lucía con estos oráculos evangélicos acomete, destruye y aniquila todas las fuerzas del mundo? El mundo y sus riquezas es vencido con su voluntaria pobreza: el mundo y sus diversiones, con su vida austera y penitente; y el mundo y sus máximas, con su desestimacion y su desprecio: *Odisti quæ in mundo sunt, et coruscas cum angelis.*

¡Válgame Dios, cristianos mios, qué confusion para nosotros, que tenemos el mismo enemigo á quien vencer, el mismo Dios á quien servir, y la misma corona que alcanzar! Y sin embargo observamos una conducta casi enteramente opuesta á la de nuestra santa Lucía, que se desprende voluntariamente de sus mismos bienes; y nosotros pretendiendo con ansia los ajenos, y no para emplearlos en la colocacion de la familia y en el moderado aumento de la hacienda, sino aumentando el daño de la pésima distribucion al mal de la inicua adquisicion, para arruinarnos y arruinar á nuestros prójimos con odios, pendencias, pleitos y enemistades. Lucía atropellando por el qué dirá el mundo, y nosotros lastimosamente sujetos á los respetos humanos: Lucía rebatiendo las máximas del mundo con las verdades del Evangelio, y nosotros pretendiendo acomodar el

Evangelio á los caprichos del mundo: Lucía confesando con obras y palabras la moral de Jesucristo, y nosotros deshonrándola con las palabras y las obras. Ah, señores! No esperemos, si no mudamos de conducta, que la sabiduría eterna nos corone como á Lucía con la inmortal corona debida á los confesores de su doctrina y de las palabras de su Evangelio. Pasemos ya á examinar la tercera y última batalla contra el último enemigo, que es el demonio.

Desde nuestros primeros años sabemos que es el demonio nuestro irreconciliable enemigo. Él anda, como dice el apóstol san Pedro, rodeándonos noche y dia, y dando bramidos como leon rugiente, por si puede conseguir el devorarnos. A todos acomete, á todos tienta y persigue. No hay estado, ni clase de personas que se halle exenta de sus formidables acometimientos. Tristemente experimentamos esta verdad los que vivimos en los mas estrechos claustros, y los que pasean las plazas mas públicas del siglo. Por esto el grande apóstol san Pablo, escribiendo á los de Éfeso, les decia (1): sabed, hijos mios, que no peleamos contra otros hombres compuestos de sangre y carne, como los de nuestra frágil y humana naturaleza. Nuestra batalla es contra los poderosos príncipes de las tinieblas, que habiendo sido arrojados del cielo por su soberbia, quedaron convertidos en feísimos demonios, pero con tanta fuerza y poder, que no hay potestad sobre la tierra, como decia el santo Job, que se le pueda comparar (2). Este formidable enemigo de nuestras almas, unas veces por sí mismo, y otras por sus ministros y siervos (que en sentir de los santos Padres son los infieles, los herejes, los cismáticos, y cuantos viven en pecado mortal) nos prepara ocasiones para perdernos, lazos para encadenarnos, y tropiezos para herirnos; y aunque algunos amparados de lo alto le venzan, como Lucía, en sus aliados el mundo y las pasiones, todavía insiste por otros medios en procurar nuestra ruina.

Con efecto, viendo un jóven ilustre, aunque pagano, á quien por sus prendas sobresalientes la madre de Lucía habia ofrecido á su hija por esposa: viendo, digo, distribuída entre los pobres aquella hacienda que él pensaba poseer casándose con Lucía, irritado por el demonio acusó á la santa ante el presidente Pas-

(1) *Ad Ephes. c. 6. v. 12.* (2) *Job. c. 41. v. 24.*

casio, de que por ser cristiana habia destruído su patrimonio. No fué menester mas para que el prefecto la mandase prender inmediatamente. No es decible, amados mios, el gozo de nuestra santa cuando se vió presa por Jesucristo, y en vísperas de ser mártir. Compareció delante del juez con un aire de paz, de majestad y hermosura, que encantaba á cuantos ponian en ella los ojos. No omitió el tirano medio alguno de apartarla del cristianismo. Halagos, dulzuras, promesas, caricias, regalos, amenazas, ceños, iras, reprensiones, de todo se valió para ganar á Lucía; y por último la dijo con voz arrogante y fiera: hoy mismo sin detencion alguna has de ofrecer incienso á nuestros inmortales dioses. ¿Cómo llamas dioses inmortales, respondió la santa, á unos ídolos que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, piés y no andan, manos pero incapaces de moverse para su socorro y defensa de los demas? ¿Cómo llamas dioses las hechuras de unos hombres que nos representan otros hombres, que solo fueron famosos por su ambicion, por su soberbia y por otros vicios mas vergonzosos é infames? ¿Cómo llamas dioses inmortales las muertas representaciones y figuras de los astros, de los animales y de los mas viles insectos de la tierra? Llama tú Dios al que yo adoro, porque él solo es, y merece serlo por su infinito poder, por su eterna sabiduría, por su inefable bondad, por su santidad inmensa. Él es quien crió los cielos y la tierra para nuestro remedio, quien murió en una cruz por redimirnos de la cautividad del pecado, quien fundó una religion pura y santa como es el cristianismo, en la que yo vivo, y en la que tú y todos los hombres debeis vivir, sopena de eterna condenacion.

Muy habladora estás, Lucía, la dijo entónces el prefecto: cesarán las palabras y empezarán las obras con los tormentos: *Cessabunt verba, cum ventum fuerit ad verbera.* No podrán cesar, replicó santa Lucía con una fortaleza incontrastable: Jesucristo me enseña en su Evangelio, que cuando nos hallemos en presencia de los reyes y sus ministros para dar razon de nuestra fe, el divino Espíritu nos sugerirá lo que debemos hablar, aunque nosotros no lo hayamos premeditado anteriormente. ¿Luego en ti está el Espíritu santo? dijo el juez. Verdad es lo que dices, respondió Lucía, todos los que viven santa y castamente son templo del Espíritu santo. Pues yo te mandaré llevar á la casa de las mujeres prostitutas, para que siendo violada tu

castidad huya de ti el Espíritu santo. ¡Asombraos, cielos, y desquiciaos, puertas eternas, al oir tan bárbara, tan impía y sacrílega determinacion! Solo el demonio parece que pudo sugerirle una resolucion tan inicua y vergonzosa. Llegan dos ministros para ejecutarla, y asiendo de Lucía no pueden moverla. Llaman á otros verdugos, únense á los primeros, tiran todos con la mayor violencia, y Lucía inmoble como una peña. Ó poder infinito de nuestro Dios! ¿quién no amará tu bondad y temerá tu justicia? Humíllese toda criatura y confúndase á la vista del Omnipotente.

Bramaba el tirano lleno de furor y rabia viéndose vencido de una tierna doncella. Llamábala hechicera y nigromántica, que por arte mágica obraba aquellos prodigios. Manda pues para rendirla traer muchas yuntas de bueyes, y que arranquen á viva fuerza á Lucía del sitio en que la habia fijado el Espíritu santo. Tráenlos efectivamente, y á un tiempo hombres, animales y demonios, tiraban de la santa, pero sin fruto; porque parecia una roca de diamante, ó algun monte de mármol ó de bronce. Qué prodigio, señores! Qué portento! Lucía con un rostro sereno y graciosísimo mirando al cielo, puesta de pié sobre la tierra, y los hombres, los brutos y los espíritus infernales, que agitaban y conmovian los crueles corazones de aquellos bárbaros, postrados y rendidos á sus plantas. ¡Ó lo que puede, católicos, una alma cuando la ampara el Señor! Viendo que no son capaces de moverla, tratan de quemarla, y rodéanla de leña, pez, resina, y otras materias combustibles. Aplican el fuego, levántanse horriblemente las llamas en la circunferencia del santo cuerpo; pero aquel gran Dios, que mantuvo ilesos en el horno de Babilonia á los tres niños hebreos, guardó y conservó á Lucía entre los incendios que la rodeaban. Asómbranse todos viendo amontonarse los prodigios y maravillas: se convierten muchos á la fe predicándoles Lucía desde las llamas; y finalmente, llegándose la hora determinada por Dios para coronar aquella grande alma con la laureola de los mártires, permite su adorable providencia que irritado un verdugo se acerque á la santa, y que con su espada la atraviese la garganta. No murió entónces nuestra incomparable Lucía (por haber pedido á Dios que prolongase su martirio) sino que recogiéndola los cristianos, y llevándola á una casa, recibió el divino sacramento, y acabando de comulgar

voló aquella alma dichosa á los alcácares eternos, dejando vencidos y postrados á sus furiosos enemigos.

Lo habeis oído, cristianos? ¿Os parece que le falta algo á nuestra imponderable Lucía para ser la mujer fuerte que buscaba Salomon, cuando decia: *Mulierem fortem quis inveniet?* ¿No la habeis visto bien claramente acometiendo á tres enemigos, consiguiendo tres victorias y alcanzando tres coronas? Las pasiones rendidas por su oracion y penitencia, el mundo despreciado con sus máximas, honores y placeres, el demonio vencido con sus astucias y ministros; y Lucía coronada con la laureola de vírgen, por su limpísima castidad, coronada con la laureola de los confesores por su libertad en confesar la fe y defenderla, y coronada con la laureola de los mártires por haber padecido por Jesucristo el mas ilustre martirio. Y bien, señores, ¿habrá llegado el feliz momento de mudar de conducta, de enmendar la vida á vista de un ejemplar tan heróico? ¿Podréis alegar alguna excusa que os justifique para no imitarle? Este era aquel poderoso convencimiento á que no hallaba salida el gran padre san Agustin. Veía el santo muchos jóvenes y doncellas que guardaban castidad, y mirándose en su juventud sumergido en la lascivia se decia á sí mismo avergonzado: *Et tu Augustine non poteris quod isti, et istæ?* ¿Es posible Agustin que no has de poder lo que pueden estos y estas? Cristianos mios, decíos á vosotros mismos otro tanto: ¿es posible que Lucía observa castidad, venciendo sus pasiones con la oracion y penitencia; y que nosotros hemos de hallarnos sumergidos en el desarreglo de las pasiones mas vergonzosas? *Et tu non poteris quod ista?* ¿Es posible que Lucía aborrece al mundo con todas sus vanidades por ganar á Jesucristo, y que nosotros perdemos á Jesucristo por dejarnos arrastrar de las falsas máximas del mundo? *Et tu non poteris quod ista?* ¿Es posible que Lucía triunfa del demonio con una fe intrépida y una constancia firme; y nosotros nos hemos de ver esclavos viles del demonio por no obrar segun lo que nos dicta nuestra fe? *Et tu non poteris quod ista?* ¿Sí, amados mios, sí podemos: no falta sino que eficazmente queramos: resolvámonos de veras á enmendar la vida, é infaliblemente lo conseguiremos: Dios lo quiere, Dios lo desea, y está aguardando para concedernos su gracia: no menosprecieis esta ocasion, pues podeis con ella conseguir la eterna gloria.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN LUIS GONZAGA.

(DE TRONCOSO.)

Consummatus in brevi explevit tempora multa; placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum.

En el corto tiempo que vivió, llenó la carrera de una larga vida; porque su alma era grata á Dios, por eso mismo se apresuró á sacarle de en medio de los malvados.

Sabid., c. 4. v. 13 y 14.

Amable juventud (*).

Cuando en los negros dias que enlutan el horizonte español contemplamos con dolor profundo la profanacion sacrílega que se hace de una juventud incauta, abandonada por su inexperiencia á todos los efectos que son consiguientes á una educacion en lo general superficial y atea; cuando vemos á una multitud prodigiosa de jóvenes que, infatuados por las falsas luces de una ciencia homicida que forma el carácter del siglo, desconocen los fundamentos del verdadero saber, la ciencia de la religion, y de aquí, imbuídos en ideas erróneas y disolventes que en sus tiernos corazones han grabado preceptores impíos, pedagogos incrédulos, les oímos ya en sus verdes años balbucir

(*) *Pronunciábase este discurso en un colegio de niños, en la funcion anual que celebró á su angélico protector en la iglesia de siervos de María de Madrid, año de* 1843.

voló aquella alma dichosa á los alcácares eternos, dejando vencidos y postrados á sus furiosos enemigos.

Lo habeis oído, cristianos? ¿Os parece que le falta algo á nuestra imponderable Lucía para ser la mujer fuerte que buscaba Salomon, cuando decia: *Mulierem fortem quis inveniet?* ¿No la habeis visto bien claramente acometiendo á tres enemigos, consiguiendo tres victorias y alcanzando tres coronas? Las pasiones rendidas por su oracion y penitencia, el mundo despreciado con sus máximas, honores y placeres, el demonio vencido con sus astucias y ministros; y Lucía coronada con la laureola de vírgen, por su limpísima castidad, coronada con la laureola de los confesores por su libertad en confesar la fe y defenderla, y coronada con la laureola de los mártires por haber padecido por Jesucristo el mas ilustre martirio. Y bien, señores, ¿habrá llegado el feliz momento de mudar de conducta, de enmendar la vida á vista de un ejemplar tan heróico? ¿Podréis alegar alguna excusa que os justifique para no imitarle? Este era aquel poderoso convencimiento á que no hallaba salida el gran padre san Agustin. Veía el santo muchos jóvenes y doncellas que guardaban castidad, y mirándose en su juventud sumergido en la lascivia se decia á sí mismo avergonzado: *Et tu Augustine non poteris quod isti, et istæ?* ¿Es posible Agustin que no has de poder lo que pueden estos y estas? Cristianos mios, decíos á vosotros mismos otro tanto: ¿es posible que Lucía observa castidad, venciendo sus pasiones con la oracion y penitencia; y que nosotros hemos de hallarnos sumergidos en el desarreglo de las pasiones mas vergonzosas? *Et tu non poteris quod ista?* ¿Es posible que Lucía aborrece al mundo con todas sus vanidades por ganar á Jesucristo, y que nosotros perdemos á Jesucristo por dejarnos arrastrar de las falsas máximas del mundo? *Et tu non poteris quod ista?* ¿Es posible que Lucía triunfa del demonio con una fe intrépida y una constancia firme; y nosotros nos hemos de ver esclavos viles del demonio por no obrar segun lo que nos dicta nuestra fe? *Et tu non poteris quod ista?* ¿Sí, amados mios, sí podemos: no falta sino que eficazmente queramos: resolvámonos de veras á enmendar la vida, é infaliblemente lo conseguiremos: Dios lo quiere, Dios lo desea, y está aguardando para concedernos su gracia: no menosprecieis esta ocasion, pues podeis con ella conseguir la eterna gloria.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN LUIS GONZAGA.

(DE TRONCOSO.)

Consummatus in brevi explevit tempora multa; placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum.

En el corto tiempo que vivió, llenó la carrera de una larga vida; porque su alma era grata á Dios, por eso mismo se apresuró á sacarle de en medio de los malvados.

Sabid., c. 4. v. 13 y 14.

Amable juventud (*).

Cuando en los negros dias que enlutan el horizonte español contemplamos con dolor profundo la profanacion sacrílega que se hace de una juventud incauta, abandonada por su inexperiencia á todos los efectos que son consiguientes á una educacion en lo general superficial y atea; cuando vemos á una multitud prodigiosa de jóvenes que, infatuados por las falsas luces de una ciencia homicida que forma el carácter del siglo, desconocen los fundamentos del verdadero saber, la ciencia de la religion, y de aquí, imbuídos en ideas erróneas y disolventes que en sus tiernos corazones han grabado preceptores impíos, pedagogos incrédulos, les oímos ya en sus verdes años balbucir

(*) *Pronunciábase este discurso en un colegio de niños, en la funcion anual que celebró á su angélico protector en la iglesia de siervos de María de Madrid, año de* 1843.

sarcasmos y repetir blasfemias que no entienden; no puede ménos de sernos grato sobremanera, y dulcemente consolador, el ver á una juventud cristiana que conducida por sus dignos preceptores, viene hoy al templo del Señor á ponerse bajo los auspicios de su protector insigne, el angelical jóven san Luis Gonzaga. ¿Y á quién mejor que á ese ángel terrestre podriais vosotros, oh jóvenes virtuosos, tomar por modelo de vuestra imitacion, y por protector de vuestra tierna infancia? Ah! ¡Qué serie de preciosos ejemplos, qué multitud de bellas virtudes, qué heroísmo tan singular os ofrece la historia de ese jóven que, en los estrechos límites de una vida corta y fugaz, supo abarcar siglos enteros de méritos que confunden la vida muelle é infecunda de la encanecida ancianidad! Ni el jóven Daniel, que por la rectitud en sus juicios, por la incorruptibilidad de sus costumbres, por la gravedad de sus consejos mereció la corona de la vejez sentándose en el concilio de los ancianos de su pueblo; ni el tierno Samuel que, educado en las graves y robustas virtudes del sacerdote Heli, se hizo acreedor á los elogios de Israel, porque nada en él se hallaba que fuese comun con las costumbres de su pueril edad; nada de esto, ni de cuanto mas admirable hallo en las sagradas páginas acerca del asunto que nos ocupa, me ofrece un diseño ajustado, que sea capaz de servir de tipo al elogio de este jóven sin igual, que en el corto intervalo de una edad en que el resto de los hombres apénas aprende á conocer el bien, supo elevarse á una altura á que despues de largos años casi no pudieron tocar los héroes mas prodigiosos del cristianismo.

Solo pues encuentro un bosquejo aunque débil de la santidad de nuestro virtuoso jóven en las sublimes no ménos que enérgicas expresiones de la Sabiduría, cuando trazando el elogio del justo, dice que no son los dias ni los largos años los que hacen venerable la vejez, sino que la prudencia y juicio del hombre suplen por las canas, y que la vida pura y sin mancha equivale á una larga ancianidad. Por eso (continua) en el corto tiempo que vivió, llenó la carrera de una larga vida, y como su alma era grata á Dios, el Señor se apresuró á sacarle de en medio de la iniquidad. *Consummatus in brevi explevit tempora multa: placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum.*

Este pasaje de los divinos Libros que algunos sabios intérpretes entienden con referencia al justo Enoc, parece estaba destinado á delinear el mérito del héroe incomparable á quien hoy se dirigen estos solemnes cultos. La iglesia nuestra madre no ha dudado un momento en apropiárselas á Luis Gonzaga, y los hechos de su prodigiosa vida evidencian el acierto de la eleccion. Y en efecto, ¿hubo jamas quien como él supiese unir dos extremos tan distantes, á saber, la sencillez de la infancia y la gravedad de la ancianidad? ¿Hallóse quien con tanta perfeccion anudase la candidez de la inocencia, con los rigores de la mas austera penitencia? Vense almas grandes ambicionar el mérito de conducir entera la frágil navecilla de su alma hasta el seguro puerto de la inmortalidad, á despecho de los impetuosos torbellinos y de las encrespadas olas de las humanas pasiones: vense almas no ménos generosas que, despertando del profundo sueño en que las tuviera sumidas la culpa, llevan hasta el extremo los rigores de la austeridad, y finalizando en las aflicciones voluntarias de una carne rebelde una vida aceptable á Dios, hácense acreedoras á sus divinas misericordias y dignas de una perpetua gloria. Empero ¡cuán pocos son los que observando una vida de ángel, practican la penitencia del culpable! Pues hé aquí lo que arrebata nuestra admiracion toda vez que fijamos nuestra atencion en este santo jóven. Si su inocencia y candidez fueron singulares, su penitencia y austeridades no pueden tener justa comparacion. Si aquella nos asombra extraordinariamente, esta no puede ménos de llenarnos de un santo horror.

Aquí, señores, fijaria yo gustosamente el punto de partida de todas mis reflexiones, y desarrollando á vuestra vista el cuadro prodigioso de esa víctima voluntariamente sacrificada ante las aras del amor divino, os haria ver cuánto puede la gracia sobre el hombre, y cuán poderoso y fuerte sea el hombre asistido de su Dios. Empero á fin de identificarme mejor con el objeto de la presente festividad, oh jóvenes amables, preciso me es hablaros el lenguaje sencillo propio de vuestra edad. Así que mi principal objeto en la narracion de los hechos que nos ofrece la vida de vuestro insigne protector, será proponérosle por modelo de vuestra imitacion y norma de vuestra conducta; haciéndoos ver en Luis Gonzaga un santo que en los cortos dias de su juventud se elevó al heroísmo de la mas perfecta ancianidad, llenando la carrera de una larga serie de virtudes que le

hicieron precioso y grato delante de Dios. Por su inocencia sin igual mereció el dictado de ángel humanizado; por sus virtudes y merecimientos, logró la gloria de santo consumado : *consummatus in brevi, explevit tempora multa. Ave María.*

REFLEXION ÚNICA.

Si cuando el sol aparece sobre el horizonte, al despuntar sus luminosos rayos ya parece anunciar á los mortales en la diversidad de los matices y coloridos que su reflejo produce en las azuladas nubes, cuál deba ser aquel dia, sereno ó nebuloso, despejado ó preñado de tenebrosas sombras; no ménos parece que el Criador supremo ha querido imprimir en los humanos desde su misma aurora un signo présago de lo que deben ser en el curso de su existencia. Que por medio de mil prodigiosas señales haya el Señor manifestado anticipadamente la santidad de algunos de sus escogidos, es incontestable. La historia conserva monumentos inequívocos de esta verdad. ¿Y quién podria dudar que Dios, complaciéndose sobre manera en el alma de Luis Gonzaga, la escogió por suya desde la concepcion misma de su tierno cuerpecito, y quiso manifestar al mundo cuán aceptable fuese y cuán preciosa á sus divinos ojos? Así lo concibo yo, católicos, cuando contemplo lo prodigioso de aquel parto en que fué dado á luz por la marquesa Marta su madre, contra todas las conjeturas de los hombres y á despecho de las reglas de la ciencia médica. Deja empero de asombrarme este acontecimiento sorprendente, cuando advierto que todo era obra de aquel Señor, que queriéndole para sí solo, dispuso que su nacimiento fuese reconocido, mas bien que de la naturaleza, efecto prodigioso de la gracia. Apénas esta derrama sus benéficos influjos en el alma del tiernecito infante por medio de la ablucion de las aguas saludables del santo bautismo, cuando el hijo parece tornar á una nueva vida, y la madre se halla libre del peligro que habia corrido su existencia. Oh Dios protector de la inocencia! Tú, enamorado de esa alma bella, te complaciste en manifestarla desde luego tu amor : por eso te apresuraste á arrancarla de entre los lazos de la seduccion. Mas qué dije? No, Luis Gonzaga supo conservar intacta la cándida estola de la inocencia en el seno mismo de la seduccion y de los vicios : y ántes de retirarse del siglo, ya á manera de fanal colocado en las subterráneas bóvedas de la mansion del placer, de la corrupcion y de la sensualidad, esparcia por donde quiera los luminosos resplandores de la virtud, como en un bello y claro dia. Todo en efecto en derredor del tiernecito Luis eran lazos, redes tendidas á su inocencia. La molicie de la corte, su nacimiento ilustre, el roce y conexiones de los áulicos y palaciegos; ¡qué armas tan poderosas para derrocar el mas fuerte edificio, y dar por tierra con el hombre mas agigantado en la virtud! Pero Luis, en medio de este océano de pasiones seductoras y de lisonjeros placeres, sabe sostenerse inmóbil, y dirige su rumbo hácia el cielo, despreciando como vil estiércol todas las cosas de la tierra. A la edad de cinco años le vereis ya cual otro hijo de Elcana, penetrar solo en el templo del Señor, formar del santuario su habitacion, y sus delicias de los actos de nuestra religion santa. Aún ignora lo que sea culpa, y ya su nombre le llena de un terror involuntario. No sabe el poderoso influjo que una pasion deleitable pueda ejercer en el hombre, y ya, postrado ante las aras de la Vírgen de vírgenes, la consagra su virginal inocencia, y ofrece en purísimo holocausto su alma bella y candorosa. Ah! su corazon abrasado en la llama del amor de un Dios á quien apénas empieza á conocer, solo suspira por su centro; y como solo en el cielo tiene puestos sus ojos, ni aun se digna lanzar sus miradas hácia un mundo á quien ya mira como enemigo, sin haber todavía experimentado sus maléficas influencias.

Tal vez no le es posible, á pesar de su marcada repugnancia y de sus reiterados ruegos, dispensarse de la concurrencia á ciertos espectáculos á donde es arrastrado en fuerza de los preceptos paternos; mas de una vez se vió precisado á asistir á las visitas de la corte y á las diversiones y torneos que se daban en las grandes festividades. Empero ¡cuán léjos de estos espectáculos mundanales se hallaba el corazon de este virtuoso jóven! Fijos sus ojos en el suelo, ó cubiertos con sus manos sus modestos párpados, desdeñábase de mirar lo que ni amar podia, ni le era posible apreciar; permaneciendo en medio del ruidoso estrépito del siglo, como en un yermo silencioso y solitario. ¿Mas qué hay de maravilloso en esto, cuando se considera que el virtuoso Luis llevó su recato y virginal modestia hasta el punto de no atreverse á fijar jamas su vista en el rostro de la emperatriz de Austria en el discurso de tres años que mo-

ró en su corte, ni aun en el de la misma marquesa su madre? ¿Qué extraño pues que aun en aquella tierna edad, conciliándose el respeto no ménos que la admiracion de los mas ilustres personajes, fuese mirado por todos como un ángel humanizado, por todos querido, por todos venerado, y que los jóvenes no ménos que los ancianos enmudeciesen en su presencia, para oir sus palabras dignas de la gravedad del hombre mas provecto, cual en las cortes de Nabuco y de Faraon eran escuchadas las sábias expresiones de Daniel y de José? Sí, jóvenes amados, Luis Gonzaga pudo decir de sí mismo mucho mejor que el príncipe de Idumea, que á vista de su singular pudor y de su gravedad prodigiosa, se ruborizaban los jóvenes, se levantaban y mantenian de pié los ancianos, y los magnates observaban el mas respetuoso silencio (1). Ni podia concebirse otra cosa de un jóven cuyo corazon jamas pudo ser corrompido por los miasmas fétidos de la lisonja mundanal, ni devorado por el fuego abrasador del orgullo, ni deslumbrado por el falso brillo de la vanidad. Aunque le veais rodeado siempre de una numerosa turba de aduladores que le prodigan sus mentirosos inciensos, no espereis que se deje infatuar de los pestilentes vapores de un mundo cuyo solo nombre le es abominable. Descendiente de reyes y emperadores, enlazado por los vínculos de la sangre con las casas mas ilustres de Europa, y heredero presuntivo de un gran principado, en vano creeriais que su alma grande y generosa osase mirar con enfática indiferencia á sus iguales, ni despreciar á sus inferiores. No; Luis halla su sólida grandeza y su gloria mas positiva en ser el menor de todos; y sus delicias son conversar con los pequeñuelos, y abrir su corazon y alargar su mano al indigente y desvalido. Modesto en sus vestidos, cariñoso en su trato, sociable é insinuante aun con sus criados, ni el mas leve vestigio de altivez se notó jamas en su rostro, ni la menor palabra de imperio salió de sus labios, ni distincion alguna pudo nunca sufrir que indicase deferencia á su ilustre nacimiento.

Á vista pues de una virtud tan sólida y de una tan sorprendente integridad de costumbres, ¿quién no se sentirá ocupado de horror y de confusion al contemplar las austeridades y penitencias que desde niño ejercitó sobre su inocente cuerpo? Ima-

(1) *Job. c. 29. v. 8.*

ginad, amables jóvenes, cuanto es capaz de inventar la ingeniosa crueldad de un tirano contra su mas aborrecible enemigo, y todo lo hallaréis puesto en ejecucion en ese angelical jóven contra su carne tierna y virginal. Privaciones, ayunos, vigilias, aflicciones, castigos, tormentos, nada es capaz de saciar los deseos que esa inocente víctima tiene de identificarse con su modelo y ejemplar Jesus. Con él quiere vivir crucificado, con él desea estar sepultado para siempre; la vida misma le es insoportable si no se halla escondida con Jesucristo en Dios, segun la enérgica expresion del Apóstol (1). Viéraisle ceñir sus delicados miembros con un áspero cilicio tejido de punzadoras cerdas, y en su defecto, servirse de espuelas aceradas que desgarraban inclementes sus carnes virginales. Viéraisle yerto de frio permanecer constante en la oracion, juntando la noche con el dia en la postura mas penosa, hasta quedar á veces cadavérico en fuerza de los rigores de una estacion cruda é insoportable. Viéraisle tender su fatigado cuerpecito sobre un lecho formado de toscos guijarros, de espinosos abrojos, de pedazos de tabla y de todo cuanto podia hallar capaz de añadir mayores grados á su mortificacion. Viéraisle en fin arrodillado delante de una imágen de Jesucristo haciendo estremecer los muros de su aposento al recio golpe de la dura disciplina que surca sus inocentes espaldas, haciendo correr hilo á hilo una sangre jamas contaminada con el menor pecado. ¿Y por qué así te encarnizas contra ti mismo, oh angelical jóven? ¿Por qué tan pródigo te muestras de una sangre tan pura y virginal? ¿Qué hallaste en ti que pudiese motivar una austeridad capaz de confundir á los solitarios de Tebaida y de Egipto? Mas ay! jóvenes amables, escuchad atentos y llenaos de confusion. Solo dos defectos, si tales pueden llamarse, son los únicos que podemos registrar en toda la serie de su vida. El primero, que en su edad infantil habia tomado sin licencia un poco de pólvora para disparar un cañoncito que para su entretenimiento le habia mandado hacer su padre. El segundo, que en la misma edad habia proferido algunas palabras ménos decentes que habia oído á los soldados, pero sin conocer su sentido. ¡Ved ahí lo que el jóven Luis reputaba dos enormes crímenes! Ved ahí lo que causaba su profundo dolor! ¡Ved ahí lo que le hacia

(1) *Ad Col. c. 3. v. 3.*

deshacerse en lágrimas amargas á los piés del confesor, hasta quedar privado del uso de sus sentidos en fuerza del arrepentimiento! Oh Dios mio! Enmudecer debiera yo en este momento, confundido y anonadado á vista de una humildad tan profunda. Lágrimas de rubor, y no expresiones de admiracion y de entusiasmo deberian coronar al panegírico del incomparable Luis Gonzaga, si los heróicos ejemplos que aun nos restan desarrollar no reclamasen enérgicamente la atencion de esta juventud que me escucha conmovida y silenciosa.

Sigamos pues á nuestro Luis, que cansado ya de vivir en medio de un siglo á quien no pertenece, suspira como cándida paloma por ocultarse entre las concavidades de la piedra misteriosa Cristo. Hácia el solitario albergue de la compañía de Jesus se dirigen sus miradas; hácia ella tienden sus profundos suspiros, y á ella es llamado por la reina de los ángeles María santísima. Oraba un dia nuestro angelical jóven ante su sagrada imágen del Buen consejo, cuando hé aquí que oye una voz clara y perceptible que le dice : «Luis, entra en la compañía de mi Hijo.» Estas palabras de la madre del Amor hermoso acaban de decidir su vocacion. Bien así como Samuel llamado por su Dios en el tabernáculo de Silo, nuestro inocente jóven se levanta presuroso y.... «héme aquí, responde, porque me habeis llamado : « *ecce ego, vocasti enim me* (1). ¿Y quién será capaz de hacerle vacilar en su santo propósito? Las caricias maternales? Las lágrimas de sus hermanos? Las reiteradas instancias de sus amigos? Las proporciones con que le brinda el mundo? Ah! No : su alma está abrasada en el amor de su Dios; y en vano el mundo, ni los hombres, ni los ángeles mismos intentarian derrocar su constancia. Multiplíquense los ardides; reitérense las amenazas; pónganse en movimiento cuantos resortes pueda inventar la seduccion; trabajen infatigablemente las personas mas influyentes para disuadirle de una resolucion, calificada por unos de puerilidad, por otros de inexperiencia, por estos como efecto de una ilusion momentánea, por aquellos como un vertiginoso trastorno de sus facultades intelectuales, y por todos como imprudente é impremeditada. Que su padre ardiendo en furor le arroje ingnominiosamente de su casa, y ejerza sobre él duros y jamas merecidos castigos. Que su madre

(1) *I Reg.* c. 3. v. 5.

redoblando su cariño, suplique, ruegue, mande y agote cuantos recursos pueda sugerirle su maternal amor. Que toda la corte oponga la mas decidida resistencia á la realizacion de los designios del virtuoso Luis. Qué importa? Luis tambien luchará contra todos; redoblará extraordinariamente sus austeridades; aumentará su oracion, sus vigilias y sus lágrimas en presencia de Jesucristo y de su santísima Madre. Tres años sostiene una oposicion encarnizada y terrible; pero su constancia, purificada cual oro finísimo en el crisol de las adversidades, sale mas fuerte é incontrastable; tanto que no duda decir lleno de fervor y de santo entusiasmo : « Dios me quiere para la compañía; la santísima Vírgen me llama; así que todo el mundo y el infierno juntos no serán capaces de separarme de la obediencia que les debo.» ¡Qué lenguaje tan enérgico! Paréceme oir al grande Apóstol de las gentes, protestando que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni el cielo, ni la tierra podrán jamas separarle de la caridad de Dios que se halla encerrada en Cristo Jesus.

Loor á la virtud! ¡Triunfaste, oh jóven magnánimo! El mundo ha quedado vergonzosamente vencido á tus piés. Corre pues, vuela á recoger los despojos y á ceñir tus sienes con los laureles de tan gloriosa victoria. En efecto vedle ya en la compañía de Jesus. ¡Qué gozo no experimentaria aquel corazon que tanto habia suspirado por esta dicha indefinible! ¡Qué acrecentamiento de virtudes y méritos no adquiriria en aquella mansion placentera, en aquel monte santo de Dios cuajado de maravillas, en donde el Señor se digna habitar de un modo tan prodigioso con sus escogidos! El que niño, en el seno de todas las seducciones, supo correr á pasos agigantados en la carrera del mas perfecto heroísmo, ¿á qué grado no llegaria, constituído en sociedad con aquellos ángeles de paz en el ameno paraíso de la compañía, en donde todo respiraba virtud, inocencia, abnegacion, amor y perfeccion religiosa? Ah! larga empresa seria el pretender hacer la enumeracion detallada de las virtudes que ejercitó el bendito Luis durante su vida, aunque corta, en la compañía. Baste decir que desde el primer dia ya pudo ser propuesto como modelo de perfeccion á los mas fervorosos. Su exactitud fué sin igual, su vigilancia perfecta, su fidelidad inimitable, su castidad de ángel, su obediencia de santo, su santidad en fin de héroe. ¿Y qué mayor heroísmo ni mas digno de

elogio que el no haber jamas quebrantado en el menor de sus puntos una regla, cuya perfeccion es tal, que en sentir de un sabio su solo cumplimiento basta para merecer á un hombre la gloria de santo? ¿Pues hasta este punto llegó la virtud de Luis Gonzaga, segun sabemos por confesion arrancada á su humildad profunda á la hora de su dichosa muerte. ¿Qué extraño pues que el Señor le concediese privilegios y dones que rara vez se hallan aun en los mas perfectos santos? Ah! ¡Cuán pocos llegaron á dominar como nuestro incomparable jóven su imaginacion, hasta poder decir que jamas pensaba sino lo que él queria! ¡cuán pocos los que como él jamas experimentaron el menor desórden en su carne, ni aun la mas leve idea contra la pureza! Mas ¿á dónde voy? ¿Pretendo hacerme interminable analizando una por una las gracias que en recompensa de su fidelidad sin semejante recibiera nuestro angelical jóven? No, jóvenes amables, preciso me es concluir. Pero ántes permitidme os presente el último rasgo de virtud de ese ángel humanado. Contempladle ya próximo á espirar, víctima de su caridad heróica en asistir á los apestados. Ved cuál edifica con sus ejemplos á cuantos rodean su humilde lecho. Sus deseos de penitencia no se han saciado aun completamente. En medio de sus mas agudos dolores, un aspecto apacible, una amable sonrisa es lo único que se advierte en su bello semblante. Crece el padecer; auméntase prodigiosamente la fiebre que devora su cuerpo; pero aún mas devorado se halla su corazon de amor, y crece y se aumenta mas de todo punto su deseo de cruz y mortificacion. Preciso es que la obediencia modere su fervor, para que no sea víctima de sus rigores. Muere en fin Luis abrasado en el fuego del amor divino, y cual varita de humo que subiendo por los aires despide los olorosos perfumes de mirra é incienso, así el alma del angélico jóven se eleva del desierto de este mundo, y va á perderse en el seno de la feliz eternidad. Digno era de esta recompensa el que en solos veinte y tres años de vida se elevó al heroísmo de la mas perfecta ancianidad, llenando la carrera de una larga serie de virtudes que le hicieron precioso y grato delante de Dios, y acreedor á la gloria de ángel en carne y de santo consumado. Esto es lo que me propuse probar.

Ved pues, amables jóvenes, cuál sea la gloria de la virtud. Contemplad en vuestro angélico protector la digna recompensa

de la inocencia. No solo en la mansion celeste disfruta Luis de una gloria incomprensible, sino que su celebridad se extiende por todo el universo. Su nombre se halla estampado en los fastos de la historia con caractéres que inmortalizarán su memoria en las futuras generaciones. Sus ejemplos se proponen á la posteridad como modelos de una santidad eminente y de un heroísmo singular. Sus cenizas se conservan en doradas urnas como un antídoto eficaz contra todo género de enfermedades y desgracias; y en derredor de los magníficos altares erigidos en su honor, mil trofeos gloriosos atestiguan su poderoso valimiento. Sus imágenes se colocan en los templos, en los museos, en las casas, y en todas partes recuerdan los prodigios por él obrados. Aquí se le ve triunfando de la voracidad de las llamas, que habiéndose cebado en su lecho, ni aun á tocar osaron sus virginales miembros: allí deteniendo las corrientes del Ticino que intentaran engullirle en sus abismos; ora cual íris pacificador cortando las enemistades sangrientas que dividian á los príncipes de Mantua y Castellon: ora uniendo familias separadas por odios inveterados é impidiendo los funestos efectos del resentimiento y de la negra venganza; ya restituyendo en Sena la vista á los que de ella se hallaban infelizmente privados: ya extrayendo en Polonia á los moribundos del borde de la tumba; y siempre y en todas partes como consolador de los tristes, amparo de los atribulados, defensor de la inocencia y protector de la juventud.

¡Oh, jóvenes amables, verdes renuevos de la fecundidad de padres virtuosos! ¿Quereis optar á la gloria indefinible de vuestro insigne protector? ¿Deseais haceros dignos de su eterna recompensa? Pues seguid sus huellas, imitad sus virtudes, haceos semejantes á él en su inocencia candorosa, en su humildad profunda, en su pronta obediencia, en su constante fidelidad en cumplir los deberes de la religion, en su escrupulosa exactitud en llenar todas sus obligaciones. He aquí lo que debe formar el objeto de una santa emulacion entre vosotros. Haciéndolo así, no temais, jóvenes amables. Aunque vivais en medio de un siglo corrompido é indiferente, si bien veais correr á muchos de vuestra edad á precipitarse en el abismo del crímen y de la inmoralidad, teniendo vosotros fijos vuestros ojos en ese ejemplar modelo de inocencia y de virtud, saldreis victoriosos de todos vuestros enemigos. No os aparteis pues un punto de los preceptos de vuestros sabios y religiosos maestros.

Sabed apreciar la dicha que poseeis en tener por guias á unos hombres que, fundando el orígen de la verdadera sabiduría en el temor santo del Señor, dirigen vuestro rumbo hácia la verdadera dicha, á la positiva felicidad. Apreciadla tambien vosotros, padres de familia. Bien podeis descansar tranquilos, y vivir plenamente satisfechos, ínterin vuestros hijos sean educados por maestros religiosos y decididamente católicos, como lo son los que forman el entendimiento y el corazon de esos frutos de vuestro casto amor. Mucho podeis y debeis esperar de ellos, como sean dóciles á las sábias y acertadas máximas de sus profesores; porque la verdadera ciencia y la ilustracion positiva solo pueden anudarse con los principios religiosos; y sin estos la ciencia hincha, la ilustracion es una quimera, y la sociedad no será mas que un cáos de crímenes, suicidios, errores, sangre y ruinas.

Recibid tambien vosotros, dignos directores de esta juventud virtuosa, el mas sincero parabien que os doy á nombre de sus padres y de todo el pueblo español, como un testimonio de la gratitud á que os haceis acreedores por el celo con que trabajais por el bien de la humanidad, por el esplendor de nuestra patria y por el lustre de nuestra santa religion. Seguid constantes en la bella mision que habeis emprendido; ella está á la verdad sembrada de disgustos y sinsabores; empero en el cielo hallaréis un dia la dulce recompensa de vuestras fatigas. Ni aun en la tierra serán estériles vuestros sudores; un dia llegará en que con indecible satisfaccion de vuestras almas vereis colmados frutos de ciencia y de virtud que vendrán á deponer á vuestros piés el justo tributo de una gratitud sincera y cordial; y cuando no, vosotros podreis decir á la faz de todo el pueblo español: «Hemos trabajado incansables por nuestra patria; nada nos ha quedado por hacer en obsequio de la juventud.» ¡Conviccion dulce, testimonio satisfactorio que colmará abundosamente vuestras esperanzas!

Y tú, angelical Gonzaga, que te complaces en ser el genio protector de la infancia y de la juventud, mira con benignos ojos esta inocente turba de niños tiernos y de jóvenes virtuosos que hoy vienen á este templo santo á ofrecerte el anual tributo de su amor y confianza. No te sean indiferentes esas manos puras que se elevan hácia tu altar, esos corazones sencillos que imploran tu intercesion para con el Dios á quien serviste, y de

cuya presencia gozas en la feliz mansion de la eternidad. Derrama sobre ellos torrentes de gracias y de bendiciones celestiales. Ruega por ellos á aquel Jesus que tan apasionado se manifestara un dia por la edad infantil. Consíguelos la gracia de conservar intacta la inocencia; presérvalos de la corrupcion; y hazlos en todo semejantes á ti. Participen tambien de tu proteccion preciosa sus padres y maestros, para que continuen incansables trabajando en su obsequio y conduciéndoles por las sendas de la virtud y del verdadero saber. Seamos en fin todos objetos de tus fervientes ruegos; para que si no te hemos imitado en la inocencia, te imitemos al ménos en la penitencia, y de este modo merezcamos todos ser un dia dignos de disfrutar contigo de la interminable bienaventuranza de la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE SAN LUIS GONZAGA.

(DE TRENTO.)

Creavit Dominus novum super terram.

El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra.

Jer., *c.* 31. *v.* 22.

Poniendo la consideracion en los dos diversos estados de la inocencia y de la culpa en que se halló el primer hombre en dos diferentes tiempos, es fácil comprender, Señores mios, cuán rico y feliz seria en el primero por los privilegios con que le honró y de que le colmó su liberalísimo Criador; pero no es igualmente fácil de entender que le haya traído ningun bien el segundo, el cual por el contrario, segun lo experimentamos, abunda sobremanera de penas y tribulaciones, de infortunios y ayes. Sin embargo quien lo considere atentamente, hallará que aun de este tan calamitoso estado de prevaricacion sacó el hombre algun provecho, del cual no podia tener ninguna prueba en aquel tan envidiable de la inocencia; esto es, un nuevo y grande motivo para merecer en la nueva y grande necesidad de padecer: siendo en órden á esto lo mas singular que ocurre, el que hasta el presente no ha habido en el mundo hombre puramente hombre que haya gozado á un mismo tiempo los beneficios de ambos estados. El mismo Adan que por desgracia de todos sus descendientes pasó del uno al otro, miéntras disfrutó los privilegios de su inocencia, tuvo siempre la felicidad de no experimentar las penas que sobrevinieron despues á su pecado; y cuando comenzó á padecer estas, ya habia perdido miserablemente la posesion de aquellos. Este hombre

nunca visto en la tierra y enteramente nuevo le tenia Dios reservado para darle á luz en nuestros dias, y le dió á luz efectivamente á mi entender en el santo y amabilísimo jóven san Luis Gonzaga, cuyos grandes méritos vamos á elogiar. Sí, oyentes mios: fué tal nuestro Luis que puede aplicársele con mucha razon el citado vaticinio del profeta Jeremías, el Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra. Y ¿por qué? Porque supo coger, por decirlo así, la flor del paraíso terrenal no ménos que la de este destierro, uniendo maravillosamente en sí mismo lo que nadie pudo unir jamas, lo bueno y lo mejor de ambos estados, de la naturaleza humana inocente y pecadora. Esto me empeño yo en haceros ver hoy para su inmortal gloria y provecho vuestro. Así que, dividiendo en dos partes mi oracion, os manifestaré en la primera como gozó Luis de la felicidad y de los privilegios de la inocencia, y en la segunda como contrajo el mérito del padecer propio del estado de la culpa, para inferir de la una y de la otra que Luis fué no solamente un hombre, ó por mejor decir un santo amabilísimo, sino tambien de un carácter de amabilidad maravilloso y enteramente nuevo. Empecemos.

Por las dos lastimosas heridas que se conservan siempre impresas en la mente y el corazon de todos nosotros en este miserable estado en que nos hallamos de ceguedad y de culpa, se puede venir fácilmente en conocimiento de los dos opuestos y singularísimos privilegios que gozaba nuestro primer padre en el estado de su inocencia. Estas heridas son, dice Agustino, la ignorancia y la concupiscencia: aquella que llena de sombras y oscuridad el entendimiento, y esta que deprava la voluntad apartándola del bien é inclinándola al mal; y contrapuestas á las dos eran en el estado de la inocencia, en primer lugar la exencion de todo engaño y error en el conocimiento práctico de las cosas, y especialmente de aquellas, como advierte el docto Suárez, que nos conducen á la eterna bienaventuranza; y en segundo lugar la exencion de toda concupiscencia y de toda mala inclinacion, que hacen al hombre ménos expedito para obrar el bien conocido. Y he aquí insinuados los dos admirables privilegios que distinguieron sobremanera la venturosísima alma de Luis. Primeramente tuvo encendida en su espíritu una vivísima y brillantísima luz, que libertándole de todo error, le hizo formar de las cosas visibles é invisibles,

del mundo y de Dios, de lo temporal y de lo eterno tan sano y recto juicio, que siempre tuvo el mayor acierto en todas sus operaciones. Prevenido en sus primeros años y casi en su infancia con un rayo celestial y divino, como dice la sagrada Rota, fué ensalzado con un clarísimo conocimiento de Dios, con un generoso desprecio del mundo y con un género de vida sumamente perfecto : tres cosas que bastarian para completar y circunscribir la santidad de cualquiera anciano solitario, y que apénas forman la basa de la santidad de este tierno jóven.

Por lo que toca al conocimiento de Dios ¿de quién sino del Espíritu santo pudo haber aprendido en tan corta edad á conocerle y amarle? ¿de quien á estarse aun siendo niño y acaso sin saber él mismo lo que hacia, orando inmóbil muchísimo tiempo delante de Dios, hablándole y derramando en su presencia lágrimas de ternísimo afecto? Desde el útero me llamó el Señor, hubiera podido decir de sí (1). Apénas fué destetado de los pechos de su nodriza, cuando comenzó á gustar de la dulcísima leche de la oracion, sacando tal jugo de suavísima devocion, que se veía transpirar en todos sus movimientos y en todas sus obras. Yo no sé qué diria á Dios tartamudeando, qué le diria Dios á él, ni cómo ni cuánto se le comunicaria; pero sí sé que desde entónces como un amante que va en busca de sus perdidos amores, así iba por todas partes muy cuidadoso en busca de su Dios : así continuamente se arrodillaba delante de él y se arrobaba hácia él con fervorosas jaculatorias : así desapareciéndose de improviso muchas veces de los compañeros y pueriles entretenimientos, volaba á esconderse en algun rincon excusado para desahogarse con él y entretenerse con él á solas familiarmente. Y aquí, señores, en esta secreta é íntima comunicacion con Dios fué donde se le llamó para una vida perfecta, y donde el santo niño empezó á disponer y á preparar su corazon para aquellas sublimes y no interrumpidas ascensiones ó subidas de que habla el real Profeta (2), y por las cuales así como por otros tantos grados se elevó cada dia á mucha mayor santidad, segun habla la misma sagrada Rota. Bien es verdad que poniendo Luis todo su estudio en ensalzarse únicamente á los ojos de Dios con aquellas maravillosas y continuas operaciones interiores que tanto celebró en él santa

(1) *Dominus ab utero vocavit me. Is. c.* 49. *v.* 1. (2) *Ps.* 83. *v.* 6.

Magdalena de Pazzi, puede decirse que en su oracion aunque ascendia como sobre una vistosa nubecilla, se ocultaba al mismo tiempo (1). Y ¡ó cuán rápidos y elevadísimos vuelos dió y hasta qué remotas y casi incomprensibles cimas de elevadísima perfeccion se llegó á encumbrar! Aquí fué donde adquirió tan grande poder é imperio sobre sus pasiones y afectos, que ni aun los primeros é involuntarios movimientos, ya de enfado, ya de temor, ya de ambicion, ya de impaciencia se mostraban en su amable y virginal semblante, de suerte que ni aun siquiera en los casos mas extraordinarios é impensados podia notarse el mas pequeño ó leve indicio de alguna pasion desarrèglada : aquí fué donde se acostumbró á dominar de tal manera sus mismos pensamientos respecto á tenerlos siempre fijos en Dios, que á querer unir todas las distracciones que tuvo en tantas horas de retiro y oracion en el tiempo de seis meses enteros, apénas se llegaria á completar, segun confiesa él mismo, el espacio de un *Ave María :* aquí fué donde se apasionó de tal modo al retiro, al silencio y á la soledad, que viviendo como anacoreta dentro de un palacio, pasaba la mayor parte del dia encerrado en su aposento como en una solitaria cueva, y raras veces sucedia que saliendo de él ó por política ó por obligacion, dijese algunas palabras á sus criados : aquí fué donde se unió y estrechó tan íntimamente con Dios, que no solo pasaba sin advertirlo las tres, las cuatro y las seis horas seguidas en el devoto ejercicio de la meditacion, sino que como si ya fuese en el cielo bienaventurado y comprensor, se hallaba por un habitual y felicísimo éxtasis absorto y embebecido siempre en la contemplacion del divino é inefable Ser; y aquí fué finalmente donde concibió tal desprecio y odio á las cosas mundanas y á todo el mundo, que pareciéndole poco el hollar, segun lo habia hecho hasta aquel entónces aun en las ciudades mas brillantes y en los mas públicos y solemnes espectáculos, como entre otras lo vió la ciudad de Milan en ocasion de un suntuosísimo torneo : que pareciéndole poco, digo, el hollar su orgullo y su pompa con un traje y porte humilde, y no pudiendo sufrirlo mas, resolvió por último alejarse de él y abandonarlo enteramente.

Abríos pues, sagrados recintos, y franqueando vuestro feliz

(1) *Ponis nubem ascensum tuum. Ps.* 103. *v.* 3.

seno recibid á un alma pura que huyendo de los peligrosos lazos de un mundo infiel, busca en vosotros refugio y asilo. Ya os envía como fieles mensajeros de sus deseos abrasados suspiros: ya libre de cualquiera otro cuidado se figura pasearse vestido de pobre lana dentro de vosotros: ya solamente á vosotros os mira como un fuerte y dichoso asilo de su quietud y de su seguridad. Pero en lo mejor de tan agradables ideas oye que se le intima imperiosamente, así como á David cuando se adelantaba á la conquista de la escabrosa é inexpugnable fortaleza de Sion: no entrarás aquí: (1) no, Luis, aquí no pondrás los piés. No entraréis, le decian personajes ilustres por la grande reputacion de su sabiduría, por su consumado juicio, por sus elevados puestos y su mucha autoridad: no entraréis. En hora buena que el mundo sea peligroso para vos como para tantos otros; pero bien conoceis, gracias al cielo, que aun estando en el mundo puede salvarse el que quiera vivir bien en el mundo. Por otra parte ¿no os arguye la conciencia por tener en tan poco el mucho bien que podeis hacer á vuestros súbditos, encomendados á vos como á príncipe y primogénito del mismo Dios, dándoles buen ejemplo y gobernándolos con rectitud? No por cierto, no entraréis. No entraréis, decian tambien los gobernadores y comandantes de esta fortaleza, quiero decir, los superiores de la Compañía. No, no sereis admitido, Luis, si ántes no obteneis el permiso y la bendicion del marques vuestro padre, y así habladle primero. Mas no, no entrarás seguramente, Luis, dice su padre, si no quieres tener la complacencia de verme en esta puerta muerto á tus piés. En una palabra, tú quieres quitarme la vida, hijo mio. ¿Tendrás pues valor para pasar por el cadáver de tu padre, y con un hecho tan contrario á la naturaleza abrirte la entrada en la religion? Compadécete, amado hijo, compadécete de mí, de ti y de toda nuestra familia que en ti funda todas sus esperanzas. Y ¿qué hará el pobre Luis rechazado por tantos y tan poderosos contradictores? ¿Cómo ha de forzar un puesto defendido por tan numerosas escuadras, todas con visera calada y las lanzas enristradas y apuntadas contra él? Bien lo vió esto Luis: bien conoció que solo podia hacerse camino por medio de las heridas y de los estragos. Por tanto hé aquí á mi santo jovencito

(1) *II Reg. c. 5. v. 6.*

retirarse solo á su aposento y en él arrodillarse inmediatamente, desnudarse sus tiernas é inocentes espaldas, y empuñado un áspero azote, derramar sobre ellas una lluvia impetuosa y abundante de terribles golpes, vertiendo á los piés de un crucifijo con un diluvio de llanto un diluvio de sangre. Ay pobre madre! ¿qué será de ti, cuando despues de tan cruelísima carnicería vuelva á tus manos ensangrentada sobremanera y mucho mas que lo acostumbrado la ropa blanca de tu Luis? ¡Ay de ti, digo, que solias lavarla con una copiosa fuente de lágrimas, cuando la veías sucia y bañada en mucha ménos sangre! Jesus y qué dolor! Anda por caridad y deten el inexorable brazo, ó al ménos arranca por fuerza el consentimiento del padre y hazle ceder y ríndele. Mas no hay necesidad de los auxilios maternos, pues el mismo padre al oir el estruendo de los furiosos golpes, echa á correr por todo el palacio, ve por algunas rendijas el lastimoso objeto, y este conquista su corazon, que de semejante batería no pudo absolutamente defenderse. Mira la sangre que grita, oye sus voces, y no pudiendo resistir mas, las da oidos. Basta, Luis, basta: ya has vencido, ya se ha rendido tu padre. Bien puedes entrar en triunfo á tomar posesion de tu amada Sion. Luis entra en efecto, y despues de la guerra obstinada de tres años atormentado de sus heridas y lleno de su propia sangre, toma la fortaleza de Sion (1), y al poner el pié victorioso en sus umbrales dice lleno de júbilo: ó santo lugar! ó término y blanco de mis suspiros! ó bello palacio de mi Señor! tú eres por fin el consuelo de esta alma angustiada y serás la grata habitacion de toda mi vida, donde gozaré de un dulce reposo (2). De este modo mostrando Luis haber sido aun desde su nacimiento, como se explicaba el cardenal Belarmino, *llamado para el conocimiento de Dios, para el desprecio del mundo y una vida perfecta*, hizo ver que gozaba del primero y singular privilegio, propio tan solo de la naturaleza inocente, por el que no estaba sujeto á engaño en el juicio práctico de las cosas pertenecientes á la salvacion.

Considerad ahora cómo gozó tambien del segundo, que consiste en la exencion de toda culpada concupiscencia y desarreglada pasion. Trasladaos con el pensamiento, mis amados oyentes, á aquella deliciosa morada llamada paraíso terrenal,

(1) *II. Reg. c. 5. v. 7.* (2) *Ps. 131. v. 14.*

donde pasó los pocos dias tranquilos de su venturosa vida el inocente Adan. Era una bella cosa verle con un rostro amable y majestuoso pasearse como soberano por aquellas amenas comarcas entre las reverencias y obsequios de todas las criaturas inferiores: era una bella cosa ver arrancar su vuelo desde la punta ya del abrigado collado, ya de la florida planta el canoro pajarillo y ponerse obediente en su mano: era una bella cosa ver salir de su oscura cueva sacudiendo las doradas melenas el soberbio leon, ó de la helada gruta meneando su flexible cola el feroz pardo, y mostrarse humilde en su presencia, lamiéndole suavemente cuál la mano, cuál el pié; pero aun era cosa mas bella reflexionar que todo esto ofrecia una imágen de aquel pacífico é interior imperio con que se dominaba á sí mismo y dominaba sus inferiores apetitos, tan subordinados á cualquiera leve insinuacion de su voluntad, como lo estaban á cualquiera leve sonido de su voz las panteras y los tigres: imágen que si yo no me engaño, representa al vivo el admirable privilegio de Luis. No puede negarse que tuvo pasiones en su pecho; pero pasiones tan pacíficas y tranquilas, que segun el testimonio de cuantos le conocieron, parecia que no las tenia, ó por lo ménos que no le eran rebeldes. Pasemos en silencio lo demas, y hablemos únicamente de la sensualidad que suele ser entre todos los demas apetitos el mas molesto, sedicioso y turbulento. ¿Quién no sabe que estuvo en él tan domada y sometida á la razon, que nunca sintió los estímulos de la carne ni tuvo el menor pensamiento impuro? Maravillada de esto la sagrada Rota romana, no puede ménos de hacer esta pregunta: Y ¿dónde y de quién, puesto que con el pecado se introdujo en el mundo la rebelion de la carne, dónde y de quién se lee otro tanto? ¿Qué azucena hubo tan cándida en el huerto mas custodiado, qué robusta planta en las solitarias florestas y qué oloroso é incorruptible cedro que no tuviese que sufrir los impulsos y sacudimientos del importuno y caliente austro? No se lee que sepamos cosa semejante en las historias de los santos; pero sí se leen las desconsoladas quejas y los dolorosos gemidos de un Pablo que grita y exclama al cielo: se me ha dado un aguijon en mi carne (1); pero sí se oyen resonar hasta allá en las cuevas de Subiaco y en las selvas del Claraval los inconsolables

(1) *II. Cor. c. 12. v. 7.*

clamores de los Benitos y de los Bernardos, almas por otra parte inocentísimas; y se ven aquellas espinas y se traen á la memoria aquellas nieves sobre las cuales se revolcaron para humillar el insensato orgullo y debilitar las astutas tentaciones de la rebelde sensualidad. En las rocas mismas de la Palestina resuena todavía el eco de los alaridos de un Gerónimo, combatido incesantemente por este fiero é implacable enemigo; y si se encuentra alguno que por fortuna suya hubiese estado libre de tales asaltos, se hallará que ó no lo estuvo enteramente, ó no lo estuvo toda su vida. Antes ó despues, ó en un tiempo ó en otro, ó en el cuerpo ó por lo ménos en la voluntad experimentaria los estímulos de la carne y el poder de la concupiscencia. Solamente Luis no los experimentó, habiendo tenido la grande dicha de que ni una sola vez, ni aun con el mas leve movimiento se rebelase su virginal carne contra el espíritu, como asimismo de que ni aun pasajeramente se representase en aquella imaginacion angélica una sola idea que no fuese pura. ¡Ó alma verdaderamente rara é inmaculada! ¡Ó tersísimo espejo de pureza no manchado nunca ni aun empañado con ningun hálito inmundo ó impuro, por sutil que fuese! ¡Ó bello y custodiado huerto tan cándido y oloroso por tus frescas y hermosas azucenas! ¡Ó sellada fuente cuyas transparentes y cristalinas aguas no solo no han sido manchadas con las huellas de ningun pié inmundo, sino que tampoco las ha deslustrado ú oscurecido la sombra de ninguna imágen impura! No me recuerde ahora nadie ni los tres niños del horno de Babilonia ni la encendida zarza del monte Oreb. Es verdad que se mantuvieron vivos é ilesos en medio del fuego; pero este fuego que los rodeaba, solamente estaba por fuera, y Luis se conservó del mismo modo en medio de un fuego que arde dentro de nosotros, y no en el seno de un áspero desierto como la zarza, sino en el seno de las cortes y en el seno de los mayores riesgos de las cortes, y ademas de esto con un temperamento ardiente y fogoso, entre las caricias y halagos de una fortuna propicia, y en suma teniendo al frente los mas poderosos obstáculos y los incentivos mas peligrosos. En una palabra, se decian unos á otros los cortesanos, el marques de Castellon no está formado de carne. Mas lo estaba formado de carne, aunque yo diria que era semejante á la de Adan, cuando servia á este de ornamento y no de peso. Y ¿qué quereis? Así fué del agrado de aquel

Dios á quien no puede decirse ¿por qué has hecho eso? Desde el principio favoreció y distinguió con un singular afecto al alma de Luis, y el alma de Luis era su delicia y su complacencia (1).

En esta suposicion ¿quién no daria la razon á Luis, si gozando de los bellos y ricos privilegios de la inocencia rehusara someterse á las penas que son fatal é infeliz herencia del pecado de Adan? Pero Luis piensa todo lo contrario, y aunque habia participado por un gran favor divino de la felicidad de los primeros, quiso espontaneamente participar tambien del mérito de los segundos. Mirad hasta qué punto. Se ofreció el inmaculado jóven, añade la sagrada Rota, y se dedicó al Señor cual hostia y víctima de penitencia, siendo á un mismo tiempo segun el consejo del Apóstol hostia y víctima viva, santa y agradable al Dios á quien la ofrecia (2): bellas palabras que explicando de un modo maravilloso la medida, el fin y la regla de su penitencia, le convienen en gran manera y comprenden todo el plan de la otra parte mas tierna de la vida de nuestro santo. En primer lugar se ofreció á Dios en hostia viva. ¿Y por qué? Porque no se prescribió á sí mismo en el padecer otra medida que la que precisa y absolutamente se requeria para vivir. Basta para persuadiros de esto que echeis una ojeada á su mesa, y no solamente en aquellos dias que eran de ayuno, de los cuales contaba indispensablemente tres por lo ménos en cada semana, sino tambien en aquellos que tenia él por dias de delicia y de un solemne banquete. En estos mismos dias (¿quién lo creeria, si no lo hubiesen depuesto muchos testigos oculares y juramentados?) en estos mismos dias todo su alimento por meses y años se redujo á tan poco, que pesado cuidadosamente bastantes veces seguidas por personas muy puntuales el que acostumbraba tomar en cada comida y cena, no llegaba muchas veces al peso de una onza. Válgame Dios! ¿qué mesa mas parca y mas frugal se sirvió nunca en la márgen de aquellas solitarias fuentes, donde se juntaban para interrumpir sus largas cuaresmas los Pablos y los Antonios, los Hilariones y los Arsenios? Pues tal era el delicado convite que preparaba para saciar su hambre en la edad que exige mas alimento, y en una mesa de príncipe un pequeño príncipe. Y ¿no atribuireis á milagro,

(1) *Is. c. 42. v. 1.* (2) *Rom. c. 12. v. 1.*

como todos seguramente lo atribuian, el que nuestro Luis viviese, con especialidad si quereis añadir al rigor de su abstinencia el de tantas otras mortificaciones con que se extenuaba y disminuia mucho mas sus débiles fuerzas? ¿Quién podria explicar por ejemplo aquel inaudito modo de estrecharse á la cintura espuelas en vez de cilicios, hasta profundizar en la viva carne las agudas puntas, ni aquella ingeniosa manera de atormentar sus breves sueños, poniendo entre los blandos colchones pedazos de madera y tizones apagados, ni aquel interrumpirlos frecuentemente con largas y penosas vigilias? Vosotras solas lo sabeis muy bien, sombras silenciosas y fieles de la tenebrosa noche: vosotras que le visteis tantas veces levantarse en lo mas oscuro de vuestros frios horrores, y aun siendo niño estarse muchas horas contemplando en Dios de rodillas y con sola una camisa en el corazon del rigurosísimo invierno. Cubran en hora buena su casa por todas partes las heladas nieves, soplen en ella las terribles tramontanas, tirite de piés á cabeza el delicadísimo niño: sin embargo permanecerá inmóbil y tranquilo; y si por no poder mas, se deja caer de boca sobre el frió suelo, continuará en semejante postura sus profundas meditaciones. ¿Quién podria tampoco explicar las crueles flagelaciones con que á los principios todos los dias y despues hasta tres veces entre noche y dia despedazaba bárbaramente su tierno cuerpezuelo? Vosotras nos lo direis, venturosas paredes de su aposento, salpicadas y manchadas con su inocente sangre: vosotras nos describireis cómo armada, ya de cordeles, ya de cadenas su implacable diestra, descargaba centenares de desapiadados golpes sobre sus pequeños miembros, hasta faltarle en tan cruel carnicería la respiracion y el aliento. Ahora sí que me parece estoy mirando aquel blanco cordero que há tantos años vió y describió en su Apocalípsis el evangelista san Juan, y que aunque en una sutil respiracion y en tal cual gemido que daba, se reconocia estar vivo, yacia no obstante á los piés del divino trono como si estuviese muerto (1). Y ¿no os parece lo mismo de Luis, oyentes mios? Es cierto que en el maltratarse, que en el llorar y derramar sangre conocereis muy bien que está todavía vivo; pero ¡ó qué dolor! que con aquella palidez de su semblante, con aquella total falta de fuerzas y con aquella ex-

(1) *Apoc. c. 5. v. 6.*

tenuacion de todo su cuerpo me parece casi difunto y muerto. Y en efecto héle aquí moribundo. ¿No os lo dije yo? Toque ahora con la mano los excesos de su penitencia, y vea si no era verdad lo que todos le andaban diciendo acerca de sus indiscreciones. Mas oíd y reflexionad, señores mios, y llenaos de compasion. Provisto con el santo viático y cerca de exhalar su inmaculado espíritu, se vuelve este ángel en carne humana á su superior y le dice: padre, debo pediros una gracia, que por ser la última y pedírosla un moribundo, espero que no me la negaréis. — Decid, Luis. — Os suplico, padre, por aquella caridad que debeis tener de mi alma, que me concedais una vez ahora ántes que muera, el que me dé una disciplina. — Una disciplina en semejante estado, Luis! Pues qué? ¿pensais en azotaros, cuando no teneis fuerzas para manteneros en pié ni para mover un brazo? Es verdad, padre, que yo no puedo hacerlo por mí mismo; pero que álguien por caridad me azote de piés á cabeza, tanto que no parta de este mundo con el escrúpulo de haber hecho aquí tan poca penitencia. — Ah! dejadme, oyentes mios, que me retire ahora á llorar, pues al oir este pasaje no puedo contener mis lágrimas. ¿Poca penitencia os puede parecer que habeis hecho, amado ángel, si con un diluvio de golpes no llegais á dar el último aliento? ¡Ó infeliz de mí que soy á un mismo tiempo tan pecador y tan delicado! Y ¿qué mira, pregunto, podia tener Luis en mortificarse y atormentarse con tanto rigor? ¿La de purificar acaso una víctima manchada y sucia? No por cierto, pues tal no era. Así que no podia ser otra que la de ofrecer en sí mismo una víctima cada vez mas santa. ¿Dudais acaso de ello? Preguntádselo á él mismo. Pero ay Jesus! que responde primero con un suspiro, y despues con una voz trémula hace saber á todos que se trata así, porque teme los juicios incomprensibles del Señor y sus propios pecados. Es verdad, decia, que por vuestra misericordia, Dios mio, me convertí á vos y dejé de ser aquel abominable pecador que era; mas ¿quién sabe, quién sabe, si aun me habeis perdonado? Y á la verdad le parecen estas maldades suyas del siglo tan enormes, que habiéndose de confesar por la primera vez en Florencia, no pudo resistir su disforme aspecto, y horrorizado sobremanera cayó con un mortal deliquio á los piés del confesor. O gran Dios! ¿qué delitos pueden ser los de un jovencito que apénas cuenta un lustro de edad? De cualquiera

clase que sean, es preciso decir que son muy graves, cuando le conducen á semejante extremo. ¿Queréis por ventura saber cuáles son? Ea, arrancadle de la mano sin recelo ninguno, pues que está extenuado, aquel papel en que ha extendido su confesion, y leed: me acuso de haber tomado á escondidas siendo niño una poca de pólvora á uno de mis soldados, el cual, si yo se la hubiese pedido, no dudo que me la hubiera dado de buena gana. Me acuso asimismo de haber proferido una vez cerca de los mismos soldados no sé qué palabra indecente sin entender su significacion. — Y despues? Despues no hay mas. Ya está concluída la confesion, aunque es una confesion general. No hay mas? Es posible? Mas acaso no lo habrá Luis pensado todo bien y algo faltará. Justamente lo habeis acertado, oyentes mios, así es: no lo ha pensado Luís todo bien y falta alguna cosa; pero esto que falta, añadidlo vosotros y escribidlo en el mismo papel. Añadid; y estos son los únicos y gravísimos excesos por los que tanto se aflige y palpita hasta perder casi la respiracion: estos los que llora con lágrimas de tan amarga penitencia, como si fuese un David contrito ó un Publicano arrepentido: estos los que cree no poder vengar bastante en sí mismo hasta querer morir por ellos en el suelo y á fuerza de azotes. En vista de esto yo no necesito de mas para decir sin ningun recelo que no podia proponerse otro fin en su padecer que el de formarse una víctima cada vez mas santa é inmaculada. Así pues bórrese de la historia de su vida cualquiera otra memoria de sus acciones: no se hable mas de aquella rara modestia que no solo no le permitia fijar la vista en el semblante de ninguna mujer, sino que le hacia tener los ojos clavados en la tierra, de manera que no conocia ni aun las calles por donde andaba, ni aun la mesa á la cual se sentaba, ni aun el aposento en que habitaba: pásese en silencio aquella vergüenza virginal que era el encanto de todos, y por la que solo al oir alguna alabanza muy merecida ó alguna palabra algo deshonesta se le inflamaba y cubria de un bello rubor el rostro: no se traiga á la memoria aquella ardentísima caridad que le llevaba á servir en los hospitales con tanto gusto á los enfermos, y de mejor gana á los mas llagados y asquerosos, hasta contraer la pestífera y contagiosa enfermedad de qué murió: olvídese en suma cualquiera otra de sus heróicas virtudes, por las cuales le aclamaban todos por un ángel, por un bienaventu-

rado, por un santo que aun podia canonizarse vivo, y cuéntense únicamente sus culpas mas graves. ¡Ah, oyentes mios! estaba por decir que mejor acaso que sus mismas virtudes me comprueban ser un santo sus propios pecados.

Pero acerquémonos al fin, y añadamos solamente que la única regla que se propuso Luis en sus mortificaciones fué la de complacer en un todo al Señor, ofreciéndole una víctima que le fuese agradable. Limítome sobre esto por amor de la brevedad á un solo hecho célebre de su vida, quiero decir, á aquel mandato que admitido ya en la religion creyeron discretamente sus superiores que debian imponerle, en vista de su extremada debilidad y de cierto dolor de cabeza habitual que le habia sobrevenido; esto es, el de no poner tanto la consideracion en Dios y el de distraerse cuanto pudiera con otros objetos. ¡O cuán duro mandato es este, y ó qué dura y casi intolerable prueba para el corazon de Luis! Prescindiendo de que le parecerá que esto es desterrarle del amabílisimo rostro de su Señor ¿cómo ha de obedecer, si una misma cosa es para él resolver no pensar mas en Dios, y renunciar de una vez todo su bien, pues ignora que haya otro aquí en la tierra? ¿si ademas ha mucho tiempo que el mismo Dios está aposesionado de su alma, habiendo atraído á sí y robádole todos sus pensamientos? ¿si en fin habiendo llegado á serle connatural por el largo uso el pensar en Dios, mayor violencia, como confiesa él mismo, ha de costarle separar de él su imaginacion que tenerla de continuo fija en él? Mas sin embargo obedecerá aunque con grande dificultad y trabajo: sí, obedecerá vuestro siervo, Señor; pero acordaos despues de hacer de modo que sienta ménos el peso de su obediencia: compadeceos de un alma afligida no por otro motivo sino porque no puede estar con vos: extinguid en su corazon las vivas ideas que habeis impreso en él de vuestro adorable y divino ser: no se las representeis mas en adelante con apariencias tan amables y atractivas. No obstante aquí fué donde comenzaron entre Dios y Luis aquel buscar con tanta ansia y aquel arrojarse tan amorosamente de una parte, y aquel esconderse y huir de la otra, como se lee haber sucedido entre el esposo y la esposa de los sagrados Cantares. Procuraba el santo jóven obedecer lo mejor que podia y alejarse de Dios con el pensamiento lo mas que le era posible, compensando entre tanto el daño de la separacion con visitarle muchas veces en la sagrada

Eucaristía, aunque temiendo alguna sorpresa bien pronto se apartaba y alejaba; mas el divino Amante que le esperaba principalmente en esta ocasion, viéndole llegar y pasar tan velozmente, le decia al corazon: espera, espera: detente un poco, Luis, acércate, escúchame (1). No podia Luis dejar de volver la cara al oir una voz tan agradable y que conocia tan bien; pero inmediatamente añadia el otro: Qué haces? Así me obedeces? No te acuerdas ya de mi mandato? Huye, Luis, huye (2). Con esta reconvencion desaparecia Luis inmediatamente de su presencia; pero Dios como si le siguiese y corriese tras él le gritaba: ¿Qué, puedes huir de mí, Luis? ¿De ese modo recompensas el amor que te mostré, cuando buscándome en tu niñez me dejaba tan fácilmente encontrar de ti? ¿Qué caricias no te hacia yo entónces? ¿De cuántas dulzuras no te colmaba? Ó Dios mio! no puedo responderos, replicaba Luis, que me lo habeis prohibido: sabed solamente que huyo de vos, porque os amo. Mas vosotros, ángeles, decid á vuestro Dios y mio que no se puede vivir así y que, ó me arranque en hora buena el corazon, ó me levante la prohibicion (3). En este mismo instante complaciendo á Dios en extremo tan bellas porfías y resistencias, pasaba de las palabras á las obras á manera de un amante enajenado de su afecto, y se arrojaba improvisamente á su alma, y la abrasaba y arrebataba. Al punto que advertia esto Luis, rechazaba de sí á su Dios exclamando: apartad, Señor, apartad; y al mismo tiempo se sacudia y procuraba con la fuga sustraerse de los castos y dulcísimos abrazos; pero todos sus esfuerzos eran vanos y á pesar de todos ellos era arrebatado contra su voluntad. Y ¿quién puede explicar las violencias, las agonías y las angustias de su pobre corazon en tales debates? ¿quién el liquidarse y el derretirse como una blanda cera en un incendio de caridad tanto mas activo para reducir á cenizas, cuanto ménos libre para arder? Y justamente se complacia Dios de ver deshacerse y consumirse poco á poco una víctima que tanto le agradaba entre los ardores de tan pura, tranquila y suave llama. ¡Ah Señor! tanto mostrasteis no seros desagradable, que aun pudo Luis deciros como David: vos sabeis si yo estaba, no digo

(1) *Veni dilecte mi. Cant.* 7. *v.* 11.
(2) *Fuge dilecte mi, fuge. Ibid. c.* 8. *v.* 14.
(3) *Adjuro vos... ut nuntietis ei quia amore langueo. Cant.* 5. *v.* 8.

pronto y deseoso, sino impaciente por ofreceros un sacrificio de lágrimas, de ruegos y de sangre (1); pero vos no quisisteis esto de mí, y por el contrario me pedisteis el sacrificio de un corazon atribulado y martirizado por vuestro amor, segun os lo ofrezco (2). Digo martirizado, señores, por el divino amor, porque este fué el principal y mas poderoso motivo que tuvo la gran Serafina de Florencia para declarar y elogiar á Luis como mártir aunque incógnito. *Luis fué*, dijo, *un mártir incógnito*. En virtud de este secreto é interior martirio llegó á completarse la formacion de aquel hombre enteramente nuevo, como he procurado mostrároslo desde el principio, que supo unir tan bien en sí mismo los privilegios de la naturaleza inocente y las penas propias de la naturaleza pecadora. Mas ya se han acabado los contrastes y vos, Luis, reposais ahora seguro entre los brazos de vuestro eterno amante. Dignaos de echarnos desde ahí arriba una mirada piadosa, y disparad á nuestro corazon una de aquellas amables y vigorosas saetas que segun decia la misma vírgen Serafina, soliais vibrar cuando viviais al corazon del Verbo, para que inflamados todos de caridad, ó perseveremos con vos en la inocencia, si aun no la hemos manchado, ó hagamos penitencia, si somos pecadores. Así sea.

(1) *Ps.* 50. *v.* 18. (2) *Ibid. v.* 19.

FIN DEL TOMO CUARTO.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON MONTERREY

TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO CUARTO.

PÁG.

Sermon de san Ildefonso, arzobispo de Toledo. Armado san Ildefonso con el escudo de la divina ley, se hizo superior á todos los peligros y dificultades. — De Lázaro García..... 1

Sermon de san Indalecio. — De la Biblioteca predicable..... 11

Discurso para el dia de santa Ines vírgen y mártir. — De Troncoso..... 21

Sermon para el dia de los Santos Inocentes. — Del Púlpito Español..... 36

Sermon para el dia de los Santos Inocentes. — De Almeida.... 48

Sermon de san Isidoro, arzobispo de Sevilla. Su mérito consistió en velar, trabajar con todos, obrar como evangelista, cumplir con su ministerio y vivir con sobriedad, segun lo encargó el Apóstol á su discípulo Timoteo. — De la Biblioteca predicable. 57

Sermon de san Isidro. — Del Púlpito Español..... 66

Sermon de san Isidro Labrador. — De Santander..... 78

Sermon de san Isidro Labrador. En san Isidro se nos manifiesta el premio con que Dios recompensa la humildad. — De Lázaro García..... 91

Sermon de san Joaquin, padre de Nuestra Señora. — De Santander..... 101

Discurso para el dia de san Joaquin, padre de María santísima. — De Troncoso..... 113

Discurso para el dia de san José, esposo de María santísima. — De Troncoso..... 126

Sermon de san José. — De González..... 136

Sermon del patrocinio de san José. — De González..... 145

Sermon I. de san Juan Bautista. La confianza en el patrocinio del Bautista debe ser proporcionada á la idea que tenemos de su virtud y poder. — De González..... 153

Sermon II. de san Juan Bautista. La prodigiosa natividad de san Juan Bautista manifiesta su excelencia é induce la mas firme confianza en su poder. — De González..... 160

Sermon de la natividad de san Juan Bautista. El nacimiento del Bautista nos ofrece motivos abundantes para regocijarnos y tambien para santificarnos. — De Lázaro García..... 167

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sermon de la degollacion de san Juan Bautista. A todo se arroja el hombre dominado por las pasiones, y principalmente por la de la lujuria. — De González..... 174
Sermon del beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador del órden de descalzos de la Santísima Trinidad. — De Troncoso.. 181
Sermon de san Juan Crisóstomo. — De la Biblioteca predicable. 197
Sermon de san Juan de la Cruz. — De Neuville..... 205
Discurso para el dia de san Juan de Dios. — De Troncoso..... 232
Sermon de san Juan de Dios. — De la Biblioteca predicable... 244
Sermon de san Juan Evangelista. — Del Púlpito Español..... 253
Discurso para el dia de san Juan apóstol y evangelista. — De Troncoso..... 266
Discurso para el dia de san Juan de Mata, fundador del órden de la Santísima Trinidad. — De Troncoso..... 278
Sermon de san Juan Nepomuceno. — De Santander..... 297
Discurso para el dia de san Juan Nepomuceno. — De Troncoso. 314
Sermon de san Juan de Sahagun. — De Lázaro García..... 325
Sermon de la beata Juana de Aza, madre de santo Domingo de Guzman. — De Bordoy..... 333
Discurso para el dia de san Júdas Tadeo, apóstol. — De Troncoso. 348
Sermon de san Julian, obispo de Cuenca. — De la Biblioteca predicable..... 361
Sermon de san Justo y san Pastor. El martirio de estos niños fué un glorioso triunfo de nuestra religion. — De Lázaro García. 369
Sermon de san Leandro, arzobispo de Sevilla. Destruyó la herejía y restableció la pureza de la fe y la paz en nuestra España por su virtud, su ciencia y su fortaleza. — De Lázaro García..... 378
Sermon de san Lésmes abad, patron de Burgos. La virtud sólida es la que da la verdadera gloria. — De Lázaro García..... 389
Sermon de santa Librada. Recocijada siempre en el Señor, le amó con las veras de su alma, le confesó entre los tormentos y persecuciones de los poderosos del mundo, murió crucificada como su divino esposo, y nos enseña los caminos del cielo. — De la Biblioteca predicable..... 400
Discurso para el dia de san Lorenzo levita y mártir.—De Troncoso. 409
Sermon de san Lorenzo mártir. — En san Lorenzo se nos manifiestan los medios para llegar á la verdadera grandeza. — De Lázaro García..... 427
Sermon del beato Lorenzo de Brindis. — De Santander..... 434
Discurso para el dia de santa Lucía virgen y mártir. — De Troncoso..... 448
Sermon de santa Lucía vírgen y mártir. — De Santander..... 461
Discurso para el dia de san Luis Gonzaga. — De Troncoso.... 475
Sermon de san Luis Gonzaga. — De Trento..... 488

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS